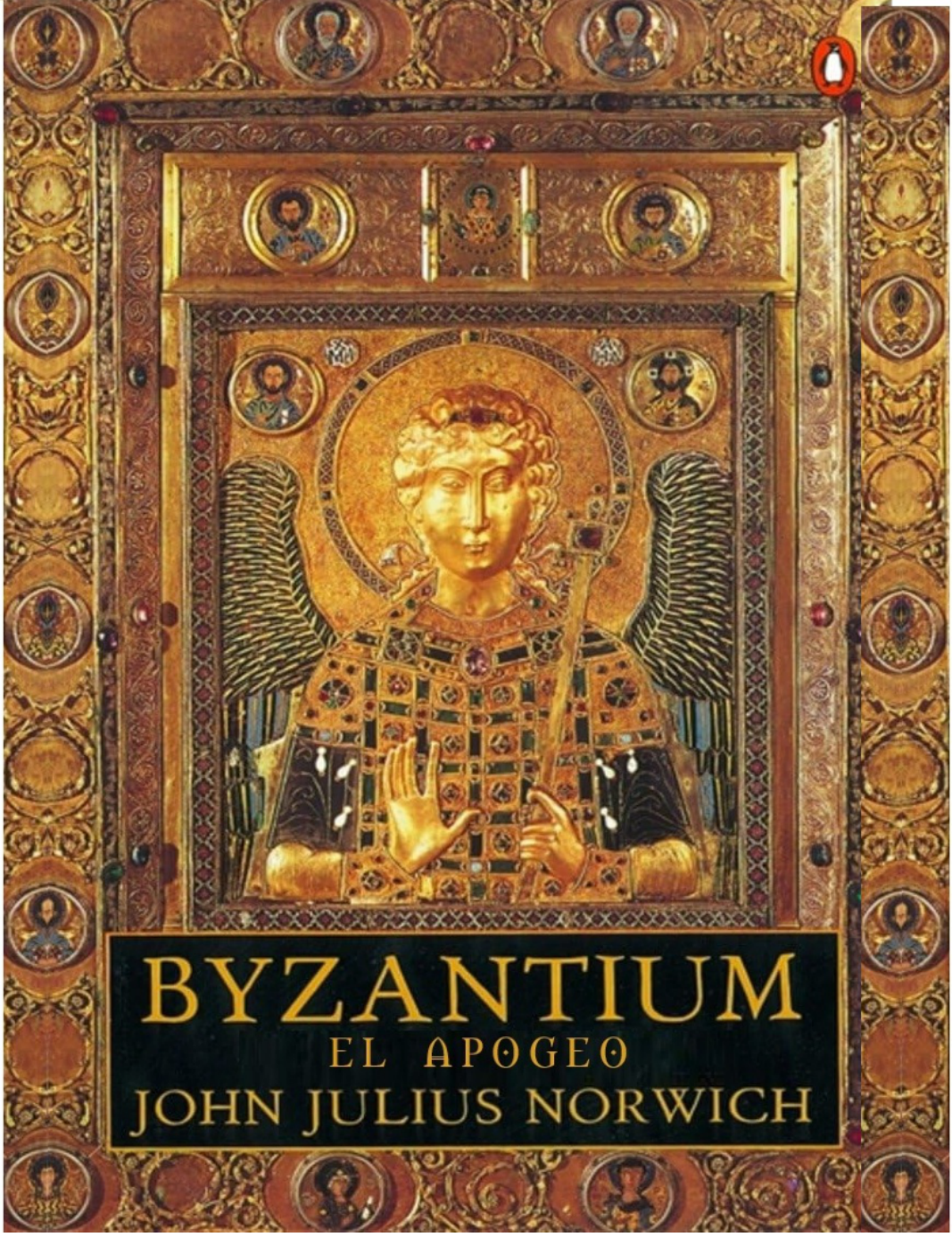


BYZANTIUM

EL APOGEO

JOHN JULIUS NORWICH

JOHN JULIUS NORWICH

BIZANCIO

El apogeo

PENGUIN BOOKS

Publicado por Penguin Group Penguin Books Ltd, 27 Wrights Lone, Londres W8 5TZ, Inglaterra Penguin Books USA Inc. 375 Hudson Street, Nueva York, Nueva York 10014, EE. UU. Penguin Books Australia Ltd, Ringwood, Victoria, Australia Penguin Books Canada Ltd, 10 Alcorn Avenue, Toronto, Ontario, Canadá M4V 3B2 Penguin Books (NZ) Ltd, 182-190 Wsirau Road, Auckland 10, Nueva Zelanda

Penguin Books Ltd., domicilio social: Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra
Publicado por primera vez por Viking en 1991 Publicado en Penguin Books en 1993 3579 10 8642

Copyright John Julius Norwich, 1991 Todos los derechos reservados

Se ha afirmado el derecho moral del autor.
Impreso en Inglaterra por Clays Ltd, St Ives pic

Excepto en los Estados Unidos de América, este libro se vende sujeto a la condición de que no se prestará, revenderá, alquilará ni circulará de otro modo, a modo de comercio o de otro modo, sin el consentimiento previo del editor en cualquier forma de encuadernación o cubierta que no sea aquella en la que se publica y sin que se imponga una condición similar, incluida esta condición, al comprador posterior.

Contenido

Introducción

Mapas

Árboles familiares

1. Krum [800-14]

2. El retorno de la iconoclasia [814-29]

3. Teófilo [829-42]

4. Las imágenes restauradas [842-56]

5. De los patriarcas y las conspiraciones [8 5 7-66]

6. "Doble asesinato [866-7]

7. Basilio el Macedonio [867-86]

8. León el Sabio [886-912]

9. El ascenso de Romano [912-20]

10. El gentil usurpador [920-48]

11. El emperador erudito [945-63]

12. La muerte blanca de los sarracenos [963-9]

13. Juan Tzimisces [969-76]

14. El joven Basilio [976-89]

15. El matador de búlgaros [989—1025]

16. Comienza la decadencia [1025-41]

17. El fin de los paflagonios [1041-2]

18. Constantino Monómaco y el cisma [1042-5 5]

19. Preludio a la catástrofe [1055-9]

20. Manzikert [1059-1081]

Lista de emperadores

Lista de sultanes musulmanes

Lista de Patriarcas

Lista de Papas

Bibliografía

Índice

Introducción

Poco hay que decir a modo de introducción a este libro, cuyo propósito es simplemente continuar la historia que comencé hace tres años con su predecesor. En *Byzantium: Los primeros siglos* intenté primero establecer el escenario de la tremenda decisión de Constantino el Grande de establecer una nueva capital para el Imperio Romano en las orillas del Bósforo, y luego rastrear la suerte de Constantino y sus sucesores hasta ese memorable día de Navidad del año 800 d. C., cuando el Papa León III invistió a Carlomagno con la corona imperial y el título de Emperador de los Romanos, poniendo así en tela de juicio -en la práctica, si no en la teoría- la supuesta unidad de la cristiandad y dando a Europa dos emperadores en lugar de uno.

El presente volumen cubre un período más corto que el primero: algo menos de tres siglos, en lugar de algo más de cinco. Esto se debe en parte a que, como siempre en la historia, hay una aceleración en la marcha de los acontecimientos: cada vez aparecen más personajes en escena y, en consecuencia, el panorama del Mediterráneo oriental se vuelve cada vez más poblado. La razón principal, sin embargo, reside en el hecho de que las autoridades contemporáneas para este segundo período son mucho más informativas. Para los primeros siglos de la era bizantina, los registros supervivientes son -como señalé en mi introducción anterior- bastante escasos y, además, es probable que no se contradigan entre sí. En cuanto a su valor de entretenimiento, sólo Procopio proporciona un verdadero disfrute, aunque, hay que decirlo, compensa mucho. Ahora, a medida que el ritmo aumenta y la historia adquiere su propio impulso, los cronistas comienzan a proliferar y a animar sus relatos cada vez con más frecuencia con retratos, descripciones y anécdotas. Todavía quedan períodos aislados -el comienzo del siglo XI es un buen ejemplo- para los que nuestras fuentes son exasperantemente inadecuadas; pero, a partir de ahora, esos períodos son la excepción y no la regla. Por lo demás, gracias a escritores como Liudprando de Cremona, San Teófanes y sus continuadores, Jorge Cedreno, Juan Escilitzes y, sobre todo, el odioso pero siempre fascinante Miguel Psellus, podemos disfrutar de un cuadro incomparablemente más colorido de la vida en el Palacio Imperial de Bizancio a principios de la Edad Media que de cualquier otra corte de Europa. Me he aferrado a estos escritores con gratitud y

los he citado, tanto directa como indirectamente, con un desenfreno generoso -algunos pueden pensar que demasiado generoso-; y si esto ha dado como resultado una reducción del tiempo abarcado por las páginas que siguen, sólo puedo decir que me ha parecido un precio que valió la pena pagar.

También me ha permitido terminar este segundo volumen, como terminé el primero, con uno de los acontecimientos más importantes de toda la historia bizantina. Pero mientras que la ascensión al trono de Carlomagno, traumática como fue, resultó mucho menos perjudicial para el Imperio de Oriente de lo que generalmente se creía en su momento, la batalla de Manzikert fue una catástrofe absoluta, cuya plena importancia se reveló con la comprensión gradual de que el Imperio había perdido efectivamente, en el espacio de unas pocas horas de pesadilla, tres cuartas partes de Asia Menor, el territorio en el que más confiaba y el más valioso que poseía. Y esa pérdida, como resultó, fue sólo el principio: una vez que los turcos hubieran invadido parte del corazón de Anatolia, sería sólo cuestión de tiempo antes de que lo ocuparan todo. La península de los Balcanes seguiría después; y luego, finalmente, la propia Constantinopla. Los conquistadores orientales no estaban dispuestos a apresurarse; todo el proceso les llevaría casi cuatro siglos. Pero no hay duda de que el avance que terminó el martes 29 de mayo de 1453, cuando el sultán Mehmet II tocó con su turbante el suelo de Santa Sofía en oración y acción de gracias, tuvo su origen en el lejano campo de Manzikert, 382 años antes.

En la década que siguió a esa derrota tan demoledora y vergonzosa, mientras que la marea selyúcida hundía cada vez más Asia Menor y los gobiernos de Miguel VII y Nicéforo III observaban paralizados e impotentes cómo el Imperio se hundía cada vez más en la anarquía, pocos bizantinos inteligentes podrían haber dudado de que sus días estaban contados. Pero entonces, como sucede tan a menudo en la historia bizantina (¿acaso no se sabía que Constantinopla gozaba de protección divina?), llegó la salvación de último momento. Después de una docena de ocupantes casi grotescos del trono en poco más de medio siglo, la figura de Alejo Comneno adquiere proporciones absolutamente heroicas. El presente libro, cuya última página registra su coronación el domingo de Pascua de 1081, termina así con una nota de esperanza; la historia de cómo se hizo realidad esa esperanza, sin embargo, deberá esperar al tercer volumen, que, confío, pondrá fin a la larga historia.

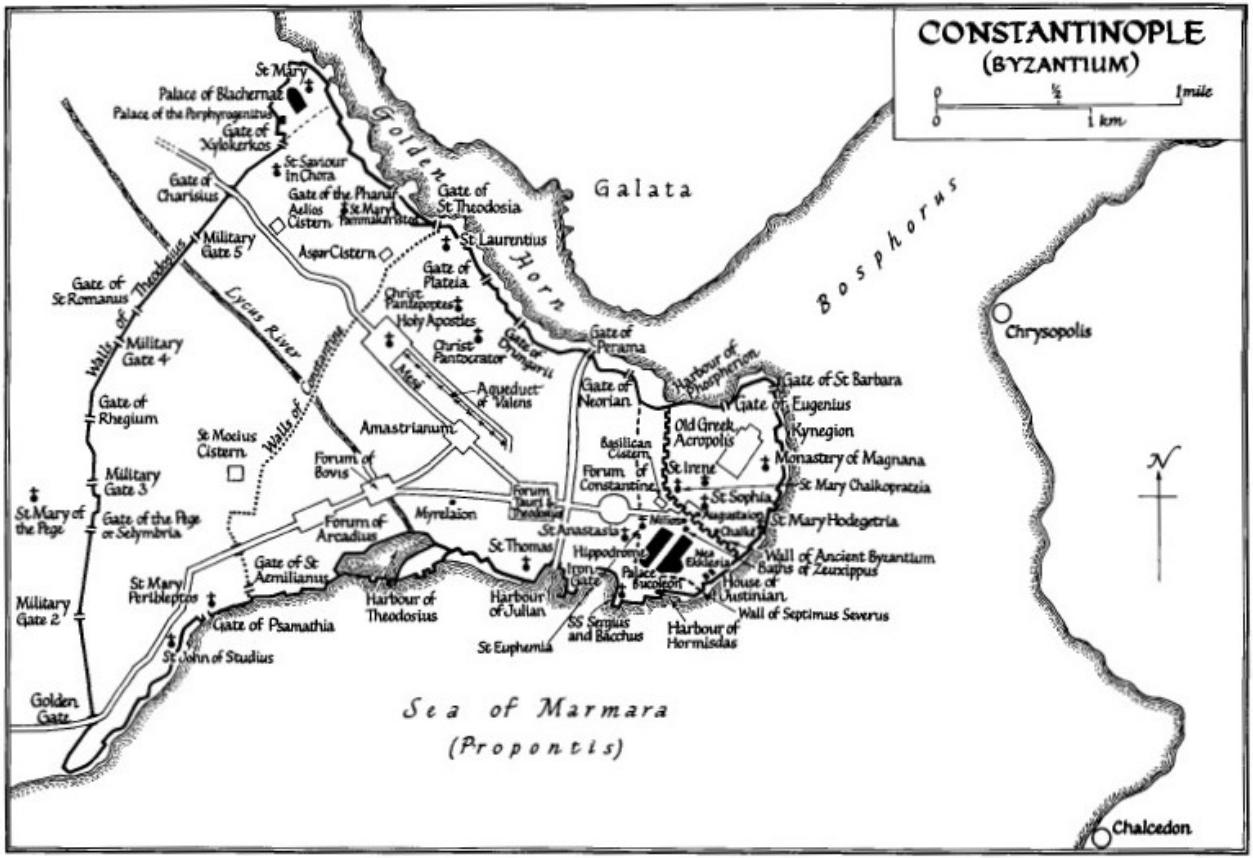
Sólo me queda añadir mi advertencia habitual: aunque he hecho

todo lo posible para que sea lo más preciso posible según lo permitan las fuentes existentes, este libro, al igual que su predecesor, no pretende ser un libro de rigor académico. Sabía poco sobre Bizancio cuando empecé a escribir sobre él, y sin duda habré olvidado gran parte de lo que he escrito poco después de terminarlo. Si tiendo a dar menos importancia a las consideraciones económicas de la que se merecen, es porque no soy economista y una obra de tres volúmenes ya es bastante larga. Del mismo modo, si me concentro en las personalidades de los emperadores y emperatrices en lugar de en los acontecimientos sociológicos, sólo puedo alegar que prefiero a las personas a las tendencias. Del mismo modo, no he hecho grandes esfuerzos por mantener la coherencia en la ortografía de los nombres propios. Por lo general, he preferido la versión latina del nombre, simplemente porque probablemente será más familiar para los lectores ingleses. Por otro lado, cuando la versión griega me ha parecido más adecuada, no he dudado en utilizarla.

Quienes deseen sumergirse en algo más desafiante no tienen más que buscar en la Bibliografía, donde encontrarán los títulos de muchos libros de formidable erudición; éste no es para ellos. Desde el principio, mi único objetivo ha sido proporcionar al interesado no especialista el tipo de vista aérea de la historia bizantina que yo mismo deseaba cuando caí por primera vez bajo el hechizo del Mediterráneo oriental. La medida de mi éxito debe seguir siendo una pregunta abierta: incluso en esta empresa relativamente modesta todavía quedan casi cuatro siglos por delante. Pero ahora hemos pasado cómodamente el punto de no retorno; yo, al menos, estoy disfrutando; y si puedo persuadir a otros espíritus afines para que compartan mi disfrute, seré realmente feliz.

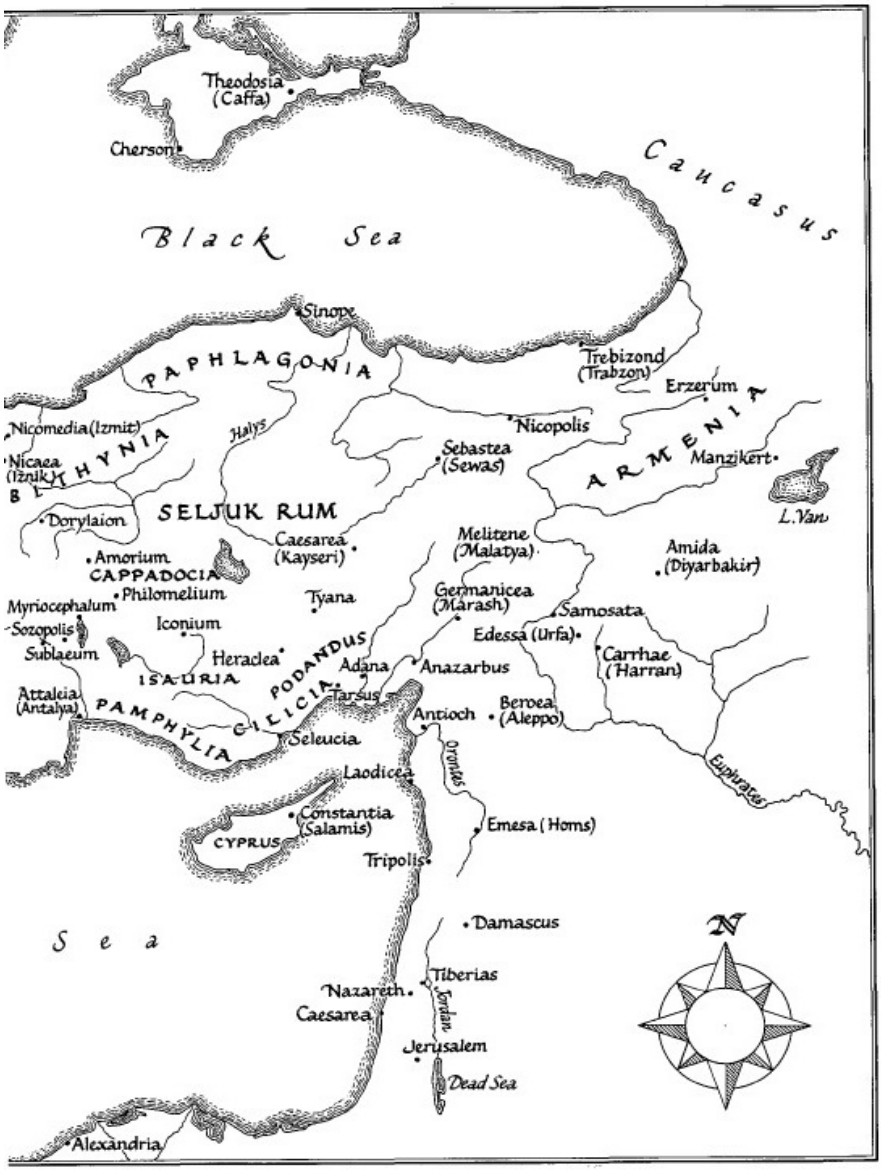
Juan Julio Norwich
Londres,
Navidad 1990

Mapas

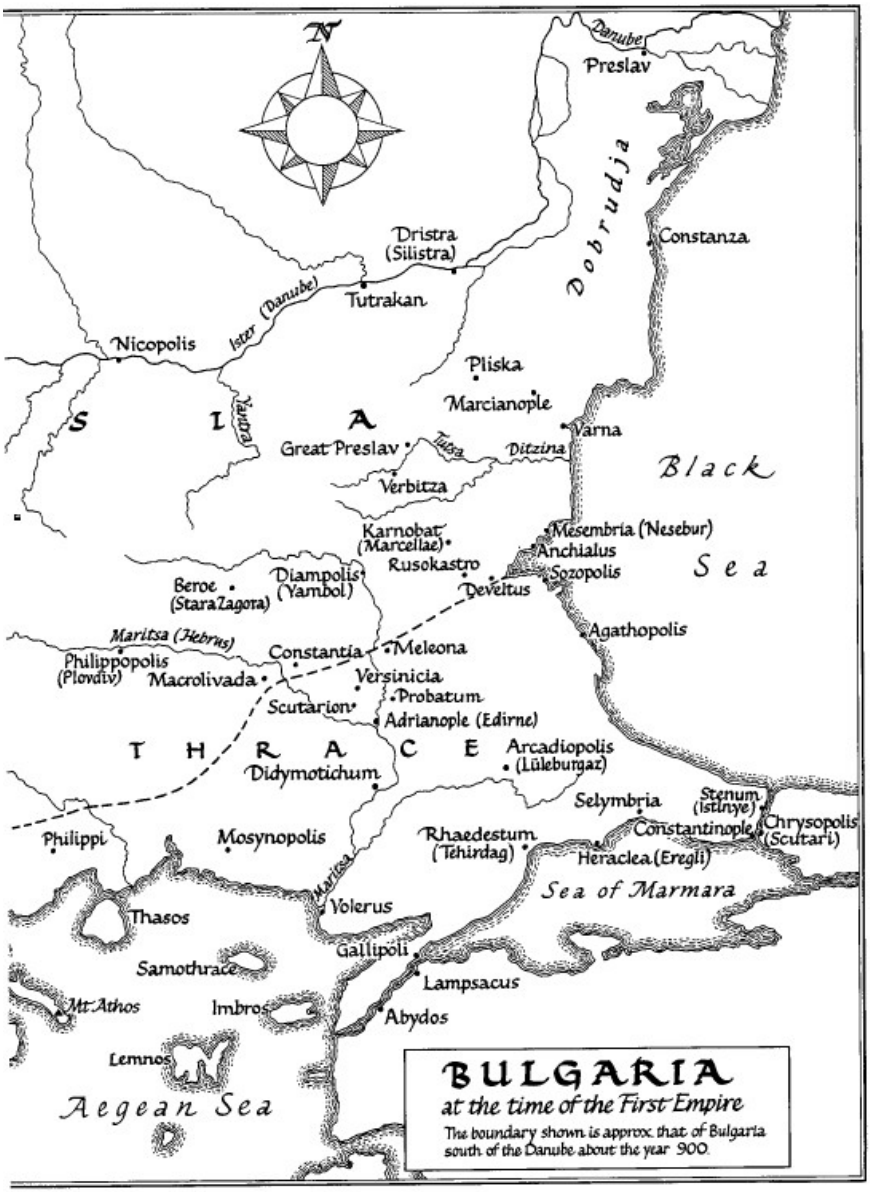

CONSTANTINOPLE
(BYZANTIUM)
0
½
1 mile
0
1 km
Galata
Golden Horn
Bosphorus
Chrysopolis
Chalcedon
Sea of Marmara
(Propontis)
St Mary
Palace of Blachernae
Palace of the Porphyrogenitus
Gate of Xylokerkos
St Saviour in Chora
Gate of Charisius
Gate of the Phanar
Aelios Cistern
St Mary Pammakaristos
Gate of St Theodosia
St Laurentius
Military Gate 5
Aspar Cistern
Gate of Plateia
Gate of St Romanus
Walls of Theodosius
Lycus River
Christ Pantepoptes
Holy Apostles
Christ Pantocrator
Gate of Orungarii
Military Gate 4
Mesé
Aqueduct of Valens
Gate of Perama
Harbour of Phosphorion
Gate of St Barbara
Gate of Eugenius
Gate of Rhegium
Gate of Neorian
Old Greek Acropolis
Kynegion
St Mocius Cistern
Walls of Constantine
Amastrianum
Basilican Cistern
Monastery of Magnana
Military Gate 3
Forum of Bovis
Forum of Constantine
St Irene
St Mary Chalkopratzia
St Mary of the Pege
Gate of the Pege or Selymbria
Myrelaion
Forum Tauri & Theodosius
St Sophia
Augustaion
St Mary Hodegetria
Forum of Arcadius
St Anastasia
Milion
Chalke
Wall of Ancient Byzantium
Baths of Zeuxippus
St Thomas
Hippodrome
Mea Ekklesia
Gate of St Aemilianus
Iron Gate
Palace Bucoleon
House of Justinian
St Mary Peribleptos
Harbour of Theodosius
Harbour of Julian
Wall of Septimus Severus
Military Gate 2
Gate of Psamathia
SS Sergius and Bacchus
Harbour of Hormisdas
St Euphemia
St John of Studius
Golden Gate
N

THE MEDITERRANEAN WORLD

Sava
Sirmium
Belgrade
Branicevtsa
PATZINAKS
Morava
Vidin
Ister (Danube)
SERBIA
Spalato (Split)
Ras
Naissus (Nis)
Trnovo
Varna
Sardica (Sofia)
PARISTRIUM
Anchialus
Mesembria
Adriatic Sea
BULGARIA
Maritsa
Sozopolis
Scodra
Skopje
Philippopolis (Plovdiv)
Adrianople (Edirne)
Vardar
MACEDONIA
Dyrrachium
Ochrid
Prilapon
Serrae (Seres)
Mosynopolis
Chalcedon
Tarentum (Taranto)
Bari
Vodena
Thessalonika
THRACE
Avlona
Castoria
Berrhoea (Verria)
Gallipoli
Cyzicus
Hydruntum (Otranto)
Mt Athos
Abydos
Lemnos
Addramyteum
Corcyra (Corfu)
Larissa
Nicopolis
Lesbos
Pergamum
Ionian Sea
Aegean Sea
Sardis
HELLAS
Thebes
Chios
Smyrna
Ephesus
Samos
Corinth
Athens
Antioch
Patmos
Rhodes
Chandax (Candia)
CRETE
Mediterranean
ANATOLIA AND ARMENIA
0 100 200 miles
0 100 200 300 km


Theodosia (Caffa)
Cherson
Caucasus
Black Sea
Sinope
PAPHLAGONIA
Trebizond (Trabzon)
Erzerum
ARMENIA
Nicomedia (Izmit)
BITHYNIA
Halys
Nicopolis
Nicaea (Iznik)
Sebastea (Sewas)
Manzikert
L. Van
Dorylaion
SELJUK RUM
Caesarea (Kayseri)
Melitene (Malatya)
Amida (Diyarbakir)
Amorium
CAPPADOCIA
Philomelium
Tyana
Germanicea (Marash)
Samosata
Myriocephalum
Sozopolis
Iconium
Edessa (Urfa)
Sublaeum
Heraclea
PODANDUS
Adana
Anazarbus
Carrhae (Harran)
ISAURIA
CILICIA
Tarsus
Attaleia (Antalya)
PAMPHYLIA
Antioch
Beroea (Aleppo)
Seleucia
Orontes
Euphrates
Laodicea
Constantia (Salamis)
Emesa (Homs)
CYPRUS
Tripolis
Damascus
Sea
N
Tiberias
Nazareth
Jordan
Caesarea
Jerusalem
Dead Sea
Alexandria

PANNONIA
Ister (Danube)
R. Theiss
0 100 200 miles
0 100 200 300 km
Sirmium
Sava
Belgrade
Branicevtsa
R. Drina
Morava
SERBIA
Vidin
MOESIA
Naissus (Niš)
Sardica (Sofia)
Boyana
Pernik
DIOCLEA
Liplyan
Scodra
Skopje
Morovisd
Rila
Dulcigno
Bregalnitsa
Struma
Adriatic
Black Drin
Shchip
Prilapon (Prilep)
Melnik
Dyrrachium (Dürres)
Strumitsa
Petrisk
Ochrid
Scotusa
Sea
Devol
Bitolia (Monastir)
Prosek
Prespa
Setina
Serrae (Seres)
Ostrovo
Sosk
Vodena
THESSALONIKA
Berat
Berrhoea (Verria)
Thessalonika
Avlona
Castoria
Hydruntum (Otranto)
Serbia
THESSALY
Dryinopolis
EPIRUS
Ionian
Sea
Stagi
Larissa
Corcyra (Corfu)
Mt Pelion



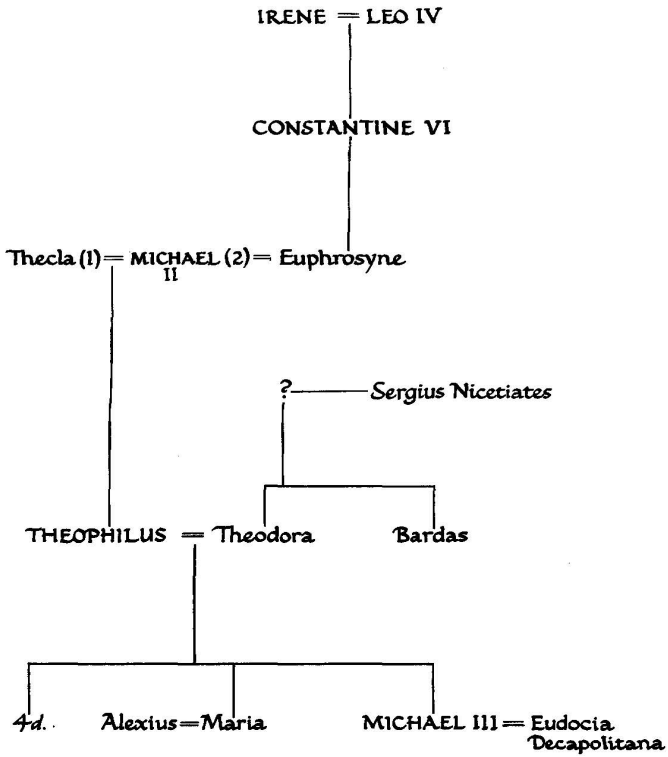
BULGARIA

at the time of the First Empire

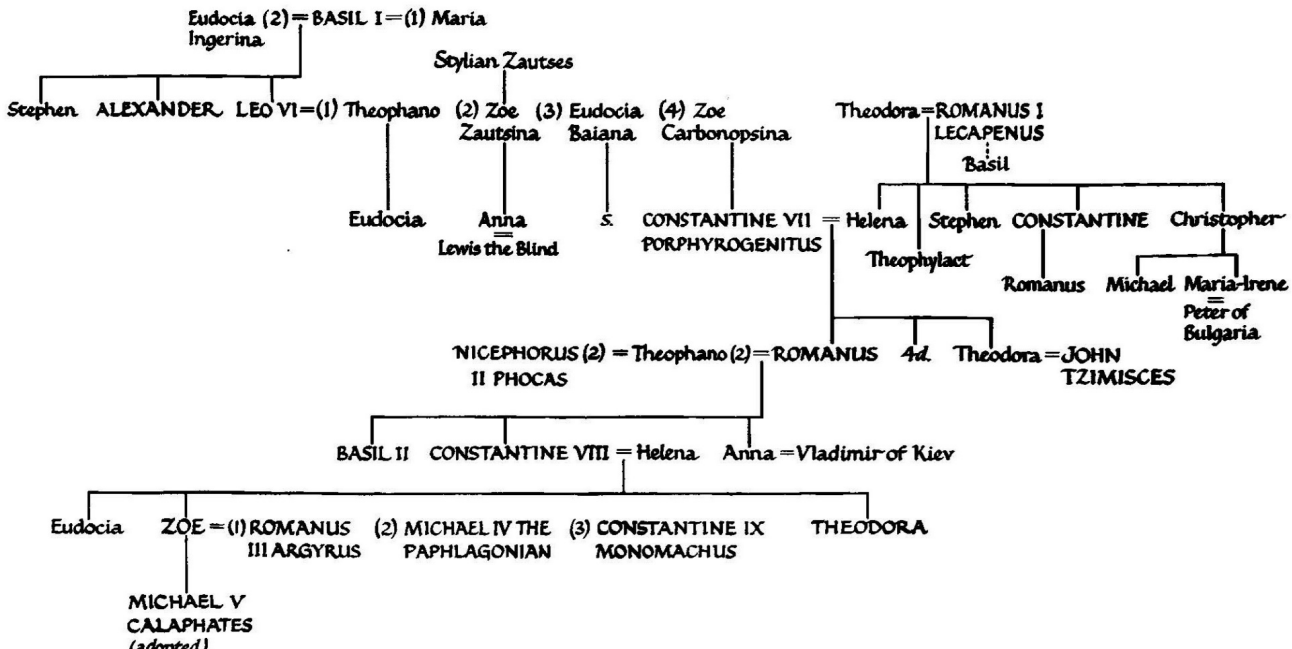
The boundary shown is approx. that of Bulgaria south of the Danube about the year 900.

Árboles familiares

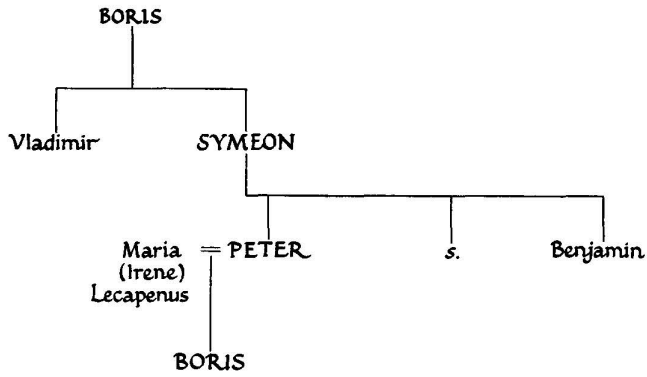
THE AMORIAN DYNASTY



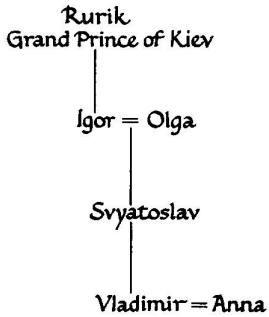
THE MACEDONIAN DYNASTY



THE BULGARIAN KHANS



THE PRINCES OF KIEV



Krum

[800-14]

Incluso aunque fuéramos pájaros, no podríamos tener esperanzas de escapar.

El emperador Nicéforo I,
justo antes de su muerte

Cuando, el día de Navidad del año 800, el papa León III hizo descender la corona imperial sobre la cabeza de Carlos, hijo de Pipino el Franco, y se postró ante él como emperador de Roma, el Imperio bizantino llevaba ya 470 años de existencia. Fundado en el año 330 por Constantino el Grande, en la ciudad a la que oficialmente había dado el nombre de Nueva Roma, pero que hoy conocemos como Constantinopla, había tenido que luchar duramente por su supervivencia: en Occidente contra las tribus bárbaras (godos y hunos, vándalos y ávaros); en Oriente contra los persas y, demasiado pronto después de la destrucción del Imperio sasánida, contra la amenaza aún más formidable del islam. A lo largo de los siglos había perdido mucho: los sarracenos le habían arrebatado Palestina y Siria, el norte de África y Egipto; gran parte de Italia, reconquistada por Justiniano, había sido entregada a los lombardos, quienes a su vez la habían entregado voluntariamente al papa. A las pérdidas pasadas se añadieron las ansiedades presentes: el califa Harun al-Rashid ejercía una presión cada vez mayor en la frontera de Anatolia; más cerca de casa, en los Balcanes, los búlgaros representaban una amenaza continua; mientras que el propio Imperio todavía estaba desgarrado por la violenta controversia que, después de tres cuartos de siglo, todavía no mostraba signos de solución: ¿era o no un pecado venerar iconos e imágenes sagradas de Jesucristo, la Santísima Virgen y los Santos?

Esta cuestión había surgido en el año 726, cuando el emperador León III,[1] "el Isáurico", ordenó la destrucción del gran icono dorado de Cristo que se alzaba sobre las puertas de bronce de la Calca, la entrada principal del Palacio Imperial de Constantinopla. Cuatro años más tarde, emitió un edicto más general, dirigido contra todas las

imágenes en todo el Imperio; y la iconoclasia que había puesto en marcha fue continuada con mayor fanatismo por su hijo, Constantino V. Sólo después de la muerte de Constantino en el año 775, el péndulo volvió a oscilar en favor de los iconódulos -los adoradores, o al menos los veneradores, de imágenes- gracias a las maquinaciones de su nuera profundamente desagradable, la emperatriz Irene.

1 No debe confundirse, por supuesto, con el Papa del mismo nombre, que sucedería en el trono de San Pedro unos setenta años más tarde.

Aunque el marido de Irene, el débil e incompetente León IV, era un iconoclasta por temperamento como su padre, estaba completamente dominado por su esposa; en cualquier caso, murió a los treinta y un años, dejándola como regente para su hijo de diez años, Constantino VI. Y cuando este hijo, ya adulto, intentó asumir la autoridad que le correspondía por derecho, su madre lo hizo cegar sin vacilar, de una manera particularmente bárbara, lo que provocó su muerte poco después, como ella sabía perfectamente que sucedería. Así se convirtió en la primera mujer que reinó, no sólo como regente sino por derecho propio, sobre el Imperio bizantino. Siempre apasionada iconódula, no tuvo dificultad en restaurar el culto a las imágenes e incluso logró que se definiera y aprobara formalmente en el segundo Concilio de Nicea en 787; pero en todos los demás aspectos resultó un desastre. A finales de siglo había reducido el Imperio a la penuria y lo había llevado al borde de la revolución.

Fue en ese momento de insatisfacción universal y de moral en caída libre cuando se presentó una nueva amenaza: una amenaza que no era ni económica ni militar y que, de hecho, no se parecía a ninguna otra que Bizancio hubiera enfrentado antes, pues estaba dirigida contra la piedra angular sobre la que se había fundado el Imperio: la unión del Imperio romano con la fe cristiana. Esta unión estaba, a los ojos de los bizantinos, simbolizada y personificada por el propio Emperador, a la vez sucesor de Augusto y vicegerente de Dios, el Elegido de Cristo, Igual a los Apóstoles. De ello se deducía que, así como había un solo Gobernante en el cielo, así también -aunque pudiera optar por compartir su trono por razones puramente administrativas- podía haber un solo Emperador en la tierra, y cualquier desafío a cuya autoridad divinamente ordenada no era sólo traición sino blasfemia. El hecho de que hubiera habido muchos desafíos de ese tipo a lo largo de los siglos es irrelevante: la conciencia del pecado rara vez sirve para prevenirlos. Lo importante es recordar que este concepto –el de un emperador que ocupaba un plano espiritual superior al de sus súbditos y que se encontraba, por así decirlo, a medio camino del cielo– no era una doctrina abstrusa; por el

contrario, era una convicción firme, sostenida conscientemente por prácticamente todos los bizantinos, desde el propio basileo hasta el más humilde campesino: un artículo de fe al menos tan universal como, digamos, el cristianismo en la Inglaterra victoriana. No es extraño que la reacción a la noticia de la coronación en Roma, cuando llegó a Constantinopla a principios del año 801, fuera de incredulidad y horror.

Nunca sabremos cuánto de la teoría bizantina del Imperio comprendió Carlomagno cuando se levantó de sus rodillas ante el altar mayor de San Pedro aquella mañana de Navidad. Sin embargo, para él la cuestión habría sido en gran medida académica, pues a sus ojos el trono imperial de Bizancio no se tambaleaba, sino que estaba vacío. Según la antigua tradición sálica en la que se había criado, ninguna mujer podía llevar corona salvo como consorte de su marido, y podemos suponer que el papa León compartía plenamente sus opiniones. Así pues, a pesar de la fatídica ceremonia que acababa de completarse, el Imperio romano siguió siendo, en lo que a ambos concernía, uno e indivisible, con Carlos como su emperador. Todo lo que había sucedido era que el papa se había arrogado el derecho de nombrar e investir al emperador de los romanos, un derecho que durante casi cinco siglos había sido ejercido por Bizancio.

Al mismo tiempo, no se podía negar que Irene reclamaba para sí cada centímetro del territorio imperial y no cabía duda de que la coronación, con todo lo que implicaba, sería furiosamente disputada en Constantinopla; y fue con este pensamiento en mente que en 802 Carlomagno envió embajadores a la emperatriz para pedir su mano en matrimonio. Para él, las ventajas eran evidentes: con todos los dominios imperiales de Oriente y Occidente unidos bajo una sola corona, el Imperio volvería a ser una entidad única, tal como lo había concebido Constantino. Ni siquiera habría ningún miembro de la familia de Irene que disputara la sucesión después de su muerte; ella misma se había ocupado de ello con gran eficacia.

La emperatriz también, a diferencia de cualquiera de sus súbditos, se inclinó a ver con buenos ojos la idea. El matrimonio con Carlos significaría una oportunidad para llenar su tesoro vacío y, más importante aún, podría incluso evitar la insurrección que, como sabía, no podía demorarse mucho. También ofrecería una oportunidad de escapar de la atmósfera sofocante y plagada de intrigas de Constantinopla. Sus consejeros, por otra parte, cuando se recuperaron de su asombro (pues, como señaló una vez un imaginativo historiador alemán, el efecto que semejante propuesta tuvo sobre ellos debe haber

sido aproximadamente equivalente al efecto que tuvo sobre un vienés del siglo XVIII una propuesta de matrimonio entre la emperatriz María Teresa y el Negus de Abisinia) no quisieron saber nada de eso: ¿cómo podrían sancionar la rendición del Imperio romano a un bárbaro grosero e iletrado? Antes de que terminara el año, un grupo de altos funcionarios, encabezados por el sufrido Logothete del Tesoro de Irene (en realidad su Ministro de Finanzas), la declararon destituida y la enviaron -para su propio alivio apenas disimulado- al exilio en la isla no del todo apropiada de Lesbos, donde murió poco después.

La historia de la coronación de Carlomagno y de su matrimonio fallido se ha contado con más detalle y su significado se ha discutido más a fondo en el primer volumen de esta historia; ha parecido que valía la pena resumirla aquí simplemente para recordar al lector el punto en el que terminaba ese volumen y para preparar el escenario para los acontecimientos que siguieron. Y el primero de esos acontecimientos es la ascensión al trono de Bizancio del líder de la revuelta palaciega que depuso a Irene: el antiguo Logoteta del Tesoro, que ahora asumió el nombre y el título de Nicéforo I.

Se dice que el nuevo emperador era de origen árabe, descendiente del rey Jaballah de Ghassan.[1] Era un hombre vigoroso y decidido, que estaba firmemente decidido a poner orden en el Imperio después del daño causado por su predecesor, y tal vez no le preocupaban demasiado los métodos con los que se lograría este objetivo. Nadie, sin duda, comprendía mejor la gravedad de la situación imperial. La determinación de Irene de purgar el ejército de todo rastro de iconoclasia había dado como resultado un debilitamiento desastroso de su fuerza, del que los enemigos del Imperio no tardaron en aprovecharse. Incapaz de contenerlos por la fuerza de las armas, se había visto obligada a ofrecer enormes tributos anuales tanto al Khan búlgaro como al califa Harun al-Rashid; y, para empeorar las cosas, las constantes irrupciones de los ejércitos del califa en Asia Menor habían causado estragos entre la inmensa cantidad de pequeños propietarios campesinos con obligaciones militares en los que, desde los días de Justiniano II a fines del siglo VII, se había basado la defensa del Imperio. Muchos de ellos, expulsados de sus hogares, se habían trasladado a la capital; por lo que, en lugar de aumentar el tesoro con sus impuestos regulares, ahora eran una carga más para él con sus incesantes demandas de comida y manutención.

1. Un enclave cristiano-árabe en Siria.

Mientras tanto, sus granjas cayeron presa de la rapacidad de los

grandes terratenientes, y en particular de los monasterios, a los que Irene había eximido de todo impuesto de la manera más irresponsable.[1] Habiendo considerado conveniente también condonar el impuesto de residencia que debían pagar todos los ciudadanos libres de Constantinopla, el impuesto sobre los ingresos y la mitad de los derechos de aduana que se cobraban sobre las importaciones en Abidos y en los estrechos, había logrado en el espacio de muy pocos años llevar al Imperio peligrosamente al suicidio financiero y fiscal. El golpe que condujo a su caída había sido lanzado justo en el momento justo.

1. Hay que decir a favor de Irene que el impuesto sobre los ingresos era, por su propia naturaleza, particularmente susceptible de abuso. Teodoro del Studium - uno de los pocos admiradores de la Emperatriz- describe (Epistolae, i, 6) los sufrimientos de los comerciantes de todo tipo y la infestación positiva de funcionarios fiscales en todos los caminos y a lo largo de todas las costas. "Cuando un viajero llegaba a un estrecho desfiladero, se sobresaltaba por la aparición repentina de un recaudador de impuestos, sentado en lo alto como una cosa extraña" (A History of the Later Roman Empire, Bury, p.).

La desgracia de Nicéforo fue haber despertado la furia y el odio intenso del cronista monje Teófanes, nuestra única fuente contemporánea completa -y generalmente fiable- para el período, para quien el Emperador está sólo un poco por encima del Anticristo. Durante muchos siglos, en consecuencia, sufrió una prensa extremadamente mala. De hecho, había pocos hombres más experimentados, o mejor calificados, para poner a Bizancio de nuevo en pie financieramente. Las exenciones fiscales de Irene fueron revocadas; otros impuestos fueron aumentados masivamente. Los pequeños propietarios indigentes fueron reclutados en el ejército regular, y el costo de su equipo -valorado en 181 piezas de oro- fue cubierto obligatoriamente por sus vecinos más prósperos. Los préstamos privados a los comerciantes fueron prohibidos; a los armadores se les permitió obtener dinero sólo del Estado, que cobraba intereses exorbitantes a una tasa de casi el 17 por ciento. Tampoco el Emperador dudó, como tantos de sus predecesores, en actuar contra la Iglesia; Encargó a sus funcionarios provinciales que tratasen a los obispos y al clero «como esclavos», dándoles plena autoridad para confiscar oro y plata según fuera necesario. Trató a los monasterios con aún más desprecio (hecho que explica en gran medida la ira de Teófanes), acuartelando tropas sobre ellos, autorizando a la comisión de tierras imperial a confiscar algunas de sus propiedades sin concederles el correspondiente alivio fiscal y recaudando impuestos a las familias de sus arrendatarios y empleados. Obviamente, nada de esto era una receta para la popularidad; pero bajo su dirección, la economía pronto se puso en una base más sólida de lo que había

estado durante años.

Era necesario, porque una de las primeras acciones de Nicéforo al acceder al trono había sido escribir al califa informándole de que no tenía intención de pagar más tributos e incluso exigiéndole la restitución de las inmensas sumas desembolsadas por su predecesor. La única respuesta de Harun fue lanzar un ataque inmediato, que resultó más dañino cuando en 803 el comandante bizantino, un armenio llamado Bardanes Turcus, se rebeló de repente y se autoproclamó emperador.[1] La revuelta fue aplastada casi de inmediato, pero no antes de que los sarracenos hubieran logrado considerables ganancias territoriales, que aumentarían sustancialmente en los años siguientes. En 806, un ejército musulmán de 135.000 hombres, dirigido por el califa en persona, se adentró profundamente en Capadocia, capturando Tiana (ahora una aldea insignificante llamada Kalesihisar, pero entonces una ciudad importante y un obispado) y retirándose sólo después de un pago de 10.000 piezas de oro como rescate.

1. Según la historia, poco después de su rebelión, Bardanes, acompañado de tres de sus colaboradores más cercanos, decidió consultar a un eremita de Filomelion, cerca de Antioquía, de quien se creía que poseía el don de la profecía. El eremita miró fijamente al general y sacudió la cabeza: no había esperanza para él. Luego, volviendo la mirada hacia los demás, predijo que dos de ellos llevarían la corona imperial y que el tercero estaría a punto de hacerlo. Los dos primeros resultaron ser los futuros León V y Miguel II; el tercero era Tomás el Eslavo. (Sec. p. 32.)

Afortunadamente para el Imperio, Harun murió tres años después, pero para entonces Nicéforo ya estaba ocupado en otros dos frentes. El primero era la zona que hoy conocemos como Grecia, en particular el Thema de Hellas -que comprendía aproximadamente Ática, Beocia y Fócida- y el Peloponeso. En el siglo VI, los colonos eslavos habían invadido toda esta región, debilitando así seriamente la influencia bizantina: en el Peloponeso no había habido una sola guarnición imperial desde 747, y la autoridad del Emperador había dejado de tener vigencia hacía tiempo. Afortunadamente, los inmigrantes habían demostrado ser un pueblo apacible y amante de la paz, que no pedía nada más que que se les permitiera cultivar su tierra sin ser molestados; pero después del ascenso de los búlgaros y sus incursiones a gran escala en Macedonia había existido un grave peligro de que la situación cambiara, rápidamente y para peor. Un enorme bloque eslavo, unido y beligerante, que se extendiera desde el Danubio hasta el cabo Matapán, no era una posibilidad que los bizantinos quisieran contemplar.

Los temores del emperador se confirmaron cuando en 805 una

fuerza considerable de eslavos atacó la ciudad de Patras, en el golfo de Corinto. Fueron rechazados, aunque no sin algunas dificultades; y el incidente animó a Nicéforo a emprender una repoblación en gran escala del Peloponeso, a la que llevó a un gran número de sus súbditos de habla griega de todo el Imperio, incluidas importantes colonias de Calabria y Sicilia. Con ellos, por supuesto, llegó la religión cristiana, a la que los eslavos aún no se habían convertido y que desde su llegada había sido en gran parte olvidada. Como ocurre con la mayoría de los programas de repoblación, la mayoría de los que se vieron obligados a abandonar sus países de origen para ir a una terra incognita poblada, hasta donde sabían, por bárbaros hostiles lo hicieron sólo por miedo a las consecuencias de negarse; pero sin la política sabia y con visión de futuro de Nicéforo, la historia posterior de la península de los Balcanes podría haber sido muy diferente.

Este argumento adquiere mayor fuerza cuando recordamos que en la primera década del siglo IX surgió el más formidable líder que la nación búlgara había producido jamás. Su nombre era Krum. De sus orígenes no sabemos nada. Todo lo que se puede decir con certeza es que en los primeros años del siglo aniquiló por completo a los ávaros, que ahora desaparecen de la historia para nunca volver; y que en 807 de alguna manera se alzó con la supremacía, uniendo a los búlgaros de la cuenca del Danubio con los que vivían al otro lado de los Cárpatos, en Panonia y Transilvania, y los unió para formar una fuerza militar sin precedentes en la historia búlgara. Ese mismo año, el Emperador, aprovechando la tregua que había pagado a un alto precio en su frontera oriental, decidió dirigir una expedición contra ellos; pero no había llegado más allá de Adrianópolis cuando descubrió una conspiración entre sus oficiales y abandonó abruptamente la campaña. Ahora era el turno de Krum de tomar la iniciativa. A finales del otoño de 808 sorprendió a un gran ejército bizantino acampado cerca de la desembocadura del río Estrimón y lo destruyó totalmente, y en la primavera de 809 se abrió paso hasta Serdica (la moderna Sofía), arrasando la fortaleza y masacrando a toda la guarnición, 6.000 hombres.

Nicéforo, por muy impopular que fuera, nunca había sido tan abiertamente vilipendiado por sus súbditos en las calles de su capital como cuando la noticia de la masacre llegó a Constantinopla el jueves anterior a la Pascua. Había demostrado, se quejaban, no sólo ser rapaz y avaro, sino un líder lamentablemente incompetente en el campo de batalla. De las dos campañas que había lanzado contra Krum, una había sido fallida, abandonada antes de que se hubiera disparado una sola flecha, mientras que la otra había terminado en una derrota

aniquiladora. Esta vez, sin embargo, su emperador no les dio motivos para quejarse. También él estaba enfadado. Abandonando la capital de inmediato con el ejército, a fuerza de marchas forzadas había llegado a la capital búlgara, Pliska, el domingo de Pascua, encontrándola, para su deleite, prácticamente indefensa. Sus hombres cayeron sobre ella como langostas, quemando, saqueando, reduciendo a cenizas el palacio de madera del Khan. Pasando a Serdica, se detuvo para reconstruir la fortaleza; Luego, muy satisfecho por su logro, regresó triunfante a Constantinopla.

Pero Krum no fue derrotado, y Nicéforo lo sabía. Todo el año siguiente lo pasó preparando lo que estaba decidido a que fuera su última gran ofensiva contra el Khan búlgaro, una ofensiva que lo eliminaría a él y a su repugnante tribu con la misma eficacia con la que el propio Krum había eliminado a los ávaros menos de una década antes. Desde la muerte de Harun, la frontera oriental había estado tranquila, pues los hijos del califa estaban demasiado ocupados peleándose entre ellos como para prestar atención a Bizancio. En consecuencia, se convocó a los ejércitos de los themas asiáticos para que se unieran a sus colegas europeos; y en mayo de 811 una inmensa hueste marchó por la Puerta Dorada, con el propio Emperador y su hijo Stauracius a la cabeza.

Al principio todo fue bien. Ante una fuerza tan grande, los búlgaros no pudieron hacer más que retirarse. Una vez más, Pliska quedó devastada, y Nicéforo (que, si hemos de creer a Teófanes, parece haber sufrido algún tipo de crisis) no perdonó ni a las mujeres ni a los niños: existe una terrible historia de bebés arrojados a las trilladoras. El palacio del Khan, recientemente reconstruido, fue arrasado por segunda vez. Desesperado, Krum pidió la paz, pero el emperador estaba decidido a terminar la obra que había comenzado y marchó en busca del ejército búlgaro, que había huido a las montañas.

No tardó en arrepentirse de su inflexibilidad. El jueves 24 de julio, mientras perseguía a su presa, condujo al grueso de su ejército a través de un desfiladero rocoso -probablemente el Paso de Verbitza, a unos cincuenta kilómetros al sur de la actual Turgovishte,[1] en Bulgaria- sin haber ordenado antes un reconocimiento adecuado. Los búlgaros, que habían estado observando en secreto cada movimiento de los invasores, vieron su oportunidad: al amparo de la noche bloquearon el desfiladero en ambos extremos con pesadas empalizadas de madera. Al despuntar el alba, Nicéforo se dio cuenta de que había caído en una trampa. Era imposible escapar; él y sus hombres estaban condenados. Todo ese día esperaron el ataque; pero los búlgaros, que

seguían trabajando en sus fortificaciones, no tenían prisa. Sólo a primera hora de la mañana del sábado 26 atacaron.

1. El lugar exacto de la batalla todavía es objeto de controversia, pero el Paso de Verbitza (conocido localmente como el «hueco griego» hasta bien entrado el siglo actual) parece el candidato más probable. Sir Steven Runciman analiza la cuestión con más detalle en A History of the First Bulgarian Empire, p. J7n.

La masacre que siguió continuó durante toda la noche y durante gran parte del día siguiente. La mayoría del ejército fue destrozado; del resto, muchos murieron quemados cuando los búlgaros incendiaron las empalizadas, mientras que otros fueron aplastados por desprendimientos de tierra provocados artificialmente. Unos pocos lograron escapar, principalmente la caballería; pero éstos, perseguidos de cerca por los jinetes búlgaros, se precipitaron en su pánico a un río cercano, en el que muchos se ahogaron. Entre el puñado de sobrevivientes estaba el yerno del Emperador, Michael Rhangabe. Su hijo Stauracius fue menos afortunado: paralizado por una terrible herida en el cuello que le había cortado la médula espinal, fue llevado de regreso a Constantinopla, donde moriría, todavía en una agonía indescriptible, seis meses después.

En cuanto al propio Nicéforo, su cuerpo fue recuperado del lugar donde cayó y llevado triunfalmente de vuelta al campamento búlgaro. Allí le cortaron la cabeza, la clavaron en una estaca y la expusieron durante varios días a la burla pública. Y ni siquiera entonces la indignidad fue completa: Krum hizo montar el cráneo en plata y lo utilizó como copa para beber durante el resto de su vida.

En el Bósforo, la noticia de la muerte del emperador fue recibida con horror. Los bizantinos tuvieron que remontarse a más de cuatro siglos para recordar un desastre comparable: el último de sus emperadores que había muerto en batalla fue Valente, en Adrianópolis en el año 378. Aunque nunca les había gustado Nicéforo, eran muy conscientes de la humillación que él -y ellos- habían sufrido a manos del kan búlgaro. Sabían también que, aunque había dejado al imperio en una situación financiera sólida, desde el punto de vista militar la situación no podía haber sido peor. Lo que ahora se necesitaba sobre todo era otro líder fuerte, capaz de reconstruir el ejército y de negociar, desde una posición al menos de cierta fuerza, con Carlomagno, cuyas demandas de reconocimiento de sus derechos imperiales eran cada vez más insistentes. Nada de eso podía esperarse, evidentemente, de la lastimosa figura de Estauracio, a quien su padre había nombrado coemperador en fecha tan temprana como 805, pero que ahora yacía postrado en cama, paralizado y con constantes dolores, y para quien no podía esperarse mucho tiempo una muerte

misericordiosa. Como no tenía hijos, lo obvio era que abdicara en favor del otro único miembro masculino de la familia de Nicéforo: el esposo de su hija Procopia, Michael Rhangabe, cuya casi milagrosa huida de la fatal batalla sugería a muchos que debía gozar de algún favor divino especial. Por razones que no están claras, Estauracio lo detestaba e hizo un débil intento de nombrar como sucesor a su esposa Teófano[1]; pero no estaba en condiciones de llevar a cabo un plan que, en las circunstancias que prevalecían entonces, bien podría haber sido catastrófico. El 2 de octubre de 811, sin el consentimiento del emperador moribundo y sin que él lo supiera, Miguel fue coronado y aclamado basileus, el primero en la historia bizantina que llevaba un nombre que no era ni griego ni romano, sino hebreo. Mientras tanto, Estauracio fue tonsurado y enviado apresuradamente a un monasterio, donde tres meses después le llegó por fin la muerte que tanto había anhelado.

1. Teófano era ateniense, y su aparente (aunque probablemente lejano) parentesco con Irene no le impidió ser incluida en una breve lista, elaborada por orden de Nicéforo, de vírgenes deslumbrantemente hermosas que podrían ser posibles esposas para su hijo. Según tenemos entendido, ella misma no resultó del todo satisfactoria en ninguno de los dos aspectos; finalmente fue seleccionada sólo porque Nicéforo decidió quedarse con sus dos rivales.

El emperador Miguel I se encontraba en la flor de la edad adulta. Su rostro redondo, según se cuenta, estaba enmarcado por rizos de espeso cabello negro y una espesa barba. Sin embargo, pronto se hizo evidente que los dones que el cielo se había dignado concederle no incluían ni inteligencia ni firmeza de carácter. Demostró ser débil de voluntad y fácil de manipular, un títere natural que se dejaba manipular por cualquiera que consiguiera hacerse con los hilos; y dado que también era profundamente religioso, no es de extrañar que los principales manipuladores durante su breve reinado hayan sido los dos principales clérigos de la época: Nicéforo, patriarca de Constantinopla, y Teodoro, abad del Studium. Nicéforo había sido designado por su homónimo imperial para suceder al patriarca Tarasio a su muerte en el año 806. Al igual que Tarasio, hasta entonces había sido funcionario y laico: su entronización en la silla patriarcal se había producido exactamente una semana después de recibir la tonsura por primera vez.[1] Hombre de considerable capacidad y absoluta integridad, fue también el autor de una de las pocas fuentes fiables para el período histórico que se extiende desde el reinado de Heraclio hasta el de Constantino V; sólo podemos lamentar que no la continuara hasta su propia época. Pero aunque demostró ser un devoto clérigo y un firme defensor de las imágenes sagradas, desde el momento de su nombramiento fue visto con odio y desconfianza por el partido monástico extremista -liderado por Teodoro del Studium-.

1. En la Iglesia Ortodoxa, los obispos fueron -y siguen siendo- elegidos siempre entre los monasterios y no entre el sacerdocio parroquial.

La razón de esta actitud no es difícil de encontrar: Teodoro y sus seguidores comprensiblemente consideraban a Nicéforo un impostor: un instrumento del Emperador que era eclesiástico sólo de nombre y cuya misma ordenación había convertido en una burla uno de los sacramentos más solemnes de la Iglesia. Habían adoptado exactamente la misma opinión de su predecesor Tarasio, opinión que habían encontrado amplia confirmación cuando en 795 Tarasio había permitido al joven Constantino VI enviar a su esposa, María de Amnia, a un convento y pasar por una especie de matrimonio con una de las damas de su corte, Teodoto. Su ira por tal conducta -a pesar del hecho ligeramente embarazoso de que la dama en cuestión era prima del abad Teodoro- se había apaciguado en cierta medida cuando el celebrante de la ceremonia nupcial, un desafortunado clérigo llamado José, fue posteriormente excomulgado; pero una década después, en 806, el Emperador había convocado un sínodo que lo rehabilitó. La decisión fue respaldada por el nuevo Patriarca y todo el asunto estalló nuevamente, siendo Teodoro enviado, por segunda vez, al exilio.

Mientras vivió el emperador Nicéforo no hubo esperanza de reconciliación entre los moderados y los extremistas. Constantino VI ya estaba en la tumba desde hacía mucho tiempo y, en la medida en que la cuestión de su matrimonio no era ya enteramente académica, es probable que el basileo la desaprobara casi tanto como el propio Teodoro; pero ésa no era la cuestión. La necesidad vital, en lo que se refería al emperador, era establecer el principio de que -si él lo deseaba y un sínodo de la Iglesia lo decretaba- se podía conceder la dispensa, incluso en una cuestión de derecho canónico. Y para alcanzar ese objetivo, lo que se conoció como la disputa moeciana (moecheia es la palabra griega para adulterio) proporcionó un caso de prueba tan válido como cualquier otro.

Pero ahora también había muerto Nicéforo, y su cobarde yerno no podía ni quería prolongar la disputa. El propio patriarca pensaba de la misma manera, y en todo caso comprendía que en las nuevas circunstancias reinantes las dos facciones debían reconciliarse. Habiendo puesto como condición de la coronación de Miguel que firmara un compromiso de defender la fe ortodoxa y conceder a los monjes y al clero por igual inmunidad frente a los castigos corporales o la coacción física, animó al emperador a llamar de nuevo al abad Teodoro y a sus compañeros de exilio, e incluso a imponer de nuevo la sentencia de excomunión al pobre José. Con ello, es posible que haya obtenido algo más de lo que esperaba: Teodoro, que a pesar de toda su

intolerancia era un hombre de formidable energía y magnetismo personal, adquirió rápidamente una inmensa influencia sobre el emperador, que lo consultaba sobre todo, estuvieran implicados o no asuntos eclesiásticos, y seguía invariablemente sus consejos.

Entre los historiadores más recientes se ha puesto de moda atribuir a Miguel I -y a través de él a Teodoro del Studium- el dramático cambio de actitud bizantina hacia Occidente que se produjo en esa época. Nicéforo I, durante la mayor parte de su reinado, simplemente ignoró las pretensiones imperiales de Carlomagno, una política que no se vio recompensada con ningún éxito notable, pues dio lugar a una guerra naval un tanto desganada con los francos y condujo, indirectamente, a la deserción de la joven República de Venecia.[1] ¿Qué explicación más fácil podría haber para el repentino cambio de actitud en Constantinopla que el hecho de que, después del desastre de 811, el Imperio ya no era capaz de proseguir la guerra y que la muerte del siempre inflexible Nicéforo permitió a su tolerante sucesor iniciar negociaciones de paz?

1. Aunque Venecia había sido efectivamente autónoma desde 727, hasta entonces había permanecido política y culturalmente dentro de la esfera de influencia bizantina; ciertamente había causado un escalofrío de consternación en los corazones griegos cuando, el día de Navidad de 805, el dogo Obelerio degli Antenori rindió homenaje a Carlomagno como emperador de Occidente, regresando a las lagunas con una novia franca, la primera dogaressa conocida por la historia.

Ninguna, salvo el hecho de que se sabe que embajadores imperiales pasaron por Venecia en su camino hacia la corte de Carlomagno en Aquisgrán a finales del otoño de 811, y que casi con toda seguridad se llegó a un acuerdo sobre todos los asuntos importantes en algún momento de la primavera de 811, varias semanas, como mínimo, antes de la aniquilación del ejército bizantino. Es cierto que transcurrió otro año antes de que nuevos enviados —ahora en representación de Miguel— fueran a aclamar a Carlomagno como emperador, y otros tres antes de que el tratado fuera finalmente ratificado; pero no cabe duda de que la rama de olivo inicial, tal como fue, fue extendida por Nicéforo; y a él, más que a su sucesor o a Teodoro, hay que atribuirle el mérito de la paz resultante. No se la conocería como la Pax Nicephori en vano.

Tal vez, al reflexionar, se había preguntado si un emperador de Occidente no era, después de todo, una mala idea. Constantinopla podía ser la Nueva Roma, la heredera de la civilización, la ley y las tradiciones romanas, pero Constantinopla era ya griega de cabo a rabo. No tenía nada en común (ni siquiera el idioma, ni siquiera la

religión) con la nueva Europa que empezaba a surgir más allá del Adriático, y tampoco ejercía ya ningún poder efectivo en esas regiones. Era Aquisgrán, no Bizancio, la que había restablecido la Pax Romaaa en Occidente. El Imperio romano debía seguir siendo indivisible, de eso no podía haber duda; pero ¿acaso dos emperadores lo dividirían necesariamente? Mientras mantuvieran buenas relaciones entre sí, ¿no podrían, por el contrario, darle nueva fuerza?

Carlomagno, por su parte, estaba dispuesto a ofrecer condiciones excelentes. Renunciaría a todos sus derechos sobre Venecia y toda la provincia de Véneto, junto con las ciudades de Istria y la costa dálmata; todo lo que pedía a cambio era el reconocimiento de su estatus imperial y, en particular, el derecho a llamarse basileus en los documentos oficiales. En teoría, esto significaba que, a partir de entonces, sería igual al emperador bizantino y que él y sus herederos disfrutarían del derecho reconocido de sucesión al trono de Constantinopla; aunque es dudoso que los bizantinos aceptaran alguna vez esa interpretación, incluso intelectualmente (y, desde luego, nunca la aceptaron emocionalmente).[1]

1. También vale la pena señalar que tuvieron cuidado de nunca llamar a Carlomagno emperador de los romanos, un estilo que reservaron para su propio gobernante y que de hecho usarían con creciente frecuencia a partir de ese momento.

En realidad, no tuvo demasiada importancia. El Imperio de Carlomagno se desintegraría a los pocos años de su muerte; no recuperaría su antigua estatura hasta más de un siglo después (hasta la aparición de Otón el Grande), y ni entonces ni en ningún otro momento posterior se plantearía seriamente la sucesión del emperador occidental como derecho al trono bizantino. Pero la Pax Nicephori no por ello es menos importante. Marcó la aceptación, por primera vez, de dos emperadores romanos simultáneos: emperadores que no compartían (ni siquiera teóricamente) un único trono por razones de conveniencia administrativa, según el sistema intentado (con resultados casi invariablemente desastrosos) por Diocleciano y sus sucesores, sino que eran genuinamente independientes entre sí, cada uno siguiendo su propia política pero al mismo tiempo reconociendo y respetando plenamente las reivindicaciones y títulos de su homólogo. Y, al hacerlo, creó el molde en el que se formaría la Europa medieval posterior.

El moribundo Stauracius había tenido razón al oponerse a la sucesión de Michael Rhangabe. De no haber sido por la paz con Carlomagno que tuvo la suerte de presidir, el reinado de ese desventurado monarca habría sido una catástrofe casi absoluta. Una

vez más, en marcado contraste con su predecesor, él y su esposa Procopia -cuya coronación había tenido lugar apenas diez días después de la suya- eran casi increíblemente pródigos con el dinero, derrochando enormes sumas en iglesias y monasterios y, a veces, parecía, en cualquiera que se las pidiera. Sólo en un aspecto Miguel se negó a aflojar los cordones de su bolsa -o, de hecho, a interesarse en absoluto-: en lo que se refería a la defensa de su Imperio.

Y pocas veces el Imperio lo había necesitado más. En la primavera de 812, Krum, animado por su triunfo del año anterior, se había apoderado de Develtus, una ciudad bizantina fortificada en el mar Negro que dominaba la ruta costera hacia el sur, y se había llevado por la fuerza a todos sus habitantes, incluido el obispo, a su propio territorio. En junio, Miguel se dispuso a enfrentarse a él, pero el ejército recién reclutado, inexperto y prácticamente sin entrenamiento, se amotinó casi de inmediato y se vio obligado a regresar. Inevitablemente, la noticia de su retirada se extendió rápidamente por Tracia y Macedonia, cuyas poblaciones, al darse cuenta de que ahora estaban a merced de Krum, huyeron aterrorizadas. Varias de las fortalezas fronterizas más pequeñas fueron abandonadas por completo; también quedaron abandonados, en gran medida, los importantes puntos fuertes de Anchialus y Beroc, ahora las ciudades búlgaras de Pomorie y Stara Zagora, cuyas defensas habían sido reparadas recientemente por Irene. La infección se extendió incluso hasta Filipópolis (Plovdiv), la principal ciudad de Tracia occidental.

Este pánico resultó infundado, al menos por el momento. Krum, que no veía razón alguna para luchar por algo que podía conseguir a cambio de nada, propuso la paz. En esas circunstancias, Miguel debería haber aprovechado la oportunidad; pero resultó que las condiciones ofrecidas por el Khan incluían la exigencia perfectamente razonable de que todos los prisioneros y desertores búlgaros en manos bizantinas le fueran devueltos. Esto era más de lo que el abad Teodoro podía tolerar. Citando -de manera totalmente inapropiada- las palabras de Cristo registradas por San Juan: "Al que a mí viene, no le echo fuera"[1], persuadió fácilmente al Emperador para que rechazara las condiciones; y la guerra se reanudó.

1. Juan 6:17.

El siguiente objetivo de Krum era Mesembria (Nesebur), uno de los puertos más ricos de toda la península balcánica. Era casi una isla y estaba unida al continente únicamente por un istmo estrecho y fuertemente fortificado de unos cuatrocientos metros de longitud.

Como los búlgaros no tenían barcos, este era su único punto de ataque posible; en los viejos tiempos, unos pocos barcos de la armada imperial habrían bastado para mantener los suministros de alimentos y municiones durante un período indefinido. Pero la armada, después de años de abandono, se encontraba ahora en las últimas etapas de deterioro y Miguel no hizo ningún intento de avituallar la ciudad.

Cuando comenzó el asedio, el patriarca Nicéforo celebró un servicio de intercesión en la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla. A mitad de la ceremonia se produjo una repentina conmoción: una parte de la congregación, que incluía a un gran grupo de veteranos del ejército recientemente desmovilizados, rodeó la gran tumba de mármol de Constantino V y suplicó al emperador muerto que rompiera sus velos y los condujera de nuevo, como tantas otras veces en el pasado, a la victoria y la salvación. Sus oraciones, no hace falta decirlo, no recibieron respuesta; pero el punto estaba claro y la conclusión no era difícil de sacar. El victorioso Constantino había sido un iconoclasta; bajo sus tres sucesores amantes de los iconos, el Imperio había sido humillado y hundido una y otra vez. El péndulo, en resumen, estaba una vez más listo para oscilar: una derrota más, y seguramente lo haría.

La derrota no se hizo esperar. El 5 de noviembre de 812 cayó Mesembria. Con ella pasaron a manos de Krum grandes reservas de oro y plata y, lo que era aún más valioso, botes de fuego líquido griego -el arma más eficaz y secreta del Imperio- junto con treinta y seis sifones de bronce con los que descargarlo. Para el emperador de Constantinopla estaba claro que, si quería conservar el trono, tendría que marchar una vez más contra su adversario; y esta vez tendría que ganar. Pasó todo ese invierno reuniendo tropas de todos los rincones del Imperio; y en mayo de 813 marchó desde su capital, acompañado por Procopia hasta Heraclea en el Mármara y despidiéndose de él desde el acueducto.

El ejército búlgaro siempre fue notoriamente difícil de entablar batalla hasta que estaba listo para luchar; y Miguel, sin duda recordando su escape por los pelos en 811, parece que no estaba dispuesto a entrar en territorio enemigo. Durante más de un mes vaciló en Tracia, mientras las tropas asiáticas, que eran la abrumadora mayoría, se volvían cada vez más inquietas. Sólo a principios de junio el propio Krum cruzó la frontera; y por fin, en el campo de Versinicia, a unas veinte millas al noreste de Adrianópolis, los ejércitos se encontraron cara a cara. Las fuerzas imperiales superaban fácilmente en número a los búlgaros; pero Miguel seguía pareciendo reacio a

tomar la iniciativa y durante otra quincena sofocante él y Krum se vigilaron mutuamente. No fue hasta el 21 de junio cuando Juan Aplakes, comandante del regimiento macedonio del ala izquierda, solicitó permiso a su emperador para atacar. Al día siguiente lo hizo. Los búlgaros retrocedieron confusos ante su ataque y, por un momento, pareció que la batalla había terminado casi antes de empezar. Pero entonces ocurrió algo sorprendente: las tropas anatolias de la derecha, comandadas por León el Armenio, de repente dieron media vuelta y huyeron del campo de batalla.

Al principio, según cuentan, Krum se quedó sin palabras, negándose a creer lo que veían sus propios ojos; luego, al darse cuenta de su buena suerte, él y sus hombres atacaron a los desafortunados macedonios —abandonados por sus camaradas y ahora, a su vez, irremediablemente superados en número— y los masacraron en masa. Ahora tenían el camino libre: ya no había nada entre ellos y Constantinopla. El 17 de julio, el ejército búlgaro instaló su campamento bajo las murallas de la ciudad.

En ese momento, sin embargo, Michael Rhangabe ya no era emperador. Tras escapar ileso de la batalla, regresó a toda velocidad a la capital e informó inmediatamente al patriarca de su intención de abdicar. Sostenía que ya no podía luchar contra la voluntad del Todopoderoso, que había demostrado de manera concluyente su odio hacia la casa de Nicéforo. El patriarca podía o no estar de acuerdo con esta última hipótesis, pero sin duda aprobaba la decisión de Miguel, en la que, temía mucho, residía la única esperanza de supervivencia de la familia imperial. La emperatriz Procopia, por el contrario, tenía una opinión muy diferente. No tenía ningún deseo de renunciar al trono, cuya ocupación disfrutaba enormemente, y se veía claramente como otra Teodora, que animaba a su marido a mantenerse firme. Pero sus argumentos fueron ignorados. Ella, el exemperador y sus cinco hijos, todos disfrazados con hábitos monásticos, se refugiaron en la iglesia de la Virgen de Faro, donde permanecieron hasta que recibieron garantías de su seguridad. Se les perdonó la vida, aunque sus tres hijos fueron castrados para evitar que en el futuro intentaran conseguir el poder;[1] Procopia y sus hijas fueron encerradas en conventos. En cuanto al propio Miguel, adoptó el nombre monástico de Atanasio y pasó los treinta y dos años que le quedaban en un monasterio de una de las Islas Príncipe en el Mármara, donde finalmente moriría en el aniversario de la muerte de su predecesor Estauracio, el 11 de enero de 845. Y León el Armenio, comandante de aquellos pérfidos anatolios que habían traicionado a su emperador y habían desperdiciado la victoria decisiva que estaba a su alcance,

entró en Constantinopla por la Puerta Dorada, para ser aclamado como basileo en la iglesia de San Juan Bautista en el Studium antes de cabalgar triunfalmente por las calles hacia el Palacio Imperial.

1. A uno de ellos, Nicetas, lo encontraremos más adelante en esta historia como Ignacio, Patriarca bajo Miguel III y Basilio I.

¿Qué había sucedido realmente? Las tropas anatolias de León eran valientes y experimentadas, los últimos hombres del mundo que perdían la cabeza en el campo de batalla, y menos aún cuando se enfrentaban a una fuerza inferior en terreno abierto. La única explicación remotamente razonable para su acción puede ser la traición. De ello se deduce que su aparente cobardía debió ser fingida deliberadamente, como un medio para infundir un pánico genuino entre el resto del ejército. En cuanto a su comandante, jugó sus cartas con su astucia habitual: se mantuvo firme hasta el último momento posible y abandonó el campo de batalla solo después de que todos sus hombres hubieran huido, y más tarde pudo afirmar que su propia conducta había sido intachable. Inevitablemente, hubo graves sospechas, pero nada pudo probarse de manera concluyente. Para entonces, en cualquier caso, había logrado su objetivo: la corona de Bizancio. Y vale la pena señalar que, después de lo que parecía a primera vista una de las derrotas más humillantes en la historia del Imperio romano, ninguno de los que huyeron fue castigado.

No era la primera vez (pues algunos años antes había estado profundamente implicado en la insurrección de Bardanes Turcus) que León había traicionado a su emperador y sus tropas lo habían ayudado. ¿Eran él y ellos, sin embargo, los únicos participantes en la conspiración? Puede ser que lo fueran, pero parece probable que hubiera otro, que también contribuyó en gran medida al éxito de toda la operación: el propio Krum. Desde que los búlgaros se habían convertido por primera vez en una amenaza para el Imperio, habían evitado invariablemente las batallas campales en una llanura abierta, prefiriendo en todo momento mantenerse en los pasos de montaña y desfiladeros que se adaptaban infinitamente mejor a sus métodos de lucha; ¿por qué entonces su astuto y experimentado Khan había abandonado de repente la práctica de toda su vida y había formado a sus hombres como lo hizo ante un ejército muy superior? ¿Y fue realmente el asombro lo que lo mantuvo a él y a sus tropas clavados en el sitio mientras los anatolios se apresuraban a abandonar el campo de batalla, lo que les permitió alejarse rápidamente antes de que él mismo se dispusiera a masacrar a los valientes macedonios? Cuánto más probable hubiera sido que León hubiera asegurado aún más el éxito de su plan convirtiendo en cómplice al líder búlgaro, quien

habría encontrado la idea irresistible, en particular porque no habría tenido más obligaciones una vez que sus compañeros conspiradores hubieran escapado.

Mientras Krum observaba a sus soldados atrincherándose bajo los muros a ambos lados de la Puerta Dorada, podría haber mirado hacia atrás y haber visto seis años de éxito ininterrumpido. Había sido responsable de la muerte de dos emperadores romanos y de la caída de un tercero; y había derrotado abrumadoramente a dos ejércitos imperiales, uno de los cuales había sido completamente destruido mientras que el otro, por la razón que fuera, había huido ignominiosamente del campo de batalla. Sin embargo, por el momento se había visto detenido: sabía que esas poderosas murallas que se alzaban sobre él nunca podrían ser tomadas por asalto. Según un curioso fragmento no identificado que ha llegado hasta nosotros (su autor es conocido solo como Scriptor Incertus), cubrió su propia incertidumbre sobre cuál era la mejor manera de proceder organizando toda una serie de extrañas ceremonias y demostraciones de fuerza. Los defensores de las murallas miraban incrédulos los elaborados sacrificios, tanto animales como humanos, con los que los sacerdotes paganos propiciaban a sus dioses; Incluso observaban fascinados cómo el propio Krum —«el nuevo Senaquerib», como lo llama Teófanes— avanzaba lentamente hacia el mar para el ritual del lavado de pies, y salía para rociar el agua sobre sus soldados en señal de bendición. En otras ocasiones, desfilaba con gran pompa entre apretadas filas de sus propias concubinas ululantes, mientras sus guerreros bramaban su aprobación.

No está claro qué pretendía exactamente el Khan con tales manifestaciones. Sin embargo, unos días después, al no haber ninguna reacción desde el interior de las murallas, envió un mensaje al Emperador exigiéndole que le permitiera, como señal de su victoria, clavar su lanza en la Puerta Dorada; y cuando esta propuesta se encontró -como él debía saber que sucedería- con una seca negativa, mostró su descontento saqueando y pillando la campiña circundante durante varios días antes de tomar su siguiente iniciativa: una propuesta de paz en la que exigía, como precio de su retirada, enormes cantidades de oro, cofres llenos de suntuosas vestimentas y, finalmente, una selección de las doncellas más hermosas que el Imperio pudiera proporcionar. No hace falta decir que León no tenía más intención de complacer a Krum por las doncellas que por la lanza; pero la oferta de condiciones, por inaceptables que fueran, sugirió a su mente siempre tortuosa una posible salida del impasse. Ahora propuso un encuentro entre Krum y él, que se celebraría en el punto donde el

extremo norte de las murallas descendía hacia el Cuerno de Oro. Él llegaría por agua, Krum por tierra; no llevarían armas y estarían acompañados únicamente por unos pocos seguidores igualmente desarmados.

El Khan aceptó la sugerencia y a la mañana siguiente cabalgó con su tesorero, su cuñado griego Constantino Patzikos y su joven sobrino -el hijo de este último- hasta el lugar convenido. Allí se le unieron el Emperador y un funcionario de la corte bizantina llamado Hexabulios. Después de las cortesías habituales, comenzó la conversación, con Constantino actuando como intérprete. Todo parecía ir bastante bien cuando Hexabulios de repente se cubrió la cara con las manos. Krum, posiblemente viendo el gesto como un insulto -o, más probablemente (y correctamente) reconociéndolo como una señal preestablecida- saltó a su caballo, que su sobrino sostenía, ensillado y embridado y listo para tal eventualidad, inmediatamente detrás de él. Llegó justo a tiempo. En ese momento tres hombres armados salieron de un escondite cercano. El tesorero murió en el acto, Patzikos y su hijo fueron hechos prisioneros. Mientras Krum galopaba hacia un lugar seguro, fue herido levemente por dardos disparados por los atacantes; pero no le causaron ningún daño grave; sólo aumentaron su furia por tan descarada traición a la confianza y su determinación de vengarse.

La venganza comenzó al día siguiente y fue terrible de ver. Los búlgaros no pudieron penetrar las murallas de la ciudad, pero los suburbios más allá del Cuerno de Oro, con todas sus iglesias, sus palacios y sus ricos monasterios y conventos, fueron consumidos en una poderosa conflagración. Entre los edificios destruidos estaba el Palacio Imperial de Santa Mamas,[1] una de las más opulentas de las varias residencias del Emperador en la capital, desde donde todas las columnas de mármol elaboradamente talladas y las hileras de animales esculpidos fueron trasladadas al propio palacio de Krum en Pliska. Toda criatura viviente que no fue quemada fue masacrada. Al oeste de la ciudad, el campo sufrió un destino similar. El Palacio de Hebdomon corrió la misma suerte que Santa Mamas, y cuando el todavía furioso Khan comenzó su viaje de regreso a casa, dejó tras de sí un rastro de pesadilla de matanza y destrucción. La ciudad de Selymbria quedó reducida a un montón de cenizas humeantes, al igual que innumerables otras ciudades y pueblos; Heraclea se salvó gracias a la solidez de sus defensas, sólo un grado menos inexpugnables que las de Constantinopla, pero la horda vengadora arrasó la fortaleza de Rhaedestum (hoy Tekirdag) antes de avanzar hacia las colinas vecinas, adonde se habían refugiado los habitantes del campo. Familia por

familia fueron perseguidos; los hombres fueron pasados a espada, las mujeres y los niños enviados a la esclavitud. Luego, después de una rápida excursión punitiva al Helesponto, Krum se dirigió al norte hacia Adrianópolis. Ya hacía algunas semanas que la ciudad estaba siendo atacada por su hermano, contra quien la guarnición había ofrecido una valiente resistencia; pero ahora escaseaban los víveres y la llegada del terrible Khan en persona con el cuerpo principal de su ejército acabó por quebrar la moral. Los 10.000 habitantes fueron llevados al otro lado del Danubio, donde muchos, incluido el arzobispo, encontraron el martirio.

1. El edificio estaba situado a orillas del Bósforo, en el barrio hoy conocido como Besiktas, un poco más allá del Palacio de Dolmabahce.

Ahora les tocó el turno a los bizantinos de pedir la paz. Pero Krum no podía olvidar la traición de León y su ira no se apaciguó cuando, en otoño, le llegaron noticias de un ataque sorpresa contra un ejército búlgaro cerca de Mesembria. El plan y la ejecución habían corrido a cargo del propio emperador, que, mediante una de esas astutas estratagemas por las que era famoso, había tomado a sus víctimas completamente por sorpresa mientras dormían y las había masacrado a todas. A raíz de este éxito, había avanzado profundamente en territorio enemigo, donde, sin matar a la población adulta, había capturado a todos los niños que pudo encontrar y les había estrellado la cabeza contra las rocas. El kan ya había tomado una decisión: por formidables que parecieran las murallas de Constantinopla, las destrozaría y, con ellas, al Imperio bizantino.

A principios de la primavera de 814, la capital bullía de rumores sobre sus preparativos: se estaban construyendo imponentes máquinas de asedio, se hablaba de catapultas gigantes capaces de lanzar enormes rocas contra las murallas o de lanzar teas encendidas sobre ellas, de escalas y arietes, de 1. 000 bueyes y 5.000 carros reforzados con hierro listos para llevar a sus posiciones esas enormes máquinas. El emperador, por su parte, trabajó furiosamente para reforzar las defensas, especialmente en torno al barrio de Blachernae, donde Krum había sido atacado tan deshonrosamente y donde se esperaba que lanzara el peso de su ataque, y envió simultáneamente embajadores a la corte de Luis el Piadoso, que había sucedido a su padre Carlomagno tras la muerte de este último unos meses antes. Esa misión fracasó, pues Luis, comprensiblemente, señaló que ya tenía suficientes enemigos propios, pero cuando los enviados regresaron a la capital, el peligro ya había pasado. El Jueves Santo, 13 de abril de 814, cuando su nueva fuerza expedicionaria estaba lista para marchar, Krum sufrió un ataque repentino. Le empezó a salir sangre por la nariz, la boca y

las orejas y, en pocos minutos, estaba muerto.

En ese momento ocurrió algo verdaderamente raro en la historia bizantina: la paz descendió sobre el Imperio. El hijo de Krum, Omortag, era joven e inexperto, y el primer año de su reinado se vio perturbado por una revuelta de la aristocracia búlgara que lo mantuvo completamente ocupado en su país. Levantamientos similares en Bagdad evitaron cualquier agresión por parte del sucesor de Harun al-Rashid, el califa Mamun. En Occidente, la Pax Nicephori todavía se mantenía. León fue libre por fin para centrar su atención en los asuntos internos y dar el paso decisivo por el que, más que por ningún otro, se lo recuerda.

2

El regreso de la iconoclasia

[814-29]

Dejad la Iglesia en manos de sus pastores y amos; ocupaos de vuestras propias esferas, el Estado y el ejército. Si os negáis a hacerlo y os empeñais en destruir nuestra fe, sabed que aunque un ángel viniera del mismo cielo para pervertirnos, no le obedeceríamos. Mucho menos os obedeceríamos a vosotros.

El abad Teodoro del Studium al emperador León V,

De la apariencia personal del emperador León V sabemos poco; la única descripción que nos ha llegado nos dice que era bajo y barbudo, con el pelo espeso y rizado y una voz inusualmente fuerte. De su carácter, en cambio, podemos deducir mucho más. En primer lugar, su ambición desbordante: a diferencia de su predecesor Miguel, que procedía de una familia noble y tenía la ventaja adicional de ser yerno de un emperador, León había logrado su ascenso desde orígenes humildes, llegando al poder supremo enteramente por sus propios esfuerzos, ayudado por una energía física ilimitada. Si aceptamos la explicación de su conducta en Versinicia dada en el capítulo anterior, no tenemos motivos para dudar de sus poderes de liderazgo, y menos aún de su coraje; sin embargo, todos los relatos de su expedición punitiva al territorio búlgaro en el otoño de 813 indican una veta de

crueldad bestial que no tardaba en estallar cuando se despertaba su ira. Tampoco hay que olvidar nunca que era armenio; Como tal, poseía en plena medida -de hecho, era quizás la característica más destacada de su personalidad inusualmente compleja- esa cualidad por la que siempre se han destacado sus compatriotas: una inteligencia aguda y sutil, atravesada por el ingenio y la astucia.

Fue probablemente esta información la que le hizo ganarse el cariño de su compatriota rebelde Bardanes Turcus. La había demostrado unos años más tarde en Versinicia, y de nuevo cuando llevó a cabo su ataque sorpresa nocturno contra las fuerzas búlgaras en 813; y quedó una vez más en evidencia cuando, al año siguiente, se propuso restablecer la iconoclasia en el Imperio. Sus razones para dar un paso tan tremendo eran muy diferentes de las que habían impulsado a su tocayo a hacer lo mismo ochenta y ocho años antes. León III había sido un teólogo devoto, que había reflexionado larga y seriamente sobre las cuestiones en juego y había creído genuinamente que estaba obedeciendo la voluntad de Dios. En cuanto a León V, no se trataba de una cuestión en la que reflexionara mucho: su enfoque de la cuestión era puramente práctico. Ya en tiempos de Irene, el gobierno imperial había tenido que hacer frente al problema de un gran número de pequeños propietarios campesinos desposeídos, desposeídos y expulsados de sus hogares por las incursiones sarracenas en las provincias orientales. Enrolados por Nicéforo como soldados regulares, habían demostrado ser bastante útiles durante la guerra de Bulgaria como milicia de emergencia para la capital; sin embargo, con la llegada de la paz, fueron disueltos y se vieron reducidos de nuevo a la penuria, mendigando en las esquinas de las calles para conseguir el pan de cada día. Al ser orientales, estos hombres eran casi todos iconoclastas por tradición y educación; además, dado que su miseria había tenido su origen durante el reinado de Irene, no era extraño que tendieran a asociarla con ella y, a través de ella, con la reacción contra la iconoclasia que ella había provocado.

Así, en el verano de 814, se había formado en Constantinopla una ominosa oleada de opiniones iconoclastas que, si bien no representaban todavía una amenaza seria para la seguridad del Estado, bien podrían haberse vuelto peligrosas si se las hubiera ignorado durante demasiado tiempo. Esta opinión no se limitaba a los exsoldados insatisfechos; también estaba muy extendida -como siempre lo había estado- entre las clases altas de la capital, así como entre los altos rangos del ejército. Hemos visto cómo una manifestación ante la tumba de Constantino V dos años antes había recordado los triunfos militares de los emperadores iconoclastas, en

marcado contraste con los fracasos de sus sucesores iconódulos: debe haber habido muchos hombres y mujeres en el Imperio que normalmente no eran dados a la especulación teológica y que, sin embargo, sentían que el Todopoderoso había dejado suficientemente claro su punto de vista sobre el asunto y que había llegado el momento de un cambio.

Así pues, León siguió adelante con su plan como un medio para preservar la paz interna, más que como una expresión de una profunda convicción religiosa. Su primer paso fue nombrar, en junio de 814, una comisión especial con órdenes de examinar las escrituras y todos los escritos de los primeros Padres de la Iglesia en busca de pruebas a favor de la persuasión iconoclasta. Como presidente de la comisión nombró a otro de sus compatriotas: el brillante y joven abad armenio del monasterio de los Santos Sergio y Baco —todavía tenía unos treinta y pocos años— cuyo verdadero nombre era Juan Morocharzamius, pero que para la posteridad es más conocido como Juan el Gramático. Como su adjunto, el emperador eligió, de manera bastante sorprendente, a Antonio, obispo de Syllaeum en Panfilia, un anciano réprobo agradable que —según el violentamente antiiconoclasta Scriptor Incertus— pasaba la mayor parte de su tiempo contando historias dudosas a los dos monjes y dos laicos que formaban el resto de la comisión. Durante sus seis meses de trabajo estuvieron sujetos al más estricto secreto, siendo alojados y alimentados —magníficamente, según parece— dentro del Gran Palacio y alentados a permanecer lo más posible dentro de sus muros.

Los resultados de sus esfuerzos se completaron a principios de diciembre y se presentaron al Emperador, quien inmediatamente convocó al Patriarca Nicéforo al Palacio. Todavía con cautela, primero propuso -como compromiso "para complacer a los soldados"- que se quitaran sólo las imágenes sagradas que colgaban bajas en las paredes; el Patriarca, sin embargo, que sabía reconocer la punta delgada de una cuña cuando la veía, no quiso saber nada. "Pero", prosiguió León, "¿por qué veneran imágenes, cuando no hay mandato bíblico para hacerlo?" Nicéforo respondió que la Iglesia aprobaba muchas creencias y prácticas para las que no había autoridad escrita; se negó a ir más allá. En tales circunstancias, el Emperador no tenía otra opción que dar el ejemplo él mismo, actuando, sin embargo, con su típica hipocresía. El icono en el que había puesto sus miras era la enorme representación de Cristo que se encontraba sobre la puerta principal del Palacio conocida como la Chalke, la misma que había sido derribada por León III en 726, para luego ser reemplazada por Irene; Pero mientras que el isauriano simplemente había ordenado a los

militares que se pusieran manos a la obra, el armenio trazó sus planes con cuidado. Él también envió un destacamento de soldados, pero las órdenes que les dio fueron algo diferentes. Su tarea sería crear un disturbio, aparentemente espontáneo, en el curso del cual lanzarían imprecaciones e insultos contra la sagrada imagen, arrojándola con barro y piedras; esto sería la señal para la llegada del propio Emperador, quien ordenaría su remoción para salvarla de cualquier otra profanación.

La operación se desarrolló según lo previsto, y el Patriarca, por iniciativa propia, convocó una reunión de todos los obispos y abades locales, advirtiéndoles de la tormenta que se avecinaba y exhortándolos a mantenerse firmes en los principios establecidos por el Séptimo Concilio Ecuménico de 787.[1] Luego, temprano en la mañana de Navidad, tuvo otra audiencia con León. Le imploró al Emperador que lo despidiera si así lo deseaba, pero que no hiciera ningún cambio radical en la doctrina de la Iglesia; León le aseguró suavemente que no tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas, para confirmarlo, en la Misa de Navidad en Santa Sofía, se inclinó ostentosamente como de costumbre ante una representación de la Natividad. Sin embargo, menos de dos semanas después, durante el servicio de Epifanía del 6 de enero de 815, todos los presentes notaron que no hizo tal reverencia. Nicéforo solo pudo quedarse de brazos cruzados y esperar los acontecimientos.

1. Este fue el Concilio convocado por Irene para condenar la teoclastia. Véase Byzantium: The Early Centurys, págs. 69-72.

No tardaron en llegar. El emperador convocó a varios clérigos iconoclastas a la capital, evitando cuidadosamente que presentaran sus respetos habituales al patriarca a su llegada, y les entregó la colección de citas bíblicas y patrísticas que la comisión había preparado. Luego, una vez más, llamó a Nicéforo al palacio. El patriarca obedeció la convocatoria, pero no vino solo. Con él apareció un gran grupo de fieles, incluido el abad Teodoro del Studium, anteriormente uno de sus enemigos más acérrimos, pero ahora firme a su lado. La reunión que siguió fue tormentosa, en el curso de la cual Teodoro desafió abiertamente al emperador con las palabras citadas al comienzo de este capítulo; los eclesiásticos reunidos fueron despedidos poco después. Unos días después se promulgó un edicto que prohibía al patriarca y a todos los miembros de la facción iconódula celebrar reuniones en lugares públicos o incluso en residencias privadas. El propio Nicéforo fue sometido a algo parecido a un arresto domiciliario y, por lo tanto, se le impidió efectivamente realizar sus deberes oficiales.

En esa Pascua se celebró en Santa Sofía lo que se llamó un Sínodo General, al que, sin embargo, un número considerable de obispos iconódulos no recibieron invitación. Para entonces, el Patriarca había caído gravemente enfermo: fue convocado para asistir a la asamblea, pero no se encontraba lo suficientemente bien como para hacerlo, por lo que fue destituido en ausencia. Cuando se recuperó lo suficiente, fue exiliado al monasterio de San Teodoro el Mártir, a cierta distancia del Bósforo, en la orilla asiática. Allí vivió durante algunos años, pero nunca regresó a Constantinopla. En su lugar, el Emperador nombró -significativamente- a un pariente de Constantino V llamado Teodoto Casiteras. El nuevo Patriarca era, sin duda, un iconoclasta; sin embargo, al igual que Constantino, parece haber estado lejos de ser puritano en otros aspectos. Uno de sus primeros actos al recibir su sucesión fue ofrecer un suntuoso almuerzo en el Palacio Patriarcal, en el que distinguidos eclesiásticos y austeros monjes, muchos de los cuales no habían tocado carne durante años, fueron obligados por su anfitrión a prescindir de los suculentos platos y magníficos vinos que se les sirvieron y, en palabras del profesor Bury, "la aburrida solemnidad de una mesa arzobispal ahora estaba animada por conversaciones frívolas, historias divertidas e ingenio obsceno".

Pero la vida del Patriarca no fue todo placer. También tenía el deber de presidir el Sínodo, una tarea nada envidiable y que, como pronto quedó claro, estaba muy por encima de sus capacidades. Uno piensa que Nicéforo, o Tarasio antes que él, de alguna manera habría logrado imponer su autoridad; pero cuando se llamó a ciertos obispos ortodoxos para que comparecieran y los ánimos se caldearon, Teodoto perdió el control. Los desafortunados prelados fueron atacados físicamente, arrojados al suelo, golpeados con puñetazos, patadas y escupitajos. El prestigio del Sínodo, ya debilitado por la obvia unilateralidad de su composición, se vio aún más disminuido por esta exhibición poco edificante; sin embargo, al final los delegados se sacudieron el polvo, volvieron a sus puestos e hicieron lo que se les dijo. Sus conclusiones eran, en consecuencia, una conclusión previsible; y su decreto final, en una forma sólo ligeramente abreviada, decía lo siguiente:

Los emperadores Constantino [V] y León [III], considerando que la seguridad del Imperio dependía de la ortodoxia, reunieron antiguamente un numeroso sínodo de padres espirituales y obispos y condenaron la práctica inútil, no justificada por la tradición, de hacer y adorar iconos, prefiriendo el culto en espíritu y en verdad.

Por eso la Iglesia de Dios permaneció tranquila durante muchos años y el pueblo gozó de paz, hasta que el gobierno pasó de los hombres a una mujer y la Iglesia se convirtió en víctima de la sencillez femenina. Esta mujer siguió el consejo de obispos ignorantes; convocó una asamblea imprudente; estableció la doctrina de pintar en un medio material al Hijo y al Verbo de Dios y de representar a la Madre de Dios y a los santos mediante imágenes muertas; y decretó que estas representaciones debían ser adoradas, desafiando así negligentemente la doctrina propia de la Iglesia. De tal manera mancilló nuestra adoración que se debe solo a Dios, declarando que lo que solo a Él se debe dar debe ser ofrecido a imágenes sin vida. Además, sostuvo tontamente que estaban llenas de gracia divina, alentando a encender velas y quemar incienso ante ellas. De esta manera hizo que los simples se equivocaran.

Por eso, ahora prohibimos en toda la Iglesia Ortodoxa la fabricación no autorizada de iconos bajo seudónimo; rechazamos la adoración definida por Tarasio;[1] anulamos los decretos de su sínodo, sobre la base de que otorgaban a las imágenes un honor indebido; y condenamos el encendido de velas y la ofrenda de incienso.

1. Patriarca en el tiempo del Séptimo Concilio Ecuménico de 787.

Reconociendo, sin embargo, alegremente que el Santo Concilio que se reunió en Blanquerna, en el templo de la Virgen sin mancha, durante los reinados de Constantino y León, está firmemente basado en la doctrina de los Padres, decretamos que la fabricación de iconos (nos abstenemos de llamarlos ídolos, porque hay grados de maldad) no es ni de culto ni de servicio.

Una vez que la iconoclasia se había vuelto a introducir en todo el Imperio, los peligros de disturbios civiles habían desaparecido (al menos en el futuro inmediato) y se había establecido una paz duradera en todas sus fronteras, León V podía felicitarse por un excelente comienzo de su reinado. Como no tenía convicciones religiosas profundas, no tomó medidas estrictas contra la multitud de adoradores de iconos que se negaban a someterse al nuevo edicto. Algunos de sus oponentes más enérgicos (los que seguían manifestándose públicamente en su contra y desafiando abiertamente la prohibición de las imágenes) fueron castigados por pura formalidad: el abad Teodoro, por ejemplo, ahora líder reconocido del bando iconódulo, fue arrojado a tres prisiones diferentes. Su biógrafo recuerda con deleite los repetidos azotes y los horribles extremos de calor y frío (por no hablar de las entusiastas visitas de ratas, pulgas y piojos) que tuvo que soportar. Pero, como el Emperador no habría

tardado en señalar, Teodoro se lo había pedido: nunca se había andado con rodeos durante sus audiencias imperiales, y el Domingo de Ramos, antes del Sínodo, había organizado una procesión en la que los monjes del Studium habían desfilado flagrantemente por el monasterio, llevando a hombros todos sus iconos más preciados. Más grave aún, en 817 se descubrió que mantenía correspondencia regular con el recién elegido Papa Pascual I, no sólo informándole de la difícil situación de los fieles ortodoxos, sino que en una ocasión incluso propuso una petición de ayuda al Emperador de Occidente. Semejante propuesta era obviamente traición, y en esas circunstancias no era de extrañar que León hubiera tomado medidas firmes contra él. La mayoría de los clérigos que compartían sus opiniones descubrieron, por otra parte, que, siempre que mantuvieran un perfil bajo, se les permitía seguir como siempre, sin molestias ni interferencias. Los intereses primordiales de León eran la seguridad del Estado y el orden público. En lo que a él respectaba, las consideraciones doctrinales tan queridas por Teodoro y sus seguidores eran, a lo sumo, de importancia secundaria.

Sin embargo, el edicto de 815 desató inevitablemente una nueva ola de destrucción generalizada. Se nos dice que cualquier imagen sagrada podía ser destrozada o profanada por cualquier persona en cualquier momento, sin temor a ser castigada. Cualquier vestimenta o pieza de bordado que llevara representaciones de Jesucristo, la Virgen o los santos podía ser destrozada y pisoteada; los paneles de madera pintados eran manchados con excrementos, atacados con hachas o quemados en las plazas públicas. La magnitud de la pérdida artística, entonces y durante los siguientes veintiocho años, puede no haber sido tan grande como la sufrida en los sesenta y un años de iconoclasia durante el siglo anterior: la duración de este segundo período fue menos de la mitad de la del primero, y en cualquier caso León y sus sucesores poseían poco de la ardiente convicción que había impulsado a León III y Constantino Coprónimo. El hecho es que esa pérdida debe haber sido inmensa desde cualquier punto de vista; Y cuando consideramos la impresionante calidad y la patéticamente pequeña cantidad de arte bizantino que ha sobrevivido desde antes de mediados del siglo IX, es una pérdida que todavía podemos sentir hoy.

Desde una etapa temprana de su carrera -quizás incluso antes de que ambos se vieran involucrados en la desafortunada revuelta de Bardanes Turcus en 801- León había disfrutado de la estrecha amistad de un oficial hermano llamado Miguel, que provenía de la ciudad frigia de Amorium.[1] El vínculo que existía entre ellos no es fácil de entender de inmediato -Miguel era un provinciano franco, analfabeto,

de orígenes humildes con algún tipo de impedimento en su habla[2]-, pero era lo suficientemente fuerte como para que León fuera el padrino de su hijo, y hay evidencia que sugiere que Miguel le dio a su amigo un apoyo y aliento invaluables en el momento de la batalla de Versinicia y la posterior marcha sobre la capital. Cuando León cabalgó triunfante hacia el Palacio Imperial, el amorio lo siguió inmediatamente detrás; y aunque, cuando los dos desmontaron para entrar al edificio, Michael cometió un desafortunado paso en falso al pisar la capa del Emperador y casi arrastrándola, León lo nombró comandante de los Excubitores, uno de los regimientos de élite del Palacio, y el incidente pronto fue olvidado.

1. Amorium, que en su día fue capital de la provincia de Anatolia y un importante obispado, hoy no es más que unas cuantas ruinas de aspecto triste cerca del pueblo de Asarkdy, unas treinta y cinco millas al suroeste de Sivrihisar.

2. La mayoría de los historiadores modernos hablan de ello como de un ceceo, pero es más probable que haya sido un tartamudeo, de ahí su apodo Psellus, "el Tartamudo" (por supuesto, no debe confundirse con el cronista posterior).

Sin embargo, en algún momento del verano o principios del otoño del año 820, el emperador recibió la noticia de que Miguel estaba hablando calumniosamente de él y difundiendo la sedición. No dispuesto a tomar medidas precipitadas contra su viejo amigo, primero ordenó a otro de sus funcionarios de la corte, el logoteta de Drome, Juan Hexabulio (el mismo que había estado involucrado en la pérfida reunión con Krum siete años antes), que hablara en privado con él, señalando la imprudencia de su comportamiento y sus posibles consecuencias; pero Miguel no le hizo caso. A medida que pasaba el tiempo, continuó hablando cada vez más abiertamente contra su soberano hasta que, en Nochebuena, Hexabulio descubrió una conspiración en la que se creía que estaban implicados varios oficiales militares de alto rango, y de la que Miguel era indudablemente el cabecilla. Informó a León, quien de inmediato hizo que el amoriano compareciera ante él. Enfrentado a pruebas irrebatibles, Miguel no tuvo más opción que confesar su culpabilidad; y el Emperador, fuera de sí de rabia por la traición de un amigo y colega tan confiable, ordenó arrojarlo inmediatamente al enorme horno que calentaba los baños del Palacio.

Aunque hacía mucho que había anochecido, esta terrible sentencia se habría ejecutado inmediatamente de no haber sido por su esposa, la emperatriz Teodosia. Al oír la noticia de boca de una de sus damas, saltó de la cama y corrió descalza hacia su marido. Ahora faltaban sólo una o dos horas para Navidad, suplicó, ¿cómo podría aceptar el sacramento el día de la Natividad de Cristo con un acto de

tan indescriptible crueldad sobre su conciencia? Conmovido por sus palabras -y también, tal vez, por su recordatorio de que un examen más prolongado y cuidadoso de Michael podría proporcionar más información sobre sus cómplices- León aceptó aplazar la ejecución. Hizo que pusieran al condenado en grilletes y lo encerraran en una pequeña habitación en un rincón apartado del palacio, donde debía permanecer bajo vigilancia constante. Él mismo se hizo cargo de las llaves, tanto de la habitación como de los grilletes. Luego, profundamente perturbado en mente y espíritu, se retiró a la cama.

Pero no podía dormir. Una y otra vez, sus pensamientos volvían a aquel día de 813, cuando Miguel había pisoteado su manto y había estado a punto de arrancarle la insignia imperial de los hombros. ¿Habría sido el incidente un presagio? ¿Y qué había del libro iluminado de adivinación que había estado leyendo recientemente, en el que había encontrado una representación de un león, con la garganta atravesada por una espada, entre las letras griegas Chi y Pbi? Si Chi representaba la Navidad y Phi la Epifanía, ¿no era eso una predicción inequívoca de la muerte de León en algún momento entre esas dos fiestas? ¿Cuánto mejor hubiera sido si se hubiera negado a escuchar las súplicas de su esposa y hubiera hecho que la sentencia se ejecutara allí mismo? Además, ¿estaba realmente a salvo su prisionero? En un impulso repentino, se levantó, cogió una vela y se adentró por los laberínticos pasillos del palacio hasta la habitación en la que se encontraba Michael, derribando o abriendo de golpe (pues a pesar de su pequeña estatura era un hombre de una fuerza física colosal) cualquier puerta que se cruzara en su camino y que estuviera cerrada con llave. Luego entró en silencio en la celda y, para su furia, encontró al carcelero profundamente dormido en el suelo mientras el prisionero yacía en un catre, aparentemente en el mismo estado. Incapaz de creer que alguien en semejante situación pudiera dormir tan profundamente, puso la mano sobre el pecho de Michael para asegurarse, por los latidos de su corazón, de que su sueño era realmente auténtico. Al comprobarlo, se retiró en silencio, deteniéndose sólo para agitar el puño hacia los dos hombres inconscientes.

Lo que el Emperador no sabía era que había una tercera persona en la habitación, muy despierta. De alguna manera, Michael se las había ingeniado para traer consigo a uno de sus sirvientes personales, un joven eunuco que al oír pasos se había escondido apresuradamente debajo de la cama. Desde este escondite no podía ver el rostro del intruso; pero las botas moradas, que sólo el basileus podía usar, eran más que suficiente identificación. En el momento en que Leo se fue,

despertó a su amo y al carcelero y les contó lo que había visto; y este último, al darse cuenta de que su vida también estaba ahora en peligro, accedió de inmediato a hacer causa común con su prisionero. Con el pretexto de que Michael estaba ansioso por confesar sus pecados antes de que se ejecutara la sentencia, envió a otro de los servidores de confianza del amorio a la ciudad, aparentemente para encontrar un sacerdote, pero en realidad para reunir a sus compañeros de conspiración para un rescate de último momento.

El sirviente se movió rápido y el plan pronto estuvo listo. Era costumbre, en las grandes fiestas de la Iglesia, que el coro de monjes que cantaba los Maitines en el Palacio se reuniera de madrugada junto a la Puerta de Marfil antes de dirigirse a la Capilla de San Esteban. Y así, mucho antes del amanecer de esa gélida mañana de Navidad, los conspiradores se envolvieron en ropas monásticas -el escondite perfecto para las espadas y puñales que llevaban debajo- y se unieron a los coristas con quienes, con los rostros ocultos en las capuchas, se dirigieron al Palacio. Una vez dentro de la capilla, se perdieron entre las sombras y se sentaron a esperar.

El comienzo del himno de apertura fue la señal aceptada para la llegada del Emperador, quien tomó asiento como de costumbre y se unió inmediatamente al himno. Hubo diversas opiniones -de las cuales la suya fue con mucho la más favorable- sobre la calidad de su voz, pero todas las fuentes coinciden en su volumen. Los conspiradores esperaron hasta que la música alcanzó su clímax; entonces atacaron. Curiosamente, tanto León como el sacerdote oficiante llevaban gorras de piel con visera para protegerse la cabeza del frío intenso; y los primeros golpes fueron dirigidos contra el sacerdote, quien logró quitarse la gorra justo a tiempo, dejando al descubierto una cabeza calva y convenciendo así a sus atacantes de su error. Esta demora momentánea permitió al Emperador tomar del altar una pesada cruz con la que defenderse; pero un momento después, un tremendo golpe de espada le cortó el brazo derecho a la altura del hombro y lo hizo girar por el suelo, con la mano que aún agarraba la cruz. Cayó al suelo, donde otro golpe le cortó la cabeza. Y así, poco después de las cuatro de la mañana del día de Navidad del año 820, el reinado del emperador León V llegó a su fin.

Una vez más, los asesinos no perdieron tiempo. Se apresuraron a llegar a la habitación en la que Miguel todavía estaba cautivo y descubrieron consternados que no tenían forma de abrir sus grilletes: el nuevo emperador de Bizancio fue llevado en persona a su trono y sentado en él con los pesados grilletes de hierro todavía en sus

piernas, mientras los oficiales de la casa imperial, reunidos a toda prisa, se postraban ante él. Sólo alrededor del mediodía llegó un herrero con un mazo y un cincel para liberarlo,[1] justo a tiempo para que entrara cojeando en Santa Sofía para su coronación por el patriarca. No se han registrado los pensamientos de Teodoto mientras colocaba la corona sobre la peluda cabeza del usurpador, pero era un oportunista empedernido y no el tipo de hombre que plantea objeciones.

1. Así al menos nos lo asegura nuestra fuente principal, el Continuador de Teófanes (véase más abajo). Otros cronistas afirman que Juan Hexabulio recordó de repente que León había guardado la llave en su bolsillo y la había recuperado del cadáver.

Poco después, lo que quedaba del cuerpo de León V fue recuperado del retrete común en el que había sido arrojado y arrastrado desnudo hasta el Hipódromo, donde fue expuesto a la mirada del público. Desde allí fue llevado a lomos de una mula hasta el puerto, donde lo esperaban la emperatriz Teodosia y sus cuatro hijos, y cargado con ellos en el barco que los llevaría al exilio en las Islas de los Príncipes en el Mármara. A su llegada, les aguardaban más noticias sombrías: para asegurarse de que no planearan ninguna represalia, era deseo del nuevo emperador que todos los muchachos fueran castrados de inmediato.[2] Tres de ellos sobrevivieron a la terrible experiencia: uno, Gregorio, vivió hasta convertirse en arzobispo de Siracusa en Sicilia; el más joven, Teodosio, murió bajo el cuchillo y fue enterrado con su padre.

2. Para que no pudieran suplantarlo. El emperador, según la concepción bizantina, debía estar libre de toda imperfección física.

El lector de estas dos últimas páginas quizá haya sentido una nota de teatralidad, incluso de sensacionalismo, que contrasta vivamente con la austeridad y la moderación que han caracterizado hasta ahora nuestra narración. No se trata de un cambio de enfoque por parte del autor, sino de una nueva fuente que se hizo cargo de la crónica del monje Teófanes poco antes de su muerte en 814 en la isla de Samotracia, adonde había sido exiliado por sus opiniones religiosas. Este Continuador -como se le conoce generalmente, aunque de hecho los últimos capítulos de la obra que se le atribuyen son obviamente obra de varios sucesores diferentes- tiene una inclinación por el drama y un ojo para el detalle revelador que lo distingue de la gran mayoría de sus colegas. Podemos sospechar que en ocasiones elabora su relato con algo más que un toque de licencia artística, y probablemente tengamos razón en ello -sobre todo porque la compilación posterior data de mediados del siglo X, más de cien años

después de los acontecimientos aquí descritos-, pero sin duda sabe cómo contar una historia, y los narradores natos son demasiado raros en la historia medieval. En lo esencial, no tenemos motivos para dudar de su fiabilidad; e incluso en lo demás, siempre que tengamos a mano una pizca de sal de vez en cuando, no hay motivos para no disfrutar de él.

Decir que Miguel II ascendió al trono bizantino con sangre en las manos es quedarse corto. Muchos otros emperadores, sin duda, habían hecho lo mismo; sin embargo, ninguno, con la discutible excepción de Focas en 602, había despachado a su predecesor con tanta sangre fría, o con menos excusas. León había tenido sus defectos, crueldad y duplicidad, entre ellos, pero había sido un gobernante sabio y eficaz que había hecho mucho por restaurar la fortuna imperial y que, si hubiera tenido la oportunidad, sin duda habría seguido guiando el Imperio con firmeza y confianza. Miguel no podía intentar justificar su asesinato con el argumento de su incapacidad, como tampoco podía hacerlo con el de la religión, ya que compartía plenamente las opiniones de León sobre la iconoclasia. Su única motivación, en resumen, era una mezcla de celos y ambición descarada, junto, tal vez, con un toque de superstición, pues nunca había olvidado las palabras pronunciadas por el eremita de Filomelion, diecisiete años antes.

Los habitantes de Constantinopla lo sabían perfectamente. Se reían de Miguel por su grosería y falta de educación: en el tiempo que le llevó escribir las seis letras griegas de su nombre, utilizaron

En otras palabras, otro hombre podía leer un libro entero. Desde el momento de su ascenso al poder, lo convirtieron en un blanco popular para las sátiras políticas, pero también lo temían. Después de todo, había demostrado que para conseguir lo que quería no había conducta de la que no fuera capaz. Y, sin embargo, sorprendentemente, resultó ser un gobernante mejor de lo que nadie había esperado, y un gobernante cuyo reinado, por turbulento que fuera, se caracterizaría menos por la estupidez o la crueldad que por la moderación y el sentido común.

Fue quizá una manifestación de esta última virtud lo que llevó a Miguel, el domingo de Pentecostés del año 821, a coronar a su hijo Teófilo, de diecisiete años, como coemperador. Era profundamente consciente de que era el séptimo ocupante del trono bizantino en un cuarto de siglo y de que, de sus predecesores inmediatos, dos habían sido depuestos, dos habían muerto en batalla y dos habían sido asesinados. Además, los tres últimos no tenían relación entre sí ni con él. Más que nada, al parecer, el Imperio necesitaba estabilidad, y la

coronación de Teófilo era el primer paso hacia ella. Pero Teófilo también debía producir un hijo y heredero; y el segundo paso, que se dio muy poco después -probablemente el mismo día- fue casarlo con una dama paflagonia de alta cuna y sorprendente belleza llamada Teodora[1], de la que oiremos hablar mucho más en los próximos años.

1. Al igual que Teófano, la esposa de Estauracio (véase pág. 911), casi con certeza fue seleccionada mediante un «concurso de novias»: una especie de concurso de belleza entre doncellas elegibles, entre las cuales el futuro novio haría su elección.

Pero ya en esa época Miguel tenía en mente problemas más inmediatos que el de la sucesión imperial, pues el Imperio estaba nuevamente bajo amenaza, no, como tantas veces en el pasado, de los sarracenos o los búlgaros, sino de un aventurero militar conocido como Tomás de Gaziura o, más comúnmente, como Tomás el Eslavo. Era el tercero de los tres oficiales que habían acompañado a Bardanes Turcus al ermitaño de Filomelion en 803; dado que sus dos camaradas León y Miguel ya habían ascendido al trono, debía haber tenido claro que, según los términos de la profecía, su propio intento estaba condenado al fracaso; sin embargo, parece haber estado decidido a demostrar que el profeta estaba equivocado. Durante los reinados de Nicéforo y Miguel I había permanecido exiliado en tierras musulmanas, pero había regresado tras el ascenso al trono de León, quien, sorprendentemente (ya que se sabía que los armenios detestaban a los eslavos incluso más que los griegos), le había confiado un alto mando militar. Hasta el momento del asesinato de León no había causado problemas; pero tan pronto como el trono pasó a Miguel, con quien había mantenido una rivalidad de larga data, comenzó a promover la rebelión.

Su éxito fue notable, y por varias razones. En las provincias orientales afirmó ser el emperador Constantino VI -que de algún modo milagrosamente había escapado a la ceguera ordenada por su madre Irene veintitrés años antes- y de hecho participó en una ceremonia de coronación en Antioquía, ocupada por los musulmanes. En Occidente adoptó una postura violentamente antiiconoclasta que, como él sabía, le granjearía un amplio apoyo. En todas partes se erigió en defensor de los pobres y de todos aquellos que se veían oprimidos por los altos impuestos y la corrupción generalizada de los funcionarios del gobierno provincial. Aunque era relativamente mayor -seguramente tenía más de cincuenta años, y puede que fuera mayor- y padecía una cojera pronunciada, parecía haber algo en él casi irresistiblemente atractivo: quienes los conocían a ambos siempre contrastaban su cortesía y encanto con la grosería incoherente del Emperador. Y

poseía además otra ventaja: la repulsión que sentían todos los hombres y mujeres de bien por la brutalidad a sangre fría del crimen mediante el cual el amoriano se había apoderado del trono. Podemos preguntarnos, no obstante, si sus innumerables partidarios habrían sentido lo mismo si hubieran sabido que Tomás disfrutaba de un considerable apoyo financiero del califa Mamun, a quien bien pudo haber prometido, si tenía éxito, mantener el Imperio como feudo del Califato.

El ejército con el que esta figura retorcida, resentida pero de algún modo carismática invadió el Imperio en la primavera de 821 era inmenso: unos 80.000 hombres, entre árabes y persas, georgianos y armenios, alanos y godos, hunos y eslavos. Se habría pensado que era poco probable que un grupo tan heterogéneo consiguiera mucho apoyo en el corazón de Anatolia, donde se hablaba griego; sin embargo, en cuestión de meses sólo dos themas en toda Asia Menor -el Opsikion y el Armeniakon- permanecieron leales a Miguel. Y así, sabiendo que tenía a prácticamente todo el Imperio detrás de él, desde Ararat hasta el Egeo, Tomás cruzó a Tracia en diciembre de 821 y puso sitio a Constantinopla.

No era, como sabemos, la primera vez que la capital se enfrentaba a un ejército sitiador. Es cierto que en la ocasión más reciente (sólo ocho años antes) Krum no había hecho ningún intento serio de abrir una brecha en las murallas de Teodosio II, de cuatrocientos años de antigüedad, y se había contentado con asolar los suburbios exteriores y el distrito de Gálata, más allá del Cuerno de Oro. Pero también hubo asedios a sangre fría (por parte de los persas en 626, y por parte de los sarracenos en 674 y de nuevo en 717-18), en los que el pueblo tuvo que hacer frente a ataques simultáneos tanto por tierra como por mar, y todos los hombres y mujeres de Constantinopla se sintieron (con razón) en primera línea del ataque. Gracias en parte a su coraje y determinación, pero en mayor parte aún a esas magníficas defensas que ninguna otra ciudad podía igualar, siempre habían prevalecido; y lo mismo hicieron contra Tomás el Eslavo, por las mismas razones. Thomas dirigió su ofensiva principal contra el barrio de Blachernae, donde el extremo norte de las murallas terrestres se extendía hasta el Cuerno de Oro y se creía que las fortificaciones eran algo más débiles; parece que no sabía que esta zona en particular había sido reforzada en gran medida por León V en previsión de la última expedición de Krum que nunca se llevó a cabo. En el caso, sus máquinas de asedio resultaron desesperadamente ineficaces, ciertamente no rivales para las enormes catapultas y mangoneles que Miguel había colocado a lo largo de las murallas.

También en el mar, aunque Thomas no había tenido dificultades para ganarse a la flota provincial en sus bases alrededor de la costa de Anatolia, junto con todo su armamento e incluso sus reservas de fuego griego, los furiosos vientos invernales impidieron que sus barcos avanzaran lo suficientemente lejos hacia la costa como para causar daños apreciables.

En la primavera de 822 lo intentó de nuevo, sin mayor éxito. Esta vez el Emperador logró dirigirse al ejército sitiador desde lo alto de una de las torres, aparentemente apelando a su lealtad, pero en realidad sutilmente insinuando que los defensores de la ciudad estaban en su último aliento. Sus oyentes, suponiendo que por ello encontrarían poca resistencia seria, avanzaron al ataque descuidadamente y en orden disperso; fueron tomados totalmente por sorpresa cuando varias puertas se abrieron de repente para liberar una avalancha de tropas imperiales, que cayeron sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de recuperarse y los masacraron a decenas. Después de eso, el asalto a Blanquernas fue abandonado. Una batalla naval, aparentemente librada el mismo día, terminó con otro revés para los rebeldes; mientras que su segunda flota, llegada de Hellas y el Peloponeso a principios del verano, apenas había enfrentado a la armada del Emperador cuando fue totalmente destruida por el fuego griego.

En el segundo invierno de la rebelión -que, en vista de la cantidad de personas involucradas, tal vez podría describirse más apropiadamente como una guerra civil- Thomas aún no había logrado una sola victoria importante; tanto para él como para sus colaboradores más cercanos debe haber sido claro que su intento por la corona había fracasado. Pero no abandonó la lucha; y no hay forma de saber cuánto tiempo podría haber continuado el estancamiento de no haber sido por los búlgaros.

El hijo de Krum, Khan Omortag, que poco después de su ascenso al trono había firmado un tratado de treinta años con el Imperio, ofreció a Miguel ayuda armada. Se dice que el Emperador declinó cortésmente la oferta, pues no estaba dispuesto a permitir que la sangre cristiana, ni siquiera la de los traidores, fuera derramada por espadas paganas; pero no pudo impedir que el Khan, para quien las perspectivas de saqueo eran casi irresistibles, actuara por su cuenta e incluso, por lo que sabemos, puede que le haya dado un apoyo encubierto. Sea como fuere, en marzo de 823 la horda búlgara descendió del monte Hemo en Tracia y unas semanas después, en la llanura de Keduktos[1] cerca de Heraclea, aplastó al ejército rebelde. El

saqueo estuvo a la altura de las expectativas. Muy satisfecho con su trabajo, Omortag regresó a casa.

1. Corrupción de Aquaeductus. Heraclea (ahora Eregli) era famosa por el gran acueducto romano que se encontraba justo en las afueras de la ciudad.

Thomas, desesperado, reunió lo que quedaba de sus maltrechas fuerzas y las condujo a unas veinte millas al oeste de Constantinopla, a otra extensión de terreno llano y abierto conocida como la llanura de Diabasis. Poco después -debía ser a principios de mayo- el Emperador salió de la capital a caballo, a la cabeza de su propio ejército, para encontrarse con él; y allí, donde los dos pequeños ríos Melas (hoy Karasu) y Athyras fluían desde la colina de Kushkaya cerca de las murallas anastasianas,[2] la cuestión quedó finalmente decidida. Thomas adoptó la táctica consagrada de simular una huida; pero cuando llegó el momento de dar media vuelta y cargar contra el enemigo, sus tropas restantes, desanimadas y desmoralizadas, no pudieron decidirse a hacerlo y depusieron las armas. Su antiguo comandante, que escapó con un puñado de seguidores, huyó a Arcadiópolis -la moderna Liileburgaz- y se atrincheró allí.

2. La gran defensa exterior de Constantinopla, construida a principios del siglo VI por Anastasio I a lo largo de las treinta y tantas millas que separan Selymbria (Stlivri) en el Mármara hasta el Mar Negro.

Ahora los papeles se habían invertido: Miguel era el sitiador, Tomás el sitiado. Este último, muy consciente de la escasez de provisiones, expulsó de la ciudad a todas las mujeres, los niños y los hombres que eran demasiado viejos o incapaces de llevar armas y así logró resistir durante el verano; pero en octubre, cuando él y sus hombres se vieron obligados a comer los cadáveres putrefactos de sus propios caballos, se hizo evidente que no podían resistir más. Muchos desertaron, descendiendo con cuerdas de las murallas, y se dirigieron directamente al campamento imperial; el Emperador envió entonces un mensaje a los soldados que quedaban en la ciudad, prometiéndoles a todos un indulto gratuito si entregaban a su líder en sus manos. Ellos, a su vez, comprendiendo que la alternativa bien podía ser una masacre general, aceptaron.

Thomas y Michael habían sido enemigos durante muchos años; sólo en los dos últimos su enemistad había estallado en una guerra abierta, pero durante esos dos años el daño infligido al Imperio, tanto moral como materialmente, había sido incalculable. Grandes extensiones de ricas tierras agrícolas habían sido devastadas; los pequeños propietarios residentes, enfrentados a impuestos salvajemente aumentados y sin poseer capital al que recurrir, estaban

arruinados. Una vez más acudieron en masa a Constantinopla en busca de sustento. El viejo problema -el mismo que había plagado tanto a Nicéforo como a León V- había regresado de nuevo, en una forma más aguda que nunca. Como era la única causa de toda la miseria y devastación, el eslavo sabía que no podía esperar piedad. Llevado encadenado a la presencia del Emperador, fue empujado con rudeza al suelo ante él; y Michael no hizo ningún intento de ocultar su satisfacción. Apoyando un pie con botas de color púrpura sobre el cuello de su víctima, pronunció su destino: las manos y los pies serían cortados, y el cuerpo sería empalado en una estaca. La sentencia se ejecutó en el lugar, ante los muros de Arcadiópolis.

Las operaciones de limpieza continuaron durante algunos meses más. El hijo adoptivo de Tomás, un antiguo monje algo incompetente llamado Anastasio, sufrió el mismo castigo que su padre; otros líderes rebeldes de las provincias asiáticas fueron ahorcados. Sin embargo, la abrumadora mayoría de sus seguidores, que se habían entregado a los representantes del Emperador, fueron indultados y se les permitió regresar a sus hogares. A principios de 824, la rebelión, tal vez la más grande y extendida de toda la historia bizantina, había llegado a su fin.

Sin embargo, no se puede decir lo mismo de las tribulaciones de Miguel II. Su imperio apenas había empezado a recuperarse de los estragos causados por Tomás el Eslavo cuando sobrevinieron dos desastres más, curiosamente similares en causa y efecto, que lo privarían de dos de sus bases estratégicas más importantes en el Mediterráneo. Durante mucho tiempo ha existido entre los historiadores de la época una tendencia a responsabilizar también a Tomás de estas pérdidas, con el argumento de que su rebelión había debilitado al imperio hasta el punto de que ya no tenía poder para resistir; de hecho, él mismo era en gran parte culpable. En épocas anteriores, los emperadores habían mantenido una fuerte armada, como defensa necesaria contra el formidable poder marítimo de los califas omeyas de Damasco; sin embargo, después de 750, con la transferencia del califato a los abasíes de Bagdad, ese poder había declinado rápidamente y la flota bizantina, a su vez, había sido cada vez más descuidada. Por lo tanto, cuando en el año 825 unos 10.000 árabes procedentes de España navegaron con una flota de cuarenta barcos hacia aguas imperiales, Miguel poco pudo hacer para impedirlo.

Los árabes, expulsados de Andalucía en el año 816 tras una insurrección fracasada contra el emir local, se habían puesto en

camino hacia el este a través del mar Medio en un decidido intento de recuperar sus maltrechas fuerzas. Su primer objetivo había sido Egipto, donde en el año 818 habían tomado Alejandría; siete años más tarde, expulsados por la fuerza por el califa Mamun, se dirigieron a Creta. Según una venerable tradición -apoyada tanto por fuentes bizantinas como árabes- su líder Abu Hafs les dio doce días para saquear la isla, tras lo cual debían regresar al puerto; al hacerlo, descubrieron con horror que había ordenado la destrucción de todos sus barcos. En vano le recordaron a las esposas e hijos que habían dejado atrás en Egipto; les dijo bruscamente que debían contentarse con las mujeres de Creta. Lo hicieron, con distintos grados de renuencia, suponemos, y al mismo tiempo fundaron la ciudad de Candia (hoy Heraklion), que desde entonces ha sido la capital de la isla. Desde allí marcharon para tomar otras veintinueve ciudades, imponiendo por la fuerza la fe islámica y reduciendo a sus habitantes a la esclavitud. Sólo se salvó una comunidad (desgraciadamente no sabemos su nombre) en la que todavía se podía profesar abiertamente el cristianismo.

Creta se convirtió en un nido de piratas, de los que ninguna isla del Mediterráneo oriental o del Egeo, ningún puerto de la costa de Grecia o Asia Menor, podía considerarse a salvo. Durante el siglo siguiente, Egina, Paros y las Cícladas fueron devastadas una y otra vez; los monjes del Monte Athos fueron expulsados de sus monasterios; y sin duda podrían contarse historias similares, si se hubieran conservado más documentos escritos, de innumerables otras islas, ciudades y comunidades monásticas saqueadas y pilladas por los corsarios árabes. Pronto, también, Candia se convirtió en el mercado de esclavos más activo de su tiempo. El Imperio intentó repetidamente poner a sus habitantes bajo control; solo Miguel II lanzó tres expediciones separadas entre 827 y 829, y habría varios intentos más por parte de sus sucesores antes de que finalmente el control fuera restablecido por el general bizantino -y futuro emperador- Nicéforo Focas en 961.

Apenas dos años después de la toma de Creta, otra compañía de árabes, sin relación con ella, invadió la isla de Sicilia. Esta vez, sin embargo, llegaron por invitación: para apoyar la causa de un antiguo almirante bizantino, llamado Eufemio, que había sido destituido de su puesto tras una indecorosa fuga con una monja local. Al darse cuenta de que la rendición casi con certeza significaría la muerte (o, como mínimo, una mutilación horrible), se había rebelado, había matado al gobernador imperial y se había proclamado emperador. Pero incluso entonces, estaba claro que nunca podría mantener el cargo sin ayuda.

Por lo tanto, cruzó al norte de África para buscar la ayuda armada del emir de Kairuán, comprometiéndose a pagarle un tributo anual una vez que estuviera firmemente establecido en el poder.

Para el emir, semejante invitación era irresistible, y el 14 de junio de 827 una flota de entre setenta y cien barcos zarpó rumbo al norte, hacia Sicilia, con 700 jinetes y 10.000 soldados de infantería bajo el mando, algo sorprendente, de uno de los principales jueces del tribunal religioso de Kairuán, Asad Ibn al-Furat. Aunque su fuerza era bastante imponente a primera vista, Asad pronto se dio cuenta de que no iba a salirse con la suya. Él mismo moriría durante un brote de peste al año siguiente, y Eufemio fue asesinado poco después por miembros de la guarnición imperial en Enna; Pero la lucha entre cristianos y sarracenos -que todavía se libraba entre el ruido de espadas de juguete sobre petos de lata de galletas y cabezas cortadas con turbante en los tradicionales espectáculos de marionetas de Palermo- continuaría durante otro medio siglo, hasta que la caída de Siracusa en 878 marcó el triunfo efectivo del poder musulmán en la isla.[1] Sin embargo, mucho antes, Sicilia había demostrado ser, para un pueblo inclinado a la piratería y la conquista, un trampolín aún mejor que Creta: los ejércitos del Profeta habían cruzado el estrecho de Mesina, invadido Calabria y gran parte de Apulia, e incluso habían cruzado el Adriático hasta la costa sur de Dalmacia. Miguel y sus sucesores hicieron todo lo posible por mantenerlos bajo control, pero la armada bizantina a mediados del siglo IX simplemente no era lo suficientemente grande como para abordar los problemas de Creta y Sicilia al mismo tiempo. Tendía a concentrarse más en la primera, como un peligro más cercano e inmediato, con el resultado de que los sarracenos de Sicilia descubrieron que podían hacer mucho a su antojo. Con el paso de los siglos, la isla sufrió nuevas invasiones: normandos y alemanes, angevinos y aragoneses. Tal vez fuera inevitable que el elemento árabe se redujera y se fuera cristianizando poco a poco. Pero nunca fue expulsado del todo y los descendientes de aquellos primeros invasores islámicos siguen allí hasta el día de hoy.

1. Sin embargo, algunas comunidades heroicas continuaron resistiendo. Taormina, gracias a su posición defensiva, logró resistir hasta el año 901.

Nada de lo que sabemos de Miguel el Amoriano nos hace suponer que se hubiera preocupado demasiado por especulaciones teológicas. En la medida en que se planteó la cuestión, era un iconoclasta; como él mismo señaló, nunca en su vida había adorado una imagen sagrada, y además estaba decidido a dejar la Iglesia tal como la había encontrado. Pero no poseía el fanatismo de sus predecesores iconoclastas, ni siquiera de su propio hijo Teófilo. Ya en

el momento de su ascenso al trono había liberado o restituido a todos los que su predecesor había condenado a prisión o destierro, incluido, por supuesto, Teodoro del Studium, que inmediatamente había renovado su campaña por la restitución general de las imágenes; y aunque Miguel se mantendría firme en los principios básicos, estaba perfectamente dispuesto -incluso más que León V- a permitir que sus súbditos practicaran cualquier forma de culto que quisieran, siempre que lo hicieran en privado y se abstuvieran de predicar o hacer proselitismo en uno u otro sentido. Tampoco hizo ningún esfuerzo sostenido para imponer las doctrinas iconoclastas fuera de la capital. Incluso en el reinado de León, los pintores profesionales de iconos o los fervientes adoradores de imágenes habían podido retirarse a Grecia o a la costa y las islas de Asia Menor, con una probabilidad razonable de que se les permitiera seguir con sus actividades elegidas sin ser molestados; bajo el reinado de Miguel sus perspectivas eran aún mejores. Lo que más desconfiaba de los iconódulos no eran tanto sus hábitos religiosos como su insistencia en la supremacía última del Papa en cuestiones de dogma; y cuando uno de sus propios súbditos, un monje ortodoxo llamado Metodio, regresó de Roma con una carta de Pascual I instándolo a restaurar la Fe Verdadera, se puso casi furioso: Metodio fue primero azotado y luego encarcelado en una tumba en la diminuta isla de San Andrés en el Golfo de Nicomedia, donde permanecería durante casi nueve años.

La reacción de Miguel a la carta de Pascual no le impidió, sin embargo, considerar el envío de una respuesta, describiendo los excesos a los que el culto de las imágenes había conducido a sus seguidores más entusiastas e instando al Papa a retirar su apoyo activo; pero antes de hacerlo decidió buscar el consejo del emperador occidental Luis el Piadoso, a quien enumeró los principales argumentos:

Se colocaban luces delante de las imágenes y se quemaba incienso, y se las veneraba tanto como a la cruz vivificante. Se les dirigían oraciones y se pedía su intercesión. Había incluso quienes las cubrían con telas y las nombraban padrinos en los bautizos de sus hijos. Algunos sacerdotes raspaban la pintura de las imágenes y la mezclaban con el pan y el vino que dispensaban en la Sagrada Comunión; otros ponían el cuerpo del Señor en las manos de las imágenes, de quienes lo recibían los comulgantes.

Su carta fue llevada a Luis por una delegación mixta de sacerdotes y laicos, quienes fueron recibidos con elaborada cortesía en la corte imperial de Ruán. Luego pasaron a Roma, sólo para encontrar

que Pascual había muerto, y que Eugenio II lo había sucedido en la silla de San Pedro. Cómo les fue con el nuevo Papa no está registrado; todo lo que sabemos es que Eugenio dio su permiso para que Luis convocara un sínodo de obispos francos, que se reunió en París en 825. Este organismo dictaminó, con admirable sentido común, que las imágenes debían exhibirse en las iglesias como adornos o monumentos, pero que no debían ser veneradas; desgraciadamente no podía reclamar estatus ecuménico, y los bizantinos simplemente lo ignoraron.

En conjunto, si exceptuamos la hostilidad de algunos extremistas, la moderación de Miguel en materia de doctrina le valió una popularidad general en los círculos eclesiásticos. Sus únicas diferencias serias con la Iglesia no se referían al culto de los iconos, sino a su nuevo matrimonio, probablemente en 824, tras la muerte de su amada primera esposa, Tecla. Entre los teólogos de la más estricta ortodoxia, los segundos matrimonios, especialmente los de los emperadores, eran deplorables; lo que hizo las cosas aún más difíciles en esta ocasión fue el hecho de que la dama en cuestión -Eufrósine, hija de Constantino VI y nieta de la inefable Irene- había sido monja durante muchos años en un convento de una isla en el Mármara. Nunca sabremos exactamente por qué medios Miguel logró obtener la liberación de sus votos; Pero al final lo hizo, y este segundo matrimonio resultó, hasta donde sabemos, tan feliz como el primero: Eufrosina estuvo al lado de la cama de su marido durante toda su última enfermedad (una enfermedad de los riñones) y, en octubre de 829, finalmente cerró los ojos en la muerte. Fue el primer emperador en medio siglo que murió, mientras todavía era monarca reinante, en su cama; el primero, también, en dejar un hijo fuerte y saludable, todavía en la flor de la vida, para sucederlo.

3

Teófilo

[829-42]

Milagro, pájaro o obra de oro,
Más milagro que pájaro o obra manual,
Plantado en la rama dorada iluminada por las estrellas,
Puede cantar como los gallos del Hades.
O, por la luna amargada, el desprecio en voz alta
En gloria de metal inmutable
Pájaro común o pétalo
Y todas las complejidades de lodo o sangre.

WB Yeats, Bizancio

En el momento de la muerte de su padre, Teófilo ya había sido coemperador durante ocho años, tiempo durante el cual los cronistas apenas lo mencionan. Hay un momento breve y tentador en 821, al comienzo mismo del reinado conjunto, cuando se nos ofrece una visión del príncipe de diecisiete años, portando las reliquias más preciosas del Imperio -los fragmentos[1] de la Vera Cruz y el manto de la Virgen María- en solemne procesión a lo largo de las murallas de tierra mientras el ejército de Tomás el Eslavo estaba acampado abajo; pero en general parece haberse contentado con permanecer a la sombra de su padre, desempeñando diversas funciones ceremoniales según fuera necesario, pero evitando por lo demás ser el centro de atención. Ahora, con su asunción del poder efectivo a la edad de veinticinco años, alcanza su plenitud y por fin se revela como magníficamente calificado para asumir las responsabilidades del Imperio.

1. Sólo fragmentos: el cuerpo principal de la Cruz, después de dos períodos en Constantinopla y catorce años en manos persas, habiendo sido devuelto personalmente a Jerusalén por el emperador Heraclio en 619. El manto de la Virgen había sido descubierto en 629 en un ataúd en Blacbernae.

En marcado contraste con el apenas alfabetizado Miguel, Teófilo era un intelectual, con toda la pasión característicamente bizantina

por la teología; pero también había adquirido una formación militar completa, de modo que, aunque nunca se le podría describir como un líder inspirado en el campo, al menos era un líder altamente competente. Por último, era un esteta y un mecenas de las artes, con un amor y comprensión particulares -a pesar de la guerra casi continua con el Califato durante todo su reinado- por la cultura del mundo islámico. Mucho más que cualquier emperador cristiano, tomó como modelo a un califa abasí: el gran Harun al-Rashid, que había muerto en 809 cuando Teófilo tenía cinco años. Al igual que Harun, adoptó pronto la costumbre de vestirse como un hombre pobre y vagar de incógnito por las calles y mercados de Constantinopla, escuchando las quejas y quejas de la gente e investigando sin cesar los precios, especialmente de los alimentos. Una vez a la semana, Teófilo viajaba desde el Gran Palacio hasta la Iglesia de la Virgen (Theotokos) en Blanquernas, un viaje que lo llevaba en una larga diagonal de un extremo a otro de la ciudad, en el curso del cual alentaba a cualquiera de sus súbditos que tuviera quejas de trato injusto a que presentaran su caso ante él. En una ocasión, leemos, una viuda anciana se acercó a él y afirmó que el propio cuñado del Emperador, el hermano de su esposa Petronas, estaba ampliando su palacio de tal manera que bloqueara toda la luz de su propia casa cercana. Teófilo ordenó una investigación inmediata y, al enterarse de que la anciana tenía razón en su acusación, hizo derribar los edificios ofensivos y azotó públicamente a su cuñado.

Hay que reconocer que la historia carece de un aire de verdad absoluta, pero no hay cualidad más segura en un gobernante que la pasión por la justicia para ganarse el amor y el respeto de sus súbditos, y el hecho de que ésta y muchas otras historias similares gozaran de tanta difusión durante su reinado es una clara indicación de que Teófilo se convirtió en una especie de leyenda en vida, de una manera, tal vez, que ninguno de sus predecesores había hecho desde los días de Heraclio, dos siglos antes. Sugiere, también, que hizo un esfuerzo genuino por comunicarse directamente con su pueblo: un fenómeno poco común en un Imperio cuyo soberano, igual a los apóstoles y a medio camino del cielo, estaba situado en un pedestal tan elevado y aprisionado en un capullo tan apretado de protocolo y ceremonial que normalmente era inaccesible para todos, salvo su familia y unos pocos consejeros cercanos.

Y, sin embargo, a pesar de todo su amor por la justicia y su relativa facilidad de acceso, Teófilo tenía sus propias ideas firmes sobre el Imperio. Por mucho que intentara descender de su pedestal, nunca dudó de que ese pedestal debía ser del oro más fino. En esto

también se inspiró en Harun: en un amor por la opulencia y el esplendor para el que tenemos que remontarnos aún más atrás en el pasado para encontrar un igual, tan lejano, de hecho, como el propio Justiniano. Ya en 830, después de sólo unos meses en el trono, envió una misión diplomática a Bagdad, encabezada por Juan el Gramático. Su objetivo ostensible era dar al califa Mamun una indicación formal de su sucesión, pero el Emperador parece haber estado decidido sobre todo a impresionar a sus vecinos árabes con su riqueza y generosidad. Juan llevó consigo, como obsequios a Mamun, obras de arte tan suntuosas como cualquiera de las realizadas por los joyeros y artesanos de Constantinopla. En su equipaje llevaba dos enormes bandejas de oro macizo, incrustadas con piedras preciosas; una de ellas, durante un banquete, se las arregló deliberadamente para que la «robaran». Sus invitados árabes, horrorizados por esta aparente violación de las leyes de la hospitalidad, se quedaron aún más asombrados cuando Juan no mostró ninguna preocupación y simplemente pidió una de repuesto idéntica, que le fue traída inmediatamente. Aparte de estos tesoros, también le habían dado 36.000 piezas de oro para distribuir como quisiera, que se dice que esparció «como la arena del mar».

De dónde procedía toda esta riqueza sigue siendo un misterio. El reinado de Miguel II había sido testigo de un serio agotamiento de las arcas imperiales: la insurrección de Tomás y las constantes —aunque en gran medida ineficaces— campañas contra los sarracenos de Creta y Sicilia habían tenido su efecto. Es cierto que Miguel odiaba gastar dinero y siempre practicó una economía rígida; pero nunca habría podido ahorrar ni la cuarta parte de la cantidad que su hijo dispensó con tanta generosidad. Lo que hace aún más desconcertante el enigma es el hecho de que Teófilo no gastó más de lo que podía, y mucho menos se endeudó; por el contrario, dejó su tesoro mucho más lleno de lo que lo encontró. De ello se deduce, por tanto, que en algún momento hacia el final del reinado de Miguel, el Imperio debió de tener acceso de repente a una nueva y aparentemente inagotable fuente de riqueza. Un historiador reciente[1] atribuye esto a la apertura o reapertura de ciertas minas de oro, probablemente en Armenia, y aporta en apoyo de esta teoría algunas pruebas que sugieren que la economía en esa época sufrió un agudo ataque de inflación. A falta de cualquier explicación por parte de nuestros cronistas contemporáneos y de cualquier otra hipótesis más probable, podemos suponer que tenía razón, pero nunca lo sabremos.

1. Romilly Jenkins,*Bizancio: Los siglos imperiales, pág. 147.*

En cualquier caso, el nuevo basileo tuvo suerte: disfrutó de

gustos caros y de medios para satisfacerlos. Inmediatamente inició un enorme programa de construcción en la capital, comprensiblemente centrado en el Gran Palacio. No se trataba tanto de un gran edificio como de una colección de pequeños edificios (como lo es hoy el Palacio Otomano de Topkapi), que se alzaban juntos en un vasto recinto al sureste del Hipódromo y se extendían hasta la costa de Mármara. Construido originalmente por Constantino el Grande en el momento de su fundación de la ciudad, había sido reconstruido en gran parte por Justiniano; pero eso fue casi trescientos años antes, y Teófilo probablemente tenía razón al decidir que las reformas y mejoras eran necesarias desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, pocos otros emperadores habrían abordado el programa con tanto estilo.

Su principal creación fue el Triconchos, o Triple Concha, cuyos tres ábsides, sostenidos por pilares de pórfido y revestidos con inmensas losas de mármol policromado, daban al edificio un aspecto distintivamente oriental. Al oeste, unas puertas de plata se abrían a una sala semicircular, conocida como la Sigma y también revestida de mármol, mientras que al norte se alzaba la Sala de la Perla, con su suelo de mármol blanco ricamente ornamentado con mosaicos y su techo apoyado sobre ocho columnas de mármol rosa. Junto al espacio principal había un dormitorio más pequeño, donde el emperador dormía durante los calurosos meses de verano. Frente a éste se encontraba el Karianos, diseñado para sus hijas y llamado así por la amplia escalera de mármol cario blanco lechoso que conducía hasta él; mientras que a poca distancia al sur se encontraba el Kamiles, en el que seis columnas de mármol verde de Tesalia conducían la vista a un campo de mosaicos que representaban una cosecha de frutas y a un techo reluciente de oro.

Al noreste del Gran Palacio, junto a la iglesia de Santa Sofía, se encontraba el Palacio de la Magnaura, otra de las fundaciones de Constantino; fue aquí donde Teófilo instaló su juguete mecánico más célebre. Un embajador recibido aquí en audiencia se asombraba al encontrar el trono imperial ensombrecido por un plátano dorado, con sus ramas llenas de pájaros adornados con joyas, algunos de los cuales parecían haber saltado del árbol al trono mismo. Alrededor del tronco estaban tumbados leones y grifos, también de oro. Aún mayor era el asombro del visitante cuando, a una señal dada, los animales se levantaban, los leones rugían y todos los pájaros se ponían a cantar simultáneamente. Al cabo de un rato, el coro era interrumpido por un repique de música de un órgano dorado, tras lo cual se hacía el silencio para permitir que el Emperador y su invitado hablaran. Luego,

en el momento en que el embajador se levantaba para marcharse, todo el coro comenzaba de nuevo y continuaba hasta que él abandonaba la cámara.

Esta invención, apenas creíble, parece haber sido inspirada por una maravilla similar que poseía el califa, como lo fue el espléndido palacio que Teófilo se construyó para sí mismo en estilo oriental en Bryas, en la costa de Bitinia, al otro lado del Mármara. Es justo añadir, sin embargo, que también gastó mucho tiempo y dinero en reforzar las defensas de Constantinopla. Las murallas terrestres necesitaban poca atención; pero las que se encontraban a lo largo de la costa del Cuerno de Oro habían suscitado cierta ansiedad durante el asedio de Tomás, cuando se advirtió que bien podrían resultar insuficientemente altas para contener a un enemigo decidido. Un ambicioso plan para elevarlas en toda su extensión, aunque iniciado por Miguel II, fue llevado a cabo casi en su totalidad por Teófilo, cuyo nombre aparece con más frecuencia en las inscripciones a lo largo de las murallas y torres que el de cualquier otro emperador. Puede que fuera extravagante y autoindulgente, pero también era muy consciente de sus responsabilidades y nunca las eludió.

Fue una triste ironía -sentida, podemos estar seguros, por nadie más que por el propio Teófilo- la que decretó que este emperador, el más instintivamente proárabe de todos los emperadores de Bizancio, tuviera que pasar casi todo su reinado en guerra contra las fuerzas del Islam. Durante los últimos dieciséis años, la frontera oriental había estado tranquila. No se había firmado ningún tratado formal de paz; pero el Califato, luchando por su vida contra una insurrección generalizada por parte de una secta conocida como los hurramitas, se había visto obligado a poner fin a las invasiones anuales que anteriormente habían sido la norma. Luego, en 829, las hostilidades estallaron de nuevo. Hasta cierto punto, esto parece haber sido culpa de Teófilo. Él habría preferido infinitamente mantener relaciones amistosas con sus vecinos árabes, con abundante intercambio cultural e intelectual; Pero cuando, poco después de su ascenso al trono, un ejército de hurramitas cruzó el territorio del Imperio y exigió alistarse bajo las banderas imperiales, decidió que la oportunidad era demasiado buena para desaprovecharla y los instaló en su frontera nororiental, en un Thema recién establecido que llamó Chaldia. El califa Mamun consideró esto un acto hostil y, en cuestión de meses, un ejército sarraceno estaba de nuevo en marcha.

En las primeras campañas, la fortuna favoreció a Teófilo. En 830 dirigió una expedición victoriosa a territorio enemigo, saqueando la

ciudad de Zapetra, y al año siguiente tomó la iniciativa de invadir Cilicia, ocupada por los musulmanes, con resultados tan satisfactorios que, al regresar con su ejército victorioso a Constantinopla, se concedió el triunfo. Las celebraciones fueron tan impresionantes que los cronistas nos han dejado descripciones detalladas.

Leemos que la emperatriz Teodora, acompañada de los principales ministros y miembros del Senado, cruzó el Bósforo para recibir a su marido en el palacio de Hieria, y que el grupo permaneció en Asia otros diez días hasta que llegó una cantidad suficiente de prisioneros para aumentar la procesión hasta un tamaño adecuado. Sólo cuando todos estuvieron presentes y se hicieron los preparativos necesarios, el emperador cruzó el estrecho y continuó por el Cuerno de Oro hasta Blanquernas. Desde allí, después de una breve pausa, cabalgó a campo abierto fuera de las murallas hasta un punto a unos cientos de metros al oeste de la Puerta Dorada, donde se había instalado un pabellón de brillantes colores para su recepción.

Desde este pabellón partió la procesión triunfal hacia la ciudad, encabezada por la interminable comitiva de prisioneros, junto con los principales trofeos y botines de guerra. A continuación, iba el propio Emperador, montado en un corcel blanco con arneses adornados con joyas. Llevaba la diadema en la cabeza y en la mano el cetro imperial. Sobre el peto llevaba una túnica suelta de oro, bordada con un diseño de rosas y racimos de uvas. A su lado, también montado en un caballo blanco y con armadura dorada, estaba su yerno adoptivo, el César Alejo, con quien había casado recientemente a su hija María.[1] Cuando ambos llegaron a la puerta, desmontaron e hicieron tres reverencias hacia el este; los tres oficiales cívicos superiores, el praepositus, el magister y el prefecto, avanzaron entonces para recibir al Emperador y le entregaron una corona de oro. Habiendo recuperado así ceremonialmente la autoridad en la capital, continuó su procesión por la amplia calle central, la Mese, hasta Santa Sofía.

1. Después de cinco hijas, Teodora finalmente le dio a su marido un hijo, Constantino, que murió en la infancia. El emperador eligió a Alejo como su sucesor. El César seguiría siendo el heredero aparente hasta el inesperado nacimiento en 840, después de veinte años de matrimonio, del futuro Miguel III.

Se dice que Constantinopla había sido «engalanada como una cámara nupcial». De las ventanas colgaban alfombras, las calles estaban adornadas con festones de púrpura y plata, la Mese estaba cubierta de flores. Al llegar a la Gran Iglesia, el Emperador asistió a un breve servicio de acción de gracias; luego caminó a través del Augusteum hasta la Puerta de Bronce del Palacio Imperial, la Chalke, donde se había instalado un trono dorado. A un lado había una cruz,

también de oro, y al otro el gran órgano dorado -uno de los varios que había encargado para la ciudad, ya que nunca pudo resistirse a la ingeniosa maquinaria- que era conocido como el protothauma, el Primer Milagro. Sentado en su trono, Teófilo reconoció a continuación los aplausos de los Verdes y los Azules y recibió otro regalo de los ciudadanos en forma de un par de brazaletes de oro; luego siguió cabalgando por los Baños de Zeuxippus hasta el Hipódromo, desde donde finalmente entró en el Palacio y se perdió de vista. Al día siguiente celebró la investidura, en la que se confirieron honores a todos aquellos que se habían distinguido en la batalla, antes de tomar asiento en el palco imperial y dar la señal para el comienzo de los juegos.

Por desgracia, las celebraciones fueron prematuras. En el otoño de ese mismo año, el ejército imperial sufrió una aplastante derrota y Teófilo se vio obligado a escribir a Mamun dos cartas (la primera fue rechazada porque había empezado con su propio nombre en lugar del del destinatario) en las que ofrecía 100.000 dinares de oro y 7.000 prisioneros a cambio de la restitución de una serie de fortalezas capturadas y un acuerdo de paz de cinco años. Sin embargo, incluso después de la necesaria reformulación, la oferta fue rechazada; y una tercera propuesta a principios del año siguiente, tras la caída en manos de los sarracenos de la fortaleza clave de Lulon (que dominaba el acceso norte a las Puertas de Cilicia) no tuvo mayor éxito; el califa dejó claro que nunca aceptaría la paz hasta que tanto el Emperador como el Imperio renunciaran al cristianismo en favor del islam. La muerte de Mamun en campaña en agosto de 833 proporcionó unos años de respiro, mientras que su hermano y sucesor Mutasim superó las dificultades habituales para confirmar y consolidar su autoridad; pero en 837 las hostilidades estallaron de nuevo. Una vez más Teófilo, que había hecho mucho en el ínterin para fortalecer su ejército, comenzó "bien"; las expediciones a Mesopotamia y Armenia occidental fueron lo suficientemente exitosas -al menos a sus ojos- como para justificar otro triunfo, y en los juegos que siguieron incluso llegó al punto de entrar en las listas él mismo, conduciendo un carro blanco con el uniforme de los azules y ganando -para sorpresa de nadie- por un margen cómodo, mientras la multitud aclamaba su victoria con gritos de "¡Bienvenido, campeón incomparable!".

Una vez más, había celebrado demasiado pronto. En abril de 838, Mutasim salió de su palacio en Samarra a la cabeza de un ejército que, según una de nuestras fuentes más fiables, Miguel el Sirio, contaba con 50.000 hombres, con un número igual de camellos y

20.000 mulas. En su estandarte estaba inscrita una sola palabra: amorium, hogar de la familia del Emperador y, por entonces, la segunda ciudad del Imperio, que Teófilo no ocultó su intención de reducir a escombros. Una semana o dos después, probablemente tan pronto como se enteró de la noticia de la partida del Califa, partió de Samarra.

Constantinopla decidió bloquearle el paso; su ejército se encontró con un ala de la hueste sarracena en Dazimon, la actual Tokat. Al principio todo fue bien; luego, de repente, el cielo se oscureció y empezó a llover a cántaros. En ese momento, el Emperador vio que su ala opuesta estaba en dificultades y envió a 2. 000 hombres a rodear su centro para reforzarlo; por desgracia, olvidó decir a sus comandantes subalternos lo que estaba haciendo, y su inesperada desaparición dio lugar inmediatamente a un rumor de que había sido asesinado. Se desató el pánico, seguido -como siempre- por la huida; y cuando dejó de llover y volvió la luz, Teófilo se dio cuenta de que él y sus hombres estaban rodeados. De alguna manera -en gran parte porque las cuerdas de los arcos de los arqueros enemigos habían quedado inutilizadas por la lluvia- lograron abrirse paso luchando, aunque con terribles bajas; pero la batalla estaba perdida, los soldados supervivientes se dispersaron en todas direcciones y el Califa ya estaba marchando sobre Ancira (Ankara), que se rindió unos días después sin luchar.

Sin embargo, desde el momento en que Mutasim formó su ejército triunfante ante Amorium, parecía que la toma de esa enorme y poderosa ciudad amurallada iba a ser un asunto muy diferente; y sin duda lo habría sido de no haber existido una sección débil del bastión que, a pesar de las órdenes expresas del Emperador de que se reforzara adecuadamente, sólo se había rellenado toscamente con escombros y se había reparado la superficie a toda prisa. Este punto vulnerable fue revelado a los sitiadores por un residente musulmán converso; el Califa dirigió contra él todas sus máquinas de asedio disponibles y en pocos días se abrió una brecha. Incluso entonces, la guarnición siguió luchando valientemente; pero finalmente su comandante envió a tres de sus oficiales con el obispo local, ofreciendo entregar la ciudad a cambio de la promesa de un salvoconducto para todos los que quisieran irse. Mutasim se negó, insistiendo en la rendición incondicional; pero entonces uno de los oficiales, llamado Boiditzes, tomó aparte a un general árabe y le prometió su cooperación. No se sabe con certeza qué hizo en realidad: quizá hizo que sus soldados se retiraran en ese punto concreto o les ordenó que no dispararan hasta que él diera la orden. En cualquier

caso, los sarracenos pudieron entrar sin obstáculos en la brecha. Amorium era suyo.

Muchos de los habitantes se refugiaron en una gran iglesia, en la que fueron quemados vivos por los conquistadores; otros, hechos prisioneros y llevados como esclavos, fueron masacrados cuando el suministro de agua del ejército amenazaba con escasear, o fueron abandonados a su suerte en el desierto. Sólo cuarenta y dos sobrevivieron al viaje de regreso a Samarra; a éstos, después de siete años de cautiverio durante los cuales se habían negado rotundamente a renunciar a su religión, finalmente se les ofreció la elección: conversión o muerte. Todos ellos eligieron sin dudarlo la muerte, y el 6 de marzo de 845 fueron decapitados a orillas del Tigris, para pasar a la historia de la Iglesia Ortodoxa Griega como los Cuarenta y Dos Mártires de Amorium.[1]

1. Según una antigua tradición, cuando los cuerpos decapitados fueron arrojados al río, todos se negaron obstinadamente a hundirse. Sólo el cadáver del traidor Boidirzes, que a pesar de haberse convertido al islam había compartido su destino, se precipitó al fondo.

La noticia de la destrucción de la ciudad -pues el califa Mutasim cumplió su palabra- fue recibida con horror en Constantinopla, donde el desastre fue visto no sólo como un golpe demoledor al corazón mismo del Imperio, sino también como una afrenta personal al Emperador y a su linaje. El propio Teófilo, ahora seriamente alarmado por el creciente poder del islam, envió inmediatamente un apasionado llamamiento en busca de ayuda al emperador Luis, proponiendo una ofensiva conjunta. Su idea original era, hasta donde podemos entender, que el Imperio Oriental lanzara un gran ataque sobre Creta mientras el Occidental avanzaba simultáneamente contra Sicilia y el sur de Italia; pero bien pudo haber existido un plan aún más ambicioso: un ataque combinado contra el norte de África sarracena e incluso Egipto. También se acordó que la alianza entre los dos imperios se sellaría con el matrimonio de una de las hijas de Teófilo con el nieto de Luis, el futuro Luis II.

Los embajadores bizantinos fueron recibidos calurosamente en la corte imperial de Ingelheim en junio de 839, y las conversaciones que se iniciaron entonces continuaron espasmódicamente durante otros cuatro años, a pesar de la muerte de ambos emperadores durante ese tiempo. Si esas conversaciones hubieran resultado fructíferas, la era de las Cruzadas podría haberse adelantado unos dos siglos y medio; pero no dieron resultado, y una apelación similar a Venecia -una de las primeras ocasiones en que encontramos que se habla respetuosamente a la joven república como un estado independiente- resultó

igualmente abortada. En definitiva, el califa no hizo ningún intento inmediato de continuar su victoria hasta 842, cuando una enorme flota zarpó contra Constantinopla desde los puertos sirios. Víctimas de una tormenta repentina, todos menos siete de los 400 dromonds[2] fueron destrozados. Pero Mutasim nunca tuvo noticias de esta catástrofe. Ya el 5 de enero había muerto en Samarra; y sólo quince días después Teófilo lo siguió a la tumba.

2. El dromond era el tipo más pequeño de barco de guerra bizantino, diseñado para ser ligero y rápido. Llevaba una tripulación de unos veinte remeros en una sola fila de remos y estaba techado para protegerlos de los misiles enemigos.

Con su conocida admiración por el arte y el saber árabes, no es de extrañar que Teófilo compartiera las convicciones iconoclastas de sus predecesores inmediatos; algunos escritores, de hecho, lo han acusado de fanatismo. De hecho, su reputación en este sentido se basa en sólo unos pocos casos conocidos de malos tratos, todos ellos de una manera u otra casos especiales. Así, Lázaro, el principal pintor de iconos de la época, fue finalmente -después de repetidas advertencias- azotado y marcado en las palmas de sus manos con clavos al rojo vivo; pero después de su liberación (por intercesión de la Emperatriz) se sabe que completó al menos dos encargos más importantes, incluida una nueva figura gigantesca de Cristo para reemplazar la que León V retiró de la Caliza, por lo que sus heridas no pudieron haber sido demasiado graves.

Probablemente, Lázaro fue elegido para recibir ese castigo debido a su prominencia en la comunidad amante de los iconos y a su abierto desafío al decreto imperial; en esas circunstancias, el Emperador no tuvo más remedio que convertirlo en un ejemplo. Consideraciones similares explican sus acciones en otro caso, aún más documentado: el de dos hermanos de Palestina, el escritor Teodoro y el himnógrafo Teófanes, que juntos habían asumido el manto de Teodoro del Studium, después de la muerte de este último en 826, como principales defensores de los iconódulos. Según su propio relato, fueron convocados a Constantinopla, permanecieron en prisión durante una semana y luego comparecieron ante el Emperador. Cuando éste les preguntó por qué habían entrado en el Imperio en primer lugar, se negaron a responder, por lo que fueron golpeados severamente en la cabeza. Al día siguiente fueron azotados, pero siguieron negándose a renunciar a sus opiniones. Cuatro días después, Teófilo les ofreció una última oportunidad: si aceptaban comulgar una sola vez con los iconoclastas, no volverían a oír hablar del asunto. Pero ellos se limitaron a negar con la cabeza. Así pues, por orden imperial, los tumbaron sobre un banco y les tatuaron en la cara una

sátira insultante. Teófilo admitió que no era una sátira muy buena, pero les pareció lo bastante buena. Una traducción libre, cuidadosamente proporcionada por el profesor Bury[1] —con su majestuosa metáfora mixta en la segunda línea— confirma la opinión del Emperador:

> 1. «Se debe cierta admiración», observa el Profesor, «a la destreza y delicadeza del toque del torturador que logró marcar doce líneas yámbicas en un rostro humano».

En aquella bella ciudad cuyas calles sagradas fueron pisadas una vez por los pies puros de la Palabra de Dios —la ciudad que todos los corazones de los hombres desean ver—, estos malvados vasos de perversidad fueron expulsados a esta nuestra Cantón, donde, persistiendo en sus caminos malvados y sin ley, son condenados y, marcados en la cara, como sinvergüenzas, perseguidos hasta su lugar nativo.

El tono de las preguntas del Emperador -así como el de esta deplorable verso- sugiere que una de las ofensas más importantes de los dos hermanos fue el hecho de que eran inmigrantes extranjeros que, a ojos de Teófilo, habían entrado en el Imperio deliberadamente para provocar disturbios. Sin embargo, no fueron devueltos a Palestina como afirma la última línea, sino que fueron encarcelados en la pequeña ciudad bitinia de Apamea. Allí murió Teodoro; su hermano sobrevivió para convertirse, en tiempos más felices, en obispo de Nicea.

Esta historia poco edificante demuestra con suficiente claridad la crueldad y brutalidad de la que era capaz Teófilo cuando su autoridad era desafiada abiertamente; por otra parte, no cabe duda de que sus motivos en tales ocasiones eran más políticos que religiosos. Donde trazó el límite fue en la profesión pública del culto a los iconos en Constantinopla. En el resto del Imperio, o en la privacidad de sus propios hogares en la capital, sus súbditos podían hacer lo que quisieran. Incluso en el Palacio Imperial, aunque debía de ser perfectamente consciente -a pesar de todos sus subterfugios transparentes- de que tanto su piadosa esposa paflagonia Teodora como su madre Teoktiste eran iconódulas entusiastas, no hizo ningún intento serio de detenerlas.

Tal vez él mismo comprendía inconscientemente que las fuerzas de la iconoclasia estaban casi agotadas. El segundo período de su aplicación no había sido, después de todo, más que un pálido reflejo del primero. León el Isáurico y Constantino Coprónimo habían

cambiado la faz del Imperio, subordinando todas las demás cuestiones a la creencia única y sencilla que dictaba y dominaba sus vidas; León el Armenio, Miguel y Teófilo compartían sus puntos de vista, pero poseían poco de su fuego interior. Los tiempos también estaban cambiando. La actitud mística y metafísica hacia la religión que originalmente había dado origen a la iconoclasia estaba perdiendo cada día más importancia. De las tierras orientales en las que había echado raíces por primera vez, algunas ya habían sido perdidas por los sarracenos; y las poblaciones de las que quedaban, asediadas y nerviosas, habían desarrollado una desconfianza instintiva hacia una doctrina que guardaba afinidades tan obvias con las del islam. Había un nuevo humanismo en el aire, una conciencia renovada del viejo espíritu clásico que defendía la razón y la claridad y no tenía nada que ver con las espiritualizaciones tortuosas e introspectivas de la mente oriental. Al mismo tiempo, un pueblo naturalmente artístico, que había estado hambriento de belleza visual durante tanto tiempo, estaba empezando a anhelar las antiguas y familiares imágenes que le hablaban de días más seguros y más confiados. Y cuando, el 20 de enero de 842, el emperador Teófilo murió de disentería a los treinta y ocho años, la era de la iconoclasia murió con él.

4

Las imágenes restauradas

[842-56]

Todo culto, sea cual sea, debe realizarse mediante símbolos, mediante ídolos: podemos decir que toda idolatría es comparativa, y la peor idolatría es sólo más idólatra.

Thomas Carlyle,
Héroes y culto a los héroes, IV

Se cuenta que un día, durante el reinado de Teófilo, su esposa Teodora fue sorprendida de repente por Denderis, el bufón de la corte, en el acto de besar ciertas imágenes sagradas que había escondido en su dormitorio. Disimulando su confusión lo mejor que pudo, le dijo que simplemente había estado jugando con unas muñecas que había conservado de su infancia. Parece poco probable que Denderis la creyera; en todo caso, informó de la conversación al Emperador, quien montó en cólera y la acusó furiosamente de idolatría. Esta vez Teodora tenía otra explicación: no había muñecas; Denderis había sido engañada por los reflejos en un espejo de ella misma y algunas de sus damas. Teófilo parece haber aceptado la historia (los espejos eran rarezas en el siglo IX, y entonces podría haber sonado un poco menos descabellado que hoy), pero las dudas claramente persistían en su mente, ya que algún tiempo después preguntó al bufón si había notado alguna repetición del extraño comportamiento de su esposa. —Silencio —respondió Denderis, llevándose una mano a los labios y usando la otra para darse una sonora palmada en el trasero—. Silencio, Emperador. ¡Ni una palabra sobre las muñecas!

Es una historia un poco tonta y, probablemente, apócrifa, pero ilustra con bastante claridad por qué Teodora, al encontrarse regente de su hijo de dos años tras la muerte de su marido, debía haber hecho de la erradicación de la iconoclasia en todo el Imperio su primera preocupación. Por fuerza, actuó con cautela: Juan el Gramático, un

ferviente iconoclasta, llevaba cinco años firmemente instalado en el trono patriarcal, y debía de haber muchos ancianos que aún vivían en Constantinopla que podían recordar el fiasco de 786, cuando la última mujer que ostentó el poder supremo tenía el mismo propósito en mente y, al actuar prematuramente, casi había provocado un motín. Pero Teodora era mucho más inteligente que Irene; además, tuvo la suerte de tener como consejeros principales a tres hombres de una capacidad excepcional: su tío Sergio Niceciates, su hermano Bardas y Teoctisto, Logoteta del Curso. Los dos primeros compartían su punto de vista: Teoctisto había sido en el pasado un iconoclasta declarado, pero era sobre todo un estadista y se daba cuenta de que los tiempos habían cambiado: si el nuevo régimen no actuaba con decisión en la cuestión iconoclasta, los adoradores de imágenes podían muy bien tomar la justicia por su mano. Los cuatro trazaron sus planes con cuidado y luego anunciaron que se convocaría un concilio a principios de marzo de 843, catorce meses después de la muerte del emperador. Mientras tanto, se creó una comisión presidida por el anciano Metodio —quien, tras haber sufrido persecución tanto bajo Miguel II como bajo su hijo, finalmente se había reconciliado con Teófilo y había estado viviendo algunos años en tranquilo retiro en el Palacio Imperial— para preparar el orden del día y la documentación necesaria.

En general, el Concilio transcurrió sin contratiempos, y el único problema importante fue el de Juan el Gramático, que se negó a dimitir y, por consiguiente, fue necesario destituirlo. Incluso entonces, según varias fuentes normalmente fiables, no se le pudo convencer de que abandonara el palacio patriarcal y, cuando Bardas fue a razonar con él, se levantó las vestiduras y mostró varias heridas abdominales desagradables que, según él, eran obra de un pelotón de soldados enviados para desalojarlo, pero que posteriormente se reveló que se las había infligido él mismo. Sin embargo, finalmente aceptó marcharse en silencio y se retiró a su villa del Bósforo, donde, según sus enemigos, se abandonó a la nigromancia y las artes negras. Metodio fue elegido en su lugar y se confirmaron los decretos del Séptimo Concilio Ecuménico, el que había puesto fin al primer período de iconoclasia en 787. Sin embargo, por insistencia de la Emperatriz, el nombre de su difunto esposo fue omitido de las listas de los iconoclastas prominentes que ahora eran anatematizados como herejes. La historia, que circuló asiduamente, de que se había arrepentido en su lecho de muerte y que Teodora había sostenido un icono ante sus labios mientras expiraba puede descartarse con seguridad, y probablemente no obtuvo suficiente credibilidad en su momento; pero sacó a todos de una posición potencialmente embarazosa y no se plantearon objeciones serias.

La victoria se había obtenido: no era una victoria de los iconódulos sobre los iconoclastas, sino de la claridad sobre el misticismo, del pensamiento griego sobre la metafísica oriental y, en definitiva, de Occidente sobre Oriente; una victoria tan crucial para la vida cultural del Imperio como lo fueron, para su desarrollo político, el triunfo sobre los persas y la continua lucha contra los árabes. Y, como en tantas otras victorias, casi con toda seguridad debió su éxito a largo plazo a la moderación y magnanimidad demostradas por los vencedores. El 11 de marzo —que casualmente era el primer domingo de Cuaresma, un día que la Iglesia oriental todavía celebra como la fiesta de la ortodoxia— se celebró un servicio de acción de gracias en Santa Sofía, al que asistió toda la familia imperial y grandes multitudes de monjes de todos los monasterios vecinos.[1] Cientos de iconos fueron llevados a hombros y, a partir de entonces, reaparecieron gradualmente en las paredes de las iglesias; pero no hubo una proliferación repentina o descontrolada que pudiera haber provocado una reacción indignada de los intransigentes. Incluso la siempre controvertida imagen de Cristo desde lo alto de la Caliza tuvo que esperar algunos años antes de su restauración final, y pasó casi un cuarto de siglo antes de que se descubriera el primer mosaico figurativo en la propia Gran Iglesia[2]: esa enorme y fantasmal imagen de la Virgen y el Niño entronizados que, después de más de once siglos, todavía hoy nos mira impasible.

1. Genesius sostiene que entre ellos había representantes del Monte Athos. Si está en lo cierto, ésta es la referencia más antigua que tenemos sobre el Monte como lugar sagrado, aunque sus habitantes en ese período habrían sido eremitas individuales en lugar de miembros de una comunidad monástica organizada (véase el capítulo 12).

2. Si hubiera habido mosaicos figurativos de este tipo en la iglesia de Justiniano, no habrían sobrevivido a los iconoclastas; de hecho, sin embargo, es prácticamente seguro que no existió ninguno en su época. Véase Byzantium: The Early Centuries, p. 20 j.

El patriarca Metodio, a pesar de sus sufrimientos pasados, no mostró ningún deseo de venganza. Por mucho que se anatematizara a los dirigentes iconoclastas, nunca se los maltrató, y menos aún se los privó de su libertad. Las expresiones de indignación que hubo, por el contrario, vinieron de los iconódulos, en particular de los monjes fanáticos del Studium, cuyos ataques virulentos contra el patriarca cuando los pasó por alto para promoverlos a sedes vacantes en favor de moderados como él, finalmente lo obligaron a excomulgarlos en masa. Para entonces, se nos dice, incluso habían tratado de obligarlo a dimitir, mediante la singularmente inepta artimaña de sobornar a una joven para que lo acusara de seducción. Se dice que, en la

investigación que siguió, Metodio dio pruebas visuales de su inocencia al presentar para su inspección las partes que se podrían haber considerado más directamente responsables del supuesto delito, y explicó los restos marchitos de su hombría con una historia de cómo, años antes, en Roma, una oración a San Pedro para liberarse de los pensamientos lujuriosos había sido respondida con una eficacia angustiosa. No es sorprendente que ganara el caso; la muchacha confesó que toda la historia había sido una invención. Pero sus instigadores no sufrieron un castigo más severo que el de unirse todos los años, con antorchas en las manos, a la procesión ceremonial que pasaba en la Fiesta de la Ortodoxia desde Blanquernas hasta Santa Sofía, para escuchar allí la sentencia de anatema repetida públicamente sobre ellos.

Mientras tanto, los mártires iconódulos recibieron su recompensa póstuma. Los cuerpos de Teodoro del Studium y del patriarca Nicéforo, ambos muertos en el exilio, fueron llevados de vuelta a Constantinopla, donde, en presencia de la emperatriz y de toda la corte, fueron enterrados de nuevo ceremoniosamente en la iglesia de los Santos Apóstoles. Un espectáculo menos edificante fue la profanación de la tumba del archiiconoclasta Constantino V, de cuyo sarcófago de mármol verde se cortaron varias losas que se utilizaron para adornar una habitación del Gran Palacio.

Para los derrotados enemigos de las imágenes, quedaba un pequeño consuelo. En los días preiconoclastas, e incluso en el intervalo iconódulo bajo Irene, su hijo y sus sucesores, la pintura y la escultura religiosas habían sido permitidas por igual; el Concilio de 843 no había establecido distinción entre ellas. Sin embargo, después de esta época, como por un acuerdo tácito, el arte bizantino se limitó a dos dimensiones. La escultura, ya fuera en piedra o mármol, madera o yeso, oro, plata o bronce, fue dejada de lado. Esto, tal vez, no debería causarnos demasiado asombro: después de todo, el segundo mandamiento es bastante claro al respecto, y sería mucho más razonable preguntarnos por qué ha sido tan universalmente ignorado en Europa occidental, si no fuera por el hecho de que se ha mostrado muy poco respeto por la mayoría de los otros nueve. No obstante, es un motivo muy real de pesar. Si Bizancio hubiera seguido produciendo escultores y talladores de madera tan talentosos como sus pintores y mosaiquistas, el mundo se habría enriquecido de verdad.

Poco después de la restauración de los iconos, el logoteta Teoctisto consiguió derrocar a sus dos colegas y durante los trece años siguientes fue, junto con Teodora, el gobernante efectivo de Bizancio.

Era una combinación muy poco habitual: patricio y eunuco, pero también era un hombre de considerable erudición y amplia cultura, que dedicó mucho tiempo y esfuerzo a mejorar el nivel educativo de la capital (ya estaba muy por delante de todo lo conocido en Occidente) y sentó las bases para el renacimiento cultural de finales del siglo IX y del siglo X, del que hablaremos más adelante. Su política financiera, en particular, dio excelentes resultados: el oro siguió fluyendo a las arcas imperiales, igual que en tiempos de Teófilo, y sin ninguna razón más clara.

En el terreno militar, Teoctisto también tuvo mucho más éxito de lo que se creía. Por razones que pronto se aclararán, Miguel III y sus ministros fueron víctimas de una campaña deliberada de desprestigio por parte de fuentes casi contemporáneas y de cronistas posteriores -sobre todo el propio emperador Constantino Porfirogénito- que no dudaron en falsificar la obra de sus predecesores. Sólo hace muy poco se ha comprendido hasta qué punto han sido engañados incluso los historiadores modernos. Hoy sabemos, por ejemplo, que la expedición dirigida personalmente por Teoctisto contra los sarracenos de Creta, lejos de fracasar tras su propio regreso a Constantinopla, de hecho dio como resultado la recuperación de la isla durante varios años; Mientras que una década después, el 22 de mayo de 853 -en lo que fue con mucho la operación naval o militar más audaz y agresiva desde el comienzo de las invasiones musulmanas- una flota bizantina bajo el mando del Gran Chambelán de Palacio, el eunuco Damiano, apareció de repente frente a Damietta, en el extremo oriental del delta del Nilo, prendió fuego a la ciudad y a todos los barcos sarracenos que se encontraban en el puerto, destruyó un enorme depósito de armas y regresó con decenas de prisioneros. Los registros árabes que han salido a la luz recientemente informan de otras operaciones, por no menos de tres flotas más, con un total de 300 barcos, alrededor del Egeo y frente a la costa siria.

En lo que sí hay que condenar a Teoctisto es en su innegable asociación con la Emperatriz en lo que el profesor Bury describe como «uno de los mayores desastres políticos del siglo IX»: la persecución de los paulicianos. Esta secta cristiana, muy extendida pero fundamentalmente inofensiva, había surgido unos doscientos años antes en Armenia y había existido en paz con el Imperio hasta los días de Miguel I, que había cedido (como siempre lo hizo) a la presión eclesiástica y había ordenado que se tomaran las primeras medidas contra ellos. Las razones eran puramente doctrinales. No era que los paulicianos fueran iconoclastas (aunque lo eran), sino que rechazaban no sólo las imágenes sagradas, sino también las instituciones del

bautismo, el matrimonio y la Eucaristía, la señal de la cruz, todo el Antiguo Testamento y gran parte del Nuevo, y toda la jerarquía de la Iglesia. Al abrazar la creencia maniquea en los dos principios opuestos del bien y del mal, sostenían que el mundo material era una creación del diablo; de lo cual se desprendía que la naturaleza única de Cristo -pues también ellos eran monofisitas acérrimos[1]- no debía nada a ese mundo; en cuanto a su Madre, ella había servido meramente como recipiente físico para la esencia divina, a través del cual había fluido "como agua a través de un tubo".

1. Sobre la creencia en la naturaleza única (y divina) de Cristo, véase Bizancio: Los primeros siglos, págs. 155-6.

Con el regreso de los iconoclastas, los paulicianos habían tenido motivos para esperar que sus problemas se acabaran, pero se llevaron una decepción: tanto León el Armenio como Teófilo habían seguido activamente la política de sus predecesores. Y ahora que los iconódulos habían vuelto al poder, las persecuciones continuaron con redoblado celo. Se promulgó un nuevo decreto que instaba a todos los miembros de la secta a renunciar a sus errores bajo pena de muerte, y se emprendió una vasta expedición militar hacia Oriente para poner en práctica la orden. El resultado -ya que las víctimas permanecieron casi todas fieles a su fe- fue una masacre: se dice que 100.000 personas perecieron en la horca, ahogadas, por la espada e incluso crucificadas. El Estado confiscó todas sus propiedades y tierras. Afortunadamente, un número considerable de ellos logró escapar y buscó refugio en el único lugar disponible: al otro lado de la frontera imperial, con Omar ibn Abdullah, el emir de Melitene (hoy Malatya) y sus compañeros sarracenos.

Nunca antes el Imperio bizantino se había propuesto deliberadamente destruir una comunidad religiosa entera de tal manera, y nunca volvería a intentarlo. Pero el trato dispensado a los paulicianos no sólo fue brutal y bárbaro, dejando una mancha indeleble en la memoria de la emperatriz en cuyo nombre se llevó a cabo, sino que también fue increíblemente miope. Dejados a su suerte, estos hombres y mujeres sobrios, devotos y disciplinados habrían constituido un formidable baluarte contra los ataques sarracenos, ganándose el respeto y la gratitud de todo bizantino sensato; en cambio, fueron empujados a pesar suyo al territorio del Califato, del que pronto demostraron ser aliados leales y valientes contra el Imperio. Mientras tanto, como siempre bajo persecución, su religión se difundió. La encontramos -o algo muy parecido- profesada por los bogomilos en Bulgaria y Bosnia en el siglo X y por los cátaros del Languedoc en el XI y XII. No era un credo atractivo, y se habrían

evitado sufrimientos indecibles si se hubiera podido contener en las fortalezas armenias de donde surgió. El hecho de que no se hubiera podido contener de esa manera fue culpa, sobre todo, de los sucesivos gobernantes de Bizancio.

Mientras tanto, el emperador Miguel III iba creciendo. Durante su larga minoría de edad apenas se sabe nada de él; su madre era una mujer decidida y de voluntad fuerte que le mantuvo en un segundo plano, y él mismo permaneció, durante toda su corta vida, casi infantilmente débil y fácilmente manipulable. En otros aspectos, sin embargo, parece haber sido bastante más maduro: en 855, a la edad de quince años, tomó como amante a una tal Eudocia Ingerina, y bien podría haberse casado con ella si su madre, horrorizada ante la perspectiva de una nuera medio sueca que, según ella, no le mostraba suficiente respeto, no le obligara a dejarla de lado en favor de otra Eudocia, de apellido Decapolitana, por la que no sentía el menor interés. Era característico de Miguel obedecer sin cuestionamientos; tal vez ya estaba decidido a mantener la relación con su primer amor que, tenemos razones para creer, iba a continuar hasta su muerte. Bien puede ser, sin embargo, que su resentimiento reprimido por la arbitrariedad de Teodora lo indujera a prestar un oído comprensivo a la conspiración que, sólo unos meses después, provocaría su caída.

El líder de esta conspiración era el propio hermano de la emperatriz, Bardas. Nunca había perdonado a Teoctisto por haberle superado en 843, y durante doce años había esperado pacientemente su oportunidad. Esa oportunidad había llegado. Con la ayuda del gran chambelán Damián (héroe de la incursión de Damieta dos años antes, que bien pudo haber sentido que sus servicios en esa ocasión no habían sido suficientemente reconocidos), convenció fácilmente a Miguel de que nunca se le permitiría ejercer su legítima autoridad mientras su madre y Teoctisto siguieran siendo supremos, y que si tan solo intentara afirmarse, no tendrían reparos en destituirlo.

Una vez que se aseguró el apoyo del joven emperador, Bardas actuó rápidamente. Uno o dos días después, el 20 de noviembre de 855, el Logotete atravesaba el palacio en dirección a los aposentos de Teodora cuando de repente se encontró con que el propio Miguel y Damián le bloqueaban el paso. El emperador, enojado, señaló que ya no era un niño y que si había algún asunto de estado que tratar, debía remitirlo a él en lugar de a su madre. Se produjo una discusión, tras la cual Teoctisto dio media vuelta y regresó por donde había venido; pero no había ido muy lejos cuando Bardas, junto con un grupo de oficiales del ejército descontentos, de repente saltó hacia delante y lo

derribó al suelo. De alguna manera logró sacar su espada, pero fue rápidamente dominado y llevado a toda prisa, todavía luchando, a la Skyla, una pequeña antecámara semicircular que daba acceso directo al Hipódromo. La idea original de Bardas, hasta donde sabemos, era enviarlo a algún lugar de destierro lejano; Fue el propio emperador quien dio a sus guardias la orden de matarlo. En ese momento Teodora, informada por sus damas de lo sucedido, apareció en las puertas de la Skyla y trató de protestar, pero fue rechazada con rudeza. Los guardias sacaron a Teoctisto de la silla bajo la que se había arrastrado y lo sujetaron con fuerza mientras su capitán lo atravesaba.

Con la muerte del gran Logotete, el poder de Teodora terminó, aunque por el momento continuó viviendo, amargada e implacable, en el Palacio Imperial. Mientras tanto, en marzo de 856, en una sesión especial del Senado, su hijo fue proclamado emperador único, en cuya calidad reinaría durante los siguientes once años. Reinar, sin embargo, no significa necesariamente gobernar; y en vista del carácter débil de Miguel y su irresponsabilidad general, fue realmente algo bueno para el Imperio que el poder efectivo hubiera pasado a manos de su tío. A pesar de la manera sin principios en que se había apoderado de ese poder (y su supuesta intención de tratar con Teoctisto mediante el exilio en lugar de la ejecución no ayuda a mitigar su culpa, ya que casi con certeza podría haber persuadido al Emperador si hubiera querido hacerlo), Bardas pronto demostró ser más capaz incluso que su predecesor. Administrador brillante, con gran capacidad de gobierno y una energía física sin límites, dejó su impronta indeleble en lo que pronto se convertiría, en opinión de muchos, en la edad de oro de Bizancio; mientras que, como magistrado principal del Imperio y comandante en jefe de sus fuerzas armadas, presidió un período de éxito casi ininterrumpido. En el ámbito militar, por ejemplo, sabemos -de fuentes árabes, no de fuentes bizantinas falsificadas- que en 856 un ejército al mando de su hermano Petronas cruzó el Éufrates y se adentró profundamente en territorio musulmán hasta Amida (la actual Diyarbakir), tomando muchos prisioneros. Otra expedición tres años después, dirigida en esta ocasión por el propio Emperador, cruzó el mismo río en un momento en que estaba crecido y más tarde pasó a la leyenda, convirtiéndose en el tema de una de las epopeyas populares griegas tradicionales más populares. Luego, en el verano de 859, hubo otra incursión en Damieta, tan exitosa como la primera; Mientras que en 863 los ejércitos imperiales sufrieron dos derrotas aplastantes sobre los sarracenos en el espacio de unas diez semanas.

La primera de estas batallas se libró contra Omar ibn Abdullah,

emir de Melitene. Siempre un enemigo peligroso, había reforzado aún más sus fuerzas con destacamentos de refugiados paulicianos amargados. A principios del verano condujo a su ejército, compuesto por cristianos y musulmanes, a través del Thema de Armeniakon, en la costa sur del mar Negro, y saqueó el importante centro comercial de Amisus (Samsun). El ejército bizantino de unos 50.000 hombres enviado contra él estaba comandado una vez más por Petronas, que dividió sus fuerzas en tres y, avanzando simultáneamente desde el norte, el sur y el oeste, se las arregló para rodear al emir en Poson, un punto ya no exactamente identificable entre el río Halys y su afluente, el Lalakaon. En la desesperada lucha que siguió, el propio Omar murió, al igual que casi todos sus hombres, sarracenos y paulicianos por igual. El emperador, que según los cronistas árabes estuvo presente en todo momento, y Petronas regresaron triunfantes a Constantinopla, trayendo consigo como prisionero al propio hijo del emir, uno de los pocos árabes que habían sobrevivido. No habían estado mucho tiempo en la capital cuando les llegó la noticia de otra victoria decisiva: en Mayyafariqin sobre el gobernador sarraceno de Armenia, Ali ibn Yahya, que también había caído en la refriega.

La desgracia de Amorium había sido vengada. La situación estaba empezando a cambiar. Hasta ese momento, desde los primeros días de las invasiones árabes, los bizantinos se habían visto obligados a librar una guerra defensiva contra ellos; más de una vez, de hecho, habían tenido que luchar por su propia supervivencia. A partir de entonces, los vemos cada vez más al ataque. No sólo son más fuertes y están mejor equipados, sino que hay un nuevo espíritu, una nueva confianza en el aire.

5

De patriarcas y complots

[857-66]

No sólo se dejaron engañar por la ilegalidad, sino que, si es que hay algún extremo de error, a él se han elevado... ¿Quién ha oído jamás semejantes pretensiones, saliendo de la boca de los más abandonados, hasta ahora? ¿Qué serpiente tortuosa ha eructado su veneno en sus corazones?

Patriarca Focio,
En una carta a los Patriarcas Orientales, verano de 867

La combinación de un gobierno sabio en el interior y éxitos militares en el exterior debería haber sido –o así se podría haber pensado– una receta para un estado feliz y armonioso. Pero la felicidad y la armonía eran visitantes raros en Bizancio, y entre todos los diversos creadores de discordia el lugar de honor debe corresponder a la Iglesia cristiana. Los lectores diligentes de esta historia no tendrán dificultad en citar innumerables ocasiones en las que era al menos discutible que el Imperio habría estado mejor si hubiera seguido siendo pagano –si Juliano el Apóstata hubiera tenido razón después de todo– y es especialmente irónico que esta época de espectacular auge de la fortuna bizantina haya coincidido con la crisis más grave que haya surgido hasta ahora en la poco edificante historia de las relaciones entre el Patriarca de Constantinopla y el Papa de Roma.

La raíz del problema se remonta a la muerte del sabio y anciano patriarca Metodio en 847 y a su sucesión por Ignacio el eunuco, hijo del depuesto emperador Miguel I. Ignacio tenía otros bienes además de su sangre imperial: en los días más oscuros de la iconoclasia nunca vaciló en su apoyo a las imágenes sagradas y había hecho del monasterio que había fundado en la isla de Terebinthos (hoy Tavsan) en el Mármara un refugio popular para todos los que compartían sus

puntos de vista y ya no se sentían seguros en la capital. Pero mientras que Metodio había sido moderado y conciliador en todos sus tratos con los antiguos iconoclastas, Ignacio era un fanático de miras estrechas que no entendía ni el perdón ni el compromiso. Debía su ascenso únicamente a la emperatriz y ni siquiera esperó a que terminara su propia consagración en Santa Sofía para dar a sus colegas un anticipo de lo que le esperaba. Su víctima en esta ocasión fue Gregorio Asbestas, arzobispo de Siracusa, líder del partido moderado y, por definición, objeto de su venganza. Con algún pretexto inventado, de repente se volvió contra Gregorio en medio del servicio y le ordenó que saliera de la iglesia. Pero ese no fue el final del asunto: continuó su persecución del desafortunado arzobispo durante los siguientes seis años, hasta que finalmente, en 853, Gregorio fue llevado ante un sínodo que había sido abrumadoramente favorable al patriarca, depuesto y excomulgado.

Gregorio apeló a dos papas sucesivos para que lo restituyeran en el cargo, pero Ignacio, como todos los iconódulos extremos, siempre había sido un firme defensor de la supremacía papal y el Vaticano no tenía ningún deseo de contrariarlo. Mientras tanto, los antiguos moderados se habían vuelto claramente menos así. Unidos en su detestación del patriarca, estaban decididos a librarse de él de algún modo; y tuvieron la suerte de encontrar, en el momento en que más lo necesitaban, un líder más fuerte y más eficaz de lo que Gregorio jamás podría haber sido. Su nombre era Focio. Aunque no podía, como su adversario, jactarse de tener ascendencia imperial, él también era un aristócrata y estaba relacionado con el Emperador —aunque de manera algo tenue— por matrimonio, pues el cuñado de su padre se había casado con la hermana de Teodora. También podía afirmar que era el erudito más erudito de su época, capaz de dejar en ridículo a Ignacio, cuya mente era demasiado estrecha para abarcar cualquier doctrina teológica que no fuera la más simple. En un ejercicio particularmente exitoso de hostigamiento al patriarca, incluso llegó al extremo de proponer una teoría nueva y profundamente herética que acababa de idear, según la cual el hombre poseía dos almas separadas, una propensa al error y la otra infalible. Su propia deslumbrante reputación como erudito e intelectual le aseguró que muchos, incluido Ignacio, lo tomaran en serio, y que deberían haberlo sabido mejor, y después de que su doctrina tuvo el efecto deseado y dejó al patriarca en ridículo, la retiró alegremente. Se dice que su amigo Constantino -cuya misión entre los eslavos se describirá pronto- reprochó a su antiguo maestro el corromper tan deliberadamente las mentes de los fieles; pero Focio siempre sostuvo que no había causado ningún daño grave. Y no lo había hecho: no es malo que a las palomas se les ponga

el gato entre ellas de vez en cuando. Focio fue responsable de tal vez la única broma realmente satisfactoria en toda la historia de la teología, y solo por eso merece nuestra gratitud.

A pesar de su inmenso saber, no era un clérigo. Había elegido una carrera política en la cancillería imperial, donde su ascenso había sido previsiblemente rápido; y era inevitable que cuando Bardas llegara al poder, Focio se convirtiera pronto en su amigo más cercano y consejero. Para el patriarca Ignacio, pocos acontecimientos podrían haber sido más desagradables. Sin embargo, cualquier hombre sensato, que en tales circunstancias deseara proteger su propia posición, habría mantenido un perfil bajo y habría jugado sus cartas tan discretamente como hubiera podido; era totalmente característico de Ignacio el haber salido a atacar, agitando los puños. En el tema en particular que eligió, hay que admitirlo, estaba en terreno firme. Bardas había tenido la desgracia de enamorarse de su propia nuera, por la que había abandonado a su esposa; y el escándalo resultante fue, como era de esperar, la comidilla de Constantinopla. Ignacio primero administró una reprimenda pública; Entonces, como Bardas no le hizo caso, lo excomulgó y, en la fiesta de la Epifanía de 8j8, le negó el sacramento.

Fue una decisión valiente, pero también desastrosa. A partir de ese momento, Bardas estuvo esperando la oportunidad de librarse del turbulento patriarca de una vez por todas. Esa oportunidad llegó algunos meses después, cuando el Emperador, que desde hacía algún tiempo cada vez desconfiaba más de su madre, finalmente decidió enviarla, junto con sus hermanas solteras, al monasterio de Karianos, cerca de Blachernae. Para asegurarse doblemente de que permanecerían allí, también decidió afeitarles la cabeza; pero cuando llamó a Ignacio para que realizara la operación, se encontró con una negativa rotunda. Bardas no tuvo dificultad en convencer a Miguel de que eso solo podía significar una cosa: que el patriarca y la emperatriz estaban en una alianza impía contra él. Afortunadamente, también, un pretendiente epiléptico llamado Gebeon hizo su aparición aproximadamente al mismo tiempo, afirmando de manera inverosímil ser el hijo de Teodora de un matrimonio anterior; fue obra de un momento fabricar pruebas de que también él estaba recibiendo el apoyo patriarcal. El 23 de noviembre Ignacio fue arrestado y desterrado, sin juicio, a su monasterio de Terebinthos.

En la mente de Bardas no había ninguna duda sobre quién debía ser su sucesor: Focio era el candidato obvio. Sin embargo, quedaban por superar dos obstáculos. El primero era que era laico, pero ese

problema se resolvió fácilmente. El 20 de diciembre fue tonsurado; el 21 fue ordenado lector; el 22, subdiácono; el 23, diácono; el 24, sacerdote; y el día de Navidad fue consagrado obispo por su amigo Gregorio Asbestas. Su entronización como patriarca se produjo inmediatamente. El proceso puede haber sido un poco indigno, pero había muchos precedentes: el patriarca Tarasio -que había sido tío de Focio- y su sucesor Nicéforo habían adquirido su eminencia eclesiástica de la misma manera. El segundo obstáculo era más serio. Ninguna presión -y, podemos estar seguros, fue considerable- induciría a Ignacio a dimitir. Como la única otra manera de librarse legalmente de él -la deposición canónica por un Concilio de la Iglesia- era manifiestamente imposible, la ley tendría que ser dejada de lado. Focio ocuparía el trono patriarcal de facto; no podía esperar hacerlo de iure, a menos que Ignacio cambiara de opinión.

Con su rival al menos temporalmente fuera de juego, se dispuso a consolidar su posición. Su primer paso fue escribir al Papa en Roma, notificándole oficialmente su ascenso. Tales cartas eran por lo general poco más que una formalidad, y recibían una respuesta formal; el Papa Nicolás I, sin embargo, a diferencia de la gran mayoría de sus predecesores, se interesó activamente en la Iglesia de Oriente, sobre la cual estaba decidido a afirmar su autoridad. Como miembro de la curia papal durante mucho tiempo, es posible que haya estado involucrado en la correspondencia anterior con el arzobispo de Siracusa, y casi con certeza había oído hablar de los acontecimientos que llevaron a la entronización de Focio. Además, aunque la carta del nuevo patriarca era un modelo de diplomacia diplomática, ya que no contenía una sola palabra contra su predecesor, estaba acompañada de otra, aparentemente del propio Emperador, en la que se decía que Ignacio había descuidado a su rebaño y que había sido depuesto de manera correcta y canónica, afirmaciones que el Papa sospechaba con razón que eran falsas. Recibió a los legados bizantinos con toda la debida ceremonia en Santa María la Mayor y aceptó gentilmente los presentes que habían traído consigo;[1] pero dejó en claro que no estaba dispuesto a reconocer a Focio como patriarca sin una investigación más profunda. En su respuesta, por lo tanto, propuso un Concilio de investigación, que se celebraría el año siguiente en Constantinopla, al que enviaría dos comisionados que le informarían personalmente. También aprovechó la oportunidad para recordar al patriarca -y a través de él al propio Emperador- sobre los obispados de Sicilia y Calabria, el vicariato de Tesalónica y varias otras diócesis de los Balcanes que en 732 habían sido retirados por León III de la jurisdicción de Roma y colocados bajo la de Constantinopla;1 ¿no era hora de que volvieran al control papal? Por supuesto, no hubo

ninguna sugerencia abierta de un quid pro quo; pero la implicación era bastante clara.

> 1. Incluían una patena de oro engastada con piedras preciosas, un cáliz de oro con joyas colgando de su borde mediante hilos de oro, un escudo dorado con incrustaciones de piedras preciosas y un manto bordado en oro, con escenas de la Biblia rodeadas de un diseño de árboles y rosas.

En pleno verano del año 860, aproximadamente un año después de que el papa Nicolás recibiera a los enviados imperiales en Roma, el pueblo de Constantinopla vivió una experiencia tan aterradora como nadie podía recordar jamás. El emperador y su tío habían partido recientemente con el ejército para otra campaña contra los sarracenos cuando, de repente y sin previo aviso, en la tarde del 18 de junio, una flota de unos 200 barcos procedentes de los confines del mar Negro apareció en la desembocadura del Bósforo y avanzó lentamente hacia la ciudad, saqueando los ricos monasterios que bordeaban las orillas y quemando y saqueando todas las ciudades y pueblos por los que pasaba. Al emerger por el extremo sur del canal, algunos de los barcos continuaron hacia el Mármara para asolar las islas Príncipe, mientras que la mayoría echó el ancla a la entrada del Cuerno de Oro. Para los bizantinos fue su primer enfrentamiento real con un pueblo cuyo futuro, a lo largo de los siglos, estaría inextricablemente ligado al suyo: los rusos. Sus líderes no eran, con toda probabilidad, eslavos, sino nórdicos, guerreros cuyos padres habían formado parte de aquella enorme migración desde Escandinavia que había comenzado hacia finales del siglo VIII y que tendría un impacto duradero en Europa, Asia occidental e incluso, en última instancia, el Nuevo Mundo. Hacia el año 830 habían establecido un principado o kaganato en torno al alto Volga; un cuarto de siglo después utilizaban ese poderoso río, junto con el Dniéper y el Don, para llevar sus temibles barcos hacia el sur contra las grandes ciudades comerciales del mar Negro y el Caspio. Con ellos llegaron sus súbditos eslavos, por los que pronto serían absorbidos por completo: casi -pero no del todo- las últimas de las tribus bárbaras que infundieron terror en los corazones de los ciudadanos de Constantinopla.

En la capital ya se había visto a algunos rus (como se llamaban a sí mismos) en particular, sobre todo en 838-9, cuando un pequeño grupo de ellos había llegado en una misión diplomática no especificada a la corte de Teófilo. Sin embargo, en la ocasión actual no había nada diplomático, y la situación se volvió aún más grave por la ausencia en Asia del emperador, su comandante en jefe y la mayor parte de su ejército. Lo que ocurrió en ese momento no está del todo claro;[1] sin embargo, parece prácticamente seguro que el prefecto

Orifas, que había quedado al mando de la capital, envió mensajeros tras Miguel para alertarlo de la emergencia. Regresó de inmediato, pero cuando llegó a Constantinopla, los asaltantes habían navegado de regreso por el Bósforo hacia el Mar Negro y se dirigieron a sus hogares.

1. Para una discusión más completa de los problemas y probabilidades, véase C. Mango, The Homilies of Pbotius, Patriarch of Constantinople: traducción al inglés, introducción y comentario, Harvard, 1918.

¿Por qué se marcharon tan pronto? Focio, que predicó dos sermones sobre la incursión —el primero mientras todavía estaba en marcha, el segundo a los pocos días de la partida de los rusos— pinta un cuadro espeluznante de los ultrajes y atrocidades que sufrieron todos los que cayeron víctimas de los asaltantes, y atribuye la liberación de la ciudad al manto milagroso de la Virgen[2], su reliquia más sagrada, que fue llevada a la altura de los hombros alrededor de las murallas y provocó su inmediata retirada. Otras fuentes[3] llevan el elemento sobrenatural aún más lejos, afirmando que el patriarca sumergió el manto en el mar, tras lo cual se desató una terrible tempestad que hizo añicos los barcos rusos. Sin embargo, esto parece muy improbable, aunque sólo sea porque, de haber sido cierto, Focio seguramente lo habría mencionado. La explicación más probable es que los asaltantes, al encontrar la ciudad inexpugnable y habiendo agotado las posibilidades de saqueo extramuros, simplemente decidieron dar por terminado el día y regresar a casa.

2. Véase pág. 410.

3. Los seguidores de Simeón Logotetes, entre ellos León Gramático, Teodosio Melitenus y otros.

Sea cual fuere la verdad sobre la retirada rusa, no cabe duda de que el patriarca salió del incidente con una reputación mejor que antes. Su adversario Ignacio fue menos afortunado. Desde su destitución efectiva había sufrido un grado de persecución que habría destrozado a la mayoría de los hombres de su edad. Después de algún tiempo en Terebinto, fue trasladado a Hieria -lugar, irónicamente, de uno de los palacios imperiales más lujosos-, donde fue alojado en un cobertizo que antes había estado ocupado por cabras. Devuelto a la capital, fue arrojado a una prisión en Promotos, al otro lado del Cuerno de Oro, donde lo lastraron con pesados grilletes y lo sometieron a tales palizas que le arrancaron dos dientes. Después de un breve período en otra prisión -la de Numera, cerca del palacio- fue trasladado a la isla de Lesbos (Mitilene), desde donde, seis meses después, se le permitió regresar a su monasterio. Se podría pensar que

eso debería haber sido suficiente; pero ahora era el turno de los rusos. Los que habían navegado hacia las Islas Príncipes cayeron sobre Terebinthos con furia frenética, devastando y saqueando los edificios monásticos y matando a no menos de veintidós monjes y personal doméstico. El propio Ignacio apenas logró escapar con vida.

Como era de esperar, la catástrofe fue vista en Constantinopla como una nueva señal del desagrado divino y, sin duda, eliminó a varios de los partidarios que aún quedaban de Ignacio. Pero no hubo diferencia. El viejo eunuco testarudo se mantuvo firme, decidido a aceptar todas las penalidades y todos los malos tratos que sus enemigos pudieran infligirle. Su hora llegaría. Mientras tanto, esperaría el momento oportuno y depositaría su fe en el papa Nicolás, cuyos emisarios se esperaban confiadamente para la primavera siguiente.

Los comisionados papales, Zacarías de Anagni y Rodoaldo de Porto, llegaron a Constantinopla en abril de 861. Habían recibido o no instrucciones firmes del Papa, pero no cabía duda de que no tenían ninguna duda de que el Papa los apoyaba. Sin embargo, desde el momento de su llegada se vieron sometidos a una presión formidable por parte de Focio; de hecho, el primero de los muchos regalos que iban a recibir -vestimentas bordadas de una riqueza sin igual- les fue entregado en el camino, antes incluso de que hubieran terminado su viaje. Inmediatamente se vieron arrastrados a una incesante serie de ceremonias eclesiásticas, recepciones, banquetes y entretenimientos de todo tipo, mientras el propio Patriarca permanecía constantemente a su lado, deslumbrándolos con su erudición, cautivándolos con su encanto. Sus audiencias con el Emperador, por otra parte, fueron claramente menos agradables. Él también los trató con perfecta cortesía; Pero más de una vez se les recordó que su regreso a casa dependía enteramente de su benevolencia hacia ellos, y que un período prolongado de residencia en un lugar famoso por la voracidad de su vida de insectos podría resultar una alternativa muy desagradable. Así, mediante una juiciosa combinación de sobornos, halagos y amenazas veladas, rápidamente se les dejó claro a Zacarías y Rodoaldo a qué lado debían apoyar; y mucho antes de que el Concilio celebrara su sesión inaugural -justo antes de Pascua, en la Iglesia de los Santos Apóstoles- Focio se había asegurado de que no causarían problemas. En cuanto a Ignacio, no se les permitió siquiera mirarlo hasta que fue llevado a la iglesia para dar su testimonio. Su intento de aparecer con todas las galas patriarcales fue infructuoso, y fue con un simple hábito de monje que se vio obligado a escuchar mientras setenta y dos testigos testificaban que su nombramiento anterior era

inválido, debido al favor personal de la emperatriz Teodora más que a una elección canónica. Al final de la cuarta sesión, su declaración fue confirmada mediante un documento formal al pie del cual, entre los firmantes, figuraban los nombres de Zacarías de Anagni y de Rodoaldo de Porto.

Como era de esperar, el papa Nicolás estaba furioso y, cuando los desafortunados prelados regresaron a Roma en otoño, no les dejó ninguna duda de su desagrado. Su tarea, les recordó, había sido descubrir los hechos; no tenían autoridad para designarse jueces. Al excederse en sus instrucciones de una manera tan injustificable, no sólo habían sido culpables de grave insubordinación, sino que habían traicionado los intereses de toda la Iglesia y habían sucumbido a los halagos bizantinos de una manera más acorde con las costumbres de niños inocentes que con las de los eclesiásticos de alto rango. Peor aún, lo habían hecho sin obtener una sola concesión a cambio. Si, como parecía probable, el reino búlgaro iba a adoptar pronto el cristianismo, era de vital importancia que los obispados ilirios volvieran a la obediencia romana lo antes posible, y ésta habría sido la oportunidad perfecta para asegurarse de que lo hicieran. ¿Habían mencionado siquiera los desdichados enviados tal posibilidad en sus conversaciones con Focio? No lo habían hecho. Se habían dejado engañar por él y, al hacerlo, habían demostrado ser totalmente indignos de su rango y posición. Ya pensaría en su futuro más tarde. Mientras tanto, podían irse.

Temblando, se retiraron. Pero la ira del Papa no tuvo oportunidad de apaciguarse, pues llegó a Roma otra delegación de Constantinopla, que traía un informe completo de los procedimientos del Concilio junto con una carta de Focio calculada para inflamar aún más su ira. Aunque se mantuvo amablemente cortés en todo momento, no contenía ninguna de las expresiones de reverencia y respeto apropiadas en tales comunicaciones. Por el contrario, el Patriarca se dirigió al Papa como a un igual, y aunque en ningún momento afirmó específicamente la independencia de la sede de Constantinopla, tal afirmación estaba implícita en cada línea. En cuanto a los obispados en disputa, señaló que él mismo no hubiera pedido nada mejor que verlos devueltos a la autoridad de Roma; desgraciadamente, esto era un asunto que debía resolver el Emperador, y el Emperador no consideraba que fuera el momento oportuno para realizar más cambios.

A estas alturas, Nicolás ya tenía claro que debía tomar medidas firmes, y su determinación se vio reforzada por la repentina e

inesperada aparición de un tal Teognosto, que, además de varias altas distinciones eclesiásticas (era archimandrita de la Iglesia romana, abad del monasterio de Pegae, esceofía de Santa Sofía y exarca de los monasterios de Constantinopla), era también el defensor más antiguo y más vocal del patriarca depuesto. Vigilado de cerca por orden del emperador, había logrado escapar de la capital disfrazado, y ahora le regaló al Papa un relato gráfico de la injusticia de la reciente investigación, la perfidia de los testigos, la iniquidad de Focio y sus amigos, la lealtad de Ignacio a Roma y, finalmente, todas las tribulaciones que había tenido que soportar el anciano patriarca. Al parecer, éstas habían aumentado en severidad desde el Concilio. En su intento de obligarlo a abdicar (aunque esto ya no era necesario), sus torturadores lo arrestaron una vez más, lo sometieron a más palizas, lo dejaron sin comer durante quince días y lo encarcelaron, desnudo salvo por una camisa, en la capilla mortuoria de la Iglesia de los Santos Apóstoles, donde lo habían tendido sobre lo que quedaba del sarcófago profanado del archiiconoclasta Constantino V, con pesadas piedras atadas a sus tobillos. Por último, cuando el pobre hombre apenas estaba consciente, le pusieron una pluma en la mano y la guiaron para que formara una firma, sobre la cual el propio Focio escribió un acta de abdicación.

1. Literalmente, Guardián de los Almacenes; pero en realidad es un título puramente honorario sin deberes prácticos asociados.

2. Así, al menos, lo afirma la Vita Ignatii, pero, como casi todas las obras de hagiografía, está demasiado sesgada a favor de su tema como para ser fiable.

El Papa no dudó más. En primer lugar, dirigió una carta encíclica a los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, informándoles de que Ignacio había sido depuesto ilegalmente y de que un canalla había usurpado su puesto, y les pidió que hicieran todo lo que estuviera en su poder para restaurarlo en su legítimo trono (dado que las sedes de los tres patriarcas estaban ahora en manos sarracenas, sus posibilidades de intervención eran escasas). Después escribió al Emperador y a Focio, exponiendo en términos inequívocos su propia opinión sobre el asunto y subrayando una vez más la autoridad suprema del Romano Pontífice, sin cuya aprobación ningún patriarca podía asumir o ser privado de su cargo. Cuando estas cartas quedaron sin respuesta, convocó un sínodo, que se reunió en Letrán en abril de 863. Despojó a Focio de todo estatus eclesiástico y lo declaró excomulgado a menos que renunciara inmediatamente a todas sus pretensiones al patriarcado; Pronunció una sentencia similar contra todos los demás clérigos que le debían su ascenso, y restableció a Ignacio y a todos los que habían perdido su cargo en su causa en sus

anteriores rangos y posiciones. Zacarías de Anagni fue condenado por su conducta en Constantinopla y destituido de su sede. Sorprendentemente, no se tomó ninguna medida inmediata contra Rodoaldo.[1]

1. Resultó que el obispo de Porto también recibiría su merecido, pero en un sínodo posterior celebrado en noviembre de 864.

Sin duda, el emperador y su patriarca estaban muy molestos por la obstinación del papa, pero no estaban demasiado preocupados. Miguel, en particular, estaba de un humor optimista. El año 863 había resultado, como hemos visto, una especie de annus mirabilis para las armas bizantinas; e incluso en el campo de la religión se habían producido acontecimientos en la península de los Balcanes en comparación con los cuales toda la disputa fotiana debe haber parecido insignificante.

Los eslavos habían constituido un elemento desagradable y no deseado en el Imperio romano desde su primera irrupción en territorio imperial en el siglo VI, y la incursión rusa de 860 no había contribuido a aumentar su popularidad entre los bizantinos. Sin embargo, al cabo de dos años -en pleno apogeo de la disputa entre el patriarca Focio y el papa Nicolás I- llegó un grupo de enviados de Rostislav, príncipe de Moravia, con una misión muy diferente. Su amo, explicaron, deseaba que todos sus súbditos abrazaran el cristianismo, pero los maestros cristianos que habían estado entre ellos anteriormente habían expuesto doctrinas contradictorias. ¿Accedería el emperador, por tanto, a enviarles misioneros dignos de confianza de los que se pudiera aprender la verdad, y nada más que la verdad?

Así, al menos, dice la leyenda. No cabe duda de que los moravos enviaron una misión a Constantinopla, pero es poco probable que sus motivos para hacerlo fueran tan ingenuos como se suele creer. Las conversiones en masa de naciones y pueblos enteros casi siempre tienen connotaciones políticas, y ésta no fue una excepción a la regla. Rostislav se encontraba bajo una fuerte presión de los francos que se encontraban más allá de su frontera noroccidental y cuando, a principios de 862, el rey franco Luis[2] firmó un tratado de alianza con el kan búlgaro Boris, se encontró en una necesidad desesperada de un aliado fuerte. Parece prácticamente seguro, por tanto, que el principal objetivo de su misión era alertar al emperador bizantino de los peligros que afrontaba la península y persuadirlo, antes de que fuera demasiado tarde, de que tomara las armas contra sus vecinos búlgaros. Su propuesta de adopción del cristianismo -y del cristianismo ortodoxo, además- fue meramente un incentivo adicional, sobre todo

porque parecía probable que Boris pudiera en cualquier momento anunciar una conversión masiva de su propio pueblo, y en tal caso casi con certeza los conduciría al redil romano.

> **2.** El emperador Luis I el Piadoso había repartido el Imperio occidental entre sus tres hijos. El más joven era Luis, conocido como «el Germánico», que había sido nombrado rey de los francos orientales.

El patriarca Focio no era hombre que dejara pasar una oportunidad tan preciada. Allí estaba la perspectiva no sólo de difundir el Evangelio entre los paganos, sino de extender la influencia de la ortodoxia hasta el lejano noroeste. Aquí también -aún más satisfactoria en las circunstancias presentes- había una oportunidad de asestar un golpe importante al papado, pues era plenamente consciente de la ansiedad de Nicolás de que todos los pueblos balcánicos recién convertidos estuvieran sujetos a la autoridad papal. Tenía, además, un candidato perfecto para el trabajo: un monje de Tesalónica cuyo nombre de bautismo era Constantino, pero que es generalmente conocido para la posteridad por el nombre eslavo de Cirilo, que adoptaría en su lecho de muerte unos años más tarde. Este joven -todavía tenía treinta y cinco años- había llamado la atención desde una edad temprana por su erudición y su carácter santo, con los que combinaba un notable talento para los idiomas. Traído por Teoctisto a Constantinopla, había continuado sus estudios con el propio Focio, quien había quedado tan impresionado por él que lo había nombrado su bibliotecario. Posteriormente, Cirilo emprendió una misión entre los jázaros, a quienes predicó en su propia lengua y entre quienes realizó numerosas conversiones, ganándose tal favor ante su gobernante que logró la liberación de unos 2. 000 prisioneros cristianos.

En cuanto a la intervención militar, el emperador Miguel no se mostró inicialmente entusiasmado. En el frente oriental, sus ejércitos iban cosechando éxitos uno tras otro, y no estaba dispuesto a interrumpir esta sucesión de victorias sin precedentes en favor de una campaña mucho más problemática en Occidente. Pero también se dio cuenta (o, si no lo hizo, Focio se habría apresurado a convencerlo) de que permitirle a Luis mano libre en los Balcanes sería una invitación al desastre. Se convocó a varios regimientos a Constantinopla; mientras tanto, la flota, que en su mayor parte había permanecido inactiva durante las campañas orientales, se preparó para la guerra. En el verano de 863 navegó por el Bósforo hasta el mar Negro y echó el ancla frente a la costa búlgara. Al mismo tiempo, el emperador avanzó a través de la frontera a la cabeza de su ejército.

No podía haber elegido un momento mejor. Las fuerzas búlgaras estaban en el norte, alineadas a lo largo de la frontera morava, mientras que el sur sufría la hambruna más severa del siglo. Boris vio de inmediato que era imposible resistirse y envió emisarios a Miguel para preguntarle sus condiciones. Resultó bastante simple: el Khan debía renunciar a su alianza con los francos y adoptar el cristianismo según el rito ortodoxo. Boris aceptó con una prisa casi indecorosa. En septiembre de 861 viajó a Constantinopla, donde fue bautizado en la fe cristiana por el patriarca en Santa Sofía y tomó el nombre de Miguel, mientras el propio Emperador estaba de padrino en la pila bautismal.

Mientras tanto, en la primavera del año anterior, Cirilo había partido en misión en Moravia, acompañado por su hermano Metodio, casi tan cualificado como él para la tarea que le aguardaba. Durante sus primeros años de servicio en el gobierno, había sido destinado a una provincia con una población predominantemente eslava, y él también había aprendido su lengua. Más tarde, decidido a llevar una vida de contemplación, se había retirado a un monasterio en el monte Olimpo de Bitinia; pero cuando su hermano le invitó a compartir la carga de su nueva misión, había aceptado de buen grado unirse a él. La pareja abandonó Constantinopla -según podemos deducir- a principios del verano de 864, y permaneció en Moravia durante más de tres años. Según una antigua tradición, Cirilo inventó entonces un nuevo alfabeto con el que transcribir el habla eslava, que hasta entonces no estaba escrita, y luego procedió a traducir la Biblia y partes de la liturgia. Por extraño que parezca, el idioma que eligió fue el eslavo macedonio, sólo lejanamente relacionado con el dialecto eslovaco hablado por los moravos, pocos de los cuales podrían haber entendido una palabra de él; por lo tanto, parece mucho más probable que hubiera ideado su alfabeto teniendo en mente a los búlgaros en lugar de a los moravos, y que más tarde simplemente hiciera sus traducciones al único idioma eslavo que conocía.[1]

1. Durante mucho tiempo se creyó que el alfabeto inventado por Cirilo no era el cirílico moderno (tal como lo utilizan los rusos, los serbios, los búlgaros y otras razas que hoy integran la Unión Soviética), sino otro, mucho más desgarbado y caído en desuso hace mucho tiempo, conocido como glagolítico. Sin embargo, esta teoría ya no parece sostenible. Véase el Apéndice IX de A History of the First Bulgarian Empire de Sir Steven Runciman y el artículo "St Cyril Really Knew Hebrew" de EH Minns, en Melange publie's en l'homeurr de M. Paul Boyer, París, 1921.

En tales circunstancias, no sorprende que el experimento moravo tuviera resultados sumamente decepcionantes. No obstante, es cierto que, al proporcionar a los pueblos eslavos un alfabeto adaptado, por

así decirlo, a las peculiaridades fonéticas de sus diversas lenguas, Cirilo sentó las bases para su desarrollo literario; y es quizás por este beneficio, tanto como por los logros de él y de su hermano en el campo misionero, que los dos santos eruditos son recordados y venerados hoy en día.

En agosto de 865, el papa Nicolás recibió una carta del emperador bizantino. La controversia había estado en el aire durante tres años: tres años durante los cuales los éxitos de Miguel en Bulgaria -políticos, militares y religiosos- lo habían vuelto más arrogante que nunca. Los dos legados papales, señaló ahora, podían considerarse extremadamente afortunados por haber sido autorizados incluso a asistir a un sínodo convocado para resolver un problema interno que no era de su incumbencia; pero no eran de importancia seria. La verdadera responsabilidad de la disputa recaía en calumniadores y alborotadores como Teognosto, que estaban ocupados esparciendo su veneno por toda Roma. Estos hombres debían ser extraditados inmediatamente y devueltos a Constantinopla. Si el papa se negaba, el propio emperador vendría a Roma a buscarlos.

Nicolás respondió con una respuesta que no le importaba. Se limitó a una sola cuestión importante: la supremacía de Roma. No cabía duda sobre ello y, desde luego, no había alternativa: sólo veinte años antes, ¿no habían sido herejes iconoclastas tanto los emperadores como los patriarcas de Constantinopla? Cualquier concilio no autorizado por el Papa era un concilio ilegal, y sus actos eran automáticamente nulos y sin valor. En cuanto a Teognosto y sus amigos, tenían libertad para permanecer en la corte papal todo el tiempo que quisieran. Él mismo haría una concesión, y sólo una: si los dos patriarcas rivales iban a Roma y se presentaban ante él, volvería a considerar sus respectivas reivindicaciones. No iría más lejos.

Es poco probable que Miguel tuviera la intención de llevar a cabo su amenaza, que probablemente no era más que un mero gesto estilístico para reforzar sus argumentos; pero nunca lo sabremos con certeza, debido a un acontecimiento inesperado que dio un cariz totalmente nuevo a la controversia, obligando al menos a Focio (porque el emperador, que para entonces era un alcohólico sin remedio, pasaba la mayor parte del día en un estupor de borrachera) a tomarla mucho más en serio que antes. El Khan búlgaro, menos de un año después de su conversión, se estaba volviendo peligrosamente inquieto. De repente, había encontrado su reino invadido por sacerdotes griegos y armenios, la mayoría de las veces en desacuerdo entre sí sobre abstrusos puntos de doctrina incomprensibles para sus

desconcertados súbditos, la mayoría de los cuales habían sido perfectamente felices en su paganismo anterior y no estaban nada contentos de descubrir que se esperaba que no sólo recibieran instrucciones de estos extraños indeseados y discordantes, sino que también los alimentaran y alojaran. Y había algo más. La magnífica ceremonia de su propio bautismo, a manos de Focio en Santa Sofía, le había impresionado profundamente y ahora deseaba que se celebraran ceremonias similares entre su propio pueblo y por él. Por ello, había escrito a Constantinopla pidiendo el nombramiento de un patriarca búlgaro.

Fue en ese momento cuando Focio cometió el error de cálculo más desastroso de su vida. Decidido a mantener la Iglesia búlgara firmemente bajo su control, no sólo rechazó la petición, sino que la descartó de plano. Boris -en aras de la claridad debía conservar su nombre pagano- también había mencionado varios pequeños puntos de la doctrina ortodoxa y de las costumbres sociales que de una u otra manera entraban en conflicto con las tradiciones locales, sugiriendo que si se permitía que estas últimas continuaran, gran parte de la resistencia popular a la nueva fe podría ser superada; algunas de sus propuestas fueron rechazadas, el resto simplemente ignoradas. El Khan estaba furioso. Estaba feliz de ser el ahijado del Emperador, pero no tenía intención de convertirse en su vasallo. Plenamente consciente de la situación existente entre Roma y Constantinopla y de la consiguiente posibilidad de enfrentar a una con la otra, en el verano de 866 envió una delegación al Papa Nicolás con una lista de todos los puntos que Focio había rechazado tan insultantemente, añadiendo una serie de nuevos por si acaso y solicitando la opinión del Papa sobre cada uno de ellos.

Para Nicolás, ésta era la oportunidad que había estado esperando. Inmediatamente envió a dos obispos más -Pablo de Populonia y Formoso de Porto, sucesor de Rodoaldo- a la corte búlgara como sus legados personales. Llevaban consigo un documento notable en el que daba respuestas meditadas y meticulosas a cada uno de los 106 puntos del cuestionario de Boris, mostrando consideración por todas las susceptibilidades locales, haciendo todas las concesiones posibles que no fueran realmente contrarias al derecho canónico y, cuando no podían concederse, explicando las razones de su negativa. Aceptó que los pantalones podían ser usados por hombres y mujeres por igual; turbantes también, excepto en la iglesia. Cuando los bizantinos sostenían que era ilegal lavarse los miércoles y viernes, estaban diciendo tonterías; tampoco había ninguna razón para abstenerse de leche o queso durante la Cuaresma. Todas las

supersticiones paganas, por otra parte, debían ser estrictamente prohibidas, como también la práctica griega aceptada de adivinación mediante la apertura aleatoria de la Biblia. La bigamia también quedó descartada.

Los búlgaros estaban decepcionados por la bigamia, pero en general estaban más que satisfechos con las respuestas del Papa y -tal vez igualmente importante- con el evidente problema que les había causado. Boris juró inmediatamente lealtad perpetua a San Pedro y, con todas las señales de alivio, expulsó a todos los misioneros ortodoxos de su reino; Pablo y Formoso se dedicaron durante un año a predicar y bautizar casi constantemente, y pronto se les unió todo un equipo suplementario de obispos y sacerdotes, que llevaron a cabo la buena obra.

6

Doble asesinato

[866-7]

He quitado de en medio al zorro, pero en su lugar he puesto un león que acabará por devorarnos a todos.

Bardas, tras la destitución del Gran Chambelán Damiano

Ha parecido que valía la pena contar con algún detalle la historia de lo que se conocería como el cisma de Focia, no sólo por su interés inherente sino por su importancia en la historia de las relaciones entre Oriente y Occidente dentro de la Iglesia cristiana. Pero esa historia no ha terminado del todo. Ha llegado el momento, sin embargo, de examinar brevemente la escena secular durante el reinado de Miguel III y a los hombres que más sobresalieron en ella, empezando por el propio Emperador.

Si hasta ahora Miguel ha parecido una figura un tanto sombría en este relato, es porque él mismo era una personalidad inusualmente débil que se dejó dominar primero por su madre, luego por su tío Bardas y finalmente por su íntimo amigo, asesino y sucesor Basilio el Macedonio. Aunque desde el principio estuvo claro que nunca sería el tipo de gobernante que el Imperio necesitaba, no carecía totalmente de cualidades: a los veinte años ya era un veterano militar y su valor físico en el campo de batalla nunca estuvo en duda. Lo que le faltaba sobre todo era fuerza de voluntad. Contento con sentarse y disfrutar mientras otros asumían las responsabilidades del gobierno, parecía incapaz e incluso reacio a frenar su propio declive moral: un declive que, en los últimos cinco años de su vida hasta su muerte violenta a la edad de veintisiete años, finalmente lo redujo a un nivel de borrachera y libertinaje que le valió el apodo posterior de "el Sot".

Por suerte para el Imperio había otros -estadistas, además, de una capacidad excepcional- dispuestos a tomar las riendas del poder y gobernar en su nombre: primero, en los días de la regencia de su madre, el eunuco Teoctisto; más tarde, tras su caída, su hermano

Bardas. En torno al año 859, Bardas recibió la dignidad de curopalates, una distinción poco común normalmente reservada a los miembros de la familia imperial y que otorgaba a su poseedor algún derecho a la sucesión en caso de que el emperador muriera sin descendencia; pero a medida que su poder e influencia aumentaron, ni siquiera esto fue suficiente y en abril de 862, el domingo después de Pascua, fue creado césar. Para entonces, Miguel hacía tiempo que había repudiado a su esposa Eudocia Decapolitana, y sus posibilidades de tener una descendencia legítima eran insignificantes. Bardas fue aceptado universalmente como el próximo emperador de Bizancio, y como el actual ya estaba muy avanzado en el alcoholismo, nadie creía que su sucesión pudiera demorarse mucho.

Mientras tanto, siguió actuando como basileo en todo, salvo en el nombre, y lo hizo magníficamente bien. Los diez años de su gobierno vieron la sucesión de victorias sobre los sarracenos en Oriente y la conversión de los búlgaros, por no hablar de los grandes avances en la prolongada lucha de la Iglesia bizantina por la independencia de Roma; él mismo siguió el ejemplo de su cuñado Teófilo en el interés personal y activo que tomó en la administración de justicia, y el de Teoctisto en su fomento del saber. La antigua Universidad de Constantinopla, fundada a principios del siglo V durante el reinado de Teodosio II, había ido decayendo hasta que, durante los días de los primeros iconoclastas, se derrumbó por completo. Fue Bardas quien la revivió, estableciéndola esta vez en el Palacio Imperial de La Magnaura bajo la dirección de León el Filósofo -o, como a veces se le llama, León el Matemático.

Junto con Focio, el patriarca, y Constantino Cirilo, el misionero, León fue uno de los tres grandes eruditos de su tiempo. Primo de Juan el Gramático, se había ganado la vida de joven enseñando filosofía y matemáticas en Constantinopla, pero sólo se hizo famoso después de que uno de sus discípulos, capturado por los sarracenos y llevado a Bagdad, impresionara tanto al califa Mamun con sus conocimientos que éste le preguntó quién había sido su maestro. El califa —que era un intelectual y un dedicado mecenas de las artes y las ciencias— había llegado a escribir al emperador Teófilo ofreciéndole 2. 000 libras de oro y un tratado de paz eterna a cambio del préstamo de León durante unos meses; pero Teófilo, sabiamente, había preferido establecerlo como profesor público en la capital, donde daba conferencias regulares en la iglesia de los Cuarenta Mártires. Más tarde fue nombrado arzobispo de Tesalónica, pero a la muerte del emperador León, ferviente iconoclasta, fue destituido de su sede y regresó a la vida académica. Bajo su dirección en Magnaura,

Constantino Cirilo había ocupado brevemente la cátedra de filosofía, mientras que otros de sus alumnos ocupaban las de geometría, astronomía y filología. Es interesante señalar que no había cátedra de estudios religiosos; la universidad se ocupaba únicamente del saber secular, lo que explicaba la implacable hostilidad con la que Ignacio y sus seguidores la veían.

Entre los muchos hábitos poco atractivos del emperador en estos últimos años estaba el de rodearse de favoritos y compinches que se vestían con disfraces obscenos y lo acompañaban en desenfrenadas juergas por las calles de la capital. Uno de estos hombres, que aparece por primera vez en 857 aproximadamente, era un campesino armenio rudo y totalmente analfabeto llamado Basilio. Su familia, como la de tantos otros compatriotas, se había establecido en Tracia, pero posteriormente habían sido hechos prisioneros por Krum y transportados más allá del Danubio, a una zona conocida como «Macedonia», probablemente debido al número de macedonios que habían sufrido un destino similar. Allí, Basilio había pasado gran parte de su infancia, y a él y a su dinastía se les conoce más engañosamente como «el Macedonio», a pesar de que no poseía ni una gota de auténtica sangre macedonia, hablaba armenio como primera lengua y griego sólo con un marcado acento armenio. Carecía de dotes intelectuales (era analfabeto y así siguió siendo durante toda su vida) y sólo podía presumir de dos virtudes evidentes: una fuerza física hercúlea y un manejo extraordinario de los caballos. Cualquiera de estas dos cualidades pudo haber sido la causa de que atrajera la atención del emperador. Genesius cuenta cómo se distinguió en un concurso de lucha libre, en el que se enfrentó a un búlgaro gigantesco que había derrotado a varios campeones anteriores. Cuando le llegó el turno a Basilio, se dice que levantó al individuo en brazos y lo arrojó al otro lado de la habitación. El Continuador de Teófanes da un relato similar, pero también cuenta otra historia, según la cual a Miguel le regalaron un caballo magnífico pero totalmente inmanejable. Ni él ni ninguno de sus amigos podían controlarlo, pero uno de ellos sugirió que su mozo de cuadra podría tener éxito donde todos los demás habían fracasado. Basilio (pues era él) se acercó al caballo, tomó la brida con una mano y le acarició la oreja con la otra, susurrando suavemente mientras lo hacía. Inmediatamente el animal se calmó. El Emperador quedó tan encantado con esta actuación que allí mismo tomó al joven armenio a su servicio.

Podemos aceptar estas anécdotas triviales o rechazarlas; poco importa. Sin embargo, hay otra historia de la juventud de Basilio que, aunque obviamente pertenece a la leyenda, fue promovida con

asiduidad en sus últimos años y resulta bastante más significativa como indicación de su necesidad de justificar su posterior acceso al trono. En el Libro V del Continuador -una biografía muy halagadora de Basilio que ahora se sabe que es obra de su supuesto nieto, el emperador Constantino VII Porfirogénito- leemos cómo llegó por primera vez a Constantinopla un domingo por la tarde al anochecer y se acostó a dormir en el pórtico de la iglesia de San Diomedes, cerca de la Puerta Dorada. Durante la noche, el abad del monasterio al que pertenecía la iglesia fue despertado por una voz misteriosa, que le ordenó que fuera a abrir la puerta al emperador. Se levantó, pero al ver solo a un pobre viajero harapiento acurrucado en el suelo, regresó a su cama. Una segunda vez llegó la llamada, con el mismo resultado; Luego, un tercero, más insistente todavía y acompañado, según nos cuentan, de un fuerte puñetazo en las costillas. «Levántate», ordenó la voz, «y haz entrar al hombre que yace ante la puerta. Es el Emperador». El abad obedeció, llevó al joven al monasterio, lo alimentó, lo lavó y le dio ropa nueva, pidiendo únicamente que a partir de entonces lo consideraran su amigo y hermano.

No sabemos si esta historia improbable llegó a oídos del emperador Miguel o, si así fue, qué efecto tuvo en él; pero desde el momento en que Basilio fue admitido en la corte imperial, su ascenso fue rápido. Pronto se convirtió en un amigo más que un sirviente; y cuando el cargo de Gran Chambelán1 quedó vacante de repente (el eunuco Damián había sido despedido tras perder los estribos con Bardas), Miguel lo nombró inmediatamente para el puesto.

> 1. La palabra griega parakoimomemos significa literalmente "el que duerme cerca", es decir, el dignatario de la corte que debía dormir en el dormitorio del Emperador. Con el paso del tiempo, el cargo fue ganando importancia (cf. el Lord Chamberlain en Inglaterra), mientras que la función en sí misma fue delegada a funcionarios subalternos. Tradicionalmente, siempre lo desempeñaba un eunuco, lo que hizo que el nombramiento de Basilio fuera aún más sorprendente.

A partir de entonces, el emperador y el chambelán vivieron juntos en una estrecha intimidad, tan estrecha que algunos historiadores han hablado sombríamente de una relación homosexual. Sin embargo, lo que hace improbable tal teoría es el acuerdo un tanto inusual que Miguel tomó para su futura felicidad doméstica. Basilio se vio obligado a divorciarse de su esposa María y casarse en su lugar con Eudocia Ingerina, el primer amor y amante del emperador durante mucho tiempo. Fue un paso sorprendente, por decir lo menos, y para el que sólo puede haber una explicación plausible: permitió a Miguel introducir a la dama en palacio sin provocar el escándalo que habría sido inevitable si lo hubiera hecho por cualquier otro método. Esto, sin embargo, nos lleva a otra conclusión aún más notable: que él

pretendía que ella siguiera siendo propiedad imperial, en cuyo caso el bebé, León, al que dio a luz el 19 de septiembre de 866, con toda probabilidad no era hijo de Basilio, sino de Miguel, y lo que hoy conocemos como la dinastía macedonia era, de hecho, simplemente una continuación de la dinastía amoria.[1]

1. Sea correcto o no, la paternidad de Basilio se asumirá cuando sea necesario a medida que avance la historia.

Ahora bien, todo esto es claramente hipotético y varios historiadores recientes se han inclinado a rechazarlo. Por otra parte, hay un conjunto de pruebas circunstanciales que parece difícil de descartar. En primer lugar, al menos una de nuestras fuentes -Simeón- afirma categóricamente que León era hijo de Miguel, lo que sugiere que, de hecho, el hecho era de conocimiento público en Constantinopla. En segundo lugar, Basilio siempre odió a León. El único de sus hijos, reales o imaginarios, al que mostró un afecto real fue Constantino, el hijo de su primera esposa, María, un muchacho al que idolatraba y cuya muerte temprana lo hundiría en una depresión de la que nunca se recuperó. En tercer lugar, y en muchos sentidos lo más extraño de todo, está el hecho de que si Eudocia hubiera estado viviendo con Basilio como su esposa, es poco probable que el Emperador se hubiera tomado la molestia de proporcionar a su favorita otra compañera de cama, en la inesperada y claramente matrona figura de su hermana Tecla, que ahora tenía unos cuarenta y cinco años, que recientemente había sido liberada de la reclusión monástica para la que claramente no era apta y ahora era traída para completar este improbable ménage a quatre. La relación de Basilio con ella, sin embargo, iba a resultar poco más que un recurso provisional: ya sea que compartiera o no la cama de Eudocia mientras Miguel estaba vivo, ciertamente lo hizo después de la muerte de este último, ya que ella tendría dos hijos más, Alejandro y Esteban, en 870 y 871 respectivamente.[2] En cuanto a Tecla, pronto entabló una relación con uno de los nobles de la corte, Juan Neatocomitas; pero esto también fue desafortunado. Cuando Basilio se enteró, los dos fueron severamente castigados; Además, Juan fue tonsurado y enviado a un monasterio, mientras que a Tecla le confiscaron todas sus propiedades, excepto su casa en Blanquernas, donde murió, postrada en cama y en la pobreza, unos años más tarde.

2. O al menos eso parece. Las fuentes, como es habitual, dan fechas contradictorias y es posible -aunque el peso de las pruebas está en contra- que al menos uno de los príncipes bebés haya nacido durante la vida de Miguel o unos meses después de su muerte, lo que plantea de nuevo la cuestión de la paternidad.

A medida que la influencia de Basilio sobre Miguel aumentaba,

también lo hacía la hostilidad mutua entre él y Bardas. Por parte del César, había comenzado con desprecio más que con sospecha. Creía que su sobrino le confiaba implícitamente el gobierno del Imperio y que, mientras sus placeres no se vieran interrumpidos o interferidos, seguiría haciéndolo; en cuanto al armenio, Bardas probablemente lo consideraba un compañero un tanto desagradable en esos placeres y no mucho más. Pero la alarmante velocidad con la que Basilio afianzó su dominio sobre el inepto Emperador pronto le hizo revisar sus anteriores opiniones. El hombre se estaba convirtiendo en una seria amenaza para el Estado y, si las palabras citadas al comienzo de este capítulo no son completamente apócrifas, Bardas lo sabía.

En cuanto a Basilio, su ambición estaba lejos de estar satisfecha. Para entonces, sus ojos estaban fijos en el trono, que parecía casi a su alcance, si no fuera por el hecho de que un rival estaba bloqueando su camino. Y así, tal como Bardas había envenenado la mente del joven emperador contra el eunuco Teoctisto una docena de años antes, ahora Basilio, silenciosa e insidiosamente, despertó sus sospechas sobre su tío. No era simplemente, señaló, que el César despreciara a su sobrino; quería quitarlo del camino, para convertirse en el único e indiscutible gobernante de Bizancio. La única solución era que Miguel actuara primero, mientras aún había tiempo.

A pesar de todos sus recientes éxitos contra los sarracenos en Oriente, quedaba un escenario de guerra en el que los bizantinos no habían conseguido nada. Creta, después de su breve recuperación por Teoctisto, estaba una vez más en manos de los infieles. Esta era una situación que Bardas ya no estaba dispuesto a tolerar y había comenzado los preparativos para una gran expedición contra la isla en la primavera de 866. Sin embargo, en algún momento durante el invierno anterior, le llegó la noticia de que la próxima campaña iba a ser la ocasión para un complot contra su vida, en el que estaban involucrados el propio Emperador y su chambelán. Su primera reacción fue retirarse por completo de la expedición y permanecer en la capital, donde podría protegerse mejor; Parece que también se enfrentó a su sobrino con sus sospechas, pues el 25 de marzo, día de la Virgen, en la iglesia de Santa María Chalcoprateia,[1] encontramos a Miguel y Basilio poniendo sus firmas (en el caso de este último, presumiblemente, una simple cruz) en una declaración formal en la que juraban que no tenían intenciones hostiles hacia él. Tan solemne fue este juramento (se dice que fue firmado con la sangre de Jesucristo, de la cual una pequeña y decreciente cantidad se guardaba entre las reliquias sagradas más preciosas de Santa Sofía) que el César cedió; y estaba en su lugar habitual al lado del Emperador cuando la

expedición partió de Constantinopla poco después de Pascua.

1. Santa María del Mercado del Cobre, llamada así porque fue construida en el siglo V en el lugar de una sinagoga que antiguamente utilizaban los caldereros judíos. La iglesia era una de las más veneradas de la ciudad, ya que parece que compartió el manto de la Virgen con Santa María de Blanquernas. Hoy en día sólo queda de ella un pequeño tramo de muralla almenada, a unos cien metros al oeste de Santa Sofía.

La ruta elegida llevó al ejército a través del extremo de Asia Menor hasta un punto en la desembocadura del río Meandro, cerca de la antigua ciudad de Mileto, donde la flota estaba anclada. La noche anterior al embarque, Bardas recibió otra advertencia. Se rió de ello, pero esa noche apenas durmió y, a primera hora del día siguiente (era el 21 de abril), le confió sus temores a su amigo Filoteo, el general Logotete. Filoteo hizo lo que pudo para tranquilizarlo. «Ponte tu capa dorada de color melocotón», le aconsejó, «y enfréntate a tus enemigos. Se dispersarán ante ti». El César hizo lo que le ordenaban y se marchó, suntuosamente ataviado, hasta el pabellón imperial, donde se sentó junto a su sobrino y escuchó con toda atención mientras otro de los Logotetas leía el informe de la mañana. Cuando terminó, se volvió hacia Miguel y le sugirió que, si no había más asuntos que tratar, se podía empezar el embarque; Pero en ese momento, con el rabillo del ojo, vio que el chambelán hacía una señal subrepticia. Su mano voló hacia su espada; pero era demasiado tarde. De un tremendo golpe, Basilio lo derribó al suelo, mientras otros conspiradores se apresuraban a rematarlo.

El propio emperador no hizo ningún movimiento. No parecía tan sorprendido como aturdido por lo ocurrido, y todavía hay opiniones divididas en cuanto a hasta qué punto había participado en la conspiración. Pero no cabe duda de que estaba al tanto, al menos en términos generales, de las intenciones de Basilio, y sus propias acciones posteriores ciertamente indican cierto grado de complicidad. Escribió de inmediato -obviamente siguiendo instrucciones de su chambelán- a Focio en Constantinopla, informándole de que su tío había sido declarado culpable de alta traición y ejecutado sumariamente. La respuesta del patriarca fue una obra maestra de insinuaciones astutas. "La virtud y la clemencia de Vuestra Majestad", escribió, "me prohíben sospechar que la carta fue inventada o que las circunstancias de la muerte del César fueron distintas de las que se alegan", una indicación bastante clara de que efectivamente sospechaba precisamente eso. Concluyó implorando al emperador, en nombre del Senado y del pueblo, que regresara de inmediato a la

capital.

Tenía razón al hacerlo, y tanto Miguel como Basilio lo sabían. Unos días después estaban de vuelta en Constantinopla. La expedición a Creta había terminado antes de empezar.

El domingo de Pentecostés del año 866, los primeros fieles de la iglesia de Santa Sofía se quedaron intrigados al observar, no el trono único en su lugar habitual, sino dos tronos similares, uno al lado del otro. Se sorprendieron aún más cuando el Emperador llegó en la procesión habitual desde el Palacio, pero en lugar de dirigirse directamente a su asiento subió al nivel superior del ambón, ese gran púlpito de tres pisos de mármol policromado que normalmente se usa para la lectura del Evangelio y las oraciones de compromiso. Basilio, vestido como Gran Chambelán, subió entonces al nivel intermedio, mientras uno de los secretarios tomó su lugar en el más bajo y comenzó a leer en nombre del Emperador:

El César Bardas conspiró contra mí para matarme y por eso me indujo a abandonar la ciudad. Si no me hubieran informado de la conspiración Simbacio[1] y Basilio, hoy no estaría vivo. El César era culpable y se atrajo la muerte.

1. El Logoteta del Curso, otro armenio y uno de los confederados más cercanos de Basilio.

Es mi voluntad que Basilio, el Gran Chambelán, que me es leal, que me ha librado de mi enemigo y que me tiene un gran afecto, sea el guardián y administrador de mi Imperio y sea proclamado por todos como basileus.

Mientras los eunucos vestían a Basilio con los botines morados y el resto de las insignias imperiales, Miguel entregó su diadema al patriarca, quien la bendijo y se la devolvió a la cabeza; luego, quitándosela de nuevo, el propio Emperador realizó la coronación de su nuevo colega. La ambición de Basilio se había cumplido. La transición de mozo de cuadra a basileo le había llevado sólo nueve años.

En cambio, la monarquía compartida sólo duró dieciséis meses, período en el que los asuntos religiosos volvieron a ocupar el centro del escenario. A medida que los misioneros occidentales llegaban a Bulgaria en cantidades cada vez mayores, Focio se dio cuenta de que había perdido la iniciativa: Boris y sus súbditos habían sido arrastrados, al parecer de manera irrevocable, al bando romano. Para

empeorar las cosas, estos misioneros estaban difundiendo herejías peligrosas, al menos una de las cuales -que Constantinopla no era, como sostenían los bizantinos, el patriarcado más antiguo, sino el más reciente y, por lo tanto, el menos venerable de los cinco[2]- no era nada menos que un insulto.

2. Roma, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Constantinopla.

Igualmente perniciosa era la insistencia latina en el celibato del clero; Si esto llegase a ganar aceptación general, no podría dejar de desacreditar a los párrocos ortodoxos -quienes en realidad debían estar casados-.[1] Pero lo peor de todo, para teólogos serios como Focio, era una doctrina a la que el Papa Nicolás había dado por primera vez su respaldo oficial y que se convertiría en la piedra angular de toda la controversia entre las Iglesias oriental y occidental: la de la Doble Procesión del Espíritu Santo.

1. Aunque no así los obispos y la jerarquía, que procedían exclusivamente de los monasterios y continuaban vinculados por el voto de castidad.

En los primeros tiempos de la fe cristiana, se creía que la Tercera Persona de la Trinidad procedía, directa y exclusivamente, de Dios Padre. Luego, hacia finales del siglo VI, empezó a aparecer la palabra fatal Filioque - "y el Hijo"-; y poco después de 800, cuando se convirtió en práctica en el Imperio de Carlomagno recitar el Credo de Nicea durante el curso de la Misa, esta inserción fue adoptada generalmente en Occidente. Para la Iglesia de Oriente, en cambio, siguió siendo la herejía más vil; y enterarse de que representantes papales acreditados estaban difundiendo este veneno entre los búlgaros fue más de lo que el Patriarca podía soportar. Por lo tanto, decidió convocar un Concilio General, que se reuniría en Constantinopla a finales del verano de 867, que anatematizaría la Doble Procesión y las diversas otras herejías de las que eran culpables los misioneros romanos y, de ese modo, rescataría a los pobres búlgaros descarriados de las fauces del infierno. Finalmente, y de la forma más dramática, depondría al Papa.

Pero ¿sería esto algo más que un gesto vacío en lo que se refería a Roma? Focio creía que sí. Sabía que Nicolás era ahora casi tan impopular en Occidente como lo era en Bizancio. Al negarse a permitir que el rey Lotario II de Lorena se divorciara de su esposa y se casara con su amante, se había ganado el antagonismo no sólo del propio Lotario sino también de su hermano mayor, el emperador occidental Luis II; nada daría mayor placer a los dos hermanos que verlo depuesto y reemplazado por otro pontífice más dócil. Los emisarios imperiales acudieron a la corte de Luis y, aunque no hubo

un acuerdo formal, se llegó rápidamente a un entendimiento. El Concilio no sólo declararía depuesto al papa Nicolás, sino que Luis enviaría una fuerza militar a Roma para destituirlo físicamente. A cambio, el gobierno bizantino concedería a su aliado pleno reconocimiento imperial y lo aclamaría como emperador de los francos.

Hay que subrayar que no se trataba de una concesión pequeña. Es cierto que se había concedido tal reconocimiento al bisabuelo de Luis en 812, pero las circunstancias eran muy diferentes y Carlos había pagado caro ese privilegio. Aun así, muchos bizantinos se habían opuesto tenazmente a la decisión y el acto nunca se había repetido. Además, Luis no era Carlomagno. Aunque podía llamarse emperador, en realidad era sólo un principito relativamente insignificante en Italia. ¿Iba a ser realmente elevado, por decisión de los propios bizantinos, al mismo nivel que el vicegerente de Dios en la Tierra, el elegido del cielo, igual a los apóstoles? Se podría haber esperado que el propio Miguel, cuya supremacía personal estaba en juego, protestara; o, si estaba demasiado empapado por la bebida y el libertinaje, que su coemperador Basilio protestara. Pero Focio hizo bien su trabajo y, hasta donde se sabe, ninguno de los dos pronunció una palabra en contra.

Sin embargo, ambos presidieron conjuntamente el Concilio, que se desarrolló tal como el Patriarca había previsto. Se condenaron las herejías, se depuso al Papa y, por si fuera poco, se lo anatematizó. Luis y su esposa Engelberta fueron aclamados con sus más sonoros títulos imperiales. Focio, por su parte, estaba exultante: era su mejor momento, la cumbre de su carrera. ¿Cómo podía saber que, en apenas un mes, todos sus esfuerzos serían en vano y que él mismo, tan pronto después de su triunfo supremo, se sentiría humillado ante sus dos enemigos más antiguos e implacables?

Cuando Miguel III y Basilio I ocuparon sus puestos uno al lado del otro para inaugurar el Concilio de 867, pocos de los presentes habrían podido adivinar el verdadero estado de las relaciones entre ellos. Miguel había elevado a su amigo al trono porque no se hacía ilusiones sobre su propia incapacidad para gobernar y comprendía mejor que nadie la necesidad de una mano fuerte al timón; pero a medida que se desmoralizaba cada vez más y se hundía cada vez más en la disipación, su borrachera, sus profanaciones y depredaciones de iglesias y sus actos de crueldad sin sentido lo convirtieron menos en una vergüenza que en una peligrosa carga. En sus momentos de sobriedad, ahora parecía pensar sólo en las carreras de carros. Se

había construido un magnífico establo nuevo cuyas paredes de mármol lo hacían parecer más un palacio, y una pista de carreras privada en St. Mamas donde practicaba para los juegos en el Hipódromo, pasando días enteros junto a los aurigas profesionales -siempre considerados la escoria de la sociedad bizantina- llenándolos de oro y regalos y regularmente haciendo de padrino de sus hijos. En una ocasión infame, mientras competía personalmente, se rumoreó que incluso había colocado una imagen de la Virgen en el palco imperial para presidir los juegos en su lugar y aplaudir su victoria, que era previsible y segura. Bardas había sido capaz de controlarlo en cierta medida; pero, como es natural, Miguel nunca tuvo el mismo respeto por Basilio, y se resintió amargamente de cualquier intento por parte de su coemperador de amonestarlo. La asociación se había vuelto inviable en poco tiempo. Una vez más, Basilio el Macedonio decidió actuar.

El 24 de septiembre de 867, los dos emperadores y Eudocia Ingerina cenaban juntos en el palacio de Santa Mama. Hacia el final de la comida, Basilio se disculpó para abandonar la habitación y se apresuró a ir a la habitación de Miguel, donde dobló los cerrojos de la puerta de tal manera que no se pudiera cerrar con llave. Luego regresó a la mesa hasta que su colega, ahora borracho como de costumbre, se tambaleó hacia la cama y cayó inmediatamente en un profundo sueño alcohólico. Mientras tanto, sus compañeros de conspiración se habían reunido en un rincón lejano del palacio. Basilio se unió a ellos y juntos se sentaron a esperar.

Los emperadores bizantinos nunca dormían solos; sin embargo, esa noche en particular, el funcionario que normalmente compartía el dormitorio imperial se encontraba fuera en una misión, y su lugar había sido ocupado por el patricio Basilisciano, uno de los antiguos compañeros de bebida de Miguel.[1] Había notado el estado del cerrojo y todavía estaba despierto ansiosamente algunas horas después cuando oyó pasos: allí, en el umbral, estaba Basilio, con ocho de sus amigos. Basilisciano intentó bloquear su entrada, pero fue arrojado a un lado; fue gravemente herido por una estocada de espada cuando cayó al suelo. Mientras tanto, uno de los conspiradores, Juan Caldos, se acercó al emperador dormido, pero aparentemente no tuvo el coraje de matarlo directamente; le cortó ambas manos y luego huyó de la habitación. Le tocó a Asylaion, el primo de Basilio, administrar el golpe de gracia.

1. Algunos meses antes, Miguel había intentado elevar también a Basilisciano a la púrpura; Basilio había tenido grandes dificultades para contenerlo.

Dejando a Michael muerto o agonizando en un charco de su propia sangre, los asesinos se apresuraron a llegar al Cuerno de Oro, donde los esperaba un barco, y remaron hasta el Gran Palacio. Uno de los guardias los estaba esperando y las puertas se abrieron de inmediato. A la mañana siguiente, el primer acto de Basilio fue instalar a Eudocia Ingerina, su propia esposa y amante de su víctima, en los aposentos imperiales. La noticia del asesinato parece haber sido recibida con poca sorpresa, y aún menos pesar, fuera de la familia inmediata de Michael; pero uno de los funcionarios de la corte, enviado a la mañana siguiente a St. Mamas para organizar el funeral, encontró el cuerpo horriblemente mutilado envuelto en una manta y el cadáver envuelto en un trapo.

La emperatriz Teodora y sus hijas, todas ellas liberadas del monasterio, lloraban desconsoladamente por su hijo, que fue enterrado con la mínima ceremonia en Crisópolis, en la costa asiática.

7

Basilio el Macedonio

[867-86]

Dudo que alguna otra familia haya sido tan favorecida por Dios como [la de los macedonios], lo cual es extraño si se considera la forma criminal en que llegó al poder y cómo nació del asesinato y el derramamiento de sangre. Y, sin embargo, la planta echó raíces y produjo brotes tan poderosos, cada uno de los cuales dio frutos imperiales, que ninguna otra puede compararse con ella en belleza y esplendor.

Michael Psellus

Aliviado por fin del peso muerto de su corregente, Basilio no perdió tiempo en poner al Imperio en un rumbo radicalmente diferente. Apenas se había enfriado el cuerpo de Miguel cuando Focio fue destituido del patriarcado. No fue una decisión impopular. Focio no había levantado un dedo para condenar el asesinato de César Bardas ni las obscenas y sacrílegas cabriolas del lastimoso Emperador, a quien, según se rumoreaba, había desafiado una vez a una borrachera y había vencido por sesenta copas contra cincuenta; eclesiásticos distinguidos que habían estado junto a él durante la misa estaban dispuestos a jurar que murmuraría pasajes de poesía griega secular en lugar de la liturgia; y la mayoría de los bizantinos pensantes se habían sentido profundamente conmocionados por su cínica disposición a conceder a Luis II el reconocimiento imperial a cambio de una ventaja efímera. Para el Patriarca, sin embargo, fue una puñalada por la espalda, asestada precisamente en el momento en que sus planes estaban dando frutos y su larga batalla con el Papa Nicolás estaba casi ganada. Su humillación se intensificó aún más con la restitución dos meses después de su antiguo adversario Ignacio, cuya intolerancia deploraba y cuyo intelecto despreciaba.

¿Cuáles fueron las razones de este dramático cambio de actitud? Basilio había presidido, junto con su coemperador, el concilio en el que el Papa había sido anatematizado y Focio había logrado todos sus

objetivos inmediatos. ¿Por qué, en el momento en que se sintió dueño de sí mismo, inició una política que podía interpretarse como un reconocimiento efectivo de la supremacía papal, una política que, además, iba directamente en contra de todo lo que había firmado menos de dos meses antes? Simplemente porque para él, materialista y hombre de acción como era, había cuestiones más importantes que el derecho de elección patriarcal; y la más importante de ellas era la recuperación de las provincias occidentales del Imperio. Por primera vez desde Justiniano (podemos descartar el intento ineficaz y ligeramente ridículo de Constante II en el siglo VII), el trono bizantino estaba ocupado por un gobernante que había pensado mucho en la reconquista y estaba decidido a lograrla. Sabía que el apoyo papal facilitaría enormemente esa tarea, y que la restitución de Ignacio era un precio bastante pequeño a cambio. Cuando Focio fue informado de su destitución, los legados imperiales ya estaban en camino a Roma.

No sabemos si el papa Nicolás hubiera estado dispuesto a aceptar el repentino cambio de actitud del emperador, pues murió el 13 de noviembre de 867. Su sucesor, Adriano II, compartía sus puntos de vista, pero era de carácter más apacible y menos tempestuoso; además, no había sido víctima de ningún ataque personal. Por eso interpretó las propuestas amistosas de Basilio como un signo de contrición y aceptó de buen grado su invitación a enviar delegados a otro concilio en Constantinopla, mediante el cual se sanaría por fin el cisma tan lamentablemente urdido por Focio. Sin embargo, cuando esta nueva asamblea celebró su sesión inaugural a principios de octubre de 869, los delegados papales descubrieron de inmediato que Basilio no estaba ni arrepentido ni particularmente sumiso. Su suposición de que serían invitados a presidir se corrigió firmemente; El propio basileo, o su representante acreditado, ocuparía la presidencia.[1] Más tarde, cuando finalmente llegaron al punto más importante del orden del día -el destino de Focio-, Basilio se negó a aceptar su demanda de condena inmediata sin ser escuchado, insistiendo en que se permitiera al expatriarca presentarse ante ellos y hablar en su propia defensa. De hecho, cuando Focio apareció, se negó sabiamente a decir una palabra; y permaneció en silencio cuando, el 5 de noviembre, se pronunció contra él la sentencia de anatema. Pero esto poco importaba. En lo que respecta a Basilio, se habían planteado dos importantes cuestiones de principio: primero, que se había cumplido en cada detalle el procedimiento legal bizantino correcto -no romano-, sin dejar al acusado motivos para apelar; segundo, que él mismo -y no los legados papales- había dictado el veredicto.

1. De las diez sesiones del Concilio, el Emperador asistió sólo a la sexta, séptima, octava y última; en todas las demás su lugar fue ocupado por el propositus Baanes.

El Concilio siguió sesionando, esporádicamente, hasta febrero de 870; sin embargo, poco antes de su clausura, llegaron a Constantinopla dos embajadas separadas con pocos días de diferencia. La primera había sido enviada por Boris de Bulgaria. Seguía insatisfecho. Convertir a su pueblo al cristianismo estaba resultando mucho más problemático de lo que había imaginado. En los cuatro años y medio transcurridos desde su bautismo se había visto obligado a sofocar una rebelión de boyardos locales que casi le había costado el trono; se había peleado con Bizancio por la actitud autoritaria y condescendiente de Focio y su negativa a concederle un patriarca búlgaro; y aunque al principio se había sentido encantado con la respuesta más generosa del papa Nicolás a sus propuestas, poco a poco se le fue haciendo evidente que su luna de miel con Roma había terminado. El obispo Formoso -su amigo particular- y Pablo de Populonia habían sido llamados de vuelta; los misioneros romanos se estaban volviendo rápidamente tan antipáticos como sus predecesores ortodoxos. Lo peor de todo es que el nuevo Papa, Adriano, parecía aún más decidido que Nicolás a no permitirle tener un patriarca, ni siquiera un arzobispo. En una ocasión ya había aprovechado la disputa romano-bizantina para sacarle partido; a pesar de la aparente reconciliación, podía haber una oportunidad de volver a hacerlo. Sus enviados sólo tenían una pregunta que plantear al Concilio, pero esa pregunta era la que, más que cualquier otra, podía garantizar que sembraría la mayor discordia entre los delegados: si no tenía patriarca propio, ¿a qué sede pertenecería Bulgaria, a Constantinopla o a Roma?

El propio Basilio se abstuvo de responder y, en cambio, remitió la cuestión a los representantes, teóricamente neutrales, de los otros tres patriarcados: Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Ni él ni ninguno de los presentes tenían dudas sobre cuál sería la respuesta. Los legados papales, una minoría de dos, protestaron con todas sus fuerzas, pero nadie les hizo mucho caso. Enfadados como pudieron, se embarcaron rumbo a Roma y su estado de ánimo no podía mejorar cuando, al entrar su barco en el Adriático, fueron capturados por piratas dálmatas que los despojaron de todo lo que poseían y los retuvieron durante nueve meses antes de permitirles continuar su viaje.

De este modo, Bulgaria volvió a la Iglesia ortodoxa, en la que ha permanecido hasta el día de hoy; y una vez que Focio se había librado de su entrometimiento, Boris no tuvo ninguna dificultad para conseguir finalmente lo que quería. El 4 de marzo, Ignacio consagró en Santa Sofía a un arzobispo búlgaro y a varios obispos. Técnicamente, debían permanecer bajo la autoridad de Constantinopla, pero en el funcionamiento cotidiano de sus asuntos

debían ser autónomos. Basilio había dado su plena aprobación; sin embargo, era plenamente consciente del precio que había tenido que pagar: su reciente acercamiento a Roma, por el que Focio había sido sacrificado en vano.

La segunda embajada que llegó al Bósforo en febrero llevaba una carta de Luis II. Su tono era claramente desagradable. El emperador de Occidente se consideraba insultado y escribía para expresar su indignación. Dos años antes, mientras estaba sitiando sin éxito Bari, en poder de los musulmanes, Basilio le había ofrecido los servicios de la armada bizantina, proponiéndole al mismo tiempo un matrimonio entre su hijo mayor, Constantino, y la hija de Luis, Hermingarda. Luis había enviado una respuesta favorable y en 869 la flota había zarpado hacia Bari. Sin embargo, había llegado sólo después de que los francos se hubieran instalado en sus cuarteles de invierno, y el almirante bizantino Nicetas se había horrorizado al descubrir que sus nuevos aliados no sólo eran mucho menos numerosos de lo que se le había hecho esperar, sino que además estaban borrachos. Inmediatamente había buscado al emperador y, sin molestarse apenas en ocultar su desprecio, se había dirigido a él como rey de los francos. Luis había protestado y se había producido una furiosa discusión, a raíz de la cual Nicetas y la mayor parte de la flota habían regresado inmediatamente a Constantinopla, y los enviados francos los habían seguido poco después. Cuando Basilio fue admitido en su presencia, no le dejaron ninguna duda sobre la ira de su amo, al tiempo que enfatizaban su pretensión, no sólo del título de Emperador de los francos, sino de otro, más resonante todavía, que los bizantinos habían negado incluso a Carlomagno: Imperator Romanorum, Emperador de los romanos.[1]

1. La moderna Divrigi, donde, tres siglos y medio más tarde, los turcos seléucidas construirían una de las mezquitas más notables de toda Anatolia.

Así, en cuestión de semanas, Basilio había antagonizado a sus dos posibles aliados. En lo que respecta al Papa, la recuperación de Bulgaria había sido un quid pro quo que valía la pena; pero la disputa con Luis no trajo ninguna ventaja compensatoria: sólo una correspondencia agria sobre su reclamación, en el curso de la cual ambas partes se atrincheraron cada vez más en las posiciones que ya tenían. Como ambos eran también rivales por la posesión del sur de Italia, sus relaciones fácilmente podrían haberse deteriorado aún más, hasta el punto de una guerra abierta; afortunadamente, sin embargo, el Emperador cayó en desgracia con Adelchis, el duque lombardo de Benevento, por quien en 871 él y su esposa fueron hechos prisioneros; obtuvieron su libertad sólo después de que Luis juró sobre los

Evangelios que nunca volvería a entrar en el territorio del ducado con las armas. Pronto obtuvo la dispensa papal de su juramento forzado y en 872 logró expulsar a los sarracenos de Capua; Pero a partir de entonces sus fuerzas comenzaron a fallar y se retiró al norte, donde tres años más tarde murió cerca de Brescia, sin dejar heredero varón.

Mientras la flota bizantina estaba ocupada -o, más exactamente, desocupada- en el Adriático, el grueso del ejército estaba ocupado en Oriente. Allí el Imperio no tenía un enemigo, sino dos: los sarracenos y los paulicianos, cuyo número volvía a aumentar y que ahora se extendían hacia el oeste a través de Asia Menor. En dos campañas relámpago, Basilio y su cuñado Cristóbal se adentraron profundamente en el corazón de su territorio y en 872 destruyeron la ciudad fortificada de Tephrike, la base principal de sus operaciones de incursión, matando a su líder Crisoqueiro. Luego, tras haber eliminado eficazmente la amenaza pauliciana en la región, dirigieron su atención a los sarracenos, y durante los siguientes diez años mantuvieron una presión continua que les permitió ganar Zapetra y Samosata, junto con varias otras fortalezas en el valle del Éufrates. También hubo fracasos: Melitene, siempre un foco de conflicto, resistió tenazmente todos los intentos de tomarla por asalto, y en 883 las fuerzas imperiales sufrieron un serio revés cerca de Tarso que las privó brevemente de su impulso. Pero no por mucho tiempo: aquellas primeras victorias de Bardas y Petronas casi treinta años antes podían verse ahora como lo que eran: no sólo unos destellos insignificantes en el aire, sino el comienzo de un avance sostenido y espectacular que alcanzaría su clímax sólo con las campañas de los emperadores Nicéforo Focas y Juan Tzimisces, cien años después.

En Europa occidental, los éxitos bizantinos fueron de una magnitud similar. Es cierto que Basilio fracasó en sus intentos de recuperar Creta y Sicilia (cuyo último bastión importante, Siracusa, caería en 878), pero fue capaz de expulsar a los sarracenos de toda la costa dálmata (que se convirtió en tema imperial) y en 873 estableció su soberanía sobre Adelchis de Benevento. Ese mismo año recuperó Otranto y tres años más tarde Bari también lo reconoció como su señor. Con esta vital cabeza de puente bajo su control, pudo lanzar una importante ofensiva en la década siguiente como resultado de la cual, gracias al brillante general Nicéforo Focas,[2] prácticamente todo el sur de Italia fue restaurado a la autoridad bizantina antes de finales de siglo. Para el papado y el Imperio occidental por igual, no podía haber una indicación más clara de que Bizancio no había renunciado a ninguna de sus pretensiones al dominio italiano. Y estas victorias no se limitaron a las operaciones en tierra. La armada imperial, después

de un largo período de abandono, había sido retomada por Teoctisto y Bardas, quienes la habían convertido una vez más en una fuerza a tener en cuenta; Basilio ahora continuó enérgicamente el trabajo que habían comenzado, y fue gracias sobre todo a él -y a su hijo y nieto después de él- que se convertiría en la envidia de todos sus rivales, la más eficiente y mejor entrenada que el mundo había visto jamás, patrullando las costas, vigilando alta mar y atacando a las partidas de asalto sarracenas cuando y dondequiera que se encontraran.

2. No debe confundirse, por supuesto, con su nieto el Emperador.

La obra misionera también prosiguió a buen ritmo. Una a una, las tribus eslavas de los Balcanes abrazaron la fe cristiana; y aunque la influencia romana prevaleció en Croacia y la parte norte de la costa dálmata -y también en Moravia, donde Cirilo y Metodio tuvieron que admitir la derrota-, en Serbia, Macedonia y Grecia se adoptó con entusiasmo el gobierno ortodoxo y la supremacía de Constantinopla.

Gran parte de este éxito puede atribuirse al segundo patriarcado de Ignacio. Sin embargo, paradójicamente, fueron precisamente estos triunfos eclesiásticos los que llevaron a Focio a regresar del exilio. Es poco probable que su regreso le causara mucha sorpresa. Sabía que sus seguidores eran tan numerosos como los de su rival y mucho más inteligentes; y durante su destierro de siete años se hizo patente que la repentina y espectacular expansión de la fe ortodoxa estaba creando enormes problemas, tanto teológicos como administrativos, con los que el viejo patriarca, mal educado, no estaba en condiciones de enfrentarse. Ignacio había observado, impotente pero tal vez secretamente aliviado, cómo cada vez más fotianos confesos eran promovidos a puestos clave en la jerarquía; parece que no puso ninguna objeción cuando, en 874 o 875, su propio líder fue llamado a la capital, se le encargó la Universidad de La Magnaura y, en una demostración de confianza seguramente concluyente, se le confió la educación de los hijos del Emperador; y cuando, el 23 de octubre de 877, finalmente expiró a la edad de ochenta años, fue Focio quien por segunda vez asumió el trono patriarcal[1] y quien tres años más tarde recibió —aunque no lo deseara particularmente— el reconocimiento oficial del Papa Juan VIII.

1. El Continuador cuenta una historia extraordinaria sobre cómo Focio urdió su propia revocatoria inventando un documento que pretendía rastrear la ascendencia de Basilio de los partos de la antigua Persia. Hizo que este documento fuera colocado en la biblioteca imperial y que fuera presentado, como por casualidad, durante una visita del Emperador, quien, cuando pidió una interpretación, recibió la respuesta de que sólo Focio era lo suficientemente erudito como para proporcionarla. Esta historia podría ser cierta: Basilio siempre estaba tratando de glorificar su ascendencia, y Focio era sin duda más que capaz

de tal engaño.

Durante este verano indio de su extraordinaria carrera, Focio compuso lo que debe considerarse una especie de testamento, en el que expuso para la posteridad su visión del cargo de patriarca y su relación con el trono imperial. Sin embargo, para situar esto en su contexto adecuado, debemos fijarnos un momento en otro de los logros de Basilio, y uno particularmente notable para el «macedonio» analfabeto que era: su revisión del derecho romano. Una revisión de semejante magnitud no se había intentado desde los días de Justiniano, más de tres siglos antes; y aunque León III había producido una obra breve conocida como la Ecloga, concebida como un complemento práctico para los jueces en activo, ésta ya era inadecuada y obsoleta. La intención de Basilio era producir un poderoso compendio que describió como una anacatarsis (o purificación) de las antiguas leyes, que volverían a ser recopiladas, cotejadas y, cuando fuera necesario, conciliadas; pero nunca se completó durante su vida, ni tampoco tal como se concibió originalmente. Lo que sí apareció fue una obra más breve, conocida como Procheiron o Manual, que contenía un resumen de la legislación más importante y de aplicación habitual, agrupada para mayor comodidad en cuarenta títulos principales. A esta obra le siguió, hacia el final del reinado de Basilio (de hecho, lleva los nombres de sus hijos León y Alejandro, además del suyo propio), la Epanagogia o Resumen. Gran parte de esta segunda obra es poco más que una reorganización de la primera, pero se complementa con un conjunto de material nuevo que trata de los derechos y responsabilidades del Emperador, el Patriarca y otros altos dignatarios de la Iglesia y el Estado; y en él la mano de Focio es inconfundible. Según la teoría que allí se propone, el Imperio bizantino es una entidad política única dirigida conjuntamente por el Emperador y el Patriarca, que trabajan juntos en paralelo por el bienestar material y espiritual de sus súbditos. Es cierto que ese no había sido el modelo durante la mayor parte del siglo pasado; Pero aunque la hipótesis pudiera representar una solución ideal más que la real, no por ello era menos válida. La lástima fue que no iba a gozar de un respaldo universal, como el Patriarca pronto descubriría a su costa.

Parece haber pocas dudas de que, al menos durante la última década de su reinado, Basilio empezó a verse a sí mismo como otro Justiniano y a actuar en consecuencia. Estaba reconquistando Italia, recopilando y revisando las leyes y también se había embarcado en un vasto programa de construcción, con todo el entusiasmo de su ilustre modelo y a una escala igualmente ambiciosa. Había habido pocas construcciones nuevas bajo los iconoclastas del siglo IX hasta los días

de Teófilo, quien había restringido deliberadamente su propio programa a la arquitectura doméstica. No sólo no se habían construido nuevas iglesias; muchas de las más antiguas habían sido descuidadas culpablemente y ahora necesitaban reparación urgente, incluida la propia Santa Sofía, cuyo gran arco occidental había sido dañado en el severo terremoto del 9 de enero de 869 y ahora estaba en peligro inminente de derrumbarse. Basilio lo salvó en el último momento y lo adornó con un mosaico de la Virgen y el Niño, flanqueados por los Santos Pedro y Pablo.[1] La antigua Iglesia de los Santos Apóstoles estaba en un estado aún más lamentable. Fundado originalmente por Constantino, fue completamente reconstruido por Justiniano, pero los cimientos siempre habían sido inadecuados y ahora se estaba desmoronando nuevamente. Basilio lo reparó de arriba a abajo, revistiendo las paredes inferiores con losas de mármol policromado y cubriendo las partes superiores con mosaicos que representan toda la vida de Cristo desde la Anunciación hasta la Pasión. Muchos otros santuarios más humildes fueron restaurados de manera similar y en varios casos se les renovó el techo; los viejos techos de madera, siempre con un peligroso riesgo de incendio, se reemplazaron por otros nuevos de piedra, a menudo abovedados.

1. Ésta iba a ser destruida, entre otras cosas, en el terremoto aún mayor del 26 de octubre de 989. Véase C. Mango, Los mosaicos de Santa Sofía en Estambul, págs. 76-80.

Pero el mayor triunfo arquitectónico del Emperador fue su nueva iglesia, que -aunque formalmente estaba dedicada a San Miguel, al profeta Elías[2], a la Madre de Dios y a San Nicolás- siempre se llamó así: la Nea. Se encontraba dentro del recinto del Gran Palacio, inmediatamente al este de los apartamentos privados del Emperador, y no se escatimó en gastos ni en su construcción ni en su decoración. Si Basilio era el Justiniano de su época, ésta era su Santa Sofía. Su conjunto de cúpulas doradas podía verse desde toda la ciudad y desde lejos, en el mar; dentro de la rotonda central había un deslumbrante mosaico de Cristo Pantocrátor -el Gobernante de todo- mientras que las otras tenían representaciones de ángeles y arcángeles, mártires y apóstoles, patriarcas y profetas. Lo más suntuoso de todo -según Focio, que nos ha dejado una descripción detallada de toda la iglesia- era el iconostasio, que era de oro y plata, tachonado de piedras preciosas. Detrás de él, el altar mayor era «de un material más precioso que el oro» –presumiblemente también estaba engastado con joyas y esmaltes– y estaba rematado por un copón sobre columnas de plata dorada. De los tres ábsides que cerraban el extremo oriental, el central contenía un mosaico de la Virgen «extendiendo sus manos puras hacia nosotros y concediendo al Emperador larga vida y victoria

sobre sus enemigos».

> 2. De quien se dice que se le apareció en sueños a la madre de Basilio, animándola a permitir que su hijo viajara a Constantinopla, donde le esperaba un futuro glorioso.

Para el Gran Palacio, Basilio construyó un nuevo tesoro, unos baños resplandecientes y otro triclinio; también reconstruyó en gran parte el Chalke, dotándolo de nuevos mármoles y mosaicos apropiados para lo que, después de todo, era la puerta principal de entrada a la residencia imperial. Lo mismo ocurrió con los demás palacios: el Mangana, el Magnaura, el Eleuthera, el Hieria, el St. Mamas: ninguno escapó a su atención. Pocos emperadores, si es que hubo alguno, hicieron más por garantizar que Constantinopla siguiera siendo lo que siempre había sido: la ciudad más opulenta del mundo, un inmenso tesoro que era en sí mismo un tesoro. Es una triste ironía que, en toda esa ciudad, ahora no sobreviva una sola piedra de su obra.

En pleno verano del año 879, Basilio el Macedonio podía recordar doce años de notables éxitos. Sus fuerzas armadas eran más fuertes que nunca. Tanto al este como al oeste, los sarracenos estaban en retirada. Los paulicianos habían sido aplastados. Los búlgaros y los serbios se habían convertido y habían entrado al redil ortodoxo. El cisma de Focia había terminado, habiendo demostrado de manera efectiva al Papa en Roma que no se podía jugar con Bizancio. La revisión de las leyes estaba en marcha, con el Procheiron ya publicado y el trabajo en la Epanagogia avanzando a buen ritmo. Los edificios principales de la capital habían sido restaurados y embellecidos, mientras que en el punto donde los terrenos del Palacio descendían hacia el Mármara su propia gran iglesia, la Nea, se alzaba alta y triunfante, un recordatorio constante para el mundo de la majestad y magnificencia de su fundador. En poco más de una década, el campesino armenio, grosero y analfabeto, que había llegado al trono mediante dos de los asesinatos más viles que incluso la historia bizantina pudiera recordar, había demostrado ser el mayor emperador desde Justiniano.

Y Justiniano no había tenido ningún hijo que lo sucediera; Basilio, sinceramente o no, podía reclamar cuatro. A los tres más jóvenes no le importaban mucho –a su segundo, León, lo odiaba–, pero su hijo mayor, Constantino, el único hijo de su primera esposa María, era la niña de sus ojos: el único ser humano, tal vez, al que realmente amó. Extraordinariamente apuesto y poseedor de todo el físico soberbio de Basilio, Constantino había sido poco más que un niño cuando acompañó por primera vez a su padre a la batalla,

montado en un caballo blanco como la nieve y vistiendo, según nos dicen, una armadura dorada. En 869 había sido coronado coemperador y, si las negociaciones preliminares no se hubieran agriado, bien podría haberse casado con la hija de Luis II, uniendo así los imperios oriental y occidental bajo su dominio. Sin embargo, mostró gran potencial para demostrar que, con el tiempo, sería un gobernante tan grande como su padre, tal vez incluso más.

Y de repente, a principios de septiembre de 879, murió. Se desconocen las circunstancias de su muerte, pero Basilio nunca se recuperó del golpe. Para él, se trataba de una retribución divina, un castigo de Dios por el asesinato de su ungido. A pesar de todo lo que había logrado, a pesar incluso de haber construido la iglesia más resplandeciente de la cristiandad, no había sido perdonado. A partir de ese momento comenzó a encerrarse cada vez más en sí mismo, cayendo en profundas depresiones que, en ocasiones, conducían a ataques de locura. En esos momentos, sólo un hombre podía esperar controlarlo: Focio. Él complacía al distraído Emperador organizando misas cada vez más elaboradas por el alma de Constantino, a quien finalmente llegó a canonizar; Cuando eso ya no fue suficiente, él y su amigo íntimo Theodore Santabarenus, arzobispo de Euchaites, incluso organizaron una sesión espiritista en la que Basilio se enfrentó a lo que él creía que era la sombra de su hijo en un corcel blanco, portando una lanza y vestido de pies a cabeza en oro, solo para ver la aparición desvanecerse cuando se acercó para abrazarla.[1]

1. Cualquiera que sea la forma en que se realizó este truco, no hay duda de que la historia en sí es cierta, ya que se sabe que Basilio construyó una iglesia en el lugar donde tuvo la visión.

En todas estas actividades, si hay que creer al Continuador, el Patriarca tenía un objetivo primordial en mente: impedir la sucesión del segundo hijo de Basilio y ahora su heredero aparente, León. No sabemos por qué: el muchacho era irascible y en general se le consideraba demasiado aficionado a las mujeres (su relación con la bella Zoe Zautsina ya estaba provocando muchos chasquidos de lenguas), pero no había razón para pensar que no pudiera ser un buen basileo, ni es fácil aceptar la teoría de que Focio estaba trabajando por la restauración de la dinastía amoria, con la que estaba emparentado sólo lejanamente y por matrimonio. Sea como fuere, hizo todo lo que pudo para explotar la conocida antipatía de Basilio hacia su hijo, y con considerables resultados.

Cuando León tenía dieciséis años, lo casaron, muy en contra de su voluntad, con una pariente de Eudocia, una muchacha de mal

aspecto y de una piedad asfixiante llamada Teófano; sin embargo, se negó firmemente a renunciar a Zoe. Teófano se quejó a Basilio, quien montó en cólera y azotó a su hijo con sus propias manos hasta que le brotó sangre; Zoe, por su parte, fue desterrada de la capital y casada a su vez con un tal

Teodoro Gutzuniates, del que se sabe poco (o no es necesario saberlo). Mientras tanto, el patriarca continuó su campaña de rumores, dejando caer cada vez más indicios de conspiraciones y traiciones. Dado su estado mental y emocional, el viejo emperador resultó muy fácil de persuadir. Sólo un año más tarde, el joven príncipe fue arrestado y encarcelado sin juicio, y logró escapar con los ojos a duras penas. Permaneció cautivo durante los tres meses siguientes,[1] después de los cuales su padre lo liberó a regañadientes.

1. El cronista del siglo XIV Nicéforo Gregoras, cuya historia no abarca este período, menciona de pasada que el encarcelamiento de León VI duró tres años, afirmación que ha sido aceptada casi universalmente por los historiadores modernos. Nuestras fuentes del siglo X, por otra parte, o bien dan una duración de tres meses o se refugian en frases vagas que, no obstante, sugieren un período relativamente corto. Véase Vogt, "La Jeunesse de Leon VI le Sage" en Revue Historique, vol. clxxiv, pág. 424.

No está claro qué motivó su liberación. El propio León lo atribuyó a la intervención misericordiosa del profeta Elías; no es más probable la afirmación de ciertos cronistas de que la decisión del emperador se debió en gran medida a un loro que graznaba persistentemente «¡Ay, pobre León!» desde su jaula en el comedor imperial: se sospecha que semejante lamentación habría tenido muchas más probabilidades de provocar que Basilio le retorciera el cuello al pájaro con sus propias manos. Es más probable que simplemente cediera a la presión pública, ya que León era muy popular en todas partes fuera de su familia inmediata y nunca había sido acusado de ningún delito. Sin embargo, el emperador no estaba convencido: no mucho después, cuando su hijo, restaurado a sus honores y dignidades y marchando en una procesión de estado, fue repentinamente recibido por la multitud con una ronda de aplausos, el anciano no pudo resistirse a gritarles que sus vítores eran injustificados, ya que el muchacho seguramente les causaría mucho dolor y angustia en el futuro.

En estos últimos años atormentados, Basilio encontró un ligero alivio a sus sufrimientos en la caza; y fue mientras cazaba cerca de su palacio de campo de Apamea en el verano de 886 cuando encontró su fin. Cómo lo hizo sigue siendo un misterio. La mayoría de los cronistas registran que murió como resultado de un accidente de caza, y lo

dejan así; dos, Simeón el Logoteta y el autor anónimo de la Vita S. Euthymii, nos dan un relato detallado de lo que afirman que ocurrió, pero la historia que cuentan es tan improbable que nuestras sospechas se despiertan de inmediato. Según su versión, Basilio cabalgaba solo —"porque sus compañeros estaban cansados"— cuando sorprendió a un enorme ciervo bebiendo en un arroyo. Espoleó a su caballo hacia él, pero el animal se dio vuelta de repente y atacó, ingeniándoselas para enganchar sus astas bajo su cinturón y tirarlo de su silla. Luego galopó hacia el bosque, arrastrando al indefenso Emperador con él.

El resto del grupo no se dio cuenta de lo que había sucedido hasta que vieron acercarse el caballo sin jinete de su amo; un pequeño grupo de farghaneses[1] salió en su persecución y finalmente alcanzó al ciervo, lo rodeó y se acercó lentamente hasta que uno de ellos pudo liberar a Basilio con su espada. El emperador cayó sin sentido al suelo y, mientras los demás se agolpaban a su alrededor, el ciervo escapó. (Nunca fue atrapado.) Cuando recuperó el conocimiento, su primer acto fue ordenar la ejecución inmediata del guardia que lo había liberado, con el argumento de que había levantado su espada contra su soberano; a continuación ordenó que se midiera la distancia desde el lugar donde había ocurrido el accidente. (Más tarde se calculó que era de dieciséis millas.) Sólo entonces se dejó llevar de vuelta al palacio, donde se descubrió que había sufrido una grave hemorragia en el estómago. Después de permanecer nueve días en agonía, murió el 29 de agosto. Tenía setenta y cuatro años.

1. La guardia personal turca del emperador, compuesta por esclavos importados de las tierras de más allá del Oxus. Eran tantos los que provenían de Farghana que el nombre se les aplicaba a todos indistintamente.

¿Qué podemos pensar de este absurdo embrollo? ¿Por qué, en primer lugar, en nombre de la prudencia elemental (y más aún del protocolo imperial), un emperador de setenta y tantos años, con problemas mentales, fue dejado completamente desatendido? ¿Cómo, siendo un cazador experimentado, permitió que ocurriera semejante accidente? ¿Por qué no se cortó él mismo el cinturón con el cuchillo que siempre llevaba consigo? ¿Por qué, dicho sea de paso, el ciervo no se liberó de su carga antes de escapar? Y, al no hacerlo, ¿podría realmente haber arrastrado a un hombre famoso por su físico colosal durante dieciséis millas a través de un accidentado paisaje forestal? Todo esto suena bastante sospechoso, pero lo es aún más cuando descubrimos que el grupo de rescate estaba encabezado por el armenio Stylian Zautses, padre de la amante del joven León y que pronto se convertiría en el hombre más poderoso del Imperio después del propio Emperador.

Y así llegamos a la última y más importante cuestión de todas: ¿Basilio el Macedonio encontró la muerte, como afirman los cronistas, a causa de un desafortunado (y extremadamente improbable) accidente de caza, o fue asesinado por Estiliano, presumiblemente con el conocimiento y la aprobación de su hijo León? Motivos, sin duda, no le faltaban. El anciano estaba cada vez más desequilibrado. Una vez ya había arrojado a León a la cárcel; y era perfectamente capaz, de un momento a otro, de ordenar su ejecución. Estiliano corría un peligro similar; se sabía que era uno de los más estrechos colaboradores del joven príncipe que, si llegaba a sustituir a su padre en el trono, se las arreglaría casi con toda seguridad para deshacerse del insufrible Teófano y convertir a Zoe, la hija de Estiliano, en su emperatriz, como de hecho hizo posteriormente.

Pero no tenemos pruebas contundentes de nada de esto, y mucho menos una pizca de prueba; y el veredicto debe permanecer abierto. Sólo podemos decir que, si alguna vez hay alguna justificación posible para el parricidio (siempre suponiendo que Basilio fuera de hecho su padre), León podría haberla invocado; y que ninguno de los beneficios que el anciano había conferido a su Imperio (sus victorias militares, su solución de los conflictos religiosos, sus revisiones legales, sus reformas financieras y administrativas, la estabilidad política que creó, las artes y las ciencias que fomentó, los magníficos edificios con los que adornó su capital y, por supuesto, el prestigio enormemente aumentado que ganó para Bizancio tanto en Oriente como en Occidente) pudieron mitigar la brutalidad y el derramamiento de sangre mediante los cuales había llegado al poder. Si, como parece probable, él mismo murió a manos de un asesino, su destino no fue inmerecido.

8

Leo el Sabio

[886-912]

La mayoría de los animales, cuando muere su pareja, se retiran a una viudez perpetua. Los seres humanos, por el contrario, inconscientes de la naturaleza vergonzosa de su debilidad, no se conforman con un matrimonio, sino que proceden inmodestamente a contraer un segundo y, no contentos con eso, pasan del segundo al tercero.

El emperador León VI

En vista de las relaciones existentes entre Basilio y su sucesor, que ahora ascendía al trono con el título de León VI, no es sorprendente que las exequias del viejo emperador se redujeran al mínimo. De regreso a Constantinopla y vestido con todas las galas imperiales, su cuerpo fue expuesto, según la tradición, en el Triclinio de los Diecinueve Lechos.[1] Allí se cantó el réquiem, al final del cual el maestro de ceremonias repitió tres veces la fórmula consagrada por el tiempo: «Sal, Basileus, el Rey de reyes y Señor de señores te llama. Quítate la corona de la cabeza». El praepositus luego le quitó la diadema y la reemplazó por un sencillo gorro púrpura. Y eso, hasta donde llegan los registros, es todo. El ataúd presumiblemente fue trasladado a la Iglesia de los Santos Apóstoles para su entierro, pero incluso esto está lejos de ser seguro; Lo que sí sabemos con certeza es que una de las primeras acciones de León como basileo fue traer de vuelta los restos de Miguel III de su sepultura en Crisópolis y enterrarlos de nuevo en esa misma iglesia, en un sarcófago que había contenido anteriormente los de Justino I o II. Ahora bien, rendir semejante honor al emperador asesinado mientras se burlaba deliberadamente de las dispensaciones ordenadas por su asesino parece -incluso si tenemos en cuenta el odio nunca disimulado de León hacia Basilio- un insulto innecesariamente flagrante a la memoria de este último; si, por otra parte, León sabía que no era hijo de Basilio sino de Miguel, semejante gesto no era más que lo que se

podía esperar.

1. Llamado así por los diecinueve divanes en los que se reclinaban los invitados a la manera antigua durante ciertos banquetes ceremoniales, particularmente entre Navidad y Epifanía.

En el momento de su consagración, el nuevo emperador tenía sólo veinte años. Su vida hasta entonces no había sido feliz. Tenía sólo trece años cuando la muerte de su hermano Constantino hizo que los sentimientos de su padre hacia él pasaran de un leve desagrado a un amargo odio; menos de tres años después, se había producido el matrimonio forzoso, el destierro de su amada amante y su propio encarcelamiento, que se había hecho mucho más molesto por la presencia de su esposa Teófano, que había insistido en compartirlo con su hija pequeña. Tanta adversidad durante sus años de formación bien pudo haber tenido un efecto catastrófico en el carácter de León. Es muy digno de su crédito que no haya tenido nada de eso. Es cierto que existe la posibilidad de que haya estado al tanto del complot -si es que existió- para asesinar a Basilio; pero esto nunca podrá probarse. Por lo demás, parece haber sido amable, generoso, muy inteligente y poseedor de un considerable encanto. También era -a diferencia de Basilio- un erudito.

El único punto en el que coinciden todos los cronistas es el calibre intelectual de León. Fue el primer emperador que pudo beneficiarse del renacimiento cultural inaugurado por Teoctisto y Bardas y ejemplificado por Focio, Constantino, Cirilo y León el Filósofo; desde sus primeros años demostró poseer una mente académica de primer orden, con fuertes inclinaciones típicas de su tiempo hacia la filosofía y la teología. Huelga decir que nunca fue el astrólogo-adivino de su reputación posterior, ni es concebible que fuera el autor de la inmensamente popular pero completamente espuria colección de profecías sobre el Imperio y su destino que se le atribuiría universalmente en siglos posteriores. Por otra parte, era un hombre de una erudición muy considerable, más, casi con toda seguridad, de la que podía haber reivindicado cualquiera de sus predecesores en el trono bizantino: había leído mucho sobre muchos temas y pasaba sus horas de ocio componiendo no sólo poemas e himnos litúrgicos, sino también una vasta colección de sermones y homilías que solía pronunciar personalmente, en las grandes fiestas de la Iglesia, desde el púlpito de Santa Sofía. Estas efusiones revelan en ocasiones una desconcertante falta de conciencia de sí mismo: las diatribas contra quienes «en lugar de bañarse en las aguas puras del matrimonio prefieren revolcarse en el fango de la fornicación» salen extrañamente de los labios de un hombre que mantuvo una amante

regular y reconocida desde los quince años; mientras que las palabras que encabezan este capítulo seguramente le deben haber causado una considerable vergüenza hacia el final de su vida. El tenor general de sus escritos, sin embargo, no nos deja ninguna duda sobre la amplitud de su erudición, que fue suficiente para ganarse, cuando todavía tenía veinte años, el sobrenombre de sophotatos, 'el más sabio'; y aunque fuera del mundo griego tendemos a prescindir de la forma superlativa del adjetivo, es como León el Sabio que -con razón o sin ella- todavía se le conoce hoy en día.

En esas circunstancias, era de esperar que, cuando León subió al trono (en teoría lo compartía con su hermano Alejandro, pero Alejandro era un don nadie amante de los placeres que no se interesaba por el gobierno y no pedía nada mejor que verse libre de todas las responsabilidades), hubiera introducido cambios radicales en la administración; tampoco sorprende saber que el principal beneficiario de esos cambios fue Estilio Zautses (el que había desempeñado un papel tan cuestionable en el misterio que rodeó la muerte de Basilio), que ahora se convirtió en Maestro de los Oficios y Logoteta del Curso, en la práctica el director de la política imperial en el país y en el extranjero. La principal víctima, igualmente previsible, fue Focio. Después de todo lo que había sufrido, directa e indirectamente, a manos del patriarca, León habría tenido motivos suficientes para destituirlo sólo por razones personales; pero había más que eso. Los largos años de disputa con Ignacio habían revelado con demasiada claridad el peligro de permitir a la Iglesia demasiada independencia o libertad de acción; y las opiniones de Focio sobre la relación entre los tronos político y espiritual, tal como se exponían en la Epanagogia, le parecieron al nuevo emperador algo más que una traición. Por segunda vez, el patriarca se vio obligado a firmar un acta de abdicación; en esta ocasión, sin embargo, no escapó tan fácilmente. A principios de 887, él y Teodoro Santabareno fueron llevados ante un tribunal especialmente convocado y acusados de haber estado involucrados, cuatro años antes, en una conspiración contra el Estado. Santabareno, declarado culpable, fue cegado y exiliado; a Focio, astuto hasta el final, se le permitió retirarse a un monasterio remoto en el Armeniakon Theme, donde pudo continuar su trabajo teológico y literario sin ser molestado, y donde murió en la oscuridad unos años más tarde.

La elección de su sucesor mostró con bastante claridad cómo funcionaba la mente de León: el día de Navidad de 886, audazmente elevó al trono patriarcal a su propio hermano menor, Esteban, que aún no había cumplido los dieciséis años. Nunca en la historia de la Iglesia

oriental la suprema autoridad eclesiástica había sido confiada a alguien tan joven; sin embargo, sorprendentemente, el nombramiento de Esteban parece haber suscitado poca oposición.[1] Puede ser que los obispos y abades simplemente estuvieran hartos de las interminables disputas de los últimos cuarenta años y acogieran con agrado la perspectiva de un período de paz y entendimiento entre la Iglesia y el Estado, incluso a costa de su independencia efectiva. Después de todo, no había otro candidato obvio para el puesto, y Esteban -que era un joven débil y enfermizo, que probablemente no duraría mucho- bien pudo haberles parecido un inofensivo sustituto que aseguraría a su hermano unos años de respiro mientras se acomodaba en su trono. Si era así, tenían razón: el nuevo patriarca iba a demostrar ser tan cooperativo como se esperaba. Por desgracia, sólo murió seis años y medio después; sus sucesores, como veremos, se mostrarían mucho menos dispuestos.

1. Cuarenta y siete años más tarde, Romano I elevó a su hijo menor, Teofilacto, que era sólo uno o dos meses mayor.

Con Estilio Zautses como consejero político y Esteban como su instrumento voluntario en los asuntos eclesiásticos, León estaba ahora admirablemente equipado para gobernar su Imperio. En el frente interno no hubo grandes trastornos durante el resto del siglo, que terminaría de forma especialmente feliz cuando se convocó un importante sínodo -quizá incluso un Concilio General- en 899, que hizo mucho por restablecer las relaciones entre las Iglesias de Oriente y Occidente. (En ese momento también parecía haberse resuelto la disputa aún latente que dividía a las facciones fociana e ignaciana; pero ésta, como veremos en breve, pronto se reavivó con el asunto del cuarto matrimonio del Emperador). León pudo, en consecuencia, dedicar toda su atención a la tremenda obra iniciada por su padre: la revisión y recodificación del derecho romano.

Su reputación como legislador -y, de hecho, como el más importante en la historia bizantina desde el propio Justiniano- se debió, hay que decirlo, en parte a Basilio y a su comisión de distinguidos legistas, bajo la presidencia del *protospatharius*[2] Symbatius, a quien había confiado la tarea de "purificación" mencionada en el capítulo precedente. No poco mérito hay que atribuir también a Estiliano, que lo inspiró y lo impulsó, y tras cuya muerte todo el proyecto parece haber perdido cierto ímpetu. Pero León también se dedicó a la obra, al menos en aquellos primeros años, con energía y entusiasmo; y no cabe duda de que ganó mucho tanto con su erudición como con sus habilidades literarias.

2. Uno de los dieciocho grados honorarios del servicio imperial bizantino. Los tres más altos -césar, nobilissimus y curopalates- estaban normalmente reservados a los miembros de la familia del Emperador; les seguían los de magister, antihypatus, patricius, protospatharius y once más.

Los resultados se fueron publicando en series a lo largo de los años: se conocían como la Basílica y constaban de seis grandes volúmenes, cada uno de ellos con diez libros, que se basaban en gran medida en el Códice y Digesto de Justiniano; sin embargo, incorporaban una buena cantidad de trabajos posteriores, incluidas partes del Procheiron, y además poseían dos ventajas inestimables. En primer lugar, las leyes estaban ordenadas sistemáticamente: un tema determinado se trataba *in extenso* en un libro determinado, y en ningún otro lugar. En segundo lugar, estaban escritas en griego, en lugar de en latín, que durante más de dos siglos había sido una lengua muerta en Constantinopla, comprensible sólo para los eruditos. Así, a partir del reinado de León VI, la obra de Justiniano quedó efectivamente sustituida; a partir de entonces es la Basílica, en lugar del Códice, el Digesto o las Instituciones, sobre la que se basa la estructura jurídica medieval de Bizancio.

Sin embargo, a pesar de toda su importancia, la Basílica trata principalmente de los principios básicos del bien y del mal; nos dice muy poco sobre su época. Mucho más esclarecedoras a este respecto son las llamadas Novelas de León, los 113 decretos separados por los que revisa o revoca leyes antiguas según la evolución de las ideas políticas o religiosas. Una vez más, debemos ser cautelosos de atribuir demasiada responsabilidad al Emperador personalmente: los diecisiete que tratan de asuntos exclusivamente eclesiásticos pueden muy bien ser de su propia mano; el resto, sin embargo, aunque aparentemente dirigidos a Estiliano, son más probablemente obra del propio Logotete. De estos últimos, los más significativos son los que revocan los antiguos derechos de la Curia y el Senado. Durante cien años y más, estas dos instituciones -cuyas funciones habían sido antes proporcionar controles al poder imperial- habían ido perdiendo importancia; por fin, en las Novelas 46, 47 y 78, recibieron su finiquito. Esto no quiere decir que se disolvieran. El Senado, en particular, siguió activo y no tuvo miedo de expresar sus opiniones; y vale la pena señalar que, cuando León se encontraba al borde de la muerte, encomendó expresamente a su hijo al cuidado del Senado. Pero ya no existía como fuerza política en el Estado ni gozaba de ningún poder constitucional.

Sólo en los asuntos eclesiásticos el Emperador era todavía algo menos que omnipotente. Aunque fuese el vicegerente de Dios en la

Tierra, seguía siendo, después de todo, un laico, mientras que la Iglesia tenía su propio líder en el Patriarca de Constantinopla. Es cierto que era él quien nombraba al Patriarca, pero el nombramiento, como el de todos los altos cargos eclesiásticos, requería el consentimiento del clero. También estaba vinculado a las decisiones de los concilios, y su deber en lo que se refería a cuestiones dogmáticas era simplemente el de salvaguardar el credo ortodoxo tal como lo definían quienes estaban autorizados para ello. Sin embargo, en todos los demás campos su poder era absoluto: elegido por Dios, igual a los Apóstoles, era el amo del gobierno del Imperio, comandante en jefe de sus fuerzas, único legislador y juez supremo, cuyas decisiones no estaban sujetas a apelación y eran irrevocables por todos, salvo por él mismo.

El bendito período de tranquilidad interna que explica en gran medida la notable velocidad con que se publicó la nueva legislación en la última década del siglo IX no se reflejó, por desgracia para León, en un grado similar de tranquilidad en el exterior. En el Mediterráneo oriental y el Egeo, los árabes mantuvieron la presión: algunos años fueron peores que otros, pero había habido pocos años desde la caída de Sicilia y Creta en manos de los sarracenos en que no se hubiera asaltado una ciudad imperial o atacado un barco imperial. Sin embargo, una amenaza más inmediata -y mucho más inesperada- llegó en 894 desde Bulgaria. Después de la conversión del rey Boris veintinueve años antes, los bizantinos habían esperado que los dos pueblos cristianos pudieran vivir juntos en paz a partir de entonces; pero Boris había abdicado en 889 y se había retirado al monasterio de San Pantaleón, cerca de Preslav, dejando el trono a su hijo mayor, Vladimir; y Vladimir había resultado un desastre. En una reacción violenta contra su padre y todo lo que éste había defendido, se había identificado con la otrora poderosa aristocracia boyarda, a la que Boris había hecho todo lo posible por aplastar. Los boyardos eran reaccionarios anticuados que detestaban el cristianismo y no pedían nada mejor que volver a los viejos y malos tiempos de privilegio y paganismo; Vladimir estaba totalmente de acuerdo con ellos y, con su apoyo, estaba deshaciendo rápidamente toda la obra de su padre y alentando el retorno a los antiguos dioses tribales.

Si hubiera esperado unos años más, tal vez hubiera tenido éxito. La Iglesia búlgara había tenido un comienzo bastante inestable y había tenido poco tiempo para arraigarse; muchos de sus miembros bien podrían haber sentido una nostalgia similar. Pero él no había contado con Boris, cuya adhesión a la vida contemplativa no le había impedido seguir de cerca los acontecimientos del mundo exterior. En una

explosión de furia que casi puede oírse a través de los siglos, el viejo rey salió corriendo de su monasterio, tomó el gobierno sin luchar, depuso y cegó a Vladimir y, convocando una gran conferencia de todos los rincones de su reino, pidió a los delegados reunidos que aclamaran a su hijo menor, Simeón, como su gobernante. Sin vacilar, así lo hicieron; después de lo cual él regresó a su claustro, para nunca más abandonarlo.

Simeón tenía veintinueve años. De niño lo habían enviado a Constantinopla para que lo educaran, donde pudo haber estudiado, junto con León, a los pies del propio Focio. Al regresar a su patria, él también se había hecho monje; pero las disciplinas monásticas no habían hecho nada para frenar su espíritu guerrero y ambicioso, y cuando llegó la llamada para asumir el trono de su padre, no tardó en responder. En Bizancio, la noticia de su ascenso al trono fue recibida con considerable alivio, y durante un año todo fue bien. Luego, en 894, Stylian Zautses, por razones que sólo podemos adivinar, otorgó el monopolio del comercio con Bulgaria a dos de sus propios protegidos. Inmediatamente impusieron un aumento dramático en los derechos de aduana que debían pagar los comerciantes búlgaros sobre todas las mercancías importadas al Imperio, al mismo tiempo que trasladaban el centro de distribución de Constantinopla a Tesalónica, donde era mucho menos probable que se detectaran prácticas fraudulentas. Los búlgaros estaban horrorizados. De un solo golpe, el importante comercio de mercancías desde el Mar Negro hasta el Cuerno de Oro a través del Bósforo quedó destruido; para empeorar las cosas, la ruta de Tesalónica era accidentada y a menudo intransitable en invierno, lo que implicaba recorrer distancias mucho mayores. Simeón envió inmediatamente una embajada a Constantinopla en protesta, pero León, como siempre, apoyó a su Logotete y no se hizo nada.

Había subestimado a Simeón, pero no por mucho tiempo. En cuestión de semanas, un ejército búlgaro había invadido Tracia. Las fuerzas imperiales ya estaban completamente ocupadas en el sur de Italia y en la frontera oriental. El único general destacado del Imperio, Nicéforo Focas, fue llamado urgentemente; y aunque las tropas que le dieron para comandar eran inexpertas y sólo semientrenadas, él y el *drungario*[1] Eustacio -que bloqueó la desembocadura del Danubio- pudieron mantener la situación mientras el Emperador, para entonces seriamente alarmado, pidió ayuda a los magiares. Este pueblo salvaje y guerrero, después de varios siglos de lenta migración hacia el oeste desde Siberia, ahora ocupaba las tierras de Moldavia y Transilvania más allá del Danubio y, en consecuencia, eran los vecinos del norte de los búlgaros, por quienes no sentían una gran simpatía. Necesitaron

poco estímulo para cruzar el río en masa -los bizantinos proporcionaron los barcos- hacia territorio búlgaro, dejando a su paso el habitual rastro de devastación y destrucción. Pero si León pudo convocar a una tribu bárbara en su ayuda, Simeón también pudo hacerlo. Más allá de las tierras de los magiares, en las llanuras del sur de Rusia, vivía otra tribu nómada, los pechenegos. Sobornados con oro búlgaro, atacaron la retaguardia de los magiares, con resultados aún más catastróficos que los que sus víctimas habían infligido al reino de Simeón. Los magiares, tan pronto como se enteraron de la noticia, regresaron a toda velocidad para salvar a sus esposas e hijos de este nuevo terror, pero encontraron que una enorme hueste pechenega les bloqueaba el camino. Incapaces de permanecer en Bulgaria, donde Simeón avanzaba ahora contra ellos, no tuvieron más opción que continuar su antigua migración hacia el oeste a través de los pasos de los Cárpatos hacia la gran llanura de Panonia, la tierra que ahora llamamos Hungría y que todavía es su hogar.

1. El drungarius era el comandante en jefe de la armada imperial, aunque no de las levas locales reclutadas en las ciudades costeras, que estaban bajo la autoridad de los strategoi de sus respectivos themas. En esta época, el drungarius, a pesar de su importancia, ocupaba un rango inferior al de estos strategoi; sin embargo, medio siglo después, ocuparía un lugar en la jerarquía militar sólo superado por el del comandante en jefe de las fuerzas terrestres, el Doméstico de las Escuelas.

Una vez que los magiares se habían librado de él, Simeón pudo dedicarse de nuevo a los bizantinos, a los que en 896 infligió una aplastante derrota en Bulgarophygon, cerca de la actual Babaeski, en la Turquía europea. Por desgracia para el Imperio, Estiliano había llamado a Nicéforo Focas a Constantinopla; su sucesor, Catacalon, no tenía ni la energía ni la imaginación estratégica que tenía. De algún modo, este deslucido comandante logró escapar con vida; pocos de los que lucharon con él tuvieron la misma suerte.[1] León no tuvo más remedio que pedir la paz, pero sólo después de cinco años de larga y paciente diplomacia y de un acuerdo a regañadientes para pagar un gran tributo anual, la obtuvo. El puerto de Tesalónica se cerró y Constantinopla volvió a ser el centro del comercio búlgaro. La guerra, que había sido causada por lo que debería haber quedado como una disputa comercial menor, había resultado un desastre absoluto para el Imperio. También había cambiado de manera permanente y decisiva el mapa de Europa central. Las susceptibilidades búlgaras ya no podían ignorarse: Simeón había demostrado que era una fuerza a tener en cuenta.

1. Uno de los otros sobrevivientes estaba tan disgustado por la carnicería que se retiró al monte Joannitsa, cerca de Corinto, donde pasó el resto de su vida en lo alto de una columna, ganándose más tarde la canonización como San Lucas el Estilita.

También había conseguido reducir peligrosamente el poder militar bizantino en un momento en que el Imperio necesitaba movilizar todos sus recursos disponibles contra los árabes. Con la marcha de Nicéforo Focas, el avance sarraceno en el sur de Italia ya no pudo ser controlado: el 1 de agosto de 902 se produjo la caída de Taormina, el último bastión imperial en Sicilia; mientras que en Oriente, Armenia quedó prácticamente indefensa y las fuerzas musulmanas iniciaron un nuevo avance hacia Cilicia. La situación en el Egeo no era mejor; ese mismo año también se produjo la destrucción del rico y bien defendido puerto de Demetrias - actualmente Volos- en Tesalia. La peor catástrofe de todas, sin embargo, ocurrió dos años después, cuando un renegado griego, León de Trípoli, condujo una flota sarracena por el Helesponto hasta el Mármara. Eustacio navegó contra él, pero perdió los nervios en el último momento y se retiró sin arriesgarse a un combate. El mando fue transferido rápidamente a un tal Himerius, quien logró obligar a los sarracenos a retirarse; sin embargo, en lugar de regresar a sus aguas de origen, se dirigieron directamente a Tesalónica. La ciudad resistió durante tres días, pero sus murallas estaban en mal estado y sus dos comandantes estaban enfrentados; la muerte repentina de uno de ellos después de una caída de su caballo podría en otras circunstancias haber sido una bendición disfrazada, pero llegó demasiado tarde. El 29 de julio de 904 las defensas se derrumbaron y los sarracenos entraron en tropel por la brecha. El derramamiento de sangre y la carnicería continuaron durante una semana entera; solo entonces los asaltantes volvieron a embarcarse con su inestimable botín y, según se dice, más de 30.000 prisioneros, dejando tras ellos la segunda ciudad y puerto del Imperio en ruinas humeantes.

Fue más que un desastre; fue una desgracia. León decidió vengarse. Las fortificaciones destrozadas de Tesalónica fueron reconstruidas y reforzadas; un programa intensivo de construcción naval amplió considerablemente la flota; y se preparó un plan para el otoño de 905 según el cual Himerio, que para entonces había sucedido a Estiliano como Logoteta de la Carrera, navegaría alrededor de la costa hasta Atalia (la moderna Antalya), embarcaría un ejército de tierra bajo el mando del gobernador militar local, Andrónico Ducas, y luego continuaría hasta Tarso, un puerto que era aproximadamente comparable a Tesalónica en tamaño e importancia y que ahora, se pretendía, sufriría un destino similar. Himerio llegó a tiempo a Atalia con su flota, sólo para descubrir que Ducas no tenía intención de unirse a él y que, en realidad, se había rebelado abiertamente contra el Imperio. En este punto, un hombre menor, al que de repente se le negaron las fuerzas que se le habían prometido, bien podría haber

desistido de toda la operación; Pero Himerio, mal equipado e inexperto como estaba, no tenía intención de hacer tal cosa. Continuó adelante a pesar de todo y pocos días después, tras destruir por completo la flota sarracena que había salido a interceptarlo, redujo a su vez a cenizas Tarso. El honor bizantino había quedado a salvo.

Mientras tanto, Andrónico Ducas se había retirado, con todos los soldados que había logrado persuadir para que lo siguieran, a unos 240 kilómetros al noreste, a una fortaleza cerca de Iconio (la actual Konya). Allí permaneció durante todo el invierno hasta marzo de 906, cuando, al enterarse de la llegada de un ejército imperial, se retiró con su hijo Constantino a través de la frontera sarracena y, tras una breve parada en lo que quedaba de Tarso, buscó refugio en Bagdad. Su historia no es edificante ni, en sí misma, particularmente importante; pero sirve admirablemente para ilustrar un nuevo y grave peligro que comenzaba a amenazar al Imperio: el surgimiento de una clase social cada vez más poderosa que había crecido en el transcurso del siglo IX y que causaría serios problemas durante los siglos X y XI. Se trataba de un grupo de familias inmensamente ricas (en vista de su tamaño y ramificaciones, quizá sería mejor llamarlas «clanes») que poseían extensas propiedades por toda Asia Menor y compartían una larga tradición militarista, se casaban entre sí y mostraban poca lealtad a la corona, aunque sólo fuera porque muchos de ellos tenían planes de apoderarse de ella. De estos clanes, el de los Ducas era probablemente el más grande y, sin duda, el más formidable; y Andrónico estaba a la cabeza de él. En el pasado había prestado buenos servicios al Imperio, en particular en 904, cuando dirigió una expedición a Siria con resultados extremadamente satisfactorios; pero su repentina traición (motivada, hasta donde sabemos, por nada más que el resentimiento al verse subordinado a un comandante al que consideraba inferior) demuestra con suficiente claridad la fragilidad de los lazos que lo unían, a él y a muchos otros como él, al trono.

Al final, el emperador fue el responsable, sin saberlo, de la caída definitiva de Andrónico Ducas. Había dispuesto que se enviara una embajada a Bagdad para negociar con el sultán al-Muqtadir, de once años, un intercambio de prisioneros, y a ella le confió una carta secreta dirigida a su antiguo estratega, ofreciéndole perdón y restitución si volvía a su antigua lealtad. Por desgracia, la carta fue descubierta, y su descubrimiento supuso la ruina de Andrónico. Hasta entonces, el sultán lo había considerado digno de su confianza; ahora, no estaba tan seguro. Convocó al renegado a su presencia y le dio a elegir entre la muerte y la conversión inmediata al Islam. No es de extrañar que Andrónico eligiera esta última opción, pero ni siquiera

esto aseguró su libertad. Fue puesto, si no en confinamiento, al menos bajo estrecha vigilancia; y poco después murió.

La lucha de León contra los sarracenos no había terminado del todo: continuaría durante el resto de su vida. Sin embargo, ha llegado el momento de regresar a Constantinopla para repasar allí las vicisitudes de su vida emocional durante la segunda mitad de su reinado.

Sus problemas habían comenzado con su esposa Teófano. Durante la vida de su padre, la pareja se había visto obligada a mantener las apariencias lo mejor que podían; sin embargo, después de su propio ascenso al trono, las relaciones entre ellos se habían deteriorado rápidamente. A él nunca le había gustado ni en los mejores momentos, pero ahora -tal vez para compensar el amor que nunca pudo darle- ella había volcado todos sus pensamientos en la religión, volviéndose cada vez más devota hasta llegar a ser, incluso para los estándares bizantinos, ligeramente ridícula. "Con celo morboso", escribe su propio biógrafo, la Augusta se dedicó a la salvación de su alma, tratando todos los placeres de la vida mundana como si fueran tierra bajo sus pies. Día y noche su alma ascendía a Dios en el canto de los salmos y en la oración constante; y sin cesar se acercaba a Él a través de sus obras de caridad. En público lucía las flores de púrpura y se vestía con todo el esplendor de la majestad. En privado, en secreto, vestía harapos. Prefiriendo la vida ascética a todas las demás, despreciaba la comida suntuosa y, cuando le ofrecían platos delicados, prefería el pan y las verduras. Todo el dinero que recibía, todas las cosas tan estimadas por la gente de este mundo, las distribuía entre los pobres; sus magníficos vestidos los daba a los necesitados; atendía las necesidades de las viudas y los huérfanos; enriquecía los monasterios y amaba a los monjes como si fueran sus propios hermanos.

Por la noche, continúa, la Emperatriz abandonaba el lecho de su marido y prefería una estera áspera en un rincón, de la que se levantaba a rezar cada hora. Difícilmente se podía imaginar una consorte más insatisfactoria para un príncipe joven y lujurioso; además, León deseaba desesperadamente un hijo y, como admite el biógrafo anónimo, "no podía tener otro hijo con ella, ya que su cuerpo, debilitado y consumido por la contemplación espiritual, ya no era capaz de entregarse a los placeres de la carne".

En el invierno de 892 murió su única hija, Eudocia; Teófano se retiró cada vez más y un año o dos después, para alivio manifiesto de su marido, se retiró al convento adjunto a la iglesia de Santa María

Theotokos en Blanquernas, donde el 10 de noviembre de 897, cuando aún no había cumplido los treinta años, acompañó a su hija a la tumba. León le ofreció un funeral magnífico (considerando la forma en que la había tratado durante su vida, era lo mínimo que podía hacer) e inmediatamente convocó a su amada Zoe a Constantinopla. Quedaba el problema de su marido; pero afortunadamente (algunos pensaron que fue demasiado afortunadamente, pero dadas las circunstancias no se hicieron averiguaciones y nunca se demostró nada), Teodoro Gutzuniates eligió este momento peculiarmente oportuno para morir a su vez. Con una rapidez indecorosa su viuda fue instalada en palacio y a principios de 898 los dos amantes se casaron por fin.

Durante un breve período todo fue bien. Zoe pronto se encontró embarazada y el Emperador esperaba con ansias el hijo que los astrólogos le habían prometido. Por desgracia, el niño resultó ser otra niña, a la que se le dio el nombre de Ana; pero ésta fue sólo la primera -y la menor- de las desgracias que tuvo que sufrir al acercarse el fin del siglo. La segunda fue la muerte, en la primavera de 899, de Estilio Zautses. Como ministro principal de León había servido al Emperador fielmente -si no siempre desinteresadamente- durante trece años, y siendo también su suegro se le había concedido el título sin precedentes de basileopator. León le había dado su confianza total y confiaba implícitamente en su juicio y experiencia; su pérdida fue un golpe amargo. Pero aún les esperaba algo peor: a finales de ese mismo año, la propia Zoe sucumbió a una misteriosa enfermedad. Su idilio largamente esperado había durado sólo dos años.

El dolor de León era, y hay motivos para creerlo, profundo y genuino; pero no tenía ninguna duda de que debía tomar una tercera esposa. Nunca había sido fuerte y su salud le causaba cada vez más preocupación; mientras tanto, su hermano Alejandro, con quien teóricamente compartía el trono, se estaba destruyendo rápidamente con la bebida y el libertinaje y mostraba todos los signos de morir antes que él. En tal caso, y en ausencia de un hijo que pudiera sucederlo, el Imperio volvería a estar en peligro, y sería el premio de cualquier aventurero que intentara apoderarse de él. Y había otra consideración además: que sólo si se garantizaba una sucesión ordenada y regular podría haber alguna esperanza de una política coherente a largo plazo. El siglo que estaba terminando había demostrado ambos puntos más allá de cualquier duda razonable: una y otra vez el trono había sido adquirido por astucia, o por violencia, o por ambas. Sólo en la cuestión iconoclasta, el péndulo había oscilado tan violentamente de un lado a otro que se podría haber perdonado a

la mayoría de los súbditos del Emperador que se sintieran profundamente hartos de todo el asunto. Lo que se necesitaba era una familia imperial única y numerosa: una familia cuyos miembros compartieran opiniones similares sobre los principales temas del día y en la que la diadema pasara suave e ineluctablemente de padre a hijo o de tío a sobrino, cada uno siguiendo las políticas de su predecesor y dando la

El Imperio recibió la consistencia y la continuidad que le habían faltado en el pasado reciente. Pero una situación tan deseable nunca podría lograrse sin un heredero generalmente aceptado. Inevitablemente, esto condujo a una sucesión disputada, que fue a su vez el mal fundamental del que surgieron todos los demás: las conspiraciones e intrigas, las revoluciones palaciegas y los golpes de estado, los cambios de política absurdos y desconcertantes. La conclusión era obvia: el Emperador debía casarse una tercera vez y tener un hijo.

Pero ¿se permitía semejante cosa? Los primeros Padres de la Iglesia -incluidos los santos Jerónimo, Ambrosio y Agustín- habían adoptado una postura bastante indulgente. En aquellos tiempos eran frecuentes las muertes prematuras por enfermedad o parto, y que un hombre tomara una segunda esposa después de perder a la primera, o incluso una tercera después de la segunda, les parecía bastante perdonable, sobre todo porque, en la mayoría de los casos, era algo que tenía que suceder de todos modos. En Oriente, por otra parte, el código de conducta aceptado era más estricto. San Basilio -siempre la voz más autorizada- había permitido a regañadientes los segundos matrimonios, siempre que los interesados hicieran la penitencia adecuada; sin embargo, los terceros matrimonios los desautorizaba firmemente. Eran, en el mejor de los casos, lo que él llamaba "fornicación moderada", y conllevaban la pena para ambas partes de cuatro años de negación del sacramento. En cuanto a cualquiera lo suficientemente desaconsejado como para intentar casarse por cuarta vez, era culpable de algo mucho peor que la fornicación, moderada o no. Su delito era la poligamia, «práctica bestial y totalmente ajena a la humanidad», por la que se preveía una pena canónica de no menos de ocho años.

Pero los emperadores no estaban necesariamente sujetos a las mismas leyes que sus súbditos, y menos aún cuando estaban en juego intereses estatales. El hermano de León, el patriarca Esteban, había muerto desgraciadamente en 893, pero su sucesor, el moderado y afable Antonio Cauleas, estaba dispuesto a conceder la dispensa

necesaria y durante el verano de 900, en el último de aquellos curiosos concursos de belleza o «concursos de novias» celebrados en la corte de Constantinopla, León seleccionó a una deslumbrante muchacha de Frigia llamada Eudocia Baiana como su nueva consorte. Ella se esforzó mucho y el domingo de Pascua, 12 de abril de 901, le presentó a su marido un hijo. Por desgracia, murió mientras lo hacía y el príncipe bebé la sobrevivió sólo unos días.[1]

1. Una muestra de la desaprobación que sentían muchos de los clérigos más conservadores de Constantinopla la dio el abad del monasterio de San Lázaro, quien se negó en redondo a permitir que fuera enterrada dentro del recinto monástico.

León, sin embargo, se negó a darse por vencido. Tenía sólo treinta y cinco años y su determinación de propagar su dinastía era tan firme como siempre. Un cuarto matrimonio, por otra parte, sería mucho más difícil de concertar que el tercero, e incluso si tuviera éxito sería sin duda su última oportunidad. Antes de embarcarse en él, tenía que estar seguro de dónde estaba. Su primer paso, por tanto, fue tomar como amante a la sorprendentemente hermosa sobrina del almirante Himerius, Zoe Carbonopsina, "con ojos tan negros como el carbón". (A lo largo de esta historia se siente que por muy apremiantes que hayan sido las razones de estado que impulsaron a León a continuar su búsqueda de un hijo, el proceso no le resultó del todo incompatible). Por ilícita que fuera, no ocultó esta unión, que la Iglesia, aunque no la aprobaba de ningún modo, prefería infinitamente a la idea de otro matrimonio más; No hubo gran indignación ni censura cuando, un año o dos después, Zoe dio a luz a una niña. Sin embargo, finalmente, en septiembre de 905, tuvo un hijo. Aunque era pequeño y enfermizo, la ambición inmediata del Emperador se hizo realidad. El Patriarca, por otra parte, se encontraba en un dilema. No podía contemplar la posibilidad de que el Emperador se casara de nuevo; sin embargo, tampoco podía plantearse la posibilidad de que León y su amante vivieran indefinidamente en pecado abierto. Finalmente se llegó a un acuerdo: el Emperador expulsaría a Zoe del palacio, después de lo cual el Patriarca consentiría en bautizar a su hijo en Santa Sofía. Y así sucedió: el 6 de enero de 906, la Epifanía siguiente, tuvo lugar el bautismo, y el bebé príncipe recibió el nombre de Constantino.

Sin embargo, una vez superado con éxito ese obstáculo, León no tenía intención de mantener una vida célibe. Sólo tres días después llevó a Zoe de vuelta al palacio, donde ya estaba contemplando su siguiente paso. Su hijo había sido recibido en la Iglesia, pero seguía siendo un bastardo y, como tal, excluido del trono. De algún modo

debía legitimarse, y eso sólo podía lograrse de una manera: presentando al patriarca un hecho consumado. Y así, León hizo lo único sensato. No pidió permisos ni dio advertencias. En silencio, casi en secreto, en la capilla privada del palacio y ante un simple párroco, él y Zoe celebraron una especie de matrimonio. Sólo cuando terminó la ceremonia hizo público lo que había hecho y proclamó a su nueva esposa Emperatriz.

Durante ocho años se había estado formando una tormenta, pero ahora estalló. La Iglesia estalló en furia. San Basilio fue citado hasta la saciedad; el Patriarca recordó públicamente al Emperador que había consentido en realizar el bautismo de su hijo sólo con la condición de que su indecorosa relación se rompiera de inmediato. No podía hablarse de reconocimiento del cuarto matrimonio: el propio León había sido cosignatario, con su padre y su hermano Constantino, del artículo del código civil que decía:

Quede ahora absolutamente claro para todos que, si alguno se atreve a proceder a un cuarto matrimonio, que no es matrimonio, no solamente tal pretendido matrimonio no tendrá validez y la descendencia del mismo será ilegítima, sino que estará sujeto al castigo prescrito para aquellos que están manchados con la inmundicia de la fornicación, entendiéndose que las personas que se han entregado a él serán separadas unas de otras.

En realidad, León podría haber invocado inmunidad en lo que respecta al código civil. Incluso podría haber emitido un nuevo decreto anulando el anterior y declarando lícitos los cuartos matrimonios. En cambio, contra el derecho canónico no tenía poder. Por tanto, de algún modo debía obtener una dispensa especial; pero ¿cómo podía hacerlo? Si su hermano hubiera estado todavía vivo y ocupando la silla patriarcal, las cosas podrían haberse arreglado sin demasiada dificultad, aunque Esteban podría haber tenido dificultades para llevarse con él a sus colegas. Pero tanto él como su sucesor, Antonio Cauleas, habían muerto; a este último le había sucedido en 901 un tal Nicolás, sobrino de Focio que había servido anteriormente como secretario privado del emperador. Por su cuenta, Nicolás también habría aceptado probablemente la dispensa; fue su desgracia encontrarse enfrentado con Aretas, obispo de Cesarea, el erudito más destacado de la época y que ahora se revelaría como su enemigo más implacable.

Aunque León se congratulaba de haber traído la paz a la Iglesia mediante el Sínodo de 899, y aunque los dos protagonistas del reciente cisma llevaban mucho tiempo en la tumba, las facciones

fociana e ignaciana seguían muy vivas y seguían amenazando la unidad de la ortodoxia. Tanto por formación como por inclinación, Arethas había sido durante el primer medio siglo de su vida un fociano consagrado. Intelectualmente era probablemente el único hombre del Imperio que podía competir con su maestro; había publicado ediciones académicas de varios escritores clásicos y era el autor de uno de los primeros comentarios griegos sobre el Apocalipsis. Desafortunadamente, sin embargo, sus escritos habían ofendido mortalmente a los ignacianos, quienes en la Pascua de 900 lo habían procesado por un cargo de ateísmo. El proceso había terminado, de hecho, con su absolución, pero era un hombre amargado y vengativo que nunca olvidaba una ofensa; Y cuando Nicolás, su amigo y compañero de Focia, fue nombrado patriarca al año siguiente, el obispo lo presionó para que tomara medidas inmediatas contra quienes le habían hecho daño. Nicolás, sin embargo, se negó, señalando que había prometido al Emperador como condición de su nombramiento que haría todo lo que estuviera en su poder para cerrar la brecha entre las dos partes; el incidente estaba cerrado, y resucitarlo solo serviría para avivar de nuevo las antiguas animosidades en vano. Aretas, furioso, había jurado venganza.

El asunto del cuarto matrimonio del Emperador le brindó precisamente la oportunidad que buscaba. Inevitablemente, se había desarrollado en líneas faccionales, con los intelectuales y sabios fotianos inclinados a permitirle a León su dispensa por el bien mayor del Estado, mientras que los ignacianos, fanáticos y doctrinarios hasta el final, se alinearon inflexiblemente contra ella. Todo lo que Arethas defendía debería haberlo colocado claramente en el bando fotiano; su rencor por sí solo lo impulsó a adoptar la línea adoptada por los ignacianos, quienes lo recibieron con los brazos abiertos. A pesar de su escasa educación, nunca habrían podido esperar defenderse en una discusión con los sofisticados seguidores de Focio. Ahora, de repente, habían encontrado una voz: un hombre de profunda erudición teológica, completamente entrenado en las artes de la disputa y la dialéctica, más que un rival para cualquiera de sus antiguos amigos que pudiera defender la causa del Emperador.

No obstante, en el terreno diplomático no fue así, pues de lo contrario no habría escrito en una carta al Emperador: «¿Por qué no puedes despedir ahora con agradecimiento a la mujer que te ha dado el hijo que deseabas, como despedimos un barco cuando su carga se descarga o tiramos la cáscara que ha hecho madurar el fruto?» de la Iglesia ortodoxa. Fuera o no merecedor de la canonización que recibió más tarde, era sin duda un hombre profundamente religioso y un

auténtico asceta. En su juventud León lo había elegido como su padre espiritual y había construido y dotado Psamathia específicamente para él; pero Eutimio no había ocultado su desaprobación del trato que el Emperador dio a Teófano ni de sus dos matrimonios posteriores y, aunque León nunca perdió el respeto por su antiguo mentor, las relaciones entre ambos se habían enfriado comprensiblemente. En vista de su historial y su reputación —era bien conocido por sus estrictas interpretaciones del derecho canónico y de todas las observancias de la Iglesia— se habría esperado que un moralista tan severo rechazara de plano la propuesta que se le hacía; pero León conocía claramente a su hombre. Después de un momento de vacilación,

Eutimio aceptó la oferta del patriarcado y se declaró dispuesto a conceder la dispensa requerida, siempre y cuando se pudiera encontrar algún pretexto respetable.

Durante todo el año el debate continuó, mientras los ignacianos -gracias enteramente a Arethas- ganaban terreno constantemente y la posición del patriarca Nicolás se hacía cada vez más imposible. El Emperador, mientras tanto, estaba perdiendo la paciencia; y en algún momento durante el otoño una idea nueva y audaz parece haberse formulado en su mente. Los fotianos por sí solos, obviamente, nunca serían lo suficientemente fuertes como para obtener su dispensa. Muy bien, él la buscaría de los ignacianos. Es cierto que se habían opuesto firmemente a ella; pero ¿qué no podrían hacer a cambio del patriarcado? Se hicieron discretas indagaciones, no a Arethas, quien se había pronunciado demasiado en contra del cuarto matrimonio para que fuera posible cualquier pacto, sino a Eutimio, abad del monasterio de Psamathia, el líder y miembro más respetado del partido ignaciano antes de la adhesión del arzobispo.

Eutimio ocupa un lugar un tanto cuestionable en la historia de la Iglesia. El Emperador estaba preparado para esto. Sabiendo perfectamente que los ignacianos siempre habían sido firmes defensores de la autoridad papal, y que habían recibido de hecho un apoyo inestimable de Roma durante los días tormentosos de la disputa de Focia cuarenta años antes, ahora reveló que recientemente había sometido toda la cuestión de la tetragamia (como había llegado a llamarse) al Papa Sergio III, de quien esperaba confiadamente una respuesta favorable. Si el Sumo Pontífice iba ahora a dar su bendición, ¿qué mejor autoridad podría requerir Eutimio? Podía emitir la dispensa de inmediato -y, León podría haber añadido, salvar también su reputación.

¿Cómo podía León estar tan seguro de que el Papa reaccionaría como él esperaba? En primer lugar, estaba el hecho de que los primeros Padres católicos nunca se habían preocupado demasiado por la cuestión de los matrimonios plurales; lo que causaba mucha más preocupación en Roma era la brecha cada vez mayor entre las Iglesias de Oriente y Occidente, y ningún Papa digno de su trono dejaría pasar una oportunidad tan preciada de imponer aparentemente su autoridad en Constantinopla. En segundo lugar, Sergio necesitaba desesperadamente ayuda militar en el sur de Italia, donde los sarracenos mostraban todas las señales de fortalecer su dominio, y el Emperador no tenía ninguna duda de que el Papa consideraría su aprobación del cuarto matrimonio como un quid pro quo más que aceptable.

Mientras tanto, estaba dispuesto a esperar el momento oportuno. Ni una palabra se dijo públicamente sobre sus negociaciones con Eutimio o su apelación al Papa. Rechazó cualquier sugerencia de que Zoe debía ser separada de él mientras la cuestión permaneciera sin resolver, insistiendo en que debía ser tratada con todo el honor y respeto debidos a una emperatriz; por otra parte, cuando en Navidad de 906 y en la fiesta de la Epifanía siguiente, el patriarca Nicolás le negó la entrada a Santa Sofía, regresó sin protestar al palacio. Luego, en febrero de 907, la noche antes de que los legados papales llegaran a la capital, atacó. Nicolás fue acusado -con qué justificación nunca sabremos- de haber estado en comunicación secreta con el rebelde Andrónico Ducas, puesto bajo arresto estricto y obligado a firmar un acta de abdicación del patriarcado.

Ahora bien, una abdicación de este tipo, incluso si el patriarca hubiera sido culpable de actividades traicioneras, no habría sido válida sin la aprobación de sus compañeros patriarcas y, al menos en teoría, del Papa en Roma. Sin embargo, una vez más, León había hecho sus preparativos a tiempo. La misma embajada que había sido enviada a Bagdad para negociar el intercambio de prisioneros -y que, por cierto, había resultado tan desastrosa para Andrónico Ducas- también había recibido otra tarea: traer de regreso a la capital a representantes acreditados de los tres patriarcados orientales: Alejandría, Antioquía y Jerusalén. También el papa Sergio había sido informado secretamente de las intenciones de León. Fue bastante gratificante para él que se le pidiera que se pronunciara sobre el cuarto matrimonio; una apelación adicional de un emperador contra su propio patriarca era un testimonio aún más valioso del respeto en que se tenía al papado en Oriente, y ciertamente no podía ser rechazada.

La carta de Sergio, que los legados entregaron al día siguiente a su llegada, justificaba las mayores esperanzas del Emperador: en esas circunstancias, Su Santidad no veía ninguna objeción a que se volviera a casar. Antes de fin de mes, Eutimio, recién entronizado como patriarca, concedió debidamente la dispensa largamente esperada. Hay que recalcar que no sancionó el matrimonio, pues mientras siguiera asociado con Zoe, León sería admitido en la Gran Iglesia sólo como penitente, quedando excluido del santuario y sin poder sentarse en ningún momento durante el servicio. Para el Emperador, sin embargo, ésta era una humillación menor, un precio bastante bajo a cambio de una vida matrimonial feliz. Por pecaminoso que fuera, su matrimonio fue reconocido al menos a regañadientes. Él y Zoe eran marido y mujer, y el bebé Constantino, que ahora tenía dieciocho meses, fue considerado porfirogénito, «nacido en púrpura», un título por el que todavía se le conoce hoy en día. La sucesión estaba asegurada, en la medida en que fue posible en esos tiempos inciertos.

*

El otoño del año 905 fue una estación bendita para el emperador León el Sabio. En septiembre había nacido su hijo, en octubre había sido destruida una flota sarracena y Tarso. Al fin, parecía que el viento empezaba a soplar a su favor, y aunque el año siguiente había traído consigo un mayor deterioro de sus relaciones con Nicolás, su triunfo sobre el patriarca durante las primeras semanas de 907 debió de confirmar aún más su cambiante suerte. El bebé fue coronado coemperador el 11 de mayo de 908, y dos años después Himerio navegó contra el puerto sirio de Laodicea (hoy Latakia), saqueó la ciudad, saqueó y devastó el interior y regresó sano y salvo a Constantinopla sin perder ni un solo barco.

Habría sido mejor para León morir allí mismo, pero en el otoño de 911 envió a su almirante a un último intento de recuperar Creta. Durante cinco años había estado trabajando para mejorar la armada imperial, y la fuerza a disposición de Himerio era más fuerte y estaba infinitamente mejor equipada que cualquiera de las que se habían lanzado anteriormente contra la isla. Por desgracia, los sarracenos ocupantes habían estado trabajando simultáneamente en sus defensas, y la expedición no resultó más exitosa que sus predecesoras. Durante seis meses (durante todo el invierno y la primavera), Himerio mantuvo el asedio, pero los defensores resistieron y los bizantinos no pudieron hacer un impacto apreciable en las enormes fortificaciones. Entonces, en abril de 912, llegó un mensaje urgente de la capital: la salud del emperador, que había sido motivo de preocupación desde

principios de año, había empeorado de repente. Ahora estaba gravemente enfermo y era poco probable que sobreviviera. El almirante, a regañadientes, dio órdenes de levantar el asedio y zarpó hacia el Bósforo. Sus barcos estaban rodeando la isla de Quíos cuando se vieron rodeados por una enorme flota sarracena al mando de León de Trípoli, el mismo que había aniquilado prácticamente Tesalónica ocho años antes. Ahora sometió a los barcos bizantinos a una suerte similar. Casi todos fueron enviados al fondo del mar; el propio Himerio logró escapar por poco a Mitilene, desde donde, lentamente y con el corazón apesadumbrado, regresó a Constantinopla.

Cuando la noticia del desastre llegó al palacio imperial, la vida de León estaba decayendo rápidamente. Vivió lo suficiente para oírla, y luego volvió la cara hacia la pared. Murió la noche del 11 de mayo. En un reinado de poco más de un cuarto de siglo había demostrado ser, si no un gran emperador, al menos un emperador extraordinariamente bueno. Es cierto que había dividido a la Iglesia más profundamente que nunca, pero éste fue el resultado inevitable de su cuarto matrimonio, sin el cual no habría habido un heredero obvio al trono tras la muerte de Alejandro, que no tenía hijos. Con su decisión de casarse con Zoe Carbonopsina y legitimar a su hijo, aseguró una sucesión universalmente reconocida y la continuidad de la casa macedonia, que sobreviviría otros 150 años: la mayor dinastía en la historia de Bizancio. Comparados con esos dos beneficios inestimables, el daño causado a la Iglesia fue de poca importancia a largo plazo.

Por lo demás, aunque carecía de esa combinación de ambición incansable, energía sobrehumana y confianza en sí mismo sin límites que había distinguido a su padre -y que probablemente es una definición de grandeza tan buena como cualquier otra-, había gobernado a sus súbditos con sabiduría y conciencia; y aunque sus fuerzas armadas sufrieron más derrotas de las que les correspondían a manos de sus enemigos árabes y búlgaros, no cabe duda de que dejó el Imperio, al menos internamente, en mucho mejor estado que cuando lo heredó. Como correspondía a un intelectual y a un erudito, no era un exhibicionista: no hay grandes iglesias ni suntuosas ampliaciones a los palacios imperiales que le recuerden, y su retrato en mosaico sobre la Puerta Imperial de Santa Sofía -que, por cierto, lo muestra en actitud de postración ante Cristo- data casi con toda seguridad de varios años después de su muerte.[1] Sus logros más duraderos -la codificación de la ley, la reorganización de la administración provincial, la reestructuración de las fuerzas armadas- fueron, por definición, poco espectaculares; pero no por ello fueron menos

valiosos. Durante su vida, León fue sinceramente amado y respetado por su pueblo; y después de su muerte, la posteridad tuvo buenos motivos para estarle agradecida.

1. Este mosaico, situado en el luneto sobre la puerta central de las nueve que van desde el nártexal cuerpo principal de la iglesia, no lleva —excepcionalmente— ninguna inscripción que lo identifique, y por ello ha sido objeto de muchas y eruditas discusiones. La interpretación más convincente es, con diferencia, la de N. Oikonomides, que cree que representa el arrepentimiento de León tras su cuarto matrimonio y su salvación tras la intercesión de la Virgen, representada en un medallón sobre él, con el Ángel de la Memoria frente a ella. Según esta teoría, el mosaico estaría relacionado con el Concilio de 920, destinado a ilustrar la sujeción del gobernante terrenal al Rey del Cielo y colocado sobre la misma puerta ante la que a León se le negó dos veces la entrada a la iglesia. Véase "León VI y el mosaico del nártexde Santa Sofía" en los Dumbarton Oaks Papers, vol.1 (1976).

9
El ascenso de Romanus

[912—20]

Trece meses... y un tiempo desastroso.
León el Sabio, en su lecho de muerte[1]

Lo único bueno que se puede decir del reinado del emperador Alejandro es que fue, afortunadamente, breve. A los cuarenta y un años, agotado por la disipación y el libertinaje, ocupó el trono de Bizancio durante poco menos de trece meses. Pero incluso en ese breve período de tiempo, consiguió causar un daño notable. Su comportamiento normal sólo podía compararse con el de Miguel el Borracho en sus peores momentos: el pueblo de Constantinopla se vio obligado a presenciar las mismas crueldades sin sentido, las mismas borracheras en lugares públicos, los mismos actos de sacrilegio desenfrenado. A veces parecía que pretendía seguir el ejemplo de Vladimir en Bulgaria e intentar reintroducir a los antiguos dioses en todo el Imperio; al menos en una ocasión, su superstición pagana lo llevó al borde de la locura: cuando de alguna manera se convenció de que el jabalí de bronce del Hipódromo era su otro yo[2], y le hizo colocar dientes y genitales nuevos en un intento de remediar el extraordinario desgaste que había infligido al suyo.

1. Los estudiosos no se han decidido sobre estas últimas palabras de León. Su uso de la preposición meta sugiere que quiso decir que el tiempo malo llegaría en trece meses; por otra parte, si pudiéramos interpretar su enunciado como "durante trece meses", sería una profecía notable sobre el reinado de Alejandro. La traducción anterior, admitidamente libre, mantiene la ambigüedad del original, por lo menos.

2. Para ser justos con Alejandro, hay que señalar que esta curiosa creencia de que cada ser humano poseía un estoicbeion inanimado, un segundo depósito de su esencia física y espiritual, era una creencia muy extendida en el Bizancio del siglo X. Es posible que la compartiera el propio Romano Lecapeno: véase pág. 46n.

Durante mucho tiempo había odiado a su hermano y, en 903, casi con toda seguridad, había participado en un complot fallido para asesinarlo durante un servicio en la iglesia de San Mocio. (Probablemente, como resultado de esto, al año siguiente fue privado

de su rango de coemperador, aunque su fuerte posición como único heredero al trono aseguró que la degradación fuera solo temporal). Una vez que alcanzó el poder que tanto había esperado, no perdió tiempo en expresar abiertamente ese odio, revirtiendo todas las políticas de León, anulando todas sus órdenes; en resumen, tratando de deshacer todo lo que su hermano había hecho, sin importar las consecuencias. La emperatriz Zoe fue expulsada sin contemplaciones del palacio, junto con todos sus amigos y consejeros; su tío Himerius, que había prestado tan excelentes servicios al Imperio, fue deshonrado y arrojado a prisión, donde murió seis meses después.

Mientras tanto, una embajada búlgara había llegado a Constantinopla, enviada por Simeón para felicitarlo por su ascenso al trono y sugerirle una renovación del tratado de paz de 901. Para Alejandro, que había sido arrancado con dificultad de una de sus juergas orgiásticas para recibirlos, el tratado había sido obra de su hermano, y por esa sola razón debía ser abrogado. En un repentino acceso de fanfarronería borracha, gritó al embajador que no quería más tratados y, además, que Bizancio no pagaría más tributos. Luego los despidió. Ellos, a su vez, probablemente más afligidos por lo que habían visto que por lo que habían oído, regresaron con muchos movimientos tristes de cabeza a su amo. Para Simeón, podemos estar seguros, su informe no fue del todo desagradable. Confiado en la fuerza de su ejército y concluyendo que no tenía nada que temer de un imperio gobernado por una figura tan patética, comenzó los preparativos para la guerra.

En ese momento, Alejandro había dado otro paso que, a su manera, resultó casi tan desastroso como su recepción a los búlgaros. Una vez más, sin ningún otro motivo aparente que el de ir contra su hermano, declaró inválida la abdicación del patriarca Nicolás, lo sacó del destierro y lo restituyó en su antiguo trono (el propio Nicolás afirmó que su restitución había sido ordenada por León, en una conmovedora escena de arrepentimiento en el lecho de muerte). La adversidad no había mejorado el carácter del patriarca. Había pasado sus cinco años de exilio cavilando sobre la injusticia que había sufrido y, en particular, sobre la traición que le había infligido Eutimio y los ignacianos, quienes, tras haberle apoyado inicialmente contra el cuarto matrimonio de León, se habían unido después al emperador para tramar su derrocamiento, se habían apoderado del poder y, finalmente, al conceder la dispensa requerida, habían hecho lo único que siempre le habían prohibido. Ahora regresaba con un solo pensamiento en la mente: la venganza.

Es cierto que tenía un caso. Su error fue permitir que su resentimiento le impidiera ver otras consideraciones. Si se hubiera contentado con su victoria, dirigiendo sus todavía considerables energías a la reconciliación con los ignacianos y permitiendo que Eutimio regresara tranquilamente al monasterio que nunca debió abandonar, podría, con tiempo y paciencia, haber curado la controversia y reunificado a la Iglesia. En cambio, la llevó, como ningún patriarca la había llevado antes, al punto de un motín abierto. Eutimio fue llevado ante un tribunal en el Palacio de La Magnaura, cuyos procedimientos fueron relatados en detalle por su biógrafo contemporáneo, que muy posiblemente fue testigo ocular. Nicolás abrió el interrogatorio:

'Dime, tú, el más tonto de los hombres, intérprete de los sueños libidinosos del difunto soberano León, ¿por qué, mientras yo todavía estaba entre los vivos, tomaste por esposa a la Iglesia que estaba desposada conmigo, profanándola mientras me expulsabas?'

Eutimio respondió: «Tú fuiste quien la contaminó y tú mismo te expulsaste, no una sino tres veces presentando tu dimisión. Y si me preguntas, te diré la naturaleza de tu profanación y la causa de tu expulsión. Porque yo soy capaz, si Dios me da la fuerza, de condenarte y exponer tus injusticias ante tu rostro».

Enmudecido por estas palabras e hirviendo de ira por la libertad con que el otro hablaba, el Patriarca ordenó que lo despojaran pública y vergonzosamente de sus vestiduras, y lo declaró caído de su santo oficio.

Entonces se vio un espectáculo más lastimoso que todos los anteriores. Le arrancaron el pañuelo episcopal y lo pisotearon, sin perdonar ni siquiera la imagen de la cruz; de la misma manera, le arrancaron todos los ornamentos sagrados y lo pisotearon también, incluso su hábito monacal. Y cuando los sirvientes vieron a su amo regocijándose y deleitándose con estas cosas, le pusieron las manos en la barba y le tiraron de ella, y lo empujaron con tanta violencia que cayó de espaldas al suelo, y allí lo patearon donde estaba tendido, escupiéndole, golpeándolo con los puños y golpeándolo en la cara. Entonces el Patriarca ordenó que lo pusieran de pie nuevamente, para que pudiera continuar el interrogatorio. Pero uno de sus secuaces, un gigante de enorme fuerza física, se quedó mirando hasta que, a una señal de su amo, le asestó dos golpes, arrancándole dos dientes, y siguió golpeándolo en la nuca hasta que no le quedó aliento ni habla y estuvo a punto de caer por la escalera. Si un noble llamado Petronas no lo hubiera agarrado junto con otros tres, habría muerto

rápidamente como un mártir.[1]

1. La versión anterior es una versión editada y ligeramente abreviada de la traducción de P. Karlin-Hayter, Byzantium, Vols, XXV-XXVII (19)5-7). Según el Continuador de Teófanes, el hombre que tiró de la barba de Eutimio regresó a su casa y encontró que su casa había sido quemada y que su hija había quedado muda y paralizada, estado en el que vivió hasta el reinado de Nicéforo.

Después de desterrar a Eutimio al monasterio de Agatón y de persuadir al Emperador para que quitara su nombre y el del Papa de los dípticos (rompiendo así toda comunión con Roma), el Patriarca inició una gran purga de toda la jerarquía, cuyo objetivo era nada menos que la eliminación de todos los obispos y clérigos con simpatías ignacianas o, más propiamente, eutímicas. Nunca se explicó cómo esperaba que la Iglesia funcionara después de una operación tan drástica (en lo que respecta únicamente al tribunal episcopal, los eutímicos representaban alrededor de dos tercios del total), pero el problema se resolvió finalmente de otra manera: los despedidos se negaron rotundamente a irse. La oposición, como era previsible, estuvo encabezada por el archienemigo de Nicolás, Aretas de Cesarea, que hizo una declaración pública en el sentido de que abandonaría su sede sólo cuando el Emperador enviara tropas armadas para destituirlo por la fuerza. Hasta entonces, se propuso permanecer donde estaba y llevar a cabo sus deberes como de costumbre. Muchos otros siguieron su ejemplo; Mientras tanto, varios obispos fotianos que habían tratado de librarse de su clero eutimio se vieron asediados en sus palacios por sus rebaños amotinados, y en una o dos ciudades los disturbios condujeron a graves revueltas. Demasiado tarde, el patriarca se dio cuenta de que había provocado un avispero. Dando marcha atrás desesperadamente, anuló todas sus órdenes anteriores; su voluminosa correspondencia a partir de este momento aboga por un grado de tolerancia y comprensión muy alejado, en verdad, del espíritu de sus fulminaciones anteriores. Cuando finalmente se calmó la polvareda, aunque varios obispos habían sido transferidos a otras sedes equivalentes, sólo cuatro habían sido destituidos definitivamente. Arethas, no nos sorprenderá saberlo, no estaba entre ellos.

1. De su reinado datan las placas en las que están inscritos los nombres de los vivos y de los muertos que deben ser recordados especialmente durante el servicio eucarístico. Después de su muerte, sus súbditos sólo deseaban olvidarlo.

En ese momento, sin embargo, el emperador Alejandro ya había muerto. El Continuador afirma que murió como resultado de un ataque de apoplejía, provocado por un partido de polo mal aconsejado jugado en el calor del día después de un almuerzo copioso. Sin embargo, fuentes más confiables afirman que su colapso se produjo

inmediatamente después de varios sacrificios paganos que estaba haciendo a las estatuas del Hipódromo -incluido, presumiblemente, el jabalí- con la esperanza de curar su impotencia. Poco importa: lo importante fue su muerte, que ocurrió dos días después, el domingo 6 de junio de 913. Su retrato en mosaico en la galería norte de Santa Sofía debe datar sin duda de su reinado. Tras su muerte, sus súbditos sólo quisieron olvidarle.

En cuanto se enteró de que el emperador se estaba muriendo, su cuñada Zoe se abrió paso hasta el palacio, desesperada por el futuro de su hijo. Sabía que unos meses antes, Alejandro había propuesto castrarlo, lo que lo dejaría permanentemente inelegible para el trono; lo único que lo había convencido de reconsiderar la decisión fue el argumento de que semejante medida provocaría un clamor potencialmente peligroso y que el niño estaba tan débil y enfermizo que no se podía esperar que viviera mucho tiempo en ningún caso. Ahora que parecía que el patriarca iba a ser la figura más poderosa del Estado, sus ansiedades se multiplicaron. Nicolás nunca había aceptado la dispensa otorgada por su enemigo Eutimio, que reconocía su matrimonio y la legitimidad de su hijo; no tenía ninguna duda de que haría todo lo posible para impedir que el joven Constantino accediera al trono, y estaba decidida a frustrar sus esfuerzos.

Sus sospechas estaban bien fundadas: el patriarca tenía, en efecto, un candidato alternativo. Se trataba de Constantino Ducas, doméstico de las Escuelas,[1] hijo de aquel Andrónico con el que seis años antes Nicolás había sido acusado de mantener relaciones traicioneras: un hombre que no sentía mayor lealtad hacia la casa macedonia que su padre antes que él. Probablemente podía contar con el apoyo de gran parte del ejército y tenía conexiones de un tipo u otro con la mayoría de las principales familias aristocráticas del Imperio; si intentaba un golpe de Estado, sus posibilidades de éxito serían altas, y una vez en el trono, su gratitud natural hacia Nicolás aseguraría la victoria final del patriarcado sobre sus enemigos. Desde hacía algún tiempo él y el patriarca mantenían correspondencia secreta; cuando llegara el momento, sus planes ya estarían trazados.

1. Es decir, comandante en jefe de las fuerzas terrestres del Imperio.

Zoe todavía luchaba por recuperar su antigua posición cuando el moribundo Emperador recobró la conciencia lo suficiente como para nombrar a su sucesor, que, para su alivio, era en realidad su hijo Constantino. Sin embargo, debió de sentirse mucho menos contenta cuando él procedió a nombrar el necesario Consejo de Regencia. Su presidente iba a ser el patriarca Nicolás; ella misma no estaba

incluida. Protestó enérgicamente: nunca en la historia de Bizancio la madre de un Emperador y un rey coronado había sido elegida.

A Augusta[1] se le había negado un puesto en ese consejo, pero Nicolás sabía que no podía correr riesgos. Zoe era la encarnación virtual del partido eutímico, incluso más que el propio abad, y estaba en deuda con él tanto por su propia corona como por la de su hijo, y por lo tanto era la enemiga más implacable del patriarca. Una de sus primeras acciones como regente fue hacer que la arrestaran, le cortaran el pelo y la enviaran al lejano convento de Santa Eufemia en Petrium. Incluso su nombre ya no era suyo: en adelante sería conocida como la hermana Ana, y nada más.

1. Hay que recordar que una Augusta no era simplemente la esposa de un emperador; era la poseedora de un rango reconocido, que conllevaba un poder considerable y para el que era necesaria una coronación especial. Una vez coronada, tenía una corte propia y control absoluto sobre sus propios e inmensos ingresos; y desempeñaba un papel indispensable en muchas de las principales ceremonias del Imperio. Véase Diehl, Figures Byzantines, I, i.

Por el momento, al menos, su hijo de siete años era el único emperador, pero, con un regente que le negaba cualquier derecho legal al trono, ¿cuánto tiempo podía esperarse que sobreviviera? La primera amenaza a su posición -y probablemente a su vida- llegó a los pocos días de su ascenso al trono, con el intento de golpe de Estado de Constantino Ducas. Marchando hacia el este desde su campamento tracio, Ducas entró en la ciudad de noche con sólo un puñado de hombres, lo suficientemente pocos como para sugerir que esperaba que las puertas del palacio se le abrieran desde dentro. Si fue así, fue él quien fue tomado por sorpresa. El magister Juan Eladas, uno de los miembros del Consejo de Regencia, había sido advertido y lo estaba esperando con una compañía de milicia reunida a toda prisa. Varios de los hombres de Ducas, incluido su hijo Gregorio, murieron en la lucha; y justo cuando intentaba escapar, su propio caballo resbaló en el pavimento mojado. Cayó pesadamente al suelo, donde uno de los defensores le separó la cabeza del cuerpo de un solo golpe.

El patriarca, sobra decirlo, negó cualquier relación con el complot y, como para enfatizar su inocencia, instituyó un régimen de terror contra todos aquellos cuya complicidad fuera conocida o incluso sospechada. Compañías enteras fueron masacradas, sus cuerpos empalados a lo largo de la orilla asiática del Bósforo; otros fueron azotados o cegados. Aquellos que habían buscado refugio en Santa Sofía fueron arrastrados, tonsurados y conducidos a monasterios. La viuda de Ducas fue exiliada a las lejanas propiedades de la familia en Paflagonia; su hijo menor, que no había tomado parte

en el asunto, fue castrado. Sólo cuando el propio Consejo de Regencia comenzó a protestar por el incesante derramamiento de sangre, Nicolás ordenó, a regañadientes, que se detuviera.

Lo hizo justo a tiempo, pues menos de dos meses después del fiasco de Ducas, Simeón de Bulgaria se presentó ante Constantinopla al frente de un ejército tan inmenso que su campamento ocupaba toda la extensión de cuatro millas de las murallas terrestres entre el Mármara y las partes altas del Cuerno de Oro. Sin embargo, una vez allí, descubrió lo que tantos aspirantes a conquistadores del Imperio -incluido su propio tatarabuelo Krum- habían descubierto antes que él: que las fortificaciones de la ciudad eran inexpugnables. Pero no hizo ningún movimiento para retirarse. Con la amenaza de un bloqueo terrestre, combinada con la devastación sistemática de la campiña circundante, todavía podía causar una molestia considerable y, con un poco de suerte, obtener términos favorables sin la pérdida de ninguno de sus hombres. Desde el Palacio del Hebdomon envió mensajeros al Consejo de Regencia, anunciando que estaba dispuesto a negociar un acuerdo.

Nicolás aceptó con mucho gusto. Para preservar la paz con Simeón estaba dispuesto a hacer casi cualquier sacrificio, pues la guerra conduciría casi con toda seguridad a la separación de la Iglesia búlgara -que en aquel momento todavía formaba parte de su patriarcado- y, peor aún, podría incluso hacerla volver a los brazos de Roma. Invitó a los dos hijos de Simeón a la ciudad y los agasajó con un suntuoso banquete, en presencia del joven emperador, en Blanquernas; y un día o dos después él mismo visitó en secreto a Simeón en el Hebdomon, donde quedó muy satisfecho por el respeto con el que fue recibido. En las conversaciones sorprendentemente amistosas que siguieron, el rey búlgaro, como era previsible, insistió en que se le pagaran los atrasos del tributo, y parece que también exigió que Constantino tomara a una de sus hijas como esposa. Luego, cargado de regalos, regresó a su patria.

A primera vista, la moderación de Simeón puede sorprendernos. ¿Por qué, después de haber llevado este vasto ejército a las mismas puertas de la ciudad, no fue más duro en sus negociaciones? Simplemente porque su política había cambiado. Sus ambiciones en lo que respecta a Bizancio eran mayores que nunca, y ahora se centraban en nada menos que la corona misma[1], que, una vez que se convirtiera en el suegro del emperador, estaría a su alcance.[2] Pero su examen de las murallas lo había convencido de que se trataba de un premio que sólo podía ganarse mediante la diplomacia, mientras que sus

conversaciones con Nicolás le habían revelado un aliado hasta entonces insospechado. No sólo era evidente que el Patriarca sentía poca o ninguna lealtad hacia la casa macedonia; su evidente terror ante la idea de perder el control de la Iglesia búlgara daba a Symeon una inmensa fuerza negociadora, sobre todo porque a él mismo le importaba un pimiento la independencia de su Iglesia, de una forma u otra: puesto que él mismo pretendía ser Emperador, ¿qué más daba? ¿qué diferencia podía haber? Por ambas razones, haber adoptado una actitud agresiva o amenazante en esta coyuntura habría sido una locura. Sus intereses (y los de su hija) se verían mejor servidos si se mostraba en la luz más favorable posible: como un hombre cuyas decisiones estaban regidas por la razón y el buen sentido (después de todo, había sido educado en Constantinopla) y cuya familia era en todos los aspectos digna de una alianza imperial. Sólo dio una indicación de que todavía acechaba una mano de hierro bajo el guante de terciopelo, una insinuación tan leve que era casi imperceptible y negativa: evitó cualquier otra mención de un tratado de paz. Con el Imperio en su actual estado de debilidad, no tenía sentido limitar innecesariamente su libertad de acción.

1. Hay motivos para creer que Simeón recibió algún tipo de coronación a manos del Patriarca durante la visita de éste, pero sólo pudo haber sido como gobernante de Bulgaria. La sugerencia de Romilly Jenkins (Byzantium: The Imperial Centuries, p. 232) –de que Nicolás lo coronó emperador de Bizancio con una diadema improvisada "con su propio velo patriarcal"– es sin duda absurda.

2. Hasta qué punto estaba en lo cierto en esta suposición lo demostraría recién seis años más tarde Romano Lecapeno, aunque no exactamente en la forma que Simeón hubiera deseado.

Pero si Simeón había jugado bien sus cartas, el patriarca Nicolás había exagerado. Sus compañeros del Consejo estaban cada vez más irritados por su arrogancia y, como todos los demás, se habían sentido indignados por su crueldad, primero con Eutimio y luego con todo el clan Ducas. También estaban horrorizados por su trato a Zoe, cuyas pretensiones de una parte en la regencia eran innegables, y no pudieron evitar conmoverse al ver al pálido y delicado emperador vagando miserablemente por el palacio llorando por su madre. La noticia de que el patriarca, del que para entonces se sospechaba firmemente que había participado en la trama Ducas, al menos en las primeras etapas, había estado en negociaciones secretas con el rey búlgaro (ya que, como de costumbre, no se había molestado en informarles con antelación) fue la gota que colmó el vaso. A partir de ese momento, el Consejo empezó a desmoronarse. En febrero de 914, Sor Ana fue llamada de su convento y, una vez más como Emperatriz, asumió la Regencia, nombrando nuevamente a todos sus antiguos

amigos y consejeros.

El nuevo gobierno sería descrito con desprecio por Simeón como un «consejo de eunucos», lo que en gran medida era cierto. Pero los eunucos del Imperio bizantino no eran ni los sopranos masculinos remilgados de la Europa occidental posterior ni los gordos y epicenos guardianes de harenes de la tradición oriental. Al menos durante los cuatro siglos transcurridos desde la época de Justiniano (uno de cuyos generales, Narsés, a pesar de su castración debe contarse entre los más grandes soldados de la historia imperial), habían sido miembros muy respetados de la sociedad y habían ocupado muchos de los cargos más distinguidos de la Iglesia y el Estado, entre los que sólo se les negaban los de prefecto de la ciudad, cuestor, doméstico de los cuatro regimientos imperiales y el propio trono. En el siglo X, ser eunuco era, para un joven prometedor que estaba a punto de entrar al servicio imperial, una virtual garantía de ascenso; muchos padres ambiciosos castraban a su hijo más joven como algo normal. La práctica puede parecer extraña, incluso bárbara, pero las razones no son difíciles de encontrar. Los eunucos, que no tenían esposas ni familia que mantener, tendían a ser mucho más trabajadores y dedicados que sus colegas más dotados. Como no dejaban hijos varones, no había tendencia a que ciertos cargos se volvieran hereditarios, como ocurría tan a menudo en Occidente: los puestos podían concederse sólo por méritos propios. Por la misma razón, constituían un baluarte inestimable contra ese feudalismo que causaría cada vez más problemas al Imperio, sobre todo en Asia Menor, a medida que avanzaba el siglo. Por último, y lo más importante de todo, estaban a salvo. Un eunuco podía —y lo hacía con frecuencia— entablar una pequeña intriga en favor de un hermano o un sobrino; pero nunca, por poderoso que fuera, podía intentar hacerse con el trono.

No es de extrañar, entonces, que la Emperatriz y sus eunucos demostraran pronto que eran administradores del Imperio mucho más capaces de lo que Nicolás y su Consejo de Regencia habían sido nunca. El propio anciano Patriarca, por otra parte, les planteó un problema. La primera intención de Zoé había sido sustituirlo por segunda vez por Eutimio, pero éste había puesto reparos; no es de extrañar que ya estuviera harto. Por tanto, con cierta renuencia, permitió que Nicolás continuara en el cargo, aunque con duras advertencias sobre lo que podía esperar si se entrometía más en asuntos que no le concernían. Volvió a sus deberes pastorales (puso un pie en Santa Sofía, según una fuente (ciertamente hostil), por primera vez desde que había asumido la Regencia unos ocho meses antes) y aceptó su destino con toda la gracia que pudo reunir, aunque sin duda le irritó bastante que Zoé

aumentara casi inmediatamente su ya considerable popularidad con un trío de triunfos militares y políticos de importancia considerable para la seguridad de su Imperio.

La primera de ellas fue la entronización de Ashot, rey de Armenia.[1]

1. El título de "rey", o más propiamente "rey de reyes", se otorgaba periódicamente al líder de los principales clanes armenios que en ese momento fuera el más poderoso. Aunque en ocasiones podía pasar de padre a hijo, nunca era hereditario en ningún sentido real y con frecuencia caía en desuso.

Aquella región desolada e inhóspita que rodea el monte Ararat, durante mucho tiempo el punto más sensible de enfrentamiento entre bizantinos y sarracenos, ocupaba una posición política delicada y ambigua. Para el emperador de Constantinopla, los príncipes armenios (la tierra nunca estuvo verdaderamente unida) eran sus vasallos; por desgracia, el califa de Bagdad tenía una opinión similar y durante más de un siglo había nombrado regularmente a un ostigano, o gobernador árabe. En cuanto a los armenios, se enorgullecían de su inteligencia y su antigua cultura y afirmaban haber sido el primer pueblo que había adoptado el cristianismo como fe nacional. Sin embargo, eran, como la mayoría de sus vecinos cristianos de Oriente, monofisitas convencidos y sentían poca lealtad o afecto por Bizancio: muchos de ellos, de hecho, siguiendo esa conocida tendencia de los dogmáticos de preferir a los infieles a los herejes, acogieron con franqueza la influencia musulmana.

Dada la natural predisposición a las disputas de los armenios y la inestabilidad básica de su situación, no era de extrañar que parecieran pasar de una crisis política a otra. Sin embargo, en 909 se encontraron ante una amenaza que era, incluso para sus estándares, inusualmente grave cuando el ostigano del califa, el emir persa Yusuf, decidió eliminar por completo la influencia bizantina y reducirlos a un estado de total sumisión a Bagdad. Yusuf desencadenó primero una guerra civil -algo nunca difícil en Armenia- y arrasó el país desgarrado por los conflictos, masacrando a todos los que se le resistieron y cometiendo atrocidades indecibles en las ciudades y pueblos por los que pasaba. Durante cuatro años el terror continuó, hasta que en 913 el rey armenio Smbat, con la vana esperanza de salvar las vidas de sus súbditos, finalmente se rindió a Yusuf y fue recompensado con un martirio particularmente espantoso.

Para Bizancio, Armenia constituía un baluarte vital, y una de las primeras acciones de Zoe al regresar al poder en 914 había sido invitar al hijo y heredero de Smbat, el joven príncipe Ashot, a

Constantinopla para decidir un plan de campaña. Así sucedió que en la primavera del año siguiente Ashot regresó a su tierra natal al frente de un gran ejército griego. Yusuf opuso una tenaz resistencia, pero se vio superado en número sin esperanzas; y cuando llegaron las primeras nevadas (el invierno llega pronto en esas regiones), toda Armenia occidental y gran parte de la oriental estaban de nuevo en manos firmemente probizantinas de Ashot. Pasarían otros cuatro años antes de que el país volviera a estar en paz (las inevitables disputas internas se encargaron de ello), pero su integridad se había salvado, y tanto Zoe como Ashot tenían buenas razones para felicitarse.

El segundo éxito de la emperatriz fue la derrota decisiva de un gran ejército musulmán que había lanzado una importante incursión en territorio imperial desde su base en Tarso. Hubo mucho júbilo cuando la noticia llegó a Constantinopla; pero este triunfo no fue nada comparado con el tercero, logrado justo cuando Ashot se estaba reestableciendo en Armenia, en el rincón opuesto del Imperio: el tema de Langobardia, en el sur de Italia. Allí, justo en las afueras de la ciudad de Capua, el estratega imperial destruyó totalmente al ejército sarraceno, restaurando así el prestigio bizantino en la península a su nivel más alto desde la partida de Nicéforo Focas en 886. A finales de 915, en la mente de la gran mayoría de sus súbditos, la emperatriz Zoe no podía hacer nada malo.

Incluso Simeón de Bulgaria sufrió un revés, aunque sólo fuese temporal. Para él, la caída del poder del patriarca Nicolás y el regreso de Zoe habían sido un golpe devastador: sabía que la emperatriz nunca toleraría ni por un momento ese matrimonio tan importante en el que había puesto su corazón. Su cuidadosa diplomacia había sido en vano; después de todo, tendría que haber una guerra. En septiembre se presentó con su ejército ante Adrianópolis (Edirne), que fue rendida inmediatamente por el gobernador local sin siquiera mostrar resistencia. Parece que se quedó realmente asombrado cuando la emperatriz envió una fuerza masiva para recuperar la ciudad, y a su vez se retiró apresuradamente.

Durante los dos años siguientes se contentó con hostigar a las ciudades y pueblos de Tesalia y Epiro, pero en 917 sus ejércitos estaban de nuevo en Tracia y Zoe decidió lanzar un ataque preventivo. Su estratega en Cherson, en Crimea, un tal Juan Bogas, había conseguido sobornar a los antiguos aliados de Simeón, los notoriamente venales pechenegos, para que invadieran Bulgaria desde el norte; y se había alistado la flota bizantina para llevarlos a través del Danubio, tal como había llevado a los magiares un cuarto de siglo

antes. Mientras tanto, el ejército debía marchar desde Constantinopla hacia la frontera sur. Atrapado entre los dos brazos de un gigantesco movimiento de pinza, Simeón no tendría otra alternativa que aceptar las condiciones que le ofrecían; pasaría mucho tiempo antes de que estuviera de nuevo en posición de causar problemas al Imperio.

Como plan parecía casi infalible, y así habría podido resultar de no ser por un giro repentino e inesperado del destino: un giro tan sorprendente, de hecho, que se nos puede perdonar el haber sospechado que Simeón había vuelto a poner en práctica su notable talento para el soborno. Juan Bogas llegó con sus pechenegos a las orillas del Danubio para acudir a su cita con la flota, que estaba comandada por su drungarius, un armenio llamado Romanus Lecapenus; sin embargo, en el momento en que se encontraron, los dos hombres se enzarzaron en una furiosa discusión, negando cada uno la autoridad del otro. El resultado fue que Romanus se negó categóricamente a transportar a los invasores a través del río, y los pechenegos, pronto cansados de esperar, se marcharon a sus hogares.

Mientras tanto, el ejército, bajo el mando del doméstico León Focas -hijo del gran general Nicéforo- había avanzado desde la capital a lo largo de la costa del mar Negro y había entrado en territorio búlgaro en el extremo sur del golfo de Burgas, donde al amanecer del 20 de agosto estaba acampado frente al pequeño puerto de Anquíalo. Fue entonces cuando Simeón, que había estado siguiendo atentamente su avance, vio su oportunidad. Se abalanzó sobre él desde las colinas del oeste, lo tomó completamente por sorpresa y no mostró piedad. Lo que sucedió exactamente no está claro: Jorge Cedreno afirma que el caballo de León se asustó de repente mientras su amo se bañaba y galopó sin jinete entre las filas, provocando el pánico entre los soldados, que inmediatamente concluyeron que su general debía estar muerto. Esta historia puede ser cierta o no; lo que no hay duda es que prácticamente todo el ejército bizantino fue masacrado. La marina, que debería haber estado preparada para recoger a los supervivientes, ya había regresado al Bósforo; Los que lograron huir de la carnicería se encontraron sin medios de escape y fueron aniquilados por sus perseguidores. León el Diácono, escribiendo casi un siglo después, informa que incluso en su época el campo de batalla todavía estaba cubierto de los huesos de los caídos, blanqueados por el sol. Uno de los pocos que logró escapar con vida fue el propio León Focas, quien de alguna manera logró abrirse camino hacia el norte a lo largo de la costa hasta Mesembria, desde donde, algún tiempo después, tomó un barco hacia Constantinopla.

Es fácil imaginar la ira de la emperatriz al conocer la noticia del desastre. Inmediatamente ordenó una investigación oficial sobre la conducta de Romano Lecapeno, que fue sentenciado a ser ciego; fue una suerte para él -y, como resultó, para el Imperio- que algunos de sus amigos influyentes pudieran interceder en su favor y lograr que le concedieran un indulto de última hora. Curiosamente, su confianza en León Focas permaneció aparentemente inquebrantable; ese mismo invierno le confió otro ejército, con el que repeler a los búlgaros que habían invadido una vez más la Tracia oriental hasta las mismas murallas de la capital. Pero León no había heredado nada del genio militar de su padre. No llegó más allá de Casasyrtae, en los suburbios occidentales, cuando su segundo ejército fue destruido casi tan completamente como lo había sido el primero.

Para Simeón fue otra victoria, aunque pronto se confirmó lo que ya sabía muy bien: que, por mucho daño que pudiera causar a la soldadesca imperial, no podría hacer la menor mella en las defensas de Constantinopla. No tuvo más remedio que regresar, frustrado y furioso, a Bulgaria para pasar lo que quedaba del invierno. Sin embargo, el año 918 comenzó y la situación en la capital se tornó cada vez más caótica. Después de dos derrotas aniquiladoras, la reputación de Zoe estaba en ruinas y su régimen en serio peligro. Sabía que no había posibilidad de llegar a un acuerdo con Simeón; éste seguía insistiendo en el matrimonio entre el joven Constantino y su hija como condición sine qua non de cualquier acuerdo, y la emperatriz todavía no podía decidirse a contemplar la idea de una nuera bárbara. Si quería encontrar el apoyo que necesitaba para apuntalar su tambaleante trono, tendría que buscarlo dentro del Imperio.

Pero ¿dónde encontrarla? Ciertamente no en el Patriarca, que ya estaba oliendo la posibilidad de su propio retorno al poder y se podía confiar en que la derrotaría en cualquier oportunidad. En realidad sólo había dos alternativas. La primera era León Focas, desacreditado como estaba, quien después de la desgracia de Casasyrtae había cruzado a Asia en un intento de reunir al ejército de Anatolia. Desde la caída de Constantino Ducas, la familia de Focas era la líder reconocida de la rica aristocracia terrateniente; León era, además, viudo, con quien la Emperatriz pudo haber estado contemplando el matrimonio, una medida que habría fortalecido inconmensurablemente su propia posición, por no hablar de la de su hijo.

La otra alternativa era Romano Lecapeno, que se diferenciaba de León en dos aspectos importantes. En primer lugar, no era un hombre

de cuna ni educación, hijo de un campesino armenio que había ascendido a su actual rango por méritos propios. En segundo lugar, aunque él también había fracasado estrepitosamente en las recientes hostilidades, no había sido derrotado. Su gran buque insignia navegaba ahora mismo orgullosamente anclado en el Cuerno de Oro, rodeado por el resto de la flota imperial: una proclamación de poderío naval que no pasó inadvertida para los bizantinos, sobre todo cuando recordaron la condición de su ejército, de la que, como bien sabían, León Focas era el principal culpable.

De los dos, la Emperatriz, como era de esperar, prefirió al apuesto y aristocrático general al engreído advenedizo extranjero. Por ello, convocó a León a palacio, donde, en pocas semanas, se convirtió en uno de sus colaboradores más cercanos y en uno de sus consejeros de mayor confianza. Sin embargo, había subestimado seriamente la fuerza de la opinión pública. El pueblo de Constantinopla -un elemento político que, especialmente en tiempos de crisis, los soberanos ignoraban a su propio riesgo- siempre había desconfiado de estos señores feudales de Anatolia; sus lealtades tradicionales eran hacia la dinastía imperial establecida, y sus opiniones eran compartidas por la mayor parte de la antigua aristocracia urbana y muchos miembros de la propia corte. El pequeño Constantino tenía entonces trece años; aunque su salud seguía siendo precaria, era claramente un niño de una inteligencia bastante inusual que parecía tener madera de emperador de primera clase. Pero ¿qué posibilidades tendría contra las ambiciones de un Focas, cuando ni siquiera su propia madre parecía consciente del peligro?

Fue en ese momento cuando un miembro de la casa imperial tomó cartas en el asunto. Teodoro, el tutor personal de Constantino, escribió una carta en nombre de su alumno a Romano Lecapeno pidiendo su protección. No está del todo claro por qué Romano era considerado más digno de confianza que León: tal vez sus modestos orígenes jugaron a su favor, pero ciertamente no era menos ambicioso y proclamó sin vacilar su disposición a servir al joven emperador como su protector y campeón. Al hacerlo, no pudo hacerse ilusiones sobre el efecto que semejante pronunciamiento tendría en la emperatriz. Sin duda alentada por Focas, ella ordenó a su viejo amigo y consejero, el parakoimomenos Constantino, que ordenara a Romano en su nombre que pagara a sus marineros y desmantelara la flota de inmediato. El almirante respondió con la mayor cortesía, invitando a Constantino a subir a bordo del buque insignia para ver por sí mismo cuán concienzudamente se obedecían las órdenes imperiales. El chambelán, sin sospechar nada, así lo hizo, pero fue inmediatamente

capturado y puesto bajo arresto.

Poner las manos sobre su principal representante era una afrenta deliberada a la propia emperatriz; pero cuando Zoe envió emisarios al almirante para exigirle una explicación, fueron recibidos con una lluvia de piedras. Seriamente alarmada, convocó una reunión de sus ministros en el Bucoleón[1], sólo para descubrir que ellos también se habían vuelto contra ella. Se vio obligada a escuchar en silencio mientras el joven Constantino Porfirogénito leía un texto preparado, informando a su madre de que su regencia había terminado: en adelante, el gobierno sería confiado conjuntamente al patriarca Nicolás y a otro miembro del antiguo Consejo, el magister Esteban. A la mañana siguiente llegó un cuerpo de soldados para escoltarla de regreso al convento de Santa Eufemia; sólo en respuesta a largas y llorosas súplicas de parte de su hijo se le permitió finalmente permanecer, impotente pero al menos sin clausura, en el gineceo de palacio.

1. La zona entre el extremo sur del Hipódromo y el Mármara, que incluía el puerto privado y la entrada marítima al Gran Palacio.

Nicolás había triunfado, pero pronto descubrió que la situación del Imperio era muy diferente de la que había sido cinco años antes. Zoe había sido tratada satisfactoriamente, pero León Focas y Romano Lecapeno estaban ahora enzarzados en una lucha abierta por la supremacía. El infeliz patriarca, que se debatía sin remedio entre ellos, hizo todo lo posible por enfrentar a uno contra el otro, pero sólo consiguió hacer que su propia posición fuera cada vez más insostenible. Finalmente, el 25 de marzo de 919, Romano apareció con su flota en el Bucoleón, entró en el palacio por la Puerta Marina y anunció que había asumido el gobierno del Imperio; y sólo un mes después, en Santa Sofía, entregó a su exquisita hija Helena a Constantino en matrimonio, adoptando para sí el mismo título de basileopatrón que León el Sabio había inventado para su propio suegro, Estilio Zautses.

Por segunda vez en poco más de medio siglo, un advenedizo armenio se quedó a un paso del trono de Bizancio.

Entre los obstáculos que aún se interponían en el camino de Romano Lecapeno, el mayor era León Focas, que había regresado con su ejército al otro lado del Bósforo y desde su campamento en Crisópolis había levantado el estandarte de la revuelta. Para asegurarse la lealtad de sus tropas, hizo correr la voz de que actuaba para liberar al Emperador de las garras del basileopator usurpador.

Romano contrarrestó esto utilizando a dos agentes encubiertos, uno un sacerdote y la otra una prostituta, para difundir copias de una carta ostensiblemente firmada por el propio emperador niño, dejando claro que su suegro disfrutaba de su completa confianza, mientras que León Focas no era más que un rebelde despreciable con la temeridad de levantarse contra su legítimo soberano. El sacerdote fue arrestado pronto, pero la prostituta hizo su trabajo admirablemente y cientos de hombres de León depusieron las armas. El propio León vio que había fracasado y que su única posibilidad de supervivencia residía en la huida; Pero fue capturado en un pueblo de Bitinia, donde le sacaron los ojos antes de llevarlo de regreso encadenado a Constantinopla.

Se dice que Romano montó en cólera cuando se enteró de que su rival había sido cegado, aunque su ira no le impidió, al descubrir una nueva conspiración unas semanas más tarde, pasear al desdichado León por el Foro a lomos de una mula, entre las burlas y mofas del populacho. Pero León Focas ya no tenía fuerzas; una consideración mucho más importante en la mente de Romano era allanar su propio camino hacia el trono, un objetivo que, puesto que claramente no tenía derecho a él, sólo podía lograrse socavando las pretensiones de Constantino. Así, con la entusiasta cooperación del patriarca, se convocó un sínodo formal en Constantinopla en el verano de 920, con el expreso propósito de poner fin a la agitación en la Iglesia; y el 9 de julio, este sínodo publicó el famoso Tomus Unionis, en el que se exponía, de manera definitiva y autorizada, la ley canónica revisada sobre el tema del nuevo matrimonio. Según sus disposiciones, cuidadosamente redactadas, era perfectamente legítimo que un hombre se casara por segunda vez, e incluso se podía permitir una tercera esposa a un viudo sin hijos menor de cuarenta años, siempre que sus nupcias fueran seguidas de un acto de penitencia apropiado; pero los cuartos matrimonios estaban descartados en cualquier circunstancia y se castigaban con la excomunión hasta que el cuarto cónyuge fuera repudiado definitivamente. Afortunadamente, el decreto no era retroactivo. Sin embargo, los dos últimos matrimonios de León VI fueron condenados en los términos más enérgicos posibles, y la legitimidad de su hijo fue aceptada sólo a regañadientes y por tolerancia.

Es fácil imaginar los sentimientos de Constantino, de catorce años, al verse obligado a firmar un documento de este tipo; pero el Tomus, por odioso que le pareciera, no marcó el fin de sus tribulaciones. Apenas un mes después, Romanus acusó a su madre Zoe de intentar envenenarlo. Nunca sabremos si había algo de verdad en la acusación, aunque en esas circunstancias no parece nada

inherentemente improbable. Pero fue suficiente para decidir el destino de la Emperatriz de una vez por todas. Nuevamente le cortaron el pelo; nuevamente se vio obligada a ponerse el tosco hábito de monja que detestaba; y nuevamente las grandes puertas de Santa Eufemia se cerraron de golpe detrás de la renuente hermana Ana.

Quedaba un último adversario. Teodoro, el tutor de Constantino, había desempeñado un papel crucial en el ascenso de Romano al poder. Primero lo había invitado a actuar como protector del joven emperador, y hay razones para creer que fue él, cuando el almirante apareció frente al Bucoleón el mes de marzo anterior, quien realmente abrió la puerta y lo dejó entrar en palacio. Sin embargo, en todo esto, Teodoro había estado actuando en lo que inocentemente creía que era lo mejor para su alumno; ahora veía que sus intrigas habían colocado a Constantino precisamente en la posición que más había deseado evitar. Campeón imperial o no, Romano se había mostrado tan egoísta como León Focas. En el momento en que se dio cuenta de esto, la actitud de Teodoro hacia él cambió abruptamente, y Romano no tardó mucho en comprender que el hombre que había comenzado siendo su cómplice se había convertido en su enemigo. Probablemente fue en algún momento a principios de septiembre cuando Teodoro y su hermano Simeón fueron invitados a un banquete ofrecido por el patricio Teofilacto, conde del Establo. A mitad de la comida, ambos fueron arrestados bajo el cargo de conspiración y exiliados a su finca rural en el noroeste de Anatolia.

Con la marcha de Teodoro, Constantino perdió a su último amigo verdadero. Ahora no era más que un peón en manos de su suegro, a quien el 24 de septiembre de 920 -apenas unos días después de cumplir quince años- nombró obedientemente césar. Menos de tres meses después, el 17 de diciembre, marcó la culminación de la asombrosa carrera de Romano Lecapeno al colocarle sobre la cabeza la diadema imperial.[1] En teoría, por supuesto, él -Constantino- seguía siendo el emperador de mayor edad; pero al cabo de un año fue el retrato de Romano -ligeramente más grande y con ropas más resplandecientes- el que empezó a aparecer en el lugar de honor en las monedas, y para la gran mayoría de sus súbditos debió parecer sólo cuestión de tiempo antes de que el del joven Porfirogénito desapareciera por completo.

1. Historiadores anteriores, incluido Sir Steven Runciman (The Emperor Romanus Lecapenus, p. 62) sitúan estos dos últimos acontecimientos en el año anterior, 919. Pero -como han señalado Grumel y Ostrogorsky (p. 264) - Romano apareció en el Sínodo de 920 como basileopator, un título que no habría utilizado si ya fuera César, y mucho menos Emperador.

10
El gentil usurpador

[920-48]

Eres mortal, esperas la muerte, la resurrección y el juicio. Hoy vives y mañana eres polvo; una fiebre apagará todo tu orgullo. ¿Qué dirás, cuando te presentes ante Dios, de tu injusta matanza? ¿Cómo te enfrentarás al terrible y justo Juez? Si es por amor a las riquezas que haces esto, te concederé todos tus deseos y más: solo extiende tu mano. Da la bienvenida a la paz, ama la concordia, para que tú mismo puedas vivir una vida pacífica, sin sangre y sin problemas, y para que los cristianos vean el fin de sus males y dejen de destruir a sus hermanos cristianos.

Romanus Lecapenus a Simeón de Bulgaria,
9 de septiembre de 924

De la historia temprana de Romano Lecapeno -o, como debemos llamarlo ahora, el emperador Romano I- se ha conservado muy poca información. Su padre, conocido universalmente por sus contemporáneos como Teofilacto el Insoportable, era un campesino armenio que tuvo la suerte de haber rescatado a Basilio I de los sarracenos en la batalla de Tefrika en 872. Esto le valió un puesto en la guardia imperial, pero probablemente poco más: no hay indicios de que fuera ambicioso en modo alguno, ni para sí mismo ni para su hijo, y ciertamente no se preocupó por la educación de Romano, como Constantino VII señalaría con desdén cuando las circunstancias se lo permitieron. El muchacho tuvo que abrirse camino en el mundo por sí solo. Nacido en torno a 870 (se desconoce incluso la fecha exacta), había entrado al servicio imperial en la marina y, aceptemos o no la sugerencia de Liudprando de Cremona de que su temprana promoción fue el resultado directo de un heroico encuentro con un león, probablemente tenía todavía treinta y tantos años cuando fue nombrado estratega del Thema de Samos, que incluía la mayor parte de la costa occidental de Asia Menor y las islas vecinas, un puesto de considerable autoridad ya que le otorgaba, aunque fuera un oficial en servicio, plena responsabilidad tanto de la administración civil como de la militar. Parece haber desempeñado sus funciones con distinción

y, tras la caída en desgracia de Himerio en 912, fue la elección obvia para drungarius, o gran almirante.

En el momento en que Romano tomó el poder, su esposa Teodora -a quien él proclamaría Augusta en la Epifanía de 921- le había dado al menos seis hijos, y antes de su muerte en 923 le daría dos más. De sus cuatro hijos, no menos de tres serían coronados coemperadores a fines de 924; el más joven, Teofilacto, era un eunuco destinado al patriarcado. Es evidente que, al igual que su compatriota armenio Basilio I, el nuevo emperador tenía la intención de fundar una dinastía. En lo que se diferenciaba de su predecesor era en la relativa dulzura de su carácter. El camino de Basilio hacia el poder había estado marcado por al menos dos asesinatos probados; Romano Lecapeno había empleado el engaño y la astucia en abundancia, pero no era por naturaleza violento ni brutal. Cuando su archirrival León Focas fue cegado por sus captores (un destino bastante común en el Bizancio del siglo X), se apresuró a expresar su horror y su disgusto; para la gran mayoría de sus enemigos, siempre consideraría que el exilio era un castigo suficiente. La persistencia con la que su joven yerno se aferraba a la vida debió de enfurecerlo (mientras viviera el Porfirogénito, no habría mucho futuro a largo plazo para la casa de Lecapeno) y, dado el estado de salud permanentemente frágil del muchacho, habría sido fácil envenenarlo sin despertar sospechas: Basilio, en circunstancias similares, no habría dudado ni un instante. Pero Romano era de un molde diferente. Podía (y de hecho lo hizo) hacer todo lo que estaba en su poder para desplazar al joven emperador, promoviéndose a sí mismo y a su hijo a posiciones superiores; pero nunca puso un dedo sobre su yerno, quien, como se vio después, sobreviviría cómodamente a los dos.

Para Constantino, sin embargo, debió de ser una infancia miserablemente infeliz, llena de incertidumbre y miedo: un padre muerto, una madre tachada de concubina y dos veces exiliada, él mismo enfrentándose a constantes acusaciones de bastardía y obligado a aceptar en silencio la eliminación gradual de todos aquellos en quienes podía depositar su confianza. Todo esto habría sido bastante malo para un muchacho enfermizo y sensible, sin encontrarse solo, indeseado y sin amor en medio de una familia enorme y fundamentalmente hostil; y un matrimonio de conveniencia a la edad de trece años con un miembro de esa familia (una muchacha a la que apenas conocía) difícilmente pudo haber mejorado las cosas. Más tarde, es justo señalar, ese matrimonio resultó ser sorprendentemente feliz, con dos de los hijos de la pareja sucediendo finalmente a su padre en el trono; sea como fuere, no cabe duda de que el joven

emperador pasó su adolescencia en una soledad desesperada y en gran medida ignorado. Afortunadamente para él, su debilidad física fue compensada por una mente inusualmente vivaz y una amplia gama de intereses artísticos e intelectuales: parece haber sido un pintor talentoso, estaba fascinado por todo lo que podía descubrir sobre el gran mundo que se encontraba más allá de los confines inmediatos de la capital e incluso del Imperio, y pasaba horas y días estudiando las complejidades del ceremonial de la corte bizantina, el único tema que su posición, intolerable como era, le dio una oportunidad ilimitada de observar y sobre el cual su exhaustivo estudio, De Ceremoniis Aulae Byzantinae, sigue siendo nuestra autoridad más valiosa.

También tuvo la suerte de no poseer, al menos en aquellos primeros años, ni ambición política ni, por lo que se puede ver, mucho coraje moral. Sabiamente, no hizo ningún intento de imponerse. Cuando su suegro lo apartó a codazos como emperador principal; cuando en mayo de 921 Romano elevó a su hijo mayor Cristóbal a otro ocupante del trono; cuando, a la muerte de la augusta Teodora en febrero de 923, coronó a la esposa de Cristóbal Sofía en su lugar; cuando, dos años más tarde, elevó a dos hijos más, con lo que produjo un total un tanto ridículo de cinco emperadores simultáneos; incluso cuando en 927 proclamó a Cristóbal segundo después de él, relegando al Porfirogénito a la tercera posición en el Estado, en ninguna de estas ocasiones Constantino pronunció una palabra de protesta. El silencio, sin embargo, no significaba indiferencia: como muestran sus escritos posteriores, cada insulto sucesivo lo hería en lo más profundo, aunque se sospecha que ninguno más que el Tomus Unionis, cuyas insinuaciones se hicieron aún más difíciles de soportar por la estipulación de que debía leerse todos los años, el segundo domingo de julio, desde el ambón de cada iglesia del Imperio, y que debía conmemorarse anualmente en la capital con una procesión entre las iglesias de Santa Irene y Santa Sofía en la que todos los coemperadores, junto con el patriarca, estaban obligados a participar. Sin embargo, también en estas ocasiones, obedientemente y sin quejarse, Constantino hizo lo que se le pedía. Sabía que tenía un deber que tenía precedencia sobre todos los demás: sobrevivir.

«Tenemos buenas noticias para ti, hijo mío, que alegrarán tu corazón tanto como alegrarán el nuestro: la Iglesia de Dios está nuevamente unida». Así escribió el patriarca Nicolás a Simeón de Bulgaria, informándole del Tonus Unionis y del fin de la disputa entre su propio partido y el de los eutimianos. Simeón no estaba contento en absoluto. La Iglesia bizantina no le interesaba: sólo le importaba el trono, ese trono que siete años antes había estado casi a su alcance

pero que, desde que se lo apropió Romano Lecapeno, ahora parecía tan lejano como siempre. El emperador, desde el momento de su ascenso al trono, había hecho todo lo posible para restablecer las buenas relaciones con su turbulento vecino, al que estaba perfectamente dispuesto a comprar con un tributo anual o incluso, si era necesario, con una cesión del territorio imperial; pero Simeón no aceptó ninguna condición que no comenzara con la abdicación de Romano, y así continuaron las hostilidades. Los bizantinos volvieron a recurrir a su viejo truco de provocar disturbios en otras partes de la frontera enemiga, esta vez en Serbia, donde los príncipes locales, que luchaban por sacudirse el yugo búlgaro, estaban encantados de aceptar subsidios imperiales; pero la presión nunca se relajó por mucho tiempo. En 919, Simeón avanzó hacia el sur hasta el Helesponto; en 921 estaba de nuevo en Casasyrtae, a la vista de las murallas terrestres; en 922 avanzó hasta la orilla europea del Bósforo, infligió una humillante derrota a un ejército bizantino, saqueó toda la zona alrededor de Stenum (la moderna Istinye) y quemó uno de los palacios favoritos de Romano en Pegae[1]; mientras que en 923 recuperó Adrianópolis, a cuyo gobernador, Moroleón, castigó por su heroica resistencia torturándolo hasta la muerte.

1. Pegae plantea un problema. La palabra griega significa corriente o fuente. Según R. Janin, nuestra principal autoridad en la topografía de Constantinopla (Constantinople Byzantine, París 1950), había un Palacio «de la Corriente» justo fuera de la puerta del mismo nombre -actualmente Silivri Kapi- en las murallas de tierra, y otro «de las Corrientes» en el otro lado del Cuerno de Oro, en el barrio conocido hoy como Kasimpasa. Sin embargo, ninguna de estas ubicaciones puede conciliarse con el relato del Continuador de Teófanes, que lo asocia dos veces con el distrito de Stenum en el Bósforo. Seguramente no podría haber habido un tercer palacio con el mismo nombre o uno similar. ¿O está equivocado M. Janin?

Pero ninguno de estos pequeños triunfos le acercó a su objetivo final; por mucho daño que pudiera causar en Tracia, por muchas ciudades y pueblos que pudiera capturar o destruir, Constantinopla seguía siendo inexpugnable desde el lado de tierra. En 924, por tanto, decidió lanzar un ataque final, esta vez desde el mar. Él mismo no tenía flota, pero parecía posible que el califa fatimí del norte de África[2] pudiera estar dispuesto a poner su propia y magnífica armada a su disposición para una expedición conjunta, y en consecuencia envió una embajada a la corte de Mahdiya para discutir la idea. Estas propuestas iniciales fueron claramente alentadoras, y se acordó que las conversaciones debían continuar con Symcon en persona; pero cuando los embajadores zarparon hacia casa acompañados por una delegación árabe, fueron interceptados en alta mar por un escuadrón bizantino de griegos calabreses y escoltados bajo fuerte guardia hasta Constantinopla. Allí los búlgaros fueron internados; Pero Romano, sutil diplomático que era, colmó de regalos a los árabes y los envió de

vuelta a su califa con una promesa de paz y un tributo anual mucho más seguro que todo lo que se hubiera podido esperar de Simeón.

> 2. Los fatimíes comenzaron como un clan árabe chií que afirmaba descender de la hija del Profeta, Fátima, y de su esposo Alí. En 909, uno de sus miembros, Abu Abdullah, había expulsado al príncipe árabe de Kairuán e instalado en el poder al fatimí Obaidullah, que adoptó el título de Mahdi y desafió abiertamente la autoridad del califa abasí en Bagdad. Tras su conquista de Egipto en 969, los fatimíes gobernaron Egipto hasta 1171, cuando Saladino les puso fin.

No sabemos cuándo ni cómo llegó la noticia de esta desgracia a la corte búlgara. Es posible que, cuando en pleno verano de 924 Simeón condujo a su ejército -por lo menos la décima vez- a Tracia, esperara encontrar a la armada fatimí ya movilizada en el Mármara. Si fue así, se llevó una decepción. En cualquier caso, cambió de táctica. Según un precedente bien establecido, se podría haber esperado que ahora lanzara otra campaña de devastación en el país circundante; pero no lo hizo. En lugar de eso, envió a la ciudad una solicitud para reunirse con su viejo amigo el patriarca.

Una vez más, el anciano Nicolás —que ya tenía setenta y dos años y empezaba a decaer— se abrió paso con dificultad a través de la ciudad hasta las murallas, donde una de las puertas fue desatrancada con cautela para permitirle escabullirse hacia el campamento búlgaro. Esta vez, sin embargo, no lo hizo a escondidas, sino en compañía de varios distinguidos funcionarios de la corte; tampoco encontró al rey búlgaro de tan buen humor como once años antes. Para entonces, Simeón había decidido que ya no negociaría con inferiores. Si el patriarca estaba dispuesto a salir corriendo a sus órdenes, ¿por qué no iba a hacer lo mismo el emperador? Brevemente, informó a Nicolás de que desde que lo había convocado había cambiado de opinión. Si el Imperio quería la paz, sólo la discutiría con el propio Romano.

El emperador no puso objeción alguna. Siempre había preferido hablar a luchar y estaba decidido a poner fin a las constantes incursiones búlgaras. Sin embargo, quedaba pendiente la cuestión de la seguridad. No confiaba en Simeón más de lo que Simeón confiaba en él, y ninguno de los dos había olvidado lo que había sucedido en el encuentro entre el kan Krum y León V un siglo antes. Así pues, se construyó un gran muelle en Cosmidium, en el extremo norte del Cuerno de Oro, que se adentraba en el agua con una valla que se extendía transversalmente por el medio. Se acordó que Simeón se acercaría por el lado de tierra, mientras que Romano navegaría por el Cuerno en su barcaza imperial; la barrera permanecería entre ellos durante toda la conversación.

1. El Eyup moderno. El pueblo bizantino debe su nombre al gran monasterio de los Santos Cosmas y Damián, del que, por desgracia, ya no queda ni un ladrillo.

El encuentro tuvo lugar el jueves 9 de septiembre.[2] Simeón llegó con gran fanfarronería y gran pompa, acompañado de una numerosa escolta a la que ordenó ostentosamente que examinara a fondo las medidas de seguridad antes de acercarse a la valla. Romano, que iba acompañado del patriarca, parecía, en cambio, pensativo y sereno; llevaba consigo la reliquia más sagrada de la ciudad, el manto de la Santísima Virgen, que había tomado prestado de su iglesia en Blaquernas como muestra de la importancia que atribuía a la ocasión. Y así, tras otro breve retraso durante el cual se intercambiaron rehenes, los dos monarcas finalmente se encontraron cara a cara.

2. Se ha discutido mucho sobre la fecha, e incluso sobre el año. Yo sigo a Sir Steven Runciman (The Emperor Romanus Lecapenus, págs. 146-148), quien dedica un apéndice completo a la cuestión y plantea lo que a mí me parece un argumento incontestable.

Las fuentes que utilizamos para el debate que siguió son todas griegas e inevitablemente parciales; sin embargo, parece haber pocas dudas de que estuvo dominado por Romano, quien, al estilo típicamente bizantino, invitó a su adversario a un sermón: en lugar de pedir la paz como Simeón esperaba, apeló a su mejor naturaleza como cristiano y lo presionó fervientemente para que enmendara su conducta mientras aún había tiempo. Es cierto que también sugirió aumentar su propio tributo anual; pero la propuesta fue incorporada tan hábilmente a la homilía que muchos de sus oyentes pueden haberla pasado por alto. Incluso para aquellos que se dieron cuenta, debe haber sonado menos como una concesión que como un precio que un benevolente patrón ofrecía voluntariamente por la salvación del alma de un pecador.

Fue, según todos los indicios, una actuación magistral, y tuvo un éxito mayor del que el emperador o el patriarca hubieran podido esperar. Romano habló, como todos sabían, desde una posición de debilidad: era él, no el búlgaro, quien pedía la paz. Como hijo, además, de un campesino armenio, sus orígenes eran considerablemente más humildes que los de Simeón, que podía jactarse de una orgullosa ascendencia de kanes que se remontaba al menos cuatro generaciones hasta el gran Krum, y posiblemente mucho más atrás. Pero, cuando habló, lo hizo con la majestuosidad y la autoridad del milenario Imperio Romano, comparado con el cual Bulgaria no era todavía más que un principado advenedizo de bárbaros semicivilizados. Y Simeón lo sabía.

En ese momento se vieron dos águilas en el cielo, primero volando juntas y luego separándose de repente, una para continuar sus amplios círculos sobre las torres de Constantinopla mientras la otra se dirigía hacia el oeste, en dirección a Tracia. Ninguno de los que lo vieron podía dudar de que se trataba de una señal; y su significado era inequívoco. Por mucho que se esforzara, Simeón nunca sería señor de Bizancio: en la península de los Balcanes habría dos gobernantes, no uno.

Después de eso, no hubo mucho más que decir. Los detalles del subsidio que el propio Romano había propuesto pronto se concretaron. Debía incluir un regalo anual de 100 scaramangia (esas túnicas de seda ricamente bordadas que se contaban entre los mayores lujos que incluso Constantinopla podía ofrecer), a cambio de lo cual Simeón aceptó retirarse del territorio imperial y de las fortalezas que había capturado en la costa del Mar Negro. Luego se alejó en silencio de la cerca, volvió a montar en su caballo y cabalgó de regreso a su patria. Nunca más invadió el Imperio.

Esto no quiere decir que se hubiera reformado. Tenía ya más de sesenta años y había ocupado el trono durante más de treinta: no se podía esperar que el viejo leopardo cambiara por completo sus manchas. Sin embargo, ya no soñaba con reinar en Constantinopla; y su casi patética asunción en 925 del título de basileo -añadiendo las palabras "de los romanos y los búlgaros" por si acaso- fue, a su manera, una admisión de derrota: la acción no de un estadista sino de un niño malcriado y petulante. Como Romano observó muy sensatamente, Simeón podía llamarse califa de Bagdad si quería. Al año siguiente, mostrando el mismo espíritu de desafío impotente, Simeón declaró por fin la independencia de la Iglesia búlgara, elevando a su arzobispo al rango de patriarca. Nicolás se habría horrorizado de ver que su vieja pesadilla se hacía realidad por fin; pero Nicolás había muerto en mayo de 925, y a nadie más parecía importarle demasiado. De Constantinopla no llegó ni una sola palabra de protesta, hecho que, como podemos imaginar, causó en sí mismo no poca irritación a Simeón.

Pero Simeón intentaba no pensar en Constantinopla. En cambio, había centrado su atención en sus enemigos en Occidente: los serbios y, más allá de ellos, el reino marítimo y militarista de Croacia. A los primeros los aplastó fácilmente, pero los segundos contraatacaron y en 926 destruyeron casi por completo el ejército búlgaro. Simeón nunca se recuperó. Obligado a aceptar una paz humillante, siguió adelante a trompicones hasta la primavera del año siguiente; pero el espíritu lo

había abandonado y el 27 de mayo de 927, desilusionado y decepcionado, murió a los sesenta y nueve años.

> 1. Los bizantinos siempre creyeron que fueron ellos, y no los croatas, los responsables de su muerte. Según el Continuador, un astrólogo informó a Romano de que una de las estatuas del Foro era el stoicheion de Simeón (véase pág. 122). Enseguida hizo que la decapitaran y Simeón murió en el acto.

Simeón dejó tras de sí claras órdenes sobre la sucesión: la corona búlgara debía recaer en el mayor de los tres hijos de su segundo matrimonio, un muchacho llamado Pedro, durante cuya minoría de edad su tío materno, un tal Jorge Sursubul, actuaría como regente. Sin embargo, las regencias son cosas peligrosas -sobre todo cuando siguen a un gobernante tan fuerte como Simeón- y Jorge pronto se dio cuenta de que, si quería sobrevivir, debía consolidar el reciente entendimiento con Bizancio mediante un tratado de paz más formal, cimentado, a ser posible, mediante una alianza matrimonial. Envió embajadores a Romano, que respondió con presteza; y en una conferencia celebrada poco después en la ciudad fronteriza de Mesembria, se llegó rápidamente a un acuerdo. El emperador y su séquito regresaron entonces a Constantinopla, adonde los siguió la delegación búlgara y donde Jorge fue presentado a la joven María Lecapena, hija del hijo mayor de Romano, Cristóbal, que quedó encantado con ella. Cuando sus indagaciones provisionales se encontraron con respuestas alentadoras, mandó llamar inmediatamente a su sobrino para que se uniera a él.

> 2. El hijo de Simeón de su primer matrimonio, Miguel, fue enviado a un monasterio por razones desconocidas. De los dos hermanos carnales de Pedro, el más joven, Benjamín, se convertiría en uno de los primeros -y ciertamente el más aristocrático- de esa larga y notoria estirpe de hombres lobo de los Balcanes, "tan hábil en el arte de la magia que podía transformarse de repente ante los ojos de los hombres en un lobo o en cualquier otra bestia que quisieras". (Liudprando de Cremona, Anopodoris, III, 29.)

La boda imperial -la primera en más de quinientos años que una princesa bizantina se casaba fuera del Imperio- se celebró en el palacio de Pegas el 8 de octubre, sólo cuatro meses y medio después de la muerte de Simeón. La pareja fue debidamente bendecida por el patriarca Esteban II -que había sucedido a Nicolás en 925, ya que el hijo del emperador, Teofilacto, se consideraba, a la edad de ocho años, todavía demasiado joven para el cargo- y la novia, ahora rebautizada como Irene en honor a la paz, regresó brevemente a Constantinopla (por razones probablemente ginecológicas) mientras Pedro esperaba en Pegas. Sólo tres días después se reunió con él para el suntuoso banquete de bodas. Entonces, entre lágrimas -porque ella, como su marido, era todavía poco más que una niña, nunca había salido de

casa y no podía tener idea de la vida que la esperaba en la tierra bárbara a la que se dirigía-, se despidió de su familia con un beso y emprendió con un gran tren de equipaje el largo camino hacia el noroeste.

Los cronistas quedaron tan deslumbrados por el esplendor de las celebraciones nupciales que no nos dicen prácticamente nada sobre el tratado de paz que se firmó al mismo tiempo. Parece que hubo uno o dos pequeños ajustes territoriales, junto con disposiciones para el pago a Pedro de un tributo anual, que puede haber sido simplemente una confirmación de lo que ya habían acordado Simeón y Romano en el Cuerno de Oro, pero que ahora aparentemente incluía una condición adicional de que debería ser pagadero solo durante la vida de María Irene, en cuyo caso puede haber sido nada más que un subsidio para garantizar que ella pudiera mantener un grado de estado apropiado para una princesa bizantina.[1] Finalmente, y aquí las fuentes contemporáneas no dejan lugar a dudas, Romano aceptó formalmente reconocer la independencia del Patriarcado búlgaro y el título imperial de Pedro de zar, o, en griego, basileus. La primera de estas obligaciones no le preocupaba demasiado: la independencia del Patriarcado era, después de todo, un hecho consumado y, aunque irritaba levemente a Constantinopla, privaba de hecho a los búlgaros de una de sus amenazas chantajistas favoritas, la de la secesión hacia Roma. La segunda debe haber sido un poco más difícil de digerir; sin embargo, en la práctica, simplemente fue ignorada. No fue hasta que Constantino Porfirogénito asumió el poder efectivo en 945 que se dirigió a Pedro con algo más elevado que archon - 'gobernante' - en misivas desde el Bósforo.

1. Esa al menos es la hipótesis de Sir Steven Runciman (The Emperor Romanus Lecapenus, p. 99), quien sugiere -quizás un poco cruelmente- que el dinero en realidad habría sido utilizado "para pagar a la embajadora o espía con título que el Emperador mantenía en la corte búlgara".

Romano era, ante todo, un realista. El tratado de paz que había firmado no dejaba lugar a dudas: aunque no había habido un vencedor absoluto en la guerra búlgara, los búlgaros habían salido airosos. Se podría decir que, con una diplomacia paciente y persistente, podría haber logrado términos más favorables, pero el juego no merecía la pena: en aras de un acuerdo rápido y sin disputas, con una alianza matrimonial como garantía adicional de una amistad duradera con los búlgaros, estaba dispuesto a aceptar algunas humillaciones menores. En los primeros cuatro años de su reinado, con dos revueltas abiertas a las que enfrentarse (una en Apulia y la otra en el tema caldeo, en el extremo nordeste) y nuevas

conspiraciones descubiertas cada pocos meses, nunca podría haberse permitido semejante lujo; pero ahora había consolidado su posición. Todos los funcionarios del gobierno y de la corte que se habían opuesto a él habían sido enviados al exilio o confinados en monasterios; todos los puestos clave estaban ahora en manos de uno de sus propios partidarios. La marina lo respaldaba con un solo hombre, junto con la inmensa mayoría del ejército. La Iglesia, bajo un nuevo y servil patriarca, no le causó más problemas. El propio Romano no sólo era el emperador coronado y ungido, sino también el jefe de una numerosa familia imperial, cuyo único rival posible estaba completamente bajo su control y, por cierto, su yerno. Por fin estaba seguro.

Además, un año o dos después de la muerte de Simeón, se hizo evidente que Bulgaria era una fuerza agotada. Nunca podría haber llegado a ser verdaderamente grande hasta que hubiera conquistado Bizancio, y Bizancio había demostrado una vez más ser invencible. Simeón no había tenido más opción que dar la espalda, una y otra vez, a aquellas tremendas murallas, y agotarse en cambio contra las tribus de los Balcanes y las estepas; y ésta era una guerra que nunca podría ganar. El joven Pedro, en cualquier caso, aparte de ser el yerno del emperador bizantino, no poseía nada de la agresividad natural de su padre. Aunque infinitamente superior en su vida moral (muchos de sus súbditos lo consideraban un santo), iba a demostrar ser un gobernante débil e ineficaz, que en un reinado de cuarenta y dos años nunca aprendió a controlar a sus boyardos, y menos aún a mantener unido su reino. Así, durante medio siglo, Bulgaria no volvería a dar al Imperio ningún motivo de preocupación; y cuando por fin un nuevo gobernante, representando una nueva dinastía, iba a desafiar una vez más la autoridad de Constantinopla, se encontraría frente a un adversario digno de su acero.

La paz búlgara permitió finalmente a Romano Lecapeno concentrar sus energías en Oriente, una región infinitamente más vital para la salud y la seguridad de Bizancio de lo que jamás podrían ser los Balcanes. Allí se encontraban los campos y las granjas más ricos y fértiles, allí estaba la reserva humana aparentemente inagotable que durante siglos había proporcionado al Imperio los hombres de guerra más firmes y robustos. Allí –y lo más importante de todo– se encontraba la primera línea de la cristiandad, de cuya integridad e inviolabilidad dependía toda Europa.

En torno al año 900, León VI había logrado anexionarse las tierras de un pequeño príncipe armenio, Manuel de Teces, que -con la

adición de una o dos ciudades vecinas- había incorporado a un nuevo thema al que llamó Mesopotamia.[1] Con esta excepción no muy importante, la frontera oriental del Imperio había permanecido, en el momento de su muerte, sustancialmente igual que durante los dos últimos siglos. Las incursiones, por parte de ambos bandos, habían sido una institución desde hacía mucho tiempo; rara vez pasaba un verano sin que un bando lanzara al menos una expedición naval o militar contra el territorio del otro. Pero estas expediciones, aunque a menudo involucraban fuerzas de tamaño considerable, estaban motivadas más por el deseo de saqueo y pillaje que de expansión territorial, y en su mayor parte tenían poco efecto a largo plazo.

1. Sin embargo, no se trata exactamente de la zona a la que se aplica habitualmente hoy el nombre de «entre los ríos». Los dos ríos a los que se hace referencia aquí no son el Éufrates y el Tigris, sino los dos brazos principales del Éufrates.

En 923, se nombró comandante en jefe del ejército a uno de los generales más brillantes que Bizancio había producido jamás. Juan Curcuas -conocido a veces por su nombre de pila, Gourgen- era, como el propio emperador, un armenio del extremo norte: la región que hoy conocemos como Georgia. Los dos eran, por lo que sabemos, viejos amigos; Curcuas había sido el principal responsable de la captura de todos los elementos potencialmente subversivos en la capital en el momento en que Romano tomó el poder, y durante el siguiente cuarto de siglo ningún hombre en el Imperio iba a prestarle a su amo un servicio más leal o devoto. En el primer año de su mando, la única victoria destacada fue, de hecho, naval más que militar: la derrota final del pirata renegado León de Trípoli, el destructor de Tesalónica diecinueve años antes; y en 924, para tratar mejor con Simeón, Romano firmó una paz de dos años con el califa. Pero a partir de 926, con la amenaza búlgara a sus espaldas, estaba dispuesto a enfrentarse a los árabes; y durante los dieciocho años siguientes, el cariz de la lucha en Oriente, que se había prolongado durante siglos y hasta entonces no había sido decisiva, cambió por completo. Desde los primeros días de la conquista sarracena, la iniciativa había permanecido firmemente en manos de las fuerzas del islam. Después de su primer ataque, no habían hecho ningún otro avance importante; pero aunque los bizantinos habían logrado varias victorias notables bajo el mando de Miguel III en el siglo anterior, nunca se había planteado la posibilidad de una invasión a gran escala de territorio tradicionalmente sarraceno. Los primeros seis años de las campañas de Curcuas tuvieron como objetivo la consolidación de la autoridad imperial en Armenia y terminaron en 932 con la captura de Manzikert: una ciudad que más tarde adquiriría una importancia

terrible en la historia bizantina, pero que en ese momento, junto con Percri, Khelat (la moderna Ahlat) y otras ciudades en la costa norte del lago Van o en sus alrededores, simplemente le permitían controlar los caminos hacia Armenia central y el distrito más meridional de Vaspurakan. Sólo dos años después, el 19 de mayo de 934, se produjo un triunfo aún mayor: la captura de Melitene, el primer emirato árabe importante en incorporarse al Imperio.

Los años siguientes fueron menos agitados, en gran parte debido a una contraofensiva por parte del poderoso emir hamdaní de Mosul, Sai'f ed-Daula, "Espada del Imperio". Hacia 940, Saif estaba causando una gran ansiedad a Curcuas; y las cosas podrían haber tomado un giro radicalmente diferente si una nueva crisis en Bagdad -donde el califato abasí se estaba desintegrando rápidamente- no lo hubiera obligado a regresar a la capital. Para los bizantinos, su buena suerte resultó ser incluso mayor de lo que imaginaban: si el emir hubiera mantenido la presión, les habría resultado muy difícil hacer frente al rayo absolutamente inesperado que cayó sobre ellos, de un cielo aparentemente azul, durante el verano siguiente.

En el año 941, puede que todavía hubiera ancianos vivos en Constantinopla que recordaban las historias de sus padres sobre la terrible —aunque afortunadamente de corta duración— incursión rusa en la ciudad ochenta y un años antes.[1] En aquellos días, los rusos habían sido una colección primitiva y bastante heterogénea de tribus principalmente eslavas, unidas por una aristocracia feudal, probablemente escandinava; en el período intermedio, sin embargo, habían recorrido un largo camino —tanto literal como figurativamente—. En 882 o por esa fecha, el vikingo Oleg se había dirigido al sur desde Novgorod y había navegado por el Dnieper hasta Kiev, que había capturado y convertido en la capital de un nuevo estado ruso; desde entonces, el comercio se había expandido constantemente y, en lo que respecta a Bizancio, había sido regulado por un tratado comercial firmado con León VI en 911, según el cual se concedería un trato preferencial —aunque con ciertas salvaguardas— a todos los comerciantes rusos en Constantinopla. El cronista eslavo conocido -erróneamente- con el nombre de Néstor sostiene que este tratado tenía por objeto resolver las cosas después de que Oleg había lanzado una inmensa expedición por tierra y mar, con 2. 000 barcos y un número no especificado de hombres, contra la ciudad cuatro años antes, en 907; incluso relata cómo, en un momento dado durante la lucha, había llevado sus barcos en rodillos por la colina de Pera y los había bajado al Cuerno de Oro, tal como haría Mehmed II en 1453. Esta incursión no es mencionada por ninguna otra fuente y es casi con

certeza apócrifa; de todos modos, Oleg había muerto al año siguiente y había sido sucedido por Ígor, hijo de Rurik, como Gran Príncipe de Kiev.

1. Véanse las páginas 66-8.

Pero la armada que Ígor envió a principios de junio de 941 era demasiado real.

En esta ocasión, los cronistas griegos cifran en diez o, en un caso, en quince mil el número de barcos de la flota rusa; Liudprando de Cremona, por otra parte (cuyo padrastro, entonces embajador italiano en Constantinopla, pudo darle un relato de primera mano de lo ocurrido), habla, con bastante más moderación, de mille et eo amplius («mil y más»), y casi con toda seguridad se acerca bastante más a la realidad. Sin embargo, cuando Romano se enteró por primera vez de la llegada de los rusos por sus amigos búlgaros, se le hundió el corazón: su ejército estaba en la frontera oriental, su armada dividida entre el Mediterráneo y el mar Negro. Se enviaron mensajes urgentes a ambos, con órdenes de regresar de inmediato; mientras tanto, los carpinteros de barcos trabajaban a toda hora tratando de poner en forma la única embarcación que podía movilizarse en la capital: una patética colección de quince cascos antiguos, destinados desde hacía tiempo al desguace, pero afortunadamente aún no desmantelados. Los navíos fueron cargados hasta las bordas con fuego griego y enviados, bajo el mando del protovestiario Teófanes, a bloquear el Bósforo en su extremo norte. Teófanes llegó justo a tiempo: en la mañana del 11 de junio la flota rusa apareció en el horizonte. Atacó de inmediato.

Es imposible exagerar la importancia del fuego griego en la historia bizantina. Una y otra vez, en innumerables enfrentamientos navales, había arrebatado la victoria a una derrota casi segura. Para las flotas sarracenas era algo muy familiar, aunque nunca habían encontrado un arma eficaz contra él. Para los rusos, en cambio, fue una sorpresa total. Cuando el primero de sus barcos quedó envuelto en llamas, el resto se alejó abruptamente de la desembocadura del Bósforo y se dirigió al este a lo largo de la costa del Mar Negro de Bitinia; allí desembarcaron en masa, descargando en las ciudades y pueblos marítimos toda su ira y frustración contenidas por haber sido bloqueados de la capital y perpetrando horrores indecibles contra las poblaciones locales, especialmente, según nos cuentan, contra el clero, algunos de los cuales fueron utilizados para prácticas de tiro mientras que otros, aún menos afortunados, recibieron pinchos de hierro que les atravesaron el cráneo.

Durante muchas semanas el terror continuó, pero el gobernador militar del tema de Armeniakon, Bardas Focas, se apresuró a llegar al lugar con sus reclutas locales y mantuvo a los merodeadores ocupados lo mejor que pudo hasta que llegara el ejército principal bajo el mando de Curcuas. La flota también estaba en camino y, a medida que llegaba cada nuevo escuadrón, se lanzaba, tal como lo había hecho Teófanes, directamente al ataque. Antes de que transcurrieran muchos días, los rusos eran los que estaban a la defensiva: habían fracasado en su objetivo principal, se acercaba el otoño y cada vez estaban más ansiosos por zarpar hacia casa. Pero era demasiado tarde. La flota bizantina se había formado en gran número entre ellos y el mar abierto y se acercaba lentamente. A principios de septiembre hicieron un intento desesperado de atravesar el bloqueo hacia el noroeste, en dirección a Tracia; una vez más, Teófanes fue demasiado rápido para ellos. De repente, todo el mar se incendió con lo que la crónica de Néstor describe como "fuego alado"; los barcos rusos ardieron como cerillas. Las tripulaciones saltaron por la borda a centenares, pero no había muchas esperanzas para ellas: los más afortunados fueron arrastrados hasta el fondo por el peso de sus armaduras, mientras que el resto encontró la muerte en el agua cubierta de petróleo, que ardía con tanta fuerza como los barcos de los que se habían arrojado. Pocos, muy pocos, escaparon del infierno y regresaron para comunicar la noticia de la catástrofe a su amo. Sin embargo, en Constantinopla hubo un regocijo salvaje: Teófanes fue recibido como un héroe y ascendido en el acto al rango de parakoimomenos. En lo que respecta a los prisioneros rusos, parece que por una vez Romano no mostró piedad, lo que tal vez no sea sorprendente, en vista de los ultrajes de los que habían sido responsables. Si hay que creer a Liudprand,[1] todos fueron ejecutados en presencia de su padrastro, aunque en ninguna parte se explica por qué un embajador pacífico tuvo que ser llamado a presenciar un procedimiento tan desagradable.

1. Aunque Liudprand probablemente tenga razón sobre el tamaño del armamento ruso, hay que decirlo, no siempre se puede confiar en él.

Pero las dificultades de Romano con los rusos no acabaron ahí. Tres años después, Igor lo intentó de nuevo, esta vez con una operación anfibia, para la que había movilizado a miembros de prácticamente todas las tribus de sus dominios, por no hablar de una gran fuerza de mercenarios pechenegos. Como en la ocasión anterior, el emperador recibió un aviso previo: los búlgaros informaron de la llegada del ejército terrestre, mientras que los habitantes de Cherson, en Crimea, le enviaron una descripción espeluznante de una flota tan grande que los barcos cubrían toda la superficie del mar. Romano, sin embargo, no tenía intención de luchar si podía evitarlo. Su reciente

victoria, por completa que fuera, se había obtenido tras mucho derramamiento de sangre y devastación; además, su ejército estaba de nuevo en Mesopotamia, aún más lejos de la capital que en la última ocasión. No estaba en absoluto seguro de poder recuperarlo a tiempo y, en cualquier caso, se mostraba reacio a retirarlo de una campaña que estaba demostrando ser extraordinariamente exitosa. En lugar de ello, decidió enviar embajadores a Ígor, que dirigía la fuerza terrestre, para negociar un acuerdo. Se encontraron con el Gran Príncipe en el Danubio y, sencillamente, lo compraron, mientras que otra dádiva satisfizo a los pechenegos, que estaban encantados de devastar Bulgaria.

En la primavera siguiente llegó una delegación de Kiev para firmar un nuevo tratado político y comercial. Redactado en nombre de Ígor, por un lado, y de Romano y todos sus coemperadores, por el otro, y transcrito textualmente en la crónica de Néstor, establecía un conjunto detallado de condiciones que regulaban el comercio entre los dos estados, los deberes y responsabilidades que debían aceptarse y los privilegios que debían disfrutar los comerciantes de cada uno en los territorios del otro. El artículo II, por ejemplo, establecía que los rusos que desearan entrar en Constantinopla sólo podían hacerlo en grupos desarmados de hasta cincuenta a la vez, acompañados por un representante imperial; cualquier mercancía comprada por más de 50 zolotniki se entregaría bajo fianza y se cobrarían impuestos especiales.[1] Otros artículos se referían al tratamiento de los esclavos fugitivos, los acuerdos de extradición, los castigos por los crímenes cometidos por los rusos en el Imperio o los bizantinos en Rusia y, en caso de amenazas de una tercera potencia, el deber de cada uno de los firmantes de enviar ayuda inmediata e ilimitada al otro. Después de que el emperador hubiera puesto su sello, los rusos regresaron a Kiev acompañados de representantes imperiales autorizados para firmar los documentos de ratificación una vez que el gran príncipe hubiera dado también su aprobación. Ambas partes estaban muy satisfechas con lo que habían logrado y así podía ser: las relaciones entre Rusia y Bizancio se mantendrían tranquilas durante un cuarto de siglo.

1. El valor aproximado de un zolotnik se puede calcular a partir del artículo V, que prescribía los rescates que debían pagarse por los prisioneros rusos. Un joven físicamente apto o una muchacha bonita podían ser rescatados por 10 zolotniks; una persona de mediana edad, por 8; los ancianos y los niños, por 5.

Inmediatamente después de la destrucción de la flota rusa en 941, Juan Curcuas había conducido a su ejército de vuelta al este. Para su alivio, había encontrado todas sus antiguas posiciones intactas: su principal enemigo, Sai'f ed-Daula, seguía detenido en

Bagdad con el califato en decadencia, y todo parecía preparado para la continuación de la ofensiva interrumpida. Por tanto, a principios de 942, invadió la provincia de Alepo, donde, aunque no logró capturar la ciudad, tomó prisioneros en una cantidad estimada por las propias fuentes árabes en diez o quince mil. En pleno verano estaba de nuevo en territorio imperial, descansando a sus tropas, rearmándose y avituallándose; y luego, cuando se acercaba el otoño (ya que el clima sirio, a diferencia del armenio, permite hacer campaña durante todo el año), partió nuevamente, en un enorme bucle en el sentido de las agujas del reloj que lo llevó más allá del lago Van y luego hacia el oeste hasta la gran ciudad fortaleza de Amida a orillas del Tigris.1 Desde aquí giró nuevamente al sureste hasta Nisibin, y de allí al oeste hasta Edesa.

1. La ciudad, conocida actualmente como Diyaibakir, ha conservado casi todas sus enormes murallas medievales, de más de seis kilómetros de circunferencia. Los inmensos relieves islámicos que hay sobre la Puerta de Harput, en el lado norte, datan casi con certeza del año 910, por lo que, en la época de la que estamos hablando, ya llevaban casi cuarenta años en su lugar.

Edesa, aunque había caído en manos del islam en el año 641, durante la primera oleada de conquistas musulmanas, podía jactarse de una larga y venerable historia como ciudad cristiana. En el siglo V había sido un refugio para los nestorianos expulsados del Imperio tras el Concilio de Éfeso[2], y más tarde iba a prestar un servicio similar a los monofisitas perseguidos. Sin embargo, para el cristiano medio oriental del siglo X, Edesa era famosa sobre todo por sus dos posesiones inestimables: la carta que el enfermo rey Abgar I había recibido de Jesucristo en respuesta a una invitación para que fuera a Edesa y lo curara, y el propio retrato del Salvador, milagrosamente impreso en un paño[3]. Se sabía que ambos objetos eran falsos (no se tiene noticia del retrato en ninguna parte antes del siglo V, mientras que la carta había sido declarada falsa por el papa Gelasio en el año 494), pero sus leyendas se habían negado a morir; Y hacia el siglo X parece que había no menos de tres retratos rivales en la ciudad, en poder respectivamente de los jacobitas, los nestorianos y los melquitas, cada uno de ellos afirmando que el suyo era auténtico.[4]

2. Ver *Bizancio: Los primeros siglos, pág. i48n.*

3. Esta tradición parece haber sido el origen de la leyenda de la Verónica, que no vuelve a aparecer propiamente hasta el siglo XIV, y entonces en Francia, adonde probablemente la trajeron de vuelta los cruzados. Compárese también con el Santo Sudario de Turín.

4. El relato más completo de la carta y del retrato, junto con mucha más información sobre una de las ciudades antiguas más fascinantes, lo ofrece J. B. Segal (Edessa, 'The Blessed City', Oxford 1970).

En cuanto a Juan Curcuas, sin embargo, sólo había una, y estaba decidido a conseguirla. Por tanto, envió un mensaje a los habitantes ofreciendo la paz y el regreso de todos sus prisioneros a cambio de la famosa imagen. Esto puso a los habitantes de Edesa en un dilema. La gran mayoría de ellos eran musulmanes devotos, pero a los ojos del Islam Jesús era uno de los «próximos a Dios» y, en consecuencia, su retrato era un encargo sagrado. Una decisión tan importante, respondieron, debía ser remitida al califa en persona; ¿sería entonces tan amable el general de esperar hasta recibir instrucciones? Curcuas estuvo de acuerdo; después de todo, tenía mucho trabajo por hacer. Pasó la mayor parte del año siguiente devastando grandes áreas de Mesopotamia y capturando varias ciudades, incluidas Dara y Ras al-Ain (donde tomó otros mil prisioneros); luego regresó a Edesa a esperar.

En la primavera de 944 los edesasanos recibieron su respuesta. Como era evidente que no había otra manera de salvar la ciudad -y, sin duda, muchas de sus propias vidas- contaban con la autorización de su califa para entregar la imagen. Con gran ceremonia fue sacada de la ciudad y puesta reverentemente en manos de Curcuas, quien inmediatamente la envió, con fuerte escolta, a Constantinopla. A principios de agosto llegó a la orilla asiática del Bósforo, donde fue recibida por el parakoimomenos Teófanes y llevada personalmente por él al Emperador en Blaquernas; sólo unos días después, en la festividad de la Dormición de la Virgen,[1] hizo su entrada solemne en la capital por la Puerta Dorada. Allí fue recibida formalmente por los tres jóvenes coemperadores que aún sobrevivían -Cristóbal había muerto en 931 y Romano estaba demasiado enfermo para asistir- junto con el Patriarca; después de lo cual fue llevada triunfalmente por las calles hasta Santa Sofía. Sin embargo, se cuentan dos momentos embarazosos. El primero fue cuando los dos hijos de Romano no lograron distinguir en absoluto los rasgos del Salvador en el lienzo, aunque éstos eran perfectamente claros para el Porfirogénito; el segundo, cuando un supuesto loco, entre la multitud que aclamaba, gritó de repente: «¡Constantinopla, acepta la gloria y la bendición; y tú, Constantino, acepta tu trono!».

1. La Dormición de la Virgen es el equivalente en la Iglesia Oriental de la Asunción, y se celebra el mismo día, 15 de agosto.

En realidad, no había nada de loco en esta exhortación, que la gran mayoría de los que la oyeron debieron aprobar calurosamente, pues ya estaba claro que los días de la casa de Lecapeno estaban contados. Romano ya no era el hombre que había sido. A sus setenta y tantos años, estaba siguiendo el camino de tantos de sus predecesores,

pasando más tiempo con monjes que con ministros, perdiendo gradualmente su control sobre los asuntos de Estado a medida que se hundía cada vez más en una religiosidad mórbida. Sentía que la muerte se acercaba y su conciencia estaba preocupada. Es cierto que había sido un emperador muy trabajador y, en general, exitoso, pero el hecho era que no había tenido ningún derecho al trono, que había adquirido mediante perjurio y engaño, privando al emperador legítimo de todo poder, salvo el nominal, durante un cuarto de siglo y promoviendo a sus propios hijos, que eran unos inútiles, al rango imperial.

Eran unos inútiles, o al menos dos de ellos. El mayor, Cristóbal, había demostrado cierto grado de promesa y podría haber resultado digno de su padre si hubiera vivido para sucederle; pero los dos hermanos menores, Esteban y Constantino[1], eran famosos por su inmoralidad y corrupción, características que combinaban con un desastroso apetito por la intriga. Ya en 943 habían actuado contra Juan Curcuas —de cuyo poder y popularidad se habían vuelto irrazonablemente celosos— y habían logrado disuadir a su padre de casar a su nieto mayor sobreviviente, Romano (hijo de Constantino Porfirogénito y Helena), con la hija de Curcuas, Eufrosina, como había esperado mucho hacer. Hacia finales del año siguiente llevaron su campaña un paso más allá, obligando a Romano a llamar al general más exitoso del siglo en medio de una expedición triunfal y reemplazarlo por uno de sus propios parientes, Panterano, quien se las arregló para que en pocos meses todo su ejército fuera destrozado.

1. Gibbon lo llama Constantino VIII, pero la mayoría de los historiadores posteriores lo han considerado indigno de ser considerado emperador por derecho propio y han reservado este título para el hermano y coemperador de Basilio II, quien, como veremos, era muy poco mejor.

La prontitud con que el viejo emperador se sometió a las exigencias de sus hijos es una indicación bastante clara de su propia decadencia. Supersticioso como los marineros y sin educación, había triunfado en virtud de una inmensa capacidad para el trabajo duro, una confianza inquebrantable en sí mismo y una buena dosis de sentido común. Ahora, parecía que las tres cosas lo habían abandonado. Aterrorizado por la muerte, no tenía más que una preocupación: la salvación de su alma. Alentado por una multitud de consejeros espirituales, recurrió a medidas cada vez más desesperadas para lograr este fin. En una ocasión condonó todas las rentas del gobierno en Constantinopla y canceló todas las deudas, con un coste espantoso para el tesoro imperial; en otra decretó la expulsión de todo judío y armenio que no abrazara inmediatamente la fe ortodoxa. Casi

su única acción sensata de estos últimos años tristes fue hacer un nuevo testamento, en el que confirmó expresamente la superioridad de Constantino Porfirogénito sobre sus propios hijos, eliminándolos así del poder después de su muerte.

En efecto, era sensato en lo que se refiere a las disposiciones del testamento. Al decidir hacerlas públicas, Romano cometió uno de los grandes errores de su vida, pues no dejó a sus hijos la menor duda de que, a menos que actuaran con rapidez y decisión, estaban perdidos. En vista de su historial, si Constantino se convertía en emperador, ¿qué podían esperar? ¿El destierro? ¿La castración? ¿La reclusión forzosa en un monasterio? No era imposible que les sobreviniera un destino peor. Sólo había una alternativa: un golpe de Estado. Y así, cinco días antes de Navidad del año 944, durante el período del mediodía en que las oficinas gubernamentales estaban cerradas, los dos jóvenes lecapeno y sus partidarios se deslizaron hacia el Gran Palacio y se dirigieron rápidamente a la cámara donde el anciano emperador yacía en su lecho de enfermo. No ofreció resistencia cuando lo llevaron al pequeño puerto de Bucoleon, donde lo esperaba un pequeño barco; Y unos minutos después, sin que nadie se alarmara, Romanus se dirigía a Proti (hoy Kmah), la más cercana de las Islas Príncipe. Allí fue tonsurado y obligado a tomar los votos monásticos, algo que, se sospecha, hizo con mucho gusto.

Cuando sus hijos regresaron a tierra firme, toda Constantinopla estaba alborotada. A nadie le importaba demasiado Romano; no lo habían tratado mal y, aunque no era impopular, nunca se había olvidado el modo en que se había apoderado del trono. El nombre que ahora estaba en boca de todos era el de Constantino Porfirogénito. ¿Dónde estaba? Al poco tiempo, multitudes furiosas y suspicaces se habían reunido a las puertas del palacio. Sólo después de que Constantino se asomara a una ventana, sano y salvo, aunque algo desaliñado,[1] aceptaron dispersarse.

1. Crines solutus, escribe Liudprand, «con el pelo suelto». ¿Por qué, se pregunta uno, se habría producido algún tipo de lucha?

En esto había algo que los conspiradores jamás habían sospechado, probablemente como tampoco él mismo: Constantino era amado por su pueblo. Nunca se había propuesto ganarse su afecto; por el contrario, se había mantenido deliberadamente en un segundo plano, apareciendo en público sólo cuando el protocolo estatal lo obligaba a hacerlo. Pero no era ésa la cuestión. Poseía otra virtud, infinitamente más importante que cualquier otra: la legitimidad. Hijo de León el Sabio, nieto del gran Basilio, nacido en la púrpura, él y sólo

él era el legítimo emperador de Bizancio. En cuanto a los lecapeno, no eran más que unos usurpadores advenedizos. Sus supuestos súbditos estaban hartos de ellos.

Los hermanos se dieron cuenta de que habían cometido un error fatal. Habían pensado tratar con Constantino a su debido tiempo, de la misma manera que habían tratado con su padre, pero ante la opinión pública expresada con tanta fuerza, esto ya no era una posibilidad. Por lo tanto, tomaron el único camino que les quedaba: de mala gana y con mala gana, reconocieron formalmente a Constantino como emperador principal. Como se puede imaginar, era una asociación incómoda, con los porfirogénitos por un lado y los lecapeno por el otro, nombrando a sus propios hombres para el mayor número posible de puestos clave. Si hubiera sido por sí mismo, el amable y retraído Constantino probablemente habría permitido que la situación se prolongara, aunque, de haberlo hecho, es poco probable que hubiera durado mucho. Pero Helena, su esposa, estaba hecha de madera más dura. Durante veinticinco años había defendido lealmente los intereses de su marido contra su propia familia, y ahora lo instaba con todas sus fuerzas a actuar mientras aún había tiempo. Durante un tiempo dudó, pero pronto recibió una advertencia que no podía ignorar: sus cuñados planeaban matarlo. No dudó más. Espoleado como siempre por Helena, dio sus órdenes. El 27 de enero de 945 sus dos coemperadores fueron arrestados, tonsurados a su vez y enviados a Proti para reunirse con su padre. Según los cronistas griegos, el anciano saludó a sus hijos con una cita acertada de Isaías: "*He criado y educado hijos, y ellos se han rebelado contra los hombres*".[1] Sin embargo, Liudprando, cuyo padrastro, el obispo Sigefredo, todavía estaba en Constantinopla como embajador del rey Hugo de Italia y, en compañía de otros representantes diplomáticos de Roma, Gaeta y Amalfi, había apoyado firmemente la causa de Constantino cinco semanas antes, nos proporciona una versión bastante más enérgica:

1 Isaías 1:2.

Cuando su padre Romano se enteró de su llegada, dio gracias a Dios y con rostro alegre salió a recibirlos a la puerta del monasterio. «¡Oh, feliz hora!», exclamó, «que ha obligado a Vuestras Majestades a visitar mi humilde propiedad. Ese afecto filial que me alejó del palacio, supongo, no os ha permitido a vosotros permanecer allí más tiempo. ¡Qué suerte que me hayáis enviado aquí con algún tiempo de antelación! Mis hermanos monjes y compañeros soldados en Cristo dedican sus días a las cosas del espíritu, y no habrían sabido cómo se debe recibir a los emperadores si no me hubieran tenido con ellos, un experto en el protocolo imperial. Aquí tenéis agua hervida para

vosotros, más fría que las nieves godas; aquí tenéis judías tiernas, toda clase de verduras y puerros recién arrancados. No encontraréis ninguno de esos manjares de los pescaderos que causan enfermedades; las enfermedades que tenemos aquí son provocadas por nuestros frecuentes ayunos. Nuestra modesta morada no tiene espacio para una compañía grande y extravagante; pero es lo suficientemente grande para Sus Majestades, quienes se han negado a abandonar a su padre en su vejez.'[2]

2. Anapodosis v,23.

Si el anciano persistió en esta línea, sus desdichados hijos debieron sentirse aliviados al saber que Proti iba a ser sólo un lugar temporal de exilio, mientras su cuñado reflexionaba sobre su futuro a largo plazo. Sabiamente, decidió que debían separarse. Esteban fue enviado primero a Proconeso en el Mármara, luego a Rodas y finalmente a Lesbos; su hermano, después de un breve período en Ténedos, fue transferido a Samotracia. De los lecapeno restantes, sólo la emperatriz Elena y el patriarca Teofilacto -y, lejos, en Bulgaria, la zarina María Irene- seguían ocupando puestos de poder.[1]

1. Aunque algunos años más tarde el hijo de Cristóbal, Miguel, sería nombrado magister y rector, y el hijo de Constantino Lecapeno, Romano, ascendió -tras la castración- al rango de patricio.

En cuanto al anciano emperador, vivía en su monasterio, pasando sus días en oración y penitencia. Su conciencia no le permitía descansar; su sueño agitado era perturbado por terribles pesadillas. En una de ellas se vio a sí mismo, acompañado de su hijo Constantino y del obispo de Heraclea, siendo arrojado a los infiernos. En el último momento se le apareció la Santísima Virgen, que extendió su mano y lo devolvió; para los otros dos, sin embargo, no hubo salvación, y pocos días después supo que ambos habían muerto esa misma noche: Constantino en el curso de un intento de escapar de su cautiverio, durante el cual primero había matado a su carcelero y luego había sido abatido por los guardias de la prisión. Romano quedó tan destrozado por esta visión y su siniestro cumplimiento que decidió confesarse públicamente y hacer penitencia. El Jueves Santo de 946 se reunieron no menos de 300 monjes de todo el Imperio -e incluso, según se dice, de la propia Roma- que entonaron el Kyrie Eleison mientras el anciano enumeraba uno a uno todos sus pecados, pidiendo la absolución por cada uno. Finalmente, frente al altar mayor, fue azotado y humillado por un joven novicio antes de regresar solo a su celda. El libro de sus pecados fue enviado a Dermocaetes, un monje de renombre santidad que vivía en el monasterio del monte Olimpo en Bitinia, junto con un regalo de dinero y una petición para que toda la

comunidad allí presente ayunara durante quince días y rezara por su alma. Así lo hicieron, después de lo cual Dermocaetes informó haber oído una voz del cielo que confirmaba que su oración había sido escuchada, y envió el libro -con sus páginas ahora milagrosamente en blanco- de regreso a Romano, quien ordenó que lo enterraran con él.

En esas circunstancias, resulta casi increíble que su amigo el *parakoimomenos* Teófanes y su hijo, el patriarca Teofilacto,[1] estuvieran tramando un complot para restaurarlo en el trono. Lo que es más extraño aún es que se dice que Romano lo apoyó, pero casi con toda seguridad se debió a debilidad más que a fuerza, y en cualquier caso la conspiración se descubrió antes de que se produjera daño alguno. El patriarca se salvó en virtud de su cargo; Teófanes, sin embargo, fue enviado al exilio, un triste final para una carrera durante la cual sirvió a su emperador lealmente, pero un poco demasiado tiempo. Romano vivió para ver la desgracia de su viejo amigo, pero para entonces su declive era rápido. Murió el 15 de junio de 948. Su cuerpo fue llevado de vuelta a Constantinopla y fue enterrado en el monasterio de Myrelaeum, junto al de su esposa.

1. Teofilacto, que desde sus primeros años había sido destinado al Patriarcado, lo había logrado finalmente en 931, a la edad de catorce años. Era un joven inofensivo pero esencialmente frívolo, que no había causado ningún problema a su padre, dedicando mucho más tiempo a sus 2. 000 caballos que a sus deberes religiosos, que siempre interrumpía sin vacilar para el parto de una de sus yeguas. Como nos recuerda Sir Steven Runciman, «hizo un valiente intento de reconciliar el placer con la piedad al alegrar el servicio divino con una pantomima; pero se encontró con la desaprobación, aunque algunos de los giros duraron para escandalizar a los justos más de un siglo después». Gozaría plenamente del Patriarcado durante veinticinco años, y moriría en 956 como resultado de un accidente de equitación.

Había sido un buen emperador, quizá incluso un gran emperador. Tras haber tomado el poder mediante la duplicidad y el engaño, lo había ejercido después con sabiduría y moderación y, en el espacio de un cuarto de siglo, había dado al Imperio una nueva dirección. Sus predecesores inmediatos habían tenido que hacer frente a dos problemas principales: la Iglesia, que había envenenado los últimos años del desafortunado León VI, y Bulgaria, cuyas repetidas victorias habían provocado la caída de Zoe. Romano -parecía casi sin esfuerzo- los había resuelto a ambos, y a ambos con la misma técnica: había permitido que sus enemigos se descontrolaran, los había agotado y luego se había asegurado de que no fueran reemplazados. Había funcionado con el patriarca Nicolás, a quien había adulado y mimado hasta que el insufrible anciano murió, después de lo cual lo había reemplazado por dos nulidades de corta vida y finalmente por su propio hijo; y había funcionado con los búlgaros, a quienes había

estado dispuesto a hacer un sacrificio temporal de Tracia con la certeza de que Constantinopla era y permanecería inviolada. Una vez que Simeón quedó fuera del camino, se mostró dispuesto a aceptar cualquier cantidad de concesiones, incluida la de su hija, y así eliminó el problema por completo.

En Oriente, la diplomacia silenciosa de Romano resultó inútil. Allí, la fuerza armada era el único argumento que entendía y, como no había perdido ni un solo combatiente a manos de los búlgaros, pudo lanzar todo el peso de su ejército y su armada contra sus enemigos sarracenos. Es cierto que la suerte estaba de su lado: primero en Juan Curcuas, en quien encontró un general de méritos excepcionales, y segundo en el estado del califato abasí, que ya no era capaz de ejercer ninguna autoridad real; pero sigue siendo un hecho que, por primera vez desde el surgimiento del islam, fueron las fuerzas cristianas las que estaban a la ofensiva.

En su patria, durante un reinado notablemente tranquilo, Romano mostró en gran medida las mismas cualidades que había mostrado en sus tratos con los búlgaros. No cabe duda de su sincero aborrecimiento del derramamiento de sangre, una virtud poco común en aquellos días violentos: una y otra vez, incluso en casos de conspiración contra su propia persona, lo encontramos prefiriendo las sentencias de exilio a las de ejecución. También parece haber sido genuinamente bondadoso: en el terrible invierno de 928, el más largo y frío de la historia de Constantinopla, fue él quien dirigió personalmente el suministro de alimentos de emergencia. Y era un hombre de familia devoto, quizás demasiado devoto en lo que respecta a sus hijos.

¿Por qué, entonces, no era más querido? ¿Por qué, cuando sus propios hijos se alzaron contra él, ninguno de sus súbditos pronunció una palabra de protesta ni movió un dedo en su favor? ¿Se debía simplemente a que no les gustaban los usurpadores? ¿O había también algo en su carácter que no conseguía granjeárselo? Aquí, tal vez, podamos encontrar al menos una respuesta parcial al misterio, pues las virtudes y cualidades de Romano no eran tales que pudieran cautivar la imaginación popular. No era un gran soldado ni un gran legislador: sus ambiciosos intentos de reforma agraria tuvieron poco efecto a largo plazo y, de todos modos, resultaron de mínimo interés para el pueblo de Constantinopla. Parece que rara vez aparecía en público y nunca hizo mucho espectáculo en el Hipódromo. En resumen, aunque hizo todo lo posible para que sus súbditos tuvieran el pan necesario, no le faltaban circos. En consecuencia, tendían a

ignorarlo y, cuando pensaban en él, a recordar lo único profundamente memorable en la vida de este hombre capaz, tranquilo y sorprendentemente incoloro: su camino hacia el trono.

Y él, como sabemos, también lo recordaba: lo recordaba tan vívidamente y con un remordimiento tan intenso que pasó sus últimos años en un tormento mental incesante. Esto, sin duda, fue castigo suficiente, pues si al principio había puesto sus manos depredadoras sobre el Imperio, más tarde lo había servido bien. Y es agradable pensar que murió al final con su espíritu en paz y sus pecados perdonados.

11
El emperador erudito

[945-63]

Estaba desprovisto de esa energía de carácter que podía surgir en una vida de acción y gloria; y los estudios que habían entretenido y dignificado su ocio eran incompatibles con las serias costumbres de un soberano. El emperador descuidó la práctica de instruir a su hijo Romano en la teoría del gobierno; mientras se dejaba llevar por los hábitos de la intemperancia y la pereza, dejó las riendas de la administración en manos de su esposa Helena; y, en el cambiante escenario de su favor y capricho, cada ministro fue lamentado al promover a un sucesor más indigno. Sin embargo, el nacimiento y las desgracias de Constantino lo habían hecho querido por los griegos; excusaron sus faltas; respetaron su erudición, su inocencia y caridad, su amor a la justicia; y la ceremonia de su funeral fue llorada con las lágrimas sinceras de sus súbditos.

Edward Gibbon
La decadencia y caída del Imperio Romano, Capítulo XLVIII

Cuando Constantino Porfirogénito asumió el poder exclusivo en el Estado bizantino, tras la eliminación efectiva de sus cuñados a principios de 945, hacía tiempo que había superado las enfermedades de su juventud. Alto y de hombros anchos, de pie «erguido como un ciprés»[1], con su tez rubicunda medio oculta por una espesa barba negra sobre la que brillaban unos ojos de un azul pálido brillante, parecía como si nunca hubiera estado enfermo en su vida. Es cierto que, según los estándares modernos, tenía un notable sobrepeso, resultado de una vida en gran medida sedentaria y de un apetito casi insaciable; pero un generoso grado de embonpoint no se consideraba algo malo en el siglo X, cuando se consideraba que un hombre de treinta y nueve años ya estaba muy avanzado en la mediana edad.

1. Theophanes Continuatus, Cbronographia, Libro VI.

Durante más de treinta y seis de esos treinta y nueve años, Constantino había sido emperador titular; y durante prácticamente

todo ese período, por razones que los dos últimos capítulos deberían haber aclarado, no había desempeñado ningún papel en el gobierno imperial, limitando sus apariciones públicas al mínimo requerido por su cargo. Sin embargo, no había perdido el tiempo. De su padre León el Sabio había heredado una pasión por los libros y la erudición que, a diferencia de León, había tenido mucho tiempo para dedicarse. Es cierto que no logró cumplir su gran ambición, declarada en el primer capítulo de su vida de Basilio I,[1] de escribir una historia completa de Bizancio hasta su propia época, ni siquiera su aspiración más modesta de dar cuenta de la casa macedonia; no obstante, el conjunto de obras que dejó tras de sí es impresionante desde cualquier punto de vista. Pocos escritores -y ciertamente ningún otro emperador- han contribuido tanto a nuestro conocimiento de su época.

1. Se cree que Teófanes Continuatus, Cbronographia, Libro V, es enteramente obra suya.

Aparte de la biografía de su abuelo, Constantino es conocido sobre todo por dos obras importantes. La primera, De Ceremoniis Aulae Byzantinae, es una enciclopedia del ritual bizantino en la que el emperador expone con detalle el protocolo que debe seguirse en todas las fiestas de la Iglesia y en las ocasiones estatales: coronaciones y cumpleaños, bautismos y funerales de emperadores y augustos, ascensos a los altos cargos del gobierno y la corte, incluso juegos en el Hipódromo. Ropas y vestimentas que deben vestirse, respuestas que deben cantarse, aclamaciones requeridas al ejército y al pueblo, los azules y los verdes: nada se omite ni se ignora, nada se deja al azar. Leer incluso unas pocas páginas al azar es casi asfixiarse por el peso del ceremonial descrito: ¿cómo, uno se pregunta, pudo un emperador, ya fuera activo y enérgico como Basilio I o Romano, o ocioso y amante de los placeres como Miguel III o Alejandro, soportarlo ni un momento? Y, sin embargo, a pesar de toda la opresión, aquí hay una visión rara y preciosa de la vida de la corte de Bizancio: los mosaicos y los mármoles, los damascos y los brocados, el basileo en dalmática y diadema, pabellones con toda la majestuosidad de la Nueva Roma.

Pero el Emperador era más que un gran símbolo dorado: era también la cabeza de una vasta maquinaria administrativa, el gobernante de un Estado que todavía se extendía desde la punta de Italia hasta las estribaciones del Cáucaso, una inmensa zona que Constantino sabía muy bien que un día su hijo Romano sería llamado a gobernar. Por tanto, en 952 -el año en que el joven príncipe celebró su decimocuarto cumpleaños- se puso a componer lo que es, en esencia, un libro de texto práctico sobre el arte de gobernar que tituló simplemente Constantino a su hijo Romano, pero que ahora

conocemos como De administrando Imperio. El núcleo de esta obra parece haber sido otro ensayo anterior del Emperador sobre las diversas razas bárbaras que ocupaban las tierras que rodeaban las fronteras imperiales; a esto ahora agregó una evaluación detallada de la situación mundial tal como él la veía, junto con una cantidad de excelentes consejos para la futura orientación del muchacho. Es significativo que los búlgaros, a los que treinta años antes casi seguramente habría dedicado más atención que a cualquier otro pueblo, apenas sean mencionados. Ahora se da un lugar de honor a los pechenegos, cuyo número aparentemente ilimitado y su crueldad bestial los convertían, con diferencia, en los más temidos enemigos potenciales del Imperio. Al igual que su suegro, Constantino se oponía instintivamente a la guerra si no era absolutamente necesaria; en De administrando Imperio no se sugiere en absoluto que se emprendiera ninguna acción militar contra la tribu. Al contrario:

En mi opinión, siempre es muy beneficioso para nosotros mantener la paz con la nación pechenega, concluir con ellos convenciones y tratados de amistad, enviarles cada año un enviado con regalos de valor y clase apropiados y dar la bienvenida de su parte a fiadores, es decir, rehenes, y a un representante diplomático que se comunique, en esta nuestra ciudad protegida por Dios, con un ministro competente y disfrute de todas las atenciones y honores imperiales que es apropiado que el Emperador conceda.

Es, continúa, un negocio caro:

Estos pechenegos son insaciables, ávidos de bienes que son escasos entre ellos y desvergonzados en sus demandas de regalos generosos. Cuando el enviado imperial entra en su país, su primera reacción es pedir los regalos del Emperador; y cuando los hombres quedan finalmente satisfechos, exigen lo mismo para sus esposas y sus padres.[2]

2. De Administrando Imperii), Capítulo I. i 2 Ibíd., Capítulo VII.

De todas formas, hay que darles todo lo que piden, sin vacilaciones y de buen grado: al final siempre saldrá más barato.

En cambio, con los pueblos menos poderosos, Constantino se muestra más firme: por regla general, a los embajadores extranjeros se les debe conceder la menor cantidad de privilegios posible. En ningún caso se les debe permitir llevar ropas o vestimentas oficiales, objetos que parecen haber sido muy codiciados en el extranjero y por los que el gobierno bizantino recibió innumerables solicitudes, ni, por

supuesto, se podría hablar nunca de revelar el secreto del fuego griego. Romano también debería rechazar todas las propuestas de alianzas matrimoniales, con el argumento de que el propio Constantino el Grande había decretado que la familia imperial nunca debía casarse fuera del Imperio, salvo en ocasiones con francos.[1] En este punto, todo su resentimiento reprimido contra su suegro sale a la superficie de repente:

> 1. Es dudoso que el Emperador hubiera incluido esta cláusula si no hubiera estado en una situación bastante precaria. Su media hermana Ana -hija de León IV con su segunda esposa Zoe- se había casado con Luis III (el Ciego) de Provenza, mientras que su propio hijo Romano (a quien se dirigía estas palabras) se había casado a la edad de cinco años con Berta, la hija ilegítima de Hugo de Arles, rey de Italia, y en el momento en que se escribió el libro estaba comprometido con Eduvigis de Baviera, sobrina de Otón el Grande.

Si se señala que el propio emperador Romano hizo tal alianza cuando entregó la mano de su nieta al zar búlgaro Pedro, se debe responder que el emperador Romano era un vulgar analfabeto que no había sido educado en el palacio ni iniciado en las tradiciones romanas. Su familia no era imperial ni siquiera noble y, por lo tanto, tendía a ser arrogante y testaruda. En este caso, no hizo caso ni de la prohibición de la Iglesia ni del mandamiento del gran Constantino, sino que siguió su propio camino arrogante y testarudo... Fue por esta razón que durante su vida fue muy maltratado y odiado y vilipendiado por el Senado, el pueblo y la propia Iglesia, como lo demostró el fin al que llegó; y ese odio y vilipendio continuaron después de su muerte, incluso en la actualidad.[2]

> 2. De Administrando Imperio, Capítulo XIII. La traducción ha sido ligeramente abreviada en aras de la concisión, pero refleja con precisión el espíritu del original.

Todo esto -junto con una descripción histórica y geográfica de las provincias imperiales conocida habitualmente como De Thematibus- fue escrito, al menos en su mayor parte, por la propia mano del Emperador, en el estilo elegante y pulido del erudito que era. Sin embargo, con la ayuda de un regimiento de escribas y copistas, también compiló resúmenes de todos los manuales y tratados disponibles sobre una gran cantidad de otros temas: estrategia militar, historia, diplomacia, jurisprudencia, hagiografía, medicina, agricultura, ciencias naturales e incluso cirugía veterinaria. El resultado fue una verdadera enciclopedia, una obra de referencia que debe haber sido de inmenso valor para el servicio civil imperial y para todos aquellos individuos privados lo suficientemente afortunados como para tener acceso a ella durante muchos años, y que da testimonio tanto del tamaño y alcance de la biblioteca personal del

Emperador como de la catolicidad de sus intereses. Se nos dice que era un coleccionista apasionado, no sólo de libros y manuscritos, sino de obras de arte de todo tipo; Más notable aún para un hombre de su clase y origen es que parece haber sido un pintor por derecho propio y, si hemos de creer a Liudprando de Cremona, uno muy bueno. Por último, fue el más generoso de los mecenas: con los mosaiquistas y esmaltadores, con los escritores y eruditos, con los orfebres, plateros y joyeros.

Así, Constantino Porfirogénito merece su lugar como figura central del renacimiento literario y artístico del siglo X conocido como el «Renacimiento macedonio», más que como emperador como escritor, erudito, compilador, coleccionista, bibliófilo, pintor y mecenas. Pero la pregunta no puede posponerse más: ¿hasta qué punto fue eficaz como emperador? Si hemos de creer a Gibbon, tendremos que clasificarlo como un desastre, pero Gibbon se basa obviamente en dos fuentes no del todo fiables, Cedreno y Zonaras (ambos derivados de la misma autoridad anterior, Juan Escilitzes) y parece ignorar al autor anónimo de la segunda parte de Teófanes Continuatus, Libro VI, que pinta un cuadro muy diferente. Aquí Constantino emerge como un administrador competente, concienzudo y trabajador y un excelente seleccionador de hombres, que hizo nombramientos para puestos militares, navales, eclesiásticos, civiles y académicos que eran a la vez imaginativos y exitosos. También contribuyó mucho al desarrollo del sistema imperial de educación superior y se interesó especialmente por la administración de justicia, investigando de inmediato todos los informes sobre abusos sociales, en particular contra los pobres, y revisando él mismo las sentencias de los presos condenados a largas penas. Todas nuestras autoridades parecen estar de acuerdo en que comía y bebía más de lo que le convenía, aunque ciertamente no era un borracho en ningún sentido de la palabra; y también hay unanimidad en cuanto a su constante buen humor: era infaliblemente cortés con todas las clases sociales y nunca se supo que perdiera los estribos.

Tal vez sea comprensible que Constantino sintiera un favor instintivo hacia la familia de Focas, que había sido archienemigo de los lecapeno desde el primer golpe de Estado de Romano y que no le perdonaba el trato que había dado a su pariente León (a quien, como se recordará, había ridiculizado públicamente, haciéndolo desfilar por el Foro en una mula). Desde entonces no ocultaron su simpatía por Constantino y el emperador estaba encantado de corresponderles su lealtad. Como sucesor de Juan Curcuas en el mando supremo de los ejércitos de Oriente, nombró a Bardas Focas, hermano de León, y dio a

sus hijos Nicéforo y León los puestos de gobernador militar de los temas de Anatolikon y Capadocia, respectivamente. De los lecapeno, por otra parte, sólo uno (aparte de la propia emperatriz Helena) gozó de su confianza absoluta, aunque no hasta después de haber sido castrado. Éste era el hijo natural de Romano, Basilio, a quien nombró su parakoimomenos y quien más tarde lideraría una expedición muy exitosa contra el temido Sai'f ed-Daula.

Mientras tanto, la política exterior e interior seguían sin cambios. En lo que se refería a los sarracenos, Constantino estaba decidido a mantener la presión. Bardas, como quedó claro enseguida, no era Curcuas; pero tras ser gravemente herido en 953, fue sucedido por su hijo Nicéforo, que cuatro años más tarde obtuvo una de las dos mayores victorias del reinado al capturar la ciudad de Adata en Panfilia y con ella el control de uno de los principales pasos a través de los montes Tauro. El segundo triunfo llegó en 958, cuando Samosata (hoy Samsat) a orillas del Éufrates cayó en manos de otro brillante y joven general, Juan Tzimisces. Hubiera sido agradable registrar un éxito similar contra los sarracenos de Creta; pero un intento en 949 de reconquistar la isla, en una campaña en la que el emperador esperaba implicar tanto al rey alemán, Otón el Sajón, como, algo más sorprendente, al califa omeya de Córdoba, resultó poco menos que un fiasco.

Al menos parte de la responsabilidad de este desastre debe atribuirse al líder de la expedición, el eunuco Constantino Gongyles; pero, como habían demostrado varios intentos anteriores, Creta era un hueso duro de roer. Poca culpa puede atribuirse directamente al porfirogénito y menos aún al rey Otón, que tenía cosas más importantes en la cabeza. Todavía estaba construyendo el reino que había heredado en 936, ampliando cada vez más sus fronteras contra las tribus eslavas del este y, al mismo tiempo, extendiendo su influencia a los estados vecinos, en particular Bohemia y Borgoña. Constantino parece haber percibido inmediatamente la capacidad -y, por tanto, la importancia- de este joven y dinámico príncipe, ya que entabló relaciones con él tan pronto como asumió el poder; aunque no podía saber que, menos de tres años después de su propia muerte, Otón sería coronado emperador de Occidente en Roma y elevaría rápidamente su imperio a un nivel de fuerza y esplendor del que no había disfrutado desde los días de Carlomagno.

Para entonces, por supuesto, sería el amo de Italia, pero en los primeros años del reinado de Constantino la península italiana todavía se encontraba en el estado de semicaos que la había caracterizado

desde la disolución del Imperio carolingio en 888. Su corona era un premio abierto a cualquiera que tuviera la fuerza, la ambición y la falta de escrúpulos para ir tras ella; y como para entonces se había convertido en el trampolín más obvio hacia el propio Imperio occidental, la lucha por ella no se limitaba a la nobleza feudal italiana, sino que con frecuencia se unían a ella también los reyes y príncipes de los países vecinos. Para empeorar las cosas, Lombardía y, de hecho, gran parte del norte de Italia estaban en manos de los magiares, mientras que las costas estaban sujetas a continuas incursiones de los sarracenos desde Sicilia, África y, sobre todo, desde su bastión pirata en Le Frassinet, en Provenza.[1]

1. Hoy en día, el pequeño pueblo de La Garde Freinet, en la cresta de la Chaine de Maures, en el Var. El enclave sarraceno perduró durante más de un siglo, causando estragos en cientos de kilómetros a la redonda.

Lo peor de todo era Roma, donde la aristocracia local había establecido un control completo sobre la Iglesia y había hecho del papado su juguete: Nicolás I, que entra en estas páginas en la época del cisma de Focia, fue virtualmente el último pontífice de alguna capacidad o integridad en ocupar la silla de San Pedro durante un siglo y medio.[2] Su segundo sucesor, Juan VIII, había sido asesinado a martillazos por parientes celosos, mientras que en 896 el cadáver del papa Formoso había sido exhumado, llevado a juicio ante un sínodo de obispos, desnudado, mutilado y arrojado al Tíber.[3] Tan recientemente como en 928, la infame Marozia, senatrix de Roma -amante, madre y abuela de papas- había hecho estrangular al amante de su madre, el papa Juan X, en el castillo de Sant'Angelo para instalar -después de tres años durante los cuales un par de nulidades le mantuvieron caliente el trono mientras crecía hasta la edad adulta- a su hijo con su propio examante, el papa Sergio III. En el año 932, Marozia se casó por segunda vez con Hugo de Arles (a quien el desdichado papa Juan había coronado rey de Italia y que había asesinado a su esposa, difamado a su madre y cegado a su hermano para casarse con ella), y ambos habrían llegado a ser emperador y emperatriz de Occidente si el hijo de su primer matrimonio, llamado Alberico, no hubiera organizado una revuelta popular contra ellos. Hugo escapó; Marozia fue arrojada a su vez a una mazmorra del castillo de Sant'Angelo, donde pasaría el resto de su vida.

2. A menos que incluyamos a la tristemente apócrifa papa Juana, la inglesa de quien se dice que ocultó su sexo durante un pontificado de tres años hasta que, por un desafortunado error de cálculo, dio a luz a un niño en medio de una procesión papal, en las escaleras de Letrán. (Un delicioso grabado en el que se describe este acontecimiento se puede encontrar en Spanheim, Histoiri di la Pape at Jean, 1 vols., La Haya, 17*0.)

3. Es justo añadir, sin embargo, que más tarde fue milagrosamente recuperado, rehabilitado y enterrado nuevamente en su antigua tumba.

De este contexto un tanto escabroso surgió una de las fuentes más valiosas -y ciertamente la más pintoresca- de la historia del siglo X, tanto en el Imperio de Oriente como en el de Occidente. Liudprando, obispo de Cremona -cuyo nombre ya ha aparecido varias veces en estas páginas- había nacido en 920 en el seno de una familia lombarda acomodada. Tanto su padre como su padrastro habían viajado a Constantinopla antes que él, como embajadores del rey Hugo; el propio Liudprando había servido como paje cantante en la corte real de Pavía, pues tenía una hermosa voz y el rey era un apasionado de la música. Los demás pasatiempos de Hugo eran, por desgracia, bastante menos inocentes: la combinación característica de mojigatería y lascivia de Liudprando bien puede provenir de una adolescencia pasada entre las cortesanas que acudían en masa a Pavía desde toda Italia y más allá. Sea como fuere, decidió entrar en la Iglesia y poco después se convirtió en secretario privado y canciller del sucesor efectivo de Hugo, Berengario de Ivrea; Y fue en nombre de Berengario, el 1 de agosto de 949, que él mismo partió por el Po en la primera etapa de una misión diplomática al Bósforo.

Lo más irritante es que Liudprando no explica en ningún momento las razones de esta misión; pero parece más que probable que, puesto que un embajador de Otón -un tal Liutefredo de Maguncia- viajaba a Constantinopla al mismo tiempo, Berengario estuviera ansioso por hacer sentir su presencia y asegurarse de que, como gobernante de Italia, sería parte en cualquier entendimiento alcanzado entre su rival y Constantino Porfirogénito. En cualquier caso, los dos enviados -que habían viajado juntos en el mismo barco desde Venecia- llegaron el 17 de septiembre y poco después fueron recibidos por el Emperador en audiencia.

Junto a la residencia imperial de Constantinopla hay un palacio de notable tamaño y belleza que los griegos llaman Magtaura, nombre que significa "brisa fresca"... Ante el trono del Emperador se alzaba un árbol de bronce dorado, con sus ramas llenas de pájaros hechos del mismo material, todos cantando canciones diferentes según su especie. El trono en sí estaba diseñado de tal manera que en un momento estaba bajo en el suelo y al momento siguiente se elevaba repentinamente en el aire. Era de un tamaño inmenso, hecho de madera o bronce (no puedo estar seguro), y custodiado por leones dorados que golpeaban el suelo con sus colas y emitían rugidos terribles, con las bocas abiertas y las lenguas temblorosas. Apoyándome en los hombros de dos eunucos, fui conducido a la

presencia del Emperador. Inmediatamente los leones comenzaron a rugir y los pájaros a cantar, pero yo mismo no mostré terror ni sorpresa ante estas maravillas, habiendo recibido advertencias previas de otros que ya estaban bien familiarizados con ellas. Después de haberme inclinado tres veces, levanté la cabeza y vi que aquel a quien había visto hacía un momento en un trono apenas elevado del suelo estaba ahora vestido con ropas diferentes y sentado al nivel del techo. No puedo decir cómo lo había logrado, a menos que fuera por un mecanismo similar a los que empleamos para levantar las vigas de un lagar. En esta ocasión no se dirigió a mí (dada la distancia que nos separaba, cualquier conversación habría sido de lo más indecorosa), sino que preguntó por medio de su logoteta sobre la vida y la salud de Berengario. Le respondí como correspondía y, a una señal del intérprete, salí de la habitación y regresé a mi alojamiento.[1]

1. Si el árbol dorado era el mismo que había instalado el emperador Teófilo un siglo antes (véase pág. 44), eso dice mucho de los estándares bizantinos de mantenimiento. El mecanismo de elevación, en todo caso, parece haber sido una innovación del siglo X.

Después de esta descripción, Liudprando continúa contando su vergüenza al descubrir que, mientras que el embajador de Otón y los de Córdoba habían traído al emperador magníficos regalos, su propio señor no había enviado más que una carta, «y ésta estaba llena de mentiras». Afortunadamente, llevaba consigo una serie de regalos que había pensado ofrecer a Constantino por su cuenta; y ahora, de mala gana, fingió que éstos provenían de Berengario. Consistían en nueve excelentes corazas, siete excelentes escudos con adornos dorados, dos copas de plata dorada, algunas espadas, lanzas y asadores, y -más apreciado por el emperador que cualquier otra cosa- cuatro carzimasia, que es el nombre griego de los jóvenes eunucos a los que se les ha privado no sólo de los testículos sino también del pene, una operación realizada por los mercaderes de Verdún, que los exportan a España con grandes beneficios para ellos.

Este último punto plantea más preguntas de las que se pueden discutir aquí, y en particular por qué estos jóvenes desafortunados habían sido tan buscados, en particular por Constantino, cuyos gustos sexuales eran, hasta donde sabemos, completamente normales y que ya disfrutaba de una provisión prácticamente ilimitada de esclavos de todo tipo. Por desgracia, Liudprando vuelve a guardar silencio, aunque deja en claro que el Emperador no siempre fue tan inaccesible como lo había sido en aquella primera audiencia. Tres días después de la entrega de sus regalos, recibió una invitación a un banquete.

Cerca del Hipódromo, mirando hacia el norte, hay un palacio de

una altura y belleza maravillosas, conocido como Decanneacubita, ya que... el día de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo se ponen diecinueve cubiertos a la mesa. En este día, el Emperador y sus invitados no se sientan a la mesa de la manera habitual, sino que se reclinan en divanes; y todos los platos se sirven en vasos no de plata sino de oro. Después de la comida, se trae fruta en tres cuencos de oro, demasiado pesados para que los hombres los levanten. A través de aberturas en el techo cuelgan tres cuerdas, cubiertas de cuero dorado, con anillos dorados en sus extremos. A estos anillos se unen las asas que sobresalen de los cuencos y, con la ayuda de cuatro o cinco hombres que están de pie debajo, se balancean los enormes vasos sobre la mesa y se vuelven a sacar de la misma manera.

No está del todo claro si la invitación del propio Liudprand fue para esta fiesta de Navidad, pero la ocasión fue ciertamente memorable en otros sentidos.

Entró un hombre que sostenía en equilibrio sobre la cabeza, sin tocarlo con las manos, un palo de madera de más de veinticuatro pies de largo, con un travesaño de tres pies a pie y medio de la parte superior. Entonces aparecieron dos muchachos, desnudos salvo por los taparrabos, que treparon por el palo, realizaron diversos trucos en él y luego bajaron de cabeza, permaneciendo el palo tan firme como si hubiera estado enraizado en la tierra... Mientras ambos hacían sus trucos, la uniformidad de sus pesos daba a la pértiga cierto equilibrio; pero cuando uno volvió al suelo y el otro, permaneciendo en lo alto, mantuvo el equilibrio tan perfectamente que pudo hacer ambos sus trucos y bajar al fin sin contratiempos, quedé tan desconcertado que el propio Emperador notó mi asombro. Entonces llamó a un intérprete y me preguntó quién me parecía más asombroso, el muchacho que se había movido con tanto cuidado que la pértiga permaneció estable, o el hombre que la había equilibrado sobre su cabeza con tanta destreza que ni el peso de los muchachos ni su actuación la habían perturbado en lo más mínimo. Dije que no lo sabía; Entonces soltó una carcajada y dijo que él estaba en la misma situación: él tampoco lo sabía.

Liudprando y Liutefredo, los embajadores del califa de Córdoba y sus respectivos equipos no fueron los únicos enviados extranjeros que recibió Constantino Porfirogénito. En 946, un año después de su llegada al poder, hubo una embajada sarracena de Saif ed-Daula para discutir un intercambio de prisioneros; en 949, el mismo año que los otros tres, los magiares enviaron una delegación de alto nivel que no sólo firmó un tratado de no agresión sino que se sometió al bautismo cristiano. Pero lo más importante de todo, por sus efectos a largo

plazo, fue la visita en 957 de la princesa Olga de Rusia, viuda de Ígor y ahora regente del joven estado de Kiev, en una misión de paz y buena voluntad. Después de una serie de magníficas recepciones, el clímax llegó con su propio bautismo a manos del patriarca en Santa Sofía, en el curso del cual adoptó el nombre de la emperatriz Elena, que actuó como representante.[1] Si los bizantinos habían esperado que esta ceremonia fuera seguida inmediatamente por la conversión en masa de su pueblo, se sintieron decepcionados. Pero la semilla había sido sembrada; y treinta años después, bajo el nieto de Olga, Vladimir, se haría evidente que había caído en terreno fértil.

1. Cierto historiador ha suscitado cierta controversia sobre el bautismo de Olga, pues cree que ya había tenido lugar en Rusia unos dos o tres años antes. Yo sigo a mi antiguo tutor, el profesor D. Obolensky (Cambridge Medieval History, vol. IV).

En el frente interno, Constantino continuó gustosamente la política que Romano Lecapeno había iniciado. Gran parte de la legislación de Romano se había centrado en la protección de la milicia campesina de pequeños propietarios contra la rica aristocracia feudal, que durante años había estado comprando cada vez más tierras. Esto lo había hecho profundamente -a veces incluso peligrosamente- impopular entre esta última, cuya influencia había crecido hasta el punto de que ahora se los conocía universalmente como "los poderosos"; pero se había negado a desviarse de su objetivo, sabiendo que desde los días de Heraclio los pequeños propietarios, con sus pagos regulares de impuestos estatales y sus obligaciones de servicio armado, habían formado la base de toda la fuerza económica y militar del Imperio.

Era inevitable que Constantino Porfirogénito sintiera mucha más simpatía por la aristocracia, a la que él mismo pertenecía, que su advenedizo suegro armenio: como hemos visto, no ocultaba su particular amistad por la familia de Focas, que representaba todo aquello de lo que Romano más había desconfiado. Sin embargo, desde el momento en que el poder estuvo en sus manos, había continuado firmemente la política agraria de su predecesor, llegando en 947 al extremo de ordenar la restitución inmediata, sin compensación, de todas las tierras campesinas que habían sido adquiridas por "los poderosos" desde su acceso efectivo al poder. En las ventas anteriores, el precio de compra era teóricamente reembolsable, pero incluso en ese caso sólo por aquellos pequeños propietarios con un capital de más de cincuenta piezas de oro. Otras leyes decretaban que las propiedades a las que los soldados debían su sustento y sus medios para equiparse para el servicio militar debían ser inalienables, y que ninguna venta de una pequeña propiedad podía considerarse incontrovertible y

absoluta hasta cuarenta años después de su primera celebración. Se confirmó la antigua ley de Romano, que preveía la confiscación, también sin compensación, de las tierras entregadas ilícitamente a "los poderosos", y se cerraron ciertas lagunas. Así, hacia el final del reinado, la situación del campesinado terrateniente era mejor que en un siglo o más. Dice mucho de la aristocracia el hecho de que aceptara las nuevas dispensas con tan pocas protestas.

La sombra más oscura que se cernió sobre los catorce años de reinado indiviso de Constantino no vino, en realidad, de las filas de la nobleza, sino del monje eunuco Polieucto, a quien el emperador cometió la temeridad de nombrar patriarca en 956, tras la muerte de su desprestigiado cuñado Teofilacto.[1] Hay dos escuelas de pensamiento sobre Polieucto. El profesor Toynbee lo considera «irreprochable»; por otra parte, el profesor Jenkins (cuya opinión parece acercarse mucho más a la verdad) lo considera un fanático fastidioso que, desde el momento de su nombramiento, no hizo más que causar problemas: primero, acusando públicamente a Basilio el parakoimomenos de extorsión y luego, de manera aún más polémica, resucitando toda la controvertida cuestión del cuarto matrimonio de León el Sabio y exigiendo la restitución del nombre del patriarca Eutimio (quien, como se recordará, había concedido a León su ansiada dispensa) a los dípticos sagrados.[2]

1. Los inmensos establos que Teofilacto había construido junto a Santa Sofía para sus 2. 000 caballos fueron transformados en un asilo para ancianos.

2. Véase pág. 125.

Cuarenta años antes, el emperador habría podido acoger con agrado una iniciativa semejante; ahora, lo último que quería era que se volviera a sacar a la luz todo el asunto. En esta ocasión, Polieucto se vio obligado a ceder, pero continuó con su comportamiento disruptivo hasta que, al final, Constantino no pudo soportarlo más y en septiembre de 959 cruzó a Asia para consultar a su viejo amigo, el obispo de Cícico, sobre posibles formas de librarse de él. Desde Cícico viajó a Bursa, con la esperanza de que sus famosas fuentes termales lo curaran de una fiebre persistente que había estado padeciendo, y cuando este tratamiento resultó ineficaz, se trasladó al monasterio en lo alto del monte Olimpo de Misia (hoy Ulu Dag), a unas veinte millas de la ciudad. Para entonces, sin embargo, era evidente que estaba mortalmente enfermo: los monjes, viendo que no había esperanza, le advirtieron que el fin estaba cerca y le ordenaron que se preparara para la muerte. Regresó apresuradamente a la capital donde, el 9 de noviembre de 959, murió en su cama, a los cincuenta y cuatro años,

rodeado de su afligida familia: su esposa Helena, sus cinco hijas y su hijo Romano, de veinte años, ahora emperador de Bizancio.

Ningún reinado comenzó con mejores auspicios que el de Romano II. Su bisabuelo Basilio I, sus dos abuelos León el Sabio y Romano Lecapeno y su padre Constantino habían construido el Imperio hasta tal punto que su fuerza económica y militar era mayor que en siglos anteriores; intelectual y artísticamente, el Renacimiento macedonio estaba en su apogeo. Hijo indudablemente legítimo de un emperador muy querido, nacido como su padre en la púrpura, había heredado tanto la magnífica constitución de Constantino como su encanto de modales, junto con gran parte de la belleza de su madre. Sus detractores se quejaban de que era frívolo y que pasaba demasiado tiempo cazando, de juerga y jugando al polo; pero esos defectos son sin duda perdonables en los jóvenes, y no hay razón para creer que no los hubiera superado si se le hubiera dado la oportunidad de hacerlo.

Más grave, pero aún más excusable, se enamoró. De niño lo habían casado con Berta, una de las innumerables hijas naturales del rey italiano Hugo de Arles; pero ella había muerto poco después y en 9; 8 él había rechazado firmemente la siguiente elección de su padre para él, la sobrina del rey Otón, Eduvigis de Baviera, en favor de la hija de un posadero del Peloponeso que había tomado el nombre de Teófano. La historia no ofrece un ejemplo más sorprendente de femme fatale. Su belleza, para empezar, era impresionante: no tenemos motivos para dudar de León el Diácono cuando nos asegura que era la mujer más hermosa de su época. También era intensamente ambiciosa y, hasta donde podemos juzgar, carecía por completo de escrúpulos morales: una intrigante compulsiva, no se detendría ante nada -ni siquiera, como veremos, ante el asesinato mismo- para lograr sus fines. Y aunque sólo tenía dieciocho años cuando su marido subió al trono, lo dominaba por completo. No se toleraron rivales: casi su primera acción como emperatriz fue ocuparse de su suegra y de las cinco hermanas de su marido. Helena fue relegada a un rincón apartado del palacio, donde moriría, sola y sin que nadie la escuchara, en septiembre de 961; las cinco princesas (una de las cuales, Ágata, no se había separado de su padre durante años, siendo su secretaria confidencial y, más recientemente, su nodriza) fueron obligadas a tomar el velo. No lo hicieron voluntariamente: durante días el palacio resonó con sus lamentaciones. En vano su madre y su hermano suplicaron por ellas; la joven emperatriz fue inexorable. Se quedó mirando con severidad mientras el propio patriarca Polieucto les cortaba el pelo y, como golpe final, las enviaba a cinco conventos

diferentes.

Gracias en gran medida a Teófano, muchos de los altos funcionarios del gobierno y de la corte también perdieron sus puestos; dos de los más importantes, sin embargo, permanecieron en el poder, aunque con funciones diferentes. Basilio, el antiguo parakoimomenos, recibió el nuevo título de proedrus, que conllevaba la presidencia del Senado y lo convertía en la mano derecha del emperador, mientras que su puesto anterior fue heredado por el eunuco Joseph Bringas, que había combinado los cargos de primer ministro y gran almirante (drungarius) durante los últimos años del reinado de Constantino. Bringas surge de las crónicas como un personaje capaz pero algo siniestro. Muy inteligente y perspicaz, con una energía inmensa y una capacidad aparentemente ilimitada para el trabajo duro, también era codicioso, rapaz, egoísta y cruel. Poco a poco se había hecho indispensable para Constantino, cuyo último deseo había sido que siguiera a cargo del gobierno; con la llegada al trono de Romano, su poder en el Imperio se volvió prácticamente absoluto. Fue él quien inició la campaña que conduciría al logro más destacado del breve reinado del joven Emperador: la reconquista, después de casi un siglo y medio, de la isla de Creta.

Un cronista árabe tardío afirma que, tras el fracaso de la desastrosa expedición de 949, Constantino Porfirognito intentó llegar a un acuerdo con el emir cretense, según el cual éste pondría fin a las constantes incursiones de sus súbditos a cambio de un subsidio anual equivalente al doble de la suma que normalmente obtenía la piratería. Bien podría ser así, aunque ninguna fuente bizantina superviviente confirma el hecho. Por otra parte, no cabe duda de que el fiasco de 949 irritó a los griegos; y antes de que el joven Romano llevara más de unas semanas en el trono ya se estaban haciendo preparativos para una nueva expedición, concebida a una escala infinitamente más ambiciosa que cualquiera de las anteriores. Lamentablemente, no disponemos de cifras precisas de las fuerzas implicadas; pero incluían elementos de todo el Imperio, a los que se sumaban importantes contingentes de Armenia, por no hablar de un gran número de mercenarios rusos y hacheros varegos de Escandinavia. El total debe haber sido muy superior a los 10.000 hombres. En cuanto al tamaño de la flota, tenemos información más precisa: 1. 000 transportes pesados, 308 barcos de abastecimiento y no menos de 2. 000 portaaviones griegos. El mando de este tremendo armamento fue confiado al hombre feo, austero y profundamente religioso de cuarenta y siete años, que para entonces había demostrado ser el general más destacado del Imperio, uno de los más grandes, de hecho,

de toda su historia.

Su nombre era Nicéforo Focas. Su abuelo y tocayo había sido responsable de la reconquista del sur de Italia durante el reinado de Basilio I; su tío, León Focas, había encabezado la resistencia contra Romano Lecapeno en 919 y había quedado ciego por sus esfuerzos; su padre, Bardas Focas, había sido nombrado doméstico de las Escuelas bajo Constantino Porfirogénito y había comandado los ejércitos imperiales contra los sarracenos de Oriente hasta que en 953 una horrible herida en la cara puso fin a su carrera militar. El propio Nicéforo, hasta entonces gobernador militar del tema de Anatolikon, había asumido inmediatamente el mando y cuatro años más tarde había dado una prueba espectacular de sus habilidades con la importantísima captura de Adata. Era -amigos y enemigos están de acuerdo- un soberbio soldado, de pies a cabeza: sereno e intrépido en la batalla, de enorme fuerza física, rápido como el rayo para aprovechar una oportunidad e infaliblemente considerado con sus soldados, que lo adoraban y lo seguían a cualquier parte. Fuera del ejército no tenía más intereses que la religión, llevaba una vida de austeridad casi monástica y pasaba sus horas de ocio conversando o escribiéndose con hombres santos (entre ellos su favorito era el futuro san Atanasio, que había abandonado su monasterio en lugar de convertirse en abad y en esa época vivía como ermitaño en el Monte Athos). No tenía absolutamente ningún don social. Era, en resumen, un tipo frío.

Los preparativos continuaron durante los seis primeros meses de 960; luego, en los últimos días de junio, la gran flota zarpó del Cuerno de Oro rumbo al Mármara. Unas dos semanas después, el 13 de julio, apareció frente a la costa norte de Creta. No se sabe con certeza dónde tuvo lugar exactamente el desembarco, pero una densa multitud de sarracenos, a pie y a caballo, que se habían reunido en las alturas sobre la orilla, lo observó con horror. Evidentemente, el enemigo había sido tomado por sorpresa y al principio no hubo una resistencia organizada: los que se acercaban demasiado eran recibidos con lluvias de flechas y hondas. Sin embargo, a medida que continuaba el desembarco, empezaron a aparecer escuadrones de caballería con cada vez más efectivos y, en cuanto se reunieron los suficientes, se lanzaron sobre los invasores. Lucharon, según León el Diácono,[1] con un coraje casi sobrehumano, pero estaban irremediablemente superados en número y causaron poca impresión en las fuerzas bizantinas. Cientos de personas murieron, mientras que los que cayeron heridos fueron pisoteados hasta la muerte por los catafractos, caballería acorazada cuyas pesadas cotas de malla los hacían casi invulnerables a cualquier

cosa que no fuera el feroz sol mediterráneo.

1. Cuyo relato sigo aquí. Theophanes Continuants cuenta una historia bastante diferente, poniendo mucho menos énfasis en la resistencia sarracena.

Pocos días después, el ejército imperial sufrió su primer revés. Nicéforo había enviado un gran grupo de reconocimiento y búsqueda de alimentos al interior del país, bajo el mando de un tal Pastilas, estratega de Tracia. Por desgracia, incluía un destacamento de rusos, a quienes la extraordinaria belleza, riqueza y fertilidad de la tierra parece haber sumido en una especie de éxtasis, haciéndoles perder todo sentido de la disciplina. Lo que realmente ocurrió no está claro: presumiblemente se emborracharon y se durmieron; en cualquier caso, los sarracenos, que habían estado observando cada uno de sus movimientos, vieron de repente su oportunidad. Se lanzaron a por ellos, cogiendo a sus víctimas totalmente desprevenidas. Pastilas y el resto se apresuraron a rescatarlos, pero demasiado tarde: casi todos murieron en la refriega que siguió, incluido el propio estratega. Sólo un puñado sobrevivió para llevar la noticia de la catástrofe al cuerpo principal del ejército.

Nicéforo estaba furioso, como era de esperar, pero no vio motivos para cambiar su plan, que consistía en avanzar directamente sobre la ciudad de Candia, que los bizantinos llamaban Chandax y que hoy conocemos como Heraclión. Era, con diferencia, la ciudad más grande de toda la isla y, en la medida en que tal cosa existía en una comunidad esencialmente pirata, su capital. Si la tomaban, había muchas posibilidades de que no hubiera otra resistencia seria en ningún lugar de la isla. Un día o dos después, formó el ejército ante sus murallas y comenzó el asedio, que duró ocho meses. Si los bizantinos hubieran logrado mantener un bloqueo efectivo tanto por mar como por tierra, todo podría haber terminado en la mitad de ese tiempo; pero no había puertos naturales y Nicéforo no podía mantener sus barcos indefinidamente en el mar durante lo que iba a resultar un invierno anormalmente largo y duro. Los ciudadanos asediados pudieron así traer todas las provisiones y suministros que necesitaban; Más importante aún, podían –y lo hicieron– enviar pedidos urgentes de ayuda a sus correligionarios en Sicilia, Egipto y España.

Pero sus súplicas no recibieron respuesta y, a medida que pasaban las semanas, su moral empezó a flaquear. Su único consuelo era ver a sus enemigos medio congelados apiñados alrededor de las hogueras y saber que, como ocurría tan a menudo en las guerras de asedio medievales, la vida, especialmente en invierno, era a menudo mucho más incómoda para los sitiadores que para los sitiados. A

medida que transcurrían los largos y fríos meses, el ejército imperial empezaba a sufrir las punzadas de una hambruna grave; bajo muchos otros comandantes, un motín abierto habría sido una posibilidad clara. Pero Nicéforo comprendía a sus hombres: de algún modo, en sus rondas diarias, se las arreglaba para infundirles fuerza, esperanza y el coraje para continuar. En esta tarea, parece que él mismo se inspiró en su amigo y mentor Atanasio, quien, con varios milagros indudables en su haber, había abandonado a regañadientes su ermita en el Monte Athos ante la urgente convocatoria del general y se había unido a él en el campamento. Nicéforo estaba convencido de que fue gracias a su intercesión que, justo a tiempo, a mediados de febrero, llegó la tan esperada flota de socorro con suministros de Constantinopla; y antes de que terminara el mes, los bizantinos, con la moral considerablemente recuperada, habían hecho dos intentos decididos de abrirse paso hasta la ciudad. Ambos primeros asaltos fracasaron, pero un tercero tuvo éxito y el 7 de marzo de 961, por primera vez en 136 años, el estandarte imperial volvió a ondear sobre Creta.

Ese mismo día comenzó la matanza. Mujeres, viejas y jóvenes, fueron violadas, asesinadas y arrojadas a un lado; niños, incluso lactantes, fueron estrangulados o empalados en lanzas. Ni siquiera el inmenso prestigio de Nicéforo pudo detener la carnicería; sólo después de tres días logró hacerse oír, e incluso entonces había pocas esperanzas para el pueblo de Candia. Los supervivientes, tanto hombres como mujeres, fueron vendidos como esclavos; y la flota victoriosa se dirigió de regreso al Bósforo, cargada hasta las bordas con los resultados de más de un siglo de saqueo de las ciudades más ricas del Mediterráneo oriental.

La caída de Candia y el consiguiente colapso del poder sarraceno en Creta fueron una victoria para los bizantinos sin precedentes desde los días de Heraclio. Cuando la noticia llegó a Constantinopla, hubo celebración en toda la ciudad: se celebró un servicio de acción de gracias durante toda la noche en Santa Sofía en presencia del Emperador y la Emperatriz, la nobleza y el clero, y todos los miembros del pueblo que pudieron apretujarse en la Gran Iglesia. Entre toda la vasta congregación había quizás un solo hombre en quien la emoción predominante no era el júbilo sino la ansiedad. El eunuco Joseph Bringas siempre había odiado a la casa de Focas, de quien estaba amargamente celoso. Hasta entonces, la popularidad de Nicéforo se había limitado al ejército; no había tenido ningún atractivo para el pueblo de Constantinopla, para la mayoría de los cuales era, en cualquier caso, poco más que un nombre. Ahora todo eso cambiaría: de la noche a la mañana se había convertido en el héroe del Imperio.

Los generales victoriosos eran peligrosos en el mejor de los casos, y Nicéforo era conocido por estar consumido por la ambición. Para contener esa ambición, tanto el gobierno como el tribunal debían proceder con el máximo cuidado; se avecinaban semanas difíciles.

Y así sucedió que cuando Nicéforo Focas regresó con orgullo al Cuerno de Oro, donde Romano y Teófano lo recibieron y felicitaron públicamente por su hazaña histórica, no se le ofreció en esta ocasión el triunfo imperial pleno que tan merecía. Todo lo que se le permitió fue una ovación en el Hipódromo, en la que el pueblo tuvo la oportunidad de contemplar a su mejor general y saludarlo con vítores; él, en cambio, se presentó ante ellos no en un carro de cuatro caballos, sino a pie. No hubo grandes desfiles militares, ni exhibiciones de prisioneros y botín. También se le dejó claro que no debía permanecer en la capital más tiempo del absolutamente necesario. La moral sarracena había sufrido un duro golpe y el Imperio debía aprovechar rápidamente la ventaja que había obtenido. En resumen, lo necesitaban en Oriente.

Dos años antes, cuando Nicéforo había renunciado a su mando oriental para preparar la expedición a Creta, había sido sucedido por su hermano menor León. Sin embargo, a las pocas semanas de asumir ese mando, León se encontró ante un gran desafío por parte del antiguo enemigo del Imperio, Saif ed-Daula. Saif había recorrido un largo camino desde su primera aparición en estas páginas en la década de 930, como el oponente más temible de Juan Curcuas. En 944 había capturado Alepo, que había convertido en su cuartel general permanente y desde donde había extendido rápidamente sus dominios para abarcar la mayor parte de Siria y el norte de Mesopotamia, incluidas Damasco, Emesa y Antioquía. Todas estas conquistas habían mejorado aún más la reputación de valor que había adquirido por primera vez en su temprana juventud; Así, mucho antes de cumplir treinta y cinco años (había nacido en 916), se había convertido en el bello ideal del emir árabe de la Alta Edad Media: cruel y despiadado en la guerra, pero caballeroso y misericordioso en la paz, poeta y erudito, mecenas de la literatura y las artes, poseedor del mayor establo, la más extensa biblioteca y el harén más suntuosamente provisto del mundo musulmán.

Todos los años, sin excepción, Saif había dirigido al menos una importante incursión en territorio bizantino. Sin embargo, ninguna había sido tan ambiciosa como la de principios del verano de 960. El momento fue perfecto. El ejército de Oriente, seriamente mermado por las exigencias de la expedición cretense, estaba más débil que en

años anteriores. León Focas todavía estaba limpiando tras una exitosa campaña en el sur de Siria y, por lo tanto, se encontraba a varios días de marcha en la dirección opuesta. Saif no era hombre que desaprovechara ese tipo de oportunidad; y casi exactamente en el momento en que Nicéforo zarpó hacia Creta (es posible que fuera el mismo día), cruzó la frontera imperial desde el sudeste a la cabeza de un ejército sarraceno estimado en 30.000 hombres, atravesando sin obstáculos los desfiladeros del Tauro oriental y avanzando hacia la fortaleza de Carsiano,[1] cerca de Melitene, donde masacró a la guarnición y tomó un gran número de prisioneros.

1. Los cronistas árabes lo llaman Karchanah. No he podido identificarlo.

León Focas lo persiguió, pero sin demasiada prisa. Sabía que estaba en clara desventaja numérica y que los hombres de que disponía todavía estaban exhaustos tras una larga y ardua campaña; enfrentarse a un enemigo así en campo abierto sería una invitación al desastre. Avanzó sólo hasta las montañas, donde dispuso cuidadosamente a sus hombres para que dominaran los pasos principales. Luego se dispuso a esperar.

A principios de noviembre, Saif ed-Daula regresó con su ejército. Su expedición había sido un gran éxito. Largas filas de cautivos avanzaban lentamente tras él, sus carros gemían con el peso de su botín; él mismo, según León el Diácono, cabalgaba orgullosamente a la cabeza de sus hombres sobre una magnífica yegua árabe, «jugando todo el tiempo hábilmente con su lanza, que lanzaba al aire y volvía a atrapar cuando descendía, sin dejarla caer ni una sola vez ni retrasar la velocidad de la marcha». Alegre y confiada, la larga procesión regresó a través de las montañas; entonces, justo cuando entraba en un paso que los griegos llamaban Kulindros, o cilindro, sonó el toque de una trompeta oculta. En cuestión de segundos, inmensas rocas descendieron girando por la ladera de la montaña sobre la columna indefensa. Como de la nada, León Focas y su ejército aparecieron por delante y por detrás, y Saif se encontró de repente rodeado. Al principio se mantuvo firme, defendiéndose heroicamente, cortando a diestro y siniestro con su cimitarra. Su caballo murió bajo sus pies; apoderándose del de un sirviente, volvió a la lucha. Sólo más tarde, cuando vio que la jornada estaba perdida, dio media vuelta y partió al galope. Esparciendo tras sí puñado tras puñado de monedas de oro, logró frenar eficazmente a sus perseguidores y así logró escapar, junto con unos 300 de sus jinetes. Del resto, casi la mitad yacían muertos; los supervivientes fueron hechos prisioneros, atados con las mismas cuerdas y grilletes que habían retenido anteriormente a los cautivos cristianos.

Esta famosa victoria demuestra con claridad que León Focas, incluso con fuerzas disminuidas, era perfectamente capaz de defender la frontera oriental, y nos hace cuestionar una vez más los motivos reales de la casi indecente rapidez con la que Nicéforo fue enviado a relevarle. Sin embargo, como era de esperar, la renovada presencia de ambos hermanos, al frente de un ejército que había recuperado su tamaño anterior y con la moral más alta que nunca, tuvo un efecto dramático en el futuro de la lucha. En el espacio de sólo tres semanas, durante febrero y marzo de 962, los bizantinos recuperaron nada menos que cincuenta y cinco ciudades amuralladas en Cilicia; luego, después de una breve pausa mientras celebraban la Pascua, avanzaron a través de las Puertas Sirias cerca de Alexandretta (Iskenderun). Desde allí avanzaron lenta y metódicamente hacia el sur, quemando y saqueando a su paso. Unos meses más tarde estaban bajo las murallas de la propia Alepo, preparándose para sitiar la ciudad.

Alepo vivía en aquel momento el capítulo más brillante de su larga historia. Su toma por Saif ed-Daula dieciocho años antes la había convertido, por primera vez, en capital de un estado independiente y residencia principal de su gobernante; y el magnífico palacio de Saif, conocido como al-Hallaba, era uno de los edificios más bellos y renombrados del mundo musulmán del siglo X. El propio emir no había dejado nunca de enriquecerlo con todos los botines obtenidos en sus innumerables campañas, pero tenía un gran inconveniente: una posición cruelmente expuesta fuera de las murallas de la ciudad, que había hecho poco esfuerzo por proteger. La misma noche de su llegada, los hombres de Nicéforo cayeron sobre ella como langostas, primero vaciándola de todos sus tesoros y luego quemándola hasta los cimientos. Además de 390.000 dinares de plata, se apoderaron de 2. 000 camellos, 1. 400 mulas y tantos purasangres árabes que «no se podían contar». El edificio en sí fue despojado, por dentro y por fuera: los cronistas árabes hablan con tristeza de los objetos de oro y plata, de los fardos de terciopelo y damasco de seda, de las espadas, los petos y los cinturones adornados con joyas, e incluso de los azulejos dorados de las paredes y los tejados. Sólo cuando ya no quedó nada del palacio que saquear, el ejército imperial centró su atención en Alepo. Saif, atrapado fuera de los muros, se vio obligado una vez más a huir para salvar su vida; la mayoría de la guarnición local, privada de su presencia siempre inspiradora, carecía de valor para la lucha; y dos días antes de Navidad, los bizantinos triunfantes irrumpieron en la ciudad. Como en Candia, no hubo piedad: la carnicería, escribe un historiador árabe, cesó sólo cuando los conquistadores estaban demasiado exhaustos para continuar.

Pero Alepo, aunque ocupada, no había caído del todo. Un puñado de soldados se habían atrincherado en la ciudadela y se habían negado obstinadamente a rendirse. Nicéforo simplemente los ignoró. No podían resistir mucho tiempo y sus provisiones no podían durar para siempre. Lo importante era que Saif había desaparecido y Alepo ya no era una fuerza con la que contar. No tenía sentido perder más tiempo. Dio la orden de retirarse y el ejército victorioso emprendió el largo viaje de regreso a casa.

Apenas había avanzado más allá de Capadocia cuando llegó un mensaje de Constantinopla: el emperador Romano LI había muerto.

12
La muerte blanca de los sarracenos

[963-9]

Es un hombre monstruoso, un enano, de cabeza ancha y plana y ojos diminutos como un lunar; desfigurado por una barba corta, espesa y canosa; deshonrado por un cuello de apenas una pulgada de largo; parecido a un cerdo a causa de las grandes cerdas apretadas de su cabeza; en cuanto al color, un etíope. Como dice el poeta[1], "no te gustaría encontrarlo en la oscuridad". Una gran barriga, un trasero pequeño, muy largo de caderas para su baja estatura, piernas pequeñas, tacones y pies de tamaño regular; vestido con una túnica hecha de lino fino pero vieja, maloliente y descolorida por el tiempo; calzado con zapatillas sicionias; de lengua atrevida, un zorro por naturaleza, en el perjurio y la falsedad un Ulises.

1. Juvenal, V, 54.

Liudprando de Cremona, describiendo a Nicéforo Focas

Romano había muerto el 15 de marzo de 963, y a la mañana siguiente ya circulaba el rumor de que la emperatriz Teófano había envenenado a su marido. Tal reacción era, quizá, inevitable. En la atmósfera de intrigas de Constantinopla, la muerte de cualquier joven noble, y más aún del propio basileo, sin ninguna razón aparente siempre hacía que se hablara de malas lenguas; y la bella y joven emperatriz, en los cuarenta meses transcurridos desde la ascensión al trono de Romano, había adquirido una formidable reputación. Pocos dudaban de que fuera capaz de semejante crimen; pero la capacidad es algo muy distinto de la culpa, y es difícil ver cómo su posición podría haber mejorado con la viudez, fuera o no autoinfligida. En la medida en que era capaz de amar a alguien, hay muchas razones para creer que amaba a su marido, al que ya había dado cuatro hijos: el más pequeño, una niña, nació sólo dos días antes de su muerte. Mientras él vivió, ella fue todopoderosa, con su propio futuro y el de sus hijos asegurados. Ahora que él se había ido, todos estaban en peligro. Ella misma todavía estaba en el parto; sus dos hijos, los coemperadores Basilio y Constantino, tenían seis y tres años

respectivamente. El ejemplo de su propio suegro era suficiente para ilustrar los peligros de una larga minoría de edad, especialmente cuando había generales ambiciosos en perspectiva; y mientras que su predecesora Zoe sólo había tenido que lidiar con dos de ellos, ahora había tres -los dos hermanos Focas y Juan Tzimisces-, todos los cuales seguramente verían la situación actual como un posible camino hacia el trono. A estos posibles contendientes podría haberse añadido fácilmente un cuarto, el parakoimomenos José Bringas, pero por el hecho de que como eunuco estaba descalificado para el poder supremo; él también, sin embargo, era un intrigante compulsivo, y aunque Teófano sabía que nunca apoyaría a la facción de Focas, no había forma de saber qué otros candidatos tenía en mente.

Mientras tanto, necesitaba un protector, y uno fuerte. En secreto (pues Bringas, de haberlo sabido, seguramente se lo habría impedido) envió un llamamiento urgente a Nicéforo Focas, en Oriente, rogándole que regresara de inmediato. Cuando el mensajero lo encontró en su campamento cerca de Cesarea, en Capadocia, Nicéforo no dudó. Sabía que la rapidez era de suma importancia: no había tiempo para reunir a sus tropas, muchas de las cuales ya se habían dispersado hacia sus hogares. Tras detenerse sólo el tiempo suficiente para reunir todo el botín más valioso de sus campañas sirias, partió con una pequeña escolta y, a principios de abril, entró en la capital. Para entonces, la convocatoria de la emperatriz era de dominio público. Bringas, furioso, había protestado violentamente y, en una reunión del Consejo de Regencia, había llegado al extremo de argumentar que el general se había convertido en un peligro público que debía ser arrestado inmediatamente a su llegada. Pero no encontró apoyo, y las multitudes que se habían reunido frente al palacio exigían en voz alta que a Nicéforo no sólo se le diera una bienvenida de héroe, sino también ese triunfo en toda regla del que se le había privado tan injustamente después de la conquista cretense.

Y así se celebró el triunfo: el más espléndido, tal vez, desde el de Heraclio hacía más de tres siglos, y al que se le dio una santidad adicional gracias a la túnica hecha jirones de Juan el Bautista, recientemente arrebatada de su antiguo lugar de descanso en Alepo y ahora llevada orgullosamente ante Nicéforo - "la Muerte Blanca de los Sarracenos" - mientras cabalgaba por las calles hacia el Hipódromo. Frente a su inmensa popularidad, Bringas se sentía impotente; y a la ira y el resentimiento que había albergado durante mucho tiempo contra su antiguo enemigo se unió ahora una tercera emoción: el miedo. El general consultaba diariamente con la Emperatriz; si ahora

contaba con el apoyo de ella para hacer una oferta por el trono, ¿qué destino le aguardaba? ¿Cegamiento? ¿Destierro? ¿O ambas cosas? Nicéforo, es cierto, no dio señales externas de tener tal ambición; Por el contrario, no perdió oportunidad de proclamar su indiferencia hacia la pompa y el poder mundanos y su afán de retirarse lo antes posible al monasterio que su amigo Atanasio ya estaba construyendo a petición suya en el Monte Athos.[1] Pero Bringas no se dejó engañar. En silencio y en secreto hizo sus planes, y cuando todo estuvo listo convocó a su enemigo al palacio.

1. A su regreso de la expedición a Creta, Nicéforo había confiado a Atanasio su parte del botín para la construcción de esta fundación, "donde tú y yo podemos estar solos con nuestros hermanos y juntos saborear los placeres de la Eucaristía". Hoy en día, conocido como la Gran Laura, el monasterio sigue siendo el más antiguo y venerable de la Montaña Sagrada, con sus grandes puertas de bronce, regalo personal del Emperador, todavía en su lugar.

Nicéforo también estaba en guardia. Sus espías habían estado ocupados. No se hacía ilusiones sobre lo que estaba planeando el parakoimomenos y estaba decidido a recuperar la iniciativa. En lugar de obedecer la orden, fue directamente a Santa Sofía, donde acusó públicamente a Bringas de conspirar para asesinarlo y solicitó asilo. Fue una estratagema brillante y exitosa. Pronto se reunió una multitud indignada que pedía con rabia que se castigara a cualquiera que se atreviera a poner un dedo sobre su héroe, y pronto se le unió el propio patriarca Polieucto. Ahora bien, el patriarca era, como hemos visto, un fanático de mente estrecha que había arruinado los últimos años de Constantino Porfirogénito; este general austero y profundamente devoto era, por otra parte, un hombre que seguía su propio corazón y no dudó en prestar su propia voz a la de la multitud. José Bringas era un hombre poderoso, pero la postura unida de la emperatriz y el patriarca, con el evidente apoyo del pueblo, fue demasiado para él: sólo pudo observar, furioso, cómo el Senado confirmaba a Nicéforo en su mando y se comprometía a no tomar decisiones políticas importantes sin su consentimiento. El general, a su vez, les agradeció su confianza y, tan pronto como terminaron las celebraciones de Pascua, regresó para reunirse con su ejército en Anatolia.

Pero, como todos sabían, no por mucho tiempo. Las conversaciones secretas con la emperatriz habían terminado en un acuerdo que, al menos a corto plazo, iba a resultar muy ventajoso para ambas partes. Nicéforo protegería los derechos y las personas de los dos emperadores-niño; a cambio, él mismo sería proclamado emperador y se uniría a ellos en el trono. Podía hablar todo lo que quisiera de los preparativos que estaba haciendo para una futura campaña en Cilicia, pero a esas alturas, pocos le creían, si es que había

alguno. Bringas tenía razón: estaba preparando efectivamente al ejército para marchar. Sin embargo, el objetivo de esa marcha no sería Glicia, sino Constantinopla.

Y así, Bringas, ya desesperado, jugó su última carta. Envió cartas a dos de los comandantes superiores de Nicéforo, Romano Curcuas y Juan Tzimisces (el hijo y el sobrino nieto del gran Juan Curcuas, que había obtenido tan espléndidas victorias para Romano Lecapeno, respectivamente) ofreciéndoles los mandos supremos de Oriente y Occidente respectivamente a cambio de la traición de su jefe. Ellos mismos debían decidir cómo lo harían: podían tonsurarlo a la fuerza y encerrarlo en un monasterio, o podían enviarlo encadenado a Constantinopla. «Dependo de ti», escribió a Tzimisces, «acepta primero el mando en Anatolia, luego ten un poco de paciencia y en poco tiempo serás basileo de los romanos». Por desgracia, su dependencia era errónea: Tzimisces fue inmediatamente a ver a Nicéforo, que dormía en su tienda, lo despertó excitado y le mostró la carta. El general pareció momentáneamente aturdido; Uno de nuestros cronistas, Jorge Cedreno, afirma que sólo después de que sus dos comandantes amenazaran con matarlo si dudaba más, se vio finalmente obligado a actuar. Pero probablemente se trató de una muestra de renuencia. Al amanecer del 3 de julio de 963, ante todo el ejército formado en una gran llanura justo fuera de los muros de la Cesarea de Capadocia, Nicéforo Focas fue alzado por sus generales sobre un gran escudo a la antigua usanza y proclamado emperador de los romanos. Luego, tras un breve servicio de bendición en la catedral, partió hacia su capital.

Mientras tanto, en Constantinopla, José Bringas se negaba a admitir la derrota. Había convocado a un gran número de tropas europeas de Macedonia y otros lugares que tradicionalmente desconfiaban de los anatolios y en cuya lealtad creía poder confiar; la mayoría de ellas las distribuyó no sólo a lo largo de las murallas terrestres y marítimas, sino también en puntos clave de toda la ciudad, para hacer frente a los primeros signos de levantamiento popular. El resto fue enviado a la costa asiática del Bósforo, para que se apoderaran de todos los barcos que pudieran encontrar y los llevaran a Europa. Así fue como, cuando Nicéforo Focas y su ejército llegaron a Crisópolis (más conocida por nosotros como Scutari) el 9 de agosto, se encontraron incapaces de cruzar el estrecho. Sin embargo, el nuevo emperador no parecía demasiado preocupado; ahora que sus amigos y partidarios en la ciudad podían ver sus hogueras de vigilancia, sabía que al menos algunos de ellos lograrían unirse a él al amparo de la oscuridad. Se instaló cómodamente en el cercano palacio imperial de

verano de Hieria y se dispuso a esperar. Sus expectativas se vieron pronto confirmadas: uno de los primeros en llegar fue su propio hermano León, héroe de la batalla del Paso de Kulindros. Pero León trajo una noticia inquietante: su padre, el anciano general Bardas Focas, que ya tenía más de ochenta años, estaba retenido como rehén por Bringas. Si Nicéforo seguía avanzando, sus posibilidades de sobrevivir serían escasas.

En realidad, los acontecimientos se sucedían mucho más rápido de lo que León creía. Aprovechando la creciente confusión en la ciudad, Bardas, posiblemente con la complicidad de sus guardias, logró escapar y buscó asilo en Santa Sofía. Bringas, en cuanto se enteró de lo sucedido, envió un destacamento de milicianos tras él, con órdenes de sacarlo a rastras de su refugio. Fue un error fatal. Era el 9 de agosto, domingo, y la Gran Iglesia estaba abarrotada de gente. Bardas era una figura popular, tanto por ser un distinguido veterano de las guerras sarracenas como por ser el padre de Nicéforo; y los soldados se vieron inmediatamente rodeados por una multitud hostil, que les arrebató a su prisionero y los expulsó a la fuerza del edificio antes de devolver al anciano a su lugar de refugio.

Cualesquiera que fueran sus otros defectos, Bringas no era un cobarde. Al ver que sus hombres regresaban con las manos vacías y visiblemente conmocionados, montó a caballo y se dirigió directamente al Patriarcado, que estaba junto a Santa Sofía; luego, cuando Polieucto se negó a intervenir, él mismo entró en la iglesia, se abrió paso entre la multitud que se apiñaba, subió al ambón y, silenciando a los sacerdotes con mano imperiosa, se dirigió personalmente a la congregación. Pero una vez más calculó mal la fuerza de su oposición. Unas pocas palabras de conciliación podrían haber salvado el día; en lugar de eso, se puso a reprender rotundamente a quienes desafiaban sus órdenes, amenazando con cortar todos los suministros de alimentos de la ciudad y, de ser necesario, matarlos de hambre para que se sometieran. Luego salió de la iglesia, deteniéndose sólo para ordenar a los vendedores de pan que ocupaban un puesto permanente fuera de las puertas occidentales que cerraran sus puestos de inmediato.

Por supuesto, se trataba de una amenaza vacía; Bringas lo sabía, y también sus oyentes. Regresó al palacio tan enfadado como siempre, consciente sólo del hecho de que él, el parakoimomenos imperial y primer ministro del Imperio bizantino, había perdido la primera ronda y había quedado en ridículo. Pero aún no estaba vencido. Esperó, furioso, hasta que la multitud empezó a salir de Santa Sofía. Era

mediodía; el servicio había terminado y era hora de la comida del mediodía. Mandó llamar a los dos niños emperadores, los tomó firmemente de la mano y regresó con ellos a la Gran Iglesia, para entonces casi desierta salvo por el anciano general, sentado tranquilamente entre las sombras del santuario. La conversación que mantuvieron a continuación no está registrada, aunque la presencia de los dos niños sugiere una posible amenaza de que cualquier nuevo intento de resistencia se pagaría con sus vidas. Todo lo que sabemos es que Bardas se dejó llevar.

Por tercera vez, el eunuco había subestimado la fuerza del sentimiento popular. Cuando se acercaba la hora de vísperas y Santa Sofía comenzaba a llenarse de gente, el primer pensamiento de todos fue para Bardas; y cuando no lo encontraron, su estado de ánimo se volvió más feo que nunca; la fuerza de su ira esta vez se dirigió principalmente contra el patriarca y el clero, quienes, en el mejor de los casos, no habían protegido a su fugitivo y, en el peor, lo habían traicionado deliberadamente. Polieucto, ahora seriamente alarmado, se apresuró a ir al palacio, encontró a Bardas sentado tristemente en una antesala, lo agarró del brazo y regresó con él a la iglesia, donde su aparición produjo un silencio inmediato; pero cuando Bringas llegó unos minutos después con un pelotón de macedonios e hizo otro intento de ponerle las manos encima, la gente decidió que ya era suficiente. Mientras algunos se hicieron cargo del desconcertado anciano, lo llevaron de regreso a su casa y lo vigilaron, el resto tomó ladrillos, piedras y cualquier otra cosa, incluso muebles de la iglesia, que pudiera servirles como arma y se lanzaron sobre los soldados de Bringas.

El motín, una vez iniciado, se extendió como un reguero de pólvora por la ciudad. Al principio, como todos los motines, fue en gran parte incontrolado; pero a medida que fue cobrando impulso, también empezó a revelar una fuerza impulsora detrás de él: la de Basilio, el hijo natural de Romano Lecapeno. Probablemente para proteger los intereses de sus hijos mayores y legítimos, Romano lo había castrado en la infancia; pero desde su juventud Basilio siempre había demostrado una inteligencia y una capacidad excepcionales y había desempeñado durante mucho tiempo un papel importante en los asuntos de estado. Ya en 944, Constantino Porfirogénito lo había nombrado patricio y exarca de la Gran Hetaria[1]; unos meses más tarde fue parakoimomenos. En 958 lo encontramos al mando del ejército de Oriente, obteniendo una espléndida victoria sobre Saif ed-Daula y recibiendo un triunfo a su regreso a la capital. Al morir Constantino al año siguiente, fue él quien depositó personalmente el cuerpo del

emperador junto al de su padre León, en el mismo sarcófago. Luego, cuando fue ascendido a proedro, fue reemplazado por José Bringas, a quien detestaba y del que desconfiaba.

1. La guardia imperial, reclutada exclusivamente entre las tribus bárbaras (incluidos los rusos y los formidables varegos u hombres del norte), que proporcionaba la guarnición del Gran Palacio y acompañaba al Emperador en campaña.

En cuanto oyó los primeros ruidos de la insurrección, Basilio supo que había llegado su oportunidad. Rápidamente reunió a todos sus sirvientes y criados -4.000 de ellos si se cree a los cronistas, una cifra que da una idea del estado que mantenían los nobles bizantinos en ese período- y los condujo al Foro, donde la multitud era más densa y donde rápidamente asumió el control. Su primera acción fue enviar hombres a todos los rincones de la ciudad para proclamar la inminente llegada del nuevo emperador; después -uno sospecha que con aún más satisfacción- condujo a la multitud al palacio privado de Bringas, que primero fue saqueado de todo lo que poseía de valor y luego quemado hasta los cimientos. Después de esto, los incendios y saqueos se generalizaron: lo que había comenzado como una protesta legítima rápidamente degeneró en un alboroto histérico y aullante. Pasaron tres días -durante los cuales la mitad de Constantinopla estaba en ruinas- antes de que Basilio pudiera reafirmar su autoridad e imponer algo parecido al orden. Entonces y sólo entonces pudo conducir a sus hombres hasta el Cuerno de Oro, tomar posesión de todos los barcos que estaban anclados en el puerto y navegar con la enorme flotilla a través del Bósforo hasta Hieria, donde Nicéforo todavía lo esperaba pacientemente.

Por fin, el domingo 16 de agosto de 963, el emperador Nicéforo Focas estaba listo para entrar en su capital. Con Basilio, ahora nombrado nuevamente parakoimomenos, a su lado, subió a bordo del dromond imperial, sentándose en un gran trono de plata bajo un dosel dorado sostenido por cariátides doradas; luego remaron lentamente a través del estrecho y hacia el oeste a lo largo de la costa europea hasta el Palacio del Hebdomon, justo fuera de las murallas terrestres en su extremo sur. Allí se vistió con el atuendo ceremonial, se puso su coraza dorada y montó en el enorme corcel blanco, enjaezado en púrpura y oro, que lo llevaría a través de la ciudad; Y así comenzó la gran procesión, deteniéndose primero en el monasterio abramita de Acheiropoietus[1] para reverenciar el icono milagroso ('no hecho con manos') de la Virgen, para luego pasar por la Puerta Dorada y por el Mese hasta Santa Sofía donde, en presencia de los dos niños emperadores, el patriarca Polieucto colocó la diadema sobre su

cabeza.

1. Fue fundado en el siglo VI por el monje Abraham, que luego fundó el monasterio bizantino en el Monte de los Olivos y que más tarde se convirtió en obispo de Éfeso. Tal vez por su ubicación tan expuesta, fue inevitable que fuera destruido poco antes del asedio turco de 1455, junto con el icono milagroso.

El obispo Liudprando de Cremona nunca hizo ningún esfuerzo por ocultar su desagrado por Nicéforo Focas, y su descripción al comienzo de este capítulo difícilmente puede considerarse imparcial; León el Diácono, por otra parte, que conocía bien al Emperador y no tenía ningún interés personal en él, pinta un cuadro bastante similar: confirma que Nicéforo era bajo y rechoncho -una impresión reforzada por sus hombros anchos y su pecho abultado-, que su tez era claramente morena, y se había vuelto aún más oscura por sus largos años de servicio bajo el sol sirio; y que sus ojos eran, en efecto, pequeños y oscuros, bajo unas cejas espesas. (Añade que parecían pensativos y de alguna manera tristes.) El único punto de desacuerdo radical es el del cabello del Emperador: la referencia de Liudprando a las cerdas sugiere que Nicéforo lo llevaba en brosse, mientras que según León era negro con rizos apretados y excepcionalmente largo.[1]

1. Puesto que este estilo está claramente ilustrado en las monedas contemporáneas, podemos preferir con seguridad el testimonio del diácono al del obispo.

Ya hemos hablado en el capítulo anterior del carácter y el modo de vida del nuevo emperador. Ninguno de ellos, cabe repetirlo, era particularmente entrañable. Sus intereses se limitaban al ejército y a su religión. Era, es cierto, un hombre de una integridad moral normalmente elevada, inteligente aunque de mente estrecha, serio y sobrio, absolutamente incorruptible, inmune a la adulación y duro como una roca; pero también podía ser despiadado y cruel, y su mezquindad y avaricia eran notorias. La duplicidad, también, le resultaba fácil. En cuanto a sus hábitos, pueden haber sido sumamente loables, pero es difícil sentir mucho afecto por un hombre que durante años no había comido carne, que aborrecía a las mujeres, que invariablemente dormía con el cilicio de su tío -un monje famoso por su santidad llamado Miguel Maleino- y que pasaba varias horas al día en oración. Pero Nicéforo nunca buscó la popularidad. Aunque ya había entrado en su sexta década, sus energías no habían disminuido y se lanzó a la tarea de gobernar con toda apariencia de entusiasmo.

Su primera preocupación fue Bringas. Él también, cuando la multitud clamaba por su sangre, se había refugiado en Santa Sofía, pero después de que se asentara el polvo, parece que la abandonó por

su propia voluntad. Cuando llegó el momento de postrarse ante su antiguo enemigo, sabiendo ya que había sido destituido de su alto cargo y que su hogar había sido destruido con todas sus posesiones, debió temblar por su futuro. El Emperador, sin embargo, no era vengativo: se contentó con desterrar a Bringas a su salvaje patria de Paflagonia, prohibiéndole regresar jamás a Constantinopla. Mientras tanto, había recompensas que distribuir, así como castigos. A su padre, el anciano Bardas, el Emperador le confirió el título de César, en reconocimiento al valor que había demostrado durante sus recientes tribulaciones; su hermano León se convirtió en magister y curopalates, o mariscal de la corte imperial; mientras que Juan Tzimisces fue confirmado como doméstico de las Escuelas, comandante en jefe del ejército en Anatolia.

Quedó Teófano, la primera en pedirle a Nicéforo que asumiera la protección de ella y de sus hijos, sin la cual él probablemente habría pasado el resto de su vida activa en Siria, en guerra contra los sarracenos. La primera acción del emperador en relación con ella fue, tal vez, algo sorprendente: la expulsó del palacio y la llevó a la antigua fortaleza de Petrión, en lo que hoy es el barrio del Fanar, a lo largo de la parte alta del Cuerno de Oro. Durante un mes y cuatro días se vio obligada a languidecer en lo que en realidad era poco más que una prisión, mientras Nicéforo, austero y frugal como siempre, ocupaba los aposentos imperiales; luego, el 20 de septiembre, en la iglesia palatina de Nea[1], se casó con ella.

1. Estrictamente hablando, por supuesto, "la iglesia de la Nea" es un nombre inapropiado, como si uno se refiriera al New College de Oxford como "el Colegio de "lo Nuevo"". Pero como toda traducción más precisa es, de una manera u otra, aún más insatisfactoria, tendrá que ser "la Nea".

Parecería que no hay ninguna duda razonable de que el destierro temporal de Teófano fue en realidad una medida acordada por ambos de antemano, con el fin de preservar las buenas costumbres y evitar habladurías indeseables, aunque no está claro de inmediato por qué la habían enviado a un retiro tan incómodo, en lugar de a uno de los más de doce palacios que había en las cercanías de la capital. Sin embargo, una cuestión más intrigante se refiere a los antecedentes del matrimonio. En su momento se sugirió (aunque no, hay que decirlo, por ninguna de nuestras fuentes más fiables) que Nicéforo, deslumbrado por la extraordinaria belleza de la emperatriz, se había enamorado apasionadamente de ella; y esta teoría ha sido defendida con entusiasmo por varios historiadores posteriores. No es difícil ver por qué: la imagen del viejo general rudo e inflexible perdiendo de repente la cabeza y el corazón por la mujer más hermosa (y más

viciosa) de su época es difícil de resistir. Pero ¿es probable? Nicéforo era, después de todo, un asceta natural y profundamente religioso, que después de la muerte de su primera esposa había hecho un juramento de castidad y que a lo largo de su vida rara vez había perdido la oportunidad de mortificar aún más la carne. Otros historiadores se han preguntado: ¿Habría demostrado ser tan susceptible? ¿No era esto, sencillamente, un contrato acordado entre los dos en aquellas largas conversaciones privadas después de la primera llamada del general, en virtud de cuyos términos él tomaría a la Emperatriz y a sus pequeños coemperadores bajo su protección a cambio de su propia tercera parte de la corona imperial?

Para ella, sin duda, no podía haber sido de otra manera. No podemos imaginar seriamente a esta joven emperatriz exquisita y amante de los placeres, inmediatamente después de un feliz aunque breve matrimonio con el extraordinariamente atractivo Romanus, sintiendo otra cosa que repugnancia por un puritano santurrón que le doblaba la edad y que -por mucho que se le conceda la obvia malicia de la descripción de Liudprand- todavía parece haber sido poco atractivo hasta un punto que rayaba en lo grotesco. Pero en cuanto a Nicéforo, bueno, no podemos estar tan seguros. Si no tuviéramos más que la evidencia de su carácter y antecedentes para guiarnos, probablemente estaríamos de acuerdo en que sus motivos eran puramente políticos y se basaban en la ambición más que en el amor. Por otra parte, Nicéforo no habría sido el primer soltero empedernido que se dejó llevar por sus pies cuando menos lo esperaba, y su conducta posterior cuando se puso en duda la legalidad de la unión sugiere firmemente que para él esto era cualquier cosa menos un manage de transportation y que amaba a su joven esposa hasta la locura.

En efecto, había otros que estaban mucho menos dispuestos que Nicéforo a superar sus escrúpulos, y entre ellos estaba el patriarca Polieucto. Hasta donde se sabe, no había expresado objeciones previas al matrimonio imperial ni había pronunciado ninguna palabra de advertencia; de hecho, fue él quien personalmente había guiado al Emperador de la mano por la nave de la Nea hasta el iconostasio, ante el cual se iba a realizar la ceremonia. Pero cuando, hacia el final del servicio, Nicéforo avanzó solo hacia la puerta central del biombo para implantar el beso tradicional en el altar mayor que se encontraba detrás de él, el patriarca de repente dio un paso adelante, con la mano en alto. ¿Ignoraba el Emperador, preguntó, la penitencia impuesta por la Iglesia a todos los que contraían un segundo matrimonio? Después de que hubiera pasado un año completo, podría volver a ser permitido

dentro del santuario; hasta entonces, permanecería cerrado para él.

Nicéforo no tuvo más remedio que aceptar la sentencia, pero nunca perdonó a Polieucto por lo que consideró un insulto público. Tampoco fue éste el fin de sus tribulaciones, pues antes de que transcurrieran muchos días el capellán de palacio, un tal Estiliano, cometió la tontería de mencionar un hecho sumamente embarazoso, que todos los que lo conocían habían hecho todo lo posible por olvidar: que unos años antes, en una de sus breves visitas a Constantinopla, el Emperador había sido el padrino de uno de los hijos de Teófano. Según otra ley de la Iglesia Ortodoxa, esto había creado una «afinidad espiritual» entre ellos que los colocaba dentro de los grados prescritos y, de mantenerse, haría que el matrimonio perdurara y fuera nulo. Cuando el patriarca fue informado, no dudó. Como ya había demostrado en numerosas ocasiones anteriores, no tenía ni idea de tacto ni de diplomacia: para él la ley era la ley y estaba decidido a obedecerla al pie de la letra. Fue directamente al Palacio, entró en el apartamento privado del Emperador y le ofreció una elección sencilla: debía repudiar inmediatamente a Teófano o sufrir la prohibición de la Iglesia a perpetuidad.

En ese momento, si no le importara nada su esposa, Nicéforo bien podría haber cedido. La sola idea de pasar el resto de su vida privado de la Eucaristía habría sido inconcebible para un hombre de su temperamento y creencias. Haberse sometido de buen grado a la ley de la Iglesia, al mismo tiempo que se encarcelaba a Teófano en un convento, no sólo le habría devuelto el favor divino, sino que también le habría proporcionado una excusa perfecta para librarse de una pesada responsabilidad. Pero no se sometió. Al no aceptar ninguna de las dos opciones, convocó inmediatamente una reunión de todos los obispos que se encontraban por casualidad en Constantinopla —varios de los cuales habían venido específicamente para pedirle favores y, por lo tanto, tal vez no fueran incapaces de persuadirlos— junto con varias otras figuras prominentes de la Iglesia y el Estado, y dejó en claro que esperaba que encontraran una solución. No pasó mucho tiempo antes de que esta distinguida asamblea pronunciara su decisión: el decreto canónico que a primera vista parecía poner en duda la validez del matrimonio del Emperador había sido promulgado durante el reinado -y por tanto en nombre- de Constantino Coprónimo, «un hereje que despreciaba a la Santísima Virgen y a los Santos, infame perseguidor de su culto, adorador de demonios, vil verdugo de monjes, impío destructor de las santas imágenes». El decreto, por tanto, carecía de validez. El matrimonio se mantuvo.

Pero no a los ojos del patriarca. Inflexible como siempre, sostuvo con cierta razón que una comisión ad hoc de ese tipo no tenía autoridad para pronunciarse sobre tales asuntos, y se limitó a repetir su ultimátum. Mientras tanto, el emperador fue excomulgado y la ruptura entre la Iglesia y el Estado fue total. Una vez más, Nicéforo se negó a someterse. Aunque su alma estaba en peligro, se negó a abandonar a Teófano. Una vez más, comenzó a buscar desesperadamente una salida. Finalmente, él mismo encontró una solución: tal vez no especialmente elegante o incluso honorable, pero la única que ofrecía alguna perspectiva de éxito. Unos días después, Estiliano -la causa de todos los problemas- testificó ante una asamblea conjunta de la Iglesia y el Senado que nunca había hecho la declaración que se le atribuía o, si la había hecho, que su memoria le había engañado. En ese momento intervinieron el viejo Bardas, que confirmó temblorosamente que ni él ni su hijo habían sido padrinos de ninguno de los hijos de Teófano. Polieucto, enfrentado a lo que él y todos los demás sabían que eran dos mentiras descaradas una tras otra, supo que estaba derrotado. Podría haber sido capaz de manejar a Estiliano solo; pero el anciano César, que disfrutaba no solo de la reverencia debida al padre del Emperador sino también de ese tipo especial de popularidad que está reservada exclusivamente a aquellos que tienen un pie en la tumba, estaba fuera de su alcance. Se rindió.

Sólo quedaba otro oponente al matrimonio por resolver: Atanasio, cuyo monasterio en el Monte Athos estaba ya casi terminado. La iglesia estaba terminada, salvo las cúpulas, y alrededor de ella se alzaban rápidamente los edificios monásticos, ocultando, en algún lugar de sus profundidades, la pequeña celda que ya había sido reservada para el emperador. Según la Vita Athanasii, había escrito a Nicéforo una carta en la que le acusaba de haber roto sus promesas y de haber preferido los placeres transitorios de este mundo a las alegrías imperecederas del otro, había suspendido inmediatamente todas las obras de construcción y se había retirado, muy enojado, a su antigua ermita. El Typicon de la Gran Laura, por otro lado, nos asegura que el santo fue directamente a Constantinopla en persona y le dijo al emperador lo que pensaba de él, añadiendo que después de semejante traición a la confianza, él mismo había perdido todo interés en su monasterio y no volvería. Nicéforo cayó de rodillas, suplicando entre lágrimas que no había tenido otra opción que actuar como lo hizo. Todavía acariciaba su sueño monástico: un día, cuando la situación lo permitiera, dejaría a Teófano y se uniría a su viejo amigo en la Montaña Sagrada, como siempre había prometido. Mientras tanto, le aseguró que, a pesar de todos los indudables atractivos de su esposa, nunca había tenido ni tendría relaciones carnales con ella.[1]

Poniéndole en la mano un crisóbulo que reconocía formalmente al nuevo monasterio y lo liberaba de todo control, salvo del control imperial directo, le imploró que regresara y terminara la tarea que había comenzado.

1. ¿Verdadero o falso? Si no se trató simplemente de una mentira descarada para apaciguar a Atanasio, ¿fue esta decisión el resultado del juramento de Nicéforo o de la repugnancia de Teófano? Nunca lo sabremos.

Cargado con todos los tesoros, reliquias preciosas, dones y privilegios con los que Nicéforo se esforzó por apaciguar su conciencia atormentada -incluyendo la gran Biblia adornada con joyas y el relicario de oro que contiene una sección de la Vera Cruz, que todavía se encuentran entre las principales glorias de la Montaña Sagrada- Atanasio hizo lo que se le ordenó. En pocos meses su monasterio estuvo terminado -aunque, por desgracia, nunca estuvo destinado a albergar a los dos ancianos, uno emperador y el otro santo, en el ocaso de sus vidas. El terrible destino de Nicéforo se contará pronto, pero Atanasio se libró de este nuevo shock: poco después de reanudar las obras de construcción, la cúpula a medio terminar de su iglesia se derrumbó sobre su cabeza y lo mató.

El emperador Nicéforo II era -no parece necesario repetirlo- un soldado de pies a cabeza, y para él la guerra contra los sarracenos no era nada menos que una cruzada. Creía devotamente que era voluntad de Dios que los infieles fueran expulsados a los desiertos de los que habían venido, y que él, Nicéforo, había sido ordenado para llevar a cabo esa tarea. Así pues, ni siquiera su amor por Teófano, por grande que fuera, pudo apartarlo de su deber; y en 964 volvió al ataque, que rápidamente recuperó todo su antiguo impulso. El verano de 965 vio la primera conquista importante de esta nueva campaña: la ciudad de Tarso, principal trampolín de los árabes para sus incursiones anuales en Cilicia y durante más de 200 años una de las espinas más agudas y dolorosas en la carne bizantina.

Desde Tarso, también había una corta travesía en barco hasta Chipre. Ya en 668 la isla había sido objeto de un tratado entre Constantino IV y el califa Abdul-Malik, en virtud del cual el emperador y el califa la desmilitarizaron y la gobernaron como una especie de condominio neutral. Sin embargo, para la mente intolerante de Nicéforo, este acuerdo eminentemente civilizado era un anatema. Ese mismo verano de 965 sus tropas ocuparon la isla en gran número, sin que los musulmanes que estaban allí en ese momento hicieran siquiera un gesto de resistencia o protesta; y Chipre se convirtió en un tema bizantino.

Esta falta de reacción sarracena ante lo que era poco más que un acto de robo en la carretera era casi esperable, pues a medida que el califato abasí se desmoronaba, sus súbditos se desmoralizaban cada vez más. En cuanto a Sai'f ed-Daula de Alepo, nunca se recuperó del todo de la destrucción de su palacio y la conquista efectiva de su capital en 962; cinco años después, un hombre destrozado y parcialmente paralizado tras lo que parece haber sido un ataque, murió a los cincuenta y un años.[1] Una vez que su principal adversario se había ido, Nicéforo no encontró más obstáculos serios para su progreso. La posición de la propia Alepo, cuya guarnición nunca había capitulado formalmente, ahora estaba regularizada: la ciudad se convirtió en un vasallo imperial y un protectorado. Y en 969, después de 332 años, la antigua ciudad patriarcal de Antioquía volvió una vez más a manos cristianas.

1. La causa inmediata de su muerte, según la Enciclopedia del Islam, fue "retención de orina". Su cuerpo, continúa, "fue llevado a Mayyafariqin y enterrado en el turbe de su madre, a las afueras de la ciudad. Había dado órdenes de que le colocaran debajo de la cabeza, en el ataúd, un ladrillo hecho con tierra que había ganado en sus campañas".

Así, en lo que se refiere a la guerra en Oriente, el reinado de Nicéforo II se caracteriza por un éxito prácticamente ininterrumpido, y esto no debe sorprendernos, ya que allí lo único que se requería era la habilidad militar que el emperador, su hermano León y su compañero de armas Juan Tzimisces, por no hablar del joven héroe de Antioquía, Miguel Bourtzes, poseían en abundancia. En Occidente, por otra parte, la historia no es tan feliz, ya que para tratar con Europa se requería diplomacia, y en toda la historia de Bizancio hubo pocos diplomáticos peores que Nicéforo Focas. Parece que permitió que el poder supremo se le subiera a la cabeza: en el mejor de los casos, carente de encanto, lo vemos volverse cada vez más arrogante y autoritario a medida que avanza su reinado. En 965, cuando llegó una embajada de Bulgaria para cobrar el subsidio anual acordado por Romano Lecapeno y el zar Pedro en el momento del matrimonio de este último en 927, se dio un excelente ejemplo de esta torpeza. Es cierto que los búlgaros estaban tentando a la suerte: la zarina María Irene había muerto uno o dos meses antes, y Nicéforo podría haber objetado legítimamente que el acuerdo había caducado con su muerte.[2] Por otra parte, Bulgaria era un inestimable estado tapón que protegía al Imperio tanto de los magiares como de los rusos, y el modesto subsidio -que se había entregado anualmente sin cuestionamientos durante treinta y ocho años- podría haber sido considerado un precio suficientemente pequeño a pagar por unas relaciones amistosas. Sea como fuere, el Emperador no tenía ninguna justificación posible para actuar como lo hizo. Atacó a los embajadores con una serie de invectivas,

calificándolos a ellos y a sus compatriotas de raza de mendigos repugnantes y sucios, esclavos triples e hijos de perros, gobernados por un príncipe vestido únicamente con pieles de animales. Luego los hizo azotar antes de enviarlos de vuelta con las manos vacías a Preslav.

2. Según la teoría de Sir Steven Runciman. Véase pág. 147n.

Cualquiera que fuera la provocación, semejante conducta era obviamente inexcusable, sólo comparable a la del emperador Alejandro en circunstancias similares más de medio siglo antes. Pero mientras que Alejandro había sido un patán borracho, Nicéforo hablaba en serio. Avanzó de inmediato hacia la frontera búlgara y capturó varias fortalezas fronterizas para demostrar que hablaba en serio, y en otras circunstancias sin duda habría penetrado más; pero el grueso de su ejército estaba ocupado de lleno -y con provecho- en Oriente y no tenía ningún deseo de debilitarlo en un momento como ese. Por lo tanto, concluyó un acuerdo con el príncipe Sviatoslav de Kiev -el hijo de Ígor y la recientemente bautizada Olga- por el cual Sviatoslav, a cambio de unos honorarios generosos, se comprometía a someter a los búlgaros en su nombre. Sviatoslav estaba más que dispuesto a aceptar el oro bizantino, pero también era ávido de conquistas. Sólo unos pocos años antes, había destruido por completo el reino de los Jázaros; Allí se presentó una oportunidad celestial para hacer lo mismo con sus vecinos búlgaros, ampliando sus ya extensas fronteras hasta las orillas del Danubio. El reino búlgaro, ahora dividido sin esperanza, no pudo oponer una resistencia efectiva: demasiado tarde, el emperador vio que sólo había logrado reemplazar a un vecino débil y amante de la paz por un enemigo ambicioso y agresivo.

En sus relaciones con Europa occidental, la diplomacia de Nicéforo -si es que puede describirse así- fue igualmente calamitosa, y su principal adversario aún más formidable. Otón el Sajón había recorrido un largo camino desde la época de su primera aparición en esta historia, unos quince años antes. Aunque era rey titular de Italia desde 952, al principio había estado ocupado en gran parte en Alemania, mientras que la península había sido gobernada efectivamente por el marqués Berengario de Ivrea. Sin embargo, en 961, en respuesta a un llamamiento del inefable Juan XII,[1] había invadido Italia, había reafirmado su control, había hecho prisionero a Berengario y había llegado a Roma, donde en febrero de 962 el Papa lo había coronado emperador.

1. El más infame de los representantes de la "pornocracia" papal del siglo X, Juan

había sido nombrado Papa en 955 a la edad de dieciséis años. Como dice Gibbon, "leemos, con cierta sorpresa, que el digno nieto de Marozia vivió en adulterio público con las matronas de Roma; que el Palacio de Letrán se convirtió en una escuela de prostitución; y que sus violaciones de vírgenes y viudas habían disuadido a las peregrinas de visitar el santuario de San Pedro, por temor a que, en el acto devoto, fueran violadas por su sucesor".

Los lectores atentos recordarán que, en años anteriores, Otón había acogido con agrado las ofertas de alianza que le había hecho Constantino Porfirogénito, una alianza que Constantino esperaba sellar con el matrimonio de su hijo Romano (tras la temprana muerte de la primera esposa de este último) con la sobrina de Otón, Hedugina. El rechazo de Romano a esta dama en favor de la bella Teófano había disgustado mucho al rey sajón, y cuando en 959 este joven arrogante y -a ojos de Otón- extremadamente maleducado sucedió a su padre en el trono, las relaciones entre ellos se enfriaron aún más; pero Otón siguió soñando con una unión dinástica, y en las últimas semanas de 967 -con Romano a su vez ya a salvo fuera del camino- envió una embajada a Nicéforo para discutir la posibilidad. Gracias a malentendidos de ambos lados, esto resultó infructuoso, tan infructuoso de hecho que, en un esfuerzo por hacer entrar en razón al basileus, Otón lanzó un ataque totalmente no provocado contra la Apulia en manos bizantinas, ocupando gran parte de la provincia; pero cuando su ejército fracasó absolutamente en capturar Bari, recurrió una vez más a la diplomacia y a principios del verano de 968 envió una segunda embajada, más poderosa que la primera y bajo un embajador considerablemente más experimentado: nuestro viejo amigo Liudprando de Cremona.

El informe de Liudprando a Otón sobre su segundo viaje al Bósforo, la llamada Relatio de leatione constantinopolitana, es sin duda el relato más agradable -y también el más malicioso- jamás escrito sobre una misión diplomática a la corte de Bizancio; y si no tiene nada bueno que decir de él, no es sorprendente si tenemos en cuenta las dificultades con las que tuvo que luchar. En primer lugar, estaba la personalidad abrasiva del propio emperador. En la misión anterior de Liudprando se había llevado bastante bien con Constantino Porfirogénito, para cuya mente sofisticada y erudita cualquier intelectual occidental probablemente tenía un gran atractivo. Para el rudo e inculto Nicéforo, en cambio, era todo lo que era más aborrecible: un embaucador de lengua suave que se volvía aún más peligroso por su griego fluido, un hombre en el que no se podía depositar ninguna confianza y, además, un hereje. Además de esto, representaba a un aventurero alemán que se hacía llamar Emperador, mientras que toda persona sensata sabía que el Imperio Romano era uno e indivisible, con su sede en Constantinopla: un pretendiente a su

trono y un usurpador de su título que, además, recientemente había traicionado su palabra con un ataque completamente injustificado al territorio imperial bizantino.

Era de esperar, pues, que Liudprando recibiera con tibieza a su regreso a Constantinopla; no obstante, estaba profundamente herido en su amor propio. Diecinueve años antes, como emisario de un simple marqués italiano, había sido recibido con al menos un mínimo de cortesía; ahora, como plenipotenciario del Emperador de Occidente, describió a su amo la hostilidad apenas disimulada con la que había sido recibido:

El palacio en el que estábamos encerrados, aunque amplio y abierto, no nos protegía del frío ni del calor; además, nos colocaron bajo guardias armados que impedían que mi gente saliera y que nadie más entrara. Por lo tanto, sólo podíamos acceder a él los que estábamos encerrados, y estaba tan lejos de la residencia del emperador que, cuando llegamos andando (ya que no se nos permitía montar a caballo), llegamos exhaustos. Para colmo de males, el vino griego era completamente imbebible, ya que estaba mezclado con brea, resina y yeso.

1. Creo que ésta debe ser la primera reacción registrada de un europeo occidental al sabor de la retsina.

El 4 de junio llegamos a Constantinopla y esperamos bajo una fuerte lluvia con nuestros caballos fuera de la Puerta de Caria hasta las 5 de la tarde. Sólo entonces Nicéforo ordenó que nos dejaran entrar a pie, pues no nos consideró dignos de montar el caballo que Vuestra Gracia nos había proporcionado, y fuimos escoltados hasta la mencionada casa de piedra, repugnante, seca y llena de corrientes de aire. El 6 de junio, sábado anterior a Pentecostés, me llevaron ante el hermano del emperador, León, mariscal de la corte y Logotete; y nos desgastamos en una feroz discusión sobre vuestro título. No os llamó «emperador», que en su lengua es basileus, sino -de la forma más insultante- rex, que en la nuestra es «rey». Cuando le dije que las dos palabras, aunque diferentes, significaban lo mismo, me acusó de haber venido no a hacer la paz, sino a fomentar la discordia. Finalmente, se levantó furioso de su asiento y, muy ofendido, recibió tu carta no con sus propias manos, sino a través de un intermediario. Aunque puede parecer humilde, en realidad es un hombre de considerable estatura: si alguien se apoyara en él, le atravesaría la mano.

Al día siguiente, Liudprando tuvo su primera audiencia con el emperador, que, según nos cuenta, fue directo al grano. Lamentaba no

haber podido ofrecer a su invitado una recepción más cortés, pero en vista de la conducta de Otón (invadir Roma y privar a Berengario y Adalberto de su legítimo reino, por no hablar de su intento de apoderarse de Apulia), no había tenido otra opción. Liudprando, si hay que creer su relato, dio lo que recibió. Su señor, señaló, no había invadido Roma, sino que había liberado a la ciudad de una tiranía de libertinos y rameras; si Nicéforo y sus predecesores eran realmente los emperadores romanos que afirmaban ser, ¿por qué habían permitido esta situación? Berengario y Adalberto habían sido vasallos de Otón. Se habían rebelado contra él; él los había derrocado. Era tan simple como eso. En cuanto al problema de Apulia, éste podía resolverse fácilmente: si Nicéforo entregaba en matrimonio a una de las hijas de Romano al hijo de su señor, el joven Otón -que desde la Navidad anterior reinaba con su padre como coemperador-, entre las varias concesiones importantes que podía esperar a cambio estaba la evacuación total de todas las fuerzas de ocupación de la región. A esta propuesta no recibió respuesta inmediata; el Emperador dio a entender que la audiencia había terminado y Liudprando se retiró. Sin embargo, seis días después, fue convocado por Basilio el parakoimomenos y le informó de que una princesa nacida en púrpura podría estar disponible, pero sólo si el Imperio Occidental estaba dispuesto a ceder a cambio Rávena, Roma y toda la Italia oriental, junto con Istria y la parte norte de la costa dálmata.

Ni Nicéforo ni Basilio podían imaginar ni por un momento que Otón consideraría tales condiciones, que equivalían virtualmente a la rendición de toda Italia y mucho más; ni Liudprando habría tenido la autoridad para aceptarlas incluso si hubiera querido hacerlo. Por consiguiente, no había ninguna buena razón para que permaneciera en Constantinopla, y su alarma fue aún mayor cuando, en lugar de ser enviado de regreso a su casa, se encontró confinado aún más estrechamente en su detestable alojamiento, del que sólo se le permitía salir cuando el Emperador lo invitaba de vez en cuando a cenar. Incluso estas ocasiones eran menos agradables de lo que podrían haber sido, debido, en primer lugar, a la comida absolutamente repugnante, "regada con aceite a la manera de los borrachos y humedecida también con un licor de pescado extremadamente malo", y en segundo lugar al hecho de que Nicéforo las veía sólo como oportunidades para intimidarlo. Se le preguntaría una y otra vez, ¿cómo su amo tuvo la temeridad de ocupar tierras en el sur de Italia que habían sido reconocidas durante siglos como propiedad de Bizancio? ¿Cómo, llegado a este punto, se atrevió a llamarse Emperador?

A finales de julio, para gran alivio del embajador, su anfitrión partió hacia Siria para reanudar su campaña; ahora por fin parecía que había alguna posibilidad de que se le permitiera regresar a casa. Pero siguieron poniéndose obstáculos en su camino, y el 15 de agosto se produjo otro desastre: llegó una embajada del papa Juan XIII con una carta que pretendía ayudar a las negociaciones, pero que desgraciadamente se refería a Otón como "el augusto emperador de los romanos", mientras que a Nicéforo se le dirigía simplemente como "emperador de los griegos". Liudprando describe la reacción de la corte bizantina con morboso deleite: si los nuevos enviados hubieran sido de mayor rango, dice que dijeron -si hubiera habido, por ejemplo, un obispo o un marqués entre ellos- los habrían azotado y les habrían arrancado el pelo y la barba antes de coserlos en sacos y arrojarlos al mar. Siendo él mismo obispo, confiesa haber sentido cierta preocupación por su propia seguridad: por supuesto, era el emisario del Emperador de Occidente y no del Papa, pero era de conocimiento público que Juan era el candidato de Otón, y no estaba seguro de que en su actual estado de ánimo antioccidental los bizantinos se molestaran en hacer distinciones tan elegantes.

Los acontecimientos posteriores le dieron la razón, pues el 17 de septiembre fue convocado nuevamente, esta vez por el patricio Christopher, un eunuco, quien inició la conversación con uno o dos comentarios personales:

La palidez de tu rostro, la demacración de todo tu cuerpo, la longitud inusitada de tu cabello y de tu barba, todo revela el inmenso dolor que hay en tu corazón porque se ha retrasado la fecha de tu regreso a tu amo... La razón es ésta: el Papa de Roma -si es que se le puede llamar Papa cuando ha tenido comunión y ministerio con el hijo de Alberico, el apóstata, el adúltero, el sacrílego- ha enviado una carta a nuestro sacratísimo Emperador, digno de sí mismo e indigno de Nicéforo, llamándolo «emperador de los griegos» y no «de los romanos». Ciertamente, esto se ha hecho por instigación de tu amo... Ese fatuo tonto de Papa no sabe que el sagrado Constantino trasladó a esta ciudad el cetro imperial, el senado y toda la caballería romana, dejando en Roma nada más que viles esclavos, pescadores, pasteleros, polleros, bastardos, plebeyos y subordinados. Nunca habría escrito esta carta si vuestro rey no lo hubiera sugerido.

Era evidente que no era momento de heroísmos. Liudprando intentó argumentar que desde los días de Constantino los bizantinos habían cambiado su lengua, sus costumbres y su vestimenta, y que el Papa probablemente había pensado que a estas alturas el propio

nombre de romanos, al igual que su estilo indumentario, podría resultarles desagradable; pero no insistió en el tema. Finalmente prometió que todas las cartas futuras estarían dirigidas a «Nicéforo, Constantino y Basilio, los grandes y augustos emperadores de los romanos».

Por fin se le permitió marcharse, pero todavía le esperaba otro insulto. Durante su estancia en Constantinopla había conseguido comprar cinco suntuosas telas de púrpura para adornar su catedral de Cremona, y ahora se le ordenó perentoriamente que las entregara. En vano argumentó que el propio Nicéforo le había dado autoridad para llevarse cuanto quisiera, citando como testigos al intérprete y al hermano del emperador León, que habían estado presentes durante la conversación; le dijeron que Nicéforo nunca había tenido intención de que su permiso cubriera lujos como esos. En vano alegó que cuando, como simple diácono en representación del marqués Berengario, había visitado la ciudad casi veinte años antes, había regresado con un número mucho mayor de vestimentas, incluso más suntuosas que las que ahora se discutían, y no había sufrido ninguna de las prevaricaciones e insultos que ahora, como obispo en representación de un emperador, se veía obligado a soportar. Se le hizo notar firmemente que los tiempos habían cambiado. Constantino había sido un hombre apacible, que logró sus fines por métodos pacíficos, trabajando desde su palacio; Nicéforo era un hombre de temperamento más belicoso, que prefería aplastar a sus enemigos a sobornarlos. Y así, por fin, el 2 de octubre, después de cuatro meses de miseria, enfermedad y difamación casi constante,

... Subí a bordo de mi barco y abandoné la ciudad que una vez fue tan rica y próspera y ahora es una ciudad hambrienta, llena de mentiras, engaños, perjurios y codicia, una ciudad rapaz, avara y vanidosa. Mi guía estaba conmigo y después de cuarenta y nueve días de montar en asnos, caminar, montar a caballo, ayunar, tener sed, suspirar, llorar y gemir, llegué a Naupactus...

Pero ni siquiera ese fue el fin de las tribulaciones de Liudprando. Los vientos contrarios lo retrasaron en Naupacto, la tripulación de su barco lo abandonó en Patras, fue recibido con crueldad por un obispo eunuco, pasó hambre en Leucas y sufrió tres terremotos consecutivos en Corfú, donde luego cayó en manos de ladrones. También era consciente de que todo había sido en vano. El matrimonio imperial no parecía estar más cerca y las relaciones entre Oriente y Occidente eran incluso más tensas que antes de que él partiera; de hecho, antes de que regresara a Cremona, la guerra había estallado una vez más entre

los dos imperios en el sur de Italia. Pobre Liudprando, no podía saber que su relato de su viaje todavía se leería mil años después de su muerte y se lo consideraría tan fresco, divertido y revelador como el día en que fue escrito. Una lástima: lo habría animado.

Era de esperar, en vista del carácter, modales y apariencia de Nicéforo Focas, que no fuera capaz de mantener el afecto de sus súbditos. Al comienzo de su reinado había disfrutado de la popularidad debida a un héroe que había luchado larga y valientemente por el Imperio, y cuyos esfuerzos habían sido recompensados con la reconquista de Creta y la aniquilación virtual de la amenaza sarracena en Oriente. Fue sobre la ola de esta popularidad como había ascendido al trono, no, ciertamente, como su derecho de nacimiento, pero al menos por invitación de la emperatriz reinante, que se había convertido casi inmediatamente en su esposa; y sus peores enemigos habrían tenido que estar de acuerdo en que, en el vacío político que prevaleció después de la muerte de Romano, él -y ella- estaban plenamente justificados para actuar como lo hicieron. Pero Nicéforo, como hemos visto, carecía por completo de talento para las artes de la paz; y en los seis años de su reinado rápidamente se enemistó con casi todos aquellos con quienes entró en contacto, incluyendo ese elemento tan importante en el Estado bizantino: el pueblo de Constantinopla.

El poder político, del que nunca había disfrutado antes, se le subió a la cabeza y, a medida que su arrogancia aumentaba, también lo hacían su irritabilidad y su mal genio. Su trato imperdonable al obispo de Cremona, que, después de todo, era un embajador imperial, y su recepción a los enviados búlgaros eran, por desgracia, demasiado característicos de sus métodos diplomáticos, y parece que trató a los funcionarios de su propia corte y gobierno de una manera igualmente autoritaria. Sin embargo, su antipatía, y, a medida que pasaba el tiempo, su creciente desconfianza, hacia su amo se basaba en algo más que motivos personales. También estaba su falta de criterio en asuntos exteriores, ilustrada por su invitación al príncipe Sviatoslav de Kiev para que destruyera Bulgaria y sus insultos gratuitos a Otón el Grande en un momento en que su ejército, ya totalmente desplegado en las fronteras oriental y occidental, no podía emprender una tercera campaña simultánea en el sur de Italia. Además, mostraba un descarado favoritismo hacia los únicos dos sectores de la sociedad que representaban su propio origen: primero el ejército y después la aristocracia militar de Anatolia. La guarnición imperial de la capital, a sus ojos, no podía hacer nada malo y se aprovechaba al máximo de ello: por la noche, las calles se llenaban de juergas de soldados

borrachos, hasta el punto de que los ciudadanos honestos temían salir de sus casas. Se dirigían multitud de protestas y peticiones al emperador, pero éstas eran ignoradas con rudeza.

La suerte de los «poderosos» sufrió un cambio aún más dramático. Romano Lecapeno y Constantino Porfirogénito habían hecho todo lo posible por limitar su creciente influencia; Nicéforo Focas legisló deliberadamente en su favor. Antes, si una propiedad se ponía a la venta, se daba prioridad a los propietarios de las tierras inmediatamente adyacentes; de ahí en adelante, estaría disponible para el mejor postor, casi inevitablemente un noble terrateniente decidido a aumentar sus propiedades. Anteriormente, también, el valor mínimo de la propiedad que debía poseer un pequeño terrateniente para poder ser un soldado de caballería armado era de cuatro libras de oro; Nicéforo aumentó esta cifra a doce libras, descalificando efectivamente a miles de esas familias campesinas terratenientes que durante siglos habían constituido la columna vertebral de la milicia local y dando más poder a la clase propietaria. De este modo, los ricos amenazaban con volverse más ricos y los pobres más pobres; y el pueblo de Constantinopla, que no se interesaba por las cuestiones agrarias y muy poco por las militares -que tendía a dejar en la medida de lo posible a sus compatriotas asiáticos- pero que reconocía la injusticia cuando la veía, no intentó ocultar su descontento.

Otra fuente de oposición, bastante más sorprendente, fue la Iglesia. La extrema piedad del Emperador había predispuesto inicialmente a las autoridades eclesiásticas a su favor, pero pronto se les hizo comprender que las opiniones de Nicéforo sobre el papel que les correspondía en la sociedad diferían radicalmente de las suyas. Su sensibilidad ascética y puritana quedó profundamente conmocionada por la enorme riqueza que la Iglesia —y en particular los monasterios — había acumulado a lo largo de los siglos. Este problema no era nuevo, pero no se había abordado seriamente desde los días de Constantino Coprónimo, doscientos años antes; y, como grandes extensiones de magníficas tierras agrícolas estaban en barbecho debido a la mala gestión monástica, había llegado claramente el momento de tomar medidas correctivas. La postura de Nicéforo fue, como era característico de él, inflexible: se prohibían todas las transferencias de ese tipo, fueran cuales fuesen las circunstancias. Los posibles benefactores podían, si lo deseaban, restaurar iglesias o monasterios que estuvieran en ruinas o abandonados, pero eso era todo. Como era de esperar, el edicto provocó una oleada de protestas tanto de monjes como de clérigos, pero lo peor estaba por llegar: se

decretó que no se podría nombrar a ningún nuevo obispo sin la aprobación personal del Emperador. Esto, en opinión del sacerdocio indignado, sólo podía significar una cosa: que estaba decidido a tener el control absoluto de la Iglesia, su jerarquía y su administración.

Por último, y afectando por igual a ricos y pobres, clérigos y laicos, soldados y civiles, estaba la paralizante tributación que Nicéforo había aumentado hasta niveles sin precedentes para financiar su interminable guerra, que ahora se libraba simultáneamente en tres frentes: contra los sarracenos en el Este, los rusos en Bulgaria y Otón en el sur de Italia. De estas tres guerras, la primera ya estaba prácticamente ganada, mientras que las otras dos eran innecesarias y nunca se debería haber permitido que comenzaran; y el contribuyente medio no veía ninguna razón para financiar un ejército enormemente inflado, que en cualquier caso detestaba cordialmente y que, aunque sus demandas de mayor apoyo financiero se hacían cada vez más insistentes, no hacía ningún intento de compartir su considerable botín. Para empeorar las cosas, una serie de cosechas desastrosas habían hecho que el precio del pan se disparara. En ocasiones similares en el pasado, los emperadores anteriores habían ordenado un subsidio gubernamental; pero Nicéforo no mostró tal preocupación, y era ampliamente sospechoso de utilizar las desgracias de sus súbditos para el beneficio adicional de sus amados soldados.

Y así fue creciendo el descontento y, a medida que crecía, se fue expresando cada vez más abiertamente. Los primeros signos de problemas serios llegaron el domingo de Pascua de 967, cuando una pelea entre la guardia armenia del emperador y algunos marineros tracios se convirtió en un motín a gran escala; hubo decenas de víctimas, varias de ellas fatales. Esa tarde, cuando los juegos de Pascua habituales estaban a punto de comenzar en el Hipódromo, se extendió un rumor según el cual el emperador tenía la intención de manifestar su descontento ordenando asesinatos al azar entre la multitud reunida. Ahora bien, podemos estar perfectamente seguros de que Nicéforo no tenía tal intención; sin embargo, en un intervalo entre las carreras, dio la señal para que ciertas compañías de guardias armados descendieran a la arena. Sus razones son inciertas. León el Diácono sugiere que pudo haber decidido hacer esta demostración de fuerza militar como una advertencia saludable, una indicación de que no se toleraría la repetición de los disturbios de la mañana; Pero las batallas simuladas eran bastante comunes en los juegos de esta clase, y es posible que en esta ocasión haya ordenado una simplemente para entretener a los espectadores. La reacción inmediata, en cualquier caso, fue el pánico: los miles de personas que abarrotaban las gradas tenían un solo

pensamiento en mente: escapar. Sólo después de que muchos hubieran muerto aplastados en la repentina carrera hacia las salidas, y muchos más pisoteados, se advirtió que los soldados en la arena no habían hecho ningún movimiento contra nadie y que el Emperador seguía sentado, tranquilo y completamente impasible, en su palco. Poco a poco se restableció la paz; pero el pueblo insistió en culpar a Nicéforo por todo el asunto y se volvió más impopular que nunca.

Dos meses después, el día de la Ascensión, mientras el basileo atravesaba la ciudad con gran pompa tras asistir a los maitines en la iglesia de la Virgen de Pegae, se oyeron gritos insultantes de la multitud, que provenían, según se decía, de las familias y amigos de los que habían perecido durante los disturbios de Pascua; y en cuestión de momentos se vio rodeado por una turba hostil. Como siempre que amenazaba un peligro físico, Nicéforo no traicionó rastro alguno de emoción, continuó su paso mesurado y no miró ni a derecha ni a izquierda; pero si no hubiera sido por su guardia personal, que formó una densa falange a su alrededor y lo protegió de los golpes e incluso de los proyectiles, habría tenido suerte de regresar vivo al palacio.

A la mañana siguiente, dos mujeres, una madre y su hija, que habían sido arrestadas por arrojar ladrillos al emperador desde un tejado cercano, fueron quemadas vivas en el distrito de Amaratas; y Nicéforo dio órdenes de fortificar el Gran Palacio, aislándolo por completo de las calles circundantes. Dentro de este enorme enclave, hacia el pequeño puerto de Bucoleon, construyó lo que parece haber sido una ciudadela privada, para uso propio, de su familia y de sus colaboradores más cercanos. A estas alturas, todos tenían claro que, quizá por primera vez en su vida, el emperador tenía miedo. En el campo de batalla no había sabido el significado de la palabra; pero Constantinopla, donde hasta el aire estaba repleto de rumores de conspiraciones y presagios, se había vuelto siniestra y amenazadora. Su aspecto se volvió aún más sombrío, sus observancias religiosas cada vez más morbosas y taciturnas. Ya no dormía en una cama, sino sobre una piel de pantera tendida en el suelo, en un rincón del dormitorio imperial. La muerte de su padre, el anciano Bardas Phocas, que finalmente había expirado a la edad de noventa años, lo había postrado por completo; y parecía que nunca se había recuperado del todo de la conmoción que había sufrido un día de finales de verano cuando, en medio de una procesión religiosa, un monje desconocido de aspecto repulsivo lo abordó y le puso una nota en la mano antes de desaparecer entre la multitud. Decía: «Oh basileo, aunque no soy más que un gusano sobre la tierra, se me ha revelado que en el tercer mes

después de este próximo septiembre morirás».

Lo que finalmente puso las cosas en un punto crítico fue el destino de Bulgaria. En el verano de 968, el rey Pedro estaba desesperado. Parcialmente incapacitado por un ataque de apoplejía, envió primero un embajador[1] a Constantinopla para pedir ayuda militar contra Sviatoslav, y poco después dos pequeñas princesas búlgaras, destinadas a ser esposas de los jóvenes emperadores Constantino y Basilio.

1. Esta curiosa figura, "sucia, con el pelo cortado al estilo húngaro y ceñido con cadenas de bronce", había sido la causa involuntaria de la furiosa indignación de Liudprando de Cremona cuando se le dio precedencia sobre él en la mesa del Emperador.

Pero ya era demasiado tarde. El 30 de enero de 969 murió, después de cuarenta y dos años en el trono, dejando como sucesor a su hijo mayor, Boris, un joven inexperto que sólo tenía una enorme barba roja. Seis meses más tarde, Pedro fue seguido a la tumba por la princesa Olga de Kiev, la única influencia moderadora sobre su testarudo hijo Sviatoslav, quien a principios de otoño invadió el corazón de Bulgaria al frente de un enorme y heterogéneo ejército de rusos, magiares y pechenegos. Preslav cayó sin apenas luchar, y el joven Boris y toda su familia fueron hechos prisioneros. Filipópolis, en cambio, opuso una resistencia heroica, pero también tuvo que capitular al final, y pagó caro su heroísmo cuando Sviatoslav empaló a 20.000 de sus ciudadanos. Al llegar el invierno, los rusos estaban desplegados a lo largo de toda la frontera tracia y pocos dudaban de que ante las primeras señales de la primavera lanzarían su ataque contra el Imperio.1

1. Los historiadores más antiguos tienden a fechar la caída de Filipópolis a principios de la primavera de 970; yo prefiero seguir la cronología de Sir Steven Runciman (First Bulgarian Empire, págs. 205-6).

En este punto, vuelve a la primera línea del escenario la bella pero siempre fatídica figura de la emperatriz Teófano. Por improbable que sea que ella (o cualquier otra persona) pudiera sentir atracción física por Nicéforo, no cabe duda de que en algún momento durante los seis años anteriores se había enamorado apasionadamente de su antiguo colega, el apuesto exdoméstico de las Escuelas Juan Tzimisces. El grado en que el pequeño pero irresistible armenio correspondía a su amor es quizás algo menos seguro: había muchas otras emociones (ambición, celos, resentimiento hacia el emperador, que recientemente lo había privado de su mando militar y lo había exiliado a sus propiedades de Anatolia) que podrían haberlo impulsado a actuar

como lo hizo. Pero Teófano a los veintiocho años seguía siendo tan hermoso como siempre: estuviera o no comprometido con él, sus abrazos no pudieron haber sido del todo desagradables.

Su primera tarea fue convencer a su marido de que había sido injusto con su antiguo amigo -a quien, después de todo, probablemente le debía su corona- y persuadirlo de que anulara la sentencia de destierro. Esto no fue tan difícil como se podría haber imaginado: ella casi siempre podía obtener lo que quería de él si se lo proponía (otro indicio, tal vez, de la sinceridad de su amor por ella) y él aceptó de buena gana llamar a Tzimisces, con la condición de que permaneciera en la casa de su familia en Calcedonia, en la orilla asiática del Bósforo, y que fuera a Constantinopla sólo cuando se le diera permiso específico para hacerlo. Obviamente, desde el punto de vista de los amantes, la situación todavía estaba bastante lejos de ser ideal; pero se tomaron medidas y al poco tiempo el pequeño general se deslizaba todas las noches a través del estrecho al amparo de la oscuridad hacia un rincón oculto del palacio donde la Emperatriz los esperaba y donde, entre otras ocupaciones menos reprobables, los dos planearon a sangre fría el asesinato de su marido.

No era difícil encontrar cómplices. En su entorno inmediato ya había pocos que tuvieran algo bueno que decir en favor de Nicéforo Focas, y entre los que participaban en la conspiración se encontraban Basilio el parakoimomenos y varios otros altos funcionarios de la corte; también estaba implicado Miguel Bourtzes, héroe de Antioquía, cuya conquista de la ciudad había sido furiosamente resentida por el celoso Nicéforo y que poco después había sido relevado de su mando.

La fecha del asesinato se fijó para el 10 de diciembre. En la tarde de ese día, los principales conspiradores, disfrazados de mujeres y con sus espadas ocultas bajo sus ropas, entraron en el gineceo del palacio aparentemente para visitar a la Emperatriz, quien los distribuyó en varias pequeñas habitaciones en las que podían esperar sin ser vistos hasta que llegara el momento de la acción. Al caer la tarde, Nicéforo recibió otro mensaje de advertencia, esta vez de uno de sus capellanes, diciéndole que el peligro era inminente y que sus asesinos ya estaban escondidos en el palacio. Inmediatamente envió a Miguel, su eunuco jefe y mayordomo, a investigar; pero Miguel también había sido sobornado por la Emperatriz y regresó para informar que no había encontrado nada extraño.

En aquellos días de diciembre oscureció pronto y, al caer la noche, se desató una terrible ventisca. Los conspiradores permanecieron escondidos en el oscuro palacio. No se atrevieron a

actuar sin Juan Tzimisces, pero ¿sería capaz, con semejante tiempo, de realizar su viaje secreto a través del Bósforo? Mientras tanto, Teófano debía disipar las sospechas de su marido y asegurarse de que no habría problemas de acceso cuando llegara el momento. Había decidido, le dijo, hacer una rápida visita a las dos princesitas búlgaras para ver si estaban cómodas en su nuevo alojamiento. No se iría por mucho tiempo, así que debía tener cuidado de no dejarla fuera: podrían cerrar con llave cuando regresara. Nicéforo no puso objeción. Durante un rato siguió leyendo una de las obras devocionales de las que estaba llena su biblioteca; luego, como de costumbre, se dispuso a rezar. Por fin, como su esposa seguía ausente, se envolvió en el cilicio de su tío y se tumbó en el suelo para dormir.

Afuera, la tormenta continuaba. Hacía un frío terrible y nevaba con fuerza; el viento había levantado las olas del Bósforo y John Tzimisces, que venía de Calcedonia con tres amigos de confianza en un bote sin luces, había tenido que atravesarlo largo y peligroso. Hasta las once de la mañana sus cómplices no oyeron el silbido bajo con el que había prometido anunciar su llegada. Silenciosamente, se dejó caer una cuerda desde una ventana de los aposentos de la Emperatriz y, uno a uno, los conspiradores fueron arrastrados al interior del edificio. Tzimisces fue el último en entrar. Una vez dentro, no perdieron tiempo. Un eunuco los estaba esperando para guiarlos directamente al dormitorio del Emperador. Hubo un momento de alarma cuando descubrieron que la cama estaba vacía, pero el eunuco señaló con calma el rincón más alejado de la habitación donde su víctima yacía sobre su piel de pantera, profundamente dormida.

Los últimos minutos de la vida de Nicéforo, narrados con fruición por los cronistas, no son una lectura agradable. Despertado por el ruido, trató de levantarse; al mismo tiempo, el taxiarca León Balantes le asestó un violento golpe con su espada. Iba dirigido al cuello, pero el movimiento repentino del Emperador lo desvió; recibió toda la fuerza en diagonal en la cara. Chorreando sangre, invocó en voz alta a la Santísima Virgen Theotokos en busca de ayuda mientras lo arrastraban hasta los pies del gran lecho, en el que estaba sentado Juan Tzimisces como si estuviera siendo juzgado. Allí intentaron hacerlo arrodillarse, pero cayó al suelo y quedó inmóvil mientras su antiguo compañero de armas lo maldecía por su injusticia e ingratitud, pateándolo salvajemente y arrancándole puñados de cabello y barba. Cuando Tzimisces terminó, fue el turno de los demás. Cada uno tenía sus propias cuentas que saldar. Uno le rompió la mandíbula; Otro le arrancó los dientes delanteros con la punta de la vaina de su espada. Finalmente, no sabemos quién lo atravesó con una espada larga y

curva. Fue el golpe de gracia. Nicéforo Focas había muerto.

La noticia se difundió rápidamente. Minutos después de que se cometiera el hecho, los hombres de Tzimisces salieron a las calles cubiertas de nieve de la ciudad, gritando «¡Juan, Augusto y Emperador de los romanos!» en cada esquina; pronto se les unieron otros, encabezados por el propio chambelán Basilio, por cuyas instrucciones gritaron también por los dos emperadores-niño Basilio y Constantino, pero por lo demás no fueron menos expresivos en su apoyo al nuevo régimen. Mientras tanto, en el propio complejo del palacio, que nunca dormía, la guardia de servicio de los vikingos varegos, hachas en mano, se apresuró a bajar al Bucoleón. Allí, a la luz de las antorchas encendidas, vieron la cabeza de Nicéforo, arrancada de su cuerpo y sostenida triunfalmente en alto en una ventana por uno de los asesinos. De inmediato se quedaron quietos. Si hubiera estado vivo, habrían defendido a su emperador hasta el último aliento; muerto, no tenía sentido vengarlo. Tenían un nuevo amo, y eso era todo.

En cuanto a la identidad de ese nuevo amo, allí también se encontraron ante un hecho consumado. Tan pronto como se consumó el hecho, Juan Tzimisces se dirigió al Chrysotriclinium, la gran sala del trono dorado del palacio, se calzó los botines morados y se vistió con todas las insignias imperiales que pudo encontrar; ya estaba sentado en el trono, Teófano y sus dos hijos a su lado, mientras sus compañeros de conspiración y una multitud cada vez mayor de funcionarios de la corte lo aclamaban como Emperador de los romanos.

Durante todo el día siguiente la ciudad permaneció silenciosa y aparentemente desierta. Basilio, que a partir de entonces iba a estar siempre a la derecha de Juan, su lugarteniente más experimentado y de mayor confianza, había proclamado el toque de queda. Los ciudadanos debían quedarse en casa, en la medida de lo posible; a los que se veían obligados a salir al exterior se les prohibía reunirse o causar el más mínimo disturbio, bajo pena de ejecución inmediata. Para entonces el viento había amainado. A la tormenta había sucedido una inquietante neblina, la niebla se cernía espesa sobre el Mármara y el cuerpo de Nicéforo yacía bajo la ventana desde la que había sido arrojado, un bulto obsceno sobre la nieve manchada de sangre. Después de una muerte así no podía hablarse de un funeral de Estado. En cambio, cuando cayó la noche, lo recogieron, lo arrojaron sobre una camilla de madera improvisada, lo cubrieron con una manta áspera y lo llevaron silenciosamente por las calles vacías hasta la

iglesia de los Santos Apóstoles, donde fue depositado en uno de los sarcófagos de mármol ordenados por Constantino el Grande seis siglos antes. Era un lugar de descanso honorable; Pero Nicéforo Focas, la Muerte Blanca de los sarracenos, héroe de Siria y de Creta, santo y horrible, magnífico e insufrible, merecía un final mejor.

13
Juan Tzimisces

[969-76]

Si rechazáis mis propuestas, vosotros y vuestros súbditos no tendréis otra opción que abandonar para siempre Europa, donde apenas tenéis territorio propio y donde no tenéis derecho a vivir. Retiraos, pues, a Asia y dejadnos Constantinopla. Sólo entonces podréis tener la esperanza de lograr una paz auténtica entre vosotros y la nación rusa.

Príncipe Svyatoslav de Kiev, al emperador Juan Tzimisces, 970

Por segunda vez en diez años, el trono de Bizancio había sido arrebatado a un miembro de la aristocracia de Anatolia. En ambas ocasiones, el emperador usurpador había sido un general de éxito espectacular; en ambas ocasiones había triunfado gracias a las maquinaciones de la emperatriz Teófano, de cuyos dos hijos jóvenes se había proclamado protector. Sin embargo, entre Nicéforo Focas y Juan Tzimisces había dos diferencias cruciales: una relacionada con sus respectivos cargos, la otra con los dos hombres mismos.

Aunque ninguno de los dos tenía derecho legítimo a la diadema imperial, Nicéforo podía al menos argumentar que la había aceptado por invitación de la emperatriz y que había regularizado aún más la situación con su posterior matrimonio. Juan, por otra parte, la había adquirido por la violencia y el derramamiento de sangre; y su desgracia fue que el patriarcado todavía estaba en manos de Polieucto, ya viejo y con fuerzas que empezaban a flaquear, pero tan severo e inexorable como siempre. Ni siquiera él podía rechazar de plano al nuevo pretendiente, pero podía -y lo hizo- imponer condiciones que Juan se vio obligado a aceptar, aunque de mala gana; y la primera de ellas se refería a Teófano. Los amantes habían esperado claramente que con el asesinato de Nicéforo estaban eliminando un obstáculo no sólo para el trono sino también para su propia unión; esto, declaró firmemente el patriarca, no podía contemplarse bajo ningún concepto. Por el contrario, no podía haber ninguna posibilidad de que Juan Tzimisces fuera coronado emperador hasta que la emperatriz fuera

destituida y nunca más apareciera su rostro en Constantinopla.

Tal vez, como ya se ha sugerido, Juan nunca había amado realmente a Teófano y la había visto simplemente como el instrumento más directo de sus propias ambiciones; en cualquier caso, no dudó en hacer su elección. La emperatriz, humillada y descorazonada, fue enviada sin ceremonias a ese depósito favorito de los desechos imperiales, la isla de Proti en el Mármara.[1] Pero Polieucto aún no estaba satisfecho. A continuación exigió que Juan hiciera penitencia pública y denunciara a todos los que habían sido cómplices suyos en el crimen. Finalmente, debía comprometerse a abrogar todos los decretos de su predecesor contra la Iglesia. Estas condiciones fueron aceptadas sin vacilación; y el día de Navidad de 969, sólo dos semanas después del asesinato, el nuevo emperador procedió a su coronación. Sólo le quedaba ocuparse de la familia de su víctima, en particular de León Focas, el antiguo curolatos, que, al no haber logrado organizar un contragolpe propio, había perdido el valor y huido con su hijo mayor, llamado, como su tío, Nicéforo, a Santa Sofía. Ambos fueron privados de sus dignidades, cargos y posesiones y enviados al exilio en Lesbos. El segundo hijo de León, Bardas, fue enviado a la infinitamente menos agradable Amaseia en el Ponto, una región azotada por la lluvia cerca de las costas del Mar Negro; sólo su hijo menor, un patricio y otro brillante general, fue dejado en libertad, tal vez debido a su magnífico historial militar contra los sarracenos, pero más probablemente porque era un eunuco y, en consecuencia, un peligro menor a largo plazo.

1. En ese momento, la reina hizo una última aparición en la capital. Unos meses después, escapó de su encierro y buscó asilo en Santa Sofía, de donde, sin embargo, fue expulsada a la fuerza por orden del parakoimomenos Basilio, que la condenó a un exilio más lejano, en la lejana Armenia. La única concesión que estaba dispuesto a concederle era que se le permitiera ver al emperador por última vez. Juan, sorprendentemente, aceptó la entrevista, en la que fue objeto de un torrente de invectivas. Teófano dirigió entonces su atención a Basilio, que había insistido en estar presente, una decisión de la que debió arrepentirse cuando ella lo atacó físicamente, asestándole varios golpes contundentes antes de que finalmente lo arrebataran sus asistentes.

Hasta aquí, la historia de Juan Tzimisces difícilmente puede calificarse de edificante. Sin embargo, cuando comparamos su carácter con el de Nicéforo, vemos que, según los escritos de sus contemporáneos, emerge con mucho más crédito del que se podría haber imaginado: de hecho, parece casi imposible reconciliar al asesino brutal y cínico de las últimas páginas con el caballero sin piedad y sin reproche que describen los cronistas. Estos se detienen extensamente no sólo en su valor en el campo de batalla, sino también en su bondad y generosidad, su integridad e inteligencia, su arrojo y

su magnífico garbo. Hablan de su devastadora belleza -cabello rubio oscuro, barba roja, una mirada clara y directa de un par de brillantes ojos azules- y, a pesar de su pequeño tamaño, de su extraordinaria agilidad y fuerza. Se decía que ninguno de sus hombres podía igualar su forma de montar a caballo, su precisión con la flecha, su alcance con la lanza o la jabalina. Poseía, además, un encanto desenfadado que conquistaba todos los corazones. Como Nicéforo antes que él, era viudo; sin embargo, a diferencia de él, no había hecho voto de castidad y su trato con las mujeres era irresistible. Incluso sus vicios resultaban atractivos: León el Diácono, que lo conocía bien, menciona su amor por el vino, los placeres y todas las cosas buenas de la vida. Presentaba, en resumen, un contraste asombroso con su predecesor feo, grosero y puritano, frente a cuyo sombrío ascetismo sus propias cualidades -y sobre todo su pura y sencilla joie de vivre- destacaban con mayor relieve. Un cronista, Constantino Manasés, llega al extremo de compararlo con «un nuevo paraíso, del que fluían los cuatro ríos de la justicia, la sabiduría, la prudencia y el coraje... Si no se hubiera manchado las manos con el asesinato de Nicéforo, habría brillado en el firmamento como una estrella incomparable».

De todas sus indudables virtudes, la que más le granjeó el cariño de sus súbditos fue su generosidad rápida e instintiva. Es cierto que el patriarca había insistido en que hiciera una distribución de su riqueza personal antes de tomar posesión del tesoro imperial, pero lo que sabemos de Juan Tzimisces sugiere que, de todos modos, podría haberlo hecho fácilmente. La mayor parte de su fortuna la distribuyó entre los sectores de la población que más habían sufrido las recientes cosechas desastrosas, sobre todo las comunidades agrícolas de Tracia, donde la hambruna resultante había sido particularmente severa (en este caso, también es difícil que pasara desapercibido el contraste con la actitud de Nicéforo). Otro beneficiario importante fue su institución de caridad favorita, el Nosocomio u hospital de leprosos al otro lado del Bósforo, en Crisópolis. A lo largo de su vida, escribe León el Diácono, lo visitaría regularmente, dando simpatía y aliento a los pacientes y, en ocasiones, incluso lavando sus llagas con sus propias manos. No es de extrañar que, en cuestión de meses, el autor de uno de los asesinatos más atroces que el Imperio bizantino haya visto jamás se convirtiera en uno de sus gobernantes más queridos.

Por suerte, lo hizo, porque el príncipe Sviatoslav de Kiev ya estaba en marcha. Bulgaria era suya, pero no tenía intención de detenerse allí; para él, el único premio que realmente valía la pena era Bizancio. Es cierto que los dos ataques rusos anteriores a la ciudad habían fracasado; pero el primero, en 861, no había sido más que una

incursión, mientras que el segundo, lanzado por su propio padre, Ígor, menos de treinta años antes, también había sido una operación exclusivamente naval: Sviatoslav estaba dispuesto a creer que Constantinopla era inexpugnable desde el mar. Sin embargo, desde el lado de la tierra, la historia sería diferente. Su ejército era inmenso; la moral, después de las victorias búlgaras y el saqueo posterior, nunca había sido más alta. ¿Qué le impedía avanzar a través de la llanura plana y sin rasgos distintivos que se extendía casi hasta el Bósforo, apropiándose de la legendaria riqueza de los emperadores y apoderándose finalmente de su trono, expulsando al usurpador asesino (que no tenía más derecho a él que él mismo) a las lejanas tierras baldías de Anatolia de donde había venido?

Juan hizo todo lo posible por negociar, prometiendo enviar a Sviatoslav el saldo pendiente de la suma que le había ofrecido Nicéforo para atacar a Bulgaria si aceptaba abandonar el territorio imperial; pero la respuesta del príncipe dejó claro que no se lograría nada mediante la diplomacia. La guerra, parecía ahora, era inevitable. En Constantinopla se tomaron medidas frenéticas para reparar las murallas donde fuera necesario; y la tensión, inevitablemente, comenzó a aumentar. Los ciudadanos, por supuesto, se habían enfrentado a peligros similares en el pasado; pero la mayoría de las amenazas recientes habían provenido de los búlgaros, a quienes entendían y cuyo número, aunque grande, era al menos finito. Ahora se enfrentaban a una vasta nación cuyas fronteras se extendían desde los Balcanes hasta el Báltico, una nación que comprendía razas enteras de cuyos nombres apenas habían oído hablar, todas capaces, se decía, de un salvajismo espantoso.

El ejército bizantino, sin embargo, estaba preparado para ellos. Gracias en gran medida a Nicéforo Focas, se había convertido en una máquina de guerra de primera clase, con al menos media docena de generales de una calidad sin parangón, tal vez, desde los días de Belisario, entre ellos el propio Emperador. En esta ocasión -y, podemos estar seguros, para su sincero pesar- Juan sabía que debía quedarse en la capital: su posición allí aún no era lo suficientemente segura como para permitirle el lujo de una campaña militar. Pero tenía plena confianza en sus comandantes, y los acontecimientos demostrarían que esa confianza no estaba fuera de lugar. De los dos que eligió para dirigir la vanguardia, el primero fue el magister Bardas Sclerus, hermano de la esposa de Juan, María -«la más bella y pura de todas», escribe León el Diácono-, que había muerto sin hijos algunos años antes. Había luchado al lado del Emperador en Siria y probablemente era el amigo más cercano de su cuñado. El segundo era

el eunuco Pedro Focas, patricio y estratopedarca, héroe, como Escleras, de las guerras sarracenas y también de una reciente escaramuza con los magiares en Tracia, en el curso de la cual se había enfrentado a un jefe tribal -un gigante que llevaba una gruesa cota de malla- en combate singular, y lo había atravesado con tal fuerza que la punta de su lanza había aparecido entre los omoplatos del húngaro. Sobrino del asesinado Nicéforo, era, como hemos visto, el único de la familia inmediata de su tío que había escapado a la sentencia de exilio; si guardaba algún resentimiento hacia Tzimisces, se esforzaba por no demostrarlo.

Ambos generales habían recibido órdenes estrictas de su superior de no entrar en combate si era posible evitarlo. El emperador, al parecer, pensó que la visión del ejército imperial en masa en el campo de batalla podría bastar para persuadir a Sviatoslav de retirarse; su propósito al enviarlo en ese momento (todavía era el comienzo de la primavera) era simplemente impresionar a los indisciplinados rusos con su organización y fuerza, y proteger la campiña tracia de sus atenciones no deseadas. Pero había subestimado al príncipe de Kiev: Sviatoslav tenía la intención de luchar. Para ayudarlo se había aliado tanto con los magiares como con los pechenegos, e incluso había ganado un apoyo considerable entre los boyardos de Bulgaria, a los que había cortejado con promesas de una restauración de todos sus antiguos privilegios e incluso un retorno al antiguo paganismo, que muchos de ellos todavía anhelaban en secreto. Es imposible calcular con precisión las cifras. Los historiadores antiguos siempre tratan de exagerar la fuerza del enemigo y la debilidad numérica de su propio bando: así, Zonaras y John Scylitzes cifran a los rusos en 300.000 y 308.000 respectivamente, mientras que la crónica de Néstor sugiere sólo una décima parte de estas cifras obviamente ridículas. Tal vez 50.000 no sea una cifra demasiado lejana. En contraposición a esto, se nos dice -probablemente con razón- que los bizantinos sumaban sólo 12. 000 hombres; sin embargo, todos eran tropas de élite, magníficamente equipadas, meticulosamente entrenadas y curtidas en muchas batallas bajo el sol sirio.

Bardas Scleras, que estaba al mando general, avanzó primero hasta Adrianópolis; luego, a medida que el enemigo se acercaba, se retiró lentamente, sugiriendo deliberadamente que tenía miedo de dar batalla, adormeciéndolos con una sensación de seguridad que pronto los llevó a un exceso de confianza. Mientras tanto, muy por detrás de su propia línea, tomó sus disposiciones. El día señalado envió como señuelo un destacamento de caballería al mando del patricio John

Alakas, con órdenes de emplear una técnica similar: primero atacar ligeramente al enemigo y luego retirarse rápidamente, desafiando, por así decirlo, a los rusos a perseguirlos. Una vez seguros de esta persecución, debían acelerar el paso, volviéndose de vez en cuando para enfrentarse a sus perseguidores antes de emprender la huida una vez más, manteniéndose siempre un poco por delante, pero nunca demasiado lejos, hasta que hubieran llevado a sus involuntarias víctimas a la trampa que les habían preparado.

El truco funcionó a la perfección. El ejército de Sviatoslav marchó en tres divisiones principales: la primera estaba formada por rusos y búlgaros, la segunda por húngaros y otras tribus magiares, la tercera por pechenegos. Fueron estos últimos a los que Alakas se enfrentó y lo persiguieron ansiosamente, confiados en poder alcanzarlo rápidamente a él y a sus hombres, ansiosos por matarlos y robarles caballos, armaduras, armas y todo lo que poseían. De repente, cuando entraron en un valle poco profundo, la caballería bizantina se dispersó; sus perseguidores hicieron lo mismo; y Scleras atacó. Rodeados y desesperadamente superados en número, los pechenegos perecieron casi hasta que no quedó ni un solo hombre.

Y esto no fue más que un primer paso, pues pocos días después se produjo un combate decisivo cerca de la ciudad de Arcadiópolis, a un tercio de la distancia que separa a Adrianópolis de la capital. Fue una batalla campal, la primera que se libró en campo abierto entre bizantinos y rusos, y sumamente sangrienta. Podemos decidir por nosotros mismos si creemos o no los incidentes que describen León el Diácono y Scylitzes: el del joven Constantino Scleras, que, al ver a su hermano mayor y jefe enzarzado en un combate con un ruso gigantesco, corrió en su ayuda y asestó un tremendo golpe a su agresor, pero éste fue desviado hacia el caballo de este último, que fue decapitado al instante y depositó a su jinete en el suelo para que Constantino lo estrangulara a su antojo; o el del propio Bardas, que partió por la mitad a un enorme jefe vikingo con su espada de tal manera que las dos mitades cayeron por separado, una a cada lado del caballo. De lo que no podemos dudar es de que todo aquello distaba mucho de las guerras de siglos anteriores, una lúgubre saga, con demasiada frecuencia, de indisciplina, cobardía y traición. Aquí, una vez más, tenemos una época heroica, casi homérica: de capitanes intrépidos con armaduras brillantes, siempre a la cabeza de sus hombres o donde la lucha es más encarnizada, sin dudar nunca en enfrentarse a un campeón enemigo en combate singular, siempre decididos a obtener la victoria para su Emperador o morir en el intento. Para ellos, Arcadiópolis fue un triunfo; para los rusos, una

masacre. Fue un ejército avergonzado y destrozado el que Sviatoslav condujo de regreso a Bulgaria, y pasó un año entero antes de que volviera a aparecer.

Mientras su cuñado se encontraba en Tracia, Juan Tzimisces había ido consolidando su posición en la capital, trayendo al mismo tiempo el grueso del ejército de Oriente, dotándolo de nuevas armas y equipamientos y aumentando su número con nuevos reclutas. Sabía que la guerra aún no había terminado. El príncipe de Kiev había recibido una dura lección, pero seguía muy vivo y no había motivos para pensar que hubiera renunciado a sus ambiciones. Además, querría vengarse.

A principios de la primavera de 971, Juan estaba listo para recibirlo. El ejército estaba en condiciones de primera clase y esta vez él mismo lo dirigiría. Si Sviatoslav no hacía ningún movimiento, invadiría Bulgaria y lo expulsaría. Entonces, justo antes de que se fuera, llegaron noticias de Oriente. Bardas Focas, sobrino de Nicéforo, había escapado de su lugar de exilio en el Ponto y había regresado a Cesarea (hoy Kayseri), la base de poder de su familia en Capadocia, donde una gran asamblea de ciudadanos y compañeros nobles lo había proclamado basileo. Esto ya era bastante malo; pero poco después llegó otro informe, informándole de que León Focas y su hijo, exiliados en Lesbos, habían logrado de alguna manera, a través de un obispo local, difundir la noticia de la rebelión por toda Tracia, anunciando su inminente llegada y llamando al pueblo a levantarse contra el nuevo usurpador.

El emperador actuó con su habitual rapidez. El obispo, arrestado e interrogado, pronto reveló todo lo que sabía; sobre la base de su testimonio, León y su hijo fueron sometidos a un juicio sumario y condenados a muerte. Sin embargo, casi inmediatamente Juan se lo pensó mejor, de una manera que los cronistas sugieren que era típica de él y que hace que su brutalidad anterior hacia su predecesor sea aún más difícil de entender. Conmutó la pena de muerte por una de ceguera, con exilio perpetuo; y luego, extendiendo aún más su compasión, envió instrucciones secretas a Lesbos para que el hierro al rojo vivo fuera retirado en el último momento, dejando a los dos hombres con la vista. Después de todo, no eran ellos sino el propio pretendiente quienes representaban el verdadero peligro. Juan le envió embajadores con la promesa de que su vida y sus bienes serían perdonados si renunciaba a su pretensión; pero Bardas Focas respondió de manera muy similar a lo que había hecho Sviatoslav el año anterior y comenzó a avanzar lentamente, a la cabeza de varios

miles de hombres, hacia la capital.

El emperador ya debía de estar muy arrepentido de haber retirado el ejército de Anatolia. Como consecuencia, no contaba con una fuerza eficaz capaz de hacer frente a la situación sobre el terreno, y de los soldados que quedaban, un número considerable se había unido a los rebeldes. Sólo le quedaba una opción: enviar a su mejor general, con sus mejores hombres, desde Tracia. Unos días después, Bardas Sclerus también estaba en marcha. Era innegablemente un riesgo, ya que dejaba el camino libre a Sviatoslav si decidía invadir antes de que Scleras pudiera regresar; pero la amenaza oriental era más inmediata que la occidental y había que aprovecharla.

Juan ya tenía la esperanza de ahorrarle al Imperio una guerra civil. Encargó a su cuñado que hiciera todo lo posible por evitar el derramamiento de sangre y que ofreciera a todos aquellos que estuvieran dispuestos a abandonar a Focas no sólo la garantía de que no serían castigados, sino incluso honores y recompensas económicas. Escleras, por su parte, obedeció con mucho gusto. Era un viejo amigo y compañero de armas de Focas (su hermano menor Constantino, héroe de Arcadiópolis, se había casado con la hermana del pretendiente) y todo el asunto pudo no haber sido de su agrado. Así, cuando llegó a lo que entonces se conocía como el Lago de los Cuarenta Mártires[1] y sus exploradores informaron de que habían visto el campamento de Focas justo delante, no intentó atacar; en cambio, envió a varios agentes secretos, disfrazados de mendigos errantes, para sobornar a los rebeldes. Tal vez la velocidad y el tamaño del ejército imperial habían debilitado su moral, tal vez las promesas de generosas recompensas por la deserción resultaron irresistibles; En cualquier caso, los agentes tuvieron un éxito extraordinario. Cada noche, más y más partidarios de Focas se retiraban, abandonando su campamento y dirigiéndose al de Scleras, donde fueron recibidos con los brazos abiertos. El pretendiente pronto vio que su ejército se había reducido a unos pocos cientos de hombres, y que todavía no se había disparado ni una flecha en señal de ira. Desesperado y humillado, y acompañado únicamente por una pequeña compañía de caballería que se había mantenido leal, él mismo huyó al amparo de la oscuridad y se refugió con su familia en la fortaleza de Tyropoion, en las afueras de la moderna ciudad de Ilgin. Pero fue inútil: Scleras lo había seguido y de inmediato puso el pequeño castillo bajo asedio. Resistió todo lo que pudo y luego, tras recibir la confirmación de que todos sus vidas serían perdonadas, marchó con su esposa e hijos y se rindió.

1. Actualmente Aksehir Gölü, unas diez millas al norte de la actual ciudad de Akjehir.

Juan Tzimisces cumplió su palabra. Ordenó que Bardas Focas fuera tonsurado y luego enviado con su familia al exilio en Quíos, una de las islas más encantadoras del Egeo. Pocos gobernantes del mundo habrían tratado con tanta indulgencia a un pretendiente rebelde al trono; pocos pretendientes de ese tipo se habrían felicitado por un castigo tan moderado.[1]

1. Hieronimo Giustiniani, en su Storia di Scio de 1586, registra que en su época todavía había descendientes de la familia Phocas que vivían como campesinos en el pueblo de Volissos.

Después de la revuelta de Bardas Focas, Juan Tzimisces no volvería a encontrar amenazas a su trono; sin embargo, el hecho era que no podía reclamar ningún derecho legítimo al trono a menos que pudiera convertirse, al menos en cierto grado, en parte de la familia imperial. El matrimonio con su exquisita amante Teófano, dejando de lado las obvias ventajas para él, habría fortalecido su posición inconmensurablemente; pero ahora sabía que eso estaba fuera de cuestión. Afortunadamente, había otras posibilidades, en la forma de las cinco hermanas de Romano II a las que Teófano había enviado a conventos; y fue con una de ellas, Teodora, con quien el Emperador anunció su compromiso en el otoño de 971. Doce años de reclusión monástica habían hecho poco para mejorar su apariencia: "no era ni bella ni elegante", escribe León el Diácono -para quien todas las princesas (y mucho menos las emperatrices) normalmente representan la cima de la perfección física-. Pero Juan no se casaba con Teodora por su apariencia; Después de todo, tenía la posibilidad de elegir entre las mujeres más hermosas del Imperio para su lecho. Se casaba con ella porque era bisnieta, nieta, hija y hermana de emperadores y porque, al hacerlo, se convertía, a través de ella, en miembro de la más gloriosa dinastía de los macedonios.

La boda se celebró en noviembre. El viejo Polieucto había muerto por fin, sólo cinco semanas después de la coronación (si Juan hubiera retrasado su golpe un par de meses más, su vida futura (y la de Teófano) podrían haber sido muy diferentes) y la ceremonia fue oficiada por su sucesor, un asceta de otro mundo elegido por el propio emperador llamado Basilio el Escamandro.[2] Las celebraciones continuaron hasta mucho después de Navidad, pero para entonces ya había otro matrimonio imperial en el aire: un matrimonio de mucha mayor importancia a largo plazo que el primero, destinado a poner fin a la disputa de cinco años con Otón el Sajón y a forjar un vínculo indisoluble entre los imperios oriental y occidental. La idea de una unión de este tipo, como sabemos, se había considerado por primera vez en el reinado de Constantino Porfirogénito; Otón la había

resucitado en 967 y había sido la principal razón de la desafortunada misión de Liudprando de Cremona al año siguiente.

> 2. Sin duda, de su lugar de nacimiento o del monasterio que había fundado, sobre el río Escamandro -hoy Kucuk Menderes- que fluye por la llanura de Troya.

Para la mente estrecha y suspicaz de Nicéforo Focas, esto había sido previsiblemente repugnante; Juan Tzimisces, por otro lado, lo apoyó con todas sus fuerzas, y fue por invitación suya que una embajada bajo el arzobispo de Colonia llegó a Constantinopla hacia fines de diciembre para recoger a la futura novia y llevarla de regreso a su novio imperial.[1]

> 1. Hay algunas pruebas tenues que sugieren que esta embajada puede haber incluido al viejo Liudprand, en su tercera misión diplomática a la corte bizantina.

El novio debía ser Otón, de diecisiete años, hijo y heredero del emperador de Occidente. En cuanto a la identidad de la novia, los historiadores no están tan seguros. Su nombre era Teófano y hasta hace muy poco se suponía que era hija de Romano II y, por tanto, hermana de los dos emperadores jóvenes. Sin embargo, las autoridades modernas coinciden en que era pariente de sangre de Juan Tzimisces —probablemente su sobrina— y, por tanto, no pertenecía a la dinastía macedonia. Parece que hubo cierta consternación cuando la pobre muchacha llegó a Roma y se descubrió que no era la porpbyrogenita que se esperaba; Otón el Grande pensó en un primer momento en enviarla directamente de vuelta a Constantinopla. Afortunadamente, prevalecieron consejos más sensatos. Se señaló que Juan era, desde su matrimonio, miembro de la familia imperial y que, por lo tanto, también lo era su sobrina;[2] ella fue finalmente aceptada por la corte otomana, y ella y el joven Otón fueron casados por el Papa Juan XIII en San Pedro el 14 de abril de 972.

> 2. ¿Podría ser que Juan hubiera concertado deliberadamente su matrimonio teniendo en mente esta cuestión en particular? No parece improbable. Si, por otra parte, la antigua teoría fuera correcta y la princesa fuera en verdad hija de Romano, de todos modos se habría convertido en sobrina de Juan en virtud de su matrimonio con su tía. De estos enigmas se ha escrito historia.

Así, Teófano, quienquiera que fuese, fue apartada de su hogar y de su familia por un grupo de ancianos eclesiásticos para ser llevada a una tierra desconocida y con un marido al que nunca había visto, de cuyo carácter no sabía nada y de cuyo idioma no entendía ni una sola palabra. A la larga, hay que reconocer que tuvo suerte: el matrimonio resultó sorprendentemente feliz, fue tratada con amabilidad y consideración y se le permitió conservar todas sus costumbres y

formas de vida bizantinas, hasta el punto de que su hijo, el futuro Otón III, iba a crecer mucho más griego que sajón. Y más tarde pudo felicitarse por la transformación de las relaciones entre los dos imperios, provocada no sólo por su matrimonio, sino también por su propia inteligencia y su duro trabajo. No obstante, para una muchacha de sólo dieciséis años, aquellos primeros cuatro meses de 972 debieron de haber sido poco menos que una pesadilla; Y es justo que pensemos un momento en su miseria, su miedo y su soledad antes de volver a su tío, John Tzimisces, que estaba pasando el mejor momento de su vida.

En la semana anterior a la Semana Santa de 972, Juan había abandonado Constantinopla para ir a Tracia. Estaba de muy buen humor. Es cierto que había perdido un año entero: la revuelta de Bardas Focas había ocupado gran parte de 971, y cuando se había decidido, la temporada estaba demasiado avanzada para que fuera posible emprender una campaña importante; pero los meses restantes los había empleado de forma bastante provechosa en la actividad diplomática (que incluía un importante tratado con Venecia), la preparación de su flota del mar Negro y el constante entrenamiento y ejercicio de sus tropas, una ocupación de la que nunca se cansaba. El peligro que más había temido no se había materializado: bandas de rusos saqueadores podrían haber aprovechado la retirada bizantina para vagar por el campo, saqueando y violando a su antojo, pero el príncipe de Kiev no había podido lanzar su gran ataque y seguía acechando en Bulgaria. Había llegado el momento de acabar con él de una vez por todas.

El último acto de Juan antes de abandonar el palacio fue rezar en la pequeña capilla situada junto a la gran puerta de la Caliza. Había sido iniciada por Romano Lecapeno como oratorio privado para el emperador, pero Juan la había ampliado y enriquecido y la había elegido como lugar de su futura sepultura: ya se estaba construyendo una inmensa tumba con incrustaciones de oro y esmaltes. Desde allí, a la cabeza de una larga y solemne procesión y llevando en la mano derecha una alta cruz en la que estaba colocado un fragmento de la Vera Cruz enmarcado en oro, continuó primero hasta Santa Sofía, donde se le suplicó de nuevo al dios de las batallas que le concediera la victoria, y luego a Blanquernas donde, después de más oraciones en la iglesia de la Virgen, pasó revista a la flota reunida en el Cuerno de Oro antes de darle la señal de navegar hacia su destino señalado: la desembocadura del Danubio, donde impediría cualquier intento de Sviatoslav de escapar por mar. Tan pronto como los primeros barcos se pusieron en camino, hizo girar su caballo y se dirigió hacia el oeste, con sus tropas detrás de él.

En Adrianópolis, recogió los restos del ejército que Bardas Sclerus había dejado en Tracia el año anterior. Bajo el mando temporal del magister Juan Curcuas —quien, con su profunda desconfianza hacia cualquier actividad extenuante y su afición a la botella, contrastaba deplorablemente con su ilustre homónimo—, los hombres no se habían desmoralizado ni un poco; pero la visión del Emperador con su dorada armadura y sus generales casi tan magníficos sobre sus espléndidamente enjaezados caballos les infundió nueva vida mientras se dirigían hacia el norte, al corazón de Bulgaria. Para alivio de Juan, los desfiladeros que serpenteaban a través de la cordillera de los Balcanes —escenario de catástrofes anteriores para Constantino Coprónimo en 757 y Nicéforo I en 811, por mencionar sólo dos— estaban desprotegidos. La primera parte de su plan había funcionado a la perfección: el príncipe de Kiev, que esperaba que Juan celebrara la Pascua como de costumbre en Constantinopla y que emprendiera la campaña a mediados de abril como muy pronto, no había tomado todavía medidas defensivas. El miércoles de Semana Santa, Juan emergió de las montañas que dominaban la antigua capital búlgara de Preslav y se encontró mirando hacia abajo, al campamento ruso. La sorpresa lo fue todo: atacó de inmediato.

La batalla, librada en las orillas del río conocido hoy como Goljama Kamciya, fue larga, furiosa y durante mucho tiempo indecisa. Sólo después de que Juan hubiera lanzado su propio regimiento, los "Inmortales" -que él mismo había formado y entrenado y hasta entonces había mantenido en reserva- en una carga asesina contra su flanco izquierdo, los rusos perdieron repentinamente el valor y se dispersaron en desorden, huyendo para salvar sus vidas hacia Preslav con la caballería imperial persiguiéndolos. Pocos de ellos llegaron vivos a la ciudad. La masacre continuó hasta el anochecer, y al día siguiente amaneció en un campo sembrado de cadáveres. Para entonces, el Emperador estaba a las puertas de Preslav, llamando a la guarnición a rendirse. Se negaron, e inmediatamente comenzó el asedio, las catapultas y balistas bizantinas arrojaron rocas pesadas o rayos llameantes de fuego griego sobre las murallas. Mientras tanto, las escaleras fueron colocadas en posición para el asalto final.

El primero en llegar a la ciudad fue un joven, «aún imberbe», llamado Teodosio Mesonyctes. Le siguieron rápidamente otros cien y Preslav no tardó en ser invadida. Sin embargo, en el centro había un recinto fortificado, en parte palacio, en parte ciudadela, en parte tesoro; allí se retiraron los rusos supervivientes para hacer su última resistencia. Después de más combates encarnizados, durante los cuales su ejército no logró penetrar en absoluto estas defensas interiores,

Juan ordenó que se incendiaran las murallas. Las casas del interior eran todas de madera y ardieron como cerillas. Los rusos fueron quemados vivos o abatidos mientras huían. Entre los que se entregaron a los conquistadores estaba el depuesto zar Boris -el de la barba roja- que durante los dos últimos años había sido mantenido prisionero por Sviatoslav. El emperador lo recibió con la mayor cortesía; su misión, le dijo a Boris, no era conquistar Bulgaria sino liberarla -una garantía que, en vista de sus acciones posteriores, hubiera sido mejor que no hubiera hecho.

La Pascua se celebró entre las ruinas de Preslav, mientras Juan se ocupaba del problema del propio Sviatoslav. El príncipe, según se enteró, se encontraba en Dristra (Doristolon para los griegos, la moderna Silistra), el principal puerto de Bulgaria en el Danubio, luchando, presumiblemente, por mantener abiertas sus líneas de comunicación a pesar de la flota bizantina. Se envió inmediatamente una embajada para informarle de la suerte de Preslav y pedirle, en nombre del emperador, que se rindiera. Luego, deteniéndose sólo para reconstruir las destrozadas defensas de la ciudad (a la que rebautizó, en su honor, Ioannopolis), Juan partió una vez más hacia el norte. Fue una marcha larga y ardua, pero por fin, el día de San Jorge, formó su ejército ante Dristra. El plan fue muy parecido al de Preslav, con una batalla desesperada fuera de las murallas seguida de un ataque a la propia ciudad. En esta ocasión, sin embargo, se encontró con una oposición más dura. Dristra resistió con éxito todos los intentos de tomarla por asalto y ambos bandos decidieron asediarla, con un escuadrón de la flota bizantina completando el bloqueo desde el río.

El asedio se prolongó durante tres meses, hasta que los suministros de la ciudad se agotaron prácticamente. Por fin, Sviatoslav decidió arriesgarlo todo en un último intento y el 24 de julio irrumpió por la puerta principal con el resto de sus hombres. Su ímpetu era tan grande, su determinación tan desesperada, que casi tuvieron éxito -y lo habrían logrado, según León el Diácono, de no ser por la intervención milagrosa del guerrero San Teodoro Estratilates, a quien el Emperador y muchos de los soldados vieron montado en un caballo blanco como la nieve, tendido valientemente a su alrededor en medio de la refriega. De hecho, finalmente se ganó la batalla mediante el truco favorito de Juan, una retirada fingida; y al anochecer, el Príncipe de Kiev pidió la paz. Prometió evacuar todo el país y entregar a todos los prisioneros que había tomado desde su llegada a Bulgaria, añadiendo un compromiso adicional de no atacar ni invadir nunca la ciudad bizantina de Cherson en Crimea. Lo único que pidió a cambio fue un salvoconducto para cruzar el Danubio y un poco de comida

para los pocos hombres que habían sobrevivido. John Tzimisces aceptó encantado.

Antes de partir hacia sus respectivas patrias, los dos soberanos se encontraron por primera vez, a petición de Sviatoslav, cara a cara. Juan descendió con gran pompa hasta el lugar de la reunión, en la orilla del río, montado en su corcel; el príncipe de Kiev llegó en barca, remando junto a sus hombres y distinguiéndose de ellos sólo por la relativa limpieza de su túnica blanca, su pendiente adornado con joyas y los dos largos mechones de pelo rubio -insignias de rango- que caían de su cabeza, por lo demás rapada (ese pelo, junto con sus ojos azules y su bigote caído, daban testimonio, a pesar de su nombre, de sus antepasados vikingos). En el transcurso de una breve pero amistosa conversación, expresó la esperanza de que se renovara el antiguo tratado comercial -que regulaba, entre otras cosas, las visitas de los rusos a Constantinopla-. Luego, tras una digna reverencia al emperador, subió de nuevo a su barca y se alejó remando.

Nunca más volvería a ver Rusia. Cuando, en su viaje de regreso, atravesaba el país de los pechenegos, lo detuvieron y lo interrogaron: ¿dónde estaba el rico botín que les había prometido a cambio de su alianza? Les respondió que, por desgracia, no había nada. El botín había sido para el vencedor: él, el vencido, había tenido suerte de escapar con vida. Para los pechenegos, no fue un resultado satisfactorio. La primavera siguiente, cuando Sviatoslav estaba sorteando las cataratas del Dniéper, le tendieron una emboscada y lo mataron; después, convirtieron su cráneo en una copa para beber, tal como el búlgaro Krum había hecho con el del primer Nicéforo, 161 años antes.

Juan Tzimisces disfrutó de un regreso más feliz a casa. Antes de abandonar Dristra, la rebautizó como Teodorópolis en honor a la santa que, según él, había luchado hombro con hombro con él bajo las murallas. Luego se dirigió al sur, hacia Constantinopla, seguido por el zar Boris y su familia. Podía felicitarse por dos logros importantes. No sólo había expulsado a un peligroso enemigo de la península de los Balcanes, sino que también había recuperado Bulgaria para el Imperio, pues, independientemente de lo que le hubiera dicho a Boris en Preslav, no tenía intención de reinstaurarlo en su trono. De hecho, cualquiera que hubiera presenciado su entrada triunfal en su capital aquel agosto podría haber sido perdonado por suponer que habían sido los búlgaros, y no los rusos, los que habían sido derrotados. En el carro dorado tirado por cuatro caballos blancos que había sido destinado para su uso personal, había concedido un lugar de honor al

más venerado de todos los iconos búlgaros, un retrato de la Virgen que, según él, había contribuido en parte, junto con San Teodoro, a su victoria y que había traído consigo como botín de guerra. Él mismo cabalgaba detrás del carro con su brillante armadura. En la retaguardia de la procesión, a pie, marchaban el zar Boris, su mujer y sus hijos. La multitud que se alineaba en las calles podía sacar sus propias conclusiones.

Si después de esto hubo alguien que todavía dudara de las intenciones del Imperio hacia su vecino devastado y asolado, pronto se vería iluminado. Cuando la procesión llegó a Santa Sofía, Juan depositó sobre el altar mayor no sólo el icono sagrado, sino también la corona y otras insignias del estado búlgaro. Poco después, en una ceremonia civil en el palacio, obligó al joven zar a realizar un acto formal de abdicación. A partir de entonces Bulgaria sería una provincia imperial. El patriarcado búlgaro fue declarado abolido y todos sus obispados dependientes quedaron sujetos una vez más a Constantinopla. Como era característico de él, Juan trató de suavizar el golpe otorgando a Boris el rango honorario bizantino de magister; el hermano menor del zar, Romanus, menos afortunado, fue castrado, presumiblemente para evitar que regresara a su patria como pretendiente al trono. Fue un final triste e ignominioso para la casa de Krum, que más de una vez había hecho temblar a la propia Bizancio.[1]

1. Del resto de la familia de Boris sabemos poco. No hay más noticias de su esposa ni de sus dos hijos, lo que sugiere que eran niñas o que murieron jóvenes.

Sin embargo, las naciones no mueren tan fácilmente. Una mirada al mapa mostrará que la Bulgaria del siglo X era considerablemente más grande que la República Búlgara de hoy, pues se extendía hasta unos pocos kilómetros del Adriático, y que sólo la región oriental había sido afectada directamente por la reciente guerra. La sección occidental -tal vez dos tercios del total- no vio motivos para renunciar a su soberanía y siguió siendo una brasa viva de la que pronto surgiría, breve pero gloriosamente, la llama final del primer Imperio Búlgaro. Pero la historia de Samuel el Cometópulo, su meteórico ascenso y su trágica caída, debe esperar al próximo capítulo.

Tras el éxito de su campaña búlgara, Juan Tzimisces no prestó demasiada atención a Europa, al menos en lo que se refería a asuntos seculares. Había un trabajo más importante que hacer en Oriente. El califato abasí de Bagdad ya no era una amenaza, con el débil y enfermizo al-Muti desprovisto de todo poder efectivo, virtualmente prisionero dentro de su palacio; pero el peligro acechaba en el sur.

Sólo tres años antes, en 969, el califato rival de los fatimíes se había embarcado en una nueva política de expansión: avanzando hacia el este desde su capital en Mahdiya -en la costa oriental de lo que hoy es Túnez- las tropas fatimíes habían arrasado el valle del Nilo y atravesado el Sinaí hasta Palestina y el sur de Siria. En 971 habían atacado Antioquía. Ya estaba claro que había que detenerlos antes de que causaran daños graves; y cuando en julio de 973 casi aniquilaron un ejército bizantino ante los muros de Amida, Juan ya se estaba preparando para atacarlos.

En la primavera de 974, Juan estaba preparado, pero en ese momento llegaron noticias de una nueva crisis. Esta vez, el escenario era Armenia, donde los príncipes y barones, normalmente enfrentados entre sí, se habían unido de repente en torno a su «rey de reyes», Ashot III, con un ejército estimado en 80.000 hombres.[1] No sabemos por qué lo hicieron; nuestra fuente principal, el armenio Mateo de Edesa, es lamentablemente vago al respecto. Sólo podemos suponer que habían oído hablar de los preparativos de Juan y de alguna manera habían llegado a la conclusión de que su próxima campaña iba a estar dirigida contra ellos mismos. El emperador, que, después de todo, era armenio, pudo apaciguar sus temores; pero decidió, no obstante, que en lugar de marchar hacia Siria por la ruta normal a través de los pasos del Tauro, dar un rodeo hacia el norte, hacia Armenia, convencer personalmente a Ashot de sus intenciones pacíficas y, esperaba, persuadir al Rey de Reyes para que pusiera parte o la totalidad del ejército armenio a su disposición. Esta decisión añadió unas trescientas o cuatrocientas millas a la longitud de la marcha, pero estuvo plenamente justificada por los resultados: Ashot se alió rápidamente con el Imperio para la próxima campaña e inmediatamente puso a disposición 10.000 de sus mejores hombres de combate, totalmente equipados y listos para la batalla.

1. Véase pág. 130.

La fuerza combinada se dirigió entonces al sur, a Amida y Martirópolis (Mayyafariqin), que se libró del pillaje y el saqueo sólo gracias al pago de un cuantioso rescate, y continuó por Nisibin (de donde había huido toda la población al acercarse) hasta las llanuras de Mesopotamia, sin encontrar en ningún lugar una oposición digna de ese nombre. Por qué el Emperador no siguió hasta Bagdad es una vez más inexplicable; en su estado actual, la ciudad difícilmente habría resistido una gran ofensiva. En cambio, cargado de botín, volvió sobre sus pasos hasta Antioquía, donde dejó al ejército en sus cuarteles de invierno mientras él mismo regresaba apresuradamente a Constantinopla.

Lo que le obligó a emprender el largo y tedioso camino hacia el oeste, hacia su capital —consciente como era de que tendría que volver sobre sus pasos un mes o dos más tarde— fue, casi con toda seguridad, una crisis religiosa: una crisis precipitada no en Constantinopla, sino en Roma. Otón el Grande había muerto en 973; su hijo Otón estaba en Alemania; y a principios del verano de 974 el cardenal diácono Franco —un noble romano que odiaba al emperador sajón por haber convertido, a su modo de ver, el papado en un juguete — había aprovechado la oportunidad para dar un golpe de Estado contra el papa títere de Otón, Benedicto VI, y lo había encarcelado en el castillo de Sant'Angelo, donde poco después fue estrangulado. Franco había subido entonces al trono él mismo, bajo el nombre de Bonifacio VII; pero una contrarrevolución a favor del emperador le había obligado casi inmediatamente a huir a Constantinopla para salvar su vida. Mientras tanto, el joven Emperador había nombrado en su lugar al obispo de Sutri, una de cuyas primeras acciones como Papa Benedicto VII fue excomulgar a su predecesor.

La llegada de Bonifacio al Bósforo puso a los bizantinos en una especie de dilema. Su prolongada oposición al Imperio de Occidente le había llevado a forjar fuertes vínculos con Constantinopla y había apoyado firmemente a Nicéforo Focas en todas las diferencias de éste con Otón I. No sabemos hasta qué punto decidió contarles su trato a Benedicto VI; en todo caso, el palacio parece haber decidido que merecía su apoyo y que las relaciones con Roma debían romperse de inmediato; probablemente también enviaron un llamamiento urgente al emperador de Mesopotamia para que volviera lo antes posible y resolviera el asunto de una vez por todas. El patriarca Basilio, por el contrario, tenía la opinión contraria. Es cierto que había sido elegido personalmente por Juan para el Patriarcado, pero no estaba dispuesto a que le dictaran nada. Nunca había cuestionado la unidad esencial de la Iglesia ni la supremacía del legítimo Pontífice, cuyo edicto de excomunión estaba decidido a defender.

Como ya se habrá notado, casi siempre eran los ambiciosos y urbanos patriarcas de Constantinopla los que tendían a desafiar la posición del Papa en Roma; los ascetas no mundanos no tenían tales dudas. Basilio el Escamandro caía de lleno en la segunda categoría; a los ojos de su rebaño, de hecho, era casi demasiado santo, vivía con una dieta casi de hambre a base de bayas y agua, vestía la misma túnica sucia hasta que se le caía a pedazos y dormía siempre sobre la tierra desnuda. «Su único defecto», escribe León el Diácono, «era una tendencia a examinar demasiado de cerca la conducta de los demás y a involucrarse más de lo debido en sus asuntos». En consecuencia, se

había vuelto completamente impopular; y cuando se tomó la decisión de deshacerse de él en favor de alguien más dócil, no faltaron obispos y clérigos para dar testimonio en su contra. Había sido culpable, testificaban, de mala administración, de contravención del derecho canónico, incluso de intriga en relación con la sucesión. El propio Basilio no se defendió de los cargos, insistiendo, sin embargo, en que sólo podía ser depuesto por un ecuménico.

Concilio, es decir, aquel en el que el Papa estaba debidamente representado. Un tribunal imperial, reunido poco después de que el Emperador hubiera regresado a la capital, se mostró encantado de demostrar que estaba equivocado.

Basilio fue exiliado, a Benedicto se le negó el reconocimiento y Bonifacio permaneció en Constantinopla hasta abril de 984, cuando, con ayuda bizantina, logró deponer al sucesor de su rival, Juan XIV (que también tuvo un final desagradable en Sant'Angelo) y recuperar el trono pontificio. Esta vez lo mantuvo durante quince meses, hasta su muerte, casi con toda seguridad por envenenamiento, al año siguiente. Su cadáver, se nos dice, fue arrastrado desnudo por la ciudad y finalmente dejado "bajo el caballo de Constantino" en el Capitolio,[1] donde permaneció ignorado hasta que un grupo de sacerdotes que pasaban por allí lo recuperó y dispuso su entierro.

1. Liber Pontificalis. Durante toda la Edad Media se creyó que la estatua ecuestre de Marco Aurelio era una representación de Constantino, un error afortunado que por sí solo preservó a la estatua de ser destruida como monumento pagano.

A principios de la primavera de 975, una vez superada la crisis religiosa y con un nuevo patriarca, Antonio III del Studium, instalado en Santa Sofía, Juan Tzimisces regresó a Oriente y emprendió la última de sus campañas, la más espectacularmente exitosa. Desde Antioquía marchó primero contra Emesa (Horns), que se rindió sin luchar, y pasó a Baalbek, que cayó tras una resistencia apenas simbólica. Le siguió Damasco, tras lo cual el camino quedó libre hacia Palestina. Tiberíades, Nazaret, Cesarea... Parecía que el avance triunfal continuaría eternamente; pero las guarniciones africanas de todas estas ciudades se estaban atrincherando en una línea de fortalezas a lo largo de la costa, y en lugar de continuar hacia Jerusalén, Juan dio media vuelta para ocuparse de ellas antes de que se convirtieran en un serio peligro para su retaguardia. Cayó Sidón, luego, a pesar de una resistencia heroica, Beirut y después Biblos. De todas las ciudades costeras, sólo Trípoli resistió la captura. A finales del verano, la mayor parte de Palestina, Siria y el Líbano —regiones donde ningún emperador había puesto un pie desde los días de

Heraclio— estaban bajo control bizantino.

Fue un logro asombroso, pero cuando Juan regresó a Constantinopla hacia finales de año era un hombre moribundo. La naturaleza de su enfermedad es incierta. Nuestras tres fuentes más autorizadas -Scylitzes, Zonaras y León el Diácono- señalan con el dedo acusador a Basilio el parakoimomenos. Nos dicen que el Emperador, al preguntar en su viaje de regreso a través de Anatolia sobre la propiedad de todas las propiedades más prósperas por las que pasó, fue informado de que cada una de ellas pertenecía a Basilio. El descubrimiento -que sólo podía significar un desfalco en una escala que nunca había soñado- lo puso furioso, y no ocultó su intención de enfrentarse a su chambelán inmediatamente a su regreso y exigirle una explicación. Hubiera hecho mejor en guardar silencio. Uno de los correos diarios que iban y venían entre el ejército y el palacio informó de sus palabras a Basilio; y Basilio, percibiendo el peligro, tomó sus disposiciones en consecuencia. Una semana o dos después, cuando Juan estaba cenando con uno de sus ricos vasallos en Bitinia, le echaron en la copa un veneno de acción lenta; a la mañana siguiente se despertó sin apenas poder mover las extremidades, con los ojos llenos de sangre y el cuello y los hombros cubiertos de llagas supurantes. A partir de entonces sólo tenía una idea: llegar a casa antes de morir. Se apresuraron los mensajeros a Constantinopla con órdenes de prepararse para su inminente llegada y de acelerar los trabajos en su tumba.

Cuando llegó al Bósforo respiraba con gran dificultad. De alguna manera, parece que se levantó de su litera el tiempo suficiente para asistir al servicio en el que los dos premios principales que había traído de Oriente -un par de sandalias usadas por Cristo y el cabello de Juan el Bautista- fueron consagrados nuevamente e instalados en Santa Sofía; luego se acostó y nunca más lo abandonó. Dejó toda su riqueza personal a los pobres y enfermos; luego hizo una larga y llorosa confesión al obispo Nicolás de Adrianópolis, invocando repetidamente a la Santísima Virgen Theotokos para que intercediera en su favor. Todavía estaba invocando su ayuda cuando murió el 10 de enero de 976, después de un reinado de solo seis años y un mes. Tenía cincuenta y un años.

¿Qué podemos pensar de esta historia del envenenamiento? Al menos siete cronistas la repiten de una forma u otra, aunque no todos acusan a Basilio; pero como ya se ha dejado claro en capítulos anteriores, en tales ocasiones siempre se sospechaba de algo ilícito. Además, si Basilio hubiera cometido realmente el crimen, ¿habría

permanecido en el poder como lo hizo, actuando como regente efectivo de los dos jóvenes emperadores? ¿Y qué era ese veneno misterioso, de acción tan lenta y, sin embargo, tan terriblemente eficaz? (El secreto del mismo debe haberse perdido o, en todo caso, parece que ya no lo fabrican). En resumen, ¿no es mucho más probable que Juan muriera (como deben haber muerto muchos miles de soldados más humildes durante aquellas guerras orientales) de fiebre tifoidea, malaria, disentería o cualquiera de esas otras infecciones mortales que, incluso ahora, sólo con dificultad se pueden mantener a raya?

Sí, pero nunca podemos estar seguros. Juan Tzimisces es un misterio en su muerte, como lo fue en vida. En su breve reinado demostró ser uno de los más grandes emperadores bizantinos. Había conquistado a los rusos, a los búlgaros y a los califas de Bagdad y El Cairo; había recuperado la mayor parte de Siria y el Líbano, de Mesopotamia y Palestina. Había sido admirado por aliados y enemigos por igual por su coraje, su caballerosidad, su compasión. En tiempos de paz había sido un gobernante sabio y justo, amigo de los pobres y, sobre todo, de los enfermos, con los que siempre pareció haber sentido una afinidad particular, aunque él mismo nunca conoció la enfermedad hasta el final. Su personalidad radiante, como su armadura dorada, nos deja deslumbrados. Sin embargo, nunca podrá cegarnos ante otra visión más oscura: la de un lastimoso y deforme montón que yace acurrucado en el suelo de un palacio, mientras otra figura —delgada, musculosa e inmensamente fuerte— mira hacia abajo con desprecio y patea.

14
El joven Basilio

[976-89]

Acabad con los gobernadores que se vuelven demasiado orgullosos. Que ningún general en campaña tenga demasiados recursos. Agotadlos con exacciones injustas, para mantenerlos ocupados en sus propios asuntos. No admitáis mujeres en los consejos imperiales. No seáis accesibles a nadie. Compartan con pocos vuestros planes más íntimos.

Bardas Scleras, a Basilio II, Bitinia, 989

Con la muerte de Juan Tzimisces, el camino parecía despejado por fin para que los dos jóvenes hijos de Romano II, Basilio, de dieciocho años, y su hermano Constantino, dos años menor, asumieran el poder. No podían ser más distintos. Mientras que Constantino nunca mostró, ni entonces ni en su vida posterior, el más mínimo interés por la política o el arte de gobernar, ni pidió nada más que lo dejaran a su aire, ligeramente desagradable, Basilio impresionó a todos por su vivacidad, su rapidez mental y su energía aparentemente inagotable. Aún menos se parecía a sus antepasados. A pesar de toda su inteligencia, no era en ningún sentido un intelectual como León el Sabio y Constantino Porfirogénito; no mostró inclinación hacia la erudición o la literatura, mientras que la cruda simplicidad de su griego irritaba los oídos de los siempre exigentes bizantinos. Mientras que León y Constantino siempre se habían preocupado de enfatizar su poder y majestuosidad con una panoplia deslumbrante y un vestuario suntuoso, rodeándose de tesoros y objetos de arte invaluables, Basilio no gastó prácticamente nada en *sí* mismo, redujo al mínimo el ceremonial estatal y se desplazó por el palacio y la ciudad con ropas de trabajo deslucidas, bastante impropias de un emperador y, se notaba, no demasiado limpias. Físicamente, también se parecía poco a su padre y abuelo. Habían sido altos y morenos; Basilio era bajo y fornido, con un rostro redondo, con una espesa barba y ojos azul claro que brillaban con un brillo inusual debajo de unas cejas altas y arqueadas. El cronista Michael

Psellus (que hace la primera de sus muchas apariciones en este punto de la historia) nos dice que cuando no estaba en la silla de montar su apariencia no era distinguible; era solo cuando estaba montado -porque era un magnífico jinete- que alcanzaba su máximo potencial.[1]

1. Es cierto que Psellus tenía sólo siete años cuando murió Basilio, pero él mismo nos asegura que tenía muchos amigos y conocidos que habían conocido bien al emperador. Era tal el contraste entre Basilio y sus predecesores que al menos un historiador ha sugerido que tal vez no fuera hijo de Romano II, sino el resultado de algún enfrentamiento momentáneo entre su madre Teófano y un miembro normando de la guardia varega de su marido. Pero hay muy pocas pruebas para que esta teoría sea convincente.

En otro aspecto, Basilio se diferenciaba de su padre. Romano había sido, durante los años de su corta vida, un voluptuoso amante de los placeres. Basilio había mostrado tendencias similares en su primera juventud, pero con su ascenso al poder dejó atrás la autocomplacencia y a partir de entonces llevó una vida de austeridad excepcional, comiendo y bebiendo con moderación y evitando por completo a las mujeres. Fue casi el único emperador bizantinos -y de hecho entre los príncipes contemporáneos de Europa- que nunca se casó: una omisión que parece aún más extraordinaria en vista de la importancia de prever una sucesión legítima, en particular porque la esposa de su hermano, Helena Alipina, sólo iba a tener hijas. ¿Podría ser, uno no puede dejar de preguntarse, que efectivamente hubo un matrimonio, del que de alguna manera se han perdido todos los registros? Después de todo, varias emperatrices -la esposa de Juan Tzimisces es un ejemplo de ello- son mencionadas sólo una vez en las crónicas y luego nunca más; y nuestras fuentes para el reinado de Basilio II son lamentablemente escasas. Pero esta hipótesis, por muy atractiva que pueda parecer, no puede sostenerse en realidad. Durante el medio siglo que Basilio y su hermano reinaron juntos, nos han llegado varias descripciones de funciones estatales; y en todas ellas se menciona a Helena como la única emperatriz que desempeñaba todos los deberes propios de su rango. Por tanto, no puede haber ninguna duda seria de que Basilio vivió y murió soltero. Por otra parte, sigue siendo un misterio por qué lo hizo.

Desde el momento en que se encontró en el cargo de emperador de mayor antigüedad, parece haber estado decidido a gobernar además de reinar; y, teniendo un hermano agradecido de verse libre de las cargas de la responsabilidad, no debería haber experimentado ninguna dificultad en hacerlo. Sin embargo, dos obstáculos se interpusieron en su camino. El primero fue su tío abuelo y tocayo, Basilio el parakoimomenos. Habían pasado ya unos treinta años desde

que este hijo natural de Romano Lecapeno había sido elevado -cuando todavía tenía veinte años- por Constantino Porfirogénito al cargo más alto del Estado bizantino después del propio emperador. Desde entonces lo había desempeñado bajo Romano II, Nicéforo Focas y Juan Tzimisces; y, independientemente de si alentó deliberadamente a los dos coemperadores en sus primeras disipaciones para mantener el poder en sus propias manos o no (como se ha sostenido a menudo), ciertamente no tenía intención de cederlo sin luchar.

El segundo obstáculo era mucho más grave, ya que afectaba a la naturaleza misma del trono. Hay que recordar que los primeros emperadores romanos no habían obtenido el poder por herencia, sino por la aclamación de su ejército, y aunque el principio hereditario había sido aceptado desde hacía mucho tiempo en Constantinopla, nunca había sido un rasgo integral o esencial del cuerpo político. Ahora, después de que tres generales victoriosos se hicieran con el poder en menos de sesenta años, este principio se estaba desgastando, especialmente en la mente de la aristocracia militar de Anatolia. ¿No sería mejor, razonaban, volver a la antigua tradición según la cual la diadema imperial era patrimonio de hombres maduros que habían demostrado su valía en la batalla, en lugar de jóvenes inexpertos cuya única recomendación era haber nacido en la púrpura?

Así, los primeros nueve años del reinado teóricamente autocrático de Basilio se vieron eclipsados en gran medida por su formidable chambelán, y los primeros trece los ocupó en defender su trono contra los ataques de dos generales rebeldes decididos a arrebatárselo. Ambos ya han hecho su aparición en estas páginas. Uno era Bardas Scleras, doméstico de los ejércitos de Oriente, que había servido a su cuñado Juan Tzimisces con una lealtad inquebrantable y se consideraba su legítimo sucesor; el otro -tal vez más previsible- era Bardas Phocas, sobrino del emperador Nicéforo, que, tras fracasar en su primera rebelión contra Tzimisces, decidió lanzar una segunda contra Basilio tan pronto como se le presentara la oportunidad. Scleras fue el primero en actuar. En la primavera de 976, sólo un mes o dos después de la muerte de su cuñado, se hizo proclamar basileus por sus tropas, tomó posesión del tesoro de su ejército y marchó sobre Cesarea. En el otoño de 977 había ganado dos batallas decisivas (durante la segunda de las cuales murió el comandante de las fuerzas leales, su antiguo compañero de armas Pedro Focas) y había obtenido el apoyo de la flota del sur con base en Attalea; y unos meses más tarde, tras haber capturado Nicea, reunió a su ejército en la costa asiática del Bósforo y se dispuso a asediar la capital mediante un asedio anfibio.

En el mar, la cuestión se resolvió rápidamente. La flota local, tradicionalmente leal al emperador reinante, salió del Cuerno de Oro y acabó rápidamente con los barcos rebeldes. Sin embargo, en tierra la situación parecía grave, y así podría haber continuado si el eunuco Basilio (que en ese momento todavía tenía el control efectivo del gobierno) no hubiera tenido la imaginación -y, hay que decirlo, el coraje- de confiar el mando del ejército a Bardas Focas. Fue un nombramiento sorprendente, por decir lo menos. La lealtad de Focas al trono no era menos cuestionable que la del propio Esclero; de hecho, cuando se tomó la decisión, todavía estaba exiliado en Quíos. Por otra parte, todo el ejército estaba ahora controlado por los barones de Anatolia, y ningún otro general habría sido más fiable; además, incluso si Focas soñara con adquirir el poder supremo para sí mismo, todavía tendría que deshacerse de Esclero primero. El único peligro era que los dos generales se combinaran y hicieran causa común contra Constantinopla, pero en conjunto esto parecía poco probable. En cualquier caso, era un riesgo que había que correr.

Bardas Focas, que había regresado a toda prisa de Quíos, se despojó de su hábito monástico, juró lealtad a los porbyrogeniti y regresó en secreto a su base de poder en Cesarea, donde le resultó fácil reunir un ejército. Esclero, al ver una amenaza peligrosa en su retaguardia, no tuvo más remedio que retirarse. La guerra civil que siguió duró casi tres años. Hubo varios enfrentamientos encarnizados; pero Bardas Focas, a pesar de sus repetidas victorias tácticas, nunca fue capaz de destruir las fuerzas de su rival, que siempre se las arreglaba para retirarse en buen orden, reunir refuerzos y regresar un mes o dos después con renovado vigor a la contienda. Finalmente, en una fecha que se discute pero que seguramente debió ser algún momento de la primavera de 979, los dos ejércitos lucharon por última vez y Bardas Focas, al ver que el curso de la batalla se volvía en su contra, desafió al rebelde a decidir la cuestión mediante un combate singular. Valientemente, pues Focas era un gigante entre los hombres, Esclero aceptó el desafío; los soldados de ambos bandos se reunieron para observar y, en una escena que parece sacada de la Ilíada, comenzó la contienda. Los dos combatientes galoparon uno hacia el otro y luego se atacaron simultáneamente. Focas logró parar la estocada de Esclero, que cayó sobre su caballo, le partió las riendas y le cortó la oreja derecha. Su propio golpe, mientras tanto, dio en el blanco.[1] Esclero se inclinó hacia adelante sobre su silla y se deslizó al suelo, con la cabeza ensangrentada. Algunos de sus hombres lo llevaron, inconsciente, a un arroyo cercano para lavarle la herida; el resto huyó del campo. La guerra había terminado.

1. “Cualquiera que recibiera un golpe de su mano era un hombre muerto al instante, y ejércitos enteros temblaban incluso cuando gritaba desde lejos” (Psellus, Cbronographia. La traducción, como todas las demás de esta fuente, se basa en la de ERA Sewter).

Al menos por el momento. El emperador Basilio, tras los acontecimientos de Constantinopla, sabía que su control del trono seguía siendo incierto. Aparte de todo lo demás, sus dos rivales seguían muy vivos y sin duda estaban haciendo nuevos planes para el futuro. Bardas Scleras, que había dañado un poco la reputación de Bardas Phocas al sobrevivir a su golpe en la cabeza, había buscado refugio con los sarracenos y se lo habían llevado en semicautiverio a Bagdad, de donde, tarde o temprano, estaba destinado a regresar; mientras que Bardas Phocas estaba más fuerte que nunca y, a pesar de su juramento de lealtad, estaba igualmente seguro de intentar hacerse con el poder. No obstante, aquí había un respiro muy necesario, que le dio a Basilio tiempo y oportunidad para prepararse para las tremendas tareas que le aguardaban. Durante los seis años siguientes a la derrota de Scleras oímos poco de él, pero podemos estar seguros de que estaba trabajando duro, familiarizándose con el funcionamiento más interno del ejército, la marina, la Iglesia, los monasterios y todos los departamentos del Estado. Si iba a ser lo que estaba decidido a ser –un Emperador en el sentido más completo de la palabra, completamente a cargo de su propio gobierno, responsable de cada aspecto de su política exterior y listo cuando surgiera la necesidad de liderar a sus propias tropas en el campo de batalla–, podía darse el lujo de no dejar nada al azar.

En 985 estaba preparado; sólo su tío abuelo se interponía en su camino. Sin embargo, Basilio el parakoimomenos no era fácil de convencer. Podía ser un eunuco, pero había pocos hombres en Constantinopla que no temblaran ante esta tremenda figura, cuyas palabras y movimientos parecían proclamar sus propios orígenes imperiales e irradiar autoridad. Después de una vida de lealtad a la casa macedonia -de la que, después de todo, él mismo era indirectamente miembro- parece que al principio se sintió genuinamente apegado al joven emperador; su error fue subestimarlo. Por momentos condescendiente y por momentos dominante, insistió en tratar a su sobrino nieto como el niño que ya no era, desestimando sus ideas, ignorando sus sugerencias, anulando sus órdenes sin vacilar ni disculparse. A medida que Basilio se encontraba bloqueado y frustrado a cada paso, su resentimiento de larga data fue dando paso gradualmente al odio: sabía que nunca podría respirar libremente hasta que se hubiera librado de este íncubo insufrible de una vez por todas. Afortunadamente, había motivos de sobra para hacerlo. La

corrupción de su chambelán era notoria y le había proporcionado una enorme riqueza de la que hacía alarde sin pudor, manteniendo un grado de oficialidad que dejaba en la sombra al propio Emperador. Más grave aún, recientemente se había descubierto (sin duda sospechando un intento inminente de derrocarlo) que mantenía correspondencia secreta y potencialmente traidora con Bardas Focas. Basilio trazó sus planes cuidadosamente y luego atacó. La capital se despertó una mañana con la noticia de que el hombre más temido del Imperio había sido arrestado y exiliado, y todas sus propiedades confiscadas.

Se podría pensar que esto -sobre todo teniendo en cuenta la cuantía de las propiedades en juego, ya que el parakoimomenos había sido con diferencia el mayor terrateniente de todos los dominios imperiales- debería haber sido suficiente; pero en el carácter del Emperador había una vena de brutal venganza que nunca consiguió controlar. No contento con haber vencido y desposeído a su antiguo enemigo, incluso se volvió contra el inmenso monasterio que éste había construido en la capital y había dotado generosamente en honor a su homónimo, San Basilio. Se dice que estuvo tentado de demolerlo por completo; pero como no quería fomentar acusaciones de impiedad, se contentó con despojarlo de todos sus muebles y su decoración de mosaicos y reducir a los desafortunados monjes a la penuria.[1] Más extraordinario aún, promulgó un edicto por el que todas las leyes promulgadas por su tío abuelo debían considerarse nulas y sin valor a menos que llevaran una marca de su propia mano que indicara su aprobación; «Pues», explicó, «al principio de nuestro propio reinado, hasta la deposición de Basilio el parakoimomenos... sucedieron muchas cosas que no estaban de acuerdo con nuestros deseos, porque él decidió y dispuso todo según su propia voluntad». Para el anciano en su lugar de exilio, debió haber parecido como si se le negara su propia existencia. Se hundió rápidamente en la senilidad y murió poco después.

1. Psellus, que cuenta esta historia, registra un juego de palabras de mal gusto del que también se dice que era culpable el Emperador en esa época. Como todos los juegos de palabras, es intraducible; pero la siguiente adaptación, repetida con regocijo por varios historiadores ingleses y franceses modernos, probablemente sea lo más cercano que podamos llegar al original: "He convertido su refectorio en un reflector, ya que todo lo que pueden hacer ahora es reflexionar sobre cómo alimentarse".

Por fin Basilio era dueño de su propia casa. Pero menos de un año después su imperio se enfrentaba a una nueva amenaza que le traería una humillación mayor que cualquier otra que hubiera sufrido hasta entonces. Samuel, autoproclamado zar del Imperio búlgaro,

había invadido Tesalia y capturado su ciudad principal, Larisa.

De los orígenes del zar Samuel sabemos poco. Su padre, el comes Nicolás, parece haber sido gobernador de toda o parte de Bulgaria occidental en la época de la invasión de Sviatoslav; y cuando murió, su influencia, si no su posición, pasó a sus cuatro hijos. Estos jóvenes se convirtieron así en los líderes naturales de una insurrección que estalló poco después de la muerte de Juan Tzimisces y pronto se convirtió en una guerra de independencia en toda regla. Cuando la noticia llegó a Constantinopla, el zar Boris huyó con su hermano Romanus para unirse a los insurgentes; pero el zar fue asesinado accidentalmente en la frontera por sus propios súbditos, mientras que Romanus, al ser eunuco, fue excluido del trono. Por tanto, el liderazgo permaneció en manos de los hijos de los comes —conocidos colectivamente como los Cometopuli— y, en particular, en manos del más joven y capaz de los cuatro, Samuel.

La rebelión de Bardas Scleras había jugado a favor de Samuel, brindándole la oportunidad que necesitaba para extender sus dominios sin oposición. Poco a poco había logrado imponer su control sobre toda Bulgaria al oeste de una línea trazada al sur desde el Danubio y que pasaba aproximadamente a mitad de camino entre su primera capital, Serdica (la actual Sofía) y Filipópolis; entonces había asumido el antiguo título de zar y al mismo tiempo había restablecido el antiguo patriarcado búlgaro abolido por Tzimisces. Así, tanto política como eclesiásticamente, el nuevo Estado llegó a ser visto por los búlgaros no tanto como el descendiente de su predecesor, sino como su continuación; la continuidad se acentuaba aún más por la estrecha asociación con el príncipe Romano, a quien Samuel se encargó de colmar de honores y títulos.

En 980 Samuel estaba lo bastante seguro como para hacer sentir su presencia más allá de sus propias fronteras, y desde entonces no pasó un verano sin una o más incursiones búlgaras en Tesalia; pero no fue hasta cinco años después que puso a Larisa bajo asedio serio. Los ciudadanos resistieron tanto como pudieron; pero a principios de 986, cuando encontraron a una mujer comiendo el muslo de su marido muerto, comprensiblemente decidieron rendirse. Con la excepción de una sola familia colaboracionista, los Nicoulitzes, todos fueron vendidos como esclavos; mientras que la reliquia más sagrada de la ciudad, el cuerpo de su antiguo obispo San Aquiles, fue llevado para adornar la catedral de Prespa, a la que Samuel había trasladado recientemente su capital.[1]

1. Runciman. El primer imperio búlgaro, págs. 221-2.

Se trataba de un ultraje que no podía quedar impune. Al enterarse de la noticia, Basilio dio órdenes de movilizar de inmediato el ejército, asumió personalmente el mando supremo y marchó sobre Sardica, siguiendo el valle del río Maritsa antes de girar al noroeste por el paso conocido como Puerta de Trajano y salir a la llanura en la que se encuentra la ciudad. Sin embargo, justo antes de su objetivo, se detuvo a esperar a su retaguardia: un error desastroso, ya que permitió a Samuel -que, acompañado por su hermano Aarón y el príncipe Romano, se había apresurado a llegar desde Tesalia- ocupar las montañas circundantes. Hasta finales de julio el emperador no llegó a la ciudad y la sitió; e incluso entonces tuvo poco éxito. El clima era sofocante, la moral estaba baja y el acoso constante de Samuel a las partidas de forrajeo imperiales significaba que los sitiadores a menudo estaban casi tan faltos de alimentos como los sitiados. Después de sólo tres semanas, Basilio decidió abandonar la lucha y regresar a casa. Pero lo peor estaba por venir. El martes 17 de agosto, cuando las tropas bizantinas pasaron por segunda vez por la Puerta de Trajano, marcharon directamente hacia la emboscada cuidadosamente preparada por Samuel: la caballería búlgara descendió en tropel desde las montañas hacia ambos lados y los tomó totalmente por sorpresa. La gran mayoría fue aniquilada en el lugar donde se encontraba; se perdió todo el bagaje, incluido el tesoro. Fue sólo un pobre y tambaleante resto de su antiguo ejército el que siguió al angustiado emperador a Filipópolis un día o dos después.[1]

1. Entre los supervivientes se encontraba León el diácono, que debió su supervivencia, nos dice, únicamente a la agilidad de su caballo.

Es fácil imaginar los sentimientos de humillación del propio Basilio. Nunca faltó la confianza en sus propias habilidades, y se había preparado para ser el gobernante más eficiente que Bizancio había conocido jamás. Los años que pasó bajo la sombra de su tío abuelo le habían resultado intolerables porque estaba convencido de que podía gobernar su Imperio mejor que nadie: sólo él, una vez que se le desataran las manos, podría devolverle la fuerza y la prosperidad que había conocido bajo su tatarabuelo Basilio I, bajo Heraclio e incluso bajo el gran Justiniano. Tuvo que esperar hasta los veintinueve años -cuando ya llevaba más de un cuarto de siglo como emperador titular- para tener la oportunidad de emprender una importante campaña extranjera por iniciativa propia; y había sido una catástrofe. Se sentía amargamente avergonzado, pero también furioso. De algún modo, también había conservado su fe fundamental en sí mismo. Cuando regresó a Constantinopla, hizo un juramento solemne de que se vengaría de toda la nación búlgara hasta que esta se arrepintiera del día en que hubiera levantado un dedo contra él.

Como veremos, cumplió su palabra.

El momento de Basilio llegaría, sin duda, pero no llegaría todavía. Las noticias de la Puerta de Trajano convencieron a Bardas Sclerus, que ya estaba prisionero en Bagdad, de que el Imperio estaba por fin a su alcance; y no tuvo ninguna dificultad en persuadir al califa al-Tai para que lo liberara, a cambio de la promesa de restaurar ciertas fortalezas fronterizas tan pronto como subiera al trono. El califa le proporcionó hombres, dinero y provisiones, y fue así como, con una fuerza considerable y bien equipada, Sclerus regresó a Asia Menor y, en Melitene, en las primeras semanas de 987, se proclamó por segunda vez basileo.

Al principio, en cualquier caso, debió sentirse satisfecho al ver que los barones de Anatolia ya estaban a punto de rebelarse. Creían firmemente que el ejército imperial era su coto privado y les indignaba que el emperador se lo hubiera apropiado para invadir Bulgaria sin siquiera informarles de sus intenciones. Sin uno de los suyos al mando, la derrota, reconocían, era inevitable. Basilio se la había buscado él mismo y sólo él podía culparse. En resumen, allí estaba la prueba concluyente, si es que hacía falta alguna, de que nunca debieron haber dejado que la corona se les escapara de las manos. Cuanto antes la devolvieran, mejor.

Pero, ¿de quién exactamente debería ser? En este caso, Esclero debió de estar menos satisfecho, pues pronto descubrió que muchos de sus compañeros nobles favorecían a Bardas Focas más que a él mismo: tantos, de hecho, que Focas, en lugar de dirigir un ejército leal contra él como había hecho ocho años antes, volvió a cambiar de bando y el 15 de agosto reclamó formalmente el Imperio por su cuenta. De los dos pretendientes, Focas era ahora sustancialmente el más fuerte, pues disfrutaba del apoyo de la mayoría de los oficiales superiores, así como del de la aristocracia terrateniente; pero no se atrevió a marchar sobre la capital dejando a Esclero a su retaguardia. Evidentemente, era necesario algún tipo de pacto entre los dos, y por ello propuso lo que equivalía a una partición del Imperio, por la que se contentaría con la parte europea -incluida, por supuesto, Constantinopla-, dejando a Esclero toda Anatolia desde el Mármara hasta la frontera oriental. Esclero, en contra del consejo de todos sus asociados, aceptó, bajó la guardia y se metió de lleno en la trampa. Poco después fue arrestado y pasó los dos años siguientes encerrado en la fortaleza de Tyropoion (la misma, irónicamente, de la que había privado de comida a Bardas Phocas después de su primera rebelión dieciséis años antes) mientras

su rival hacía un último intento por obtener el poder.

En aquella época, Focas no tenía ninguna duda de que triunfaría. En su larga marcha por Asia Menor no encontró oposición de ningún tipo, mientras que cada vez más reclutas acudían con entusiasmo a su bando. Frente a él se alzaba un emperador joven e inexperto, cuya única hazaña militar había acabado en desastre y cuyo ejército -lo que quedaba de él- estaba destrozado y totalmente desmoralizado. ¿Cómo podía fracasar en semejantes circunstancias? Cuando llegó al Mármara, dividió su ejército, enviando la mitad hacia el oeste, a Abidos, en el Helesponto, mientras que la otra mitad se atrincheró en Crisópolis, frente a Constantinopla, y empezó a preparar un ataque por dos frentes contra la capital.

La situación de Basilio era ciertamente desesperada, pero mantuvo la calma. Si no podía esperar defender su imperio sin ayuda, debía buscar ayuda extranjera, y la ayuda en la escala necesaria sólo podía venir de un lado: Vladimir, príncipe de Kiev. Incluso antes de que Bardas Focas hubiera llegado a la orilla del Bósforo, los embajadores imperiales ya estaban en camino, aunque pasaron meses antes de que regresaran con la respuesta del príncipe. Vladimir, según informaron, se consideraba obligado por el acuerdo de su padre Sviatoslav con Juan Tzimisces a enviar la fuerza necesaria: una druzhina de 6.000 varegos[1] completamente equipados sería enviada lo antes posible. A cambio, sólo pedía una cosa: la mano en matrimonio de la hermana del emperador, la porfirogenita Ana.

1. El nombre (que proviene de una palabra nórdica antigua que significa 'fe prometida') fue dado a aquellos vikingos rusificados cuyos antepasados habían navegado a través del Báltico y remontado los ríos del norte de Rusia, dominando fácilmente a las tribus eslavas del interior.

Difícilmente se puede imaginar el efecto que esta exigencia tuvo en la corte bizantina. En toda la historia del Imperio, ninguna princesa nacida en púrpura había sido entregada en matrimonio a un extranjero; y Vladimir no sólo era un extranjero sino -a pesar de la conversión de su abuela Olga- un pagano, un hombre del que se sabía que había matado a su propio hermano y que ya se jactaba de tener al menos cuatro esposas y 800 concubinas: un hecho que, sin embargo, de ninguna manera lo disuadió de abrirse paso casi legendariamente entre las matronas y doncellas de cualquier ciudad o pueblo en el que se encontrara. Poseía, en la mente de los bizantinos, sólo una "característica redentora": había hecho creer que estaba buscando, para él y su pueblo, una religión respetable. Si hemos de creer ese curioso documento conocido como la crónica de Néstor, ya había ordenado un estudio de todas las principales religiones del mundo

conocido y había hecho personalmente averiguaciones minuciosas entre musulmanes, judíos y musulmanes.

Los católicos romanos, pero ninguno de ellos le había impresionado especialmente. Finalmente, en ese mismo año de 987, había enviado emisarios a Constantinopla, donde, en su honor, se había celebrado un servicio especial en Santa Sofía. Tan cautivados habían quedado por su belleza que, como informaron posteriormente a su amo, no sabían si estaban en la tierra o en el cielo: "todo lo que podemos decir es que en ese lugar está la morada de Dios entre los hombres". Parecía, pues, probable que Vladimir pronto renunciara a sus dioses paganos y, con un poco de suerte, a algunos de sus hábitos más reprensibles; y Basilio, en consecuencia, dio su consentimiento al enlace, con la única condición de que el príncipe de Kiev abrazara la fe ortodoxa. Luego se dispuso a esperar.

Esperó casi un año, un año que sobrevivió gracias a la armada imperial que, con sus constantes patrullas del Helesponto, el Mármara y el Bósforo, impidió con éxito que Bardas Focas y su ejército cruzaran hacia Europa. Sólo en torno al solsticio de invierno[1] los vigías del mar Negro divisaron el primero de una gran flota de barcos vikingos en el horizonte norte; pero una semana más tarde, aproximadamente, toda esa flota estaba anclada a salvo en el Cuerno de Oro y 6.000 corpulentos gigantes se alinearon para la inspección del Emperador. Hizo sus planes rápidamente. Una noche de finales de febrero de 989, los escandinavos, con el propio Basilio a la cabeza, cruzaron el estrecho al amparo de la oscuridad y tomaron posiciones a unos cientos de metros del principal campamento rebelde, desplegado a lo largo de la costa en Crisópolis. Luego, con las primeras luces del alba, atacaron, mientras un escuadrón de lanzallamas imperiales rociaba la costa con fuego griego. Los hombres de Focas, que se despertaron al ver que esta terrible horda se acercaba a ellos, no pudieron hacer mucho para defenderse, pero sus asaltantes blandieron sus espadas y hachas de guerra sin piedad hasta que quedaron sumergidos en sangre hasta los tobillos. Pocas de las víctimas escaparon con vida; tres comandantes subordinados, entregados a las manos del Emperador, fueron ahorcados, empalados y crucificados respectivamente.

1. La cronología en este punto presenta un problema, ya que nuestras fuentes principales -por no hablar de los historiadores modernos- están en considerable desacuerdo. Sin embargo, si aceptamos la fecha precisa de Yahya del 13 de abril de 989 como la fecha de la batalla de Abidos, es difícil ver cómo la masacre de Crisópolis pudo haberla precedido por más de unas pocas semanas, o que esta última pudo haber ocurrido mucho después de la llegada de los nórdicos.

Afortunadamente para él, Bardas Focas parece haber

permanecido con sus reservas, si bien no en Nicea, al menos a cierta distancia de Crisópolis. En cuanto se enteró de la masacre, se apresuró a unirse al resto de su ejército en las afueras de Abidos; si podía capturar este puerto en la desembocadura del Helesponto, sabía que encontraría suficientes barcos en el puerto para transportar a sus hombres a la península de Galípoli, desde donde podrían lanzar su asalto a Constantinopla. A su llegada, puso inmediatamente sitio a la ciudad, pero la ciudad opuso una resistencia decidida y, como la armada imperial tenía un firme control de los estrechos, un bloqueo adecuado resultó imposible. Mientras tanto, el Emperador, que había regresado a la capital, se dispuso a preparar una expedición de socorro. A mediados de marzo de 989, ya estaba listo y envió de inmediato un contingente de avanzada bajo el mando -bastante sorprendentemente- de su hermano y coemperador Constantino: la única vez en su larga vida, hasta donde sabemos, que este insatisfactorio príncipe dirigió un ejército en el campo de batalla. El propio Basilio se embarcó unos días después, desembarcó cerca de Lámpsaco, a unas pocas millas al noreste, y partió de inmediato hacia la ciudad sitiada, seguido por sus gigantescos varegos.

A la mañana siguiente, los dos ejércitos enfrentados se formaron uno frente al otro en la llanura abierta que daba a la tierra de Abidos, donde permanecieron durante varios días maniobrando para posicionarse. Sólo al amanecer del sábado 13 de abril, el Emperador dio la orden de atacar. Al principio, pareció que este ataque inicial podría resultar decisivo. Las tropas rebeldes se dispersaron: muchas fueron aniquiladas, otras simplemente dieron media vuelta y huyeron. Sólo con la mayor dificultad, Focas logró restablecer el orden y reagrupar a los supervivientes. Luego, se nos dice, mientras miraba a través de la llanura, vio al propio Basilio, cabalgando arriba y abajo de las líneas de los escandinavos, felicitándolos y alentándolos a hazañas de valor aún mayores, con el joven Constantino, portando una larga lanza, a su lado; y su expresión cambió al recordar cómo, durante su último encuentro con Bardas Sclerus, había convertido la derrota en victoria al proponer que la cuestión se decidiera en combate singular. Ignorando todos los intentos de disuadirlo, de repente llamó a su caballo, lo espoleó para que galopara y, mientras ambos ejércitos observaban, silenciosos e incrédulos, se dirigió con ímpetu hacia las líneas imperiales, apuntando con su espada directamente al Emperador. Basilio se mantuvo firme, con su propia espada desenvainada en la mano derecha, mientras que en la izquierda sostenía un icono de la Virgen, bien conocida por sus poderes milagrosos.[1]

1. ¿Se trata del icono que los venecianos robaron durante la Cuarta Cruzada y que,

hoy conocido como Nicopotia o Portador de la Victoria, todavía cuelga en la nave norte de la Basílica de San Marcos? Bien podría haber sido así: véase el canónigo Ag. Molin.

Su agresor se acercaba cada vez más, «como una nube arrastrada por un huracán», como lo describe Psellus; de repente, pareció vacilar. Se tambaleó como si lo hubiera vencido un ataque de vértigo, detuvo su caballo, se deslizó lentamente de la silla y quedó inmóvil en el suelo. Cuando Basilio, Constantino y sus seguidores llegaron un momento o dos después, descubrieron que ya estaba muerto. Al principio supusieron que había sido alcanzado por una flecha, pero su cuerpo no mostraba rastros de herida. De hecho, había sufrido un ataque repentino, probablemente provocado por la excitación y el esfuerzo, que lo había matado instantáneamente. Sus tropas, al ver lo que había ocurrido, entraron en pánico y huyeron; pero no pudieron hacer frente a los escandinavos, que los persiguieron y los cortaron en pedazos alegremente.

Bardas Sclerus quedó como único pretendiente al trono de Bizancio. Durante los dos años que estuvo cautivo en Tiropoion, su carcelera no había sido otra que la esposa de Focas; sin embargo, tras la muerte de su marido, al verlo ya no como su prisionero, sino como su única esperanza de venganza, lo liberó de inmediato para que reuniera un nuevo ejército. Sin embargo, casi desde el principio, Sclerus se dio cuenta de que era demasiado tarde: se estaba haciendo viejo y su vista se estaba deteriorando rápidamente. En la relativa oscuridad de su prisión apenas había notado las cataratas que ahora le nublaban los ojos; de nuevo bajo el brillante cielo de Anatolia, supo que no había esperanza: la ceguera pronto lo alcanzaría. Basilio, dejando de lado por una vez su habitual afán vengativo, ya le había ofrecido condiciones increíblemente generosas: sólo pidió que Sclerus renunciara formalmente a todos los atributos imperiales y al título de basileo, a cambio de lo cual se le concedería el de curopalates. Sus oficiales, una vez prestado un nuevo juramento de lealtad, conservarían todos sus grados y títulos y no sufrirían más penalizaciones, mientras que a las tropas se les permitiría regresar pacíficamente a sus hogares.

Y así, Bardas Sclerus se sometió, y en una de las propiedades imperiales de Bitinia, por primera vez en trece años, el joven emperador y el viejo general se encontraron cara a cara. Cuando Basilio vio a su antiguo enemigo, ahora casi ciego, siendo conducido a la sala de audiencias por dos de los ujieres de la corte, apenas pudo contener un jadeo. «¿Puede este viejo chocho», preguntó a los que lo rodeaban, «ser realmente aquel a quien he temido durante tanto

tiempo? Miren, apenas puede caminar por sí mismo». Entonces su mirada se posó en los pies de Sclerus, que inexplicablemente todavía llevaban los botines imperiales de color púrpura, y giró la cabeza. Sólo cuando el anciano se quitó las botas ofensivas se le permitió acercarse a su soberano y postrarse a los pies del trono. Basilio continuó tratándolo con sorprendente cortesía y consideración, escuchando atentamente su explicación de su conducta pasada que, si hay que creer a Psellus, simplemente atribuía a la voluntad de Dios; En la cena que siguió, como un gesto más de reconciliación (aunque también, tal vez, para disipar cualquier sospecha de veneno), tomó la copa de vino y bebió un trago copioso antes de entregársela a su invitado. Luego los dos se sentaron a conversar.

El Emperador inició la conversación pidiendo consejo al viejo general. ¿Cómo, le preguntó, podría protegerse mejor contra nuevas rebeliones de los poderosos barones de Anatolia, similares a las que Bardas Focas y él mismo habían encabezado recientemente? La respuesta de Esclero se cita al comienzo de este capítulo. No propuso que se reprimiera a los barones: ni siquiera Basilio en su estado más despiadado habría logrado hacerlo. Pero sí recomendó que se los mantuviera bajo las riendas más estrictas, que se los gravara con impuestos al máximo, se los acosara, se los acosara, se los persiguiera económicamente, incluso se los victimizara deliberada e injustamente, de tal manera que estuvieran demasiado preocupados por mantener la cabeza a flote como para perseguir planes de ambición personal. A Basilio, estas palabras por sí solas no le habrían causado gran sorpresa, pues expresaban sus propias opiniones al pie de la letra. Lo interesante era la fuente de la que provenían. Ahora, por fin, cuando su vida se acercaba a su fin y tras el derrumbe de todas sus ambiciones, Bardas Scleras ponía los intereses del Imperio por encima de los suyos y de los de su clase. Sus palabras podían ser cínicas, pero también eran sabias. Basilio no sólo las recordaría durante el resto de su vida, sino que actuaría en consecuencia, convirtiéndolas en la piedra angular de su política interior. Y nunca se arrepentiría de haberlo hecho.

En vista de los acontecimientos trascendentales de los dos últimos años, tal vez sea comprensible que Basilio no haya dedicado demasiado tiempo a la cuestión del prometido matrimonio de su hermana con el príncipe de Kiev. Pero Vladimir pronto dejó claro que no se lo podía tomar a la ligera. Al responder a la petición del emperador había salvado a Bizancio y estaba impaciente por recibir su recompensa. Así pues, para recordarle a Basilio sus responsabilidades, en el verano de 989 se apoderó repentinamente de la colonia imperial

de Cherson en Crimea, el último puesto avanzado bizantino en la costa norte del mar Negro, enviándole al mismo tiempo un ominoso mensaje en el sentido de que, si continuaba con su olvido, la propia Constantinopla sufriría un destino similar.[1]

1. El compromiso del príncipe Sviatoslav de no atacar ni invadir nunca esta ciudad (pág. 223) presumiblemente había caducado tras su muerte.

Para Basilio, la caída de Cherson era suficiente para seguir adelante. La colonia no sólo era valiosa en sí misma desde el punto de vista financiero y estratégico; su captura también sugería la retirada del apoyo ruso en un momento en que Bardas Scleras todavía andaba suelto y, peor aún, la posibilidad real de un acercamiento entre Vladimir y el zar Samuel de Bulgaria. Los 6.000 varegos todavía estaban en Constantinopla: sólo esperaban una palabra de su soberano para que su amistad actual se convirtiera en hostilidad abierta, en cuyo caso el daño que podrían causar sería incalculable. En resumen, no había nada que hacer: el acuerdo debía cumplirse. Cuando sus hermanos le comunicaron a la princesa de veinticinco años su destino, lloró larga y amargamente, acusándolos de venderla como esclava, lo que, a la luz de lo que se sabía sobre Vladimir, no estaba lejos de la verdad. Finalmente, sin embargo, se dejó convencer de que aceptara lo inevitable y, a regañadientes, se embarcó en el barco que la llevaría a Cherson, donde la esperaba su prometido. Allí, los dos se casaron debidamente y la colonia fue devuelta inmediatamente a Basilio en forma de veno, el regalo tradicional del novio; allí también, inmediatamente antes de la ceremonia, el príncipe de Kiev fue bautizado por el obispo local en lo que fue quizás la ceremonia religiosa más fatídica de la historia rusa.[2]

2. Es posible que éste fuera el segundo bautismo de Vladimir; el primero había tenido lugar dos años antes, tras el regreso de sus representantes de Constantinopla y la conclusión de su acuerdo con el Emperador.

En efecto, la conversión de Vladimir, mucho más que la de su abuela treinta y dos años antes, marcó la entrada de Rusia en el seno del cristianismo. Después de su matrimonio, él y su esposa fueron escoltados a Kiev por el clero local de Cherson, que inmediatamente se puso a hacer proselitismo y a convertir en masa a pueblos y ciudades enteras. Así, la nueva Iglesia rusa quedó desde el principio subordinada al Patriarcado de Constantinopla, formando parte de la Iglesia de Oriente y vinculada culturalmente a Bizancio. Por consiguiente, hay motivos para esperar que la pobre Anna haya encontrado su nueva vida un grado o dos menos intolerable de lo que había temido que pudiera ser. Es cierto que Kiev no era Constantinopla, pero su marido se convirtió, después de su bautismo,

en un hombre distinto. Desaparecieron las cuatro esposas anteriores y las 800 concubinas; a partir de entonces no le daría motivos de queja, dedicando todo su tiempo a supervisar las conversiones, a ser el padrino de innumerables bautismos y a construir iglesias y monasterios dondequiera que fuera. Uno piensa que los santos nunca pueden ser los maridos más fáciles, y es poco probable que San Vladimir de Kiev haya sido una excepción a la regla; pero para una muchacha que esperaba compartir su cama con un ogro, de todos modos, debe haber sido un alivio.

15
El cazador de búlgaros

[989-1025]

Su crueldad infligió una venganza fría y exquisita a los quince mil cautivos que habían sido culpables de la defensa de su país. Se les privó de la vista, pero a uno de cada cien le quedó un solo ojo, para que pudiera conducir a su centuria ciega a la presencia de su rey. Se dice que su rey murió de dolor y horror; la nación quedó aterrada por este terrible ejemplo; los búlgaros fueron expulsados de sus asentamientos y circunscritos dentro de una estrecha provincia; los jefes supervivientes legaron a sus hijos el consejo de la paciencia y el deber de la venganza.

Edward Gibbon,
La decadencia y caída del Imperio Romano, Capítulo LV

En el reinado de sesenta y cinco años de Basilio II, el año 989 marca un hito. Aunque sólo tenía treinta y un años, había ostentado el título de emperador durante veintinueve años. De esos años, los primeros dieciséis (que abarcaban el período de su minoría de edad) habían estado eclipsados por los dos aventureros militares que se habían apoderado sucesivamente del trono, Nicéforo Focas y Juan Tzimisces. Los nueve siguientes habían sido el títere (aunque muy a su pesar) de su tío abuelo. Los últimos cuatro habían sido notables principalmente por su derrota y humillación a manos del zar Samuel en la Puerta de Trajano; por una importante rebelión que había sido contenida sólo con ayuda exterior y que todavía podría haberlo amenazado de no ser por la muerte repentina de su líder; y, más recientemente, por su propia sumisión a un chantaje descarado por parte del príncipe de Kiev. No fue un historial distinguido.

Pero a finales de 989 su suerte había cambiado. El año en sí había proporcionado más de su cuota de desastres. Después de uno de los inviernos más crueles que se recuerdan, durante el cual el mar mismo se congeló, se había producido la lucha con Bardas Focas y otra con Bardas Escleras; a los pocos días de la captura rusa de Quersón, se había recibido la noticia de la caída de Berrea (la moderna Verria),

una ciudad-fortaleza estratégica que protegía los accesos a Tesalónica, en manos de los búlgaros; mientras que en Antioquía habían estallado graves disturbios. El significado de la aurora boreal del 7 de abril y del brillante cometa que iluminó el cielo durante tres semanas en julio y agosto fue interpretado de diversas maneras; pero no había dudas sobre el calamitoso terremoto que en la noche del 25 de octubre destruyó o dañó más de cuarenta iglesias sólo en la capital, incluida la propia Santa Sofía, cuya cúpula central se partió de lado a lado y tuvo que ser rediseñada por completo[1], mientras que parte del ábside oriental simplemente se hundió en un montón de escombros. Difícilmente se podría imaginar una manifestación más inequívoca de la ira divina: sin embargo, el año iba a cerrar con el Imperio disfrutando de paz interna por primera vez desde la muerte de Juan Tzimisces en 976 y su Emperador, con sus derrotas y decepciones detrás de él, al fin en el umbral de la gloria.

1. El nuevo diseño, obra de un armenio llamado Trdat, se derrumbaría a su vez en 1346. (Véase Bizancio: Los primeros siglos, pág. 20). Otra víctima del terremoto fue el acueducto de Valente, cuya posterior reparación lo puso de nuevo en funcionamiento, permitiéndole llevar agua dulce a la ciudad por primera vez en varios cientos de años.

Ahora que ya no tenía nada que temer de los barones de Anatolia, podía concentrarse en la gran tarea que le ocuparía durante las tres décadas siguientes: la aniquilación del Imperio búlgaro. Sin embargo, fue típico de su visión de futuro que primero centrara su atención en un pequeño asunto pendiente relacionado con David, príncipe de la región del Alto Tao en Georgia. En 978, como vasallo leal del Imperio, David había recibido la posesión temporal de una gran zona del territorio imperial al norte del lago Van. Sin embargo, desde entonces había estropeado su historial al apoyar al rebelde Bardas Focas, un error de juicio del que debió de arrepentirse amargamente cuando, en el otoño de 989, un ejército imperial marchó hacia el este con evidentes intenciones punitivas. Afortunadamente para él, el general al mando, un tal Juan de Chaldia, tenía autorización del emperador para ofrecerle condiciones: David podría conservar el territorio cedido durante su vida y además se le concedería el título de curopalates, siempre que todas sus tierras -incluido su propio lugar de nacimiento y patrimonio- volvieran a la corona imperial a su muerte. Con el ejército afilando sus espadas a sólo una o dos millas de distancia, el príncipe no tuvo más remedio que aceptar; y Basilio amplió considerablemente sus fronteras orientales sin perder ni una sola vida.

Por desgracia, como bien sabía Basilio, una diplomacia de este tipo tendría poco efecto sobre el zar Samuel, y a principios de la

primavera de 991 partió con su ejército hacia Tesalónica, donde reforzó las defensas, se postró ante el altar del patrón de la ciudad, san Demetrio,[1] y localizó en un remoto monasterio a un santo local vivo llamado Focio, que había estado presente en su bautismo (después de la ceremonia lo había llevado en brazos de vuelta al palacio) y que ahora prometía rezar por él todas las noches durante la próxima campaña.[2] Esto continuaría durante los cuatro años siguientes, durante los cuales Basilio nunca aflojó su presión. Atrás quedaron los días en que la guerra se limitaba a los meses de verano; el nuevo ejército imperial, entrenado y endurecido por el emperador en persona y ahora en magníficas condiciones físicas, se mostró tan inmune a las nieves de enero como al sol de agosto. Muchas ciudades, incluida Berrea, fueron recapturadas. Algunas fueron guarnecidas; otras, menos afortunadas, fueron arrasadas.

1. San Demetrio fue, junto con San Teodoro Estratilates, San Teodoro de Tiro y San Jorge, uno de ese gran cuarteto (o posiblemente trío, ya que los dos Teodores pueden haber sido uno y el mismo) de santos guerreros que protegieron a los ejércitos bizantinos en la batalla.

2. Existe la teoría de que Focio pudo haber abandonado su monasterio y acompañado a Basilio a lo largo de su campaña de cuatro años, de forma similar a como San Atanasio había acompañado a Nicéforo Focas; pero en este punto –como en tantos otros– nuestras fuentes lamentablemente inadecuadas son mudas.

Sin embargo, no hubo avances espectaculares ni grandes victorias. La Puerta de Trajano le había enseñado a Basilio una lección que nunca olvidaría. Para él, el éxito dependía sobre todo de una organización impecable. El ejército debía actuar como un cuerpo único y perfectamente coordinado. Psellus nos cuenta que, al ver al enemigo, formaba sus tropas «como una torre sólida», estableciendo líneas de comunicación inquebrantables entre él y la caballería, la caballería y la infantería pesada, la infantería pesada y la ligera. Cuando comenzaba la batalla, prohibía absolutamente a cualquier soldado romper filas o avanzar independientemente al frente de la línea. Los actos heroicos de cualquier tipo no eran simplemente desalentados, sino castigados con el despido inmediato, o, en ocasiones, con algo peor. Sus hombres se quejaban abiertamente de las incesantes inspecciones de su jefe y de la atención que prestaba a cada detalle minucioso de sus armas y equipo; pero le dieron su confianza porque sabían que no dejaba nada al azar, que nunca emprendía una operación hasta estar seguro de la victoria y que valoraba sus vidas como la suya propia.

En tales circunstancias, el progreso podía ser seguro, pero también era innegablemente lento, y no sorprende que cuando el emperador fue llamado urgentemente a Siria a principios de 995,

había logrado relativamente poco. A pesar de las ciudades reconquistadas, la situación seguía siendo muy similar a la de quince años antes, con el zar búlgaro tan fuerte y decidido como siempre y la amenaza a Bizancio no había disminuido ni un ápice. Samuel también se había movido con cautela, adoptando la táctica tradicional búlgara de mantenerse en las montañas y evitar las batallas campales. Sabía que tenía una gran ventaja sobre su enemigo: estaba en su propio terreno. En una campaña prolongada, Basilio bien podría obtener la ventaja, pero tarde o temprano lo llamarían, muy posiblemente con una buena parte de su ejército, dejando el resto al mando de hombres menores; y llegaría el turno de Samuel. Mantendría su pólvora seca y jugaría a la espera.

Cuando tenía la posibilidad de elegir, Basilio prefería moverse con lentitud y cautela, pero también era capaz de actuar con una velocidad asombrosa cuando la ocasión lo exigía, como demostró durante su vertiginosa expedición a Siria en 995. La crisis había sido precipitada por los designios del califa fatimí egipcio Aziz sobre la ciudad de Alepo, protectorado bizantino desde los días de Nicéforo Focas. Ya en 994 su emir había apelado al emperador, que había enviado refuerzos a Antioquía con instrucciones al gobernador local, Miguel Bourtzes -el que había recuperado la ciudad para el Imperio en 969- para que interviniera; pero Bourtzes, por desgracia, ya no era el joven y apuesto general que había sido un cuarto de siglo antes y ciertamente no era rival para el comandante fatimí Manjutekin, quien el 15 de septiembre había destruido virtualmente su ejército en las orillas del Orontes.

El emir, desesperado, envió un segundo llamamiento, subrayando que Antioquía misma estaba ahora en grave peligro; y esta vez Basilio reconoció la emergencia como lo que era: una en la que no podía confiar en nadie más que en sí mismo. Volvió a la capital a toda prisa con tantas tropas como se atrevió, y reunió todas las reservas disponibles hasta que pudo alardear de un nuevo ejército de unos 40.000 hombres.[1] Sin embargo, quedaba el problema de llevarlos a Siria. Para una fuerza así, con todas las armas, armaduras y equipo, las 600 millas a través de Anatolia representarían una buena marcha de tres meses. Para cuando llegara, con toda probabilidad, tanto Antioquía como Alepo estarían perdidas. Cada día contaba. ¿Qué se podía hacer?

1. Una vez más, nuestras fuentes son miserablemente escasas y poco informativas. Los cronistas bizantinos no nos dicen prácticamente nada; nos quedan los judíos y los árabes, de los cuales Yahya (que da esta cifra) parece ser por lo general el más fiable.

La solución de Basilio, por sencilla que fuera, no parece tener precedentes en toda la historia bizantina. Montó a todo su ejército. Cada soldado llevaba dos mulas, una para montar y otra para su equipo, que también servía como reserva. Incluso así, algunos viajaban más rápido que otros, pero el Emperador, que iba a la cabeza de la columna, no podía esperar a los rezagados. Hacia finales de abril de 995, reunió a los primeros 17.000 de sus tropas bajo las murallas de Alepo. Habían tardado sólo dieciséis días, pero llegaron justo un día antes. La ciudad ya estaba bajo un duro asedio; una semana más y habría caído, junto con gran parte del norte de Siria, en manos fatimíes. Ahora estaba a salvo. Cogido desprevenido y superado en número sin remedio, Manjutekin huyó de vuelta a Damasco. Unos días después, el propio Emperador se dirigió al sur, saqueó Emesa y sembró un rastro de devastación hasta Trípoli. A su regreso, estableció una fuerte guarnición en Tortosa (Tartus) y, en lugar de Bourtzes (a quien puso bajo arresto domiciliario), nombró a un nuevo y más joven gobernador de Antioquía con instrucciones de enfatizar su supremacía en la región mediante demostraciones anuales de fuerza. Luego emprendió el regreso a su capital.

Incluso en su vertiginoso viaje de ida, Basilio tuvo tiempo de observar el paisaje por el que cabalgaba; sacó sus propias conclusiones, y durante su más pausado regreso sus primeras impresiones se confirmaron. Ésta era, hasta donde sabemos, su primera visita a Asia desde que había acompañado a su padrastro Nicéforo Focas a Cilicia siendo niño; y quedó asombrado por el tamaño y el esplendor de las propiedades construidas por los «poderosos» de Anatolia sobre lo que legalmente era propiedad imperial o, más probablemente, la de las comunas de las aldeas locales. Varios de ellos -incluido el anciano Eustacio Maleino, en cuyo territorio Bardas Focas había enarbolado el estandarte de la revuelta en 986- cometieron el error de intentar asegurarle su lealtad al recibirlo con un estilo que él mismo difícilmente podría haber igualado: exhibiciones desmesuradas de riqueza que, dado su propio odio a la ostentación vacía, invariablemente despertaron su furia. Fue un emperador sombrío y pensativo el que regresó ese otoño a Constantinopla.

El 1 de enero de 996 se promulgó bajo el sello del Emperador un edicto cuyo título mismo debió de causar horror en los corazones de aquellos nobles anatolios que tan recientemente habían tratado de impresionarlo: «Nueva Constitución», decía, «del piadoso Emperador Basilio el Joven, por la que se condenan a los hombres ricos que amasan su riqueza a expensas de los pobres», y continuaba haciendo

referencia específica a un decreto similar -aunque mucho menos estricto- de Romano Lecapeno en 955. En ese decreto Romano había estipulado un período de gracia de cuarenta años, durante el cual se podían presentar reclamaciones para la restitución de la propiedad injustamente expropiada; el problema, como bien sabía Basilio, era que cualquier terrateniente rico podía reprimir fácilmente tales reclamaciones, mediante soborno, chantaje o una combinación de los dos; y no dudó en nombrar a los culpables:

El patricio Constantino Maleino y su hijo, el magistrado Eustacio, han disfrutado durante cien años, quizá ciento veinte, de la posesión indisputada de bienes adquiridos ilegalmente. Lo mismo puede decirse de los Focas, quienes, de padre a hijo a lo largo de más de un siglo, también han logrado conservar propiedades sobre las que no tenían ningún título legal...

Basilio abolió por completo el período de cuarenta años, exigiendo que cualquier reclamación territorial, para ser válida, debía remontarse al menos al decreto de su bisabuelo Romano, sesenta y un años antes. Toda propiedad adquirida desde entonces debía ser restituida inmediatamente a su anterior propietario o a su familia, sin compensación ni pago por las mejoras realizadas. Incluso los cbrysobuls imperiales —incluidos los firmados con el nombre del propio Basilio— eran inadmisibles como defensa, mientras que cualquier escritura de concesión emitida entre 976 y 985 a nombre de Basilio el eunuco era automáticamente nula y sin valor a menos que fuera revalidada especialmente de mano del propio Emperador.

Los resultados fueron dramáticos y, para la aristocracia de Anatolia, calamitosos. Maleino no sólo fue expropiado, sino encarcelado de por vida. Los Focas perdieron casi una fracción de sus vastas propiedades. Algunas familias nobles quedaron literalmente reducidas a la mendicidad, otras al nivel de los campesinos que las rodeaban. Pero para esos campesinos y para los pequeños propietarios locales (la columna vertebral tradicional de los ejércitos imperiales durante cientos de años) el camino estaba abierto para regresar a las tierras de sus antepasados. Mientras tanto, vastas extensiones de tierra que antes pertenecían al Imperio volvieron a manos del mismo, mientras que el propio Emperador ganó inconmensurablemente en fuerza. Durante trece años se había visto obligado a defender su legítimo trono contra "los poderosos". Ahora su poder había desaparecido; y su venganza, podemos estar seguros, fue dulce.

Incluso después de la publicación de su fatídico edicto, el Emperador no regresó inmediatamente a Bulgaria. Era inevitable que

hubiera un serio descontento en Anatolia, y era importante que estuviera disponible en la capital, listo para resolver cualquier problema. Además, llevaba casi cinco años ausente de la cancillería imperial, donde se había acumulado una enorme cantidad de trabajo atrasado. El patriarcado, por poner un solo ejemplo, estaba vacante desde 991; el 12 de abril de 996 Basilio nombró a un erudito médico llamado Sisinio para el puesto. En cierto sentido fue una elección desafortunada, no tanto porque Sisinio fuera un laico, sino porque compartía con su amo la antipatía y la desconfianza hacia el Imperio occidental; y apenas había asumido su nuevo cargo cuando llegó a Constantinopla una embajada de la corte del joven Otón III. Al parecer, Otón quería una esposa bizantina, igual que su padre; y ahora estaba haciendo una petición formal para la mano en matrimonio de una de las tres sobrinas de Basilio: Eudocia, Zoe o Teodora (no le importaba mucho cuál), las hijas de su hermano Constantino.

A primera vista, la embajada de Otón fue sorprendente. Es cierto que su padre, Otón II, se había casado con la princesa griega Teófano[1], que había sido una excelente esposa para él y había hecho mucho por la difusión de la cultura bizantina en Occidente; pero, por desgracia, había considerado que el matrimonio era motivo para reclamar la «restitución», como parte de la dote de ella, de todas las tierras bizantinas en Italia, y la guerra había sido el resultado inevitable. Esto había continuado de forma intermitente hasta 981, cuando Otón II había marchado sobre Apulia, dirigiendo su ira en esta ocasión principalmente contra los ocupantes sarracenos; y Basilio -o, más probablemente, su tío abuelo, el parakoimomenos- había visto su oportunidad. Se había concertado rápidamente una alianza temporal con los sarracenos, que poco después hicieron pedazos el ejército de Otón cerca de Stilo, en Calabria. Por suerte para el emperador occidental, era un buen nadador: nadó hasta un barco que pasaba, se las arregló para ocultar su identidad y, más tarde, cuando el barco pasó por Rossano, saltó por la borda de nuevo y se dirigió hacia la orilla. Pero nunca se recuperó de la humillación y murió en Roma al año siguiente, a los veintiocho años.[2]

1. Véase pág. 220.

2. Fue el único emperador del Sacro Imperio Romano Germánico enterrado en San Pedro.

Su hijo con Teófano, Otón III, fue un niño extraordinario. Sucedió al trono imperial a la edad de tres años, y creció combinando las ambiciones tradicionales de su linaje con un misticismo romántico claramente heredado de su madre, soñando siempre con una gran

teocracia bizantina que abrazaría a alemanes y griegos, italianos y eslavos por igual, con Dios a la cabeza y él mismo y el Papa -en ese orden- sus virreyes gemelos. ¿Quién podría ser más adecuado que él -nacido como era de madre griega- para hacer realidad este sueño? ¿Y qué mejor base para esa realidad que otra alianza matrimonial entre los dos imperios? Otón eligió cuidadosamente a sus embajadores. Eran el obispo

Bernardo de Würzburg[1] y Juan Filagato, arzobispo de Piacenza, un griego de Calabria que, habiendo comenzado su vida como esclavo, se había convertido en amigo íntimo, protegido y finalmente capellán de Teófano, y había conservado el favor de su hijo después de su muerte.

1. No se trata del obispo -más tarde San Bernardo de Hildesheim-, como Schlumberger supone de forma bastante sorprendente.

Desgraciadamente, no tenemos ningún obispo de Cremona que nos dé cuenta de esta embajada, pero podemos suponer que fue recibida en Constantinopla con mucha más cordialidad que Liudprando. Basilio no hubiera pedido nada mejor que un matrimonio que, con un poco de suerte, preservaría la paz en el sur de Italia y le daría vía libre para proseguir su lucha contra los búlgaros, y se sabe que cuando Filagato regresó a Roma[2] llevó consigo embajadores bizantinos para negociar los detalles con Otón en persona. Si esos embajadores hubieran encontrado al Emperador en la ciudad, no hay duda de que todo se habría arreglado rápidamente: el matrimonio se habría celebrado y el futuro habría sido muy diferente, no sólo para los directamente interesados. Por desgracia, Otón se había ido algunas semanas antes, con consecuencias que serían desdichadas para él, profundamente desagradables para ellos y, para Juan Filagato, nada menos que catastróficas.

2. Menos, por desgracia, el obispo de Wurzburgo, que falleció durante el viaje. Es tan escasa la información que tenemos sobre este período que ni siquiera sabemos si su muerte se produjo durante el viaje de ida o de vuelta; sólo sabemos que fue enterrado en el monasterio de Politika, en la isla de Eubea.

A principios de aquel mismo año, 996, el emperador, con quince años, había cruzado el paso del Brennero cubierto de nieve y había entrado en Italia con todo el estado imperial, llevando delante de él la Santa Lanza que había atravesado el costado de Cristo[3] y marchando detrás de él un ejército considerable. En Pavía había oído hablar de la muerte del papa Juan XV; y en Rávena, a petición de los delegados de la nobleza romana que habían venido a saludarlo, había designado personalmente como sucesor de Juan a su propio primo Bruno de

Carintia, que entonces tenía veinticuatro años y que tomó el nombre de Gregorio V. El día de la Ascensión, el 21 de mayo, Gregorio coronó a Otón en San Pedro. Cuando partió hacia Alemania unas semanas más tarde, a todos les pareció que el poder imperial había vuelto a estar firmemente establecido en la Ciudad Eterna y que la cristiandad occidental estaba en mejores manos que en muchos años anteriores.

> 3. Otra lanza sagrada, con iguales pretensiones de autenticidad, se conservaba en Constantinopla desde el siglo VII y permaneció allí hasta 1492, cuando el sultán Beyazit II la regaló al papa Inocencio VIII. Otra más se descubrió en Antioquía durante la Primera Cruzada; es casi seguro que se trata de la que todavía se conserva en la catedral armenia de Echmiadzin. Podemos elegir.

El papa Gregorio, sin embargo, cometió un error desastroso. Revocó la sentencia de destierro que se había dictado contra el patricio Crescencio, cabeza de la familia más influyente de Roma, responsable de la elección de Juan XV y que, hasta poco antes de la llegada de Otón, había tenido la ciudad bajo su control; y Crescencio, haciendo caso omiso del juramento de fidelidad que se le había obligado a hacer, volvió de inmediato a sus antiguas costumbres. Una de sus primeras acciones al volver al poder fue apresar a los embajadores de Basilio (que aparentemente todavía estaban en Roma, recuperándose de su largo viaje por mar) y arrojarlos a la cárcel, más, al parecer, para fastidiar a Otón echando a perder sus planes de matrimonio que por cualquier otra razón. Gregorio, presa del pánico, envió un mensaje urgente a su primo, rogándole que volviera y restableciera la autoridad imperial-papista; Pero Otón se negó -con el argumento algo sorprendente de que no soportaba el clima- y el pobre Papa no tuvo otra alternativa que huir, a principios de 997, a Pavía, donde Crescencio nombró en su lugar a nadie menos que al arzobispo de Piacenza, Juan Filagato.

Resulta difícil comprender por qué uno de los servidores más fieles del emperador se había prestado a semejante villanía. Tras haber concluido con éxito las negociaciones preliminares para el matrimonio imperial, Filagato podía esperar con confianza un alto ascenso en el futuro cercano; haber traicionado a su señor uniéndose a un aventurero sin escrúpulos parece poco menos que una locura. Pero estaba consumido por la ambición, y la perspectiva inmediata del trono papal, incluso si lo ocupaba sólo como antipapa, parece haber sido más de lo que podía resistir. En mayo de 997 se instaló en el Palacio de Letrán con el nombre de Juan XVI.

Pronto tuvo motivos para lamentar su decisión. Ya excomulgado por su rival, pasó un verano miserable bajo una lluvia de insultos de todos los obispos de Italia, apenas capaz de mostrarse en las calles de

la ciudad, lidiando con las protestas tanto de Gregorio como de Otón con el simple recurso de arrojar también a sus embajadores a la cárcel. Luego, hacia finales de año, llegó la retribución. El emperador de Occidente —confiando, presumiblemente, en que el invierno romano resultaría menos duro para su constitución que el verano romano— marchó a la península por segunda vez, se unió al Papa en Pavía (donde celebraron juntos la Navidad) y luego, con una fuerza mixta de alemanes e italianos, avanzó sobre Roma. Dos años antes, había llegado pacíficamente, como amigo. Esta vez estaba enojado y despiadado. Mientras la confusión se extendía por la ciudad, Crescencio se encerró con una docena de fieles secuaces en el castillo de Sant'Angelo. Mientras tanto, Juan Filagato huyó de la ciudad y se refugió en una torre que se decía que era inexpugnable; Pero pocos días después fue localizado por un grupo de alemanes que rápidamente demostraron que no era nada de eso. Por orden del papa Gregorio -pero, nos aseguran, sin el conocimiento del emperador- fue hecho prisionero y horriblemente mutilado. Sus captores le cortaron las orejas, la nariz y las manos, le sacaron los ojos y le arrancaron la lengua; luego lo arrastraron de vuelta a Roma y lo arrojaron a una celda monástica a la espera de juicio.

En algún momento de la Cuaresma del año 998, lo que quedaba de Juan Filagato fue llevado ante el Papa y el Emperador, sentados uno al lado del otro. El compatriota de Juan, San Nilo, abad de Rossano en Calabria, suplicó fervientemente que ya había sufrido bastante; pero el Papa Gregorio pensó de otra manera. El desafortunado hombre fue ahora sentado de espaldas sobre una mula y exhibido por las calles de Roma entre burlas y silbidos; sólo entonces se le permitió retirarse a un retiro lejano -probablemente el monasterio alemán de Fulda, cerca de Frankfurt-am-Main- donde vivió, en cierto modo, hasta 1013.

En cuanto a Crescencio, resistió en el castillo de Sant'Angelo hasta el 29 de abril, cuando finalmente se vio obligado a rendirse. Su castigo fue comparativamente misericordioso: en el punto más alto del castillo, donde podía ser visto por toda Roma, fue decapitado públicamente. Su cuerpo fue arrojado al foso circundante, de donde fue recuperado más tarde y, junto con los doce de sus seguidores que habían corrido una suerte similar, colgado por los talones de una horca en Monte Mario.

Para Basilio II, que, aunque no podemos estar seguros, permaneció en Constantinopla durante todo este período, las noticias sobre el destino de Juan Filagato y los acontecimientos que lo

precedieron no podían haber sido más desagradables. No es que le hubiera conmovido ninguna descripción de los sufrimientos del arzobispo; no era ese tipo de hombre. Pero le habría convenido tener a un griego en el trono de San Pedro casi tanto como tener a una sobrina como Emperatriz de Occidente;[1] ahora lo primero estaba fuera de cuestión, e incluso lo segundo había tropezado con dificultades. Sus embajadores, que habían abandonado Constantinopla casi dos años antes, finalmente habían sido liberados de la prisión; pero aún no habían entrado en contacto con Otón, cuyas simpatías progriegas bien podrían haber sido, después del asunto Filagato, no exactamente las que eran.

1. Incluso se ha sugerido -por San Pedro Damián (el más poco caritativo de los cronistas) y por muchos otros después de él- que la elevación de Juan podría haberse debido menos a los poderes de persuasión de Crescencio que a los sacos de oro bizantino que había traído consigo desde Constantinopla.

Pero Basilio tenía otras preocupaciones más inmediatas, y la más importante de ellas era el hecho de que en los tres últimos años se había producido un alarmante aumento del poder del zar Samuel. En 996, aprovechando al máximo la ausencia del emperador en Oriente, Samuel había tendido una emboscada y asesinado al gobernador de Tesalónica y había hecho prisioneros tanto a su hijo como a su sucesor, Juan de Caldia. Después había invadido el indefenso Thema de Hellas, que había saqueado y saqueado hasta llegar al sur de Corinto. El año siguiente, hay que reconocerlo, había presenciado una derrota decisiva del ejército búlgaro -en las orillas del río Esperqueo, cerca de las Termópilas- a manos del mejor de la nueva generación de generales imperiales, Nicéforo Urano; el propio Samuel había tenido suerte de escapar con vida. Sin embargo, poco después, el zar había tomado el importante puerto adriático de Dirraquio (Durazzo, ahora Diirres en Albania) y había iniciado un largo y triunfal avance a través del interior dálmata hasta Bosnia. Si no lo detenían rápidamente, pronto sería demasiado tarde para detenerlo.

Las tierras bizantinas a lo largo de las orillas del Adriático siempre habían presentado un problema administrativo. En términos de distancia no estaban más lejos de Constantinopla que Siria, pero los caminos eran escarpados y rocosos y las poblaciones, incluso en tiempos de paz, tendían a ser mucho menos amistosas que las de Asia Menor. En las circunstancias actuales, Basilio habría tenido que luchar palmo a palmo. Había, según él, una única solución: la República de Venecia, con la que ya mantenía excelentes relaciones. Ya en 992 había firmado un tratado con Pietro Orseolo II -uno de los dux más brillantes de la historia veneciana- en virtud del cual se concedían a

Venecia generosos privilegios comerciales en Constantinopla a cambio de su consentimiento para transportar tropas imperiales en tiempo de guerra; ¿por qué la república no podía asumir ahora la responsabilidad de toda la costa dálmata, gobernarla como un protectorado bajo la soberanía bizantina?

Pietro Orseolo no pedía nada mejor. Se trataba de una nueva fuente prácticamente inagotable de cereales para la población de Venecia, que crecía rápidamente, y de madera para la construcción de barcos. Además, desde hacía algún tiempo los barcos mercantes venecianos habían sufrido mucho a manos de los piratas croatas; un acuerdo como el que se proponía ahora le permitiría actuar contra ellos con mucha más eficacia que antes. Su hijo Giovanni se apresuró a viajar a Constantinopla y el asunto se resolvió pronto. El día de la Ascensión del año 1000 d. C., Orseolo —recién nombrado Dux Dalmatiae— asistió a misa en la catedral de San Pietro di Castello y recibió del obispo de Olivolo un estandarte consagrado.[1] Luego subió a bordo de su buque insignia y zarpó a la cabeza de una enorme flota para recibir el homenaje de sus nuevos súbditos. El zar Samuel podía controlar el interior y las fortalezas de Bosnia, pero las ciudades de habla griega de la costa estaban a partir de entonces en buenas manos.

1. Hay motivos para creer que en ella apareció por primera vez el emblema veneciano del león alado de San Marcos, sosteniendo en su pata un libro abierto.

Mientras tanto, el emperador volvió a concentrarse en Bulgaria y empleó exactamente las mismas tácticas que antes: primero, estableció un campamento base inexpugnable, ahora Filipópolis (Plovdiv); luego, una lenta y metódica expansión hacia el norte, el oeste y el sur, consolidando cada conquista y guarneciendo cada ciudad capturada antes de avanzar hacia la siguiente. En 999, otra victoria fatimí en Siria provocó una repetición de la crisis de cinco años antes y lo obligó a regresar a Oriente, afortunadamente porque estaba en Tarso cuando, el domingo de Pascua del año 1000, fue asesinado el príncipe David del Alto Tao; así pudo trasladarse inmediatamente con el ejército para reclamar su nueva herencia. La gobernación de esta vasta región al norte del lago Van la confió al primo del muerto, Bagrat, rey de Abasgia, a quien también transfirió el título de curopalates de David, pero ya era finales de otoño cuando regresó al Bósforo. Unos meses después, pudo firmar una tregua de diez años con el califato fatimí. Ahora, por fin, con sus fronteras oriental y occidental debidamente protegidas, pudo concentrarse en Bulgaria; y en el verano de 1001 logró recuperar Berrea y expulsar a las guarniciones búlgaras de Tesalia antes de regresar a la capital, donde le aguardaban asuntos importantes.

El emperador Otón, lejos de renunciar a su idea de un matrimonio bizantino, había enviado una segunda embajada a Constantinopla con instrucciones no sólo de concluir los preparativos pendientes, sino de traerle de vuelta a su novia. Se trataba, por tanto, de una misión mucho más grande e impresionante que la anterior. A la cabeza de la misma estaba el arzobispo Arnulfo de Milán, el eclesiástico más rico y magnífico de Occidente, que apareció en palacio a lomos de un corcel magníficamente enjaezado cuyas herraduras eran de oro, aseguradas con clavos de plata. Aunque no hizo ningún intento de igualar a su invitado ni en esplendor indumentario ni en modales sociales (pues Arnulfo era famoso por su cultura, inteligencia y encanto), Basilio lo recibió con todos los honores, le pidió que se sentara a su lado y, pidiendo un intérprete, entabló con él una larga y sincera conversación.

Mientras tanto, todos los demás altos dignatarios de Oriente y Occidente permanecieron en pie. No puso ninguna dificultad: cuanto antes se celebrase el matrimonio, antes podría partir hacia Bulgaria, donde debía estar. De sus tres sobrinas, la mayor, Eudocia, quedó gravemente desfigurada por la viruela y destinada a pasar su vida en el claustro, mientras que se dice que la más joven, Teodora, tenía un aspecto casi igualmente desagradable; ella también, como veremos, nunca se casó. La hermana mediana, la princesa Zoe, era, sin embargo, una muchacha de veintitrés años, atractiva y eminentemente núbil, en todos los aspectos adecuada para el matrimonio. El arzobispo estaba encantado con ella y no tenía ninguna duda de que su señor imperial estaría igualmente entusiasmado; mientras que Zoe parece no haber mostrado ninguna de las reticencias que habían caracterizado la partida de su tía Ana a Kiev una docena de años antes. En enero de 1002, acompañada por Arnulfo y su séquito y un séquito apropiado para una porfirogenita y una emperatriz, zarpó hacia su nuevo hogar.

Por desgracia, no iba a ser así. Cuando su barco llegó a Bari, se encontró con una trágica noticia que la esperaba. Su prometido, aquejado de una fiebre repentina, había muerto el 24 de enero en el castillo de Paterno, cerca de Roma, a los veintidós años. Pobre Zoe: con su muerte había perdido mucho más que un marido; mucho más, incluso, que la corona imperial de Occidente. Si ella y Otto hubieran tenido un hijo, él podría haber heredado con el tiempo no sólo el Imperio Occidental sino -en ausencia de cualquier otro heredero varón- también el Oriental, uniendo los dos por primera vez y gobernando sobre un territorio que se extendía desde las fronteras de Francia hasta las de Persia; y toda la historia posterior del mundo podría haber cambiado. Ahora esos sueños se habían desvanecido.

Tristemente, se despidió del arzobispo y se embarcó de nuevo en el mismo barco en el que había llegado.

Es cierto que podemos sentir pena por Zoe, pero no por ello debemos sentirnos demasiado tristes por ella. El Imperio occidental pudo haberse escapado de sus manos, pero el oriental siguió siendo su herencia y, como veremos en el próximo capítulo, durante más de veinte años después de la muerte de su padre, ella disfrutó de todo el poder -y de todos los matrimonios- que hubiera podido desear.

El ánimo de la joven princesa no debió de sentirse muy animado cuando, en la primavera de 1004, se celebró en Constantinopla otro matrimonio dinástico con toda la pompa y pompa que ella hubiera podido esperar para el suyo. La novia en esta ocasión era una pariente lejana de los dos emperadores, una tal María Argyra; el novio era Giovanni, hijo del dux de Venecia Pietro Orseolo, a quien su duque había ascendido recientemente a compartir el trono ducal. La ceremonia tuvo lugar en la capilla imperial y fue oficiada por el propio patriarca; los dos emperadores Basilio y Constantino estuvieron presentes para coronar a la pareja nupcial a la manera oriental. Cuando terminaron los festejos, se puso a su disposición un magnífico palacio en el que permanecieron durante varios meses. El otoño ya estaba muy avanzado -y también el embarazo de María- cuando regresaron a Venecia.

Pero si Zoe envidiaba la felicidad de la pareja, no lo hizo por mucho tiempo. En 1006, después de una serie de cosechas desastrosas, el norte de Italia y Dalmacia fueron azotados por la hambruna; y tras la hambruna, como tan a menudo en la Edad Media, llegó la peste, que se llevó, entre muchos miles de víctimas más humildes, a Giovanni Orseolo, su esposa y su hijo pequeño. La muerte de la joven Dogaressa fue registrada, con satisfacción mal disimulada, por San Pedro Damián; vengativo como siempre, sin embargo, la atribuye a una causa bastante diferente:

Tal era el lujo de sus costumbres, que ni siquiera se lavaba con agua corriente, obligando a sus sirvientes a recoger el rocío que caía del cielo para bañarse. Ni siquiera se dignaba tocar la comida con los dedos, sino que mandaba a sus eunucos que la cortaran en trozos pequeños, que ella empalaba en un instrumento de oro con dos puntas y así se los llevaba a la boca. Sus habitaciones también estaban tan cargadas de incienso y diversos perfumes que me da náuseas hablar de ellos, y mis lectores no lo creerían fácilmente. Pero la vanidad de esta mujer era odiosa para Dios Todopoderoso, y por eso, sin lugar a dudas, Él se vengó. Porque levantó sobre ella la espada de su divina

justicia, de modo que todo su cuerpo se pudrió y todos sus miembros comenzaron a marchitarse, llenando su dormitorio de un olor insoportable, tal que nadie, ni una sirvienta, ni siquiera un esclavo, podría resistir este terrible ataque a las fosas nasales. A excepción de una criada que, con la ayuda de brebajes aromáticos, se quedó concienzudamente para cumplir sus órdenes. Y ella también sólo pudo acercarse a su señora apresuradamente y luego retirarse inmediatamente. Así, después de un lento declive y tormentos agonizantes, para alivio alegre de sus amigas, exhaló su último suspiro.

Casi inmediatamente después de la boda veneciana, Basilio regresó a Bulgaria, donde dedicó todas sus energías a la erradicación del zar Samuel y su imperio. A fuerza de una campaña casi continua entre 1000 y 1004, había recuperado prácticamente toda la mitad oriental de la península balcánica, desde Tesalónica hasta las Puertas de Hierro del Danubio; Samuel, que siempre había confiado en lo que hoy podríamos llamar tácticas de guerrilla, ahora se encontraba luchando contra un enemigo que podía moverse por terreno accidentado tan rápido como él, que nunca le dio la oportunidad de tenderle una emboscada o un ataque sorpresa y que parecía inmune al calor y al frío, al viento y al clima. A lo largo de la década siguiente, el emperador continuó avanzando, aunque nuestras fuentes -tal como son- nos dan exasperantemente pocos detalles. Sabemos, por ejemplo, que en 1005 Samuel fue traicionado por su suegro Juan Criselio, su hija Miroslava y su marido Ashot el Tarónita, quienes entregaron Dirraquio a Basilio a cambio de dinero y títulos; y que en 1009 el zar sufrió una derrota devastadora en un pueblo llamado Creta, cerca de Tesalónica. Pero eso es todo. Sólo en 1014 las nieblas se disipan lo suficiente como para permitirnos vislumbrar una batalla que, aunque de ninguna manera marcó el final de la guerra, ciertamente puso su resultado final más allá de toda duda razonable.

Se libró en el estrecho desfiladero de Cimbalongus o Clidion, que conducía desde Serrae (Seres) al valle del Alto Struma. Quince años antes, Samuel probablemente habría preparado una emboscada; pero en ese momento, como bien sabía, cualquier plan de ese tipo estaba condenado al fracaso. En lugar de ello, decidió ocuparlo con sus propias tropas, bloqueando el paso de Basilio y obligándolo a emprender un largo y peligroso rodeo. Así, cuando el Emperador llegó con su ejército, encontró la entrada al desfiladero cerrada por hileras y más hileras de empalizadas de madera. Todavía se preguntaba cómo proceder cuando uno de sus generales, el estratega de Filipópolis Nicéforo Xiphias, sugirió dirigir un destacamento en secreto por la

ladera boscosa, a lo largo de la cresta y de nuevo hacia abajo para atacar a los búlgaros por la retaguardia. Al principio, Basilio se mostró escéptico (el plan tenía un toque de riesgo y osadía, dos cualidades de las que siempre había desconfiado), pero finalmente, al no ver otra salida a la dificultad, aceptó de mala gana.

Xiphias salió del campamento imperial con un pequeño grupo de hombres cuidadosamente escogidos, se abrió paso a través del bosque y finalmente apareció en el otro extremo del desfiladero, detrás del ejército de Samuel; y el 29 de julio atacó, mientras el Emperador lanzaba simultáneamente un decidido asalto a las empalizadas. Los búlgaros, tomados completamente por sorpresa e incapaces de defender ambos extremos del paso a la vez, entraron en pánico y huyeron. Muchos fueron abatidos mientras corrían, muchos más fueron capturados: entre 14.000 y 15.000, si se cree en nuestras fuentes.[1] El propio zar habría estado entre ellos de no ser por el heroísmo de su hijo, que de alguna manera lo montó de nuevo y lo llevó de regreso a la fortaleza de Prilapon (la moderna Prilep). Los dos tuvieron especial suerte, porque Basilio estaba de humor vengativo: fue entonces cuando impartió el castigo por el que -más que por cualquiera de sus conquistas o de su legislación- es principalmente recordado, y que Gibbon describe al comienzo de este capítulo.

1. Cecaumeno, escribiendo unos sesenta años después del acontecimiento, da una cifra de 14.000; Cedreno, 15.000.

A principios de octubre, la terrible procesión entró en el castillo del zar en Prespa. Samuel ya estaba enfermo, destrozado por las desgracias de su nación y el fracaso de sus esperanzas; y al ver su ejército, antaño espléndido, en su lamentable estado, se desplomó en un ataque de apoplejía. Un trago de agua fría lo reanimó por unos momentos; pero pronto cayó en coma y murió dos días después. La mayoría de los que lloraron su muerte sabían perfectamente que también lloraban la de su imperio; y, sin embargo, con todo el coraje de su desesperación, los búlgaros siguieron luchando, primero bajo su hijo Gabriel Radomir y luego, después del asesinato de este último en 1016, bajo su asesino (que también era su primo), Juan Vladislav. Sólo cuando Juan, a su vez, fue asesinado mientras asediaba Dyrrachium en febrero de 1018, se rindieron. Poco después, Basilio hizo su entrada formal en su capital, Ochrid. A las puertas de la ciudad lo recibió la viuda de Juan, María, y todos los miembros de su familia que había podido reunir: tres hijos[1] y seis hijas, junto con dos hijas de Gabriel Radomir y cinco de sus hijos, uno de los cuales había quedado ciego. Había incluso un hijo bastardo de Samuel. Basilio los recibió con amabilidad y cortesía y tomó a los dieciocho bajo su

protección.

1. Su hijo mayor, Prusiano, y otros dos de sus hermanos habían huido a las montañas, donde estaban decididos a continuar la lucha; pero no pasó mucho tiempo antes de que ellos también se rindieran.

Tenía veintiocho años cuando tomó las armas por primera vez contra el Imperio búlgaro; ahora tenía sesenta. Su aniquilación le había llevado la mayor parte de su vida activa, pero ahora por fin la tarea estaba triunfalmente cumplida. Por primera vez desde la llegada de los eslavos, toda la península de los Balcanes estaba bajo control bizantino. Todo lo que tenía que hacer ahora era mostrarse en tantas ciudades como fuera posible, recibir homenaje, exigir juramentos de fidelidad y establecerse en las mentes de las poblaciones como su señor supremo. De Ochrid pasó con sus protegidos reales a Prespa, donde uno de los más valientes de los generales búlgaros, Ivatsia, quedó ciego cuando se negó a someterse; de allí a Castoria, donde dos hijas del zar Samuel fueron llevadas ante él y, de repente, al ver a la zarina María, se les impidió con dificultad que la descuartizaran miembro a miembro; de allí a las Termópilas, donde contempló los huesos blanqueados de los «miles de soldados búlgaros masacrados» por Nicéforo Urano veintitrés años antes y, con mayor interés todavía, las poderosas fortificaciones construidas por otro de sus comandantes, Roupen el armenio, para proteger el paso contra futuros ataques; de allí finalmente a Atenas, donde subió a la Acrópolis para asistir a un servicio de acción de gracias en la Iglesia de la Theotokos, la Madre de Dios, originalmente dedicada a una diosa muy diferente y conocida por nosotros como el Partenón.

En la guerra, Basilio II, llamado *Bulgaroctonus*, el Matador de Búlgaros, había sido despiadado y brutal; con la llegada de la paz, demostró ser moderado y comprensivo. Los búlgaros ya no eran sus enemigos; eran sus súbditos, y como tales merecían toda consideración. Los impuestos se mantuvieron deliberadamente bajos y no se pagaban en oro como en el resto del Imperio, sino en especie. El Patriarcado de Ochrid fue degradado a la categoría de arzobispado, pero no subordinado a la sede de Constantinopla: la Iglesia búlgara, por tanto, continuó siendo autocéfala en todos los aspectos, salvo en uno: el nombramiento del arzobispo quedó en manos del Emperador. La mayor parte del territorio conquistado se dividió en dos grandes Themas, Bulgaria y Paristrium, siendo este último esencialmente la antigua provincia del Danubio al norte. Sin embargo, ciertas áreas en el oeste (notablemente Croacia, Dioclea, Rascia y Bosnia) continuaron siendo gobernadas por sus propios príncipes nativos bajo soberanía imperial. En cuanto a los búlgaros, la gran mayoría acogió con agrado

la paz y no causó problemas (salvo en dos ocasiones posteriores en las que protestaron, muy comprensiblemente, contra los gobernadores imperiales corruptos); la aristocracia, por su parte, se integró en la jerarquía social y oficial bizantina, y varios de ellos obtuvieron altos cargos. Así, Prusiano, el hijo mayor de Juan Vladislav, recibió el rango de magister y posteriormente se convirtió en estratega del importante Thema brucelario, que abarcaba aproximadamente la zona entre Nicea y Ancira. Su hermano Aarón sería más tarde catapán (gobernador militar) de Vaspurakan y, como veremos, cuñado del emperador Isaac Comneno.

Así pues, el problema búlgaro quedó resuelto, pero el trabajo del emperador no había terminado todavía. El curopalate oriental, el rey Bagrat de Abasgia, había muerto en 1014, tras lo cual su hijo Jorge había renunciado inmediatamente al acuerdo de catorce años antes, invadiendo y ocupando Tao y Fasiana. Basilio había enviado una flota al otro extremo del mar Negro en un intento de contener los daños, pero ahora era su primera oportunidad de tratar de manera eficaz y concluyente con el príncipe rebelde. En 1021 emprendió su tercera y última expedición asiática; al año siguiente, Jorge se rindió, dejando a su hijo de tres años en manos del emperador como rehén por su buena conducta.[1] En ese momento, Basilio podría haber dado marcha atrás fácilmente; en cambio, aprovechó la oportunidad para mejorar su posición a lo largo de su siempre problemática frontera oriental. Mediante una astuta diplomacia y sin ninguna amenaza o sugerencia de agresión militar, anexó la región de Vaspurakan; Con la misma paz, persuadió a Juan Smbat, el rey armenio de Ani, para que legara su reino al Imperio tras su muerte. Cuando regresó a la capital en 1023, había establecido nada menos que ocho nuevos temas, que se extendían en un enorme arco desde el de Antioquía en el extremo sur y luego hacia el noreste con los de Teluch, "las ciudades del Éufrates" (que más tarde se conocerían como el tema de Edesa), Melitene, Taron, Vaspurakan, Iberia y Teodosiópolis. Él mismo reinaba ahora de manera suprema desde el Adriático hasta Azerbaiyán.

1. El principito fue devuelto tres años después, y justo a tiempo. Uno o dos días después de haber sido entregado sano y salvo a sus padres, Constantino VIII, que acababa de convertirse en gobernante único, hizo un esfuerzo decidido para que lo trajeran de vuelta a Constantinopla. Afortunadamente, el intento fracasó; menos de dos años después, cuando Jorge murió a la edad de treinta años, accedió al trono con el nombre de Bagrat IV y reinó sobre casi toda Georgia durante casi medio siglo.

Tenía sólo sesenta y cinco años: una buena edad para los estándares medievales. Casi la mitad de su vida la había pasado en campaña. La mayoría de los demás hombres de su edad y logros

habrían estado más que dispuestos a deponer las espadas y vivir el resto de sus días en paz y tranquilidad. Pero Basilio no era como los demás hombres: sus energías no habían disminuido, y los informes que encontró esperándolo en Constantinopla inmediatamente sugirieron un nuevo canal hacia el cual dirigirlas. Estos informes vinieron del catapán imperial del sur de Italia, Basilio Boioannes. La situación política en esa región se había complicado enormemente desde 1017 por la llegada de un gran número de jóvenes aventureros y piratas normandos, que habían entrado en la península en busca de fama y fortuna y se habían aliado voluntariamente con los separatistas lombardos locales en los esfuerzos de estos últimos por liberar toda Apulia y Calabria del dominio bizantino. Durante un año habían tenido un éxito considerable; Pero en octubre de 1019, en Cannas, sobre el río Ofanto —donde en 216 a. C. los cartagineses bajo el mando de Aníbal habían destruido el ejército de la Roma republicana — Boioannes había obtenido una victoria similar (aunque menor) sobre una fuerza mixta de lombardos y normandos. Tres años después había bloqueado una enorme expedición militar dirigida por el emperador de Occidente.

Enrique II en persona y la obligó a retroceder a través de los Alpes. Ahora, sin duda, era el momento de volver a atacar mientras el hierro todavía estaba caliente, consolidando las ganancias pasadas, restableciendo las fronteras tradicionales y limpiando el territorio bizantino de una vez por todas de advenedizos extranjeros.

En el sur de Italia, gracias a Boioannes, la tarea ya estaba hecha a medias; quedaba, sin embargo, el problema de Sicilia, que, reconquistada para el Imperio por Belisario en 535, había sido invadida por los árabes tres siglos después[1] y hacía tiempo que formaba parte del mundo musulmán. Ahora, por fin, se podía rectificar esta situación insatisfactoria. Se preparó un nuevo gran ejército y se ordenó a Boioannes que trazara un plan integral para la invasión de la isla en 1026. Sin embargo, pasarían otros doce años antes de que se produjera la invasión; y cuando lo hizo, ni el Emperador ni su espléndido catapán estaban allí para dirigirla. Diez días antes de la Navidad de 1025, a la hora novena del día, Basilio II murió en el Gran Palacio de Constantinopla, a la edad de sesenta y siete años.

1. Véanse las páginas 37-8.

Había sido un fenómeno, quizá el más asombroso de toda la historia bizantina. Por razones que deberían haber quedado claras en el capítulo anterior, había llegado tarde a la madurez, pero una vez

que había encontrado su toque, éste nunca lo abandonó. Aunque despreciaba los adornos externos del poder (a los que casi todos los emperadores antes y después de él daban tanta importancia), dominaba y dirigía sin esfuerzo, gracias únicamente al impacto de su personalidad, todas las ramas de la administración de la Iglesia y del Estado. Nombró y destituyó patriarcas, formuló leyes que revolucionaron toda la estructura social de Anatolia, convocó una y otra vez a príncipes extranjeros para que cumplieran sus órdenes y, gracias a la forma en que combinaba de forma única la visión estratégica de un comandante en jefe con la meticulosa atención a los detalles de un sargento de instrucción, demostró ser uno de los generales más brillantes que el Imperio había visto jamás.

Esta última cualidad es tanto más sorprendente cuanto que, aparte de lo que inevitablemente debe rodear a la figura de un emperador, carecía por completo de glamour. A lo largo de la historia, casi todos los líderes destacados en el campo de batalla tenían algo de carismático, una chispa indefinible que encendía la imaginación de sus hombres y los persuadía a seguirlo en la batalla no sólo de buena gana, sino con energía y entusiasmo. De esto, hasta donde podemos juzgar, Basilio apenas poseía rastros. Sus campañas no generaban truenos ni relámpagos. Bajo su mando, el ejército imperial era más bien como un torrente de lava volcánica que avanzaba lenta pero inexorablemente, tan inmune a la resistencia frontal directa como a los ataques por los costados o por la retaguardia. Después de su humillación juvenil en la Puerta de Trajano —que nunca olvidó y por la que toda la guerra búlgara fue, en cierto sentido, un acto de venganza— corrió pocos riesgos y sufrió pocas bajas. Pero, aunque sus tropas confiaban en él, nunca lo amaron.

Nadie, con la posible excepción de su madre, lo hizo jamás. El amor como emoción parece no haberlo tocado nunca, ni como amante ni como amado. De hecho, no hay pruebas de que alguien lo quisiera mucho. Los cronistas no mencionan a nadie cercano. Ningún hombre más solitario ocupó jamás el trono bizantino, ni ningún otro, en realidad. Y no es de extrañar: Basilio era feo, sucio, grosero, zafio, totalmente filisteo y casi patológicamente mezquino. Era, en resumen, profundamente antibizantino. Y uno sospecha que él habría admitido todas estas cosas sin problemas. No le preocupaban las gracias sociales, ni siquiera le interesaba la felicidad personal, la risa y el amor de los amigos. Sólo le importaba la grandeza y la prosperidad de su Imperio. No es extraño que en sus manos alcanzara su apogeo.

En un solo aspecto fracasó, pero fue un fracaso tan calamitoso

que superó gran parte de su éxito y echó por tierra gran parte de sus logros. No dejó hijos ni nadie que continuara su obra después de su muerte. Sabía mejor que nadie la desesperanzadora incompetencia de su hermano Constantino, que a sus sesenta y tantos años seguía siendo tan frívolo y amante de los placeres como lo había sido medio siglo antes. Su propia actitud hacia las mujeres -si las odiaba, las despreciaba o (como es muy probable) las temía- sigue siendo un misterio; y sin embargo, uno se pregunta, con toda esa disciplina de hierro que tenía, ¿no podría de alguna manera obligarse a tomar una esposa y engendrar un hijo o dos, por el bien del Imperio? Si lo hubiera hecho, podría haber seguido prosperando, podría haberse extendido aún más por Europa y Asia, podría haber alcanzado cotas aún mayores de influencia y poder. Al morir como lo hizo sin descendencia, prácticamente aseguró su decadencia.

Murió el 15 de diciembre. El 16 ya había comenzado ese declive.

16
El declive comienza

[1025-41]

Ninguno de los emperadores de mi época (y lo digo por la experiencia de muchos de ellos en mi vida, pues la mayoría duraron sólo un año), ninguno de ellos, que yo sepa, llevó el peso del Imperio completamente libre de culpa hasta el final.

Michael Psellus, Cronografía, IV, 11

Constantino VIII, viudo de sesenta y cinco años que se había convertido en el único emperador de Bizancio, era tan diferente de su hermano como es posible serlo. Físicamente, era magnífico: alto y bien proporcionado, mientras que Basilio había sido bajo y fornido, y con una gracia natural de movimientos y modales. Era un jinete magnífico, le apasionaban las carreras y el circo, y habitualmente entrenaba a sus propios caballos; en su juventud también había sido un competidor activo en pruebas atléticas (carreras, lucha, lanzamiento de jabalina y similares), que hacía tiempo que habían pasado de moda, pero que él volvió a hacer populares. En el momento de su sucesión, no hace falta decirlo, sus días atléticos habían terminado; años de excesos habían destrozado su constitución y habían provocado gota crónica, tan grave que en sus últimos años apenas podía poner un pie en el suelo; pero siguió siendo hasta el final una figura impresionante. Al igual que su hermano, había recibido poca educación formal; Sin embargo, una viva curiosidad intelectual le había proporcionado un mínimo de cultura —«suficiente para un niño», dice Psellus— que le permitió defenderse con los embajadores extranjeros. Aquellos a quienes recibía en audiencia por primera vez comentaban con frecuencia su notable elocuencia, cuyo efecto se acrecentaba aún más gracias a su hermosa voz. De hecho, las palabras le salían con tanta facilidad que sus secretarios se vieron obligados a desarrollar una taquigrafía propia para seguir el ritmo de su dictado.

Con todas estas ventajas, debería —y podría— haber sido un emperador perfectamente adecuado. ¿Por qué entonces su reinado de menos de tres años fue un desastre absoluto? Sobre todo, porque

carecía de cualquier atisbo de fibra moral. Estaba aterrorizado de su propio poder y, como se sabía incapaz de manejarlo, reaccionaba a cada desafío con una crueldad insensata. Creía todos los rumores y, falto de coraje para los juicios o los enfrentamientos, ordenó la ejecución o la mutilación de cientos de hombres inocentes. La ceguera era su castigo favorito. «Tenía una verdadera predilección por esta forma de tortura», escribe Zonaras, «ya que paraliza al que la sufre y lo deja impotente sin privarlo de la vida...». La sentencia era conocida en Constantinopla, con trágica ironía, como «la clemencia divina del Emperador». Su tendencia a entregarse más tarde a una orgía de remordimientos, abrazando entre lágrimas a sus víctimas ciegas e implorando su perdón, hizo poco por aumentar su popularidad.

De un hombre tan dedicado a la búsqueda del placer —«cuando sostenía los dados en la mano», nos dice Psellus, «los asuntos del mundo, por importantes que fuesen, quedaban en suspenso»— se podía esperar que considerase cuidadosamente la elección de sus ministros y consejeros más cercanos, a quienes podía confiar con seguridad los tediosos asuntos del gobierno. Si Constantino hizo algo por el estilo, eso dice poco de él como juez de hombres. Los puestos importantísimos de *parakoimomenos* y doméstico de las escuelas —o comandante en jefe— en Oriente fueron otorgados a su ayuda de cámara principal, el eunuco Nicolás; otro eunuco, Simeón —hasta entonces un funcionario de palacio muy secundario— fue nombrado jefe de policía en Constantinopla; y un tercero, Eustacio, fue elevado de deberes igualmente humildes al de Gran Heterarca, responsable de todos los mercenarios extranjeros o bárbaros de la Guardia Imperial; Mientras que un cuarto, un conocido rufián llamado Spondylus, se convirtió en duque de Antioquía, castellano de la fortaleza más grande y estratégica del Imperio y principal protector de la recién conquistada frontera sur contra las hordas sarracenas.

Sólo una clase de bizantinos acogió con agrado la debilidad del nuevo régimen: la aristocracia de Anatolia. Su primera reacción fue dar un golpe de Estado, barrer a Constantino y reemplazarlo por un emperador propio, pero intentaron neciamente actuar de forma independiente en lugar de al unísono, y como la mayor parte del ejército de Basilio permaneció leal a su hermano, sus intentos no dieron resultado. En realidad, poco importó: el emperador fue incapaz de resistir sus demandas y en cuestión de meses las detestadas leyes agrarias quedaron enterradas. Una vez más, "los poderosos" descendieron sobre sus antiguas propiedades, acaparando cada acre disponible mientras los pobres pequeños terratenientes campesinos se vieron obligados a sobrevivir como mejor pudieran; su aflicción

aumentó aún más con una década de sequías y plagas de langostas que redujeron a muchos a una hambruna literal. Una vez más, como en el siglo VI, Asia Menor se convirtió en un país de latifundios: vastas propiedades que en la mayoría de los casos pertenecían a terratenientes absentistas y eran trabajadas por siervos.

Mientras tanto, Constantino VIII siguió con su vida habitual: cazando, festejando, jugando, divirtiéndose con sus compinches, retozando con sus concubinas, viendo espectáculos obscenos en su teatro privado, experimentando con salsas cada vez más elaboradas (pues era un gourmet apasionado con la digestión de un avestruz) y evitando siempre que podía los asuntos de Estado. Pero una vida así no podía durar eternamente, y el 9 de noviembre de 1028 cayó mortalmente enfermo. Entonces, y sólo entonces, se planteó la cuestión que desde hacía tiempo debía de preocupar a todos los demás ciudadanos de Constantinopla: ¿quién iba a sucederle? Como vimos en el capítulo anterior, no tenía hijos varones. De sus tres hijas, la mayor hacía tiempo que se había consagrado a la vida religiosa. La segunda, Zoe, había estado a punto de casarse con Otón III, pero al llegar a Italia descubrió que él ya había muerto; Pero eso había sucedido hacía veintiséis años, y desde entonces había vivido una triste existencia en el gineceo imperial, en compañía de su hermana menor, Teodora —mucho más inteligente, pero de apariencia menos atractiva—, a quien detestaba cordialmente.

Teodora, que apenas tenía cuarenta y cinco años, se había vuelto claramente solterona; pero Zoe, aunque se acercaba a los cincuenta y había pasado la edad de tener hijos, todavía soñaba voluptuosamente con el matrimonio que nunca había tenido y anhelaba apasionadamente la liberación de su prisión de palacio.[1] Se consolaba con el conocimiento de que esa liberación llegaría tarde o temprano; porque era la heredera de su padre, y era a través de ella que la diadema imperial pasaría a su marido. Había sólo una pregunta: ¿quién sería? Las discusiones febriles junto al lecho del moribundo Emperador plantearon primero la posibilidad del patricio Constantino Dalassenus, miembro de una de las pocas familias de "los poderosos" que nunca habían vacilado en su lealtad a la casa macedonia, y se envió un mensajero para llamarlo urgentemente a Constantinopla; Pero cuando la burocracia civil de la capital se enteró de lo sucedido, se desató una oleada de protestas y el emperador, temeroso incluso en su lecho de muerte, cedió de inmediato. Otro mensajero siguió al primero con instrucciones de interceptar a Dalassenus y decirle que no siguiera adelante. Mientras tanto, la burocracia propuso su propio candidato: un senador sexagenario llamado Romanus Argyrus.

1. Es posible que su ánimo se haya elevado cuando, a principios de ese mismo año, llegó una embajada del Imperio de Occidente con otra propuesta de matrimonio imperial; pero es casi seguro que se hundió de nuevo cuando se descubrió que el pretendiente -Enrique, hijo del emperador Conrado II- tenía sólo diez años. La idea, no hace falta decirlo, quedó en nada.

Romano procedía de una antigua familia aristocrática de Constantinopla. Pariente lejano del Emperador[1] (y hermano de la desventurada María, que veinticuatro años antes se había casado con el joven Giovanni Orseolo), era patricio, juez supremo de uno de los principales tribunales, administrador (*economos*) de Santa Sofía y, finalmente, prefecto imperial de la ciudad, cargo que equivalía aproximadamente al de alcalde. Por todas estas razones parecía admirablemente apto para el trono. Resulta que ya estaba felizmente casado, pero Constantino ya había tomado una decisión y, de todos modos, no había tiempo que perder. El senador y su esposa fueron arrestados; luego fueron llevados ante el Emperador y se les dio una elección sencilla: o se divorciaban inmediatamente y Romano se casaba con Zoe, en cuyo caso recibiría el rango de César y, a su debido tiempo, el de basileo; o le sacarían los ojos.

1. De hecho, eran primos terceros, pues sus bisabuelos tenían hijas casadas de Romano Lecapeno.

Psellus sugiere que todo esto no era más que una farsa y que, si Romano hubiera tenido el coraje de ponerlo en evidencia, él y su esposa podrían haber vivido el resto de sus vidas juntos sin sufrir daño. Parece improbable. En los últimos tres años, Constantino había demostrado ser perfectamente capaz de mayores brutalidades que ésta; mientras tanto, la cuestión del matrimonio de Zoe[2] -y, con él, la sucesión- era de una urgencia desesperada y no podía posponerse por más tiempo. En cualquier caso, seguramente se puede perdonar a la vieja pareja por no correr el riesgo. Él, que amaba a su esposa tanto como la amaba, estaba agonizante; pero ella no dudó. Con lágrimas en los ojos, se cortó todo el cabello y se declaró dispuesta, por él, a ingresar en un convento, lo que hizo de inmediato. Al día siguiente -era el 10 de noviembre- Romano, con cierta renuencia, se casó con Zoe2 en la capilla imperial del palacio; el día 11, estuvo junto al lecho de su suegro mientras exhalaba su último suspiro; y el día 12 se encontró con Romano III, sentado junto a su radiante esposa en el trono imperial.

2. Zonaras afirma que Constantino había tenido la intención original de casar a Argiro con su hija menor, Teodora, sobre la base de que ella era más inteligente y que, al ser unos años más joven, podría posiblemente tener un hijo; pero, continúa, Teodora se negó categóricamente sobre la base de su relación de sangre. Zoe, por otro lado, parece haber sido casi vergonzosamente entusiasta.

Antes de continuar con la historia, puede ser una buena idea detenernos un momento para presentar al mayor erudito de su época, autor de las memorias bizantinas más valiosas -y con diferencia las más entretenidas- desde las de Procopio, 500 años antes. El nombre de Miguel Psellus ha aparecido ya más de una vez en estas páginas, pero sólo como relator de lo que ha oído, nunca de lo que ha visto: a partir de ahora su Cbronographia -que todavía abarca casi medio siglo- puede considerarse un relato de testigo ocular. Como él mismo lo expresa al comienzo de su capítulo sobre Romano III:

De ahora en adelante, esta historia será más exacta que antes, porque el emperador Basilio murió cuando yo era un niño, mientras que Constantino terminó su reinado justo después de que yo hubiera comenzado mis estudios elementales. Por lo tanto, nunca fui admitido en su presencia, ni los oí hablar. Si los vi, no lo puedo decir, porque era demasiado joven para recordarlo en ese momento. Por otro lado, vi a Romano con mis propios ojos y, en una ocasión, hablé con él.

Psellus nació en 1018 en el seno de una respetable familia de clase media de Constantinopla. Su ascenso social se debió probablemente en gran medida a Juan Mauropoo, futuro arzobispo de Euchaita, que trabajaba entonces como tutor privado en la capital y bajo cuyo techo pudo conocer, como compañeros de estudios, a varios jóvenes ricos e influyentes, entre ellos su íntimo amigo Juan Xifilino (que un día se convertiría en patriarca) y Constantino Ducas, más conocido como el emperador Constantino X. Pronto entró al servicio imperial, donde su rápida inteligencia y profunda erudición, siempre muy apreciada en Bizancio, le valieron un rápido ascenso. Así, escribe sobre acontecimientos que no sólo vivió, sino que a menudo él mismo ayudó a moldear y controlar. Aunque sus últimos capítulos son descaradamente tendenciosos (fueron encargados por su amigo Ducas, que reinaba entonces en Constantinopla), pocos escritores medievales pueden presumir de su ojo para los detalles; menos aún tienen el don de dar vida a un personaje en unas pocas líneas; Y nadie ha producido una imagen más brillante y evocadora del mundo en el que vivió. De Romanus Argyrus escribe:

Este hombre, educado en la literatura griega, conocía también las obras literarias de los italianos. Tenía un lenguaje elegante y una expresión majestuosa. Era un hombre de estatura heroica, con todo el aspecto de un emperador. Su idea de su propio saber era muy exagerada, pero, deseando modelar su reinado según el de los grandes Antoninos del pasado..., prestó especial atención a dos cosas: el estudio de las letras y la ciencia de la guerra. De esta última era

completamente ignorante, y en cuanto a la literatura, sus conocimientos distaban mucho de ser profundos... Esta confianza en su propio saber, este esfuerzo por ir más allá de sus propios límites intelectuales, le llevó a cometer errores a gran escala.

En resumen, el pecado más grave de Romano, en marcado contraste con su predecesor, fue el exceso de confianza. No era ni mucho menos estúpido y había sido un magistrado admirable, pero el poder imperial se le subió a la cabeza y parece haberlo convencido de que, ahora que era emperador, podía igualar a cualquiera de los grandes emperadores del pasado en sus propios campos. Si Marco Aurelio era filósofo, él también lo era: pasaban días enteros discutiendo abstrusos problemas de teología y metafísica, pero como no tenía una base adecuada en silogismos o argumentos dialécticos, no servía para nada ni llegaba a ninguna conclusión. Si Augusto o Constantino podían fundar una dinastía, entonces, a pesar de la avanzada edad de su esposa, él debía hacer lo mismo. Para aumentar sus posibilidades, se convirtió en presa fácil de todos los charlatanes de Constantinopla, tragando sus panaceas y afrodisíacos, frotándose con sus ungüentos y realizando ejercicios extraordinarios que, según le prometieron, le devolverían el vigor de su juventud. Mientras tanto, Zoe hizo lo mismo, se cubrió de cadenas y amuletos, se atiborró de amuletos y se dejó engañar por las tonterías más ridículas en su determinación de, de algún modo, concebir, aunque nadie, con las posibles excepciones de ella y su marido, se sorprendió cuando no lo logró.

Cuando el emperador optó por el papel de filósofo o de dinasta, no se produjo un gran daño; la cosa fue muy distinta cuando intentó demostrar que era un estratega, como se vio en 1030, cuando decidió dar una lección al rebelde emir de Alepo. Sus generales le advirtieron que no lo hiciera; sin embargo, a su llegada a Antioquía, encontró embajadores del emir que le recordaban el tratado de paz vigente y le ofrecían reparaciones por cualquier daño que se hubiera podido causar. Pero Romano, que ya había encargado la corona que pensaba lucir en su procesión triunfal, se negó a escuchar. En lugar de eso, partió hacia Alepo a la cabeza de su ejército. Él y sus hombres ya estaban en Siria y estaban a punto de entrar en un estrecho paso, cuando oyeron el grito de guerra sarraceno; y allí, de repente, los hombres del emir galoparon hacia ellos desde ambos lados, con sus cimitarras brillando al sol. Nicéforo Focas o Juan Tzimisces, si se hubieran dejado emboscar de esa manera, habrían luchado en el mismo lugar donde se encontraban; Romano Argiro huyó, con sus tropas con él. De hecho, si uno de sus ayudantes no lo hubiera

ayudado rápidamente a montar a caballo, casi con toda seguridad habría sido hecho prisionero. Fue peor que un desastre; fue una desgracia. El enemigo, nos dice Psellus, observó la huida con absoluto asombro, como bien podía ser. Cuando murió Basilio, el ejército imperial había sido la mejor máquina de combate del mundo civilizado; ahora, después de sólo cinco años de mala administración y abandono, estaba en camino de convertirse en el hazmerreír de Oriente.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Un poco al norte de Antioquía se encontraba un pequeño y relativamente poco importante thema, conocido por el nombre de su ciudad principal, Teluch, y gobernado por un joven estratega de tamaño colosal y habilidad excepcional llamado George Maniakes. Algunos días después, un cuerpo de unos 800 jinetes sarracenos, cargados con el botín del campamento imperial, llegó insolentemente a Teluch con las primeras noticias que la ciudad tenía sobre la debacle: un relato un tanto exagerado, según el cual el emperador había sido asesinado y todo el ejército bizantino aniquilado. Como ya estaba anocheciendo, dieron a la guarnición hasta la mañana siguiente para rendirse, añadiendo amenazas de terribles represalias si no lo hacía. Maniakes, mostrando todos los signos de miedo, accedió de inmediato, enviando copiosas cantidades de comida y vino al campamento infiel como prueba de sus buenas intenciones y prometiendo que él y sus hombres se entregarían al amanecer con todo el oro y el tesoro que poseía la ciudad.

Su plan funcionó a la perfección. Los sarracenos, que no sospechaban nada y estaban tan encantados de recibir el vino como poco acostumbrados a sus efectos, acabaron con todo. Maniakes esperó a que cayeran en un profundo sueño, se abalanzó sobre ellos y, cuando todos los 800 yacían muertos en el suelo, dio órdenes de que se cortaran la nariz y las orejas a cada cadáver. A la mañana siguiente partió en busca de su soberano derrotado. Lo encontró en Capadocia, sacó un saco manchado de sangre del que vertió con orgullo los espantosos trofeos a los pies de Romano, tras lo cual el encantado Emperador lo nombró inmediatamente catapán de la Baja Media, gobernador de todas las ciudades del valle superior del Éufrates, con residencia en Samosata. Desde allí emprendería toda una serie de campañas victoriosas, que culminarían dos años más tarde con la heroica recuperación de Edesa por primera vez desde los días de Heraclio, cuatro siglos antes.

A su regreso a Constantinopla, el emperador, sabiamente, abandonó los asuntos militares y se dedicó en cambio a las

preocupaciones del gobierno. En los primeros meses de su reinado, sus actos de generosidad, probablemente sinceros, le habían granjeado un gran apoyo: el de la Iglesia, cuando aumentó en ochenta libras de oro el subsidio anual del gobierno a Santa Sofía; el de los monasterios y los grandes terratenientes, cuando derogó la ley de Basilio conocida como allelengyon, según la cual eran responsables de cualquier déficit en los impuestos que debían pagar sus comunidades locales; el de los deudores del gobierno, para los que declaró una amnistía, que dio como resultado la liberación de varios cientos de prisioneros; y el de las víctimas de la política agraria de Constantino VIII, a quienes se les pagó una compensación principesca. Fue un comienzo prometedor, pero la promesa no se cumplió. Con el tiempo, Romano demostró no tener más éxito como legislador que en otros campos. Los terribles resultados de la legislación de Constantino VIII ya deberían haber sido evidentes para todos; pero el nuevo emperador continuó la obra de su predecesor, llegando incluso a revivir la recaudación de impuestos, el más pernicioso de todos los abusos, por el cual algún especulador compraba al tesoro por una suma convenida el derecho a recaudar ingresos en su nombre, y luego exigía él mismo el doble o el triple de esa suma a los desafortunados contribuyentes. "Los poderosos" -ahora más poderosos que nunca- eran, por supuesto, muy capaces de resistir esta clase de chanchullos; una vez más, la carga recaía sobre el pequeño terrateniente indefenso, que no tenía medios para defenderse.

Era inevitable, tarde o temprano, que Romano se centrara en la construcción de iglesias. Ya había gastado una pequeña fortuna en dorar los capiteles de Santa Sofía y la iglesia de la Theotokos en Blanquernas, pero eso no era suficiente: al igual que su gran predecesor Justiniano, él también debía dejar un recuerdo duradero tras de sí. El resultado de esta decisión fue un enorme edificio dedicado a la virgen *Peribleptos*, o la que todo lo ve[1], en la Séptima Colina, en su pendiente hacia la costa de Mármara. Era indudablemente magnífico, pero, como Psellus deja muy claro, apenas contribuyó a la reputación del Emperador:

> 1. No, seguramente, «la Virgen que debe ser vista por todos y desde todos los lados», como sugiere Schlumberger.

Lo que se pretendía que fuese un acto de piedad resultó ser causa de males y ocasión de muchas injusticias. Los gastos que se hacían para la iglesia aumentaban constantemente. Cada día se recaudaban más contribuciones de las necesarias para la obra, y ¡ay del hombre que intentase limitar la construcción!

Por otra parte, cualquiera que inventara nuevas extravagancias y

variaciones de estilo, estaba seguro de ganarse de inmediato la amistad del Emperador...

No había nada en el mundo que se considerara lo suficientemente bueno para esta iglesia. Se puso a disposición todo el tesoro real, se vertió en ella todo el oro que pudiera faltar. Incluso cuando se agotaron los fondos, la construcción continuó, pues se añadieron nuevas partes una sobre otra mientras se derribaban otras.

Sin embargo, la iglesia no bastaba por sí sola; debía contar con un monasterio anexo. Pronto este segundo edificio fue tan grandioso como el primero, tan enorme que se hizo casi imposible encontrar monjes suficientes para llenarlo. Se dice que juntos, estos dos monumentos a la megalomanía imperial llevaron al pueblo de Constantinopla al borde de la rebelión, tal era su furia ante las continuas demandas del Emperador de más y más dinero. Pero, ¿los admiraban a pesar de todo? Parece poco probable. El *Peribleptos*, si hay que creer a Psellus, debe haber sido una mezcla espantosa. Seguramente no pudo haber tenido rastros de una concepción arquitectónica general, del tipo que da a la Iglesia de la Santa Sabiduría su simplicidad y fuerza. Pero nunca lo sabremos con certeza: porque en su sitio se levanta ahora la maravillosamente aburrida mole de la iglesia armenia de Surp Kevork (San Jorge), conocida localmente como Sulu Monastir. Del vasto edificio que Romano Argiro pretendía que se alzara eternamente para gloria de Dios y de su Madre -y, por supuesto, de él mismo- no queda ni rastro.[1]

1. El *Peribleptos* fue una de las pocas iglesias de Constantinopla que siguió siendo un santuario cristiano después de la conquista turca. Según la Guía Azul de Estambul, «la tradición generalmente aceptada es que la iglesia permaneció en manos de los griegos hasta 164), cuando fue cedida a los armenios por el sultán Ibrahim bajo la influencia de una concubina armenia favorita. (El nombre de esta dama era seker Parca, o Pedazo de Azúcar; se dice que pesaba más de 300 libras.)» La Guía añade, sin embargo, que evidencias más recientes sugieren que ya estaba en manos del Patriarcado Armenio en 1608.

¿Y qué decir, mientras tanto, de la emperatriz Zoé, sin la cual su marido nunca habría alcanzado el poder supremo ni habría tenido dinero para derrocharlo como lo hizo? Ella estaba, como había estado durante la mayor parte de su vida, frustrada e insatisfecha; y -como el pueblo de Constantinopla, aunque por una razón bastante diferente- estaba furiosa con su marido. Su ira se debía principalmente al hecho de que, desde el momento en que él había perdido la esperanza de tener descendencia, se había negado a compartir la cama con ella y había tomado una amante; de hecho, había concebido una antipatía tan intensa hacia ella que apenas podía soportar estar en la misma habitación. Esta antipatía se acentuó aún más porque él le había

negado el acceso al tesoro imperial, dándole en cambio una exigua pensión anual que le estaba formalmente prohibido exceder. Desafortunadamente para él, Zoé era intensamente orgullosa; además, durante los primeros cincuenta años de su vida había sido completamente malcriada por un padre que no le había negado nada. Al principio había descargado sus sentimientos sobre su hermana Teodora -ahora una solterona morbosamente religiosa de cincuenta años que casi nunca había salido del *gynaeceum* - a quien en 1031 ordenó ingresar en un convento "para poner fin a sus constantes intrigas y los escándalos de su vida"; pronto, sin embargo, tomó una acción más directa, y es en este momento que entra en escena la extraña y siniestra figura de Juan el Orfanotrofo.

Este hombre, destinado a desempeñar un papel destacado en nuestra historia durante la década siguiente, era un eunuco que, gracias a su propia inteligencia y su laboriosidad, había ascendido desde unos orígenes oscuros y humildes en Paflagonia hasta convertirse en un miembro muy influyente de la burocracia civil. Hacía ya muchos años que era amigo y confidente del Emperador, que recientemente lo había nombrado director del principal orfanato de la ciudad, de donde había tomado su nombre. Tenía cuatro hermanos menores, de los cuales los dos mayores eran eunucos como él; los otros dos se llamaban a sí mismos cambistas de dinero, pero lo más probable es que fueran acuñadores de monedas falsas. El más joven, Michael, un joven extraordinariamente atractivo que todavía no había cumplido la adolescencia, fue llevado un día por su hermano al palacio y presentado a Romano y Zoe en una audiencia formal. Romano apenas se fijó en él; Zoe, por su parte, se enamoró (precisamente como Juan había querido que se enamorara) al instante y perdidamente.

A partir de ese momento no pensó en nada más que en el joven Paflagonio, al que invitaba regularmente a sus aposentos privados y al que, tras haber superado primero su timidez y después su comprensible renuencia, sedujo con éxito. Miguel no se mostraba muy entusiasta en lo que se refería al sexo, aunque naturalmente se sentía halagado de ser el amante de la emperatriz; pero recibió instrucciones cuidadosas de su hermano y, sobre todo después de que Zoe comenzara a hacer alarde de su nuevo amor en público y a hablar abiertamente de su intención de convertirlo en emperador, su propia ambición, que iba despertando lentamente, hizo el resto. En cuanto a Romano, durante mucho tiempo parece que no tuvo ni idea de lo que estaba sucediendo; lejos de tratar a Miguel con sospecha, lo nombró su propio sirviente personal, lo mandaba llamar regularmente para que le

masajeara las piernas y los pies (pues su salud empeoraba rápidamente y empezaba a tener dificultades para caminar) y, o así lo parecía a quienes lo rodeaban, cerraba deliberadamente los ojos ante la infidelidad cada vez más flagrante de su esposa. Finalmente, su hermana Pulqueria no soportó más las habladurías y le contó con todas sus palabras lo que estaba sucediendo, advirtiéndole además que podía tratarse de un complot contra su vida. Sólo entonces mandó llamar a Miguel y le hizo jurar sobre unas reliquias sagradas que no era verdad lo que había oído; cuando el muchacho lo hizo sin vacilar, dio muestras de estar completamente tranquilo.

En la corte había quienes creían que sólo fingía ignorancia, que era perfectamente consciente del insaciable apetito sexual de su esposa y que estaba encantado de que su encaprichamiento con Miguel la estuviera salvando de problemas mayores. Otros sugirieron que, como se sabía que el joven era epiléptico, Romano había descartado los rumores como imposibles. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, la cuestión fue perdiendo importancia, pues para entonces era evidente para todos que el propio Emperador estaba muy gravemente enfermo. Aunque seguía apareciendo en las procesiones ceremoniales, parecía (escribe Psellus) un cadáver ambulante: tenía la cara grotescamente hinchada, respiraba entrecortada y rápidamente y cada pocos pasos tenía que detenerse para descansar. El apetito lo abandonaba y no podía dormir. Su carácter también había cambiado. En el pasado había sido un hombre amistoso y accesible, que se conmovía fácilmente por la risa; ahora era irritable y malhumorado, odiaba que lo molestaran y perdía los estribos a la menor provocación.

Con demasiada frecuencia hemos visto en esta historia cómo circunstancias como éstas en la corte de Bizancio dieron lugar inmediatamente a rumores de envenenamiento. Tales rumores habían proliferado después de la muerte de Romano II y de nuevo después de la de Juan Tzimisces; pero en ambas ocasiones casi con certeza eran infundados. Con Romano III, no podemos estar tan seguros. Sabemos a ciencia cierta que su esposa lo odiaba y tenía todas las razones para querer deshacerse de él, lo que le permitió instalar a Miguel en su lugar. Sabemos también que tuvo muchas oportunidades, mientras que está claro por su comportamiento posterior que habría sido perfectamente capaz de cometer el crimen. En lo que respecta a la opinión local, tenemos la autoridad de Psellus de que nadie en Palacio dudó ni un instante de su culpabilidad. Ya el caso contra Zoe —y con ella, casi con certeza, el de Juan el Orphanotrophus y el propio Miguel — parece negro; lo que lo hace aún más negro es la manera altamente sospechosa en que, el jueves anterior al Viernes Santo de 1034, su

marido encontró la muerte. Una vez más debemos citar a Psellus, ya que su relato es el más completo y, si queremos formarnos una opinión, su testimonio cuidadosamente redactado es vital:

Se disponía a asistir a los servicios públicos del día siguiente. Antes del alba, se dispuso a bañarse en uno de los enormes y bellamente decorados baños que había cerca de los aposentos imperiales. No había nadie que lo ayudara y, desde luego, no estaba a punto de morir... Se lavó la cabeza y el cuerpo; luego, como respiraba con fuerza, se dirigió a la piscina, que había sido ahondada en el medio. Al principio se divertía nadando y flotando en la superficie, resoplando y refrescándose con todas las señales de placer. Pronto, como había ordenado, llegó parte de su séquito para ayudarlo a descansar y vestirlo.

No puedo jurar que fueran estos hombres los que lo mataron, pero sé que todos los que cuentan la historia sostienen que, en el momento en que el Emperador se sumergió como era su costumbre, le mantuvieron la cabeza durante largo tiempo bajo el agua, intentando al mismo tiempo estrangularlo. Luego se marcharon. Más tarde, el infeliz Emperador fue encontrado flotando en la superficie como un corcho. Todavía respiraba débilmente y extendió el brazo en un gesto de súplica de ayuda. Alguien, lleno de compasión, lo cogió en brazos, lo sacó del baño y lo puso en un diván.

En ese momento, los gritos de los primeros que lo habían descubierto atrajeron a mucha gente, entre ellos la propia Emperatriz, que estaba sola y daba muestras de gran dolor. Miró largo rato a su marido y, después de comprobar que no había remedio, se marchó. Romano gimió, mirando a un lado y a otro. No podía hablar y trató de expresarse con gestos y señas; después, al ver que nadie lo entendía, cerró los ojos y su respiración se aceleró de nuevo. De pronto, su boca se abrió de par en par y de ella salió una sustancia coagulada de color oscuro. Respiró dos o tres veces más y luego expiró.

Es una historia curiosa y no del todo concluyente. El asesinato —si es que lo fue— no está confirmado, no hay testigos oculares; la única prueba de Psellus se basa en rumores, y la víctima no pudo testificar en un sentido u otro antes de morir. Por lo que sabemos, el Emperador podría haber sufrido un derrame cerebral repentino o un ataque cardíaco mientras se bañaba. Por otro lado, vale la pena mencionar que Scylitzes afirma como un hecho —aunque de nuevo sin fundamento— que Romano fue estrangulado por los hombres de Miguel, en la piscina principal o kolymbithra en los Baños del Gran Palacio, mientras que Mateo de Edesa mantiene que murió por veneno

administrado por su esposa. En consecuencia, nos quedamos con dos presuntos asesinatos de la misma víctima y cuatro teorías separadas. La primera es que no hubo juego sucio en absoluto: el Emperador simplemente era un hombre muy enfermo, que sufría con toda probabilidad de alguna dolencia cardíaca o arterial, que finalmente lo atacó mientras se bañaba. El segundo también acepta que su enfermedad se originó por causas naturales, pero sostiene que la Emperatriz y sus amigos le administraron -o hicieron que le administraran- el golpe de gracia. Según el tercero, Romano estaba muriendo de un veneno lento -Psellus sugiere que el eléboro- que lo debilitó hasta el punto de que nadar era demasiado para él, de modo que murió, de manera bastante natural, por sus esfuerzos.

Y así llegamos a la cuarta teoría: que Zoe, John y Michael planearon en un principio matar a Romanus con veneno, pero luego, cuando éste tardó mucho más de lo que esperaban en morir, perdieron la paciencia y decidieron forzar la situación. A primera vista, esta parece la más probable de todas, pero, una vez más, nunca lo sabremos y tal vez no importe demasiado. El punto esencial es que, a menos que aceptemos la primera hipótesis (que seguramente pone a prueba nuestra credulidad demasiado), debemos concluir que, de una forma u otra, Zoe mató a su marido.

Una vez muerto, ella no fingió llorar por él. Al amanecer de aquella mañana de Viernes Santo -era el 12 de abril de 1034- Alexis del Studium, patriarca de Constantinopla, fue llamado urgentemente desde Santa Sofía al palacio, donde lo primero que vio fue el cuerpo casi desnudo del emperador muerto. Apenas se había recuperado de la conmoción cuando se abrieron un par de enormes puertas y allí, en la gran sala de la coronación o crisotriclinio, estaba sentada la emperatriz entronizada en gran ceremonia. Sobre su cabeza estaba la diadema imperial, en su mano el cetro, sobre sus hombros la túnica de brocado dorado de los emperadores, cargada de joyas. Y allí a su lado, para el horror no disimulado del patriarca, estaba sentado el joven Miguel, vestido y coronado de manera similar. Ella habló con firmeza y firmeza; Alexis no podía dejar de entender sus órdenes, ni podía rechazarlas. Allí mismo unió la mano de la Emperatriz de cincuenta y seis años -viudada sólo unas horas antes- con la de su compañero asesino y amante, un joven falsificador epiléptico de Paflagonia casi cuarenta años menor que ella;[1] lo consagró como basileus, igual a los Apóstoles, e invocó la bendición de Dios sobre ambos.

Esa misma tarde, después de que todos los altos funcionarios de la Iglesia y del Estado -obispos y abades, senadores y generales,

ministros y burócratas- hubieran desfilado ante la pareja soberana, tocando el suelo con la frente y besando la mano de Miguel (aunque no la de Zoe) en homenaje, el cuerpo de Romanus Argyrus fue llevado en un ataúd abierto por las calles de Constantinopla hasta su propia iglesia del *Peribleptos*, con el nuevo emperador y su hermano a la cabeza de la procesión. Psellus, de dieciocho años, recién llegado a la capital, lo vio pasar. De no haber sido por la insignia imperial, nos dice, nunca habría reconocido al anciano. El rostro no estaba consumido sino curiosamente hinchado, descolorido "como los que han sido envenenados", mientras que la escasez de pelo y barba le recordaba "un campo de trigo vacío después de la cosecha". No se derramaron lágrimas: la gente de la ciudad había detestado cordialmente a Romano mientras estaba vivo, y no lamentaban verlo partir.

1. Scylitzes afirma que durante algún tiempo el Patriarca estuvo demasiado conmocionado para hablar y recuperó la voz sólo después de que la Emperatriz puso en su mano cincuenta libras de oro para él y cincuenta más para su clero.

Si la emperatriz había esperado un segundo marido que, en realidad, sería poco más que un esclavo coronado, dispuesto a complacer todos sus caprichos y obedecer todas sus órdenes, pronto se sentiría defraudada. Durante unos meses pudo disfrutar de una situación tan deseable, pero mucho antes de que terminara aquel fatídico año de 1034, Miguel empezó a dar señales de impaciencia. Nunca había amado a Zoe, ni siquiera la había respetado mucho, y pronto se dio cuenta de que era capaz de gobernar el Imperio mucho mejor que ella. Si, por otra parte, tomaba las riendas -cosa que estaba decidido a hacer-, ¿no correría el riesgo de correr una suerte similar a la que había corrido su predecesor? Su hermano, el Orphanotrophus, sin duda lo creía, y probablemente fue por su insistencia que Zoe se vio una vez más confinada en el gineceo bajo vigilancia constante, prohibida incluso a recibir visitas de sus amigos sin permiso, con su libertad -y sus gastos- aún más restringidos que en los días de Romano.

Había también otras razones, aparte del miedo y el desagrado personal, por las que Michael deseaba distanciarse de su esposa. Una de ellas era su salud, que se estaba deteriorando rápidamente. Sus ataques epilépticos eran cada vez más frecuentes, hasta el punto de que tenía cortinas rojas colgadas alrededor de su trono, que podían correrse en cuanto sus ojos empezaban a vidrios o su cabeza a moverse de un lado a otro de repente; pero era evidente que no había forma de ocultar su humillación a su familia y a sus allegados, y como en esas ocasiones la presencia de Zoe le molestaba más que la de

cualquier otra persona, prefería evitarla por completo. Además, a pesar de su juventud, se estaba volviendo hidrópico, una discapacidad que aparentemente lo hacía incapaz de mantener relaciones sexuales normales. Por último, estaba su conciencia. Le debía todo a la Emperatriz: su posición, su riqueza, su poder. Sabía que esa deuda había sido mal pagada, y no podía soportar mirarla a los ojos.

Pero también sabía que esta traición a su esposa no era nada comparada con su infidelidad hacia Romano. El recuerdo de ello lo torturaba, y el resto de su corta vida fue un intento desesperado por salvar su alma. Pasaba horas al día en la iglesia; fundó monasterios y conventos por docenas; levantó un vasto refugio para los pobres piadosos junto con otro, aún más grande, para prostitutas reformadas; buscó hombres santos y ascetas de todos los rincones del Imperio, les lavó los pies, curó personalmente sus llagas, incluso los puso a descansar en su propia cama, mientras él mismo se tendía a su lado en un humilde jergón; y transformó la antigua iglesia de San Cosme y San Damián de Justiniano -los dos santos doctores en los que naturalmente sentía un interés especial- en lo que, según Psellus, debe haber sido uno de los edificios más hermosos de la ciudad:

En cuanto a la construcción de iglesias sagradas, Miguel superó a todos sus predecesores, tanto en la ejecución como en la magnificencia. Las profundidades y alturas de este edificio adquirieron una nueva simetría, y las nuevas capillas armonizaron con la iglesia para darle una belleza infinita. Se utilizaron las piedras más maravillosas en los pisos y las paredes, y toda la iglesia resplandeció con mosaicos de oro y el arte del pintor. Imágenes que parecían casi vivas, colocadas en cada rincón del edificio, lo llenaban de gloria. Además de todo esto, cerca de la iglesia y prácticamente incorporados a ella, había lujosos baños, innumerables fuentes, hermosos jardines y todo lo que pudiera atraer o deleitar la vista.[1]

1. En la época de Miguel, la iglesia era conocida como Anargyroi (los que no cobraban), debido a la tradición de que los dos santos médicos nunca aceptaban dinero por sus servicios. Lamentablemente, hoy no queda nada de ella.

En los momentos en que no estaba preocupado por asuntos espirituales (y una vez que su esposa se había ido de su camino), el Emperador se dedicó a los asuntos de gobierno, en los que, hay que decirlo, demostró ser mucho más hábil de lo que se hubiera podido esperar. De repente, pareció crecer: el Imperio ya no era un juguete, sino una responsabilidad. Psellus observa con aprobación que no hizo cambios dramáticos en la administración a la manera de tantos nuevos emperadores: no hubo abolliciones de costumbres establecidas, ni

cambios de política, ni destituciones de consejeros viejos o experimentados. Los cambios que se hicieron se produjeron sólo gradualmente, mientras que aquellos hombres con los que tenía alguna obligación y que habían esperado ocupar altos cargos bajo el nuevo régimen fueron puestos en puestos subalternos para ganar experiencia hasta que él los consideró listos para el ascenso. Las cuestiones de finanzas e impuestos las dejó a su hermano el Orphanotrophus; todo lo demás lo mantuvo firmemente en sus manos, prestando especial atención a la administración local, a los asuntos exteriores y al ejército, cuya moral destrozada logró restaurar en gran medida.

Aunque había recibido poca educación formal, Michael aprendió rápido. A los pocos meses de asumir el poder efectivo, gobernaba el Imperio con mano firme y segura. Sus consejeros se maravillaban de su laboriosidad, su rapidez de percepción, su seguro instinto político y, a pesar de su epilepsia, de su equilibrio emocional: nunca perdía los estribos ni levantaba la voz (que, según nos dicen, era inusualmente resonante), sino que hablaba con calma y rapidez, con un ingenio rápido y una natural facilidad de expresión. En su presencia, la bajeza de sus orígenes y su vergonzoso camino hacia el trono se olvidaban por igual. Los hombres sólo eran conscientes de su inteligencia, su amabilidad de modales y su deseo evidentemente genuino de servir a su Imperio lo mejor que pudiera; y quienes lo conocían bien no tenían más que admiración por el coraje con el que luchaba contra sus dos desventajas más crueles: su salud y su familia.

De sus cuatro hermanos mayores, tres eran poco más que parásitos, vivían de la corte y sólo les interesaba lo que podían conseguir. El mayor, Juan el Orphanotrophus, era una figura mucho más formidable. También carecía del recién descubierto altruismo y de los elevados principios morales de Miguel; sin embargo, en lo que se refería a la inteligencia y la laboriosidad, era de un molde similar. Mientras que el emperador, cada vez más debilitado por la enfermedad, a veces estaba casi postrado por el agotamiento, la energía de Juan era ilimitada. También lo era su vigilancia. Trabajaba infatigablemente hasta altas horas de la noche y luego pasaba horas vagando por las calles de Constantinopla, observando y escuchando, sin que nadie lo reconociera con el hábito monástico que siempre vestía. Al parecer, no había nada que no supiera. Al igual que su hermano, no tenía malicia y nunca hacía daño a nadie de forma gratuita; pero cultivaba deliberadamente un comportamiento feroz e intimidatorio, y si esto no lo hacía odiado, al menos garantizaba que fuera casi universalmente temido. Bebía mucho y, en ocasiones, se

entregaba a libertinajes indescriptibles; sin embargo, su astucia y vigilancia nunca lo abandonaron, y sus compañeros de bebida pronto descubrieron que cada palabra descuidada que decían en sus copas era recordada cuando, temprano a la mañana siguiente, fueron convocados a su presencia para explicarse. Psellus, que lo conocía bien, no fue el único hombre que llegó a la conclusión de que el Orphanotrophus era aún más peligroso borracho que sobrio.

Se diferenciaba de su hermano el Emperador en otro aspecto importante. Mientras que éste se esforzaba por ser justo e imparcial en todo lo que hacía, Juan sólo pensaba en el progreso de su familia. Sin duda, este defecto tenía sus ventajas: sin él, Miguel nunca habría llegado al trono, y una vez que alcanzó el poder supremo, encontró en el Orphanotrophus una fuente de fuerza constante. No era que la conducta de los otros tres hermanos fuera un ápice menos embarazosa para Juan que para los demás; era simplemente que se sentía obligado a protegerlos. Haría lo que fuera para mantener al Emperador en la ignorancia de sus fechorías o, si esto resultaba imposible, para minimizarlas o echar la culpa a otros. Esto y sólo esto explica por qué Miguel no tomó medidas firmes contra ellos, como habría sido perfectamente capaz de hacer; pero Juan no tenía excusa similar. Si los hubiera tratado con la misma firmeza con la que trataba a todos y a todo lo demás, todo podría haber ido bien. Al negarse a hacerlo, causó un grave perjuicio tanto a la reputación de su hermano como a la suya propia.

Más grave aún, extendió este sentimiento familiar a un tal Esteban, esposo de su hermana María. En sus primeros años, antes de despertar de repente y descubrir que era cuñado del Emperador, Esteban había ejercido la humilde profesión de calafateado en el puerto de Constantinopla. Hombre sin inteligencia, educación ni aptitudes, hubiera sido mejor que se hubiera quedado allí. Psellus nos ofrece una inolvidable descripción:

Lo vi después de la metamorfosis... Su caballo, su ropa, todo lo que altera la apariencia de un hombre, todo estaba fuera de lugar. Era como si un pigmeo quisiera jugar a ser Hércules... Cuanto más lo intenta una persona así, más desmiente su apariencia: vestido con una piel de león, pero con el peso de un garrote.

Si el Orphanotrophus se hubiera contentado con colmar de honores y títulos a su cuñado y no hubiera hecho más que eso, no habría causado ningún daño. Por desgracia, fue más allá. En 1038, hizo que Esteban recibiera el mando de la flota de transporte para la más ambiciosa (y, de no haber sido por él, la más triunfante) empresa

militar del reinado de Miguel: la largamente postergada expedición a Sicilia.

Originalmente planeada por Basilio II para 1026, pero pospuesta indefinidamente como resultado de su muerte el año anterior, esta expedición ahora parecía a Miguel y sus consejeros más necesaria que nunca. Las continuas incursiones en territorio bizantino en el sur de Italia por parte de los sarracenos con base en Sicilia ya no eran una molestia; se estaban convirtiendo rápidamente en una amenaza para la seguridad imperial. No eran sólo las ciudades costeras las que sufrían sus depredaciones: los comerciantes de la ciudad se quejaban de que el Mar Medio estaba lleno de piratas, los precios de las importaciones subían en consecuencia y el nivel del comercio exterior comenzaba a declinar. Para todos los bizantinos, Sicilia seguía siendo parte del derecho de nacimiento imperial; seguía presumiendo de una considerable población griega. Que todavía estuviera ocupada por los paganos después de más de dos siglos era una afrenta no sólo a la seguridad nacional sino también al orgullo nacional.

Pero si la necesidad de la expedición había aumentado en los doce años transcurridos desde la muerte de Basilio, también lo habían hecho sus posibilidades de éxito. Entre los emires árabes de la isla había estallado una guerra civil. El gobernante de Palermo, al-Akhal, se había encontrado de repente frente a un ejército insurgente dirigido por su hermano Abu Hafs, reforzado por 6.000 guerreros procedentes de África bajo el mando de Abdullah, hijo del emir zirí de Kairuán; en 1031, desesperado, había llegado a pedir ayuda a Constantinopla. Miguel había accedido: sabía que era poco probable que se repitiera una oportunidad como aquella. El asesinato del emir casi inmediatamente después, por desgracia, eliminó este pretexto útil para un desembarco sin oposición; pero la revuelta se estaba extendiendo ahora por toda Sicilia y los sarracenos, cada vez más divididos, parecían poco capaces de ofrecer mucha resistencia a un ataque bizantino concertado.

La expedición zarpó a principios del verano de 1038. Estaba bajo el mando general de Jorge Maniakes, que todavía gozaba de la gloria por sus triunfos en Siria y que, a la sazón, era el general más destacado del Imperio. Psellus nos ha dejado una descripción aterradora:

Yo mismo vi al hombre y me maravillé al verlo, pues la naturaleza había reunido en su persona todas las cualidades necesarias para un comandante militar. Tenía una altura de diez pies, de modo que al mirarlo, los hombres inclinaban la cabeza hacia atrás como si

estuvieran mirando hacia la cima de una colina o una alta montaña. Su rostro no era ni dulce ni agradable, sino que recordaba a una tempestad; su voz era como un trueno y sus manos parecían hechas para derribar muros o para romper puertas de bronce. Podía saltar como un león y su ceño era terrible. Y todo lo demás en él estaba en proporción. Quienes lo vieron por primera vez descubrieron que todas las descripciones que habían oído de él eran un eufemismo.

El ejército que este magnífico ogro iba a comandar era, como de costumbre, heterogéneo. Su elemento más fuerte era un impresionante contingente varego, al que se había unido el casi legendario héroe nórdico Harald Hardrada, que regresaba de una peregrinación a Jerusalén; su elemento más débil era un grupo de lombardos gruñones de Apulia que no ocultaban su disgusto por haber sido obligados a servir a los bizantinos. Desembarcó a finales del verano y, al principio, arrasó con todo lo que se le cruzó por delante. Aunque los sarracenos lucharon con valentía, divididos, poco pudieron hacer para detener la marea. Messina cayó casi de inmediato y fue seguida, después de duros combates, por Rometta, la fortaleza clave que dominaba el paso que unía Messina con la ruta costera del norte hacia Palermo. De la siguiente etapa de la campaña sabemos poco;[1] sin embargo, parece que hubo un avance lento pero constante sobre Siracusa, que cayó ante Maniakes en 1040.[2]

1. Una de las pocas pistas que quedan es la iglesia abacial de Santa María de Maniace, cerca de Maletto, construida por la población griega local poco después de la batalla en el lugar donde Maniace obtuvo una de sus victorias, y restaurada y ampliada por el conde Roger I hacia finales de siglo. Esta fue la iglesia en torno a la cual, en 1173, la reina Margarita de Navarra fundaría la gran y ricamente dotada abadía benedictina de Maniace, la última de las grandes fundaciones normandas en Sicilia. Más tarde formaría parte de la propiedad de las Brontë, donada por Fernando IV a Lord Nelson en 1799.

2. El llamado Castello Maniace, que todavía hoy se encuentra en Siracusa, en realidad no es nada de eso, pues fue erigido por Federico II casi exactamente cinco años después de la toma bizantina de la ciudad.

La desmoralización de las fuerzas bizantinas y su desmoronamiento tras la victoria de Siracusa fueron tan repentinos y tan completos que se puede entender fácilmente que los sarracenos alegaran que Alá había intervenido en su favor. Todo pareció ir mal de golpe. Hasta donde podemos juzgar, la culpa fue en parte de Maniakes y en parte del cuñado del emperador, Esteban, por quien el general nunca se había molestado en ocultar su desprecio y contra quien, después de una ineptitud particularmente crasa por parte de Esteban, se olvidó de sí mismo hasta el punto de lanzar un violento ataque, poniendo en duda su masculinidad y acusándolo de no ser más

que un proveedor de placeres para su cuñado. Esteban -para quien, sólo en vista del tamaño de su agresor, la experiencia debió de ser alarmante en extremo- decidió vengarse y envió un mensaje urgente a Constantinopla acusando a Maniakes de traición. El general fue convocado inmediatamente a la capital, donde, sin darle oportunidad de responder a las acusaciones que se le imputaban, fue arrojado sin contemplaciones a la cárcel. Fue sucedido en el mando por Esteban, con resultados que se podían haber previsto, y luego, cuando Esteban murió poco después, por un eunuco llamado Basilio, que no demostró mucho más. Para entonces, el ejército había perdido su impulso y su moral, y comenzó la retirada.

Pero aún había más problemas por venir. Hacía algunos años que el descontento iba en aumento en Apulia, donde los separatistas lombardos habían tenido pocas dificultades -sobre todo después de que las cuadrillas imperiales de represión hubieran comenzado a reclutar por la fuerza- para animar a la población local contra sus amos bizantinos. Ya en 1038 habían sido asesinados varios funcionarios importantes; en 1039 la situación estaba a punto de estallar; y en 1040 se dio la señal para la revuelta. El catapán fue asesinado y todas las milicias locales a lo largo de la costa se alzaron en un motín que las guarniciones, diezmadas, fueron totalmente incapaces de contener. Se convocó urgentemente al ejército de Sicilia para que se ocupara de la situación; y en pocos meses toda la isla -con la única excepción de Mesina- estaba de nuevo en manos sarracenas. Era como si la gran expedición nunca hubiera existido.

Cuando la noticia del desastre llegó a Constantinopla, ya era evidente que el emperador se estaba muriendo. Incapaz de ocuparse de los asuntos de Estado, pasaba los días intentando cada vez más desesperadamente apaciguar la ira divina que lo había reducido, cuando todavía tenía veinte años, a una horrible y abultada parodia de lo que había sido sólo unos años antes, cuando su belleza le había ganado el corazón de una emperatriz. Se enviaron mensajeros a todos los rincones del Imperio con órdenes de pagar dos monedas de oro a cada párroco y una a cada monje a cambio de sus oraciones por su recuperación; mientras tanto, él mismo pasaba cada vez más tiempo en Tesalónica, tumbado sobre la tumba de su amado san Demetrio, implorando su intercesión.

El gobierno del Imperio estaba ahora en las capaces manos de Juan el Orphanotrophus. Las páginas de ciertos cronistas –Scylitzes y Zonaras entre ellos– están llenas de historias de sus iniquidades. Para Psellus, mejor situado para conocer la verdad, Juan no era ni injusto

ni corrupto en asuntos que no afectaban a su familia; estaba, sin embargo, obsesionado por la idea de fundar una dinastía paflagoniana, y en este aspecto estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que pudiera favorecer sus fines. Su hermano Miguel moriría en el plazo de un año aproximadamente, sin dejar descendencia; ¿cómo iba a asegurar la sucesión de otro miembro de su familia? Ya en 1037 había hecho una apuesta decidida por el trono patriarcal, afirmando que el actual titular, Alexis del Studium, había sido elegido de forma no canónica; pero el viejo Alexis había sido demasiado listo para él. Si su elección había sido realmente no canónica, señaló, cada uno de los nombramientos eclesiásticos que había hecho en los últimos once años era nulo y sin valor, como, por cierto, lo serían las coronaciones de los últimos tres emperadores. El apoyo a Juan, tal como había sido, desapareció de inmediato y nunca más se supo del asunto.

La pregunta que quedaba por responder era: ¿quién iba a ser el sucesor de Miguel? De los tres hermanos de Juan y de él, uno, Nicetas, ya había muerto; los otros dos, eunucos como el propio Juan, estaban descalificados. Su cuñado Esteban, para alivio de todos, había muerto. Sólo quedaba una posibilidad: el hijo de Esteban, Miguel, generalmente conocido por el sobrenombre de Calaphates, «el calafateador», por la temprana profesión de su padre. No era una perspectiva particularmente agradable: aunque el muchacho (se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero aún no había pasado de la adolescencia) era bastante agradable de conocer, quienes lo conocían bien ya lo habían considerado una serpiente en la hierba: un mentiroso compulsivo y un intrigante empedernido, cuya aparente amabilidad ocultaba con demasiada frecuencia sus verdaderas intenciones. Sin embargo, el Orphanotrophus ya estaba decidido. No tuvo muchas dificultades para persuadir al Emperador, mientras que Zoe no estaba en posición de negarse; Poco después, en una misa solemne celebrada en la iglesia de Santa María de Blanquerna, se aseguró la sucesión de su sobrino. La anciana emperatriz, entronizada al lado de su patético y joven esposo, declaró la adopción formal de Miguel el Calafate como su hijo, sentándolo -simbólicamente, aunque un tanto ridículamente- sobre su regazo. El emperador entonces lo proclamó débilmente César, y el joven -del que la mayoría de la vasta asamblea nunca había oído hablar y al que ahora veían por primera vez- procedió a la antigua ceremonia de su consagración.

El nuevo César podía ser desconocido, pero todos reconocieron a Juan el Orphanotrophus de pie junto a los tronos y nadie podía confundir su expresión de satisfacción y triunfo. Tampoco podían adivinar lo pronto que lamentaría el desastre que inconscientemente

había provocado sobre el Imperio, su familia y él mismo.

No es necesario que investiguemos en detalle las razones de la revuelta que estalló en Bulgaria en el verano de 1040. La severidad de los impuestos bizantinos parece haber sido en gran parte la culpable. Basilio II había permitido sabiamente a sus súbditos búlgaros pagar, como siempre lo habían hecho, en especie; Juan el Orphanotrophus insistió en el pago en efectivo, imponiendo así una carga mucho más pesada. Los búlgaros también se enojaron cuando, a la muerte del obispo eslavo de Ochrid en 1037, un griego llamado León, el cartofilax de Santa Sofía, fue nombrado en su lugar. Tres años más tarde tomaron las armas, bajo el liderazgo de un tal Pedro Deljan, que parece haber sido el nieto bastardo del zar Samuel y al que se unió unas semanas más tarde su primo Alusian, rescatado de un semicautiverio en Constantinopla. Los dos expulsaron rápidamente a los bizantinos del oeste de Bulgaria.

Bulgaria y luego, como Simeón y Samuel antes que ellos, invadieron el norte de Grecia. A finales de año habían tomado por asalto Dirraquio (lo que les dio una salida al Adriático) y penetraron hasta el sur del golfo de Lepanto, desde donde ahora avanzaban hacia el este para sitiar Tebas.

En ese momento ocurrió algo sorprendente. El emperador Miguel, hablando desde su palacio en Tesalónica, anunció de repente su intención de dirigir a su ejército en persona contra el enemigo. Para entonces estaba semiparalizado, sus piernas monstruosamente hinchadas habían sido atacadas por la gangrena; el más mínimo movimiento era una agonía. En vano los que lo rodeaban -incluidos sus hermanos supervivientes- le imploraron que renunciara a la idea; él se negó a escuchar. Ya era bastante malo, señaló, que su reinado no hubiera visto ningún aumento de los dominios imperiales; al menos estaba decidido a que no presenciara ninguna disminución. Como lo expresa Psellus:

Su primera batalla, en la que salió victorioso, fue contra miembros de su círculo íntimo, antes de enfrentarse a los bárbaros; y el primer trofeo de la guerra se erigió para conmemorar su triunfo sobre sus propios parientes y compañeros, y sobre sí mismo. La debilidad física quedó más que compensada por la fuerza de voluntad, y con esta fuerza encomendó su causa a Dios.

Pero, como deja claro Psellus, no se trató de un gesto vacío. No hubo heroísmo vano ni se trató de un hombre mortalmente enfermo que salió a caballo en busca de una muerte gloriosa en el campo de

batalla. La campaña fue planeada meticulosamente y sus objetivos específicos fueron cuidadosamente elegidos antes de que el basileo moribundo condujera a su ejército a través de la frontera hacia la guerra.

El campamento se instaló en un lugar adecuado cuando la expedición llegó a territorio enemigo. Se celebró un consejo y, tras él, el emperador decidió enfrentarse a los búlgaros: un plan extraordinario, sobre el que incluso sus comandantes que estaban allí con él tenían opiniones contrarias. No es sorprendente, pues durante la noche tuvieron que llamar a sus médicos y estuvo a punto de morir. Sin embargo, al amanecer se levantó de inmediato -al parecer, algún poder le dio nuevas fuerzas-, montó en su caballo, se sentó firme en la silla y manejó al animal con hábil uso de las riendas. Luego, objeto de asombro para todos los que lo vieron, cabalgó hacia la retaguardia y formó las diversas divisiones de su ejército en una fuerza coherente.

Sería muy agradable poder atribuir la derrota de los insurgentes búlgaros al coraje del emperador. En realidad, los hombres de Alusiano se la buscaron ellos mismos por su falta de disciplina, poniendo sitio a Tesalónica y luego cayendo en tal desorden que prácticamente invitó a los defensores a salir de la ciudad y destruirlos. En ese momento también estalló una seria disputa entre los dos líderes, Deljan se apresuró a acusar a Alusiano de incompetencia e incluso de traición. Alusiano respondió tendiendo una trampa a su primo y luego le cortó los ojos y la nariz con un cuchillo de trinchar; poco después, al darse cuenta de que la insurrección ya no tenía ninguna esperanza de éxito, envió un mensaje secreto al emperador ofreciendo la rendición a cambio de un salvoconducto de regreso a Constantinopla.

Y así, a principios de 1041, Miguel regresó a su capital triunfante, seguido por su ejército y una multitud de cautivos, entre ellos Deljan, que no tenía ojos ni nariz. Psellus, que estaba allí, relata la escena:

Toda la población salió de sus casas para saludar a su emperador. Yo mismo lo vi en esa ocasión, con aspecto de asistir a un funeral y balanceándose sobre su caballo. Los dedos que sujetaban sus riendas eran como los de un gigante, pues cada uno de ellos era tan grueso como el brazo de un hombre; tales eran los efectos de la enfermedad que sufría. Su rostro, también, no conservaba ni rastro de su antigua belleza.

Fue su última aparición pública. A medida que transcurría el

año, su estado fue empeorando cada vez más, hasta que el 10 de diciembre, sintiendo que se acercaba el fin, se hizo llevar a su propio monasterio de San Cosme y San Damián. Allí se despojó de sus ropas imperiales y de su diadema, poniéndose en su lugar las ropas de un monje sencillo. Sus hermanos, Juan en particular, no pudieron contener las lágrimas; sólo él permaneció feliz y sereno, confiado en que por fin había obtenido el perdón por el que tanto había luchado. Para asombro de todos, la anciana emperatriz Zoe apareció en la puerta del monasterio, habiendo oído hablar del estado de su marido y ansiosa por verlo antes de que muriera; pero Miguel se negó a recibirla. (Antes de condenarlo por un desaire tan innecesario a la anciana a la que le debía todo, debemos recordar que sólo le quedaban unas pocas horas de vida, que estaba en las últimas etapas de agotamiento y que conocía a Zoe mucho mejor que nosotros.) Cuando llegó la hora de las vísperas, pidió un par de sandalias; Al enterarse de que los que le estaban haciendo no estaban todavía listos, se negó a ponerse los botines de púrpura imperial y entró descalzo y cojeando en la capilla, ayudado por dos de sus compañeros monjes. Pero el esfuerzo fue demasiado para él. Jadeando, lo llevaron de vuelta a su celda, donde una o dos horas después murió.

De todos los que ocuparon el trono bizantino, pocos habían ascendido desde orígenes más humildes; pocos habían alcanzado el poder por métodos más cuestionables; ninguno, ciertamente, sufrió un final más agonizante. Y, sin embargo, de haber vivido, Miguel podría haber demostrado ser un gran emperador. Incluso podría haber revertido el lento proceso de desintegración que había comenzado con la muerte de Basilio II en 1025. Poseía sabiduría, visión y -como demostró en esa última y asombrosa expedición a Bulgaria- un coraje casi sobrehumano. Fue una figura verdaderamente trágica; y, en los reinados que siguieron, habría muchos que lamentarían desesperadamente su pérdida.

17
El fin de los paflagonios

[1041-2]

Dios no es injusto. Soy culpable de graves crímenes y debo sufrir ahora el castigo que me corresponde.

El emperador Miguel V, poco antes de quedar ciego

Juan el Orphanotrophus se sintió profundamente afectado por la muerte del Emperador. Aunque era un intrigante y conspirador, su amor por Miguel había sido profundo y genuino; y estuvo velando junto al cuerpo durante tres días y tres noches hasta su entierro. Sus otros dos hermanos se comportaron de manera muy diferente. Decididos como estaban a establecer a su sobrino firmemente en el trono antes de que pudiera presentarse cualquier pretendiente rival, lo introdujeron en el Palacio casi antes de que su predecesor lo abandonara y, sin duda, habrían seguido adelante con la coronación misma si hubieran tenido el poder para hacerlo; afortunadamente, se vieron obligados a esperar el regreso del Orphanotrophus de sus devociones. Psellus estaba en el Palacio cuando llegó, y describe la escena como testigo ocular:

Cuando los hermanos oyeron que Juan había cruzado el umbral del palacio exterior, se acercaron a él como si estuvieran a punto de encontrarse con Dios mismo. El ceremonial estaba preparado de antemano: se reunieron alrededor de él y lo llenaron de besos, todos besando diferentes partes de su cuerpo a la vez. Incluso su sobrino extendió su mano derecha hacia él, como si hubiera alguna virtud que ganar con su toque.

En la conferencia familiar que siguió, Juan insistió en un punto por encima de todos los demás: que nada debía hacerse sin el consentimiento, real o aparente, de la Emperatriz. Ella, como sobrina de Basilio II, era la única que representaba la sucesión legítima; su apoyo era esencial para que Miguel Calaphates fuera aceptado como nuevo basileo. Así que fueron a ver a Zoe.

Miguel se arrojó a los pies de su madre adoptiva y los cuatro argumentaron que sólo a través de él podría ella recuperar el poder que le correspondía por derecho de nacimiento. Él, prometieron, sería emperador sólo de nombre; ella misma tomaría las riendas del gobierno, a menos que prefiriera gobernar a través de él, en cuyo caso él seguiría siendo su emperador títere y portavoz. En cualquier caso, él seguiría siendo su esclavo, dispuesto en todo momento a cumplir sus órdenes. Vieja, débil, crédula, no particularmente inteligente y sin nadie que la aconsejara, Zoe fue, como habían previsto, fácil de persuadir. Y así, con su bendición, Miguel V procedió a su consagración.

El Imperio romano de Oriente ya existía desde hacía poco más de 700 años, durante los cuales el trono había sido ocupado por cincuenta y cinco soberanos diferentes. Algunos lo habían adquirido por herencia, otros —como Miguel IV— por matrimonio. Otros —Nicéforo Focas, por ejemplo, o Juan Tzimisces— se habían apoderado del trono, más o menos por la fuerza; pero lo habían hecho como generales victoriosos y habían sido aclamados por sus hombres según una tradición más antigua que la propia Bizancio, pues se remontaba a la época de Augusto. Por tanto, se puede decir con seguridad que ningún emperador en toda la historia de Bizancio tenía menos derecho al trono que Miguel Calafates. El tío había sido al menos el marido de la emperatriz; el sobrino ni siquiera era su amante. Su origen era humilde, su historial militar inexistente. No poseía cualidades particulares de carácter o inteligencia que lo recomendaran más allá del más humilde de sus súbditos. El joven desagradable que ahora era aclamado como Vicegerente de Dios en la Tierra e Igual de los Apóstoles debía su elevación a sólo dos cosas: a las maquinaciones de un ministro corrupto y egoísta, y a la debilidad de una anciana tonta.

Durante las primeras semanas de su reinado mantuvo una humildad apropiada, aunque algo repugnante, dirigiéndose a Zoe como «mi señora, mi soberana» y al Orphanotrophus como «mi señor y amo», e incluso le dio un trono para sentarse junto al suyo. Pero esta fase preliminar no duró mucho, y unas semanas más tarde Juan, que no era ajeno a la duplicidad de Miguel, no se sorprendió al descubrir que la actitud de su sobrino hacia él comenzaba a cambiar drásticamente en el momento en que le dio la espalda. Pronto, también, hizo otro descubrimiento, aún más preocupante: que su propio hermano Constantino, para quien había conseguido el puesto de Gran Doméstico, estaba haciendo todo lo posible para alentar la hostilidad de Miguel hacia él.

Al parecer, Constantino había estado celoso del éxito de su hermano y había decidido destruirlo tan pronto como pudiera hacerlo sin peligro; y con este fin, desde el momento en que Miguel fue nombrado César, cultivó asiduamente la amistad del joven. Tuvo tanto éxito que, al ascender al trono, Miguel lo elevó al rango de *nobilissimus* y lo mantuvo permanentemente a su lado; mientras que Constantino, ahora con su posición asegurada, dejó incluso de lado la apariencia de cortesía hacia el Orphanotrophus y lo insultó abiertamente cada vez que se le presentaba la oportunidad. Después de un altercado particularmente violento entre ellos durante una cena con el Emperador, Juan se levantó enojado de la mesa y salió del palacio, no para ir a su propia residencia, sino a una de sus propiedades en el campo: una señal de desagrado que, según imaginó, pronto haría que Miguel entrara en razón. Efectivamente, pronto llegó una carta con el sello imperial. Le reprochaba su excesivo orgullo, pero le pedía que regresara, para, supuso Juan, discutir ciertos asuntos secretos del gobierno. Así que obedeció de inmediato, esperando ser recibido por un sobrino debidamente arrepentido; pero cuando llegó al palacio, se encontró con que el Emperador se había ido a ver una función en el teatro, sin dejar mensaje. Furioso, dio media vuelta y regresó directamente a su propiedad.

Psellus, que cuenta esta historia, no nos deja ninguna duda de que el Orphanotrophus había subestimado seriamente el grado de hostilidad del Emperador hacia él. Después de este incidente, dejó de hacerlo. Por fin vio, con demasiada claridad, que todo el plan para elevar a su sobrino al trono había sido un desastroso error; vio también que, a menos que dirigiera ahora toda su energía e ingenio a la tarea de derrocarlo, él mismo sería derrocado. Por desgracia para él, Miguel y Constantino habían llegado a la misma conclusión. Puede que les faltara su inteligencia; en cambio, tenían todo el poder del gobierno detrás de ellos. Algunos días después, un barco con el estandarte imperial apareció en el embarcadero de la finca de Juan -probablemente en algún lugar a lo largo del Bósforo o de la costa de Mármara- con una citación para que se presentara de inmediato en el palacio para explicar su reciente conducta. El Orphanotrophus debió de tener sus dudas, pero decidió obedecer de todos modos. Incluso ahora, al parecer, creía que podía lograr que su sobrino viera dónde estaban sus mejores intereses.

Pero no le dieron la oportunidad de hacerlo. Cuando se acercaba al Gran Palacio, el Emperador, que observaba desde la terraza más alta, dio una señal acordada de antemano. El barco viró y luego se acercó otro barco más grande, tomó a Juan a bordo y se lo llevó al

exilio, probablemente al lejano monasterio de Monobatae, aunque Psellus afirma que era adecuado sólo para bandidos. Nunca volvió a ver Constantinopla. Se dice que Miguel, después de que se calmó su ira, cedió hasta el punto de permitirle a su antiguo benefactor algunas comodidades primitivas; pero Miguel no era el único enemigo de Juan, ni el exilio y el encarcelamiento debían ser sus únicos castigos.

Después de la destitución de Juan el Orphanotrophus, y con él de la última influencia restrictiva sobre su propia conducta, Miguel Calafates pudo por fin poner en práctica las ideas que, desde su ascenso al trono, habían ido germinando en su mente. Su primer objetivo fue la aristocracia de la corte. No es difícil imaginar el desprecio apenas disimulado con que lo trataron desde el momento de su coronación: el protocolo imperial se habría observado minuciosamente, pero no le habrían permitido olvidar ni la bajeza de sus orígenes ni la manera en que había sido elevado. Decidido a vengarse, se dedicó ahora a destruirlos, insultándolos, amenazándolos, humillándolos, privándolos uno tras otro de sus privilegios hasta que temblaron por sus vidas. Despidió a su guardia imperial (que ya era una fuerza semipermanente de vikingos varegos y anglosajones) y la sustituyó por una compañía de «escitas» (probablemente eslavos, y eunucos todos ellos) cuya lealtad se aseguró con recompensas desproporcionadas y que, en consecuencia, estaban dispuestos a actuar según todos sus caprichos. Mientras tanto, escribe Psellus, dio cada vez más libertad y licencia a las masas, con el argumento de que su autoridad debía basarse en el amor a su pueblo y no en una élite mimada. No es de extrañar que las masas respondieran. Cuando el Emperador cabalgaba por las calles, colgaban cortinas de color púrpura de las ventanas y se extendían ricas alfombras a su paso. Demasiado pronto, ebrio de esta adulación, empezó a verse amado universalmente, el padre de su pueblo, con su posición segura: tan segura que decidió pasar a la siguiente etapa de su plan: la eliminación de su madre adoptiva, la emperatriz Zoe.

En efecto, Zoe no le había hecho ningún daño. De hecho, era a ella, casi tanto como a su tío, a quien debía su ascenso. Pero eso por sí solo era razón suficiente para que la tratara como había tratado a Juan, ya que su carácter nunca le permitía perdonar a quienes le hacían un favor. Para él, además, Zoe representaba todo lo que más odiaba: la antigua aristocracia, el linaje macedonio, las tradiciones rígidas y osificadas de la corte bizantina. Le enfurecía verla con precedencia sobre él en las ceremonias de la iglesia y la corte, y que su nombre se leyera antes que el suyo en las proclamaciones oficiales. Ella era un recordatorio constante de su propio pasado miserable y de

la humillación que había sentido al hacer esas serviles garantías con las que había obtenido su aprobación para su coronación. ¿Creía también, como sostienen Glycas y Scylitzes y como él mismo afirmó creer más tarde, que ella había sido responsable de la muerte de su predecesor y que ya estaba tramando la suya propia? Tal vez sí lo hizo: por desequilibrado que fuera, sin duda, podría haberlo convencido de cualquier cosa. La pregunta debía quedar sin respuesta, pero en cualquier caso poco importaba, porque ya había tomado una decisión. No bastaba con que Zoe fuera vieja y viviera en relativa oscuridad; debía exiliarse.

La vieja Emperatriz ya había sufrido bastantes penalidades a manos de sus dos maridos, pero esto no era nada comparado con el trato que ahora recibía a manos de su hijo adoptivo. Por tercera vez fue confinada en el gineceo que detestaba, separada del tesoro imperial que le correspondía por derecho y obligada a vivir con la más exigua de las asignaciones; sin embargo, en el pasado siempre había recibido el respeto exterior debido a su rango. Esta vez nadie hizo ningún intento de ocultar el hecho de que estaba prisionera. Incluso sus raras apariciones públicas -generalmente en las grandes fiestas de la Iglesia- fueron prohibidas. Sus damas y sirvientas fueron retiradas; ahora fue confiada al cuidado de guardianes mal educados y brutales designados por el propio Miguel.

Pero ni siquiera esto le satisfizo. El domingo después de Pascua, el 18 de abril de 1042, los soldados irrumpieron en el gineceo y arrestaron a la desventurada Zoe bajo la acusación de intento de regicidio. El tribunal que siguió, en el que varios testigos falsos dieron el testimonio por el que habían sido pagados y a la Emperatriz ni siquiera se le permitió hablar en su propia defensa, fue una parodia descarada. Le cortaron el pelo y la llevaron directamente al Emperador como él había ordenado; luego ella misma fue llevada a un barco que la esperaba y esa misma noche fue llevada a un convento en la isla de Prinkipo, en Mármara. Psellus escribe conmovedoramente sobre su dolor mientras invocaba entre lágrimas el espíritu de su tío, Basilio II, implorando su protección. Sin embargo, cuando llegó, estaba tranquila y aparentemente resignada a su destino. Al parecer, había temido uno peor.

A la mañana siguiente, el Emperador convocó una reunión del Senado. Nunca sabremos si sus miembros creyeron en su relato sobre los repetidos intentos de Zoe de asesinarlo, pero eran plenamente conscientes de las consecuencias de cualquier protesta y, obedientemente, manifestaron su aprobación. En consecuencia, el

Prefecto de la Ciudad leyó en persona una proclama pública ante una gran multitud reunida en el Foro de Constantino. Una vez más, Zoe fue acusada de haberse buscado su propio castigo por sus repetidos intentos de asesinar a su coemperador. Se subrayó que Miguel había tomado la única medida posible en esas circunstancias y había tratado de manera similar con el patriarca Alexis, que había sido cómplice de sus nefastos designios.

Nos gustaría saber más sobre la participación del Patriarca. Nuestras fuentes griegas nos dicen muy poco; el cronista árabe del siglo XIII Ibn al-Athir -que evidentemente tenía acceso a otras fuentes hoy perdidas- fue quien registró que el Emperador tenía sus propias razones para querer librarse de él y lo había engañado para que visitara un monasterio un poco más arriba del Bósforo, donde un destacamento de su guardia escita lo acechaba para matarlo. Alexis, sin embargo, logró escapar y regresó de inmediato a Constantinopla, donde hizo sonar todas las campanas de la iglesia para convocar al pueblo a la rebelión. Podemos creer o no esta historia, como queramos; pero lo que ocurrió fue precisamente un levantamiento popular. Apenas el Prefecto había terminado su lectura cuando se oyó una voz entre la multitud que pedía el derrocamiento del blasfemo Miguel y su reemplazo por Zoe, la legítima Emperatriz. Inmediatamente la multitud se hizo eco del grito y una parte de ella se dirigió directamente hacia el Prefecto, quien por poco escapó con vida.

Por extraño que parezca (después de todo, Zoe había hecho muy poco para merecerlo), el pueblo de Constantinopla la había tomado en serio. No era sólo que fuera hija, nieta y bisnieta de emperadores y sobrina del más grande que Bizancio había conocido; también estaba el hecho de su edad. Había sido emperatriz desde antes de que la mayoría de ellos nacieran; casi sin darse cuenta, se había convertido en una institución. Todo el mundo sabía que había adoptado voluntariamente al joven Miguel, y que a ella le debía su ascenso hacía sólo cuatro meses; la idea de que ella intentara asesinarlo inmediatamente era tan ridícula como despreciable el trato que le había dado Miguel. Psellus ofrece una vívida descripción de la escena que siguió como testigo ocular:

Como ya no había nadie que los detuviera, pues la rebelión se había extendido por toda la población, los insurgentes se dispusieron a actuar. Al principio formaron pequeños grupos, como si se dividieran en compañías; más tarde, un ejército de ciudadanos, marcharon en un solo cuerpo al ataque. Todos iban armados; uno empuñaba un hacha,

otro blandía un sable pesado, otro un arco, otro una lanza; pero el grueso de la multitud, algunos con enormes piedras en los pliegues de sus ropas y otras en la mano, corría en desorden general. Alguien había abierto de par en par todas las cárceles para aumentar el número de insurgentes.

Yo mismo me encontraba en el pórtico exterior del palacio, dictando despachos confidenciales, cuando de pronto nuestros oídos fueron asaltados por un ruido como de cascos de caballos, y los corazones de la mayoría de nosotros temblaron ante el sonido. Entonces llegó un mensajero con la noticia de que todo el pueblo se había alzado contra el Emperador. Estaban reunidos en un solo cuerpo; marchaban bajo un estandarte común, con un solo propósito. Inmediatamente monté en mi caballo y, atravesando el centro de la ciudad, vi con mis propios ojos el espectáculo que ahora apenas puedo creer.

Era como si toda la multitud compartiera una inspiración sobrehumana. Parecían diferentes de lo que eran antes. Había más locura en su carrera, más fuerza en sus manos, el destello de sus ojos era más ardiente e inspirado, los músculos de sus cuerpos más poderosos...

Se decidió, en primer lugar, atacar a la familia del Emperador y derribar sus orgullosas y lujosas mansiones. Con este objetivo, la multitud avanzó al asalto general y todo fue arrasado. Algunos de los edificios fueron cubiertos, otros quedaron al descubierto; los techos que cayeron al suelo quedaron cubiertos de escombros, los cimientos quedaron al descubierto como si la tierra misma estuviera arrojando su peso y arrojando los pisos por el aire. Y esto no fue obra de hombres jóvenes y fuertes solamente; muchachas y niños de ambos sexos ayudaron en la destrucción. Todos los edificios cayeron al primer asalto y los destructores saquearon su contenido con absoluta indiferencia. Todos los objetos fueron puestos a la venta, sin pensar en las nobles mansiones de las que habían salido.

Una de las primeras casas que fueron destruidas fue la de Constantino, el tío del Emperador. De alguna manera, él y un grupo de sirvientes lograron abrirse paso entre la multitud hasta el Gran Palacio, donde encontraron a Michael solo, abandonado por su guardia, acurrucado en un rincón. Se dieron cuenta de que su única posibilidad de sobrevivir era traer a Zoe de regreso de inmediato del exilio, y enviaron rápidamente un barco para buscarla. Mientras tanto, Constantino, que, a diferencia de su patético sobrino, no carecía de coraje, reunió las pocas fuerzas leales que pudo encontrar y se preparó

para defender el edificio hasta su llegada. Lucharon durante todo ese día, disparando ráfagas tras ráfagas de flechas y saetas desde las torres y las ventanas superiores. Muchos de los insurgentes murieron, pero por cada uno que caía, llegaban varios más para ocupar su lugar. Los defensores estaban casi exhaustos cuando llegó la anciana Emperatriz.

Ella no se encontraba en mejor situación. A pesar de su situación, seguía aterrorizada por Miguel Calaphates: no estaba de humor para jactarse de él y del destino que se había buscado, aunque sólo fuera porque parecía que muy fácilmente podría verse obligada a compartirlo. Por lo tanto, aceptó de buena gana hacer lo que se le pidiera: en particular, mostrarse ante el pueblo como su legítima gobernante y una vez más hacer causa común con su hijo adoptivo. Se quitó rápidamente el hábito de lana gruesa y lo reemplazó por una túnica púrpura, mientras que la diadema imperial fue colocada de tal manera que cubriera, en la medida de lo posible, los pocos mechones que eran todo lo que quedaba de su cabello después de la tonsura forzosa. Así ataviados, ella y Miguel avanzaron temblorosos hacia el kathisma, el palco imperial del Hipódromo, al que se podía acceder directamente desde el palacio.

Los líderes insurgentes, sin embargo, no querían saber nada de ellos. Podrían haber aceptado a Zoe sola, pero la presencia del Emperador a su lado fue suficiente para convencerlos de que ella todavía era efectivamente su prisionera; en lo que a ellos concernía, no podría haber solución a la crisis mientras Miguel permaneciera en el trono. Entonces, de repente, una nueva idea los asaltó: ¿qué pasaría con Teodora? Habían pasado quince años desde que Zoe, en un ataque de celos totalmente injustificables, había encerrado a su hermana menor soltera en el convento de Petrión. Teodora nunca había reaparecido, y para entonces estaba en gran parte olvidada: Psellus incluso llega a sostener que cuando Miguel Calaphates sucedió a Zoe él ni siquiera sabía de su existencia. Pero ella todavía estaba muy viva y técnicamente todavía era una emperatriz, con tanto derecho al trono como Zoe y sin sus obvias desventajas. Por lo tanto, como ya no se podía confiar en que Zoe reinara sola, ella y su hermana debían hacerlo juntas. Esa misma tarde, un grupo encabezado por el patricio Constantino Cabasilas —y que incluía a todos los eunucos que anteriormente habían servido a su padre y que luego habían sido despedidos por Miguel— fue enviado al Petrión con órdenes de traer a Teodora de regreso inmediatamente a Constantinopla.

La misión no les resultó nada fácil. Teodora demostró mucho más ánimo que Zoe, negándose rotundamente a escuchar las súplicas

de los viejos amigos de su padre y refugiándose en la capilla del convento. Pero Cabasilas y sus seguidores estaban igualmente decididos. La persiguieron hasta su lugar de refugio y, tras una furiosa lucha, la sacaron a la fuerza a la calle. Allí también se vio obligada a cambiar su hábito monástico por una túnica imperial, tras lo cual fue llevada triunfalmente a Santa Sofía, donde la esperaba el patriarca. Y así fue como, a última hora de la tarde del lunes 19 de abril, la furiosa anciana recibió -con la mayor renuencia posible- la corona de Bizancio, mientras una gran concurrencia de personas de todos los rangos y de todas las clases sociales la aclamaba al unísono. Miguel Calaphates, por su parte, fue condenado como usurpador y declarado depuesto. Tan pronto como terminó la ceremonia, la congregación abandonó la Gran Iglesia, se reunió de nuevo fuera y marchó hacia el Palacio.

La situación de Miguel era desesperada. Durante horas, él y su tío, en lo alto del kathisma, habían intentado hacerse oír por encima del tumulto furioso que se producía en el Hipódromo, empujando a la miserable Zoe delante de ellos, postrándose repetidamente ante ella en vanos intentos de persuadir a la multitud de que ella, no ellos, tenía las riendas del poder. Pero los gritos se hicieron cada vez más fuertes y cuando la multitud empezó a arrojar piedras e incluso a disparar flechas en su dirección, se vieron obligados a retirarse una vez más al palacio, donde, poco después, les llevaron la noticia de la llegada y coronación de Teodora. A esas alturas, Miguel sólo pensaba en escapar, en tomar un barco desde el puerto imperial de Bucoleon hasta el gran monasterio de Studium, en el distrito de Psamatia, donde las murallas de tierra se encontraban con la costa de Mármara, y allí reclamar refugio. Sin embargo, su tío Constantino se lo prohibió. Un emperador, insistió, nunca podía huir. Debía vencer o morir luchando. Él mismo estaba decidido a defender el Palacio hasta el último hombre y esperaba tener a su sobrino a su lado.

En ese momento, por una coincidencia extraordinaria, llegó al Bucoleón el general más distinguido del Imperio, Catacalon Cecaumeno, gracias a cuyo valor y determinación el año anterior la ciudad de Mesina había sido salvada para el Imperio cuando el resto de Sicilia había caído en manos de los sarracenos. No fue el regreso a casa que había esperado; sin embargo, Miguel pareció sacar cierto aliento de su repentina aparición y aceptó mantenerse firme. La lucha continuó durante toda la noche; pero los primeros rayos del alba revelaron que el palacio había sido completamente aislado por los rebeldes desde el lado de tierra. Además, ahora estaban lanzando un asalto por tres frentes: un grupo atacaba el kathisma desde el

Hipódromo, otro la Puerta de Caliza desde el Augusteum y el tercero marchaba sobre lo que se conocía como el Tsykanisterion, una gran arena abierta establecida dos siglos antes por Basilio I para el ejercicio de sus caballos.

El martes 20 de abril de 1042 fue uno de los días más sangrientos que Constantinopla había conocido en toda su historia. La carnicería fue espantosa, especialmente la que sufrieron los insurgentes, en su mayoría indefensos ante las tropas imperiales, armadas y con cotas de malla. En ese único día, según nos han informado fuentes fidedignas, y en la noche siguiente, perecieron más de 3.000 personas. Pero al final, inevitablemente, prevaleció la mayoría. En las primeras horas de la mañana del miércoles, el palacio cayó y todo el vasto complejo de edificios fue invadido por una multitud frenética y furiosa, que saqueaba y robaba por dondequiera que iba, pero siempre con un objetivo supremo en mente: encontrar al Emperador y matarlo.

Ya no podía tratarse de una última resistencia. Poco antes del amanecer, Miguel y Constantino, tras detenerse sólo para disfrazarse con ropas sucias y andrajosas, abordaron juntos el barco que los esperaba, navegaron a lo largo de la costa hasta el Studium, se sometieron de inmediato a la tonsura y fueron aceptados inmediatamente como miembros de la comunidad monástica. Mientras tanto, Zoe, que quedó sola en el palacio para valerse por sí misma lo mejor que pudiera, fue encontrada pronto por los insurgentes, que inmediatamente la levantaron sobre sus hombros y la colocaron en el trono imperial. Con la marcha de Miguel y Constantino, su valor había regresado en cierta medida. Aunque estaba satisfecha por este repentino cambio de suerte, se indignó sin embargo cuando le informaron de la llegada y posterior coronación de Teodora, a quien había pensado -y deseó fervientemente- no volver a ver. Su primera reacción fue ordenar su regreso inmediato al convento del que nunca debió haber salido; sólo cuando oyó los aplausos fuera de Santa Sofía y le dijeron que era por su hermana, empezó a comprender. Esta anciana virgen, lúgubre y poco atractiva, olvidada por todos hasta pocas horas antes, se había convertido de repente e inexplicablemente en el ídolo del populacho. A regañadientes (y, podemos estar seguros, bastante descortésmente), Zoe aceptó la asociación. Era mejor reinar como co-emperatriz que no reinar en absoluto.

La escena se traslada ahora al Studium, donde el Emperador y su tío habían esperado perderse en la oscuridad monástica. Sin embargo, habían subestimado la fuerza del sentimiento popular contra ellos.

Tan pronto como se supo dónde se refugiaban, la multitud abandonó el Hipódromo y se dirigió hacia el oeste a lo largo del Mese, clamando por su sangre. Psellus los siguió, con un destacamento de la guardia imperial, y nos ha dejado un relato aterrador de los acontecimientos que siguieron:

Encontramos el monasterio rodeado por una multitud enorme, muchos de los cuales intentaban derribar el edificio en su afán por entrar. Tuvimos una dificultad terrible para abrirnos paso entre la multitud histérica, que gritaba insultos y amenazaba a los miserables fugitivos con atrocidades indecibles.

Hasta ese momento no había tenido fuertes sentimientos personales en un sentido u otro, aunque había deplorado la forma abominable en que había sido tratada la Emperatriz; pero cuando llegué a la capilla y vi a los dos desafortunados —el Emperador de rodillas, agarrado al altar, el *nobilissimus* de pie a su izquierda, ambos apenas reconocibles en sus sórdidos harapos, sus rostros transformados por el miedo mortal—, me quedé allí estupefacto y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Al darse cuenta por su expresión de que Psellus no estaba del todo mal dispuesto hacia ellos, los dos hombres se acercaron a él con cautela. Constantino protestó con vehemencia que no había ayudado ni alentado a su sobrino en la conspiración contra Zoe. No había tratado de contenerlo sólo porque temía las consecuencias: si hubiera tenido un control real, ¿toda su familia habría sufrido mutilaciones como lo hizo? Michael, por otro lado, no hizo ningún intento de justificar su conducta. Era culpable y ahora estaba pagando el precio.

Durante toda aquella tarde los dos hombres se agazaparon ante el altar mientras la multitud, consciente del respeto que se debía al santo santuario, se mantenía a raya. Nunca sabremos cuánto tiempo pudo permanecer así, porque al anochecer llegó el nuevo prefecto de la ciudad, un tal Campanarus, afirmando que tenía órdenes de la propia emperatriz Teodora de hacerse cargo de los fugitivos y prometiéndoles un salvoconducto de vuelta al palacio. Miguel y Constantino se negaron: no creyeron en sus garantías (con razón, como se vio después) y se aferraron aún más firmemente al altar. Pero el prefecto no estaba dispuesto a perder más tiempo: ordenó a sus hombres que los atraparan y los sacaron a rastras del edificio, gritando y forcejeando. Muchos de los presentes, incluido Psellus, pidieron más garantías a Campanarus de que los dos no sufrirían ningún daño bajo su custodia; pero la opinión pública estaba abrumadoramente en contra de ellos. Al parecer, en toda la ciudad existía el temor

generalizado de que Zoe —cuyos celos de su hermana eran tan grandes que hubiera preferido infinitamente tener a Michael como cogobernante— interviniera de algún modo para restituirlo. Era un riesgo que sencillamente no se podía contemplar.

Este temor lo compartía plenamente la propia Teodora. Si hay que creer a Escilitzes, había dado instrucciones secretas al prefecto para que el emperador y su tío fueran cegados sin demora; y Campanaro, por su parte, estaba decidido a cumplir sus órdenes. Los dos hombres, todavía rodeados por la multitud, cuyas imprecaciones habían dado paso a la burla, fueron montados en burros y llevados por el comedor hacia el palacio. Psellus continúa:

No habían avanzado mucho cuando se encontraron con el verdugo que había recibido la orden de ejecutar la operación. Tras mostrarle sus instrucciones a la multitud, sus hombres comenzaron a afilar sus hierros. Mientras tanto, las víctimas vieron el destino que les aguardaba y quedaron mudas de terror. Casi habrían muerto en el acto si uno de los senadores presentes no las hubiera consolado en su miseria y les hubiera devuelto un poco de valor.

A pesar de estos esfuerzos, el Emperador, abrumado por sus desgracias, gemía y gemía en voz alta, pidiendo ayuda, invocando a Dios, a la Iglesia y a todo lo que se le ocurría. Su tío, en cambio, hizo acopio de todas sus fuerzas y enfrentó su destino con valor. Al ver que los verdugos estaban preparados, se acercó a ellos con calma, ofreciéndose como la primera víctima. Mientras la multitud se agolpaba a su alrededor, se volvió hacia el oficial superior que estaba allí presente y dijo con voz firme: «Haced que esta gente se aparte y veréis con qué valentía soportaré mi destino». Cuando intentaron atarle las manos, se negó, diciendo: «¡Si me muevo, seréis libres de atarme a una estaca!». Con estas palabras, se tumbó en el suelo y permaneció inmóvil, sin un grito, un gemido o cualquier cambio de color. Luego le sacaron los ojos, uno tras otro. Mientras tanto, el Emperador, al ver el destino que pronto le esperaba, golpeó el aire con las manos, se desgarró la cara y llenó el aire con sus lamentaciones.

El Nobilissimus, levantándose sin ayuda, se señaló las cuencas sangrantes y, apoyándose en uno de sus amigos íntimos, habló a todos los que se acercaban a él con una calma tan asombrosa, con un coraje tan sobrehumano, que cualquiera hubiera podido pensar que casi le era indiferente lo que había sucedido. Entonces le tocó el turno al basileus, que se encontraba en tal estado que el verdugo se vio obligado a atarlo fuertemente y sujetarlo con considerable fuerza, tan furiosamente se debatía. Después de que él también quedó ciego, la

insolencia de la multitud, tan evidente antes, se apaciguó y su furia se aplacó.

Así llegó a su fin el reinado de Miguel V y, con él, la dinastía de los Paflagonios. Poco después, fue enviado al monasterio de Eleimon en Quíos, y su tío Constantino a otra casa religiosa en Samos. No sabemos si ambos vivieron hasta el final de sus días en la oscuridad a la que habían sido condenados o si, como Juan el Orphanotrophus, acabaron sufriendo un destino aún más terrible.

¿Qué podemos pensar de Miguel? El profesor Bury, decano de los bizantinistas británicos, sugiere que ha sido injustamente difamado y que, de hecho, era un gobernante ambicioso y con visión de futuro que aspiraba nada menos que a una reforma radical de la administración imperial. Como esto no era concebible que se llevara a cabo mientras Zoe y Juan permanecieran en el poder, su eliminación de la escena, continúa, estaba completamente justificada: Juan, en particular, era universalmente detestado en el momento de su destitución. Por lo demás, a Miguel se le puede atribuir la liberación de la prisión del archienemigo de su tío, Constantino Dalassenus, y de George Maniakes -a quien envió de vuelta a Italia como catapán-, así como el nombramiento, como su primer ministro, de Constantino Likhoudes, destinado a convertirse en uno de los más grandes estadistas de su época.[1]

1. La opinión del profesor Bury, no la mía

Ahora bien, todo esto puede ser perfectamente cierto hasta cierto punto. Es posible que Miguel —aunque este punto está lejos de ser probado— tuviera buenas intenciones y, cualquiera que sea nuestra opinión sobre el trato que dio a su madre adoptiva, su eliminación del Orphanotrophus probablemente fue una medida necesaria. Sin embargo, queda el hecho ineludible de que logró que una insurrección popular lo depusiera después de sólo cuatro meses y once días en el trono. Cualquier aspirante a reformador, si quiere tener éxito en su tarea, debe actuar con cautela; sobre todo, debe tener en cuenta el sentimiento popular y hacer todo lo posible por convencer al pueblo. Miguel no hizo ninguna de estas cosas. Por muy loables que hayan sido sus ideas a largo plazo, su habilidad política fue siempre deplorable; y sólo por esta razón nunca habría podido ser un buen emperador. La historia de sus últimos días es poco edificante, y sus súbditos salen de ella con poco crédito; pero hicieron bien en deshacerse de él, y nosotros también podemos alegrarnos de verlo partir.

18

Constantino Monómaco y el cisma [1042-55]

Anatema Maranatha contra Miguel, el neófito y falso patriarca, que sólo por el miedo mortal se vio obligado a tomar el hábito monástico, y que ahora es notorio por sus abominables crímenes; contra León, llamado obispo de Ochrid; contra Constantino, canciller de ese mismo Miguel, que ha pisoteado públicamente la liturgia de los latinos bajo sus pies; y contra todos los que los siguen en sus antedichos errores y presunciones, a menos que se arrepientan, sea anatema Maranatha contra los simoníacos, valesianos, arrianos, donatistas, nicolaítas, severianos, pneumatómacos, maniqueos, nazarenos, como contra todos los herejes y, finalmente, contra el diablo y todos sus ángeles. Amén, amén, amén.

Último párrafo de la bula de excomunión del cardenal Humbert

Cuando Miguel V encontró su destino el martes por la noche, 20 de abril de 1042, la emperatriz Teodora todavía se encontraba en Santa Sofía. Ya llevaba allí más de veinticuatro horas, negándose rotundamente a ir al palacio hasta recibir noticias de su hermana. Sólo a la mañana siguiente Zoe, tragándose su orgullo, envió la tan esperada invitación. A la llegada de Teodora, ante una gran concurrencia de nobles y senadores, las dos ancianas marcaron su reconciliación con un abrazo algo frío y se dispusieron, por increíble que parezca, a gobernar el Imperio romano. Todos los miembros de la familia del exemperador, junto con algunos de sus partidarios más entusiastas, fueron desterrados; pero la gran mayoría de los que ocupaban puestos superiores, tanto civiles como militares, fueron confirmados en el cargo. Desde el principio, a Zoe, como la mayor de las dos, se le concedió la precedencia. Cuando se sentaron en ceremonia, el trono de ella se colocó ligeramente por delante del de Teodora, que siempre había sido de una disposición más retraída y que parecía perfectamente contenta con su estatus inferior. Psellus nos da una descripción animada de la pareja:

Zoe era más rápida para comprender las ideas, pero más lenta para expresarlas. Con Theodora era justo lo contrario: ocultaba sus pensamientos más íntimos, pero una vez que se embarcaba en una conversación, parloteaba con una lengua informada y vivaz. Zoe era una mujer de intereses apasionados, preparada con igual entusiasmo para la vida o la muerte. En esto me recordaba a las olas del mar, ora elevando un barco, ora lo hunden de nuevo. Tales extremos no se encontraban en Theodora: tenía una disposición tranquila, casi podríamos decir aburrida. Zoe era pródiga, el tipo de mujer que podía disponer de un océano entero de polvo de oro en un solo día; la otra contaba sus monedas cuando regalaba dinero, en parte sin duda porque durante toda su vida sus recursos limitados le habían impedido gastar de forma imprudente, pero en parte también porque era naturalmente más autocontrolada...

En cuanto a su aspecto, la diferencia era aún mayor. La mayor, aunque no era especialmente alta, era claramente regordeta. Tenía ojos grandes, muy separados, con cejas imponentes. Su nariz tendía a ser aguileña, aunque no demasiado. Aún conservaba el pelo dorado y todo su cuerpo brillaba con la blancura de su piel. Había pocos signos de la edad en su aspecto... no tenía arrugas, su piel era por todas partes suave y tersa. Theodora era más alta y delgada. Su cabeza era desproporcionadamente pequeña. Era, como he dicho, más hábil con la lengua que Zoe y más rápida en sus movimientos. No había nada de severo en su mirada; por el contrario, era alegre y sonriente, ansiosa por encontrar cualquier oportunidad para hablar.

¿Qué tan bien gobernó el Imperio este improbable tándem? Hay dos escuelas de pensamiento. Para Psellus, la pareja fue casi un desastre: afirma que no entendían nada de finanzas ni de política, que eran incapaces de distinguir entre los asuntos serios de Estado y "las distracciones más fútiles del gineceo", y que Zoe agotó el erario con su generosidad demencial. John Scylitzes cuenta una historia muy diferente. Señala los decretos imperiales contra la compra y venta de cargos, las mejoras en la administración civil y militar y varios nombramientos admirables, incluyendo el de Constantino Cabasilas como comandante en jefe de los ejércitos europeos y -aún más importante- el de Jorge Maniakes como catapán en Italia con el rango de magister, el más alto en la nobleza fuera de la propia familia imperial.[1] Mientras tanto, se nombró un tribunal para investigar los abusos del reinado anterior: el Nobilissimus Constantino fue sacado de su celda de monje para interrogarlo y finalmente reveló -no sabemos por qué medios de persuasión- la existencia de un escondite secreto en su palacio en el que se encontraron 5.300 libras de oro que faltaban

en el tesoro.

1. Es casi seguro que Scylitzes se equivoca en este punto. Sabemos que Maniakes regresó a Italia como catapán a finales de abril de 1042, es decir, sólo unos días después de la caída de Miguel Calaphates; por lo tanto, su nombramiento debe haberse debido a Miguel y no a Zoe.

Sea cual fuere la verdad del asunto, una cosa era cierta: el régimen conjunto carecía de esa estabilidad fundamental sin la cual nunca podría gozar de la confianza del pueblo. A medida que pasaban las semanas y la mutua antipatía entre las dos hermanas se hacía cada vez más evidente, los funcionarios y senadores se vieron inevitablemente obligados a ponerse de parte de una u otra; así, el gobierno empezó a mostrar signos de una polarización potencialmente peligrosa. Al poco tiempo quedó claro que no podía continuar sin una mano masculina firme al timón. Pero esto sólo podía lograrse de una manera: mediante un matrimonio imperial. Teodora, después de más de medio siglo de virginidad, se negó rotundamente a contemplar semejante medida; Zoe, por su parte, no pedía nada mejor. Aunque sus anteriores intentos de matrimonio habían sido todos notablemente infructuosos y, como hemos visto, los terceros matrimonios eran vistos con horror por la Iglesia oriental, la esperanza eterna brotó en su pecho de sesenta y cuatro años y de inmediato comenzó a buscar un marido adecuado.

Su primera mirada se fijó en el distinguido y apuesto Constantino Dalassenus, recién liberado de prisión, que, como se recordará, había sido en 1028 el elegido por su padre moribundo hasta que la burocracia civil lo persuadió de reconsiderar su decisión; pero cuando fue convocado a la corte, sorprendió a todos al presentarse vestido de civil, y luego adoptó una actitud tan fría y altiva con la vieja emperatriz que ella lo despidió de inmediato. El siguiente candidato fue un tal Constantino Artoclines, un funcionario de la corte (también notablemente apuesto) a quien ella siempre había admirado, tanto, de hecho, que habían corrido rumores de una intriga amorosa entre ellos en los días de Romano Argiro, trece años antes. Por desgracia, murió en circunstancias misteriosas unos días antes de la fecha prevista para la boda, envenenado, se decía, por su propia esposa, que sin duda recordaba las circunstancias que rodearon la boda de Romano y estaba ansiosa por evitar que se repitiera. Desesperada, Zoe recurrió a un tercer Constantino, miembro de la antigua y noble familia de Monómaco. También él era extraordinariamente atractivo -siempre una consideración importante para Zoe- y había adquirido una formidable reputación como conquistador de mujeres; también era elegante, sofisticado e

inmensamente rico. Después de la temprana muerte de su primera esposa, se había casado con la sobrina de Romano Argiro, mucho antes de que este último ascendiera al trono; pero sólo durante el breve reinado de Romano había sido aceptado adecuadamente en la corte. En los días de Basilio II y Constantino VIII había habido dudas sobre su lealtad, ya que su padre había estado implicado en una conspiración menor; mientras que Miguel IV y Juan el Orphanotrophus, preocupados por su relación cada vez más estrecha con Zoe, lo habían desterrado a Lesbos, donde había pasado siete años en el exilio y de donde ahora lo llamaban.

Constantino Monómaco llegó a la capital en la segunda semana de junio. El día anterior lo habían recibido en Damocrania, en el Mármara, donde, en la iglesia de San Miguel Arcángel, había recibido las insignias reales y donde un navío imperial lo esperaba para llevarlo en la última etapa de su viaje. Así pudo entrar en Constantinopla con gran pompa, en medio de multitudes que lo vitoreaban, y el 11 de junio él y Zoe se casaron en la capilla de la Nea. Una ligera sombra se arrojó sobre los acontecimientos por la negativa absoluta del Patriarca a oficiar lo que era, para ambas partes, un tercer matrimonio (uno de los capellanes imperiales, afortunadamente, se mostró más servicial), pero al día siguiente había superado sus escrúpulos lo suficiente como para oficiar el servicio de coronación sin protestar.

El emperador Constantino IX era más confiado que Constantino VIII, más realista que Romano Argiro, más sano que Miguel IV y menos testarudo que Miguel V. Sin embargo, políticamente, por pura ociosidad e irresponsabilidad, iba a causar al Imperio más daño que el resto de ellos juntos. Cuando murió en 1055, los normandos del sur de Italia, bajo el mando de Roberto Guiscardo -el aventurero militar más deslumbrante entre Julio César y Napoleón-, estaban en camino de eliminar de una vez por todas la presencia bizantina en Apulia, Calabria y Sicilia; los turcos selyúcidas, ahora firmemente establecidos en Bagdad, ya empezaban a contemplar su posterior irrupción en el corazón de Anatolia; la frontera del Danubio había sido rota por tribus invasoras de las estepas -pechenegos, cumanos y uz-; las Iglesias oriental y occidental estaban efectivamente en cisma; Mientras tanto, dentro del Imperio, la nobleza había hecho dos intentos de rebelión casi exitosos y se había permitido que el ejército decayera hasta encontrarse en un estado peor que en cualquier otro momento del siglo pasado. Constantino, mientras tanto, apenas parecía notarlo. A diferencia de sus predecesores en la cama de Zoe, no hizo ningún intento de frenar su desenfrenada prodigalidad; de hecho, gastó

incluso más que ella. Desde los días de Constantino VII, la capital no había visto tanto lujo y ostentación. Sin embargo, el Porfirogénito había utilizado el ceremonial de la corte como un instrumento deliberado de política para aumentar su prestigio imperial; Monómaco, al no hacer ninguna pretensión de gastar para nada que no fuera su propio placer, logró precisamente el efecto contrario.

Zoe, por su parte, se mostró igualmente tolerante con su nuevo marido. Al final, su interés por los aspectos físicos del matrimonio parece haber disminuido: ciertamente no puso objeciones a su relación a largo plazo con la sobrina de su segunda esposa, una dama de extraordinario encanto que era la nieta paterna del viejo Bardas Sclerus, antiguo rival de Basilio II, y que había compartido sin quejarse los siete largos años de exilio de su amante. Cuando Monómaco recibió su llamada, ella se quedó primero en Lesbos, obviamente no queriendo comprometerlo y perjudicar así sus posibilidades de obtener la corona; conociendo muy bien las dificultades relacionadas con los terceros matrimonios, parece que no contempló la posibilidad de su unión con Zoe, cuya noticia la había conmocionado mucho. Aún mayor, sin embargo, debe haber sido su sorpresa cuando llegaron mensajeros a la isla con una carta de la vieja emperatriz, asegurándole su buena voluntad y animándola calurosamente a regresar a la capital. Allí, su modesta vivienda inicial fue transformada poco a poco por el cariñoso Constantino en una magnífica mansión, mientras que su relación, que al principio se desarrolló con una aparente discreción, se fue haciendo cada vez más abierta hasta que finalmente el Emperador hizo una confesión pública. En el curso de una curiosa ceremonia a la que asistió todo el Senado, Monómaco y la Esclerina (como siempre se la llama) se asociaron formalmente entre sí mediante un contrato conocido por los aduladores senadores como "la copa del amor", después del cual ella se unió a él y a Zoe en un aparentemente feliz ménage à trois. "En apariencia", escribe Psellus, sin ser bella en el verdadero sentido de la palabra, era tan elegante, graciosa y atractiva que era realmente difícil criticarla. En cuanto a su carácter y temperamento, podía seducir a un corazón de piedra. Su manera de hablar era deliciosa, diferente a la de cualquier otra: rítmica, sutil y armoniosa. Poseía una voz exquisita y su dicción era tan perfecta como dulce su tono. Todo lo que decía tenía un encanto inefable. A menudo me hechizaba haciéndome preguntas, con su voz suave, sobre los mitos griegos, añadiendo aquí y allá pequeñas notas que había aprendido de otros expertos en el tema. Ninguna mujer había sido nunca mejor oyente.

Se ganó el cariño de las dos emperatrices regalándoles todo lo

que más les gustaba. A Zoe le hacía regalos de oro, no para quedárselos para ella, sino para regalarlos, lo que siempre era el mayor placer de la anciana. También le proporcionaba hierbas dulces y especias de las Indias, maderas aromáticas y ungüentos, aceitunas diminutas y ramitas de laurel blanco; en una palabra, todos los ingredientes necesarios para su pasatiempo favorito, la preparación de perfumes. A Teodora, en cambio, le regalaba monedas y medallas antiguas, de las que la emperatriz poseía una gran colección guardada en vitrinas de bronce especialmente diseñadas para ella.

Lamentablemente, los sentimientos cálidos de las dos ancianas hacia su encantadora benefactora no fueron compartidos por el pueblo de Constantinopla. Conmocionados y escandalizados por la desvergüenza del asunto, pronto dejaron en claro su descontento. Scylitzes -aunque no Psellus- registra cómo el 9 de marzo de 1044 una procesión imperial en honor de los Santos Mártires fue interrumpida por los abucheos de la multitud reunida. "¡Abajo la Esclerina!", gritaban. "¡Vivan nuestras amadas madres,[1] Zoe y Teodora, cuyas vidas amenaza!" Por un momento pareció que la propia vida del Emperador estaba en peligro; sólo después de que su esposa y su cuñada se asomaron a las ventanas del palacio, la multitud se dispersó. La procesión, mientras tanto, fue abandonada. A partir de entonces, Constantino rara vez se aventuró a salir solo en público, siendo acompañado casi invariablemente por su esposa a su derecha y su amante a su izquierda.

1. En griego, el familiar y afectuoso (Mamai), literalmente 'Mamás'; cf. 'la Reina Mamá' en nuestros días.

La acusación carecía de fundamento. Como ya sabrá el lector, en la corte bizantina había muchos asesinos en potencia, pero la Esclerina no era uno de ellos. Tampoco, por lo que sabemos, Constantino Monómaco. Puede que fuera débil, irresponsable y amante de los placeres, pero no había en él ningún mal verdadero. Si, como se rumoreaba, consideró la posibilidad de elevar de algún modo a su amante al trono (y, después de todo, ya lo había hecho de hecho), probablemente podría haberlo hecho adoptándola como hija y luego simplemente declarándola co-emperatriz; la muerte de Zoe no habría sido necesaria, la de Teodora menos aún. Pero la cuestión es académica: no fueron las emperatrices las que murieron, sino la propia Esclerina. No se registra la fecha de su muerte. Todo lo que se nos dice es que sufrió una enfermedad pulmonar, que no podía respirar y que los médicos no pudieron hacer nada para ayudarla. El Emperador lloró como un niño y la enterró en el magnífico convento de San Jorge en Manganeso (que había hecho construir junto a su casa, para -se decía-

tener una excusa para visitarla), junto a la tumba que había reservado para él.

Es imposible no sentir simpatía por la Esclerina. Era, sin duda, una mujer de cualidades poco comunes y su amor por Constantino Monómaco era profundo y sincero. Pero, aunque no se la pueda culpar por ello, su relación con el emperador tuvo una consecuencia desastrosa que afectaría profundamente a todo el futuro de la Italia bizantina.

Como hemos visto, Jorge Maniakes había regresado a la península en abril de 1042. Desde su regreso a Constantinopla dos años antes, la situación había ido de mal en peor. En Sicilia, Messina era la única ciudad que quedaba en manos bizantinas; en el continente, el año anterior se habían producido tres grandes derrotas a manos de los lombardos y los normandos, que ahora poseían fortalezas inexpugnables en Aversa y Melfi y estaban arrasando rápidamente todo el sur de Italia. El catapán desembarcó con su ejército y se encontró con que, con la única excepción de Trani, toda Apulia al norte de una línea trazada desde Taranto hasta Brindisi estaba en abierta rebelión. No perdió el tiempo. Los horrores de aquel verano se recordaron durante mucho tiempo en la provincia, por los habitantes que sobrevivieron. Inexorablemente, sin piedad, Maniakes, ayudado por un regimiento de varegos y el legendario rey guerrero escandinavo Harald Hardrada, se abrió paso de una ciudad insurgente a otra en una furia de destrucción, dejando a su paso un rastro de ruinas humeantes y cadáveres mutilados. Hombres y mujeres, monjes y monjas, ancianos y niños, nadie se salvó: algunos fueron ahorcados, otros decapitados; muchos (sobre todo los niños) fueron enterrados vivos. Los rebeldes contraatacaron y, durante un tiempo, los dos bandos parecieron estar bastante igualados, pero entonces llegó el desastre. Por segunda vez en dos años, George Maniakes fue víctima de las intrigas palaciegas.

Su enemigo en esta ocasión era el hermano de la Esclerina. Las tierras anatolias de Romano Esclero lindaban con las suyas, y desde hacía once años las relaciones entre ambos se habían visto envenenadas por disputas territoriales. Maniaces, como ya sabemos, era un hombre peligroso al que había que enfadar: algunos años antes, en el curso de un altercado particularmente violento, había puesto las manos sobre su vecino y casi lo había matado. Romano había jurado venganza; y ahora, al encontrarse a través de su hermana como miembro del círculo íntimo del Emperador y viendo su oportunidad de ajustar cuentas, tuvo pocas dificultades para convencer a Constantino

de que hiciera que Maniaces regresara de Italia. Mientras tanto, aprovechando la ausencia de este último, saqueó su casa, asoló sus tierras y, como insulto final, sedujo a su esposa.

Maniaces recibió la carta de retirada al mismo tiempo que la noticia de sus otras desgracias. Su furia era terrible de ver. Cuando en septiembre su sucesor llegó a Otranto, lo agarró, le tapó las orejas, la nariz y la boca con estiércol de caballo y lo torturó hasta matarlo. El patricio Tubakis, que había acompañado al desdichado hombre desde Constantinopla, sufrió un destino similar una semana o dos más tarde. Maniaces, todavía con su ira intacta, se hizo proclamar emperador por sus hombres (que lo adoraban) y los condujo de vuelta a través del Adriático -cuyas tormentas, según un cronista de Apulia, primero intentó apaciguar con sacrificios humanos- con la intención de avanzar por la Vía Egnatia hasta Constantinopla, reuniendo fuerzas adicionales a medida que avanzaba. Marchando sobre Tesalónica, se encontró y derrotó a un ejército imperial enviado para interceptarlo en Ostrovo, en Bulgaria, pero cayó, mortalmente herido, en el mismo momento de la victoria. Su cabeza fue llevada a la capital y presentada al emperador, quien la hizo empalar en una lanza y exhibirla en la terraza más alta del Hipódromo. Más tarde, Monómaco organizó un triunfo a gran escala, en el que el ejército rebelde, que se había desintegrado tras la muerte de su líder, fue paseado por la arena, con sus hombres montados de espaldas sobre burros, con las cabezas rapadas y cubiertas de excrementos; pero ni siquiera esta humillante exhibición pudo ocultar el hecho de que, de no haber sido por una sola lanza bien dirigida, Constantinopla podría haber caído en manos de Maniaces y encontrarse en poder del gobernante, si no necesariamente el más grande, sí con diferencia el más aterrador de toda su historia.

Jorge Maniakes no era la única amenaza al trono de Constantino IX, ni siquiera la mayor. Una inmensa flota rusa que apareció en el Bósforo en el verano de 1043 fue rechazada, como siempre gracias al fuego griego, sin demasiados problemas; pero cuatro años más tarde, en septiembre de 1047, se produjo una emergencia mucho más grave. Una vez más, adoptó la forma de un levantamiento militar, esta vez por parte del ejército de Tracia y Macedonia, cuyo cuartel general estaba en Adrianópolis. Su líder era el primo segundo del emperador, un armenio aristocrático llamado León Tornices, que había vivido durante mucho tiempo en la región y, según Psellus, "olía a arrogancia macedonia". Constantino había sospechado durante mucho tiempo que León era un subversivo y además le irritaba la estrecha amistad de León con su hermana menor (de Constantino), Euprepia, que no

dejaba de elogiar al armenio y compararlo favorablemente con el propio emperador. Por lo tanto, aprovechó cualquier oportunidad para insultar y humillar al joven, llegando en un momento a tonsurarlo a la fuerza y reducirlo a harapos.

Al final, Tornices no pudo soportarlo más. Una noche, salió de la ciudad con un grupo de partidarios macedonios y se dirigió directamente a Adrianópolis, retrasando a los perseguidores matando, en cada etapa de su viaje, a todos los caballos de posta imperial. Al llegar, deliberadamente inició el rumor de que el Emperador había muerto, que Teodora era ahora la señora del Imperio y que había elegido a León como su cogobernante. La historia se extendió como un reguero de pólvora por el ejército. León fue levantado sobre un escudo, vestido de púrpura y proclamado basileo; luego, seguido por varios miles de tropas que lo vitoreaban, marchó sobre Constantinopla; el número de sus seguidores aumentaba constantemente a medida que se acercaba a la capital. El viernes 21 de septiembre, instaló su campamento bajo las murallas y se preparó para un asedio.

Difícilmente pudo haber llegado en un momento más oportuno. Hacía ya algunos años que el ejército venía sufriendo una rápida decadencia. El gobierno civil, en su desprecio por la aristocracia militar, había reducido sistemáticamente la fuerza de las fuerzas armadas, alentando a los campesinos que aún no habían caído víctimas de los grandes terratenientes a comprar su exención del servicio militar mediante un pago convenido en efectivo. Al mismo tiempo, habían quitado el gobierno cotidiano de cada thema a sus estrategas y lo habían confiado en cambio a un magistrado civil, destruyendo de un plumazo gran parte del poder y el prestigio del ejército. Aparte de un puñado de mercenarios con funciones principalmente ceremoniales, había pocos soldados en Constantinopla o en sus alrededores, mientras que el ejército de Oriente -tal como era- estaba lejos, en la frontera ibérica, repeliendo las invasiones de las tribus bárbaras locales.

Constantino tampoco era el hombre que había sido en otro tiempo. En el momento de su ascenso al trono era un habitual ganador del pentatlón en los Juegos; ahora tenía los pies tan hinchados que apenas podía caminar. Sus manos, también, que en su juventud habían sido capaces de aplastar las nueces más duras -«un brazo agarrado por él», escribe Psellus, «le dolía durante días»- se habían deformado y dislocado. De hecho, ya estaba muy avanzado en la artritis que iba a progresar implacablemente durante los siguientes ocho años hasta su

muerte. Si hubiera tenido el coraje de Miguel IV, es posible que hubiera tomado parte más activa en la defensa de su capital; pero el heroísmo nunca había formado parte de su naturaleza. Todo lo que podía hacer era demostrar a sus enemigos que, contrariamente a lo que les habían hecho creer, todavía estaba vivo y en control. El 26 de septiembre se hizo llevar al palacio de Blachernae, en el extremo norte de las murallas de tierra; Allí, vestido con todo el atuendo imperial, se instaló en una ventana alta que daba a las murallas, con las dos viejas emperatrices a su lado. Esto lo expuso inevitablemente a las burlas y los insultos de los sitiadores, y al poco tiempo a las atenciones de un arquero montado, cuya flecha no le dio por una pulgada y alcanzó a uno de sus lugartenientes. Los demás presentes lo apartaron apresuradamente de la ventana, pero volvió allí a la mañana siguiente como si nada hubiera sucedido.

Ese día, domingo 27 de septiembre, León Tornices tenía Constantinopla a su merced. Es difícil reconstruir exactamente lo que ocurrió: parece que, al amparo de la oscuridad, un cuerpo de ingenieros había construido y fortificado una posición avanzada fuera de las murallas frente a Blanquernas, desde la que esperaban infligir graves daños a los hombres de León. Sin embargo, habían subestimado a sus oponentes. Los rebeldes no dudaron. "Como un enjambre de avispas", cayeron sobre esta patética fortificación, destruyéndola en cuestión de minutos. La mayoría de las desafortunadas tropas que la defendían fueron aniquiladas; pocos lograron regresar con vida. Pero esta catástrofe fue solo el principio. Al ver la masacre, los encargados de la defensa de las murallas -en su mayoría mercenarios sarracenos, complementados por un cierto número de civiles aptos y convictos liberados de la prisión para tal fin- fueron presa de un pánico repentino, desertaron sus puestos y huyeron hacia la ciudad, dejando (según nos dicen) las puertas abiertas al enemigo.

¿Qué impidió a León Tornices obtener una victoria casi segura? Para algunos cronistas fue un milagro: Constantinopla siempre había gozado de la protección divina y no se podía esperar otra cosa. Para otros, incluido Pselo, fue simplemente un error de cálculo. «Esperaba confiado nuestra invitación para subir al trono: suponía que sería conducido al palacio precedido por antorchas encendidas, en una procesión digna de un soberano». Quizá también quería evitar el saqueo que sin duda se produciría a continuación de una ciudad que creía que pronto sería suya. En cualquier caso, ordenó a sus hombres que se quedaran donde estaban, que no derramaran más sangre y que montaran sus tiendas para pasar la noche.

El error resultó ser su perdición. La delegación cívica esperada nunca llegó. El pueblo de Constantinopla tal vez no estuviera profundamente enamorado de su Emperador, pero no deseaba verlo derrocado por la fuerza, y menos aún por un armenio macedonio del que no sabía nada y del que sospechaba mucho. Estaban hartos de disturbios y violencia. En cuestión de horas el pánico había amainado, las puertas estaban aseguradas, los defensores estaban de nuevo en sus puestos. La ciudad estaba a salvo. Decepcionado y desconcertado, León Tornices hizo marchar a sus prisioneros a un punto inmediatamente debajo de Blanquernas. Los había ensayado bien:

"Suplicaron al pueblo que no tratara con desprecio a los hombres de su propia raza y de su propia familia, ni que se les obligara a presenciar cómo ellos mismos eran lastimosamente descuartizados ante sus ojos, como víctimas de un sacrificio. Nos advirtieron que no tentáramos a la Providencia subestimando a un soberano como el mundo nunca había visto antes, como ellos sabían por propia experiencia... Luego, a modo de contraste, se explayaron sobre las fechorías de nuestro propio Emperador, describiendo cómo al comienzo de su reinado había despertado grandes esperanzas en la ciudad, sólo para hacernos bajar de las nubes al borde de un precipicio.

En respuesta, una lluvia de proyectiles, uno de los cuales estuvo a punto de alcanzar al propio Tornices, quien se dio cuenta de que había fracasado. Después de todo, el pueblo no lo quería. Alentados por sobornos secretos de Constantino, sus hombres comenzaron a abandonarlo. En los primeros días de octubre, levantó el campamento y se trasladó al oeste. No fue perseguido de inmediato: los efectivos en la capital eran demasiado escasos. Sólo cuando el ejército del Este, convocado con urgencia desde la lejana Iberia, llegó a la ciudad, Constantino dio la orden de capturarlo. Cuando lo derribaron, había perdido a todos sus partidarios, salvo a uno: un antiguo compañero de armas llamado Juan Vatatzes. Los dos fueron llevados de vuelta a Constantinopla y, como era previsible, quedaron ciegos.

A Constantino Monómaco le gustaba decir a la gente que llevaba una vida de ensueño. Tras el fracaso (por otro golpe de suerte casi increíble) de esta segunda insurrección militar en cuatro años, muchos de sus súbditos debieron estar de acuerdo con él.

En el debilitamiento progresivo de la fuerza militar del Imperio durante sus doce años y medio de reinado, Constantino debe asumir la mayor parte de la responsabilidad. Si Basilio II hubiera estado en el trono, es imposible imaginar que hubiera permitido a las tribus

pechenegas cruzar el Danubio en 1047 o en esa fecha y establecerse permanentemente en territorio imperial. Más de un siglo antes, Constantino Porfirogénito había subrayado la necesidad de mantener a esta raza bárbara, la más peligrosa de todas, bajo vigilancia constante. Su propia política había sido comprar su alianza con generosos regalos, utilizándolos para atacar a sus enemigos -búlgaros o magiares- por la retaguardia y así impedir cualquier avance hacia el sur por parte de los rusos. Sin embargo, con la conquista de Bulgaria por Basilio y la ampliación de la frontera imperial a las orillas del Danubio, la situación había cambiado. Ya no había un estado tapón entre Bizancio y las hordas nómadas; Sus incesantes saqueos no se dirigían ahora contra los desafortunados búlgaros, sino contra el propio Imperio. Constantino Monómaco, incapaz de contener la marea, trató de sacarle partido utilizando a los pechenegos como mercenarios, sobre todo para las guarniciones de las fortalezas fronterizas. Sin embargo, demostraron ser demasiado poco fiables: en lugar de mantener la paz, redujeron rápidamente toda la región al caos. Al poco tiempo no tuvo más remedio que tomar las armas contra ellos una vez más, pero una vez más estaba condenado al fracaso. Después de varias derrotas humillantes, volvió al antiguo sistema de sobornos. Sin embargo, a esta altura los pechenegos no eran tan fáciles de comprar. Sólo con concesiones de tierras valiosas y varios títulos honoríficos elevados pudo obtener algo así como una tregua.

Por otra parte, Constantino puede ser absuelto en gran medida de la culpa por la mayor tragedia de todo su reinado -de hecho, uno de los desastres más devastadores que jamás haya sufrido la cristiandad-. El cisma religioso entre Oriente y Occidente tuvo muchas causas, pero la apatía imperial no estaba entre ellas. De hecho, los emperadores bizantinos habían favorecido tradicionalmente el concepto de supremacía romana frente a su propia Iglesia, aunque sólo fuera porque estaban ansiosos por preservar la universalidad de su Imperio y mantener sus reivindicaciones sobre el sur de Italia. Sin embargo, como sabrán los lectores de esta historia, las dos Iglesias se habían ido distanciando durante siglos. Su lento pero constante distanciamiento era en esencia un reflejo de la antigua rivalidad entre el latín y el griego, Roma y Bizancio. El pontificado romano estaba extendiendo rápidamente su autoridad efectiva por toda Europa, y a medida que su poder crecía, también lo hacían su ambición y arrogancia, tendencias que se veían en Constantinopla con resentimiento y no poca ansiedad. También había una diferencia fundamental en la actitud de las dos Iglesias hacia el cristianismo mismo. Los bizantinos, para quienes el Emperador era igual a los Apóstoles y las cuestiones de doctrina sólo podían ser resueltas por el

Espíritu Santo hablando a través de un Concilio Ecuménico, se escandalizaron por la presunción del Papa —quien, en su opinión, era simplemente primus inter pares entre los patriarcas— al formular dogmas y reclamar la supremacía espiritual y temporal; mientras que para las mentes legalistas y disciplinadas de Roma, el antiguo amor griego por la discusión y la especulación teológica siempre fue repugnante y, en ocasiones, chocante. Ya dos siglos antes, las cosas casi habían llegado a un punto crítico a causa de Focio y el Filioque.[1] Afortunadamente, después de la muerte del Papa Nicolás y gracias a la buena voluntad de sus sucesores y del propio Focio, las relaciones amistosas se habían restablecido externamente; pero los problemas básicos seguían sin resolverse, el Filioque seguía ganando adeptos en Occidente y el Emperador mantenía su pretensión de gobernar como Vicegerente de Dios en la Tierra. Era sólo cuestión de tiempo antes de que la disputa estallara de nuevo.

1. Véase el capítulo 6.

El hecho de que esto sucediera en ese momento se debió en gran medida al patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, que había sucedido al viejo Alexis en 1043. Por lo que sabemos de él, no parece una figura atractiva. Después de un largo servicio en la administración civil, se había visto involucrado en una conspiración contra Miguel IV, y fue mientras cumplía una sentencia de exilio consiguiente cuando ingresó en un monasterio y decidió -porque estaba consumido por la ambición- seguir una carrera eclesiástica. Era tan diferente de su predecesor lejano Focio como es posible imaginar. Mientras que este último había sido el mayor erudito de su época, Cerulario era un teólogo mediocre con sólo un conocimiento superficial de la historia de la Iglesia; mientras que Focio había sido un hombre muy culto, inteligente y encantador, Cerulario era rígido y de mente estrecha: un burócrata de pies a cabeza.[2] Sin embargo, era -como era de esperar- un administrador capaz y eficiente; poseía una voluntad de hierro; y -aunque no es inmediatamente fácil entender por qué- gozó de considerable popularidad en Constantinopla.

2. Parece que también tenía en su carácter una vena de pura venganza, de la que dio una desagradable demostración en su trato con su antiguo enemigo Juan el Orphanotrophus. Al ascender al trono, Constantino había mostrado compasión por esta figura ahora patética al trasladarlo de la terrible Monobatae a su propio lugar de exilio anterior en Lesbos; por otra parte, uno de los primeros actos del nuevo patriarca había sido cegarlo.

Si el patriarca fue el instrumento de la nueva disputa, su ocasión fue el alarmante aumento del poder de los normandos en el sur de Italia. El 17 de julio de 1053, el papa León IX, decidido a eliminar a

esos bandidos piratas de una vez por todas, los había atacado con un ejército grande y heterogéneo cerca de la pequeña ciudad de Civitate; pero había sufrido una derrota ignominiosa y había sido prácticamente prisionero en Benevento durante ocho meses, regresando a Roma en abril siguiente justo a tiempo para morir. El ejército bizantino no había aparecido en Civitate -para furia de los papalistas, que comprensiblemente se sintieron traicionados-, pero sus líderes estaban tan aprensivos ante la amenaza normanda como el propio papa, y estaba bastante claro para Argiro, el comandante lombardo de las tropas imperiales en la península, que la única esperanza de salvar la provincia para el Imperio residía en una alianza con el papado. El emperador, que admiraba y respetaba a Argiro, estuvo de acuerdo de todo corazón.

Cerulario, por su parte, veía la cuestión desde una perspectiva exclusivamente eclesiástica y declaró inmediatamente su oposición acérrima. Despreciaba a los latinos y desconfiaba de ellos; sobre todo odiaba la idea de la supremacía papal, y sabía que una alianza de ese tipo, incluso si conseguía expulsar a los normandos, impediría de hecho que los territorios que antes estaban en manos de los normandos volvieran a la jurisdicción de Constantinopla. Incluso antes de Civitate había asestado su primer golpe: al enterarse de que los normandos, con la aprobación papal, estaban imponiendo costumbres latinas -en particular el uso del pan ácimo para el sacramento- en las iglesias griegas del sur de Italia, ordenó inmediatamente a las comunidades latinas de Constantinopla que adoptaran las costumbres griegas, y cuando se opusieron, las cerró. Luego, y más desastroso todavía, persuadió al jefe de la Iglesia búlgara, el arzobispo León de Ochrid, para que escribiera al obispo ortodoxo Juan de Trani en Apulia una carta -para ser enviada a "todos los obispos de los francos, a los monjes, al pueblo y al muy venerable Papa mismo- en la que condenaba violentamente ciertas prácticas de la Iglesia romana como pecaminosas y "judaicas".

Una copia de esta carta, en una traducción latina aproximada, llegó al Papa León durante su cautiverio en Benevento. Furioso, preparó una respuesta detallada -dirigida insultantemente «a Miguel de Constantinopla y León de Ochrid, obispos»- defendiendo los usos del latín a los que el patriarca había objetado y exponiendo todos los argumentos en favor de la supremacía papal; tal vez fue mejor que antes de que pudiera ser enviada llegaran dos cartas más, una de las cuales llevaba al pie la enorme letra púrpura del propio Emperador. El texto se ha perdido, pero es poco probable que contuviera nada destacable: la respuesta de León que sobrevivió sugiere que expresaba

su pesar por Civitate y hacía vagas propuestas para un mayor fortalecimiento de la alianza. Mucho más sorprendente fue la segunda carta que, aparte de algunas infelicidades verbales, parecía irradiar conciliación y buena voluntad. No contenía ninguna referencia a los ritos en disputa, rezaba por una unidad más estrecha entre las dos Iglesias -y estaba firmada por Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla.

Es posible que haya sido el propio Emperador quien persuadió al Patriarca para que extendiera esta evidente rama de olivo, aunque es más probable que haya sido el obispo de Trani, para quien el asunto era mucho más inmediato y que habría comprendido perfectamente lo mucho que estaba en juego. En cualquier caso, parece que Cerulario hizo un esfuerzo genuino; el Papa León habría hecho bien en pasar por alto la pequeña indirecta ocasional (por ejemplo, se dirigieron a él como "hermano" en lugar de "padre") y dejar el asunto así. Pero León todavía estaba enojado y, muy probablemente, ya mortalmente enfermo; y su secretario principal, el cardenal Humberto de Mourmoutiers -que en los acontecimientos que siguieron se mostraría no menos intolerante y mordaz que el propio Patriarca- no tuvo dificultad en persuadirlo para que pusiera su nombre en dos cartas más y aprobara el envío de una legación oficial para entregarlas personalmente en Constantinopla.

La primera de estas cartas, dirigida al Patriarca, se dirigía a él como «Arzobispo», lo que era al menos un grado más cortés que la anterior; pero lo castigaba por su imperdonable presunción al cuestionar incluso los usos latinos, lo acusaba de tener pretensiones de autoridad ecuménica (lo que probablemente se debía a un error en la traducción latina de su carta) y finalmente sugería que su elección había sido anticanónica, una injuria deliberada para la que no había justificación alguna. La segunda carta estaba dirigida al Emperador y, como hemos visto, estaba dedicada en gran parte a asuntos políticos. Sin embargo, tenía un aguijón en la cola: el último párrafo contenía una vehemente protesta contra las «muchas e intolerables presunciones de Cerulario... en las que si -¡Dios no lo quiera!- persiste, de ninguna manera conservará nuestra pacífica consideración». El Papa concluyó con un elogio a los legados que llevarían las dos cartas a Constantinopla. Confiaba en que se les brindaría toda la ayuda posible y que encontrarían al Patriarca debidamente arrepentido.

León era un hombre capaz e inteligente, pero esta vez había calculado mal. Como necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir contra la amenaza normanda, debería haber aprovechado la

oportunidad de conciliarse con la Iglesia ortodoxa; y si hubiera estado un poco mejor informado sobre los asuntos de Constantinopla, habría sabido que el Emperador -que, como él, era un hombre moribundo- nunca intentaría pasar por encima del Patriarca, que tenía un carácter mucho más fuerte y todo el peso de la opinión pública detrás de él. Aún más imprudente fue su elección de legados para esta misión particularmente delicada: el propio Humberto -de mente estrecha, testarudo y rabiosamente antigriego- y otros dos,

El cardenal Federico de Lorena (más tarde Papa Esteban IX) y el arzobispo Pedro de Amalfi, ambos habían luchado en Civitate y guardaban un amargo rencor contra los bizantinos por haberlos defraudado.

Los tres prelados llegaron a Constantinopla a principios de abril de 1054. Desde el principio, todo fue mal. Cuando fueron a ver al patriarca, se sintieron inmediatamente ofendidos por la forma en que fueron recibidos y se marcharon enfadados, dejando atrás la carta papal. Cuando Cerulario la leyó, fue él quien montó en cólera. Sus peores sospechas se confirmaron: se vio obligado a hacer un gesto de conciliación contra su mejor criterio, pero ahora se encontró con que se la devolvían en la cara. Y lo peor estaba por venir: los legados, que habían sido recibidos por el emperador con su habitual cortesía, se habían sentido alentados por la recepción a publicar, en traducción griega, el texto completo de la carta anterior del Papa al patriarca y al arzobispo de Ochrid, aún sin enviar, junto con un memorándum detallado sobre los usos en disputa.

Para Miguel Cerulario, este era el insulto final. Había una carta dirigida a él, de cuya existencia no había tenido conocimiento hasta que circularon copias por toda la ciudad. Mientras tanto, un examen más detallado de la segunda carta (que al menos, en cierto modo, había sido entregada) reveló que los sellos que la cubrían habían sido alterados. Si (como parecía demasiado claro) los legados la habían abierto, ¿a quién no se la habrían mostrado? Por lo que sabía, incluso podrían haberla alterado. Estos supuestos legados, decidió, no sólo eran descorteses, sino directamente deshonestos. Anunció de inmediato que se negaba a aceptar su autoridad como legado o a recibir más comunicaciones de ellos.

Obviamente, una situación en la que una legación papal plenamente acreditada, recibida cordialmente por el Emperador, permaneciera sin ser reconocida e ignorada por su Patriarca no podía durar mucho tiempo; y fue una suerte para Cerulario que, unas semanas después de su llegada, llegara la noticia de que el Papa había

muerto en Roma. Humberto y sus colegas habían sido los representantes personales de León; su muerte, en consecuencia, los privó de toda posición oficial. Es fácil imaginar la satisfacción del Patriarca ante este acontecimiento; sin embargo, debe haber sido mitigada en cierto modo por la ausencia de cualquier desconcierto evidente por parte de los legados. Su conducta adecuada en esas circunstancias habría sido regresar de inmediato a Roma; en cambio, permanecieron en Constantinopla aparentemente despreocupados por lo que había sucedido, volviéndose más arrogantes y prepotentes con cada día que pasaba. La publicación de la carta papal provocó una firme réplica de un monje del Studium llamado Nicetas Stethatus, en la que criticaba en particular el uso del pan ácimo por parte de los latinos, su hábito de ayunar el sábado y sus intentos de imponer el celibato a su clero. Aunque no era un documento particularmente impresionante, estaba redactado en un lenguaje cortés y respetuoso; pero provocó de Humberto, en lugar de una respuesta razonada, un torrente de invectivas estridentes, casi histéricas. Despotricando página tras página, describiendo a Stethatus como "proxeneta pestilente" y "discípulo del maligno Mahoma", sugiriendo que debía haber surgido de un teatro o burdel en lugar de un monasterio y finalmente pronunciando anatema sobre él y todos los que compartían su "doctrina perversa" -que, sin embargo, no hizo ningún intento de refutar- el cardenal sólo puede haber confirmado al bizantino medio en su opinión de que la Iglesia de Roma ahora consistía en poco más que un grupo de bárbaros crudos con los que ningún argumento, y mucho menos acuerdo, podría ser posible.

Miguel Cerulario, encantado de ver a sus enemigos no sólo despojados de su autoridad, sino también haciendo el ridículo, siguió guardando silencio. Incluso cuando el Emperador, que ahora temía con razón por el futuro de la alianza papal en la que había puesto su corazón, obligó a Estetato a retractarse y disculparse; incluso cuando Humberto pasó a plantearle a Constantino toda la cuestión del Filioque, cuyo repudio se había convertido para entonces en piedra angular de la teología bizantina, ni una palabra salió del Palacio Patriarcal, ninguna señal de que las autoridades ortodoxas tomaran nota de la indigna disputa que ahora era el tema de conversación de la ciudad. Al final, como Cerulario sabía que sucedería, Humberto perdió los últimos jirones de su paciencia. A las tres de la tarde del sábado 16 de julio de 1054, en presencia de todo el clero reunido para la Eucaristía, los tres exlegados de Roma, dos cardenales y un arzobispo, todos con sus uniformes canónicos, entraron en la Gran Iglesia de Santa Sofía y se dirigieron al altar mayor, donde depositaron formalmente su solemne bula de excomunión. Una vez hecho esto,

dieron media vuelta y abandonaron el edificio, deteniéndose sólo para sacudirse simbólicamente el polvo de los pies. Dos días después, tras despedirse formalmente del Emperador, que permaneció tan cortés como siempre y los colmó de regalos, partieron hacia Roma.

Incluso si ignoramos el hecho de que los legados no tenían ninguna autoridad papal y que, en consecuencia, la bula misma era inválida según todos los criterios del derecho canónico, sigue siendo una obra asombrosa. Sir Steven Runciman la describe así:

Pocos documentos importantes han estado tan llenos de errores demostrables. Es realmente extraordinario que un hombre de la erudición de Humberto haya podido escribir un manifiesto tan lamentable. Empezaba negándole a Cerulario, tanto personalmente como en su calidad de obispo de Constantinopla, el título de patriarca. Declaró que no había nada que decir contra los ciudadanos del Imperio o de Constantinopla, sino que todos los que apoyaban a Cerulario eran culpables de simonía (que, como Humberto sabía, era el vicio dominante de su propia Iglesia), de alentar la castración (una práctica que también se seguía en Roma), de insistir en rebautizar a los latinos (lo que, en ese momento, era falso), de permitir que los sacerdotes se casaran (lo que era incorrecto; un hombre casado podía convertirse en sacerdote, pero nadie que ya estuviera ordenado podía casarse), de bautizar a las mujeres en labor de parto, incluso si estaban muriendo (una buena práctica cristiana primitiva), de desechar la Ley Mosaica (lo que era falso), de negar la comunión a los hombres que se habían afeitado la barba (lo que nuevamente era falso, aunque los griegos desaprobaban a los sacerdotes afeitados) y, finalmente, de omitir una cláusula en el Credo (que era exactamente lo contrario de la verdad). Después de tales acusaciones, las quejas sobre el cierre de las iglesias latinas en Constantinopla y de desobediencia al papado perdieron su efecto.1

La noticia de la excomunión se extendió como un reguero de pólvora y se celebraron manifestaciones en apoyo del patriarca por toda la ciudad. Al principio se dirigieron principalmente contra los latinos, pero no pasó mucho tiempo antes de que la multitud encontrara un nuevo objetivo para su resentimiento: el propio Emperador, cuya evidente simpatía por los legados se creía, con razón, que los había alentado en sus excesos. Afortunadamente para Constantino, tenía un chivo expiatorio a mano. El propio Argiro estaba en Italia, todavía sin saber lo que había sucedido y todavía trabajando para la alianza papal; pero los miembros de su familia que estaban en la capital fueron arrestados al instante. Esto apaciguó el sentimiento

popular hasta cierto punto, pero solo cuando la bula fue quemada públicamente y los tres legados fueron anatematizados formalmente, la paz regresó.

Tal es la secuencia de acontecimientos que se produjeron en Constantinopla a principios del verano de 1054 y que dieron como resultado la separación definitiva de las Iglesias de Oriente y Occidente. Es una historia poco edificante porque, por inevitable que haya sido la ruptura, los acontecimientos en sí nunca debieron -y nunca tuvieron que- ocurrir. Más fuerza de voluntad por parte del Papa moribundo o del Emperador amante de los placeres, menos intolerancia por parte del Patriarca de mente estrecha o del Cardenal testarudo, y la situación se podría haber salvado. La crisis inicial surgió en el sur de Italia, la única zona crucial en la que era más vitalmente necesario un entendimiento político entre Roma y Constantinopla. El golpe fatal lo dieron los legados desposeídos de poder de un Papa muerto, que representaban a una Iglesia sin cabeza -ya que el nuevo Pontífice aún no había sido elegido- y que utilizaron un instrumento a la vez anticanónico e inexacto. Tanto la excomunión latina como la griega estaban dirigidas personalmente a los dignatarios infractores, en lugar de a las Iglesias que representaban; Ambas podrían haber sido rescindidas más tarde, y ninguna de ellas fue reconocida en su momento como iniciadora de un cisma permanente. Técnicamente, en realidad, no lo hicieron, ya que en dos ocasiones en siglos sucesivos -en el siglo XIII en Lyon y en el siglo XV en Florencia- la Iglesia de Oriente se vio obligada, por razones políticas, a reconocer la supremacía de Roma. Pero aunque una venda temporal puede cubrir una herida abierta, no puede curarla; y a pesar del bálsamo aplicado por el Concilio Ecuménico de 1965, la herida que fue infligida conjuntamente hace nueve siglos a la Iglesia cristiana por el Cardenal Humberto y el Patriarca Cerulario todavía sangra hoy.

A pesar de los diversos desastres (políticos, espirituales y militares) que marcaron el reinado de Constantino Monómaco, la vida para las clases acomodadas de la capital debió de ser más agradable de lo que había sido durante muchos años. El emperador, a pesar de todos sus defectos, poseía un sentido de la elegancia y el estilo que había faltado lamentablemente durante el régimen austero de Basilio II y los de los mal educados y groseros paflagonios que lo siguieron. Desde los días de Constantino Porfirogénito, las ceremonias de la corte nunca habían sido tan magníficas ni los entretenimientos tan suntuosos. Y si bien el propio basileo no era un intelectual, ciertamente no era inculto: fomentaba activamente las artes y las ciencias y le gustaba rodearse de hombres de verdadero saber. De

ellos, el más notable fue Miguel Pselo: historiador, político, humanista, filósofo y, con mucho, el erudito clásico más distinguido de su tiempo. Además, era un orador de una habilidad excepcional, en una época en la que ese arte en particular era mucho más importante que hoy. Lo lamentable es que también fuera egoísta, santurrón, insufriblemente vanidoso y, como veremos, capaz, cuando la ocasión exigía, de la más negra perfidia.

Los intelectuales que acompañaban a Psellus en el círculo íntimo del emperador eran su amigo más antiguo e íntimo, el abogado Juan Xifilino de Trebisonda, que poseía una memoria tan prodigiosa que se decía que llevaba en la cabeza todo el código legal del Imperio; su antiguo maestro, el poeta y erudito Juan Mauropoo; y el primer ministro, Constantino Likhoudes. Fue a ellos a quienes se debió principalmente el renacimiento cultural de mediados del siglo XI, sobre todo a ellos, que fueron responsables del resurgimiento en 1045 de la Universidad de Constantinopla. Su primera preocupación fue la Facultad de Derecho, que había caído tan bajo Basilio que, cuando llegó al poder Monómaco, no quedaba ni un solo profesor de jurisprudencia en la ciudad. Ahora, totalmente reconstituida por Mauropoo, tenía a su cabeza a Juan Xifilino, a quien se le dio el sonoro título de nomophylax, "Guardián de la Ley". Los cursos de la nueva Facultad de Filosofía, confiados a Psellus como «Cónsul [hypatus] de los Filósofos», se abrían con el antiguo trivium de gramática, retórica y dialéctica, continuaban con el quadrivium de aritmética, geometría, astronomía y música y terminaban con la filosofía misma, síntesis última de todo el conocimiento.

En pocos años, la universidad había recuperado su fama en toda la cristiandad y más allá de ella. Durante los dos últimos siglos, los árabes, y no los griegos, habían dominado el mundo intelectual; los llamados sabios de Constantinopla, decían, no eran ni siquiera mulas, sino burros. Ahora, gracias a Pselo y sus amigos -y al mecenazgo ilustrado de Constantino Monómaco- Bizancio había recuperado su antigua reputación y se había convertido de nuevo en un punto de encuentro para los eruditos de Europa y Asia. Como escribió modestamente Pselo a Miguel Cerulario:

Los celtas y los árabes son ahora nuestros prisioneros. Mi fama los atrae a nuestra ciudad, tanto de Oriente como de Occidente. El Nilo puede regar la tierra de los egipcios, pero son mis palabras de oro las que alimentan su espíritu. Preguntadle a los persas y a los etíopes: os dirán que me conocen, que me admiran y me buscan. Hace poco llegó un babilonio, impulsado por un deseo insuperable de beber de la

fuente de mi elocuencia.

Todo esto debió de obrar maravillas para la reputación internacional del Imperio, que había ido decayendo de forma constante en el cuarto de siglo transcurrido desde la muerte de Basilio II; pero el mayor beneficio se sintió en el interior del país. Hacía años que escaseaban los jueces debidamente cualificados e incluso los funcionarios públicos formados. A finales del reinado de Constantino, la nueva universidad estaba produciendo un flujo constante de jóvenes muy instruidos a los que el gobierno podía recurrir para sus administradores superiores. Su experiencia sería más necesaria que nunca en los años venideros.

Constantino IX nunca recuperó su prestigio tras la marcha de Humberto y sus amigos. Siguió siendo sospechoso (con razón) de simpatías prolatinas, y sus excusas débiles y serviles ante el patriarca -en las que intentaba echar la culpa a todo el mundo menos a sí mismo- no impresionaron a nadie. Pero en cualquier caso ya era una figura patética. Poco después de su humillación se retiró a su monasterio de Manganes, donde ya le esperaba su tumba, junto a la de la Esclerina. Era, quizá, la fundación más suntuosa que jamás había visto Constantinopla. Psellus escribe:

El edificio estaba decorado con estrellas doradas, como la bóveda celestial, pero mientras que el cielo tiene sus estrellas sólo a intervalos, aquí la superficie estaba completamente cubierta de oro, que brotaba de su centro en un flujo interminable. Alrededor había otros edificios más pequeños, rodeados total o parcialmente por claustros. El suelo estaba nivelado en todas partes y se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista. Luego había un segundo círculo de edificios, más grande que el primero, con césped cubierto de flores... Había fuentes que llenaban estanques de agua; jardines, algunos de ellos colgantes, otros en pendiente hasta el nivel del suelo; y un baño de una belleza indescriptible.

En este baño el emperador permanecía acostado varias horas todos los días, en un intento de encontrar algún alivio a su constante dolor; pero en algún momento del otoño de 1054, cuando el aire ya se estaba volviendo frío, permaneció demasiado tiempo allí. Como consecuencia, sufrió una pleuresía. Al principio pareció recuperarse, pero luego su condición comenzó a deteriorarse rápidamente. Se demoró hasta el año nuevo; luego, el 11 de enero de 1055, murió.

19
Preludio a la catástrofe

[1055-9]

Se podría pensar que su entrada en la capital había sido una revelación del propio Dios... He participado en muchas procesiones imperiales y he asistido a ceremonias de carácter más religioso, pero en toda mi vida nunca he visto tanto esplendor. No eran sólo los habitantes de la ciudad, ni el Senado, ni la multitud de agricultores y comerciantes los que formaban la alegre multitud; también había estudiantes de las facultades teológicas, habitantes de las cimas de las montañas y eremitas que habían abandonado sus ermitas en las tumbas excavadas en la roca; también los estilitas, ya se hubieran escabullido de sus rocas, o hubieran bajado de sus perchas aéreas, o hubieran cambiado las alturas de las montañas por las llanuras, todos hicieron de la procesión del Emperador en la ciudad un espectáculo memorable.

Michael Psellus, sobre la entrada de Isaac I en Constantinopla

Constantino IX murió viudo. Tres años después de la revuelta de Tornices y cuatro años antes del cisma, en 1050, en una fecha exacta desconocida, su esposa Zoe había fallecido antes que él. Sorprendentemente, tal vez, se sintió desolado. Es cierto que le debía mucho: no sólo su corona, sino también su vida cuasi conyugal con su amante, que habría sido imposible si la vieja emperatriz no la hubiera visto con buenos ojos. Por otra parte, ella era muchos años mayor que él, y el aspecto físico de su propio matrimonio -si es que realmente existió- había sido de corta duración y marcado, hasta donde podemos ver, por una clara falta de entusiasmo por ambas partes. Por lo tanto, para mucha gente su dolor parecía algo exagerado, en particular cuando interpretó el crecimiento de un pequeño hongo en una de las columnas que sostenían el baldaquino de su tumba como una señal milagrosa de que ahora ella estaba contada entre los ángeles.[1]

1. En la pared este de la galería sur de Santa Sofía se puede ver una representación contemporánea en mosaico de Zoe y Constantino flanqueando la figura de Cristo, pero las tres cabezas han sido obviamente alteradas. El retrato de Zoe representa a una mujer mucho más joven y bien puede datar originalmente de

la época de su matrimonio con Romanus Argyrus; pero probablemente fue profanado posteriormente por Miguel V después de exiliarla, y habría sido restaurado sólo después de su muerte en 1042. El supuesto retrato de Constantino es aún más sospechoso, ya que probablemente reemplaza a uno de Miguel IV, que a su vez reemplazó a uno de Romanus: no es de extrañar que las letras sobre él sean casi ilegibles.

Sea como fuere, tras la muerte de Constantino sin descendencia legítima, la corona imperial recayó de nuevo en Teodora. Su presencia imperial desde que la sacaron del monasterio trece años antes había sido, como mínimo, oscura; pero ahora, negándose como siempre a contemplar la idea del matrimonio -por teórica que fuera-, decidió gobernar en su propio nombre. Lo hizo, según todos los indicios, con notable eficiencia: impartió justicia, promulgó leyes, recibió embajadores y resistió tenazmente los repetidos intentos del patriarca de tomar las riendas del gobierno. Sin embargo, quedaba una pregunta sin respuesta: ¿quién iba a sucederla? Ella misma todavía mostraba pocos signos de edad -tanto mental como físicamente, parecía estar en tan buenas condiciones como siempre-, pero ya tenía setenta y siete años y no podía durar eternamente. Evidentemente, debía nombrar un sucesor, pero era supersticiosa y le aterrorizaba la muerte, y no se la podía convencer de que se concentrara en el único problema cuya urgencia e importancia aumentaban con cada día que pasaba.

La situación seguía sin resolverse cuando, en los últimos días de agosto de 1056, sufrió de repente unos intensos dolores abdominales. Por una vez, no se sospechó que se tratara de un envenenamiento (la causa fue probablemente una apendicitis aguda), pero pronto se hizo evidente que el fin estaba cerca. Sus consejeros se reunieron ansiosos (Psellus, que estaba con ellos, se sorprendió por la forma en que «jugaban con el Imperio como si jugaran a los dados») para discutir quién era el sucesor más adecuado, cuyo nombre presentarían a la mujer moribunda para su aprobación. Su elección finalmente recayó en un anciano patricio llamado Michael Bringas, que anteriormente había tenido el rango de stratioticus, un puesto de servicio civil relacionado con la administración militar.[1] "Estaba", dice Psellus con desdén, "más calificado para gobernar que para ser gobernado y dirigido por otros", pero los cínicos alrededor del trono vieron esto como una clara ventaja: no pedían nada mejor que un cero a la izquierda como Michael, que estaría más que agradecido por su guía y a través del cual podrían dirigir el Imperio como quisieran.

1. Schlumberger parece pensar que Miguel había pasado toda su vida activa en el ejército, lo que seguramente es una interpretación completamente errónea. El nuevo emperador, por el contrario, había sido elegido por la burocracia civil como uno de los suyos y detestaba todo lo militar, como demostrarían los

acontecimientos posteriores.

Cuando se tomó esta decisión —era alrededor del mediodía del 31 de agosto— la vieja emperatriz se estaba hundiendo rápidamente. Ya no podía hablar, pero los más cercanos a ella insistían en que habían visto claramente que asentía con la cabeza en señal de consentimiento. Hubo otra breve demora mientras el patriarca —que siempre se negaba a que se le diera por sentado— pedía garantías de que Miguel había sido nominado por la propia Teodora y no por sus consejeros; sin embargo, finalmente se declaró satisfecho y esa misma tarde procedió a la coronación. Unas horas más tarde, el último representante de la dinastía macedonia había muerto y Miguel VI —conocido a veces como «Stratioticus» pero más a menudo simplemente como «el Anciano»— reinaba supremo sobre el Imperio Romano.

Su reinado comenzó con una gran comedia cuando, a la mañana siguiente, un tal Teodosio, primo o sobrino de Constantino Monómaco, que aparentemente esperaba sucederlo en el trono por derecho propio, intentó un golpe de estado improvisado y logró tomar por asalto la prisión principal, liberando a todos los prisioneros que naturalmente acudieron en masa a su estandarte. Todo fue bien hasta que llegó al palacio; pero allí, cuando se encontró frente a la guardia varega y un destacamento de marineros de la flota imperial, su coraje se evaporó de repente. Se dio la vuelta y se dirigió a Santa Sofía, pensando (es difícil entender con qué motivos) en conseguir el apoyo del patriarca; sin embargo, había juzgado mal a su hombre. Justo cuando estaba a punto de entrar en la iglesia, las puertas se cerraron de golpe en su cara. Sus seguidores se estaban alejando rápidamente y, al poco tiempo, de la fuerza rebelde sólo quedaron Teodosio y su hijo, agazapados en el nártex exterior, demasiado asustados incluso para huir. Tuvieron suerte de escapar con vida, pero nadie parece haberlos tomado lo suficientemente en serio como para cegarlos. Fueron exiliados a Pérgamo, tras haber conseguido sólo aumentar la popularidad del nuevo emperador y fortalecer su posición en el trono.

Miguel VI era descendiente colateral de José Bringas, que había sido primer ministro bajo Romano II y Teófano, pero demostró, trágicamente, muy poca perspicacia política de su antecesor. El gobierno sabio en Bizancio a mediados del siglo XI consistía sobre todo en lograr un equilibrio prudente entre la administración civil y la aristocracia militar: Miguel simplemente consentía a una y victimizaba a la otra. En la primavera de 1057, durante la ceremonia anual de Semana Santa en la que el Emperador tradicionalmente distribuía dádivas a quienes se consideraba que habían sido particularmente meritorios durante el año anterior, todo el Senado, junto con todos los

magistrados superiores y funcionarios públicos, se quedaron atónitos al recibir enormes bonificaciones y ascensos automáticos, algunos de ellos de dos o incluso tres rangos. Luego llegó el turno del ejército. Psellus, una vez más testigo ocular, describe lo que sucedió:

Los hombres que se presentaron eran guerreros nobles, hombres de buena reputación. Después de inclinarse ante él y hacer las reverencias habituales, se les dijo que se hicieran a un lado. En ese momento debería haberlos llamado a un lado individualmente y haber comenzado con algunas palabras de agradecimiento. En lugar de eso, primero los reprendió a todos en bloque y luego ordenó a los dos jefes, Isaac Comneno y Catacalon Cecaumeno, que se pusieran al frente. Luego se volvió públicamente contra Isaac con un torrente de insultos, acusándolo de haber perdido casi todo Antioquía, corrompido su ejército, no haber mostrado señales de liderazgo y malversado dinero público para satisfacer su propia codicia personal. Isaac, que esperaba elogios y ascensos, parecía aturdido por la violencia de esta invectiva. Algunos de sus compañeros generales intentaron defenderlo, pero el Emperador les prohibió hablar.

Fue, desde todos los puntos de vista, una exhibición deplorable. En lo que respecta a los dos generales, el Emperador no tenía el menor motivo para atacarlos, lo que parece haber sido el resultado, sencillamente, de un resentimiento infantil. Durante cuarenta años había sido insultado y tratado con condescendencia por la aristocracia militar; ahora, por fin, estaba en condiciones de decirles lo que pensaba de ellos, y no se anduvo con rodeos. Tampoco, después, expresó ningún arrepentimiento por lo que había hecho. En una segunda entrevista, que tuvo lugar a petición de los generales unos días después, tuvo la oportunidad perfecta de disculparse, o al menos de mostrar un mínimo de buena voluntad. No hizo ni una cosa ni la otra. Y a partir de ese momento su caída estaba asegurada.

Los generales, indignados, decidieron actuar. Estaban hartos de un gobierno de burócratas tímidos, de hombres que sólo pensaban en enriquecerse mientras el ejército se atrofiaba y los enemigos del Imperio avanzaban por todos lados; había llegado el momento, decidieron, de librarse de esa larga sucesión de emperadores débiles e inútiles y de los eunucos epicenos que los manipulaban, y de volver a la antigua tradición romana del imperator, el emperador-general que se pondría a la cabeza de sus tropas y las conduciría a la victoria. Pero ¿quién sería? Isaac Comneno era la elección obvia, pero se negó persistentemente a presentarse como candidato y, en su lugar, se retiró a sus propiedades en Paflagonia. Sus colegas, sin embargo,

permanecieron (con cierto riesgo para ellos mismos) en la capital para hacer sondeos, y pronto se animaron mucho al descubrir que tenían un aliado inesperado, tal vez el partidario no militar más valioso que posiblemente podrían haber esperado: Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, quien, en lugar de cerrar las puertas de Santa Sofía como había hecho al ridículo Teodosio el año anterior, ahora las abrió en secreto a los conspiradores.

Esa misma noche, en la oscuridad de la Gran Iglesia, los jefes militares de Bizancio se reunieron en cónclave para discutir el derrocamiento de Miguel Estratítico y decidir quién sería su sucesor. En vista de la evidente renuencia de Isaac Comneno a ser considerado, seleccionaron en primer lugar a la otra víctima de la ira del viejo emperador, Catacalon Cecaumeno, que tenía la ventaja adicional de ser bastante más joven; pero negó con la cabeza. Isaac, sostuvo, era la única opción posible. Con su imponente presencia y formidable personalidad, se destacaba por encima de los demás. Si sus colegas le pedían formalmente una demanda unánime, ¿cómo podría rechazar la invitación? Y así fue como el 8 de junio de 1057, en su propiedad de Paflagonia, Isaac Comneno se dejó proclamar emperador de los romanos. Un mes más tarde se le unió Catacalon, que marchaba desde su Colonea natal al frente de no menos de ocho batallones que había recogido en el camino: cinco bizantinos, más tres más compuestos por auxiliares extranjeros: varegos, francos y normandos.

El movimiento encabezado por Isaac Comneno contra Miguel Estratítico no fue una simple insurrección. No tenía nada en común con las revueltas de aventureros militares como Jorge Maniakes o León Tornices, por formidables que fueran. Se trataba de una guerra civil a gran escala, en la que prácticamente todo el ejército de Asia marchaba contra el emperador, apoyado por un gran número de bizantinos de todas las clases sociales y condiciones sociales. Además, Isaac, proclamado por sus soldados y levantado en un escudo según la antigua tradición imperial, tenía un derecho al trono mucho más legítimo que Miguel; no llegó como un pretendiente, sino como alguien que, a los ojos de sus seguidores y a los suyos propios, ya era el basileo legítimo. Además, ya se estaban recaudando impuestos en su nombre. No es de extrañar que hubiera poca resistencia a medida que él y Catacalon avanzaban hacia el oeste sobre Constantinopla; en cada parada, cada vez más ciudadanos locales, tanto civiles como militares, acudían en masa a su estandarte; tantos que por momentos parecía amenazar el caos. Afortunadamente, Isaac poseía dotes extraordinarias, tanto de organización como de mando. Se dice que una sola mirada suya bastaba para silenciar a la oposición; los

hombres fuertes temblaban ante su ceño fruncido. En ese momento, introdujo un programa de entrenamiento estricto. Cada recluta era examinado cuidadosamente: a los de capacidad o espíritu inciertos se les asignaban tareas tras las líneas, mientras que a los de valor y obediencia probados se les formaba en nuevas compañías y regimientos. Cada unidad tenía su lugar designado en el campamento o en la marcha, cada hombre su lugar en la unidad. Gracias a la recaudación de impuestos, los soldados recibían su salario puntual y completo.

Miguel Estratítico, por lo que sabemos, no sospechó nada hasta que recibió la noticia de la proclamación de su rival. Entonces tomó la única medida que le quedaba: pidió ayuda al ejército de Europa, complementado por los pocos destacamentos pequeños de Asia que habían permanecido leales. Como fuerza, no era nada impresionante. Al igual que el ejército de Isaac, contenía una gran proporción de mercenarios extranjeros, muchos de los cuales pronto se encontrarían luchando contra sus propios compatriotas. Estaba bajo la autoridad suprema de Teodoro, doméstico de las Escuelas, exeunucos de Teodora que habían sido elevados al rango de proedro; su segundo al mando, el magister Aarón, mucho más experimentado, era miembro de una familia principesca búlgara, pero, por desgracia, resultó ser el cuñado de Isaac Comneno, ya que Isaac se había casado con su hermana Catalina algunos años antes.

Al llegar a Constantinopla a principios de agosto, Teodoro y Aarón se dirigieron inmediatamente a Asia y establecieron su cuartel general en Nicomedia. Fue un error desastroso. Si hubieran continuado hasta Nicea, cuyas enormes murallas dominaban la única ruta que rodeaba el Mármara, Isaac, que no tenía barcos, habría tenido dificultades para seguir avanzando; en cambio, la ciudad se le rindió sin luchar, lo que le proporcionó una base avanzada ideal para las operaciones contra la capital.

Durante unas semanas, los dos ejércitos permanecieron acampados a unas cinco millas el uno del otro, entre Nicomedia y Nicea, mientras los soldados de ambos bandos, que se reunían extraoficialmente en expediciones de forrajeo, intentaban -en general sin éxito- persuadir a sus reacios enemigos para que transfirieran su lealtad. Entonces, por fin, el 20 de agosto, se entabló batalla. No fue la derrota que se podría haber esperado. Teodoro y Aarón lucharon valientemente, hubo muchas bajas en ambos bandos e Isaac Comneno, que de alguna manera se había separado de su ejército, fue atacado por cuatro enormes mercenarios rusos y escapó con vida por poco.

Pero el resultado final era inevitable, y el ejército derrotado de Miguel Estratítico huyó en desorden a Constantinopla, donde sus dos generales presentaron a su jefe sus renuncias formales.

Para el viejo emperador, la única esperanza que le quedaba era la diplomacia. Quizá, mediante astutas negociaciones, todavía se pudiera salvar algo. Uno o dos días después, una delegación formada por Miguel Psellus y dos colegas que él mismo había elegido -el antiguo primer ministro Constantino Likhoudes y el proedro Teodoro Alopus- partió hacia el campamento de Isaac Comneno. Su propuesta era bastante sencilla: que Isaac viniera en paz a Constantinopla, donde sería inmediatamente coronado césar, con la condición de que heredaría el trono a la muerte de Miguel. Los tres embajadores llegaron el 25 de agosto y fueron recibidos de manera informal; casi demasiado informal, pensó Psellus, ya que el general se había limitado al principio a ofrecerles refrescos y a preguntarles cortésmente si habían tenido un viaje cómodo. Sin embargo, al día siguiente, su recepción fue muy diferente:

El espectáculo que se nos presentó ante los ojos fue asombroso. Al principio, nos ensordeció el griterío del ejército. No todos alzaron la voz a la vez: la primera fila lo aclamó primero, luego la segunda, luego la tercera, y así sucesivamente. Después de que la última fila hubo gritado, se produjo un gran rugido unánime que nos golpeó como un trueno.

El Emperador [es decir, Isaac] estaba sentado en un diván coronado con dos reposacabezas, elevado sobre una plataforma alta y revestido de oro, con un taburete a sus pies. Una magnífica túnica le daba un aire de alta distinción. Mantenía la cabeza erguida con orgullo e inflaba el pecho -un esfuerzo que enrojecía profundamente sus mejillas- mientras una mirada distante en sus ojos sugería que estaba hundido en los pensamientos más profundos... A su alrededor había círculos y más círculos de guerreros. Los más cercanos y más importantes comprendían los rangos más altos de la nobleza, hombres que rivalizaban con la majestuosa grandeza de los Héroes Antiguos... En el segundo círculo estaban sus lugartenientes y los combatientes de primera fila, a su alrededor estaban de nuevo las tropas con armas ligeras sin armadura, y detrás de ellos todas las fuerzas que se habían unido a él desde las naciones bárbaras. Había italianos y escitas del Tauro, hombres de aspecto temible con atuendos extravagantes, que miraban ferozmente a su alrededor. Algunos se habían depilado las cejas y se habían cubierto con pintura de guerra, mientras otros conservaban su color natural... Finalmente estaban los guerreros

armados con largas lanzas y llevando sus hachas de guerra de un solo filo sobre sus hombros.

Psellus expuso entonces la propuesta de su señor en un discurso que, según su propia descripción, habría hecho honor al propio Demóstenes. Al principio, nos dice, hubo las inevitables protestas de los soldados allí reunidos; pero a medida que continuó, se fueron calmando gradualmente y, cuando llegó a su perorata, estaba claro que sus argumentos habían prevalecido. Isaac lo tomó a un lado y le dijo que estaría perfectamente contento con el título de César, en el entendimiento de que el Emperador no nombraría a ningún otro sucesor, reconocería los honores que él, Isaac, había concedido a sus principales asociados y le concedería el poder de hacer ciertos nombramientos y ascensos civiles y militares. «Esta noche», concluyó, «cenarás conmigo. Mañana llevarás mi mensaje a tu señor».

Es fácil imaginar el alivio que sintió el emperador Miguel al oír esta noticia. Envió a Psellus de vuelta al campamento para decirle que aceptaba gustosamente todas las condiciones de su rival, que lo recibiría en Constantinopla como a un hijo y lo colmaría de todos los honores y privilegios que quisiera. Isaac, igualmente encantado, comenzó inmediatamente a preparar su partida. Sin embargo, esa misma tarde llegó un mensajero de la capital: un golpe de Estado por parte de ciertos miembros del Senado, ayudados e instigados por el patriarca, había depuesto por la fuerza a Miguel y lo había obligado a refugiarse en Santa Sofía. Al principio, tanto Isaac como Psellus se inclinaron a descartar esto como un rumor; pero finalmente, cuando aparecieron otros mensajeros con las mismas noticias, respaldadas ahora con una cantidad cada vez mayor de detalles circunstanciales, se dejaron convencer. Psellus confiesa francamente que no durmió esa noche: como portavoz de un emperador depuesto que había hecho todo lo posible para mantener a Isaac alejado del trono, sintió que no podía esperar piedad. Pero el general lo recibió a la mañana siguiente con su habitual cordialidad e incluso le pidió consejo sobre el arte de gobernar. El 1 de septiembre de 1057, acompañado por miles de constantinopolitanos que habían cruzado el Mármara para saludarlo, Isaac I Comneno entró triunfante en su capital.

Miguel el Viejo había disfrutado de un año de poder. Para mérito eterno de su sucesor, no sufrió ceguera ni exilio. Le bastó con abdicar. Murió poco después, como ciudadano particular.

No es de extrañar que Isaac Comneno haya elegido que sus monedas lo representen sosteniendo en su mano derecha una espada desenvainada. Subió al trono de Bizancio con un único objetivo en

mente: recuperar para el Imperio, en el menor tiempo posible, la grandeza que había conocido medio siglo antes. Psclos nos dice que se puso a trabajar la misma noche que entró en palacio, antes de bañarse o incluso cambiarse de ropa. Su objetivo era una reforma militar completa y la llevó a cabo con eficiencia militar y crueldad. Esto no quiere decir que impusiera la ley marcial o que nombrara a sus compañeros generales para todos los puestos clave del Estado; por el contrario, nadie comprendía mejor que él los peligros de dejar a demasiados soldados victoriosos ociosos en una ciudad rica y populosa, y una de sus primeras preocupaciones fue pagar a sus hombres y enviarlos de vuelta a sus casas para que esperaran su nueva convocatoria. Tampoco despidió de inmediato a todos los burócratas civiles y senadores de sus puestos. Sin embargo, se aseguró de que el ejército recibiera nuevamente el apoyo financiero que Zoe y su familia habían retenido durante tanto tiempo, y restauró rápidamente el firme gobierno militar en el que, como Basilio II había demostrado de manera concluyente, residía la única esperanza duradera de seguridad imperial.

Pero todo esto requería dinero, y para reparar el inmenso daño que el Imperio había sufrido en los últimos años, Isaac no dudó en recurrir a medidas radicales. Horrorizado al ver cómo las inmensas reservas que Basilio había acumulado habían sido malgastadas por sus sucesores (en gran parte en regalos y edulcorantes para sus partidarios y lujos para sí mismos), se embarcó de inmediato en un programa de confiscación territorial a gran escala. Las antiguas propiedades legalmente poseídas no fueron tocadas -no tenía ningún deseo de reducir el poder de su propia clase aristocrática-, pero grandes extensiones de tierra que recientemente habían sido otorgadas a favoritos y oportunistas fueron confiscadas sin compensación. Las víctimas, siempre que fueran individuos y laicos, podían protestar tan enérgicamente como quisieran; no tenían reparación, y lo sabían.

Por otra parte, cuando Isaac centró su atención en las propiedades de la Iglesia, debió saber que estaba buscando problemas. Miguel Cerulario, que había estado trabajando sin descanso desde su ascenso al trono para consolidar su propia posición, era ahora casi tan poderoso como el propio basilio, y probablemente mucho más popular. El patriarca creía -con buena razón- que él había sido sustancialmente responsable del derrocamiento de Miguel; Isaac, sostenía, le debía su trono, y esperaba algún reconocimiento de este hecho. El emperador, por su parte, estaba perfectamente dispuesto a ser complaciente en áreas en las que los intereses imperiales no estaban, como él lo veía, directamente amenazados. Entregó

voluntariamente la administración de Santa Sofía -antes una responsabilidad imperial- a la Iglesia, y acordó no invadir los dominios eclesiásticos del patriarca, mientras que Cerulario asumió un compromiso similar con respecto a los asuntos seculares del estado. La dificultad era saber exactamente dónde debía trazarse la línea divisoria entre ellos; y sobre este tema en particular el Patriarca tenía sus propias ideas muy definidas, en cuya expresión enérgica no dudó en citar la Donación de Constantino,[1] en amenazar a Isaac con la destitución y -si hay que creer a Juan Scylitzes- incluso en un momento dado en ponerse las botas púrpuras del Emperador.

1. La teoría según la cual Constantino el Grande había dejado deliberadamente su corona imperial a la Iglesia para que ésta la otorgara a quien quisiera como emperador temporal de los romanos. Véase Byzantium: The Early Centuries, pág. 379.

Para Isaac, esto era ir demasiado lejos. Mientras Cerulario permaneció en Constantinopla, su popularidad era tan grande que nadie podía tocarlo; pero cuando el 8 de noviembre de 1058 abandonó la capital para visitar un monasterio situado más allá de las murallas, fue apresado por los guardias imperiales y llevado al exilio. Pero incluso entonces se negó rotundamente a renunciar al trono patriarcal; el emperador no tuvo más remedio que disponer una sentencia formal de destitución. El necesario sínodo se celebró, prudentemente, en una ciudad de provincia; como era de esperar, sus procedimientos se convirtieron en algo sospechosamente parecido a un juicio-espectáculo. El escrito de acusación -redactado, para sorpresa de nadie, por Psellus- acusaba al patriarca de toda clase de herejías, blasfemias y vicios. Podemos estar seguros de que el inflexible patriarca habría presentado una defensa enérgica; pero ya era un hombre viejo y la tensión era demasiado para él. Murió, de rabia y con el corazón destrozado, antes de que se dictara sentencia.

En un principio, Isaac Comneno parecía haber salido victorioso, pero pronto se hizo evidente que la batalla estaba lejos de terminar. La población local, que apenas había contenido su furia ante la detención de su amado patriarca, decidió verlo como un mártir: se produjeron disturbios y, aunque se restableció el orden, el emperador nunca recuperó su popularidad anterior. Así, poco más de un año después de su ascenso al trono, se encontró con que la Iglesia, la aristocracia burocrática y el pueblo de Constantinopla se alineaban implacablemente contra él. Sólo los soldados permanecieron detrás de él, uno por uno; gracias a ellos, defendió con éxito las fronteras orientales, rechazó un decidido ataque de los magiares e incluso mantuvo a raya a los temibles pechenegos. Psellus nos ofrece una

inolvidable descripción de esta formidable tribu:

Son más difíciles de combatir y más difíciles de someter que cualquier otro pueblo... No llevan corazas, grebas ni cascos, ni escudos ni espadas. Su única arma y único medio de defensa es la lanza... No construyen empalizadas ni zanjas protectoras alrededor de sus campamentos. En una densa masa, alentados por la pura desesperación, lanzan sus atronadores gritos de guerra y se lanzan atropelladamente sobre sus adversarios y los hacen retroceder, apretándolos contra ellos en bloques sólidos, como torres, para luego perseguirlos y matarlos sin piedad. Si, por el contrario, la fuerza opuesta resiste su asalto, dan media vuelta y buscan seguridad en la huida. Pero no hay orden en su retirada... Todos se dispersan al mismo tiempo; luego, de alguna manera extraña, se reúnen, uno bajando de una montaña, otro saliendo de un barranco, otro de un río, todos desde diferentes lugares de refugio. Cuando tienen sed y encuentran agua, ya sea en manantiales o en arroyos, se arrojan a ella y la beben de un trago; si no hay agua, cada uno se baja de su caballo, le abre las venas con un cuchillo y bebe la sangre... Después de eso, descuartizan al más gordo de los caballos, prenden fuego a la leña que encuentran a mano y, habiendo calentado ligeramente las extremidades cortadas del caballo en el lugar, se atiborran de carne, sangre y todo. Terminada la comida, regresan apresuradamente a sus primitivas chozas, donde acechan como serpientes en los profundos barrancos y acantilados escarpados que constituyen su hogar.

En esta ocasión, nos cuenta, la visión del ejército de Isaac, con su línea ininterrumpida de escudos, llenó de tal terror a los pechenegos que abandonaron su práctica habitual de tratar de aplastar al enemigo simplemente por el peso de su número. En cambio, atacaron en grupos aislados y, al no causar ninguna impresión, se dispersaron, anunciando simplemente que presentarían batalla en tres días. Al tercer día, Isaac aceptó el desafío y marchó a buscarlos; pero no se veía a nadie. Se contentó con saquear y destruir su campamento y luego regresó a la capital cargado de botín y trofeos.

Isaac Comneno asombraba a todos los que lo rodeaban por su energía aparentemente sobrehumana. Ya fuera trabajando en palacio o en campaña, parecía que apenas necesitaba dormir o descansar. Su única diversión era la caza, a la que se entregaba con la misma determinación incansable que demostraba en cualquier otro campo de actividad; y fue mientras cazaba hacia finales de 1059 cuando contrajo la fiebre que le provocaría una muerte prematura. Al principio no le dio importancia, pero su estado empeoró y al cabo de

unos días se embarcó rumbo a Blaquernas. Pronto quedó claro que no le quedaba mucho tiempo de vida; sin embargo, estaba decidido a regresar al Gran Palacio antes de morir. «Allí», escribe Psellus,

Demostró que no había perdido nada de su antiguo valor. Salió de su habitación rechazando cualquier brazo en el que apoyarse. Era típico del espíritu independiente del hombre. Como un imponente ciprés sacudido violentamente por ráfagas de viento, se tambaleaba al avanzar y le temblaban las manos; pero caminaba sin ayuda. En estas condiciones montó a caballo, pero no sé cómo le fue en el viaje, porque me apresuré a seguir por el otro camino para llegar antes que él. Cuando llegó al palacio pude ver que estaba extremadamente agitado y en un estado de completo colapso. Toda su familia estaba sentada a su alrededor, lamentándose. De buena gana habrían muerto con él, si hubieran podido.

En ese momento, el emperador moribundo manifestó su deseo de entrar en la Iglesia. Su esposa Catalina, hija del búlgaro Juan Vladislav, se opuso enérgicamente, pero él no cambió de opinión e insistió en nombrar allí mismo a su sucesor. Su único hijo había muerto en su juventud, y le quedaban su hija María, su hermano Juan y cinco sobrinos; sin embargo, su elección no recayó en ninguno de ellos. En su lugar, mandó llamar a Constantino Ducas, el más aristocrático de ese grupo de intelectuales que había sido responsable del renacimiento de la universidad unos años antes, y le confió solemnemente el Imperio. Luego él mismo se hizo llevar al monasterio del Studium, donde vistió el hábito monástico y donde, pocos días después, murió.

Tal es, al menos, la versión de los hechos que ofrece Psellus. Otros cronistas cuentan historias algo diferentes, según las cuales Isaac no abdicó en su lecho de muerte, sino voluntariamente -aunque tal vez durante un ataque de depresión- simplemente porque los problemas políticos se volvieron demasiado para él. La verdad exacta es, como sucede con tanta frecuencia, imposible de establecer; sólo se puede decir que la teoría de una abdicación voluntaria difícilmente concuerda con el carácter de Isaac tal como lo conocemos; y que el relato de Psellus, respaldado como está por una gran cantidad de detalles circunstanciales, parece tener el tono de la autenticidad. En cualquier caso, hay una pregunta más importante que plantearse: ¿por qué Isaac no eligió a un soldado como él para sucederlo en el trono, un hombre en quien podía confiar para continuar con esas políticas que (al menos en lo que respecta al ejército) ya habían demostrado su eficacia, en lugar de un burócrata irremediablemente poco práctico y

de mente confusa que -como él debía haber sabido- desharía todo lo que había hecho y simplemente traería de vuelta los viejos y malos días de Constantino IX?

Una vez más, no es difícil ver detrás de toda esta historia la mano de Psellus. Un regreso del partido burocrático al poder había sido impensable dos años antes; ahora, gracias a la impopularidad de Isaac Comneno y a la muerte de Miguel Cerulario, era una vez más una posibilidad. Constantino Ducas era uno de sus amigos más antiguos y cercanos -lo describe en su historia como un modelo entre los hombres- que, nos informa hipócritamente, poseía una ventaja adicional:

Otros podrán hablar de sus muchos y espléndidos éxitos, pero para mí hay una consideración primordial: el hecho de que este hombre, tan admirable en realidad como en apariencia, confiara más en mi juicio que en las maquinaciones de mis rivales. No sé si había visto más pruebas de sabiduría en mis opiniones que en las de los demás o si era porque admiraba mi carácter; pero estaba tan apegado a mí, tanto me amaba más que a los demás, que escuchaba atentamente cada palabra que yo pronunciaba, dependía absolutamente de mí para recibir consejos espirituales y confiaba sus posesiones más preciadas a mi cuidado personal.

Es imposible que Pselo tuviera sobre Isaac Comneno el mismo poder que sobre Constantino Ducas, pero poseía extraordinarios poderes de persuasión y fue él -podemos estar prácticamente seguros- quien de algún modo convenció al moribundo (o, si lo preferimos, simplemente deprimido) Emperador de que Constantino debía ser su sucesor. Si esta hipótesis es correcta, sólo se puede decir que su carga de culpa debe ser realmente pesada, pues no hay ningún Emperador en toda la historia del Imperio Romano tardío cuyo ascenso al trono haya tenido consecuencias más desastrosas. Si Isaac Comneno hubiera conservado su salud y energía, si hubiera reinado veinte años en lugar de dos, habría aumentado la fuerza del ejército hasta el nivel que había alcanzado bajo Basilio II. Entonces, casi con toda seguridad, habría sido más que suficiente para el enemigo que ya estaba reuniendo sus fuerzas a lo largo de la frontera oriental; Isaac habría podido legar su Imperio, invicto e intacto, directamente a su sobrino Alejo; Y el tercer volumen de esta historia habría tenido una historia muy diferente -y mucho más feliz- que contar. Pero no fue así. La muerte trágicamente prematura de Isaac y su inexplicable elección de sucesor hicieron inevitable la primera de las dos grandes catástrofes que finalmente provocarían la caída de Bizancio.

20
Manzikert

[1059-71]

Allí se veía un espectáculo terrible: aquellos célebres regimientos romanos que habían dominado Oriente y Occidente, ahora estaban compuestos por un puñado de hombres, hombres, además, agobiados por la pobreza y la mala salud, que ni siquiera estaban completamente armados. En lugar de espadas y otras armas, tenían, como dice la Biblia, sólo picas y guadañas. Y esto ni siquiera en tiempos de paz. Sin embargo, como hacía tanto tiempo que ningún emperador luchaba allí, carecían de caballos de guerra y de todo tipo de equipo. Y como se los consideraba débiles y cobardes e inútiles, no habían recibido dinero para subsistir ni su asignación habitual para comprar grano. Sus propios estandartes resonaban sordamente al ser golpeados, y parecían sucios y ennegrecidos por el humo; y había pocos que los cuidaran. Todo esto causaba gran tristeza en los corazones de quienes los veían, al pensar en la condición de la que habían salido los ejércitos romanos y en la que habían caído.

Juan Scylitzes

A las pocas semanas de la muerte de Isaac, quedó claro para todos los que tenían ojos para ver que su breve reinado había constituido sólo una pausa momentánea en la decadencia imperial. Ésta había comenzado inmediatamente después de la muerte de Basilio II en 1025, con la ascensión al trono de su desesperado y hedonista hermano; había continuado durante los largos y poco edificantes reinados de Zoe, sus maridos, su hermana y su hijo adoptivo; y ahora, bajo Constantino X Ducas -posiblemente el gobernante más desastroso que haya vestido nunca los botines morados- había llegado a su punto más bajo. No es que hubiera nada malo o malévolo en Constantino. Era, como hemos visto, el amigo íntimo, antiguo alumno y, en cierta medida, la criatura de Miguel Psellus, por cuyo consejo Isaac lo había nombrado su sucesor; era un erudito y un intelectual, y -según los estándares bizantinos, que ciertamente no serían los nuestros- un orador soberbio. Por último, era descendiente de una de las familias más antiguas y ricas de la

aristocracia militar. Si hubiera permanecido fiel a su pasado, si hubiera continuado la obra de Isaac durante los ocho años que iba a reinar, preparando el ejército para el desafío que tan claramente se avecinaba, la situación podría haberse salvado incluso en esta etapa tardía. Pero Constantino X no era un soldado de la naturaleza. Prefería la tranquilidad y las comodidades de Constantinopla, dedicando su tiempo a discusiones eruditas y a redactar disertaciones interminables sobre los puntos más finos de la ley. Y el precio que el Imperio pagó por él fue ciertamente alto.

Una vez más, la burocracia era todopoderosa y operó a una escala sin parangón en ningún otro lugar (con la posible excepción de China) durante varios siglos; pues hay que recordar que el Imperio bizantino, por más que fuera una monarquía absoluta, dirigía su economía según líneas claramente socialistas. Se permitía el capitalismo, pero se controlaba rígidamente en todas sus etapas; la producción, el trabajo, el consumo, el comercio exterior, el bienestar público e incluso el movimiento de población estaban firmemente en manos del Estado. La consecuencia fue un vasto ejército de funcionarios públicos, que recibía órdenes teóricamente del Emperador -aunque en la práctica, la mayoría de las veces, de Psellus y sus amigos- e inspirado, hasta donde se puede ver, por un principio primordial: frenar -si no destruir realmente- el poder del ejército. En los últimos diecisiete años, podrían haber argumentado, el Imperio había experimentado tres insurrecciones militares: dos habían sido sofocadas más por suerte que por cualquier otra cosa, la tercera había triunfado. De ello se deducía que el ejército debía ser humillado y reducido a un estado adecuado de subordinación. Hay que privarlo de fondos, limitar la autoridad de los generales, reemplazar progresivamente a los antiguos soldados campesinos (muchos de los cuales siguieron los consejos del gobierno y compraron su exención del servicio militar) por mercenarios extranjeros.

Lo que Constantino X y su gobierno de intelectuales aparentemente nunca pudieron entender fue, primero, que esas eran las medidas que con mayor probabilidad provocarían más golpes de estado; segundo, que los mercenarios eran, por su propia naturaleza, poco confiables, siendo leales a sus pagadores sólo mientras recibieran su paga, o hasta que alguien más les ofreciera más; tercero, y lo más importante de todo, que el enemigo —el enemigo más formidable que Bizancio había visto desde la aparición de los sarracenos 400 años antes— estaba a las puertas.

Ese enemigo era un pueblo que, al ser relativamente nuevo en la

escena, hasta ahora ha recibido sólo una mención pasajera en este libro. Los turcos selyúcidas aparecen por primera vez como una tribu distintiva en la segunda mitad del siglo X en Transoxania, esa región de Asia Central que se encuentra entre los ríos Oxus y Jaxartes al sudeste del mar de Aral, donde rápidamente adoptaron la fe predominante del islam. En esa época todavía eran completamente nómadas y llevaban una vida de bandidaje: luchaban con las tribus vecinas, saqueaban y pillaban dondequiera que surgiera la oportunidad, encontrando en medio de la guerra constante de los príncipes locales mucho uso para sus pequeños y resistentes caballos de guerra, sus espadas y sobre todo sus arcos, que podían tensar en la silla de montar; disparando tan fácilmente hacia la retaguardia como hacia el frente, rara vez desperdiciaban una flecha. En 1041, bajo el mando de su líder Tughrul Bey, se habían extendido por Persia; Diez años más tarde se apoderarían de Bagdad, estableciendo un protectorado sobre el moribundo califato abasí y proclamando a Tughrul "Sultán y Rey de Oriente y Occidente".

Sin embargo, el califato nunca había sido su objetivo final. Y menos aún el Imperio bizantino, cuya existencia siempre había sido aceptada por los gobernantes del islam. Esta historia ya registra abundantes incursiones y ataques, en ambas direcciones de la frontera; pero la idea de aniquilar Bizancio habría parecido a los sultanes selyúcidas completamente irreal, incluso ridícula. El objetivo final en el que se centraron sus atenciones era el Egipto fatimí, cuyo imperio se extendía ahora por Palestina y Siria hasta Alepo. Como musulmanes suníes ortodoxos, que brillaban con todo el fervor de los conversos recientes, detestaban a estos advenedizos chiítas, que representaban a sus ojos no sólo una herejía indecible sino -ya que se habían atrevido a establecer un califato rival en El Cairo- una ruptura en la unidad fundamental del islam. Sabían que los fatimíes no descansarían hasta haber tomado Bagdad; y estaban decididos a destruirlos antes de que tuvieran la oportunidad de hacerlo. Pero primero había ciertos asuntos que resolver más cerca de casa; y el más importante de ellos era Armenia.

A partir de 1045, según el acuerdo que Juan Smbat, rey de Ani, había hecho con Basilio II casi veinte años antes, la mayor parte de Armenia estaba en manos bizantinas. Su anexión después de la muerte de Juan había sido prácticamente el único éxito diplomático de Constantino Monómaco; en su momento le había dado mucha importancia, pero habría sido mejor que la hubiera dejado en paz, sobre todo porque su política posterior, y la de Constantino Ducas, hacia Armenia difícilmente podrían haber sido más miopes. La razón

por la que el Imperio adquirió esta gran barrera montañosa de una milla de altura en su frontera nororiental sólo puede haber sido estratégica; sin embargo, uno de los primeros actos de Constantino después de su adquisición había sido instituir una feroz persecución religiosa de los armenios, firmemente monofisitas, la forma más segura posible de ponerlos en su contra. Su segundo sucesor, Constantino X, aunque mantuvo la persecución, fue aún más idiota. Armenia mantenía una milicia local de unos 50.000 hombres, para cuyo mantenimiento se condonaban ciertos impuestos imperiales; en su búsqueda constante de nuevas fuentes de dinero, el Emperador ordenó que se restablecieran los impuestos y se disolviera la milicia.

Así fue como Bizancio perdió un inestimable Estado tapón y ganó en cambio, no un baluarte armenio como había esperado, sino lo que hace un siglo podría haberse llamado una cuestión armenia: una minoría descontenta y discordante dentro del Imperio que creaba más problemas de los que resolvía. Los príncipes armenios, dejados a su suerte, habrían ofrecido una resistencia tan tenaz a los invasores musulmanes como siempre lo habían hecho; ahora, desmoralizados y resentidos, se preguntaban si incluso la conquista por parte de los turcos resultaría apreciablemente peor que su actual sometimiento a los griegos.

Tughrul Bey no tardó en sacar partido de esta situación enormemente mejorada. Su primer ataque a Vaspurakan, ya en 1046, fue un fracaso: el gobernador bizantino dejó deliberadamente un cebo en forma de un campamento indefenso y tendió una emboscada a los turcos mientras lo saqueaban. Sin embargo, dos años más tarde, su rebelde medio hermano Ibrahim Inal aprovechó la retirada temporal de las tropas bizantinas en la época de la revuelta de León Tornices e invadió la ciudad de Ardzen. El historiador armenio Mateo de Edesa habla de 150.000 masacrados y continúa describiendo "los hijos tomados como esclavos, los niños estrellados sin piedad contra las rocas, los ancianos venerables humillados en las plazas públicas, las vírgenes de noble cuna deshonradas y raptadas"; Sin duda, Mateo exagera, pero el saqueo de una ciudad rica por parte de los selyúcidas no debe haber sido un espectáculo agradable.[1] A partir de entonces, las incursiones continuaron casi todos los años. En un momento dado, Constantino Monómaco, obligado a retirar tropas del este para hacer frente a una amenaza más inmediata de los pechenegos de los Balcanes, firmó una tregua con Tughrul, pero no duró mucho: en 1054, el sultán selyúcida dirigió personalmente una expedición que asoló el norte y el centro de Armenia y la llanura de Erzurum, avanzando hasta unas cincuenta millas de la propia Trebisonda.

Aunque su entrada en Bagdad en 1055 proporcionó un breve intervalo de alivio, la antigua pauta se reanudó demasiado pronto; ahora, también, los sufrimientos de las poblaciones locales se vieron aumentados por las actividades de los turcomanos, turcos que, aunque aparentemente islamizados, nunca habían abandonado sus hábitos nómadas, se negaron a aceptar la autoridad del sultán y continuaron alegremente la vida de bandidos de sus antepasados.

1. Se dice que los supervivientes escaparon a la vecina ciudad de Teodosiópolis, a la que rebautizaron como su antiguo hogar, Ardzen er-Rum (Ardzen de los romanos), un nombre que con el paso de los años se corrompió hasta convertirse en el moderno Erzurum.

Tughrul murió en 1063 y fue sucedido -después de una buena cantidad de conflictos familiares- por su sobrino Alp Arslan, hijo de su hermano y cogobernante Chagri. Se decía que los bigotes de Alp Arslan eran tan largos que tenían que atárselos a la espalda cuando iba de caza; aparte de eso, los cronistas nos dicen poco sobre su apariencia personal. En cuanto a su carácter, sus relatos difieren. Mateo de Edesa, como era previsible, lo llama bebedor de sangre, y Aristakes lo considera una de las fuerzas del Anticristo; en opinión de Miguel el Sirio, por otro lado, gobernó con justicia y bien. El historiador árabe Ibn al-Adim cuenta una historia que sugiere que no observaba invariablemente las restricciones del Profeta contra el consumo de vino, pero este defecto no era inusual entre los príncipes musulmanes de su época; todo lo que sabemos de él con certeza es que era un comandante soberbio en el campo de batalla. En el momento de su ascenso al trono tenía unos treinta y tres años. A principios del año siguiente, 1064, dirigió una gran expedición contra Armenia y sitió su capital, Ani.

Ningún viajero que visite lo que hoy queda de Ani puede dejar de quedarse sin aliento ante el esplendor del lugar: las imponentes murallas, que todavía se mantienen parcialmente en pie, la ondulada llanura que se extiende más allá de ellas, desde donde se alzan las ruinas de algunas de las iglesias más magníficas de su tiempo (Mateo de Edesa afirma que había mil y una) e -invisible hasta que uno está al borde mismo- el repentino abismo formado por el río hoy conocido como Cayo Arpa y uno de sus afluentes, gracias al cual la ciudad disfrutó de una de las posiciones defensivas más sólidas de la región. Sin embargo, esto fue de poca utilidad contra los selyúcidas. A diferencia de muchos de sus vecinos, Ani opuso resistencia y aguantó veinticinco días antes de rendirse. Se dice que en el último momento sus habitantes enviaron a todas sus doncellas más hermosas y a sus jóvenes más apuestos en un intento de evitar un saqueo; pero Alp

Arslan fue, como de costumbre, despiadado. El historiador árabe Sibt ibn al-Gawzi cita a un supuesto testigo ocular de lo ocurrido:

El ejército entró en la ciudad, masacró a sus habitantes, la saqueó y la quemó, dejándola en ruinas y haciendo prisioneros a todos los que quedaron con vida... Los cadáveres eran tantos que bloqueaban todas las calles; no se podía ir a ninguna parte sin pasar por encima de ellos. Y el número de prisioneros no era inferior a 50.000 almas. Yo estaba decidido a entrar en la ciudad y ver la destrucción con mis propios ojos. Traté de encontrar una calle en la que no tuviera que caminar sobre los cadáveres; pero eso fue imposible.

Incluso los historiadores armenios admiten que la caída de Ani se debió en gran medida a la baja moral de sus habitantes; parece, además, que no había demasiada simpatía entre la población local y los funcionarios bizantinos. Sea como fuere, la ciudad constituyó la única interrupción seria al avance de los selyúcidas. Desde allí pudieron avanzar profundamente hacia el centro de Anatolia, donde el estado de las defensas bizantinas en ese momento se puede juzgar por el hecho de que en 1067 penetraron hasta la Cesarea de Capadocia, que fue sometida a otro saqueo sin piedad, y a cien millas de Ancira (Ankara) antes de retirarse. Más vergonzoso aún es que apenas se alzó una espada contra ellos.

Ese mismo año murió Constantino X. Incluso en su lecho de muerte había hecho todo lo posible por perpetuar su política catastrófica, obligando a su joven esposa Eudocia a jurar que no volvería a casarse y exigiendo a todos los que le rodeaban el compromiso escrito de que sólo reconocerían como sucesor a un miembro de su propia familia. En esto, el moribundo emperador fue casi seguramente instigado por su hermano, el césar Juan Ducas, y por el propio Pselo, que debía saber que no le darían la menor importancia si un miembro de la aristocracia militar llegaba al poder: ya había sido exiliado una vez (para su profundo disgusto) a un monasterio y estaba decidido a no repetir la experiencia. Pero para entonces ya se conocía el destino de Cesarea y la alarma se había extendido por toda Constantinopla. Incluso entre la burocracia civil había muchos que veían que el Imperio sólo podía salvarse mediante un cambio radical de política. El problema era que, salvo que se produjera un golpe de estado, la única manera de garantizar el tipo de Emperador que se necesitaba era que Eudocia se casara con él, lo único que había jurado no hacer.

La propia Emperatriz estaba perfectamente dispuesta a casarse

con otro hombre si podía liberarse de su juramento, pero para ello necesitaba una dispensa tanto del Patriarca como del Senado. Por desgracia, como el primero era el viejo amigo de Pselo, Juan Xifilino (con él prácticamente un miembro fundador del nuevo partido burocrático), mientras que el segundo estaba compuesto casi en su totalidad por personas designadas por Constantino, sus posibilidades parecían escasas. Eudocia, sin embargo, era muy ingeniosa. Con la ayuda de uno de los eunucos de palacio, hizo correr la voz de que estaba considerando seriamente casarse con el hermano del Patriarca, un hombre de ciudad bastante apuesto; y Xifilino, que sabía que su hermano siempre había disfrutado de un éxito considerable con las mujeres, creyó la historia. Por tanto, convocó a los senadores uno por uno, explicándoles a cada uno de ellos por turno la iniquidad del juramento que Constantino había obligado a prestar a su viuda. Se trataba, les dijo, de algo ilícito e injusto, de un intento de un hombre de satisfacer su vanidad personal sin pensar en el bien del Estado. Esto último, continuó, sólo se podría lograr si la Emperatriz se volvía a casar con algún noble distinguido que, a través de ella, heredaría la corona imperial. Algunos senadores estuvieron de acuerdo de todo corazón, otros necesitaron persuasión de un tipo u otro; pero finalmente todos dieron su consentimiento. Ahora, por fin, Eudocia pudo anunciar su verdadera intención: se casaría, no con el hermano del patriarca, sino con un hombre que parecía, más que ningún otro, personificar la aristocracia militar de Anatolia. Su nombre era Romano Diógenes.

El emperador Romano IV, que probablemente se casó y con certeza fue coronado el 1 de enero de 1068, procedía de una antigua y distinguida familia militar con vastas propiedades en Capadocia. Siendo todavía un joven de mediana edad, ya había servido como gobernador de Sardica, en cuya capacidad había obtenido varias victorias sobre los invasores pechenegos; sin embargo, mientras estaba en Bulgaria, había sido acusado de conspiración contra el trono. La sentencia de muerte pronunciada contra él después de su regreso a la capital fue conmutada posteriormente por una de exilio, pero esta también fue levantada tras la muerte de Constantino X; Romano fue liberado y llevado ante la emperatriz, quien se dice que lloró cuando lo vio. El significado de su emoción es incierto; Difícilmente se puede atribuir el matrimonio a un amor a primera vista, aunque Romano, según Miguel Attaleiates, que sirvió con él en el campo de batalla y lo conocía bien, era excepcionalmente apuesto, con hombros anchos y ojos brillantes y centelleantes.[1] En cualquier caso, con lágrimas o sin ellas, la razón principal del matrimonio fue, sin duda, una cuestión política: elevar a un soldado al trono y salvar así al Estado. La

inclinación anterior de Eudocia había sido hacia el otro general destacado de la época, un tal Nicéforo Botaneiates, del que oiremos hablar más a su debido tiempo; sin embargo, como resultado de esta única audiencia, cambió de opinión. Romano, que había partido hacia Capadocia inmediatamente después, ni siquiera había llegado a su casa cuando fue llamado a regresar; el matrimonio y la coronación se produjeron unos días después.

> 1. Attalciates también da a entender que a Eudocia no le gustaba el sexo, pero dado que su única experiencia sexual había sido con su primer marido, esto -por lo que sabemos de él- no resulta del todo sorprendente. De algún modo, en cualquier caso, se las había ingeniado para darle tres hijos.

Es imposible no sentir pena por Romano Diógenes. Aunque era un hombre arrogante y con un fuerte sentido de su propia importancia, también era un administrador capaz y trabajador y un soldado valiente; y reconocía plenamente la gravedad de la amenaza selyúcida. Ya en una ocasión arriesgó su vida para derrocar a un emperador que creía que estaba llevando al Imperio a su destrucción; ahora que se encontraba como el sucesor de ese emperador, se dedicó con espíritu y determinación a restaurar la fortuna imperial, y no fue culpa suya que fracasara. Dondequiera que mirara, cualquier cosa que intentara, los dados estaban cargados en su contra. En Constantinopla, tuvo que enfrentarse a Psellus -que lo detestaba- y a la familia Ducas, que resentía amargamente su ascenso al poder y estaba decidida, tarde o temprano, a provocar su destrucción. En el campo de batalla, encontró un ejército desesperadamente desmoralizado, compuesto en gran parte por mercenarios vacilantes, mal alimentados, mal equipados y con frecuencia al borde del motín. Tanto en 1068 como en 1069 dirigió expediciones militares a Oriente, y el hecho de que alcanzara cierto éxito (sobre todo en Siria, donde capturó Hierópolis (la actual Mambij) y fortaleció considerablemente la posición bizantina) es un notable tributo a su capacidad de liderazgo; pero el relato de esas expediciones realizado por Attaleiates, que lo acompañó como miembro de su tribunal militar, resulta una lectura casi insoportablemente deprimente. El coraje personal del emperador, su determinación de no dejarse vencer por condiciones y circunstancias que habrían llevado a la desesperación a la mayoría de los generales, brilla como un faro en la oscuridad; por lo demás, tenemos una saga raramente interrumpida de frustración y desorganización, de cobardía y caos.

Los combates en Oriente continuaron durante la primera mitad de 1070 y fueron seguidos por una tregua. Sin embargo, esta campaña no estuvo bajo el mando personal de Romano. Cada vez que

abandonaba la capital existía el riesgo de que sus enemigos -Pselo, los Ducas y sus seguidores- intentaran un golpe de Estado, y las tensiones internas durante ese año fueron tales que descartaron cualquier ausencia prolongada de Constantinopla. De hecho, su estancia forzada tuvo una gran ventaja: le permitió dedicar sus energías a mejorar la suerte del ejército, saldar los atrasos de pago, adquirir nuevo equipo, instituir programas de entrenamiento y, en general, reparar al menos parte de los daños causados por Constantino IX y X y sus predecesores. También le dio tiempo para reclutar nuevas fuerzas. La experiencia de los dos últimos años le había demostrado que el ejército existente en Oriente, incluso cuando estaba en su mejor forma de combate, nunca sería suficiente para infligir a las hordas selyúcidas una derrota lo suficientemente decisiva para garantizar la seguridad de Armenia y, a través de Armenia, de Anatolia. La tregua que había concluido recientemente con Alp Arslan era continuamente violada por los invasores turcomanos y, en lo que a él respectaba, era letra muerta; por lo tanto, ya estaba planeando una campaña para 1071 en la que podría lanzar entre 60.000 y 70.000 hombres[1] a la lucha.

1. Estas cifras son, como siempre, puramente conjeturales. Las fuentes bizantinas no dan ninguna información, las musulmanas oscilan entre 200.000 y 600.000 y Mateo de Edesa afirma, grotescamente, un millón. La mayoría de los historiadores modernos parecen estar de acuerdo en que la estimación dada anteriormente es la más probable, aunque el número real podría haber sido de hasta 100.000.

La expedición cruzó el Bósforo en la segunda semana de marzo de 1071 y se dirigió inmediatamente hacia el este. Una vez más, Miguel Attaleiates estaba presente, y su versión de los acontecimientos de ese verano, aunque deja un número tentador de puntos sin explicar y preguntas sin responder, sigue siendo, con mucho, el relato más detallado y confiable que ha llegado hasta nosotros. Como siempre, no oculta su admiración por el Emperador; sin embargo, señala que después de que el ejército hubiera recorrido varios kilómetros, el comportamiento de Romano pareció cambiar:

Se convirtió en un extraño para su propio ejército, estableció su propio campamento y organizó un alojamiento más ostentoso. Cuando el ejército cruzó el río Halys, por ejemplo, él no lo hizo al mismo tiempo, sino que se quedó atrás y pasó algunos días en una fortaleza que se había construido recientemente bajo su mando. Poco después dio una orden para separar sus posesiones privadas de las del ejército.

Scylitzes, cuya narración de este período claramente deriva de Attaleiates, sugiere que Romano se había sentido perturbado por varios supuestos portentos, entre ellos la rotura repentina del poste central de su tienda y un incendio inexplicable en el que perdió gran

parte de su equipo personal, junto con varios de sus mejores caballos y mulas. Bien podría ser así: era una época supersticiosa y los bizantinos eran incluso más crédulos que la mayoría; en cualquier caso, parece haber pocas dudas de que a su arrogancia natural el Emperador añadió ahora varios otros defectos que amenazaban con convertirse en una carga en los días venideros: lejanía, mal carácter, impaciencia con los consejos y una vena de crueldad que no hemos visto antes.[1]

1. En un momento de la campaña, un soldado bizantino acusado de robar un burro a un habitante local y llevado ante el Emperador fue condenado a que le cortaran la nariz, un castigo que afortunadamente había pasado de moda en el siglo VIII. Fue cuando Romano confirmó esta sentencia incluso después de que el pobre hombre hubiera invocado la intercesión de la imagen victoriosa de la Santísima Virgen de Blanquernas (que siempre llevaba el basileo a la batalla), cuando Attaleiates relata su primer presentimiento de la venganza divina que se avecinaba.

Curiosamente, mientras el inmenso ejército bizantino avanzaba por Anatolia, Alp Arslan se dirigía en una dirección completamente diferente. Como no podía controlar a los invasores turcomanos y había negado en muchas ocasiones toda responsabilidad por sus actividades, creía que la tregua del año anterior seguía vigente; por lo tanto, decidió que había llegado el momento de cumplir su anhelada ambición de destruir el califato fatimí. A finales de 1070 abandonó su cuartel general en Jorasán, capturó las fortalezas armenias de Manzikert y Archesh, luego marchó hacia el suroeste hasta Amida y luego a Edesa, donde, hacia fines de marzo, reunió a su ejército bajo las murallas. Apenas había comenzado el asedio cuando recibió un mensaje del Emperador proponiendo una renovación de la tregua y el intercambio de Manzikert y Archesh por Hierápolis en Siria, que había capturado tres años antes. Aceptó y, dejando Edesa intacta, continuó su marcha. Seis semanas después, estaba sitiando Alepo cuando llegó otro enviado de Romano, ahora en Armenia, repitiendo la oferta pero esta vez presentándola en términos claramente amenazantes.

Si Romano hubiera aceptado la oferta de Alp Arslan, habría engañado al sultán. Y aunque no hubiera sido así, ahora estaba en una posición de fuerza y le estaba planteando un ultimátum. Al ver de inmediato que no tenía otra opción que abandonar su expedición fatimí, Alp Arslan dio media vuelta y se dirigió directamente a su patria. Su prisa era tal que no tomó las precauciones adecuadas al volver a cruzar el Éufrates: muchos de sus caballos y mulas fueron arrastrados por la corriente y se ahogaron. Pero eso no le importó. Sabía que, de todos modos, tendría que reunir un ejército mucho mayor antes de poder enfrentarse al emperador en sus propios términos. Envió a su visir Nizam al-Mulk por delante para reclutar

tropas en Azerbaiyán y él mismo se dirigió a Khoi (ahora Khvoi), entre el lago Van y el lago Urmia, recogiendo unos diez mil jinetes kurdos en el camino; allí se le unió su nuevo ejército y partió en busca de su enemigo.

Mientras tanto, Romano había acampado cerca de Erzurum, donde había dividido su ejército en dos. Envió a la mayor parte, bajo el mando de su general José Tarcaniotes, a Khelat (hoy Ahlat), una fortaleza selyúcida fuertemente defendida a pocos kilómetros de la orilla norte del lago Van, mientras que él mismo, junto con su otro comandante principal, Nicéforo Brienio, partió con el resto hacia la pequeña ciudad-fortaleza de Manzikert, que creía que no ofrecería resistencia seria. Resultó que tenía toda la razón: la guarnición se rindió sin luchar. Tarcaniotes, por el contrario, tuvo menos suerte. No sabemos exactamente qué sucedió. Los historiadores musulmanes posteriores hablan de una batalla campal en la que Alp Arslan obtuvo una victoria decisiva, pero ninguna fuente bizantina menciona tal enfrentamiento; la más fiable, Attaleiates, se limita a informar de que la noticia de la llegada del sultán con su nuevo ejército fue suficiente para que el «canalla» Tarcaniotes emprendiera una huida precipitada, con sus hombres tras él. No se detuvieron hasta llegar a Melitene, a orillas del Éufrates, y no volvieron a aparecer durante toda la campaña.

Pero seguramente no fue tan sencillo. José Tarcaniotes era un general muy respetado, al mando de una fuerza de 30.000 a 40.000 hombres, probablemente mayor que todo el ejército selyúcida. Si rechazamos la versión musulmana -que fue derrotado contundentemente en el campo de batalla- nos quedan varias posibilidades más, todas ellas en distintos grados de improbabilidad: que estaba enfadado con Romano, a quien había aconsejado encarecidamente que no dividiera el ejército, y que estaba decidido a demostrarle que estaba equivocado a cualquier precio; que Alp Arslan había cogido a su ejército por sorpresa, y que como no tenía oportunidad de reagruparse, un general sauve-qui-peut era la única respuesta; o -la más intrigante de todas- que Tarcaniotes era un traidor, un instrumento de los Ducas, que había partido de Constantinopla con la intención deliberada de abandonar a su emperador cuando llegara el momento. Si esta teoría parece descabellada en la actualidad, puede que no lo parezca tanto al final de este capítulo; Y también ayudaría mucho a explicar otro misterio: por qué no se envió ninguna palabra de lo que había sucedido a Romano, a sólo treinta millas de distancia, en Manzikert. Pero por mucho que podamos especular sobre la causa de la derrota, su

consecuencia es muy clara: cuando el Emperador finalmente se encontró con los selyúcidas en el campo de batalla, más de la mitad de su ejército lo había abandonado.

Romano Diógenes había capturado la fortaleza de Manzikert, pero no tuvo mucho tiempo para saborear su triunfo. Al día siguiente, algunos de sus hombres, que se encontraban en una expedición de forrajeo, fueron atacados por arqueros selyúcidas a caballo y sufrieron graves bajas. El emperador, suponiendo que no tenía nada más grave que enfrentarse a una pequeña banda de saqueadores, envió un pequeño destacamento de tropas al mando de Brienio, y montó en cólera cuando recibió, una o dos horas más tarde, una petición de refuerzos. Tras algunas vacilaciones, envió una fuerza bastante mayor al mando de un impulsivo armenio llamado Basilacio; trataron de perseguir a los arqueros, pero fueron atrapados por ellos y rápidamente rodeados. El propio Basilacio fue capturado, pero pocos de los que lo siguieron escaparon con vida. Brienio, que volvió a cabalgar, esta vez con todo el ala derecha del ejército tras él, en un intento de rescatar a sus salvadores, se encontró frente a lo que debía haber sido una proporción considerable de todo el ejército selyúcida. Él y sus hombres se retiraron en orden al campamento, pero no antes de recibir no menos de tres heridas, dos de flechas en la espalda y una en el pecho, de lanza. Afortunadamente, las tres resultaron superficiales y pudo continuar la campaña.

Aquella noche no había luna y el ejército bizantino apenas pudo dormir. Los selyúcidas mantuvieron una presión incesante, lanzando una lluvia tras otra de flechas y provocando en general tanto tumulto y confusión en la oscuridad que una y otra vez se creyó que habían derribado las defensas y habían invadido el campamento. A la mañana siguiente, todos se llevaron una agradable sorpresa al descubrir que las empalizadas habían resistido, pero un shock muy desagradable al enterarse de que un gran contingente de mercenarios uz se había pasado al bando de los selyúcidas; había otras unidades turcas en el ejército, cualquiera de las cuales, o todas ellas, podrían seguir su ejemplo en cualquier momento. En tales circunstancias, y con la mitad de su ejército, incluido uno de sus mejores generales, desaparecido sin dejar rastro, se podría haber esperado que el Emperador diera la bienvenida a la delegación que llegó uno o dos días después. Procedía, oficialmente, del califa de Bagdad (aunque, en realidad, era evidente que la había enviado Alp Arslan con la esperanza de que tuviera mejor suerte que una de él mismo) y proponía una tregua.

¿Por qué, nos preguntamos, quería el sultán una? Casi con toda

seguridad porque no estaba nada seguro de la victoria. Sabemos que poco antes de entrar en batalla habló de un posible martirio en el campo de batalla; se vistió de blanco para que, según explicó, su ropa también le sirviera de sudario; y forzó a quienes lo rodeaban a jurar que su hijo Malik-Shah lo sucedería en caso de que muriera. En el pasado, los selyúcidas siempre habían confiado en su habilidad en la guerra irregular, la guerra de incursiones, emboscadas y ataques sorpresa. No les gustaban las batallas campales, que evitaban siempre que podían; y a pesar de las recientes humillaciones bizantinas, todavía conservaban un saludable respeto por el ejército imperial.[1] Además, ¿había, desde el punto de vista del sultán, alguna razón real para luchar? La única diferencia seria de opinión política se refería a Armenia, que tenía un valor estratégico considerable tanto para él como para Romanus. Si ambos pudieran llegar a un acuerdo sobre una división mutuamente aceptable del territorio armenio, ambos ejércitos podrían permanecer intactos y Alp Arslan podría volver su atención a lo que realmente le interesaba: los fatimíes.

1. Pero esto plantea otra cuestión: si los eslovenos hubieran derrotado a los bizantinos en la batalla campal de Khelat, ¿no habría sido el sultán más optimista? Cuanto más se piensa en ello, más se empieza a sospechar que esa batalla nunca tuvo lugar.

Pero la determinación del Emperador se mantuvo firme. Sabía que ésta era su única oportunidad de liberar su Imperio de una vez por todas de la amenaza turca. Alp Arslan estaba a sólo unas pocas millas de distancia con todo su ejército; él mismo, a pesar del desastre de Khelat, todavía comandaba una fuerza que, aunque no era exactamente igual en tamaño, era sin duda mayor de la que probablemente volvería a reunir. Finalmente, si regresaba a Constantinopla sin siquiera haber enfrentado a los selyúcidas en el campo de batalla, ¿qué posibilidades tendría de mantener su trono -o incluso su vida- contra las intrigas de los ducas? Despidió a la embajada con el mínimo de cortesía y se preparó para la batalla.

Es curioso y hasta cierto punto frustrante el hecho de que ni la fecha ni el lugar de una de las batallas más decisivas del mundo puedan ser universalmente aceptados. Los historiadores musulmanes coinciden en que tuvo lugar un viernes y que el mes de agosto fue indudablemente el mes de agosto, pero los eruditos siguen discutiendo si se libró el día 5, el 12, el 19 o el 26. La mayoría de los historiadores europeos parecen haber optado por el 19, pero al hacerlo han ignorado una pista importante: el hecho de que, según Miguel Attaleiates (que estaba allí), la segunda o tercera noche antes de la batalla no tenía luna (aselenos). Ahora bien, en agosto de 1071 la luna

llena cayó el día 13 (calendario juliano), lo que significa que las noches todavía habrían sido brillantes los días 16 y 17; habrían sido mucho más oscuras los días 23 y 24, cuando la luna habría sido visible sólo como una delgada media luna, una o dos horas antes del amanecer. Dejando de lado la posibilidad de que Ateliates simplemente quisiera decir que el cielo estaba nublado –algo extremadamente improbable en ese lugar y estación–, no podemos sino concluir que fue el viernes 26 de agosto cuando se decidió el destino del Imperio bizantino.[1]

1. Por esta información, como por gran parte del resto de este capítulo, estoy en deuda con el difunto Alfred Friendly, cuyo libro The Dreadful Day: The Battle of Manzikert, ha resultado invaluable.

En cuanto al lugar, sabemos que la batalla se libró en una estepa bastante llana, a una milla o dos de la fortaleza de Manzikert (hoy marcada por la moderna ciudad turca de Malazgirt). El cronista Nicéforo Brienio, nieto y homónimo del general de Romano y otra valiosa fuente, añade que en las últimas etapas los bizantinos se encontraron con emboscadas, lo que sugiere -ya que las estepas por su propia naturaleza ofrecen pocos escondites- que también debía haber habido un terreno más accidentado y montañoso cerca. Ahora bien, Armenia es un país montañoso, pero en realidad existe una estepa de esas, de unas tres o cuatro millas de ancho, que se extiende quizá diez millas en un eje sudoeste-noreste inmediatamente al sur y al este de la ciudad. Más allá de ella, una línea de colinas, atravesada por barrancos y barrancos -un terreno ideal para emboscadas- pronto da paso una vez más a las montañas. En algún lugar de esas cuarenta y tantas millas cuadradas, los dos ejércitos se alinearon uno frente al otro, a primera hora de la tarde de ese viernes, y se entabló batalla.

¿O no? El hecho es que Manzikert, a pesar de toda su importancia histórica, no fue hasta sus últimas fases una batalla en absoluto. Romano había formado su ejército según los manuales militares tradicionales, en una larga línea de varias filas de profundidad, con la caballería en los flancos. Él mismo ocupaba el centro, con Brienio a la izquierda y, a la derecha, un general capadocio llamado Aliates. Detrás había una retaguardia sustancial compuesta, según se nos dice, por las «levas de la nobleza» -de hecho, los ejércitos privados de los grandes terratenientes- bajo el mando, algo sorprendente, de Andrónico Ducas, hijo de César Juan Ducas y sobrino del difunto emperador. Este joven parece no haber ocultado su desprecio por Romano, y lo sorprendente es que éste le haya permitido participar en la campaña. Es de suponer que pensó que era más seguro tenerlo bajo su vigilancia como posible rehén en lugar de

dejarlo para que provocara disturbios en Constantinopla; Si fue así, fue el error más grave de su vida.

Durante toda la tarde, el ejército imperial avanzó a través de la estepa, pero en lugar de avanzar para encontrarlos, los selyúcidas se retiraron gradualmente en una amplia medialuna, dejando la iniciativa a sus arqueros montados que galopaban arriba y abajo por los flancos bizantinos, lloviendo

Los enfurecidos jinetes rompían la línea y los perseguían hasta las colinas, directamente, no hace falta decirlo, hasta las emboscadas cuidadosamente preparadas; pero para el cada vez más frustrado Emperador, en el centro, donde debería haber estado el enemigo, quedaba un vacío. Siguió cabalgando, aparentemente convencido de que si continuaba hasta las montañas podría obligar de algún modo a sus antagonistas a dar media vuelta y luchar; entonces, de repente, se dio cuenta de que el sol estaba declinando rápidamente y que había dejado su campamento prácticamente indefenso. No tenía sentido seguir persiguiéndolos, si es que realmente perseguía a alguien. Ordenó que se invirtieran los estandartes imperiales, la señal reconocida para dar marcha atrás, e hizo girar a su caballo.

Éste era el momento que Alp Arslan había estado esperando. Desde su puesto de observación en las colinas de arriba, había observado cada movimiento de Romano; ahora y sólo ahora, dio la orden de ataque. Mientras sus hombres descendían a la estepa, la línea bizantina se rompió en confusión; algunas de las unidades mercenarias, al ver los estandartes invertidos y no comprender su verdadero significado, asumieron que el Emperador había sido asesinado y se pusieron a correr. Mientras tanto, los selyúcidas atravesaron inmediatamente detrás de la línea rota, separándola de la retaguardia. En este punto, la retaguardia debería haber justificado su existencia avanzando, apretando al enemigo entre ella y la línea delantera e impidiendo su escape. En cambio, Andrónico Ducas difundió deliberadamente entre sus tropas la noticia de que el Emperador estaba derrotado y la batalla perdida. Él y ellos huyeron entonces del campo y, a medida que el pánico se extendía, cada vez más contingentes los siguieron. Sólo las tropas del ala izquierda, al ver al Emperador en dificultades, cabalgaron en su rescate; Pero los seléucidas los atacaron rápidamente por la retaguardia y también ellos tuvieron que huir.

Romano se mantuvo firme, con su guardia personal a su alrededor, llamando en vano a sus tropas a reagruparse. Pero el caos y la confusión eran demasiado grandes. Como lo describe Attaleiates:

Fuera del campamento todos huían, gritaban incoherencias y cabalgaban desordenadamente; nadie podía decir lo que estaba sucediendo. Algunos sostenían que el Emperador seguía luchando con lo que quedaba de su ejército y que los bárbaros habían sido puestos en fuga. Otros afirmaban que lo habían matado o hecho prisionero. Todos tenían algo diferente que contar...

Era como un terremoto: los gritos, el sudor, las rápidas oleadas de miedo, las nubes de polvo y, sobre todo, las hordas de turcos que cabalgaban a nuestro alrededor. Según su velocidad, resolución y fuerza, cada hombre buscaba la seguridad en la huida. El enemigo los perseguía, matando a algunos, capturando a otros y pisoteando a otros bajo los cascos de sus caballos. Era un espectáculo trágico, más allá de cualquier duelo o lamento. ¿Qué podría ser más lastimoso que ver a todo el ejército imperial en fuga, derrotado y perseguido por bárbaros crueles e inhumanos; al Emperador indefenso y rodeado de más de lo mismo; las tiendas imperiales, símbolos del poder militar y la soberanía, tomadas por hombres de esa clase; todo el estado romano trastocado, y sabiendo que el propio Imperio estaba al borde del colapso?

¿Quiénes sobrevivieron? En efecto, los que huyeron a tiempo. No podemos culpar a los armenios por ello; en el mejor de los casos, sentían poco afecto por los griegos, que habían conquistado su país y perseguían a sus familias por la fe que siempre habían defendido. Con los mercenarios debemos sentir menos simpatía; es cierto que no tenían ninguna lealtad emocional hacia el Imperio y comprensiblemente se resintieron por la discriminación del Emperador contra ellos, junto con su preferencia no disimulada por sus tropas nativas. Pero estaban bajo contrato, se les había pagado el salario y, aunque su conducta probablemente no fue peor que la de otros soldados de fortuna del mundo, podrían haber mostrado un poco más de espíritu del que en realidad mostraron. Los únicos verdaderos villanos fueron las "levas de la nobleza" que formaban la retaguardia y su comandante Andrónico Ducas. Su vergonzosa huida probablemente se debió a la traición más que a la cobardía, y no fue ni un ápice más excusable por ello.

También sobrevivió otro: el propio Romano Diógenes. Al quedar casi solo, se negó a huir y luchó como un león hasta el final. Sólo cuando su caballo murió bajo sus pies y una herida en su mano le impidió sostener la espada, se dejó hacer prisionero. Sus captores debían saber quién era, pero no le dieron ningún trato especial. Estuvo toda la noche tendido entre los heridos y moribundos. Sólo a la

mañana siguiente fue llevado ante el sultán, vestido como un soldado raso y encadenado.

Pocos cronistas de la época, griegos o islámicos, han podido resistirse a dar cuenta de la entrevista que tuvo lugar entre el sultán victorioso y el emperador derrotado la mañana siguiente a la batalla. Sin embargo, lo sorprendente no es la cantidad de estos relatos, sino su similitud. Al principio, se nos dice, Alp Arslan se negó a creer que el cautivo exhausto que fue arrojado a sus pies fuera en realidad el emperador de los romanos; sólo cuando fue identificado formalmente por antiguos enviados turcos y por su compañero de prisión, Basilacio, el sultán se levantó de su trono y, tras ordenar a Romano que besara el suelo que tenía delante, plantó su pie sobre el cuello de su víctima.

Fue un gesto simbólico, nada más. Inmediatamente después ayudó a Romano a ponerse de pie, le pidió que se sentara a su lado y le aseguró que sería tratado con todo el respeto debido a su rango. Durante la semana siguiente, el Emperador permaneció como invitado en el campamento turco, comiendo en la mesa del sultán; Alp Arslan nunca le mostró nada que no fuera amabilidad y cortesía, aunque con frecuencia condenaba la infidelidad de quienes lo habían abandonado en su hora de necesidad y, según se nos dice, ocasionalmente se permitía algunas críticas amables al generalato bizantino. Todo esto estaba, por supuesto, en la más alta tradición de la caballería islámica; inevitablemente recordamos las historias similares que se contaron sobre Saladino un siglo después. Pero también fue una política acertada por parte del sultán: después de todo, cuánto mejor era que Romano regresara sano y salvo a Constantinopla y recuperara el trono que lo tomara algún joven inexperto y testarudo del que no sabría nada y que solo pensaría en vengarse.

En vista de las circunstancias, las condiciones de paz eran a la vez misericordiosas y moderadas. El sultán no exigía grandes territorios, ni siquiera Armenia, sobre la que creía tener tantos derechos como el Imperio. Todo lo que pedía era la entrega de Manzikert, Antioquía, Edesa y Hierápolis, junto con una de las hijas del emperador como esposa para uno de sus propios hijos. Quedaba pendiente la cuestión del rescate. Alp Arslan sugirió en un primer momento que diez millones de piezas de oro podrían ser adecuadas; pero cuando Romano objetó que, desde el momento de su gran expedición, el tesoro imperial simplemente no disponía de tal suma, el sultán redujo voluntariamente su exigencia a un millón y medio, con otros 360.000 en concepto de tributo anual. También sostuvo que el emperador debía regresar a Constantinopla lo antes posible; de lo

contrario, existía un peligro muy real de que pudiera ser destronado en su ausencia, en cuyo caso su sucesor sería muy poco probable que reconociera la validez del acuerdo que acababa de hacerse. Así pues, sólo una semana después de la batalla, Romano emprendió el viaje de regreso a su patria; Alp Arslan lo acompañó en la primera etapa y para el resto le proporcionó una escolta de dos emires y cien mamelucos. Había abandonado su capital como emperador; como emperador volvería.

O al menos eso esperaba. Sin embargo, sus sentimientos no eran compartidos en Constantinopla, donde la noticia de la derrota había sido el segundo golpe demoledor en aquel año tan catastrófico. El abril anterior -justo un mes después de que Romano partiera hacia Oriente- los normandos, al mando de Roberto Guiscardo, habían capturado Bari. Desde los días de Justiniano, Bari había sido la capital de la Apulia bizantina y el cuartel general del ejército imperial: el mayor, más rico y mejor defendido de todos los territorios griegos de la península. Cuando comenzó el asedio, también había sido el único que aún permanecía bajo control imperial. Los bariotes habían resistido valientemente durante no menos de treinta y dos meses, pero, rodeados como estaban por un bloqueo impenetrable por tierra y mar, finalmente no tuvieron más opción que rendirse. Era el fin, después de más de cinco siglos, de la Italia bizantina.

Los informes que llegaban de Bari, sin embargo, habían sido claros; los que llegaban de Manzikert, eran desesperanzadoramente confusos, creando en la corte de Constantinopla una atmósfera de incertidumbre e indecisión. En un solo punto todos, con la posible excepción de la propia Emperatriz, estaban de acuerdo unánimemente: que, incluso si Romano estaba vivo y en libertad, ahora estaba derrotado y deshonrado; no podía haber ninguna posibilidad de que se le permitiera continuar como basileo. Pero ¿quién iba a ocupar su lugar? Algunos pedían que Eudocia recuperara el poder supremo que había ejercido antes de su matrimonio; otros favorecían a Miguel, su hijo con Constantino X, tal vez como cogobernante con sus hermanos menores Andrónico y Constantino; sin embargo, otros veían en el césar Juan Ducas (que ahora regresaba apresuradamente de Bitinia, adonde Romano lo había exiliado antes de su partida) la mejor esperanza para el Imperio en este momento de crisis. En el final, fue Juan quien actuó, aunque no, aparentemente, en su propio nombre. No cabe duda de que codiciaba el trono; por otra parte, su propia facción no era lo suficientemente numerosa como para que un intento directo por conseguirlo tuviera alguna esperanza real de éxito. Afortunadamente, su sobrino Miguel era un joven de voluntad débil,

con quien, una vez que su madre se hubiera librado, Juan podía hacer lo que quisiera. Afortunadamente, también contaba con el apoyo de la guardia varega. Mientras los demás seguían debatiendo qué era lo mejor que se podía hacer, Juan la dividió en dos grupos. Uno, al mando de su hijo Andrónico, que acababa de regresar, atravesó el palacio proclamando a Miguel emperador; con el otro marchó directamente a los aposentos de la emperatriz y la arrestó.

Todo terminó muy rápidamente. La aterrorizada Eudocia fue exiliada a una iglesia que había fundado en la desembocadura del Helesponto, donde poco después fue tonsurada y obligada a tomar el velo. Una sentencia similar fue dictada contra Ana Dalassena, cuñada del difunto emperador Isaac Comneno, como advertencia a la única otra familia de la capital de la que se podían esperar problemas.[1] Miguel VII Ducas fue coronado con la debida ceremonia por el patriarca en Santa Sofía. Sólo quedaba tratar con Romano Diógenes.

1. Nicéforo Brienio registra que fue víctima de un juicio-espectáculo, en el que se presentaron cartas falsificadas para implicarla en una conspiración para restaurar a Romano. Su acto de sacar de repente de los pliegues de su túnica un icono de Cristo e invitar a los presentes a contemplar al verdadero juez del proceso fue aplaudido como un espléndido gesto teatral, pero, según se nos dice, no causó ningún impacto.

Los movimientos de Romano tras su marcha del campamento selyúcida son difíciles de rastrear: nuestras autoridades son pocas y tienden a contradecirse entre sí con mucha frecuencia. Todo lo que podemos deducir con certeza es que de alguna manera logró reunir lo que quedaba de su otrora gran ejército, con la intención de marchar sobre la capital. Sin embargo, Juan Ducas estaba preparado para él. Parece que hubo dos batallas: una cerca de Dokeia (Tokat) contra una fuerza comandada por el hijo menor del César, Constantino, y otra cerca de Adana en Cilicia, en la que Romano se encontró enfrentado al general que lo había traicionado en Manzikert, Andrónico Ducas. En ambas fue derrotado. Después de la segunda, finalmente se entregó a Andrónico, accediendo a renunciar a todas sus pretensiones al trono y retirarse a un monasterio, y recibiendo a cambio una garantía del nuevo emperador -aprobada por los arzobispos de Calcedonia, Heraclea y Colonea- de que no sufriría daño alguno.

Tal vez se podría argumentar que la decisión de Andrónico de montar al exemperador en una mula y desfilar con él en su degradación a lo largo de las más de 800 kilómetros que separaban Adana de Cotiaeum (la actual Kiitahya) no fue en realidad perjudicial, aunque parece una interpretación curiosa de los términos de su empresa. Sin embargo, a la luz de lo que ocurrió después, la cuestión

parece académica. Refiriéndose a los arzobispos, Scylitzes escribe:

Aunque querían ayudarlo, eran débiles e impotentes cuando hombres crueles y duros lo tomaron y sin piedad, sin piedad, le sacaron los ojos. Llevado sobre una bestia de carga barata como un cadáver en descomposición, con los ojos arrancados y la cara y la cabeza llenas de gusanos, vivió unos días con dolores y un hedor nauseabundo a su alrededor hasta que expiró y fue enterrado en la isla de Proti, donde había construido un monasterio.

Su esposa, la emperatriz Eudocia, le dio un entierro suntuoso, dejando en su memoria pruebas y desgracias demasiado terribles para ser contadas. Pero en todas sus desgracias no profirió ninguna maldición ni blasfemia, sino que siempre dio gracias a Dios y soportó con valor todo lo que le aconteció.

Michael Psellus, que siempre detestó a Romanus y nunca pierde oportunidad de denigrarlo, previsiblemente intenta justificar el cegamiento:

Me resisto a describir un hecho que nunca debió haber tenido lugar; y, sin embargo, si se me permite alterar ligeramente mis palabras, fue un hecho que sin duda debió haber tenido lugar. Por un lado, los escrúpulos de la religión, aliados a una natural renuencia a infligir dolor, lo prohibían; por otro, la situación política y los cambios repentinos de ambos partidos lo hicieron absolutamente necesario... ya que el elemento más entusiasta del consejo imperial[1] temía que Diógenes pudiera tener éxito en sus conspiraciones y causar una vez más una situación embarazosa para el Emperador.

1. Es decir, César Juan Ducas. Pselo continúa diciendo que dio la orden de cegar sin consultar al emperador Miguel.

Pero ese no fue su último insulto. Unos días antes de su muerte, en el verano de 1072, Romano recibió una carta de su antiguo enemigo. Estaba redactada en los términos más amistosos y lo felicitaba por su buena suerte al perder los ojos, una señal segura de que el Todopoderoso lo había considerado digno de una luz superior. Mientras yacía en su agonía final, ese pensamiento debe haberle proporcionado un profundo consuelo.

La batalla de Manzikert fue el mayor desastre que sufrió el Imperio de Bizancio en sus siete siglos y medio de existencia. La humillación fue bastante dura, pues la actuación del ejército imperial

se caracterizó por una combinación de traición, pánico y huida ignominiosa; el destino del Emperador tampoco tuvo paralelo desde la captura de Valeriano por el rey persa Sapor I en el año 260 d. C., antes de que se pensara siquiera en Constantinopla. Sin embargo, la verdadera tragedia no residió en la batalla en sí, sino en su espantoso epílogo. Si a Romano Diógenes se le hubiera permitido conservar su trono, todo habría ido bien: habría respetado los términos del tratado que había hecho con sus captores, y Alp Arslan -quien (que nunca se olvide) no tenía intención de hacer una guerra abierta contra el Imperio, y mucho menos de conquistarlo- habría reanudado su expedición contra el Egipto fatimí. Incluso si a Romano le hubiera sucedido un emperador digno de ese nombre, los daños se habrían podido contener fácilmente: un Nicéforo Focas o un Juan Tzimisces –y mucho menos un Basilio II– habrían restablecido el statu quo en cuestión de meses, y los selyúcidas no iniciaron ningún avance sistemático hacia Anatolia hasta el verano de 1073, dos años después de la batalla. Para entonces, difícilmente se les puede culpar por ello. La negativa de Miguel VII a aceptar las obligaciones del tratado firmado con Romano les dio un motivo legítimo para su acción, mientras que el caos que reinaba en el Imperio y el colapso del antiguo sistema defensivo basado en posiciones militares aseguraron que no encontraran resistencia.

Así, decenas de miles de tribus turcomanas invadieron Anatolia desde el noreste y, hacia 1080, el sultán selyúcida Malik-Shah[1] controlaba una amplia franja de territorio que abarcaba quizá 30.000 millas cuadradas y se extendía profundamente hacia el interior del país: una zona que, en reconocimiento de su antigua historia como parte del Imperio romano, denominó Sultanato de Rum. El Imperio todavía conservaba el Asia Menor occidental y sus antiguas costas del Mediterráneo y del Mar Negro, pero había perdido, de un solo golpe, la fuente de una parte considerable de su grano y más de la mitad de su mano de obra. Y lo había hecho no a causa de la superioridad en el combate de los turcos selyúcidas, sino como resultado de su propia ineficacia y miopía. La batalla por la que había sufrido esa pérdida había estado dirigida contra un enemigo reticente; nunca había sido necesario librarla y podría haberse ganado fácilmente. Incluso después de la derrota, sus consecuencias a largo plazo podrían haberse evitado con una diplomacia juiciosa. Pero los que estaban en el poder en Constantinopla, encabezados por César Juan Ducas e inspirados por el odioso Miguel Psellus, se negaron sistemáticamente a tomar las medidas que eran tan evidentemente necesarias. Cegados por su propio intelectualismo engreído y su obsesiva ambición personal, cometieron todos los errores posibles y desperdiciaron todas las

oportunidades que se les ofrecieron. Al hacerlo, martirizaron a un hombre valiente y recto que, aunque no era un genio, valía más que todos ellos juntos y podría, con su lealtad y apoyo, haber salvado la situación; y asestaron al Imperio bizantino un golpe del que nunca se recuperaría.

1. El hijo de Alp Arslan, que había sido atacado físicamente por uno de sus comandantes jóvenes y había muerto a causa de sus heridas el 24 de noviembre de 1071 a la edad de cuarenta y un años.

El reinado de Miguel VII continuó tan desastrosamente como había comenzado. El año siguiente a Manzikert se produjo un serio levantamiento en Bulgaria, como resultado del cual un tal Constantino Bodin, hijo del príncipe Miguel de Zeta,[2] fue coronado zar en la ciudad de Prizren. Gracias en gran parte a los esfuerzos de Nicéforo Brienio, el Imperio finalmente logró recuperar el control, pero a un alto precio; estaba claro que no se podían demorar más estallidos. Mientras tanto, Roma extendía constantemente su influencia más allá del Adriático, en las tierras sobre las que Basilio II había reclamado anteriormente soberanía. En 1075, los legados del papa Gregorio VII coronaron a un vasallo llamado Demetrio Zvonimir rey de Croacia, y en 1077 se produjo un nuevo golpe para Bizancio cuando Miguel de Zeta también recibió una coronación papal. A medida que el poder imperial se debilitaba, los pechenegos y los húngaros se volvieron cada vez más problemáticos. Así, medio siglo después de la muerte de Basilio, todos sus magníficos logros en los Balcanes ya se estaban desmoronando.

2. Anteriormente conocida como Dioclea y teóricamente un principado semiindependiente dentro del Imperio, Zeta se había separado alrededor de 1055 y se había negado a reconocer el señorío bizantino, siendo el primer estado eslavo en los Balcanes en hacerlo después de la muerte de Basilio II.

En el interior del Imperio, la situación no era mucho mejor. La inflación iba en aumento, hasta el punto de que un *nomisma* de oro ya no permitía comprar una medida entera de trigo, sino sólo tres cuartas partes. Al poco tiempo, el emperador pasó a ser conocido como Miguel Parapinaces, o «Menos un cuarto», un apodo que le perteneció hasta su muerte. Débil e incompetente como siempre, también se dejó influenciar por un siniestro recién llegado a la escena política, el eunuco Nicephoritzes, que se hizo cargo del gobierno efectivo del Imperio, despojó a Psellus y al César Juan y rápidamente se convirtió en el mismo tipo de poder en la capital que había sido Juan el Orphanotrophus cuarenta años antes. Decidido a fortalecer aún más la burocracia centralizada del Estado, fue más allá que ninguno de sus predecesores al convertir el comercio del trigo en un monopolio

gubernamental, construyendo un enorme granero oficial en el puerto de Rhaedestum, en el Mármara, en el que se almacenaría todo el trigo enviado a la capital hasta su reventa. El intento, como era previsible, resultó otro desastre. Los terratenientes de las zonas de Anatolia que todavía estaban bajo control imperial sufrieron grandes pérdidas, mientras que los consumidores urbanos descubrieron que a Nicéforo estaba menos interesado en garantizar un suministro adecuado que en aumentar los ingresos del Estado disparando el precio del pan. Esto, a su vez, provocó un aumento general de los precios y una nueva espiral inflacionaria.

Luego vinieron las insurrecciones militares. La primera de ellas fue inspirada por el líder de los mercenarios normandos, un soldado de fortuna llamado Roussel de Bailleul. Su historial de combate no era intachable, ya que había estado involucrado con José Tarcaniotes en los misteriosos sucesos de Khelat; de alguna manera, sin embargo, había logrado recuperar el favor imperial (a veces parecía que cualquiera que hubiera traicionado a Romano Diógenes era por definición amigo de su sucesor) y más tarde había sido enviado con una fuerza mixta de caballería normanda y franca contra los saqueadores selyúcidas en Anatolia. Una vez en lo profundo del territorio controlado por los turcos, había traicionado una vez más su confianza y, con 300 seguidores leales, había establecido un estado normando autoproclamado independiente siguiendo el modelo del sur de Italia. Si Miguel VII y sus consejeros hubieran pensado un momento, seguramente se habrían dado cuenta de que, comparado con la marea turca que amenazaba con engullirlos, Roussel era poco más que un leve irritante; Pero, en cambio, estaban tan decididos a liquidarlo que recurrieron a los selyúcidas en busca de ayuda, ofreciéndoles a cambio la cesión formal de los territorios que ya poseían, reforzando así enormemente su dominio sobre Asia Menor. Incluso entonces, Roussel logró escapar; sólo cuando se envió un ejército desde Constantinopla bajo el mando del más capaz de los generales jóvenes del Imperio, Alejo Comneno, fue perseguido y llevado de vuelta encadenado a la capital.

Pero Alejo Comneno no podía estar en todas partes a la vez y, debido al descuido del ejército durante el medio siglo anterior, los generales experimentados escaseaban; así fue que, un año o dos después, cuando el Imperio se enfrentó a dos nuevas y mucho más graves insurrecciones, una en Oriente y otra en Occidente, Roussel fue liberado repentinamente de su cautiverio y se encontró luchando al lado de Alejo contra los dos nuevos pretendientes al trono imperial. El primero de ellos fue Nicéforo Brienio, quien, tras haber luchado con

distinción en Manzikert, había sido instalado como gobernador (dux) de Dirraquio, donde había sido el principal responsable de sofocar la revuelta eslava de 1072. No dispuesto a aceptar por más tiempo la incompetencia de Miguel Parapinaces y su gobierno -y tras enterarse de que el eunuco Nicéforo lo había incluido en la lista de los que iban a ser asesinados-, enarboló el estandarte de la revuelta en noviembre de 1077 y marchó a su ciudad natal de Adrianópolis, donde fue aclamado basileo. Una semana después, él y su ejército estaban bajo los muros de Constantinopla.

Su insurrección bien podría haber tenido éxito de no haber sido por otro levantamiento, casi simultáneo, en Oriente. Su líder fue el estratega del tema de Anatolikon, Nicéforo Botaneiates. Había hecho una aparición previa, de pasada, en esta historia como posible esposo de la emperatriz Eudocia, antes de que la llegada de Romano Diógenes desterrara la idea de su mente. Probablemente porque tenía dudas sobre su lealtad, Romano había excluido deliberadamente a Botaneiates de la expedición de Manzikert; el general había regresado a sus extensas propiedades en Anatolia, donde había recibido su actual nombramiento poco después de la ascensión al trono de Miguel; pero ahora él también -probablemente, como Brienio, por los motivos más nobles- tomó las armas contra el Emperador.

De los dos pretendientes rivales, Brienio fue el primero en presentarse; Botaneiates, sin embargo, era de origen mucho más noble, pues era pariente de los Focas y, por tanto, miembro de la antigua aristocracia militar; también era el más fuerte, sobre todo porque había conseguido sobornar a las fuerzas selyúcidas contratadas por Miguel para que se le opusieran. Ninguno de los dos atacó directamente Constantinopla, pues sabía perfectamente, por contactos secretos dentro de la capital, que el descontento popular por el aumento de los precios pronto llevaría las cosas a un punto crítico, lo que sucedió en marzo de 1078. Estallaron disturbios en todos los rincones de la ciudad. Muchos edificios gubernamentales fueron quemados hasta los cimientos, entre ellos el nuevo granero de Nicéforo Botaneiates. El propio eunuco fue capturado por la multitud y torturado hasta la muerte. El desdichado Miguel, afortunado de escapar con vida, abdicó rápidamente y se retiró al Studium, y el 24 de marzo Nicéforo Botaneiates entró triunfante en Constantinopla. Su rival Brienio fue capturado y cegado.

El nuevo reinado comenzó con malos augurios. Botaniates había sido un general competente, pero no sabía nada de política ni de estadista; además, se estaba haciendo viejo (ya tenía más de setenta

años) y su intento de acceder al trono, aunque había tenido éxito, había agotado gran parte de sus fuerzas restantes. Absolutamente incapaz de hacer frente a la crisis que había heredado, no pudo hacer más que presidir, impotente, la desintegración del Imperio, durante la cual una revuelta siguió a otra y el Estado se fue hundiendo cada vez más en la anarquía. El viejo partido de la burocracia civil se había derrumbado con el asesinato de Nicéforo, y con él la autoridad del Senado; todo lo que les quedaba a los bizantinos era rezar para que, de los diversos comandantes militares que ahora luchaban por el poder, uno se estableciera por encima del resto y que ese hombre demostrara ser un líder capaz de poner fin al caos.

Tres años más tarde, justo a tiempo, su plegaria fue atendida, y más completamente de lo que nadie se hubiera atrevido a esperar. El patético Botaneiates abdicó a su vez en favor de un joven general aristocrático que, al subir al trono el día de Pascua de 1081, reinaría durante los siguientes treinta y siete años, dando al Imperio la estabilidad que tan desesperadamente necesitaba y gobernándolo con mano firme y constante. Ese general era Alexius Comnenus, sobrino de Isaac I y padre de la célebre Ana Comnena, que lo convertiría en el tema de una de las biografías medievales más agradables. Ni siquiera Alexius pudo reparar el daño causado por la batalla de Manzikert; eso, por desgracia, no tenía reparación. Pero sí pudo, y lo hizo, restaurar a Bizancio su reputación y su buen nombre entre las naciones, preparándola así para desempeñar su papel en el gran drama que iba a comenzar a desarrollarse incluso antes del final de ese siglo turbulento: las Cruzadas.

Lista de Emperadores

Este		Oeste	
797–802	Irene	800–14	Charlemagne
802–11	Nicephorus I		
811	Stauracius		
811–13	Michael I Rhangabe		
813–20	Leo V	814–40	Lewis the Pious
820–9	Michael II	817–31, 840–55	Lothair I
829–42	Theophilus		
842–67	Michael III	850–75	Lewis II
867–86	Basil I	875–7	Charles the Bald
		881–8	Charles the Fat
886–912	Leo VI	891–4	Guy
		894–8	Lambert
		896–9	Arnulf
		901–5	Lewis III
912–13	Alexander		
913–59	Constantine VII Porphyrogenitus	915–22	Berengar
920–44	Romanus I Lecapenus		
959–63	Romanus II	962–73	Otto I
963–9	Nicephorus II Phocas		
969–76	John I Tzimisces	967–83	Otto II
976–1025	Basil II Bulgaroctonus	996–1002	Otto III
		1014–24	Henry II
1025–8	Constantine VIII	1027–39	Conrad II
1028–34	Romanus III Argyrus		
1034–41	Michael IV the Paphlagonian		
1041–2	Michael V Calaphates		
1042	Zoe and Theodora		
1042–55	Constantine IX Monomachus	1046–56	Henry III
1055–6	Theodora		
1056–7	Michael VI		
1057–9	Isaac I Comnenus		
1059–67	Constantine X Ducas		
1068–71	Romanus IV Diogenes		
1071–8	Michael VII Ducas		
1078–81	Nicephorus III Botaneiates		
1081–1118	Alexius I Comnenus	1084–1105	Henry IV

Lista de sultanes musulmanes

Abásidas de Bagdag

786–809	Harun al-Rashid
809–13	Amin
813–33	Mamun
833–42	Mutasim
842–7	Wathik
847–61	Mutawakkil
861–2	Muntasir
862–6	Mutazz
866–9	Muchtadi
869–92	Mutamid
892–902	Mutadid
902–8	Muktafi
912–32	Muqtadir
932–4	Kahir
934–40	Radi
940–3	Muttaki
943–6	Mustakfi
946–74	Muti
974–91	Tai
991–1031	Kadir
1031–75	Kaim

SELJUK SULTANS OF RUM

1063–72	Alp Arslan
1072–92	Malik-Shah
1092–1107	Kilij Arslan I

Lista de Patriarcas

784–806	Tarasius
806–15	Nicephorus I
815–21	Theodotus Cassiteras
821–37	Antony I Cassimatas
837–43	John the Grammarian
843–7	Methodius I
847–58	Ignatius
858–67	Photius
867–77	Ignatius (again)
877–86	Photius (again)
886–93	Stephen I
893–901	Antony II Cauleas
901–7	Nicholas I Mysticus
907–12	Euthymius I
912–25	Nicholas I Mysticus (again)
925–7	Stephen II
927–31	Tryphonlus
931–56	Theophylact
956–70	Polyeuctus
970–4	Basil the Scamandrian
974–9	Antony III of the Studium
979–91	Nicholas II Chrysoberges
INTERREGNUM	
996–8	Sisinnius II
1001–19	Sergius II
1019–25	Eustatius
1025–43	Alexis of the Studium
1043–58	Michael I Cerularius
1059–63	Constantine III Likhoudes
1064–75	John VIII Xiphilinus
1075–81	Cosmas I
1081–4	Eustratius Garidas
1084–1111	Nicholas III the Grammarian

Lista de Papas

795–816	Leo III
816–17	Stephen IV (V)
817–24	Paschal I
824–7	Eugenius II
827	Valentine
827–44	Gregory IV
[844	John]
844–7	Sergius II
847–55	Leo IV
855–8	Benedict III
[855	Anastasius]
858–67	Nicholas I
867–72	Hadrian II
872–82	John VIII
882–4	Marinus I
884–5	Hadrian III
885–91	Stephen V (VI)
891–6	Formosus
896	Boniface VI
896–7	Stephen VI (VII)
897	Romanus
897	Theodore II
898–900	John IX
900–3	Benedict IV
903	Leo V
[903–4	Christopher]
904–11	Sergius III
911–13	Anastasius III
913–14	Lando
914–28	John X
928	Leo VI
963–5	Leo VIII
964–6	Benedict V
965–72	John XIII
973–4	Benedict VI
[974, 984–5	Boniface VII]
974–83	Benedict VII
983–4	John XIV
985–96	John XV
996–9	Gregory V
[997–8	John XVI]
999–1003	Silvester II
1003	John XVII
1004–9	John XVIII
1009–12	Sergius IV
1012–24	Benedict VIII
[1012	Gregory]
1024–32	John XIX
1032–44	Benedict IX
1045–6	Gregory VI
1046–7	Clement II
1047–8	Benedict IX
1048	Damasus II
1049–54	Leo IX
1055–7	Victor II
1057–8	Stephen IX (X)
[1058–9	Benedict X]
1059–61	Nicholas II
1061–73	Alexander II
[1061–72	Honorius II]
1073–85	Gregory VII

928–31	Stephen VII (VIII)	[1080, 1084–1100	Clement III]
931–5	John XI		
936–9	Leo VII		
939–42	Stephen VIII (IX)	1086–7	Victor III
942–6	Marinus II	1088–99	Urban II
946–55	Agapetus II	1099–1118	Paschal II
955–64	John XII		